

Jungkook & Jimin
K O O K M I N

1934

COOKY AND MINNIE

1. [00](#)
2. [01](#)
3. [02](#)
4. [03](#)
5. [04](#)
6. [05](#)
7. [06](#)
8. [07](#)
9. [08](#)
10. [09](#)
11. [10](#)
12. [11](#)
13. [12](#)
14. [13](#)
15. [14](#)
16. [15](#)
17. [16](#)
18. [17](#)
19. [18](#)
20. [19](#)
21. [20](#)
22. [21](#)
23. [CapituloFinal](#)
24. [Epilogo](#)

Bienvenida/o a ésta novela, una historia de amor que rompe las barreras entre el tiempo y espacio.

Gracias por interesarte 

Pocos capítulos, pero extensos.

Historia soft.

Pareja: KookMin.

Nada de lo que ocurre aquí tiene que ver con los nombres de idols mencionados en la historia, todo es ficción, no se trata de que ésto se relacione con su y nuestra realidad.

Escribo fanfics por amor al ship y poder plasmar a gusto lo que se me viene a la mente, por lo que; si encuentras alguna falla, alguna falta de algún sinónimo en lugar de repeticiones, me faltó alguna tilde, o incluso se me escapó un detalle, pese a que trato de releer las veces posibles para evitarlo, siempre algo puede que se me escape, me disculpo de antemano por ello. Siempre estoy aceptando consejos, mejoras y correcciones.

Eliminaré comentarios innecesarios, como insultos (fuertes y realmente innecesarios), sugerencias o cambios en la historia que no van al caso, menciones y comparaciones de ésta con otras, ninguna historia es mejor o peor, ni sus personajes, proceso y final, cada una tiene su esencia y se debe respetar. Mantengan ese respeto a ésta y todas las historias en ésta plataforma como a sus autoras/es.

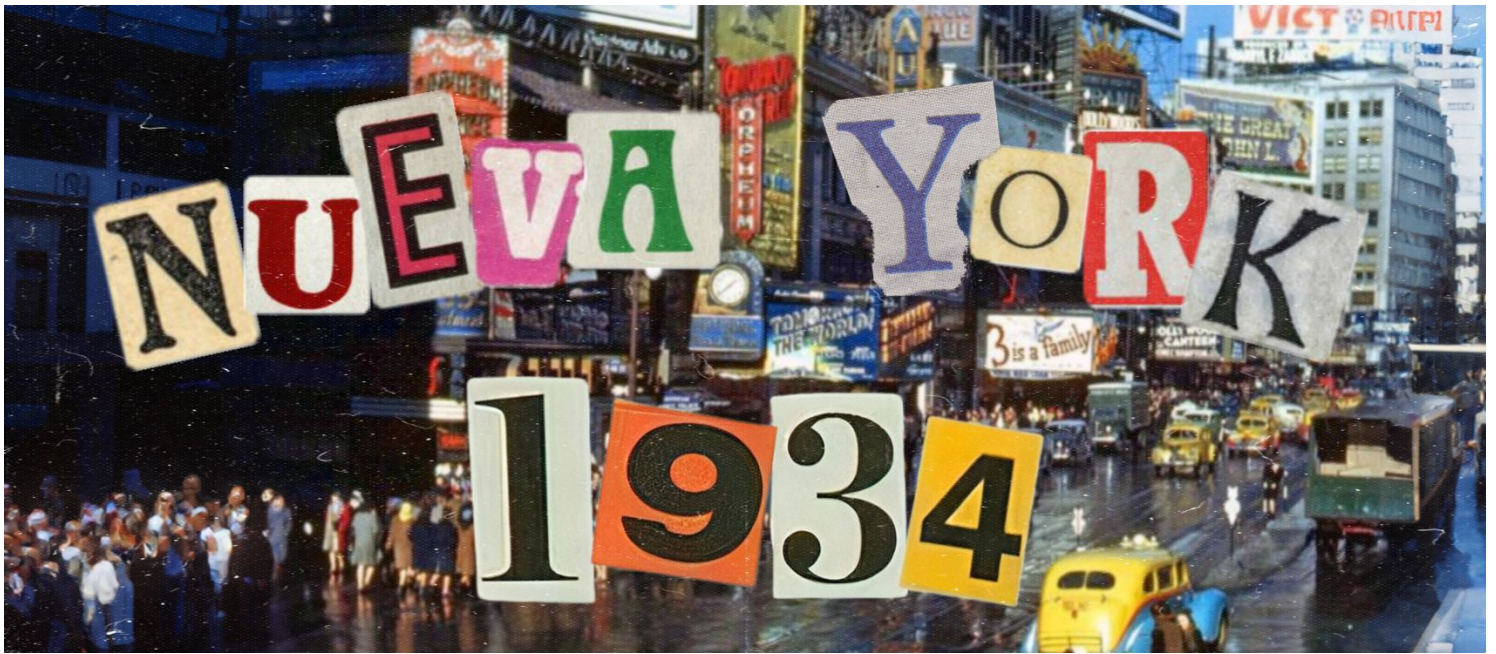
Dicho y hecho todo esto...

Que disfrutes de la lectura 

A quienes ya leyeron ésta historia, y la llenaron de amor con votos, comentarios e incluso hermosísimas recomendaciones con vídeos, imágenes y palabras divinas; en verdad muchísimas gracias. No sólo por darle tanto cariño, si no también que la has salvado de irse a borradores para siempre, por personas como tú es que seguimos escribiendo  







Jimin de veintidós años se hallaba respirando pesadamente, siempre vió algo especial en aquella ciudad, su comodidad, era tan predecible y familiar como los latidos de su propio corazón. La manera en que montones de personas pasaban a su lado y las filas de edificios se erguían sobre él, hacían que sus problemas y preocupaciones parecieran pequeños, hacía que su dolor constante se aliviara y se perdiera en la gran ciudad. También era el incesante movimiento de esa ciudad, cómo siempre había gente en movimiento, siempre tráfico en las calles, sin duda, Nueva York nunca dormía.

Los días en que la vida amenazaba con abrumarlo, y todo lo que mantenía escondido en su interior amenazaba con salir, Jimin salía a las calles de la ciudad y solo caminaba, tratando de recuperarse, dejando que todo su estrés y preocupaciones se disolvieran en el reconfortante bullicio de Nueva York.

Pero en aquél día la ciudad por sí sola no era suficiente.

Taemin era su mejor amigo desde que tenía memoria. Aunque tenía muchos amigos y conocidos, él era el único al que consideraba un amigo cercano y el único que sabía más de lo necesario sobre su vida. Era el único que lo sabía todo, absolutamente todo.

—No me van a dejar pasar esto, Tae —suspiró, mirando con mal genio a un puesto de periódicos al otro lado de la calle—. Esta vez van en serio.

Apoyado en el ladrillo caliente por el sol del edificio detrás de él, Taemin sonrió con cariño a su amigo.

—¿No hay manera de que escapes de esto? ¿No puedes simplemente decirles a tus padres que no te llevas bien con esa chica, o algo así?

El ceño de Jimin se relajó, suavizando su expresión. Cuando miró a su amigo, parecía cansado, la falta de sueño claramente visible en forma de bolsas oscuras bajo los ojos.

—Pero me llevo bien con ella —asintió a su amigo—, es una buena chica, sólo que no la veo de esa manera... nunca veré a ninguna chica de esa manera y no...

Suspiró mientras pasaba una mano por su rostro, sacudiendo un poco la cabeza, frustrado.

—No podré seguir con más mentiras, no quiero fingir más —confesó, sonando un poco desesperado mientras miraba suplicante a Taemin, deseando que tuviera alguna solución mágica para resolver todos sus problemas y hacer felices a todos.

Taemin solo lo miró, apretando sus labios, con verdadera preocupación, sintiéndose inútil por no poder hacer nada.

—No lo sé, Jimin —se disculpó—. Ojalá pudiera ayudarte, pero no, no lo sé.

Jimin rechazó sus disculpas.

Sabía que Taemin no podía ayudarlo, en realidad, nadie podía, era algo con lo que tenía que lidiar solo, y realmente no había esperado que respondiera de otra manera, pero cuando se sentía tan atrapado y deprimido tenía que buscar ayuda en Taemin, era un acto instintivo.

Tae era la única persona que realmente lo conocía y, como un hermano, era el único con el que podía ser él mismo. Era agotador mantener una máscara todo el tiempo, así que cuando estaba con él, por fin se relajaba, dejaba caer su falsa personalidad y todos sus problemas, preocupaciones y frustraciones desaparecían y se encontraba incapaz de no contárselos a Taemin. Se sentía culpable por descargar todos sus problemas en su mejor amigo cada vez que lo veía, pero si no hablaba de eso con alguien, definitivamente se derrumbaría.

Taemin le dio una palmada en el brazo.

—Eres demasiado bueno, Jimin. Si tan solo tuvieras el coraje de decirles a tus padres que no te llevas bien con las chicas con las que te obligan a salir, podrías aprovechar mejor tu tiempo.

Jimin apoyó la cabeza contra la pared con un suspiro de resignación.

—Podría tener todo el tiempo del mundo y aún así seguiría siendo incapaz de solucionar esto —sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. No puedo decirles la verdad, Tae, pero la única manera en que podría ser feliz, es si puedo ser yo mismo y amar a quien quiero amar.

Parpadeó para alejar las lágrimas que hacían que el quiosco y la calle llena de gente se volvieran borrosos.

—Y creo que eso nunca va a pasar.

Se lo estaba repitiendo otra vez, lo sabía. Llevaba diciéndose lo mismo una y otra vez desde el día en que ya no pudo guardarse todo para sí, hasta el día que se derrumbó, admitiendo ante Taemin que era gay.

Le aterrorizaba la posibilidad de perder a su mejor amigo, pero a Taemin no le había molestado en absoluto su confesión, ya que no era de los que creían en todas las ideas falsas, los rumores desagradables y la mala fama que recibían los homosexuales. Simplemente su respuesta fue que hacía tiempo sabía que Jimin se guardaba algo para sí, algo que a menudo lo ponía de mal humor en las reuniones que sus padres organizaban en su casa, y en lo que había querido ayudarlo, pero no quería presionarlo para que revelara lo que era si no estaba dispuesto a contárselo a nadie.

A veces, Jimin se preguntaba si había hecho bien al confesar su mayor secreto a Taemin. Solo lo había hecho por la desesperada necesidad de que alguien lo escuchara y le diera algo de apoyo, de que alguien ayudara con el gran peso que llevaba años soportando, pero también, sabía que había dado a su amigo una preocupación innecesaria.

Ahora Taemin estaba atrapado, sintiéndose impotente e inútil mientras repetía las mismas palabras de ánimo, sonando cada vez más débil y pareciendo cada vez más preocupado a medida que pasaba el tiempo.

Cada vez que ocurría, Jimin insistía en que realmente lo estaba ayudando, pero Tae sabía qué tipo de persona era, un experto en usar una máscara, en esconder sus verdaderos sentimientos en lo más profundo de su ser.

Parpadeando fuerte, Jimin se separó de la pared con los brazos y salió sin pensarlo a la calle. Necesitaba caminar para tranquilizarse y aclarar su mente de todos los recuerdos y pensamientos que se amontonaban en su cabeza. Sintió que Taemin se daba prisa para alcanzarlo, sorprendido por su salida inesperada, y en efecto, su amigo apareció a su lado poco después, cuando se detuvieron para esperar a que el tráfico pasara y pudieran cruzar.

Caminaron en silencio, cada uno pensando en lo suyo, esquivando sin darse cuenta a los hombres de traje y sombrero que iban al trabajo.

Jimin frunció el ceño sin querer al ver a un grupo de hombres cerca de la entrada de una oficina, todos con maletines y leyendo el periódico matutino.

Quizás alguno de ellos era como él, quizás alguno sentía un agradable cosquilleo en el estómago al ver a un hombre atractivo y soñaba despierto con el hombre ideal. Sabía que

ser gay no era tan raro como mucha gente pensaba, así que ¿por qué no podía encontrar a alguien como él? No necesitaba enamorarse, bastaba con tener a alguien con quien hablar, que de verdad lo comprendiera; eso sería muy valioso. Eso le podría dar muchas esperanzas de que su vida no era tan triste.

Se dio cuenta de que Taemin lo miraba varias veces, abriendo la boca, probablemente a punto de ofrecerle algún apoyo o consejo, pero siempre cerraba la boca y miraba hacia otro lado sin decir nada. Jimin sabía que su amigo quería ayudarlo, pero también que se sentía abrumado, sin saber qué más decir o hacer para apoyarlo.

Jimin lo comprendía, y nunca esperó que Taemin le resolviera todos los problemas cada vez que se sentía mal, lo único que siempre había querido de Taemin era lo que le daba, alguien que lo escuchara, alguien con quien compartir su secreto.

—Puedo seguir haciendo como si me gustara esta chica —dijo Jimin sin ganas, mientras se acercaban a una cafetería nueva.

El ceño de Taemin se frunció de preocupación. Se detuvieron cerca de la entrada de la cafetería.

—Hay chicas peores con las que tendría que fingir —terminó diciendo, encogiéndose de hombros.

—¿Pero quieres pasar toda tu vida fingiendo? —le preguntó Taemin con seriedad.

Jimin se encogió de hombros y se quedó mirando los ladrillos de la pared de al lado, como si eso fuera lo más interesante.

—¿Qué otra opción tengo, Tae? —preguntó seriamente, sintiéndose muy mal por dentro.

Taemin se mordió el labio, mirándolo con ojos tristes.

—Ojalá pudiera ayudarte más, Jimin. Ojalá supiera cómo hacer que el mundo entienda que no hay nada malo en ser tú —se rascó bajo el ojo—. Pero, aparte de hacer algo grande, como mudarte y buscar un lugar donde puedas ser tú mismo, lo único que puedes hacer es seguir fuerte y esperar que las cosas mejoren —sonaba desanimado al decirlo, como si fuera su culpa que la vida de Jimin fuera así.

Jimin se sintió aún más culpable. Suspiró y pasó el dedo distraídamente por una larga grieta en el ladrillo.

—Ojalá el mundo fuera más comprensivo y no viera todo como bueno o malo —siguió la grieta con el dedo—. Ojalá hubiera un lugar donde me aceptaran y quisieran por quien soy,

un lugar donde no tuviera que ocultarme todos los días... un lugar donde pudiera ser realmente feliz... ¿es mucho pedir ser feliz?

Levantó la vista de la pared para mirar a Taemin, con la intención de disculparse y cambiar de tema, pero antes de que pudiera hacerlo, una ola de mareo lo golpeó tan fuerte que no pudo ni ver la cara de su amigo ni la calle.

El suelo giró bajo sus pies y un fuerte zumbido llenó sus oídos. No sabía si miraba hacia arriba o hacia abajo, o si aún estaba en pie. Puntos negros nublaron su vista hasta que todo se volvió oscuro, apretándolo por todas partes, quitándole el aire, revolviéndole el estómago.





Y entonces, lentamente, recuperó la vista; las formas borrosas de los edificios y la calle volvieron a enfocarse poco a poco. Sus oídos seguían zumbando y se quedó jadeando, mirando la grieta en la pared de la cafetería. Con un débil zumbido aún en los oídos, parpadeó rápido para aclarar la visión, enfocándose en la grieta del ladrillo, que ahora parecía un poco más suave en los bordes, o quizás su vista aún estaba algo alterada.

Apoyó una mano en la pared y respiró con dificultad recuperando el aire, aún sintiendo náuseas y el estómago revuelto, como si estuviera mareado. Respiró por la boca y esperó a que la sensación pasara, confundido cuando las náuseas y el mareo desaparecieron. ¿Qué acababa de pasar?

Molesto porque Taemin no le preguntara si estaba bien, Jimin apartó la vista de la pared de la cafetería hacia donde debería estar su amigo... y se quedó mirando. Taemin no estaba allí.

Jimin giró lentamente y miró a la gente que pasaba, pero no veía a su amigo por ningún lado. Frunció el ceño hasta que pensó que tal vez Taemin había visto que se enfermaba y salió corriendo a pedir ayuda.

Asintió para sí mismo, eso tenía sentido, aunque era raro que Tae no pidiera ayuda y se quedara con él en lugar de dejarlo solo.

Y hablando de cosas raras...

Jimin frunció el ceño al ver el edificio con fachada de cristal al otro lado de la calle llena de autos, uno que antes no estaba allí... tampoco había visto el edificio extraño de al lado con el gran número brillante sobre su entrada.

Jimin giró sobre sí mismo, con las piernas temblando. Casi todo a su alrededor le parecía desconocido, desde los autos en la calle hasta la ropa de los peatones.

Se quedó mirando un coche negro y elegante que pasaba a toda prisa, muy bajo y con ventanas tan oscuras que no se veía el interior, lo observó hasta que un hombre con un traje perfecto chocó accidentalmente contra él, empujándolo hacia atrás hasta que se apoyó en la pared de la cafetería. El hombre, tras el choque, apenas lo miró antes de seguir su camino, llevándose algo a la oreja y hablando con entusiasmo, al parecer solo. Nadie miraba al hombre con sorpresa.

Empezando a entrar en pánico, Jimin levantó una mano para frotarse la sien con timidez, preguntándose si se habría golpeado la cabeza y ahora estaba imaginando un mundo extraño donde nadie juzgaba a las personas raras, donde nadie miraba fijamente al hombre hablando solo mientras caminaba. Tal vez se había desmayado completamente, sí, esa era una posibilidad.

Apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y respiró profundamente, intentando que esas visiones desaparecieran. Cuando su corazón se calmó y dejó de temblar, abrió los ojos de nuevo, esperando ver a Taemin frente a él y la conocida Nueva York al fondo.

Pero allí estaban, aún los extraños edificios con paredes de cristal, autos diferentes y modas raras se cruzaban con su mirada esperanzada.

Luchando contra el creciente pánico, miró a su alrededor buscando algo conocido, cualquier cosa, y trató de reprimir los sonidos de desesperación en su garganta, que se hacían más fuertes al ver más cosas desconocidas. ¿Qué le había pasado?

Los rostros de la gente se volvían borrosos, y los sonidos del tráfico, los pasos y las voces se distorsionaban, cambiando de intensidad como una radio que cambia de estación. La calle le parecía conocida, pero a la vez completamente extraña.

Sus manos temblaban claramente mientras intentaba entender lo que estaba pasando, y su mente buscaba rápidamente varias explicaciones, cada una más absurda que la anterior.

No había bebido, nunca había tenido visiones, estaba seguro de que no estaba perdiendo la razón, pero... ¿tal vez se había golpeado la cabeza?

Cerró los ojos con fuerza y deseó que aquello desapareciera, que esa extraña versión de Nueva York se esfumara, y que volviera a estar apoyado en la pared con Taemin a su lado.

Pero nada, nada cambió cuando abrió los ojos de nuevo. De alguna manera, no lo había esperado; una pequeña parte de su cerebro, la parte más dispuesta a creer en lo mágico e improbable, le decía que esto no era por un golpe en la cabeza, que esto era real.

Sin embargo, necesitaba hablar con alguien, necesitaba probarse a sí mismo que esto no era real.

Se separó de la pared y tragó saliva, mirando nervioso a ambos lados de la calle llena de gente, buscando a alguien en quien confiar. Su mirada se detuvo en un joven de cabello oscuro, vestido de manera relativamente normal con una camisa blanca, pantalones negros y mocasines.

Jimin dudó, los nervios le hacían sudar las manos y le secaban la boca, vio pasar al joven antes de sacudir la cabeza y decirse a sí mismo que lo hiciera.

Corrió entre la multitud tras él.

—¡Disculpe, oiga!

Varias personas lo miraron de pasada mientras el hombre se volvía hacia él, con sus ojos negros y profundos, una sonrisa cortés.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con cautela y Jimin tuvo que tomarse un segundo para mirar; nunca antes había oído una voz así, era dulce y masculina por partes iguales, casi musical.

—Yo... —Jimin habló, pero se quedó perplejo: ¿qué podía preguntar exactamente? *"¿Esto es real o es producto de mi imaginación? ¿El es una persona de verdad o me han embrujado después de que me golpeará la cabeza?"*

Y aún quedaba esa parte de él que juraba que esto era real, y que no podía preguntarle a alguien ese tipo de cosas extrañas.

—Um... —pensó torpemente en busca de palabras.

El joven seguía mirándolo expectante, cada vez más intrigado en cuanto más buscaba qué preguntar.

Jimin mantuvo sus ojos sobre los del muchacho, ocultando cualquier rastro de vulnerabilidad o emoción. Luego ojeó el edificio de cristal y desconocido por el rabillo del ojo.

—Estoy un poco perdido —diciendo parcialmente la verdad—, ¿podría decirme dónde estamos exactamente?

—Oh —soltó el joven, levantando su cautela.

Jimin se felicitó a sí mismo, Nueva York era una ciudad en la que era fácil perderse y, con su estado mental actual, estaba seguro de que pasaría fácilmente por alguien desorientado.

—Estamos en la esquina de West Houston y Bleecker Street —le informó el muchacho, echando un rápido vistazo por encima del hombro a la esquina de la calle que tenía detrás.

Volvió a sonreír a Jimin.

—¿Adónde quieres llegar?

Jimin se había topado con otro dilema. No estaba tratando de ir a ninguna parte, que no fuera volver a la realidad o dondequiera que estuviera Taemin, y en realidad no estaba confirmando lo que estaba sucediendo aquí.

—No estoy muy seguro.

El joven frunció el ceño, confundido, Jimin volvió a topar con alguien, esta vez con una mujer de aspecto apresurado que golpeaba frenéticamente algo que sostenía en la palma de la mano. Jimin se tambaleó en un intento por mantener el equilibrio, y se disculpó automáticamente con la mujer. Y ella siguió su camino, sin prestarle atención, o ignorándolo.

El joven frente suyo lo miraba ahora con repentina comprensión.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Jimin parpadeó.

—No. No, no soy de aquí —miró a su alrededor, ya no había ningún puesto de periódicos al otro lado de la calle— ¿qué fecha es hoy?

—diecisiete de abril —respondió el joven, juntando las cejas al mismo tiempo que fruncía el ceño. Como la expresión de Jimin no cambió, añadió: es jueves.

La misma fecha que en el mundo "normal", pero el día de la semana era diferente, antes era un martes en la realidad. No tenía sentido.

¿Por qué aquí todo era tan lógico e ilógico al mismo tiempo? Si esto estuviera sucediendo sólo dentro de su propia cabeza, seguramente no tendría tanto sentido, seguramente cualquier pregunta que hiciera sería respondida con tonterías o ignorada, y lo que normalmente se consideraría imposible estaría sucediendo, como en los sueños.

Todo aquí tenía demasiado sentido y parecía demasiado real para ser falso. Por el contrario, eso no significaba que fuera lógico, y no explicaba cómo había acabado en esta extraña

versión de Nueva York, o dónde había desaparecido Taemin.

Sin pensarlo, Jimin preguntó débilmente:

—¿En... qué año estamos?

Las cejas del muchacho se dispararon hacia su flequillo negro, y su expresión pasó de la confusión a una que mostraba claramente que pensaba que Jimin estaba loco.

—En dos mil veinticinco —respondió con cautela. Y ahora se estaba inclinando ligeramente para alejarse de Jimin, muy probablemente a punto de apresurarse a alejarse del hombre desaliñado en un pánico salvaje que ni siquiera sabía qué año era.

Jimin no sabía qué decir.

Si aquel chico decía la verdad, aunque no tenía motivos para creer lo contrario, entonces se encontraba de algún modo noventa y un años en el futuro. Parecía una locura, imposible, pero era demasiado real para ser una alucinación. Era real.

Exhaló lentamente, tratando de calmarse y dar sentido a la avalancha de pensamientos y emociones que lo golpeaban en ese momento. Sí, esto era real, de alguna manera estaba en el futuro, y no tenía ni idea de qué hacer o cómo volver a su propio tiempo.

Las piernas le comenzaron a temblar violentamente, y luchaba para que no se le doblaran por el peso de lo que estaba ocurriendo.

Volvió a respirar hondo y asintió al joven.

—Gracias por su tiempo. Tenga un buen día.

Sonrió cortésmente al muchacho y se volvió caminando calle abajo, sin saber muy bien adónde iría, pero sabía que no podía quedarse allí esperando volver a su tiempo.

Sólo había dado unos pasos cuando:

—¡Espera!

Oyó pasos que corrían y entonces el muchacho lo alcanzó, poniéndole una mano en el brazo para detenerlo. Parecía apenado, y vaciló mientras buscaba el rostro de Jimin con ojos ahora más abiertos, unos ojos a los que Jimin no podía poner nombre.

—¿Oye...? ¿Seguro que estás bien? —le preguntó a Jimin, con una pizca de preocupación apenas perceptible bajo las docenas de emociones conflictivas evidentes en su tono de voz —. Pareces confundido, y no te ves muy bien.

Jimin tragó saliva, su manzana de Adán visible subiendo y bajando.

—Estoy bien —respondió, con la voz un poco rasposa—. Pero... gracias por su preocupación.

El muchacho dudó de nuevo, antes de asentir suavemente y dar un paso atrás. Pareció buscar las palabras un momento antes de decir: Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Sus ojos se encontraron brevemente y el corazón de Jimin se agitó, tropezando con su ritmo constante de latidos ante aquella conexión, dejándole con el corazón acelerado cuando se apartó del joven una vez más, y se encaminó por la calle que ya no conocía.



Mirando apresuradamente la espalda de la chica que tardaba demasiado en pedir un café, Jungkook respondió un mensaje de texto de su compañera de piso, Rosé.

Cuando el mensaje se envió y la chica de delante aún no había pedido, empezó a tamborear el suelo con el pie. El barista le dedicó una sonrisa de disculpa, pero la chica aún no se apresuraba, y siguió preguntando por algunas de las bebidas de la carta.

Jungkook puso los ojos en blanco. No solía ser una persona impaciente, pero así terminaría por tomar un café más tarde de lo previsto. Había pensado acudir a un buen café para poder tachar todo lo que tenía que hacer antes de su cita doble con Rosé y su novio Jaden por la noche, pero necesitaba la cafeína con demasiada urgencia después de haber pasado la noche maquinado ideas de diseño que no podían esperar hasta mañana.

Suspiró mientras el cajero le indicaba cuáles de los pasteles y galletas eran veganos, y sus pensamientos volvieron a la razón por la que estaba atrapado detrás de una cliente quisquillosa: el desconocido, aquél chico confundido al que había ayudado en la calle.

Aún no había decidido si ese chico estaba borracho, o si tenía problemas psicológicos. Si le preguntaban qué pensaría si un desconocido con pánico desmedido en los ojos le parara por la calle y le exigiera saber dónde estaba y qué año era, Jungkook respondería sin dudar que ese estaba loco. Sin embargo, había algo en aquel muchacho, algo en sus ojos que hizo que Jungkook creyera que era auténtico, y que ninguna de sus preguntas había sido una broma o un acto de locura.

No tenía ninguna idea clara de por qué el chico había estado haciendo esas preguntas, pero estaba casi seguro de que eran importantes para él.

La chica se apartó por fin del mostrador, y Jungkook se adelantó para hacer su pedido, estaba tan distraído pensando en el encuentro anterior y el extraño desconocido que olvidó

fulminar a la chica con la mirada cuando pasó junto a él.

Se tomó el café pensativo mientras se dirigía a las oficinas de la empresa de diseño para la que trabajaba. No podía dejar de pensar en el desconocido. Antes ya le habían parado por la calle para preguntarle algo, así que no sabía por qué se le había quedado grabado aquel encuentro. Claro, el muchacho no había sido el típico turista ni nada por el estilo, pero seguía siendo alguien a quien no volvería a ver y que le había hecho unas preguntas rápidas, así que ¿por qué no podía olvidarse del encuentro?

Se sentó frente al computador, dejó el café sobre el escritorio y abrió el programa de diseño para intentar apartar al desconocido de su mente y concentrarse en su trabajo.

Pero no lo consiguió.

Aun con el click sonando de fondo, observando los diseños, los colores de uno de ellos, le recordaba a los ojos color miel del joven, los tonos en general le recordaba a todos los detalles del desconocido... no sabía por qué seguía recordando ese encuentro, sí, tal vez era porque estaba preocupado, después de ver lo confuso y casi asustado que había estado, o por algo más: había sido un muchacho muy guapo...

Gruñendo, Jungkook dejó soltó el mouse y apartó el teclado para apoyar los codos sobre el escritorio, dejando caer la cabeza sobre sus manos y frotándose los ojos, que le picaban ligeramente por el cansancio y el esfuerzo de concentrarse en los pequeños detalles durante varias horas. Presionarse a sí mismo y no tomarse un descanso sin dudas que no funcionaba, necesitaba un buen descanso para organizar sus pensamientos y volver a tener la cabeza centrada.

Se reclina en la silla y se quita las manos de la cara. Con la mirada fija en su taza de café, vacía desde hacía tiempo, se planteó por un momento el salir a por otra, pero desechó rápidamente la idea, no quería volver a estar hoy en esa calle.

Estiró los brazos por encima de la cabeza, con un leve chasquido en las articulaciones, inclinó la cabeza de un lado a otro para aliviar la rigidez muscular, su cuello sonando inevitablemente, luego miró su celular y respondió a un mensaje de Rosé sobre su outfit para aquella noche.

Aquél muchacho aunque podía estar borracho, era muy temprano, pero aún era posible que así fuera, pudo haber salido hasta tarde la noche anterior. Eso explicaría su desorientación y aparente angustia. Estar alucinando con algún tipo de droga podría producir efectos similares, supuso.

—Deja de pensar en ese tipo —se regañó a si mismo—. Te preocupa que alguien tan inocente y hermoso como él, estaba asustado y perdido en la ciudad, pero tú lo ayudaste, y

él te dio las gracias, luego se marchó... ¿qué más puedes hacer? El tipo probablemente ya esté de vuelta en casa, así que déjalo, tienes tus propios problemas y preocupaciones.

Otros problemas o preocupaciones como el que Roseanne Park lo mataría si llegaba tarde a casa por no haber terminado los bocetos a tiempo.

Acercó el teclado y regresó su mano al mouse para volver a sus diseños, con los pensamientos del chico de cabello rubio con ondas y ojos miel que lo había parado en la calle, ahora en un rincón de su mente..



—Dos minutos más y habrías llegado tarde.

Jungkook suspiró y pasó al lado de Rosé, que estaba parada con las manos en la cintura, ya lista para irse, su mirada fue lo primero que vio al abrir la puerta de su casa. Dejó la mochila en la cama y fue a su armario a buscar ropa.

—Pero no tarde dos minutos más, así que no llegué tarde —respondió, de una forma más brusca de lo que hubiera querido, pero estaba listo para que aquél día acabara, y ya no tenía ganas de salir esta noche—. Además —dijo, sacando una camisa del gancho—, esta hora era en la que dije que estaría en casa, no es como si realmente hubiera llegado a una hora de locos.

Rosé frunció el ceño al escuchar su tono áspero y lo miró pensativa mientras él agarraba más ropa y se iba al baño para cambiarse. Jungkook cerró la puerta y comenzó a vestirse, frotándose las sienes antes de quitarse su chaleco y desabotonar su camisa. Sentía que un dolor de cabeza empezaba a formarse detrás de sus ojos.

—Trabajas demasiado —le informó Rosé a través de la puerta cerrada, con voz más suave que antes, casi preocupada—. Últimamente llegas tarde a casa casi todos los días.

Jungkook cerró los ojos al sentir de repente un dolor de cabeza.

—La mayoría de los días salgo a tiempo de la oficina —dijo, doblando el chaleco y la camisa que se había quitado y dejándolos a un lado en el lavabo—. Y no puedo parar y regresar a casa cuando me llega la inspiración, el diseño gráfico para una empresa no es un trabajo de nueve a cinco.

Se puso los pantalones, tomó la ropa sucia y regresó a su dormitorio para encontrarse con una Rosé aún ceñuda sentada en su cama.

—Nunca te habías preocupado por mi horario de trabajo —dijo, mirándose el cabello en el espejo y decidiendo que estaba bien así. No le apetecía arreglar ni peinarse esta noche, en

realidad, prefería pasar la noche en el sofá con una camiseta vieja y unos pantalones de pijama.

—Hoy pareces enfermo y empiezo a preocuparme de que te estés forzando demasiado —dijo Rosé.

Volviéndose hacia su amiga, Jungkook forzó una sonrisa.

—Me duele un poco la cabeza, eso es todo. Agradezco tu preocupación, Ros, pero estoy bien —le aseguró—. Hoy ha sido un día un poco raro, eso es todo.

Rosé frunció el ceño.

—¿Raro cómo?

Los ojos miel y rasgados pintados de pánico se agolparon en la mente de Jungkook, y apartó el recuerdo.

—No es nada en realidad, sólo cosas del trabajo —miró la hora en su teléfono—. Será mejor que nos pongamos en marcha o llegaremos tarde.

Para su alivio, Rosé aceptó su respuesta y movió la cabeza, saliendo rápido de la habitación para agarrar su bolso, su emoción por la noche volvió. Jungkook se metió el teléfono y la billetera en los bolsillos del pantalón con un suspiro. Aunque agradecía la diversión que le traería la noche, lo último que quería era pasar varias horas en un restaurante con Rosé, Jaden y un tipo que en realidad no le gustaba mucho. Sin ganas, dibujó una sonrisa y siguió a Rosé con desgana fuera del apartamento.





Jimin caminaba por aquellas calles. El paseo ya no le traía la paz de antes; al contrario, provocaba que su pánico aumentara tanto que se volvía cada vez más ansioso, tembloroso e incapaz de pensar con claridad. Más preocupaciones se amontonaban en su mente.

Ahora mismo la ciudad no lograba hacer que estas preocupaciones parecieran insignificantes; más bien, las aumentaba de sobre manera, resaltando lo mala y alucinante que era su situación. Porque si algo le había enseñado el paseo, era que todo lo que estaba viviendo era real. Por mucho que lo negara, estaba en el futuro.

Después de tres horas de caminar, abandonó la búsqueda de pruebas de que se trataba de un sueño vívido o una alucinación. Aceptó la verdad y comenzó a maravillarse con la Nueva York del futuro.

En lugar de buscar algo que demostrara que no era real, se dedicó a admirar la extraordinaria arquitectura, la moda extraña y la maravillosa tecnología. Entre lo moderno, lo fantástico y lo increíble, vislumbró el viejo Nueva York que conocía, en otros aspectos tan asombrosos como la altura de algunos edificios. Y luego estaba lo simplemente desconcertante, los dispositivos brillantes y extraños que casi todos los transeúntes apresurados sostenían en la oreja para hablar o en la mano para pulsar rápidamente con los dedos.

Caminó hasta que el pánico, lo había estado impulsando durante las últimas horas, ya no fue suficiente para mantenerlo de pie. Comenzó a sentir el dolor en ellos, el peso de sus hombros y el cansancio de sus músculos. Siguió caminando hasta que sus pasos se hicieron

más lentos y la oscuridad envolvió todo a su alrededor, mientras la ciudad, iluminada como nunca antes la había visto, resplandecía con intensidad.

Fue entonces cuando se detuvo y reflexionó sobre su situación. Se recostó contra una pared, respiró el aire fresco de la ciudad y pensó.

Era medianoche y, aunque la ciudad le resultaba vagamente familiar, no había nadie conocido para él en este tiempo: ni familia, ni amigos, ni alguien a quien pudiera recurrir para pedir ayuda. No tenía hogar, ni refugio donde pasar la noche, y regresar a su propio tiempo parecía cada vez más improbable con cada minuto que pasaba. No le quedaba más opción que buscar un hotel donde pasar la noche.

Encontrar un hotel en Nueva York no era complicado, sólo necesitaba caminar unas pocas manzanas más.

Pronto vio uno que parecía adecuado, un hotel que, según la placa, había abierto sus puertas un par de años después del tiempo de Jimin. La idea le provocó un dolor de cabeza, y se quedó mirando la fecha en la fachada del hotel con el ceño fruncido antes de cruzar la puerta de cristal, claramente una actitud reciente en el edificio.

En el mostrador, confundió a la recepcionista al intentar pagar con el dinero que sacó de la cartera que, por suerte, aún llevaba en el bolsillo. La recepcionista lo observó con curiosidad mientras él manipulaba billetes y monedas, tratando de contar la cantidad exacta, lo cual parecía un poco exagerado, asegurándose de no ofrecer ninguna moneda que ya no estuviera en circulación. Con las mejillas sonrojadas y a punto de dejar caer la cartera bajo su mirada analítica, le entregó la llave de la habitación que ella le ofrecía, balbuceó un "gracias" y se apresuró a caminar.

Una vez en la habitación, se desplomó agradecido sobre la cama, más agotado de lo que recordaba haber estado jamás. Estaba tan exhausto que lo único que pudo hacer fue tumbarse boca arriba y mirar al techo, cubierto por un caleidoscopio de luces de la ciudad.

Ni siquiera tuvo fuerzas para encender la luz de la habitación, y en cuestión de minutos, cayó dormido.



Una sensación desconocida lo despertó abruptamente.

Inmediatamente sintió una ola de pánico y confusión, y la sensación de extrañeza lo envolvió apenas abrió los ojos. Convencido de que había tenido un sueño extraño e inquietante, se levantó de un salto, sentándose en el borde de la cama con el corazón

latiéndole con fuerza, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. Un pequeño gemido escapó de sus labios.

Paredes desconocidas, una cama extraña y, sobre la cómoda frente a él, un raro aparato negro y rectangular que reflejaba su cara pálida. Ese espejo moderno le recordaba exactamente dónde estaba.

En el futuro.

Cerró los ojos con fuerza, deseando regresar a su tiempo. Pensó en los edificios de ladrillo que bordeaban las calles, su casa con su césped bien cuidado, la sala de música donde pasaba casi todo su tiempo, con sus paredes de madera y el piano de cola en el centro.

Imaginó que, si lo deseaba con suficiente fuerza, podría volver. Pero al abrir los ojos, no estaba tan decepcionado de seguir en ese cuarto de hotel tan ajeno, nunca había esperado realmente ser mágicamente transportado al 1934, aunque el viaje en el tiempo fuera posible en el futuro ¿cómo habría llegado aquí?

Con la luz brillante entrando por la ventana cuando el sol se asomó detrás de una nube, Jimin se levantó, sintiendo su cuerpo rígido por haber dormido con la ropa puesta. Se estiró, oyendo cómo crujían sus huesos, y tomó una decisión.

No podía quedarse todo el día en esa habitación esperando algo que quizás nunca pasará. Alguien en esta época lo había enviado al futuro por alguna razón, y no descubriría quién es ni por qué lo hizo si se quedaba encerrado en un cuarto de hotel.

Después de darse una rápida ducha y alisar su ropa arrugada lo mejor que pudo, salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras hasta la planta baja, donde el aroma del desayuno flotaba desde una gran puerta a su izquierda. El olor le revolvió el estómago, pero decidió no comer, en cambio, se dirigió a la recepción, donde entregó la llave de la habitación avisando que volvería esa noche.

Salió del hotel y se adentró en la ajetreada calle frente a la puerta.

Debía de ser temprano, estaba en la hora pico en que ahora hombres y mujeres de negocios, algo cada vez más común, se apresuraban hacia sus trabajos.

Jimin se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se mezcló con la multitud, sintiéndose perdido entre tanta gente.

No tenía ni idea hacía dónde se dirigía mientras se dejaba llevar por la multitud.

Cada vez estaba más seguro de que había sido enviado a esta época por alguna razón y esperaba que algo sucediera para aclararlo todo. Dejó que sus pies lo guiaran por las calles

hasta que, de repente, levantó la vista y se encontró frente a la cafetería donde había estado justo antes de viajar en el tiempo.

Parpadeó al ver la puerta y pensó que tal vez ese lugar tenía algo que ver con todo esto, lo que explicaría por qué se había sentido atraído hacia allí.

Era un sitio familiar, parte de su Nueva York, y eso le parecía significativo. Se mordió el labio inferior mientras miraba la fachada y, después de dudar un momento, decidió entrar.

Se quedó paralizado en la entrada.

El interior de la pequeña cafetería era casi idéntico a como lo recordaba. Claramente, los actuales dueños querían mantener un aire vintage y habían conservado elementos de los años veinte, cuando la cafetería abrió por primera vez.

Jimin avanzó, observando las pequeñas mesas redondas, la original máquina de espresso en la pared, y las vitrinas con pasteles y panes, paquetes de café en grano.

Al notar que la mujer detrás del mostrador lo miraba con el ceño fruncido, Jimin sacudió la cabeza para despejarse y se acercó, un poco nervioso.

—¿Qué desea?

Jimin miró rápidamente los menús en la pared, sin reconocer muchos de los artículos listados. Finalmente, optó por un café solo y se lo llevó a una mesa vacía en la esquina.

Tenía la sensación de que todos lo observaban, y puede que así fuera, ya que su atuendo desentonaba, no había visto a nadie más con chaleco, traje y sombrero de fieltro; parecía que vestir así era anticuado o demasiado formal para el día a día.

Mientras bebía su café, sus pensamientos volaron a su época, a su hogar. ¿Qué habrá pasado después de su desaparición? ¿Taemin y sus padres lo habrían buscado desesperadamente? ¿O el salto al futuro había borrado su pasado, haciéndolo parecer como si nunca hubiera existido? Ambos escenarios le resultaban desgarradores y odiaba pensar que cualquiera de ellos podría ser cierto.

Ahora, donde él estaba, todo eso habría sucedido noventa y un años atrás. Y había otra cosa, en esta época en la que se encontraba ahora, todas las personas que conocía y amaba ya no estarían vivas.

Esta última idea era tan enorme y desgarradora que pasó un buen rato mirando fijamente su taza de café, permitiéndose asimilar la magnitud de su situación. No podía creer que no fuera un sueño descabellado.

—Parece que ya no estás tan perdido como ayer.

Jimin dio un sobresalto cuando una voz interrumpió sus pensamientos, una voz que le resultaba familiar.

Levantó la vista y, con un salto del corazón, encontró al apuesto desconocido que le había ayudado ayer, de pie junto a su mesa, con una sonrisa amistosa y una taza de café en la mano.

—Oh... —Jimin miró a su alrededor, tratando de recuperar la compostura y ordenar sus pensamientos—. No, no, hoy estoy bien. Es que ayer estaba bastante estresado.

El hombre asintió en señal de comprensión.

—Nueva York puede ser así a veces.

El muchacho permaneció un poco dudoso junto a la mesa hasta que la mente de Jimin finalmente comprendió la situación.

Se levantó y señaló la silla vacía frente a la suya.

—¿Te gustaría acompañarme?

El joven parpadeó un momento con sorpresa, seguido por una sonrisa que mostraba su agrado.

—Claro, gracias —dijo, depositando su café sobre la mesa y tomando asiento.

Jimin, al volver a sentarse, extendió su mano.

—Lo siento, debería haberme presentado antes. Soy Jimin Park.

El muchacho levantó sus cejas y ladeó un momento su cabeza interesado, luego acercó su mano, palpando la piel suave y tersa de Jimin.

—Soy Jungkook, Jungkook Jeon.

Jimin le ofreció una sonrisa cálida, tratando de ignorar cómo su pulso se aceleraba con el contacto.

—Es un placer conocerte, Jungkook.

Un suave rubor tiñó las mejillas de Jimin luego de aquellas palabras, y Jungkook tuvo que desviar la mirada, tomando un sorbo de su café para distraerse de la belleza del color rosado

en las pálidas mejillas de Jimin y del revoloteo en su estómago.

—Lo mismo digo —respondió Jungkook con su voz melódica. Se aclaró la garganta—. ¿De dónde eres? Supongo que no eres de aquí.

Jimin levantó la mirada hacía el pelinegro, su mente acelerándose para crear una historia que justificara su comportamiento del día anterior.

—Soy de Connecticut —improvisó—. Vine para visitar a un viejo amigo.

Jungkook observaba a Jimin por encima de su taza de café, con una expresión tranquila pero atenta.

—¿Has conseguido encontrar a tu amigo? —preguntó, con un tono que mezclaba curiosidad y preocupación.

Jimin dudó antes de responder, sus ojos se apartaron un momento de la mirada de Jungkook.

—No —contestó finalmente, con una voz que intentaba ocultar su decepción—. Al parecer, se mudó a otro estado por negocios.

Consciente de que Jungkook podría seguir indagando, cambió rápidamente de tema, buscando alivio en un nuevo hilo de conversación.

—Espero no haberte hecho llegar tarde donde ibas, cuando te paré ayer.

Jungkook parpadeó, sorprendido por el cambio abrupto de tema, pero se recuperó rápidamente.

—Oh, no —aseguró con una sonrisa ligera—. Iba camino al trabajo, pero siempre paro aquí a tomar un café, así que no me hiciste llegar tarde.

La curiosidad de Jimin se avivó aún más con cada palabra que intercambiaban.

—¿Dónde trabajas? —preguntó, inclinándose un poco hacia adelante, como si quisiera capturar cada detalle de Jungkook. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más interesado se sentía por él, quería saber qué hacía en su tiempo libre, qué le hacía reír, incluso el tipo de café que prefería. Nunca había sentido esa urgencia, esa necesidad casi palpable de conocer a alguien tan profundamente, ni siquiera cuando se había hecho amigo de Taemin. Jimin no sabía qué pensar sobre sentimientos nuevos y abrumadores.

—En J. Crew Group, una empresa de diseño con oficinas a solo unas manzanas de aquí —dijo Jungkook, su voz impregnada de un evidente orgullo. Jimin pudo detectar el

entusiasmo en sus palabras—. Soy uno de los diseñadores gráficos.

Jimin lo miró, incrédulo, como si necesitara confirmar lo que acababa de escuchar.

—¿Diseñador gráfico? —preguntó, la incógnita evidente en su tono.

La sorpresa en la voz de Jimin hizo que Jungkook frunciera el ceño ligeramente.

—Sí —respondió, su tono ahora más firme, casi defensivo—. Y ya he escuchado todos los chistes e insultos posibles, así que no es necesario que te esfuerces en ese sentido.

—¿Chistes?— repitió Jimin, sintiendo que había un malentendido—. No, es sólo que nunca he conocido a alguien que fuera diseñador gráfico.

El ceño fruncido de Jungkook se suavizó.

—Ah, ¿No? —preguntó.

Jimin sólo negó confundido.

—Pues... ¿Publicidad...? ¿Diseño comercial? —indagó Jungkook—. Los diseñadores gráficos nos dedicamos a que todo el diseño e imagen de una marca sea llamativa, así como su publicidad, entre otras cosas.

Jimin elevó sus cejas, comprendiendo mejor.

—Oh, ya veo —asintió—, entonces tienes un trabajo muy interesante.

Jungkook ladeó un momento su cabeza, tomando aquello como sarcástico.

—Bueno... si te quedas en Nueva York el tiempo suficiente seguro que conoces a mucha más gente que se dedica a ésto, al fin y al cabo es una gran ciudad que vive del diseño.

El tono frío de su voz hizo que una pequeña chispa de algo cercano al pánico parpadeara en Jimin. Apoyó los codos en la mesa.

—Jungkook, siento si te he ofendido. No estaba insinuando nada ni burlándome de tu profesión. Realmente me sorprendió —miró suplicante a Jungkook, esperando que le creyera. Odiaba haber metido la pata sin querer, haciendo que a Jungkook le cayera mal después de que todo hubiera ido tan bien.

Una breve expresión de confusión apareció en el rostro de Jungkook mientras miraba a Jimin, pero desapareció antes de que pudiera preguntárselo.

—No pasa nada —le aseguró Jungkook con un pequeño gesto de la mano—. No me has ofendido, no te preocupes. Sólo que...

Se interrumpió, sacudiendo la cabeza y dándole una pequeña sonrisa.

—De verdad pasa nada.

Su sonrisa y tono amistosos habían vuelto. Jimin se relajó.

—¿Y tú? —preguntó Jungkook, tragando un sorbo de café—. ¿A qué te dedicas? —añadió ante la mirada interrogante de Jimin.

Jimin bebió un poco más de café para reflexionar. Decidió atenerse un momento a pensar, y revelar el menor número de detalles posible de su realidad.

—Trabajo junto a mi padre —explicó —dirige un pequeño bufet de abogados.

Jungkook le miró pensativo.

—Pareces un poco joven para ser abogado.

—Todavía estoy en la escuela para eso, voy a la universidad no muy lejos de donde vivo —explicó, con la esperanza de que Jungkook no cuestionara más su escolaridad, no sabía nada acerca de las universidades fuera de la ciudad de Nueva York—. Trabajo para mi padre a tiempo parcial haciendo papeleo y cosas así.

Jungkook sonrió.

—Al menos no tendrás que buscar trabajo cuando te gradúes.

Jimin le devolvió la sonrisa débilmente.

—Sí, es así.

Jungkook notó su falta de entusiasmo.

—¿No te gusta trabajar para tu padre?

—No, no es eso —dijo Jimin rápidamente, tratando de suavizar la incomodidad de su expresión—. Es sólo que no me gusta especialmente la abogacía, nunca fue algo a lo que quisiera dedicarme.

Cerró la boca y miró nervioso a su alrededor en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho. Nunca se lo había dicho a nadie, excepto a Taemin, y ahora se lo estaba contando a un

completo desconocido.

Jungkook dejó el café sobre la mesa y miró a Jimin con simpatía.

—Padres insistentes, ¿eh? Conozco a gente que ha pasado por lo mismo que tú. Pero no deberías dejar que tus padres te digan qué hacer con tu vida, no deberían obligarte a abandonar tus sueños.

—Nunca les hablé de mis sueños —dijo Jimin en voz baja—. Me pidieron que me dedicara a la abogacía y continuara con el negocio familiar, así que eso hago.

—Y ahora eres infeliz —señaló Jungkook.

Jimin exhaló y se tiró de la esquina de su corbata.

—No es tan sencillo.

Jungkook observó a Jimin un momento.

—Sé que acabamos de conocernos, pero déjame darte un consejo, habla con tus padres sobre esto, sólo te estás condenando a una vida de remordimientos e infelicidad si sigues con la vida que tus padres quieren que vivas en lugar de la que tú quieres —tomó la mochila que tenía junto a la silla y empezó a rebuscar en ella.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó mientras Jimin asimilaba lo que acababa de decir—. No encuentro mi teléfono.

Con sorpresa en el por qué Jungkook tendría un teléfono en su bolso, Jimin sacó su reloj de bolsillo.

—Faltan diez minutos para las nueve.

—¿Tienes un reloj de bolsillo? —Jungkook observó sorprendido—. Nunca había visto a nadie con uno.

Sin saber qué decir, Jimin se limitó a sonreírle.

Jungkook cerró su mochila.

—Lo siento, pero va a mejor que me vaya o llegaré tarde al trabajo —se puso en pie, enganchándose la correa de la mochila al hombro—. Fue un placer hablar contigo.

Parecía reacio a marcharse.

Jimin sonrió cálidamente, sintiendo que se desinflaba.

—Igualmente.

Jungkook se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo, volteando nuevamente.

—¿Te veré aquí mañana?

Jimin dudó. Quería decir que sí, quería saber que podría volver al café y ver a Jungkook de nuevo, pero no tenía ni idea de si seguiría aquí mañana, podría ser llevado de vuelta a su propio tiempo tan repentinamente como llegó.

—Quizá —respondió, y luego, al ver que la sonrisa de Jungkook se desvanecía—. Espero que sí.

Jungkook le hizo un gesto con la cabeza.

—Entonces espero verte mañana —con una última sonrisa hacía Jimin, salió de la cafetería, dejando al rubio con la esperanza de poder quedarse al menos hasta que volviera a ver a Jungkook.



—Es tan lindo, encantador y dulce —dijo Jungkook, tirándose en el sofá—. Se parece a uno de esos apuestos jóvenes caballeros de las películas en blanco y negro que vimos en nuestro último maratón de cine.

Rosé observó a Jungkook desde su lugar en el sillón con una ceja levantada.

Parecía en parte divertida y en parte enfadada, aunque Jungkook no podía imaginarse por qué, ella estaba de buen humor cuando él llegó a casa y, aunque lo único que había hecho desde que entró por la puerta principal era hablar maravillas de Jimin.

Había escuchado a Rosé hablar de Jaden con tanta frecuencia que supuso que cuando le tocara a él no sería problema.

—Sólo espero que vaya mañana, sería una nueva decepción —tamborileó con los dedos en el reposabrazos del sofá y se quedó mirando la pantalla en blanco del televisor—. Aunque es un poco raro —añadió musitando.

Por el rabillo del ojo vio que Rosé se incorporaba al oír aquello.

—¿Cómo que es raro? —se preguntó en voz alta.

Jungkook se encogió de hombros.

—Parecía un poco fuera de sí y nervioso, siempre que hablaba de sí mismo y... —Pensó en la forma de hablar de Jimin, en sus modales, en su forma de vestir y de comportarse.

Volvió a encogerse de hombros.

—Quizá sólo sea tímido —sonrió al recordar el adorable rubor en las mejillas de Jimin.

Rosé frunció el ceño.

—¿Y qué harás con Taehyung?

Las ensoñaciones de Jungkook sobre Jimin se detuvieron al oír la pregunta de Rosé.

—¿Taehyung? —repitió sin comprender. Parpadeó hasta que su mente salió por completo del recuerdo de la sonrisa de Jimin.

—Nunca llegamos ni a ser novios —explicó—. Sólo salimos una o dos veces y no funcionó. Pensaba decírselo esta noche.

Le molestaba que Rosé insinuara que era tan versátil como para olvidarse del chico con el que salía cuando conocía a alguien nuevo. Taehyung le caía muy bien, pero no había nada romántico entre ellos, siempre que salían parecían dos amigos pasando el rato. Jimin, por otro lado, podía ver que era diferente.

—Te gustó bastante cuando te lo presenté —resopló Rosé—. ¿De verdad estás desperdiciando tu oportunidad de tener algo con él por un tipo que conociste en una cafetería y que probablemente sólo esté aquí de vacaciones?

—No vive lejos de aquí —protestó Jungkook—. Sólo en Connecticut. Y está aquí visitando a un amigo, en realidad.

—Probablemente sea heterosexual —señaló Rosé.

Jungkook la miró con el ceño fruncido, sintiéndose repentinamente enfadado.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en que no vea un avance con este chico?

Rosé suspiró.

—Porque no quiero que salgas herido ni que pierdas a Taehyung. Un chico al que le gustas de verdad, por algo que puede que ni siquiera ocurra. Apenas conoces a ese tal Jimin,

¿cómo sabes que no te está tomando el pelo? —cuando Jungkook puso los ojos en blanco exasperado, ella añadió: Y yo pensaba que Taehyung te gustaba de verdad.

Jungkook cerró los ojos.

—Te lo dije porque me sentía sólo, Ros. Sólo salí con Tae porque me sentía solo y quería ver si podría funcionar. Es un chico muy bueno, pero no hay absolutamente nada romántico entre nosotros, lo veo como un amigo, nada más.

Rosé mantuvo su boca semiabierta, al oír las palabras de su amigo.

Jungkook volvió a abrir los ojos.

—Ya me han hecho daño muchas veces, estoy acostumbrado.

Se levantó y se marchó, ignorando a Rosé que le llamaba por su nombre mientras cerraba la puerta de su habitación junto a un suspiro.



Jimin visitó la cafetería las dos mañanas siguientes, a pesar de que había dicho a Jungkook que "quizás" estaría allí.

Llegaron a conocerse mucho durante los treinta minutos diarios que Jungkook podía pasar en la cafetería antes de tener que irse corriendo al trabajo. A Jimin le encantaba la música y llevaba años tocando el piano. También jugaba al polo, algo que Jungkook nunca habría imaginado de él, pero que encajaba con su estilo de chico estudiante.

Jungkook también estaba bastante seguro de que Jimin era gay, un hecho del que estaba más seguro cuanto más tiempo pasaba con él, y su radar gay rara vez se equivocaba.

Cuanto más hablaban, más se daba cuenta Jungkook de lo extraño que era Jimin: a pesar de decir que le encantaba la música, nunca había oído hablar de ninguna de las canciones o artistas que Jungkook le mencionaba; le gustaba leer, pero todos los libros todos best sellers populares que Jungkook mencionaba eran recibidos con la mirada perdida y una sonrisa inquisitiva.

Definitivamente, había algo raro en Jimin, pero Jungkook no sabía qué era.

Y luego estaba la forma de vestir de Jimin.

Jungkook era una persona interesada en la moda, y no podía evitar fijarse en lo que llevaba la gente y juzgar su elección de atuendo. No sabía si Jimin buscaba un estilo vintage o si simplemente le gustaba vestir siempre a la antigua y formal, pero su estilo de vestir estaba muy lejos de ser moderno. Además, llevaba siempre el mismo traje de chaqueta y sombrero de fieltro todos los días desde que se conocieron.

Desde luego, Jimin era intrigante.

A la tercera mañana de encontrarse en la cafetería, Jungkook se sentó en la mesa habitual y le sonrió a Jimin, sintiéndose decidido.

Anoche, mientras yacía en la cama sin poder conciliar el sueño, se había dicho a sí mismo que iba a hacer lo que quería hacer desde que vio a Jimin por segunda vez en esta misma mesa de esta cafetería.

Lo iba a invitar a cenar.

Sus sentimientos por Jimin crecían día a día y sabía que se arrepentiría si nunca le invitaba a salir. Él y Jimin estaban definitivamente en el camino de convertirse en amigos, pero eso no era suficiente para él, quería más.

—¿Qué tal la noche? —preguntó Jimin amablemente después de saludarse. Frunció el ceño al ver las ojeras de cansancio de Jungkook—. ¿Te quedaste trabajando hasta tarde otra vez?

Jungkook sonrió con culpabilidad.

—Se me ocurrió una idea, y tenía que plasmarla en papel —dio un sorbo a su café—. Estaré bien cuando haya tomado café.

—Toda esta falta de sueño no va a ser bueno para ti —dijo Jimin, con cara de preocupación.

—Estoy bien —le aseguró Jungkook—. Ya estoy acostumbrado —bebió otro sorbo de café bajo la mirada preocupada de Jimin.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes para el fin de semana? ¿seguirás por aquí aunque tu amigo se haya mudado? —intentó no dejar traslucir en su expresión lo mucho que significaba para él la respuesta a esta pregunta.

Jimin bajó la mano con la que sostenía el café y la apoyó en la mesa.

—Me quedaré aquí —respondió con un ceño fruncido, el cuál relajó rápidamente, tanto que Jungkook no estaba seguro de que realmente hubiera estado allí—. Pero todavía no tengo

planes. No estoy seguro de lo que haré.

Levantó la vista, con expresión pensativa, como si aún no hubiera pensado en el fin de semana.

Jungkook se lamió los labios reseco.

—¿Te gustaría cenar conmigo mañana por la noche?

Jimin lo miró fijamente, con una cara de sorpresa por la pregunta. Mientras Jungkook se rascaba nerviosamente la rodilla de los pantalones, se preguntaba por la sorpresa de Jimin, seguro que a un tipo como él ya le habían invitado a salir muchas veces.

Es dulce, inteligente y divertido, por no mencionar lo extremadamente guapo, a Jungkook le costaba creer que nunca antes hubiera tenido novio. A no ser que leyera mal las señales y Jimin no fuera gay. Después de todo, no lo había confirmado. ¿O tal vez la sorpresa fue porque le pidió salir?

—Me encantaría —respondió Jimin con seriedad, haciendo que el alivio inundara a Jungkook.

Jungkook le sonrió.

—¡Genial! Um...—miró a su alrededor alocadamente—. Dame tu teléfono para que podamos comunicarnos.

Jimin parecía desconcertado.

—¿Mi... teléfono? —preguntó sin entender—. No tengo.

Ahora era el turno de Jungkook de parecer sorprendido.

—¿No tienes teléfono? Creí que hoy en día todo el mundo tenía uno—. Sacudió un poco la cabeza—. No sé cómo te las arreglas.

Cuando la expresión de Jimin se tornó de disculpa, como si lamentara no tener teléfono, Jungkook añadió rápidamente:

—No pasa nada, no hay problema, mejor decidimos a qué hora quedamos en vernos, y me dices dónde te alojas para que pueda ir a buscarte.

Jimin le indicó a Jungkook la dirección en la que se alojaba, un hotel no demasiado lejos, y acordaron que Jungkook pasaría a buscarlo allí a las siete de la tarde del día siguiente.

Pasaron el resto de tiempo juntos, sonriendo ampliamente mientras hablaban de cualquier cosa que se les ocurriera hasta que Jungkook tuvo que irse a trabajar, salió de la cafetería con la promesa de ver a Jimin el día siguiente, junto a un sentimiento de euforia por haber conseguido invitarle a salir.



Jungkook se sintió nervioso cuando entró en el hotel en el que se alojaba Jimin.

Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón se le aceleraba como nunca lo había hecho en sus citas con Taehyung. Jimin le hacía sentir el tipo de nerviosismo y emoción que lo hacía sentir como un adolescente con su primer amor, hacía que le temblaran las piernas hasta el punto de preocuparle que se tropezara al caminar, y hacerle sentir que el corazón latía tan fuerte y rápido que seguramente era audible para los que estaban a su alrededor.

La recepción estaba muy iluminada, y las luces se reflejaban en el suelo pulido, de tal modo que su superficie parecía de cristal. En el ambiente se percibía un suave aroma de flores frescas y un suave sonido de música clásica que sonaba por los altavoces de algún lugar. Jungkook se tiró de la camisa cohibido mientras cruzaba la recepción, mirando a su alrededor en busca de Jimin.

Iba vestido como cada vez que lo veía, un impecable saco sobre una camisa abotonada, zapatos de vestir lustrados y una corbata, y, como de costumbre, llevaba el pelo engominado, peinado hacía atrás.

No vio a Jungkook de inmediato, estaba mirando con el ceño fruncido una de las revistas apiladas en la mesita baja junto al sofá, y Jungkook aprovechó la oportunidad para estudiarlo mientras se acercaba lentamente a los sofás.

Sentado en aquel hotel con decoración de época, con suelos y papel pintado originales, Jimin parecía sacado de una película de Cary Grant y Jungkook casi esperaba que una joven de belleza clásica y vintage, vestida de cóctel se acercara a él y lo tomara del brazo.

Jungkook sacudió ligeramente la cabeza para despejar la imagen.

—Hola, Jimin —saludó cuando llegó a los sofás.

Jimin levantó la cabeza y su rostro se iluminó con una sonrisa, con los ojos encorvados y arrugados en las comisuras.

—Buenas noches, Jungkook —sus ojos lo recorrieron lentamente, Jungkook luchó contra el impulso de inquietarse bajo su mirada, que se sentía cargada de un peso que le hacía estremecerse—. Estás muy guapo —complementó, la suavidad habitual de su voz quebrándose al captar la última palabra.

Jungkook se esforzó por no sonrojarse como un joven niño enamorado.

—Gracias. Tú también —seguido de una breve pausa durante la cual ambos se miraron fijamente.

Jungkook se aclaró la garganta.

—¿Listo para irnos?

Jimin asintió, poniéndose en pie y uniéndose a Jungkook al otro lado de la mesita.

Jungkook tragó grueso al verle enderezarse la chaqueta y sonreírle.

—Vámonos entonces —dijo maldiciéndose internamente por lo patético que sonaba.

Salieron del hotel y se dirigieron a la calle, donde rápidamente Jungkook tomó un taxi que acababa de dejar a una pareja mayor en el hotel. Las cosas se hicieron más fáciles durante el trayecto en taxi hasta el restaurante, el ambiente cómodo que normalmente les rodeaba en la cafetería regresó, y Jungkook logró que sus nervios se calmaran mientras le contaba a Jimin los intentos de Rosé de cocinar comida vegana.

—Y luego quiso que probara el postre que había hecho, pero tuve que fingir que había desayunado y que estaba lleno, no podía decirle directamente que prefería no comer algo que parecía que lo había vomitado un perro —dijo Jungkook con un escalofrío mientras bajaba del taxi tras Jimin, que le sujetaba la puerta. Se dio la vuelta para pagar y dar las gracias al conductor, apartando la cartera de Jimin mientras lo hacía.

—Así que, vienes aquí cuando mueres de hambre —dijo Jimin con gracia una vez que el taxi se alejó y Jungkook se volvió hacia él.

Jungkook le sonrió.

—Exacto —miró el restaurante detrás de Jimin—. He venido aquí unas cuantas veces con gente del trabajo y la comida es increíble, preparan unas delicias con pollo que no te imaginas.



La comida fue mejor de lo que Jungkook podría haber imaginado, y la ligera incomodidad de antes nunca mas volvió. Era como una de sus mañanas en la cafetería, pero ésta vez no tenía que salir corriendo después de media hora, y el ambiente era más íntimo. Podía verse fácilmente enamorado de Jimin, si no lo estaba ya.

Desesperado por que la velada no terminara, Jungkook alargó la cena lo más posible, pero finalmente se vieron obligados a marcharse, y fue con muy pocas ganas y un pequeño suspiro cuando se volvió para darle las buenas noches a Jimin fuera del restaurante.

—¿Puedo acompañarte a casa? —preguntó Jimin antes de que Jungkook pudiera abrir la boca para darse la temida despedida.

Parpadeó sorprendido, y su estómago dio un agradable respingo de emoción.

—Sí, claro —exhaló. Señaló la calle detrás de él—. No está tan lejos de aquí, podemos ir a pie.

Caminaron en silencio durante un momento, Jungkook disfrutando la sensación del aire fresco de la noche en su rostro, y la visión de Jimin caminando a su lado. No dejaba de mirar al otro hombre con el rabillo del ojo, admirando su aspecto bajo las luces de la calle, aún incapaz de creer que alguien tan bello como Jimin estuviera interesado en él.

—Aún no me acostumbro a lo iluminada que está esta ciudad por la noche —dijo Jimin, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás mientras miraba al cielo, con las estrellas borradas por las luces.

Jungkook miró brevemente hacia arriba.

—Sí, cuando me mudé aquí desde Canadá después del instituto echaba de menos poder ver las estrellas, y a veces sigo echándolo de menos. Me encanta vivir en una gran ciudad, pero a veces echo de menos vivir en un lugar más relajado.

Jimin asintió pensativo, con una pequeña línea entre las cejas. Permaneció en silencio mientras cruzaban la calle, y se dirigían a una nueva, las luces de algunos edificios se esparcían sobre la misma.

—¿Vuelves a allí a menudo? —preguntó Jimin—. Tu familia sigue viviendo allí, ¿no?

Jungkook asintió.

—Vuelvo siempre que puedo. Echo de menos a mi familia cuando estoy aquí, sobre todo a mi padre, somos muy unidos.

Jimin se mordió el labio y asintió, pero antes de que Jungkook pudiera decir algo llegaron a su edificio y se detuvo.

—Bueno, ya llegamos —anunció con una pequeña sonrisa. Algo había cambiado entre ellos, aunque no podía decir qué.

Jimin observó el edificio a sus espaldas.

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?

—Yo... —Jungkook se interrumpió, sintiéndose sorprendido por el ofrecimiento de Jimin—. Está bien, sí.

Jimin miró a su alrededor con curiosidad mientras Jungkook lo guiaba hacia los ascensores y subían al tercer piso. Cuando llegaron a la puerta de Jungkook, éste se giró para mirar a Jimin, aún intentando pensar qué era lo que sentía diferente. Sus buenas noches murieron en su garganta cuando vio la expresión en los ojos de Jimin.

Jimin estaba jugueteando con el borde de su chaqueta.

—Jungkook, tengo algo que decirte —empezó, y Jungkook sintió que su corazón empezaba a latir más rápido por la preocupación, no le gustaba nada el tono de voz de Jimin.

Debería haber sabido que todo esto era demasiado bueno para ser verdad.

—Probablemente debería habértelo dicho antes —dijo Jimin, evitando los ojos de Jungkook—. Antes de que saliéramos esta noche, pero... yo sólo...

Inspiró profundamente, levantando los ojos para encontrarse con los de Jungkook.

—Jungkook, yo no...

—¡Jungkook, hola!

Jimin y Jungkook se sobresaltaron cuando una voz femenina los interrumpió y apareció Rosé, con sus tacones golpeando suavemente el suelo. Ella sonrió a los dos, sin saber lo que acababa de interrumpir.

—No sabía que habías tenido una cita esta noche, Jungkook —dijo, mirando al pelinegro con ojos brillantes de curiosidad.

Jungkook nunca se había "alegrado" tanto de verla. La fulminó con la mirada mientras ella se presentaba a Jimin.

—Te dije esta mañana que iba a salir con Jimin —le recordó apretando los dientes.

Ella lo ignoró, sonriendo alegremente mientras estrechaba la mano de Jimin, aparentemente ajena a la mirada tensa del rubio.

—Encantado de conocerte, Rosé, pero será mejor que me marche —dijo Jimin cortésmente, sus ojos se encontraron brevemente con los de Jungkook por encima de su cabeza.

Jungkook sintió el repentino impulso de agarrar a Rosé y empujarla dentro del apartamento para poder estar a solas con Jimin de nuevo.

Estaba seguro de que lo que Jimin estaba a punto de decir era importante, y no podía creerse qué momento eligió Rosé para interrumpirlos.

—Jimin... —empezó.

Jimin le sonrió, rodeando a Rosé.

—Me lo he pasado muy bien esta noche, Jungkook, gracias.

Jungkook miró desesperadamente a Rosé, rogándole en silencio que se fuera en lugar de seguir allí de pie.

—Yo... yo también.

Los ojos de Jimin parpadearon brevemente hacia Rosé, ahora rebuscando en su bolso.

—Volveremos a vernos pronto, ¿verdad?

Jungkook asintió, tragándose su decepción.

Jimin levantó una mano, amagó y luego la rozó ligeramente a lo largo del brazo de Jungkook.

—Buenas noches —dijo en voz baja.

Jungkook le sonrió.

—Buenas noches, Jimin.

Jimin asintió a Rosé, que le miraba a través del flequillo, antes de volver hacia el ascensor, dejando a Jungkook con un cosquilleo en el lugar donde Jimin le había tocado, y furioso con Rosé:

—¿Por qué hiciste eso? —siseó Jungkook cuando Rosé abrió la puerta de su apartamento.

Ella le lanzó una mirada de desconcierto por encima del hombro mientras él la seguía al interior.

—¿Qué? —preguntó inocentemente. Dejó el bolso en el sofá y se disculpó.

—Oh, lo siento, ¿interrumpí algo?

Jungkook suspiró pesadamente.

—Sí, lo hiciste, pero no de la manera que estás pensando —se dejó caer en el sillón y miró al suelo—. Jimin estaba a punto de decirme algo importante.

—Lo siento... —Rosé empezó, sonando realmente arrepentida.

—Creo que tenía algo que ver con su extraña forma de ser —Jungkook habló por encima de la disculpa de Rosé, sin escuchar una palabra de lo que estaba diciendo.

La voz de Rosé de repente sonó a través de sus pensamientos.

—¿Qué?

Le dedicó una breve mirada.

—Lo que Jimin iba a decirme —aclaró distraídamente.

Sacudiendo la cabeza, Rosé le sonrió confundida.

—No, me refiero a... ¿qué quieres decir con que Jimin es un poco raro? No me pareció totalmente extraño, y parecía un tipo muy dulce.

Jungkook sacudió la cabeza mirando al suelo.

—No lo entiendes, tú acabas de conocerlo. Es... Es como si no encajara aquí, como si fuera de otro siglo o algo así.

Rosé soltó una pequeña carcajada.

—¿De qué estás hablando?

Jungkook levantó su cabeza para mirarla, con los ojos desenfocados, perdido en sus recuerdos de Jimin.

—No se parece a nadie que haya conocido antes, se viste como si acabara de salir de una película antigua, habla como si estuviera a bordo del Titanic. Es como un caballero chapado a la antigua, ¡hasta tiene un reloj de bolsillo!

Finalmente se centró en su compañera de piso, deseando desesperadamente que comprendiera y ofreciera alguna explicación razonable a todo aquello

—¿Quién lleva un reloj de bolsillo hoy en día?

Rosé se sentó en el borde del sofá, mirándolo seriamente, como si estuviera calmando a un niño temperamental.

—Jungkook, que lleve un reloj de bolsillo y actúe como un caballero no significa que haya salido de algún modo de 'Lo que el viento se llevó'. Tal vez heredó el reloj de su abuelo, tal vez fue a una de esas caras escuelas preparatorias donde te enseñan cómo actuar y a abrir las puertas de los coches a la gente.

De repente, Jungkook recordó que Jimin le había dicho que jugaba al polo.

—Quizá tengas razón —le dijo a Rosé. Sonrió tímidamente—. Creo que estoy haciendo el ridículo.

Rosé asintió impresionada.

—Lo estás, Kook —se echó el pelo por encima del hombro y empezó a describir su cena con unos directores de moda. Jungkook asintió mientras ella hablaba, sin prestar atención a nada de lo que decía. Tal vez estaba haciendo el ridículo y dejándose llevar por su imaginación, pero no podía evitar las persistentes dudas sembradas en el fondo de su mente que insistían en que Jimin era algo más que de una escuela elegante y cara.



Jimin tuvo la sensación de que Jungkook empezaba a sospechar.

No lo culpaba, sabía que no encajaba del todo bien en aquella época. Le atemorizaba contárselo, el cómo reaccionaría cuando supiera la verdad sobre él, Jungkook podría fácilmente tenerle miedo, denunciarlo a la policía o a un psiquiátrico o, peor aún, negarse a volver a tener contacto con él.

Aunque él no lo supiera, Jungkook era lo único que le mantenía cuerdo, él era la única razón por la que Jimin no estaba encerrado en su habitación de hotel, asustado y preso del pánico, rezando para que de algún modo lo devolvieran a su propio tiempo.

Había estado a punto de confesarle la verdad a Jungkook al final de su cita del sábado por la noche, pero cuando llegó Rosé, su confianza se hizo añicos y, una vez más, estaba demasiado asustado para contárselo.

Pero sabía que todo esto tendría que cambiar, y pronto, aquello no podía permanecer en la oscuridad para siempre.



El martes por la noche, cuando Jungkook terminó de trabajar, tuvo otra cita con Jimin.

Fueron a ver una película, los sonidos y los colores fascinaron absolutamente a Jimin, y después cenaron juntos. Jimin sintió la mirada de Jungkook sobre él en numerosas ocasiones a lo largo de la velada, curiosa y desconcertada, y sintió que su culpa iba en aumento a medida que avanzaba la velada.

Pero no podía decírselo, no podría soportar ver la cara de Jungkook cuando supiera la verdad, ¿se asustaría? ¿se enfadaría?

—Tengo la sensación de que tienes algo que decirme, no te noto bien —dijo Jungkook mientras Jimin y él se sentaban en un banco cerca de un estanque de luz en Central Park. Hacía casi veinte minutos que habían salido del restaurante, y Jungkook había estado inusualmente callado desde entonces.

A Jimin se le estrujó el corazón y le empezaron a temblar las manos. Abrió la boca para contarle a Jungkook toda la historia, pero la cobardía pudo con él.

—No... no hay nada, Jungkook —dejó escapar una risa corta y nerviosa—. Estoy perfectamente.

Jungkook lo miró fijamente durante un momento, viéndose nada convencido y con un rastro de tristeza y decepción en el rostro.

La culpabilidad de Jimin se disparó hasta el punto de sentirse casi enfermo. Odiaba mentirle a Jungkook, no podía soportar su expresión decepcionada, pero no podía decírselo aún, no podía...

Jungkook pareció meditar por un momento, antes de mirar hacia el otro lado del parque y decir:

—Sabes, si cualquier otra persona me hubiera parado en la calle con cara de loco y asustado mientras me preguntaba qué año era, me habría marchado. Desde luego, no me habría acercado a esa persona en una cafetería al día siguiente, pero por alguna razón, tú eras diferente. Sabía que eras auténtico, y alguien en quien podría confiar, alguien a quien podría formar parte de mi vida.

Jimin se removió incómodo, su culpa pesando su interior.

—Jungkook...

Ignorándolo, Jungkook se mordió el interior del labio inferior, sin dejar de mirar los árboles que tenían enfrente.

—Ahora... empiezo a sentir algo diferente por ti. A veces no estoy tan seguro de que seas alguien en quien confiar.

—Jungkook... —dijo Jimin suplicante, queriendo tocar el brazo del otro para que le mirara pero también asustado de que Jungkook se apartara.

—Hemos pasado los días conociéndonos desde que nos cruzamos por primera vez, pero estoy seguro que aún no lo sé todo— continuó Jungkook, sin dar muestras de haber escuchado las súplicas de Jimin.

Jimin respiraba entrecortadamente y el pulso le latía en los oídos cuando Jungkook por fin se volvió hacia él, con una expresión sombría y un deje de frustración.

—Hay algo sobre ti que no me estás contando, algo importante. No digo que debas contármelo todo, después de todo, no hace mucho que nos conocemos, pero esto... esto se siente como... como... —Jungkook cerró los ojos, sacudiendo la cabeza como si le costara hacerse a la idea de todo aquello—. Actúas como si fueras de los cincuenta o algo así y...

—Treinta —corrigió Jimin en voz baja.

—Yo... ¿Qué? —Jungkook lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta.

Tragando grueso, Jimin se agarró con las manos al borde del asiento del banco, los nudillos destacando prominentes y blancos sobre su piel. Se obligó a mirar a Jungkook directamente a los ojos a pesar del impulso de agachar la cabeza y hablarle de rodillas.

—Soy del mil novecientos treinta y cuatro —admitió, con la voz sólo un poco temblorosa por el miedo—. Yo... de alguna manera viajé al futuro el lunes pasado. Ocurrió cuando te paré en la calle, por eso te hice esas preguntas, y también es la razón de por qué estaba actuando de forma tan... peculiar.

Esperó ansioso a que Jungkook respondiera, con cierto alivio por haberle dicho por fin la verdad, luchaba con un miedo creciente en su interior, dejándolo nauseabundo y tembloroso.

No tenía ni idea de lo que haría si Jungkook se tomaba mal aquella noticia, lo único que podía hacer era desear que todo saliera bien mientras le sudaban las palmas de las manos, al mismo tiempo le temblaba el pulso y se le aceleraba el corazón.

Jungkook se lamió los labios.

—¿Has...? ¿has viajado noventa y un años al futuro? —preguntó débilmente, pálido y conmocionado, como si acabara de ver un fantasma.

Jimin asintió, su preocupación no disminuía a pesar de que Jungkook no salía corriendo ni lo creía un loco desquiciado como había temido.

—Sí, pero no estoy muy seguro de cómo. Alguien de esta época debe haber... —se interrumpió al ver la expresión de Jungkook—. ¿Qué? —preguntó, y su preocupación aumentó aún más—. Ahora es posible viajar en el tiempo, ¿no?

La preocupación iba sustituyendo poco a poco a la conmoción tras la expresión de Jungkook.

—No... a menos que seas el Doctor Emmet Brown o Marty McFly.

Cuando Jimin frunció el ceño y su boca empezó a formar una pregunta, negó con la cabeza.

—Jimin, viajar en el tiempo sigue siendo imposible.

Las palabras de Jungkook calaron lentamente y Jimin tardó unos segundos para comprender lo que le acababan de decir. Parpadeó un momento mirando a Jungkook, mientras la comprensión se agolpaba lentamente en su mente.

—¿Pero entonces cómo...? ¿Esto significa que nunca podré volver a casa? —preguntó Jimin, sus palabras sonaban confusas, como si la idea hubiera sido comprensible hasta ahora.

Algo pasó por la mente de Jungkook, pero agachó la cabeza antes de que Jimin pudiera verlo bien.

—No lo creo —dijo suavemente, evitando los ojos de Jimin—. Por otra parte, llegaste aquí de alguna manera, así que tal vez...

Se interrumpió, encogiéndose de hombros.

Jimin no dijo nada, y levantó la mirada para observar el parque, sin ver nada exactamente.

Tal vez no podría volver a su tiempo, o tal vez se quedaría atrapado en este mundo extraño y moderno para siempre. Nunca volvería a ver a su familia, nunca más pasaría tiempo con Taemin, ni jugaría al polo con los chicos... Un pensamiento desesperado de "*¿por qué yo?*" pasó por su cabeza cuando la magnitud de la situación en la que se había metido empezó a agolparse en su mente como la nieve al caer.

Estaba demasiado conmocionado para entrar en pánico, seguía negándolo todo, una pequeña parte de él seguía aferrándose con determinación a la esperanza de volver a casa. Exhaló temblorosamente y volvió a mirar a Jungkook para descubrir que le observaba con ojos de disculpa y una pequeña sonrisa comprensiva.

—Lo siento mucho, Jimin —le dijo en voz baja.

Asintiendo rígidamente, Jimin le ofreció una sonrisa tensa, todavía demasiado conmovido para responder de otra manera.

Jungkook dudó un momento, lanzando a Jimin una mirada nerviosa, antes de preguntar:

—¿Todavía te alojas en ese hotel, verdad?

Un poco confuso por el repentino cambio de tema, Jimin asintió.

Jungkook volvió a lamerse los labios.

—Yo... estaba pensando que, como no sabes cuánto tiempo vas a estar aquí y no tienes otro sitio donde quedarte, tal vez podrías quedarte en la habitación libre de mi apartamento —ofreció tanteando—. Si tú quieres —añadió cuando Jimin no hizo más que mirarlo sin comprender.

—Quiero decir, ha de ser caro pagar el hotel, y somos amigos, ¿no? Los amigos se ayudan entre ellos.

—Sí... somos amigos —aceptó Jimin lentamente.

Sentía que necesitaba acostarse, esa noche había sido demasiado. Primero darse cuenta de que podría estar atrapado en el futuro por siempre y ahora Jungkook pidiéndole que se fuera a vivir con él, era un milagro que no le doliera la cabeza.

Jungkook lo observaba con cautela.

—Entonces, ¿te mudarás? —elevando su rostro, se controló y añadió con más calma:

—Si te incomoda, no tienes por qué hacerlo, sé que no nos conocemos desde hace tanto tiempo.

Jimin no tenía ningún problema con eso, en absoluto, su vacilación era puramente por el shock, la incredulidad ante el hecho de que Jungkook realmente estaba ofreciendo esto, y la grandes ganas que tenía de aceptarlo.

—Sí —respondió rápidamente.

Cuando los ojos profundos de Jungkook se iluminaron, sonrió.

—Te tomo la palabra, si no es problema.

Las arrugas en las comisuras de los ojos se remarcaron mientras Jungkook sonreía dulcemente.

—No es problema en absoluto.



—Que elegancia... —dijo Jimin, apreciando la amplia sala de estar del apartamento de Jungkook.

Caminó a un lado de los sofás que formaban una arco alrededor de la mesa ratona, sosteniendo en sus manos un pequeño bolso con las pertenencias que había empacado en el hotel.

Jungkook se contuvo para no reírse por la palabra de Jimin, cerró la puerta principal y lo siguió adentro.

—No, no es nada especial —contestó, mirando a su alrededor—, pero está bien para dos jóvenes graduados viviendo en Nueva York.

Observó a Jimin mientras examinaba con curiosidad el montón de revistas sobre una mesa.

—¿Quieres un pequeño recorrido o prefieres ir directo a tu habitación?

Jimin levantó la vista y se encontró brevemente con los ojos de Jungkook antes de apartar la mirada como la de un cachorro nervioso.

—Hagamos un recorrido, por favor.

Sonriendo apacible, Jungkook asintió.

Aunque ahora entendía el uso del lenguaje formal de Jimin, se preguntaba si alguna vez se acostumbraría a él o si siempre lo encontraría un tanto chocante. Con tanta gente hoy en día hablando con simplezas o comunicándose a través de mensajes de texto, especialmente en ciudades bulliciosas como Nueva York, era extraño escuchar el estilo de lenguaje que usaba Jimin. En estos días, Jungkook solo escuchaba un lenguaje similar en reuniones a las que iba por su trabajo, pero era refrescante escucharlo cada vez que estaba con Jimin.

—Puedes dejar tus cosas aquí —dijo, señalando el bolso que Jimin aún sostenía en la mano—. Te enseñaré un poco de todo.

Cuando Jimin dejó su bolso en el suelo, Jungkook lo guió a través del apartamento, mostrándole su impecable cocina, donde observó todos los electrodomésticos con los ojos muy abiertos, le enseñó el baño principal y el de invitados, la pequeña habitación que a Jungkook le gustaba llamar su sala de trabajo, donde tenía su propio escritorio y su computadora entre otro escritorio y muchísimas cosas para el diseño y dibujo en tradicional, le enseñó su propio dormitorio, donde ambos de repente se pusieron incómodos y tímidos, como si uno de ellos se hubiera desnudado, se saltaron la habitación de Rosé, la que Jungkook sabía que no hacía falta que se mostrara mientras ella no estuviera allí, y finalmente llegaron a la habitación que ahora sería de Jimin.

Jungkook encendió la luz, iluminando la habitación de tamaño aceptable con su gran cama doble, un armario con ropa vieja que había querido ordenar durante meses sin mucha efectividad, y una ventana que daba al edificio del frente.

Hubo un momento de silencio mientras Jimin observaba su nueva habitación, y Jungkook contuvo su respiración, esperando que realmente le gustara y no tuviera que a sentirse cortésmente decepcionado.

—Lamento que no tengas la mejor de las vistas —dijo Jungkook en tono de disculpa, cuando ya no pudo soportar más el silencio—. Esa es la razón por la que usamos esta habitación como la de invitados, ninguno de nosotros quería que alguien nos pudieran ver a través de la ventana, aunque, mientras cierres las cortinas por la noche no habrá problema.

Jimin dió un paso más hacia la habitación y sacudió la cabeza.

—Jungkook, esto es perfecto, gracias —dejó de observar la habitación para voltear hacia Jungkook—. No tenías por qué hacer esto por mí... en verdad te lo agradezco mucho.

Un tono rosado subió a través de las mejillas de Jungkook.

—No hay de qué...

Tragó saliva y apartó la mirada de Jimin.

—Te cambiaré las sábanas y sacaré mis cosas del armario —rodeó a Jimin para llegar al armario empotrado en la pared, abrió la puerta y sacó la ropa que había estado amontonado allí.

Escuchó los pies de Jimin caminando hacia él.

—Iré a buscar mis cosas —anunció.

—Está bien —Jungkook colocó la última camiseta encima del montón que tenía a su lado y lo recogió.

Cuando se dio la vuelta y vio a Jimin caminando por el pasillo hacia la sala de estar. Lo siguió por el pasillo, tirando su ropa vieja en su habitación y entrando tomó unas sábanas limpias de su armario.

Mientras cambiaba las sábanas de Jimin, pensó en el repentino cambio de humor que había experimentado cuando le había mostrado su habitación al rubio, en lo vulnerable y tímido que se había sentido. Supuso que todo aquello era por que Jimin había visto un lugar que mostraba tanto de su personalidad y el tipo de persona que era. Aunque le había contado a Jimin muchas de sus pasiones y sus gustos, era diferente ver el dormitorio de alguien, el lugar donde toda su intimidad y placeres culpables quedaban al descubierto. Y era revelador mostrar algo que podía ser tan personal para uno, y eso era el lugar donde uno es más vulnerable, el lugar donde duermes.

El suave ruido de los pies sobre el suelo anunció el regreso de Jimin, y Jungkook dejó de lado sus pensamientos y sentimientos, extendió las sábanas cuando Jimin entró en la habitación.

Jungkook ignoró las palabras de gratitud que brotaron inmediatamente de la boca de Jimin al ver la cama recién hecha.

—No es ningún problema, Jimin, de verdad —insistió—. No es como si usáramos ésta habitación.

Jimin apretó los labios formando una fina línea y asintió. En sus mejillas subió un rosado intenso mientras dejaba suavemente su bolso en el suelo. Era tan tímido que Jungkook tuvo que contener una sonrisa de ternura.

—Supongo que quieres darte una ducha —dijo Jungkook, dando un paso hacia la puerta—. Así que, te dejo tranquilo. Yo estaré en la sala si necesitas algo.

Le lanzó a Jimin una rápida sonrisa antes de salir de la habitación, caminando a paso rápido por el pasillo con la pequeña esperanza de que su cerebro intentara eliminar la imagen de Jimin en la ducha.

No funcionó.

Quejándose, apartó el montón de pertenencias de Rosé que estaban sobre la mesa de café y sacó su cuaderno de bocetos debajo.

Con un lápiz en mano, se dejó caer en el sofá y frunció el ceño al ver los detalles que había realizado la noche anterior. A menudo hacía algunos diseños a altas horas de la noche, cuando su cerebro estaba demasiado cansado para pensar demasiado en las cosas y la creatividad y las ideas simplemente fluían de su cabeza hacia el papel, pero todo tiene un límite y, al mirar esos bocetos, pudo ver cuándo había comenzado a cansarse de más. Las líneas erráticas delineaban patrones borrosos y el logo sin sentido o algún contexto hablaba por sí sólo.

Se inclinó para ordenar uno de esos diseños, perdiéndose en los suaves trazos y los susurrantes sonidos del lápiz sobre el papel.

Si aguzaba un poco el oído, podía oír el agua corriendo en el baño de invitados...

Maldiciendo su repentina incapacidad para concentrarse, se inclinó más cerca del papel y se obligó a trabajar en los pequeños detalles de un logo de comida rápida.

Un suave chirrido de lo que reconoció eran pies descalzos deslizándose sobre el suelo sacó a Jungkook de la burbuja en la que finalmente se había metido. Levantó la vista de sus bocetos para sonreírle a Jimin, que estaba duchado, y parpadeó sorprendido.

Jimin estaba allí de pie, inseguro, cerca del pasillo que conducía a los dormitorios, con el pelo húmedo y ondulado, la piel enrojecida por la ducha, vestido con el mismo atuendo de antes, chaqueta de traje formal y todo. Como era tan tarde, Jungkook había esperado que Jimin estuviera vestido con algún pijama para dormir.

Pensó que Jimin no se avergonzaría de que Jungkook lo viera en pijama.

—¿No te preparaste para ir a la cama? —preguntó Jungkook.

Por alguna razón, la pregunta hizo que Jimin se sonrojara y agachara la cabeza.

—Yo, eh... no sabía a qué hora ibas a dormir, y no quería parecer grosero e irme antes que tú.

Jungkook frunció el ceño confundido.

—No tienes que quedarte despierto sólo porque yo todavía estoy despierto —dijo—. Y aunque no te vayas a dormir ahora, puedes vestirme con algo más cómodo.

Jimin siguió mirando al suelo, con las mejillas coloradas y los dientes asomando para mordisquearse el labio inferior.

—No puedo cambiarme a menos que me vaya directo a la cama —dijo al suelo con una voz apenas más fuerte que un susurro.

—¿Por qué no? —preguntó Jungkook, desconcertado por el comportamiento de Jimin.

—Yo... —el rubor de Jimin se intensificó y torció su pie derecho contra el suelo, con los hombros ligeramente encorvados y las manos metidas profundamente en los bolsillos de sus pantalones—. Porque yo, eh... —retiró una de sus manos y se frotó la nuca.

Jungkook esperó pacientemente a que respondiera, preguntándose qué lo había avergonzado tanto.

—Yo duermo en ropa interior —confesó Jimin, evitando a toda costa el mirar a Jungkook.

Jungkook por un momento se sintió desconcertado por la confesión, que no era en absoluto lo que esperaba, sólo pudo mirar fijamente a Jimin, nervioso y tímido.

—Pero no suelo dormir en ropa interior —explicó rápidamente—. Simplemente tengo una escasez de ropa en éstos momentos. Como no sé cuándo podré volver a mi época, solo compré lo imprescindible, como algunas camisetas y ropa interior.

Miró a Jungkook por debajo de las pestañas, luego apartó la mirada.

—Además, las tiendas de aquí son bastante abrumadoras.

La sorpresa se disipó, Jungkook se inclinó hacia delante y dejó su cuaderno de dibujo y lápiz sobre la mesa de café.

—No es algo por lo que avergonzarse, mucha gente duerme en ropa interior y menos —lo tranquilizó.

Se puso de pie y sonrió cuando Jimin lo miró de nuevo, el rubor comenzaba a desaparecer de sus mejillas.

—Pudiste haberme dicho que te faltaba ropa, yo puedo prestarte algo.

Jimin levantó la cabeza de golpe.

—No, no tienes por qué...

—Pero yo quiero —lo interrumpió Jungkook con suavidad—. Además, tengo un montón de ropa vieja que iba a donar a la caridad. Puedes usarla hasta que compres la tuya.

Pasó junto a Jimin y se dirigió a su dormitorio para mirar la ropa que había sacado del ropero antes. Buscó entre el montón que había tirado en el suelo de su propio ropero, agarró un jogging viejo y una camiseta, y se los llevó a Jimin.

—Toma —dijo, dejando las prendas sobre las manos de Jimin—. Te quedarán un poco grandes, pero... —se encogió de hombros—. Ve y pónelos.

Los ojos de Jimin estaban enormes y sinceros cuando se encontraron con los de Jungkook.

—Gracias. Recompensaré de alguna manera tu generosidad —se agachó un momento con gratitud.

Luego se fue a cambiar de ropa y Jungkook sacudió la cabeza con cariño, mirando a su espalda cuando se alejaba. Nunca había conocido a alguien tan agradecido. Sabía que en parte se debía a la situación de Jimin, pero tenía un estilo de modales y cortesía que Jungkook nunca había visto antes.

Se apoyó en el respaldo del sofá, esperando a que el rubio regrese.

La idea de ver a Jimin con su ropa hizo que su corazón latiera de forma extraña dentro de su pecho. Escuchó el sonido de unos pies que se acercaban, luego él apareció frente suyo, y el aire abandonó los pulmones de Jungkook en un suave jadeo.

Como ya sabía, la ropa no le quedaba bien a Jimin, los pantalones le quedaban demasiado grandes, la tela se amontonaba a sus pies y la camisa no le quedaba bien, le quedaba un poco estirada en el pecho, y quedaba demasiado larga. Jimin parecía más joven, adorablemente, sobre todo con su cabello en ondas húmedas.

Pero Jimin de alguna manera se las arreglaba para verse también, bueno... atractivo. Hasta ahora, Jungkook nunca lo había visto con otra cosa que no fuera una chaqueta de traje y pantalones de vestir y ahora llevaba mucha menos ropa, mostrando rasgos que eran imperceptibles debajo de camisas abotonadas y chaquetas entalladas. Jungkook dejó que su mirada vagara por los brazos tonificados de Jimin, la elasticidad de la camiseta en su pecho y la forma en que el fino algodón se arrugaba la pequeña cintura de Jimin.

Fue sólo cuando Jimin se removió incómodo que Jungkook apartó la mirada. Se sonrojó al darse cuenta de que no había sido nada discreto y que lo había estado mirándolo sin remordimiento.

Se aclaró la garganta.

—¿Entonces, la ropa te queda bien? —dijo sin convicción, ojeando a cualquier lado menos al cuerpo de Jimin.

Jimin se miró a sí mismo y tiró del dobladillo de su camiseta con los dedos.

—Sí, gracias —regresó a ver al pelinegro.

—¿Deseas beber algo antes de irte a dormir o...? —Jungkook dio medio paso hacia la cocina—. Sabes, preparo un chocolate caliente muy bueno.

—Me encantaría —respondió Jimin en voz baja, con una de sus pequeñas y tímidas sonrisas. Se rascó la muñeca, atrayendo inevitablemente la mirada de Jungkook hacia abajo. La visión de la suave curva del cuerpo de Jimin hizo que se le acelerara el pulso. Le dio la espalda y entró a zancadas en la cocina.

Podía sentir los ojos de Jimin sobre él mientras preparaba las bebidas, y le costó mucho no mirar a su alrededor cuando lo oyó sentarse a la mesa. Se volvió hiperconsciente de cada movimiento que el rubio hacía, y de la forma en que se movía mientras esperaba a que se calentara la leche.

Era muy típico en Jungkook sentirse atraído por alguien a quien nunca podría tener. Su primer flechazo fue un muchacho en su adolescencia, sin dudas un flechazo fugaz y equivocado, luego un chico mayor de la universidad por el que había suspirado hasta que llegó su primer novio, y ahora era Jimin, Jimin, y Jimin, tanto que estaba en una situación demasiado delicada como para tener una relación.

Jimin, que ni siquiera pertenecía a esta época y que podía desaparecer hacia el pasado en cualquier momento.

Jungkook sirvió el chocolate caliente en las tazas y las llevó a la mesa, colocando una frente a Jimin, quien le dedicó una sonrisa relajada en respuesta.

No había forma de que Jungkook pudiera reprimir su atracción por Jimin en un futuro cercano, no mientras Jimin tenga una sonrisa tan hermosa como esa.

—Esto es delicioso, Jungkook —lo complementó Jimin, bebiendo un sorbo de su chocolate.

Jungkook bebió un trago de chocolate y sonrió distraídamente, pensando de nuevo en la conversación que había tenido con Jimin en el parque.

Dejó la taza sobre la mesa.

—Quiero ayudarte a encontrar la manera de volver a tu tiempo —anunció de repente, sorprendiendo a Jimin y evitando que tomara otro sorbo de su taza—. Dijiste que querías volver si podías y no me gusta la idea de que pierdas a tu familia y amigos, y básicamente toda tu vida. Quiero ayudarte a volver.

Ignoró la punzada de dolor que sintió, hablando de eso, y mantuvo la mirada en Jimin mientras él lo miraba con los ojos muy atentos y los labios entreabiertos.

Por mucho que quisiera tener a Jimin en su vida, si no fuera románticamente, al menos como amigo, no quería que permaneciera atrapado allí lejos de sus seres queridos. Jimin perdió sueños, planes y esperanzas cuando fue enviado noventa y un años hacia el futuro, y Jungkook haría todo lo posible por ayudarlo a recuperarlos.

La boca de Jimin balbuceó por un momento hasta que finalmente pudo vocalizar.

—¿Quieres ayudarme a encontrar el camino de vuelta?

Jungkook asintió.

—Si, y si tú quieres.

Jimin bajó la mirada hacia su taza y la dejó lentamente sobre la mesa. Con los ojos ocultos y una expresión relajada, Jungkook no podía descifrar lo que estuviera pensando mientras miraba fijamente su chocolate caliente como si fuera lo más interesante.

—Quiero irme a casa, si es posible —dijo Jimin en voz baja—. Si puedes ayudarme a hacerlo, te estaré eternamente agradecido.

Levantó la mirada para encontrarse con la de Jungkook, su aprecio era evidente en su expresión, junto con algo más que Jungkook no supo descifrar ya que desvió nuevamente la mirada.

—Además —añadió Jimin, sonando más animado—, no sé nada sobre cómo es el mundo ahora, y voy a necesitar aprender muchas cosas modernas si viviré aquí hasta que pueda regresar.

Jungkook asintió de nuevo y sonrió. Su estado de ánimo mejoró al saber que al menos podría pasar un poco más de tiempo con Jimin. Y tal vez conocerlo más y entablar una

relación más estrecha con él, eso haría que le doliera más cuando se fuera, pero sabía que el poco tiempo que tendría a Jimin en su vida valdría totalmente la pena.

—Por supuesto, te ayudaré, en todo lo que pueda —dijo Jungkook. Golpeó con un dedo el borde de su taza—. ¿Tienes alguna pista? ¿Has estado tratando de averiguar cómo regresar?

Jimin negó con una expresión algo avergonzada.

—Um, no. Yo imaginé que me habían traído a este tiempo por alguna razón —se encogió de hombros.

—Oh... —Jungkook recordó que Jimin había creyó que era posible viajar en el tiempo, y se dio cuenta de que esto tenía sentido. Cuando la idea de viajar en el tiempo era tan descabellada, que tratar de darle sentido o descubrir cómo revertirlo, no es algo que uno haría cuando cree que fue alguien más quien lo había causado. Si Jungkook estuviera en el lugar de Jimin, habría hecho lo mismo.

—Bueno, todavía no tenemos nada de información —continuó Jungkook, mirando pensativo a Jimin al otro lado de la mesa—. Creo que el mejor punto de partida sería comprender cómo llegaste aquí. Es decir, ¿cómo podrías volver si no sabes cómo llegaste?

Jimin asintió, un poco intimidado por el trabajo que les esperaba. Jungkook, sin embargo, se sentía más optimista. Con un nuevo plan trazado en su cabeza y una lista de ideas sobre cómo lograr su objetivo, no tenía motivos para no creer que ésto fuera imposible.

—¡Genial! —dijo radiante, ansioso por empezar con la búsqueda, a pesar de que si lo logran, perdería a Jimin.

—Mañana tengo el día libre de trabajo, así que podemos empezar.

Jimin sonrió y bostezó, escondiendo la boca con su mano. Al mirar a Jungkook a los ojos, admitió que no había estado durmiendo bien últimamente, ya que el más mínimo sonido lo hacía despertarse de golpe, alerta de alguna señal de su viaje en el tiempo.

Después de eso se fueron a la cama.

Jimin le dio las buenas noches con las mejillas rojas y una sonrisa tímida antes de caminar con cautela por el pasillo hasta su dormitorio, con los bordes de sus pantalones colgando por el suelo.

Jungkook no se durmió temprano, dando vueltas en la cama durante casi una hora, sabiendo que Jimin estaba acostado en una de sus camas al final del pasillo, no lo dejaba pegar ojo.

Cuando finalmente cayó dormido, soñó con formas y colores, que se fusionaban y se movían tan rápido que no podía distinguir nada más que un remolino de color y líneas borrosas, mientras la presencia de Jimin flotaba a su alrededor en una nube que podía tocar.



Cuando despertó, no recordaba nada de aquél sueño, lo único que le quedaba era la lejana y rara sensación de que Jimin aparecía en ellos. Solo esperaba que no haya sido un sueño húmedo, lo último que quería era empezar a tener sueños sexuales con su nuevo compañero de casa.

Y hablando de compañeros de casa...

—Mierda —murmuró Jungkook, arrojando la toalla que había estado usando para secarse la cara por sobre su lugar respectivo. Había pensado en llamar a Rosé en la noche anterior para avisarle que Jimin se mudaría y comprobar que asegurarse que estuviera de acuerdo, pero se le había olvidado por completo.

Salió corriendo del baño, tomó su teléfono a un lado de la cama y se quedó mirando la pantalla con impotencia. No tenía sentido llamarla ahora, pronto llegaría a casa después de pasar una noche con algunos compañeros de trabajo y empezaría a regañarlo con el por qué no se lo había dicho antes. Lo mejor era tener esa conversación cara a cara, una vez llegara.

Con un gruñido de desgana, dejó el teléfono y se dirigió a la cocina, frotándose el ojo izquierdo distraídamente y tratando de pensar en la mejor manera de explicarle la situación de Jimin a Rosé. Perdido en sus pensamientos, dio un pequeño respingo cuando el otro hombre se aclaró la garganta en voz baja, no había escuchado a Jimin entrar en la cocina.

—¡Oh, buenos días! —lo saludó Jungkook, ignorando el modo en que su corazón dio un vuelco y su estómago se revolvió al ver a Jimin recién levantado, que tenía ojos somnolientos, y su cabello despeinado.

Al notar que los ojos de Jungkook se posaban en su cabello, Jimin pasó lentamente una mano sobre sus bucles rubios y desordenados.

—Buenos días. ¿Cómo dormiste? —dejó caer la mano de su cabello, sin darse cuenta de que se le había quedado un mechón de pelo levantado en la parte delantera.

Jungkook metió la cabeza en el refrigerador para ocultar su sonrisa y empezó a sacar algo de fruta para el desayuno.

—Bien, gracias. ¿Y tú? ¿te sentiste cómodo?

—Fue mucho más cómodo que la cama del hotel.

—Me alegra oírlo —Jungkook dejó la fruta en la encimera—. ¿Qué quieres desayunar? Iba a preparar algo con fruta y cereales, pero hay tostadas, huevos, panqueques...

—Fruta y cereales estarían muy bien, gracias —le aseguró Jimin.

Jungkook asintió, de repente sintiéndose nervioso.

—Prepararé un poco de café también.

Desayunar con Jimin no se parecía en nada a desayunar con Rosé. El pulso de Jungkook no se acelera cuando la cadera de Rosé choca contra la suya mientras ella alcanza más fruta para cortar, Rosé no se quedaba mirándolo a los ojos con una sonrisa tímida, y no hacía que Jungkook se sintiera tan nervioso pero tan completo mientras charlaba con ella sobre temas triviales mientras comían y tomaban café.

No entendía cómo Jimin podía seguir atrayendo su mirada, o cómo podía ser la nueva presencia a la que debía acostumbrarse en su hogar, al mismo tiempo sentía que siempre había estado viviendo en automático su vida en su casa, y no lo había notado así hasta ahora. Desayunar con Rosé tampoco lo hacía sentir tan feliz o en paz, no se la pasaba repasando su mapa mental para el día en su cabeza ni bebiendo su café de un trago para poder volver a sus diseños, en cambio, se sentía... no del todo relajado, más bien como si dejara que el tiempo corra y todo pase en lugar de tener todo bajo control.

En general, el desayuno estuvo muy bien, incluso permanecía una sensación de "*primera cita*" en el aire, hasta que, justo cuando Jungkook estaba a punto de sacar el tema del viaje en el tiempo de Jimin, la puerta principal se cerró de golpe.

Jungkook y Jimin se quedaron congelados; Jimin con su taza de café a medio camino entre la mesa y sus labios.

—¿Jungkook?

Rosé ya estaba en casa.

Rosé estaba en casa y no tenía idea de que Jimin estaba allí. Jungkook se puso de pie de un salto para explicarle todo antes de que viera a Jimin, pero...

Rosé apareció dando a grandes pasos, radiante y prácticamente temblando de emoción.

—Jungkook, ¿no vas a creer a quién conocí anoche! Yo... —al ver a Jimin sentado rígido en la mesa, se interrumpió, sus ojos se abrieron ligeramente y su sonrisa se fue borrando de a poco en una expresión de sorpresa, antes de que le diera a Jungkook un brillo de ojos de complicidad, cosa que a él no le gustó ni un poco.

Ella esbozó una gran sonrisa en su rostro.

—Hola, Jimin, ¿no sabía que estarías aquí!

—Buenos días, Rosé —la saludó Jimin, todavía educado a pesar de sus evidentes nervios.

Rosé le sonrió a Jungkook.

—Jungkook, ¿puedo hablar contigo un segundo?

Sin esperar una respuesta, agarró a Jungkook de la muñeca y lo arrastró hacia la puerta principal, fuera de la mirada y del oído de Jimin.

—¿Te acostaste con Jimin? —susurró, luciendo extrañamente encantada y sorprendida al mismo tiempo—. No pensé que fueras de los que se acostaban con un chico tan rápido —había un pequeño tono de desaprobación en su voz.

Jungkook se quedó boquiabierto. Debió haber sabido que Rosé llegaría a esa conclusión.

—¿Qué? ¡No! —protestó apresuradamente—. No, sólo se quedó en la habitación de invitados anoche porque pensé que preferiría eso a una habitación de hotel.

Rosé lo miró elevando una ceja.

Jungkook sacudió la cabeza, sabiendo que no se estaba explicando bien.

—Jimin se quedará en la ciudad un tiempo más mientras... se ocupa de algunos asuntos, y no tiene otro lugar donde quedarse que un hotel, así que como tenemos esa habitación libre sin hacer nada, se la ofrecí —explicó.

Cuando Rosé lo miró sin palabras, añadió:

—Los hoteles son caros y las sábanas no tienen la cantidad de hilos necesarios para justificar esos precios, así que pensé en ofrecerle a un amigo un lugar mejor y más cómodo para quedarse.

" Y aunque siendo sincero, Jimin no podría haberse permitido un hotel por mucho más tiempo ", añadió Jungkook en su cabeza.

Rosé lo miró parpadeando.

—Entonces, él...

—Sé que debería haberte llamado anoche para comprobar si estaba bien dejarle la habitación primero, pero lo olvidé —balbuceó Jungkook, sin darse cuenta de los intentos de Rosé de hablar—. Debería haberte preguntado primero, lo siento.

—Jungkook —dijo Rosé lo suficientemente alto como para cortar su siguiente serie de justificaciones—, está bien. Pero sí, deberías haberlo consultado antes de decirle que podía quedarse, pero no necesito la habitación para nada y me alegra que se quede con nosotros mientras esté en Nueva York.

Jungkook la miró fijamente.

—¿En serio? ¿De verdad estás de acuerdo con esto?

Rosé asintió.

—Por supuesto que sí. Jimin parece un buen tipo, no me importa que se quede.

Jungkook abrazó a Rosé y le dijo:

—¡Gracias!

En ese momento decidió que Rosé era la mejor amiga que podía tener.

—¿Esto compensa el hecho de que ayer usé lo último de tu acondicionador para cabello? —se preguntó Rosé.

Riendo, Jungkook soltó a su amiga.

—Claro que sí. —echó una rápida mirada por encima del hombro en dirección a la cocina, donde sin duda Jimin estaba preocupado por lo que decían.

Rosé lo empujó suavemente.

—Ve y dile a Jimin que deje de preocuparse porque lo vaya a echar. Voy a darme una ducha.

Caminó de nuevo a la cocina y encontró a Jimin mirando fijamente los restos de café que quedaban en su taza con las manos envueltas. Movía su pierna derecha a un ritmo rápido y errático y se mordía el labio inferior.

Levantó la cabeza de golpe cuando Jungkook se acercó a él, con ojos ansiosos buscando en el rostro de Jungkook respuestas a sus preocupaciones.

Jungkook le puso una mano en la rodilla, la pierna de Jimin dejó de moverse.

—Relájate —le dijo Jungkook—. A Rosé le parece bien que te quedes.

La tensión abandonó a Jimin y sus hombros bajaron ligeramente al tiempo que la tensión se disipaba.

Jungkook le dio una palmadita a Jimin en la rodilla antes de retirar la mano a regañadientes.

—Ella piensa que eres un buen tipo —añadió por si a Jimin le quedaba alguna duda.

La mirada de Jimin se desvió hacia la sala de estar, detrás de Jungkook.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido a duchar —le informó Jungkook, luego levantó los platos sucios del desayuno—. Puedes darle las gracias más tarde —dijo, sabiendo que Jimin estaría pensando en eso.

Dejó los platos en el fregadero.

—Estaba pensando que podríamos ir de compras esta mañana antes de empezar a trabajar en lo de tus viajes en el tiempo, ya que dijiste que casi no tenías ropa.

—Te lo agradecería mucho —respondió Jimin—. Supongo que debería comprarme ropa moderna para pasar más desapercibido.

Jungkook echó un vistazo rápido por encima del hombro mientras el lavabo se llenaba de agua caliente. Jimin miraba fijamente hacia delante sin prestar atención a nada en específico, con una expresión pensativa.

—No tienes por qué hacerlo, tus atuendos no son tan extraños aquí, pero tal vez te sientas más cómodo vistiendo algo más informal.

Parpadeando, Jimin miró su atuendo actual. Tiró de su camiseta.

—Más informal... —repitió asombrado. Una comisura de su boca se alzó en una sonrisa—. Ya sabes, en mis tiempos, informal significa ir en camisa con mangas cortas y sin corbata.

Se levantó, agarró el paño de cocina y comenzó a secar los platos que Jungkook había lavado.

Jungkook se rió entre dientes mientras limpiaba los platos.

—Estás hablando como un anciano —observó—. En mis tiempos... —se burló, imitando mal la voz de un anciano.

Jimin no se rió.

Una extraña expresión se dibujó en su rostro y bajó la mirada hacia el cuenco que estaba secando.

—Yo debería ser un hombre viejo ahora, o tal vez debería estar muerto, debería tener noventa y un años más.

La taza que Jungkook había estado sacando del fregadero se le resbaló de la mano y se hundió bajo el agua jabonosa. Oyó el golpe sordo que hizo al caer al fondo del fregadero tras el silencio después de las palabras de Jimin.

Nunca lo había pensado de esa manera, nunca se le había ocurrido cómo serían las cosas para Jimin si no hubiera viajado al futuro. Jimin tenía veintidós años, y si se suponía que tenía noventa y un años más, entonces...

Jungkook bloqueó su maraña de pensamientos. No quería pensar en eso. No podía estar pensando así, y Jimin tampoco debía hacerlo.

Cambió de tema apresuradamente.

—¿Necesitas algo más que ropa? Supongo que necesitas un cepillo de dientes y esas cosas —limpió la taza que había dejado caer antes y se la pasó a Jimin.

Jimin la tomó comenzando a secarla y, afortunadamente, la mirada distante y horrible desapareció de sus ojos.

—Me gustaría afeitarme—dijo, frotándose el mentón, donde se asomaba vello facial.

—Oh...—Jungkook destapó el fregadero y dejó que el agua se escurriera—. Claro, claro. Podemos ir a algún lugar donde puedas conseguir una maquinilla de afeitar y esas cosas.

Rosé lo acorraló cuando fue a vestirse.

Ella se sentó afuera de la puerta del baño mientras él se duchaba y se cepillaba los dientes, haciéndole miles de preguntas sobre Jimin por encima del ruido de la ducha. Él ignoró la mayoría de ellas, poniendo los ojos en blanco y gritándole que se ocupara de sus propios asuntos mientras ella le preguntaba cosas que tenía que responder con mentiras, ya que él y Jimin aún no se habían puesto de acuerdo sobre una historia acorde.

Finalmente, ella salió de la habitación, lo que le permitió terminar de vestirse en paz, respirar aliviado... hasta que fue a la sala de estar y encontró a Rosé interrogando a un Jimin tartamudo.

—Ya déjalo en paz, Rosé —exclamó, poniéndose el abrigo y sonriendo a Jimin cuando éste levantó la vista con alivio—. Jimin y yo vamos a salir —añadió mientras Jimin corría a su lado—. Nos vemos más tarde.

Dejando pasar a Jimin delante de él, cerró la puerta a cualquier respuesta de Rosé.



Ir de compras con Jungkook era... diferente.

Jimin supuso que debería haberlo esperado, ya que parecía que en aquellos tiempos la moda era otra y todo eso, pero se quedó atónito por lo mucho que se sabía sobre eso.

Llevó a Jimin a tantas tiendas que perdió la cuenta, guiándolo a través de grandes y luminosas tiendas, recorriendo percheros y más percheros de ropa hasta la sección de hombres, donde buscó entre montones de pantalones y otros montones de camisas para encontrar las que pensaba que le quedarían bien a Jimin.

Jimin tuvo muy poca participación en la ropa que elegían para él. Al no conocer las modas del momento ni tener un ojo experto para lo que quedaba bien, estaba feliz de dejar todas las decisiones en manos de Jungkook, solo hablaba para hacerle saber a él cuando realmente le gustaba algo.

Después de unas cuantas horas de largas caminatas entre tiendas y un Jungkook sosteniendo la pila de ropa contra su cuerpo para juzgar cómo le quedaba y cómo se veía, regresaron al apartamento, llevando varias bolsas de ropa cada uno.

—Lo disfruté demasiado —avisó Jimin, mirando la sonrisa alegre y satisfecha de Jungkook.

La sonrisa se ensanchó, provocando que los ojos de Jungkook se arrugaran en las esquinas.

—Siempre disfruto ir de compras, pero es aún más divertido cuando alguien me deja vestirlo, lo que básicamente acabas de hacer —buscó las llaves en su bolsillo y abrió la puerta del apartamento.

—Lo hice, ¿verdad? —Jimin dejó que sus pies lo llevaran al interior del apartamento, con la mente puesta en esta nueva perspectiva de su salida de compras—. Fui como tu muñeco durante toda la mañana.

Jungkook dejó las bolsas en el sofá.

—Una muñeca muy elegante con una afición por las camisas y corbatas—corrigió.

Jimin dejó sus bolsas y siguió distraídamente a Jungkook hacia la cocina, con la mente en algo que había notado durante su salida de compras.

—¿Quieres un sándwich para el almuerzo? Es algo rápido, así podemos empezar a buscar...

—Jungkook —interrumpió Jimin, sin siquiera darse cuenta de que el otro hombre estaba hablando.

Jungkook se quedó callado, se dio la vuelta y se alejó del refrigerador para mirar a Jimin, frunciendo levemente el ceño ante su tono de voz.

—Mientras estábamos afuera, vi a muchos hombres tomados de la mano de otros hombres, y también a parejas mujeres —dijo Jimin mientras miraba hacia adelante, con los ojos desenfocados, mientras su mente reproducía el recuerdo de dos hombres caminando por la calle tomados de la mano.

El ceño de Jungkook se profundizó.

—Sí... —dijo lentamente, sonando confundido.

—Yo... —Jimin conectó sus ojos en los de Jungkook—. Nadie los miraba fijamente, ni les gritaban, ni los amenazaban.

Su voz era débil, de sorpresa con un hilo de tristeza y el anhelo.

—Es... es normal ahora —dijo, parpadeando unas cuantas veces en la sorpresa de las palabras—. La gente no te trata como si tuvieras una enfermedad horrible y contagiosa. La gente ya no esconde sus verdaderos sentimientos, su verdadero yo, ya no hay miedo.

Parpadeó para contener el escozor en sus ojos, tratando de contener las lágrimas.

La expresión de Jungkook se suavizó, y la comprensión se reflejó en sus ojos. Parecía no encontrar las palabras adecuadas, abrió y cerró la boca varias veces antes de decir finalmente con suavidad:

—Las cosas han cambiado, hoy en día la gente es más tolerante y abierta de mente.

Jimin se mordió el labio y bajó la mirada al suelo, las baldosas se convirtieron en una mancha blanca y borrosa mientras las lágrimas se abrían paso entre sus débiles intentos de contenerlas.

Este era el mundo en el que había soñado vivir, donde nadie te rechazaba ni te trata de forma diferente por quién eras o a quién amabas. Este era el tipo de actitudes y aceptación que había imaginado con nostalgia mientras estaba acostado en la cama, en la noche

después de un día especialmente difícil de mantener su máscara, soñar despierto con el mundo perfecto lo habían mantenido cuerdo y le habían permitido levantarse cada mañana y seguir adelante.

Una parte obstinada y optimista de él siempre había esperado que existiera un lugar como este, y ahora sabía que existía, pero había tenido que viajar noventa y un años hacia el futuro para encontrarlo.

Una mano reconfortante se posó sobre su hombro y lo apretó suavemente. Jimin cerró los ojos con fuerza y una lágrima solitaria se escapó de su ojo, deslizándose por su mejilla.

—Cuando la gente habla de viajar en el tiempo... sólo dicen lo fantástico que sería poder ver cómo ha avanzado todo en el futuro, y qué nueva tecnología tienen. Pero nunca piensan en lo realmente difícil que sería ver volverse realidad algo que has estado deseando desesperadamente, sabiendo que nunca podrías tenerlo, porque en tu propio tiempo no existe —dijo Jungkook en voz baja.

La lágrima que se le adhería a la mandíbula de Jimin cayó al suelo.

Resopló en silencio.

—No, no, tampoco lo había visto de esa manera, hasta ahora —admitió con voz ronca. esopló de nuevo—. En mi... en casa nadie sabe que soy homosexual, con la excepción de mi amigo Taemin. No puedo decírselo a mi familia, ni a nadie más. Si lo hiciera... perdería todo.

Jungkook se frotó la espalda para tranquilizarlo.

—Sabes, en éste tiempo tampoco está absolutamente aceptado. Aquí en Nueva York sí, el matrimonio homosexual está permitido y se considera bastante normal, pero no es así en todas partes del mundo. Mis padres son coreanos, en Corea sin duda no es normal ser gay, está muy mal visto, pero afortunadamente nací y crecí en Canadá y terminé aquí, dónde está más que bien.

Jimin tragó saliva y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse las lágrimas.

—¿Tus padres saben que eres gay? —preguntó, volviendo a mirar a Jungkook.

—Se los dije cuando tenía dieciséis años. Soy afortunado ya que ellos son de Corea, siempre me han apoyado mucho y nada ha cambiado entre nosotros —una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de la boca de Jungkook—. Dicen que lo notaron desde que era pequeño.

Sacudió la cabeza y apretó el hombro de Jimin otra vez.

—Que estés aquí y experimentes esta era debe sentirse horrible, como si te estuvieran mostrando un maravilloso regalo, el cuál te van a arrebatár antes de que puedas tenerlo.

Jimin dejó que su mirada vagara por una parte del apartamento de Jungkook.

—Aunque no llevo mucho tiempo aquí y todavía me estoy acostumbrando a todo, siento que pertenezco a este lugar. Me siento más cómodo aquí que en casa. No me he sentido tan feliz en años —admitió con una sonrisa.

No agregó que esa sensación de felicidad, de pertenencia, de hogar se debía principalmente a Jungkook. Antes de hacerse amigo de Jungkook se sintió perdido, ansioso y no deseaba nada más que volver a casa.

Pero ahora, ahora no estaba tan seguro de querer irse.





En el pasado, en algunas culturas antiguas como la antigua Grecia de los filósofos y la antigua Roma de los emperadores, las relaciones entre personas del mismo sexo eran algo normal.



Pero con el tiempo, especialmente en la Edad Media, ser homosexual se convirtió en un pecado, y muchas personas fueron perseguidas por ello.



Más adelante, en los siglos XVIII y XIX, la homosexualidad no solo era pecado, sino también un crimen en muchos lugares. La medicina decía que era una enfermedad, lo que hacía que la gente tuviera aún más miedo y prejuicios.



En el siglo XX, las cosas no mejoraron mucho al principio. Hitler en Alemania persiguió y mató a muchos homosexuales. Pero entonces, en 1969, pasó algo muy importante: los disturbios de Stonewall en Nueva York. Fue como un grito de "¡Basta ya!" que marcó el inicio de una lucha más fuerte y organizada por sus derechos.



Los años 70 y 80 trajeron la crisis del SIDA, que fue muy dura, pero también trajo una comunidad muchísimo más unida.



Y ahora, en el siglo XXI, hemos visto cambios increíbles. En muchos países, podemos casarnos con quien amamos, sin importar el género. Se ha luchado y ganado leyes que nos protegen de la discriminación. Pero no todo es perfecto.

En muchas partes del mundo, sigue siendo mal visto, por lo que ser homosexual aún puede llevarte a la cárcel o aún peor.

Hoy, la aceptación ha crecido mucho gracias a la televisión, los libros, la información y a la valentía de quienes han salido a reclamar sus derechos y a gritar sus preferencias. Pero todavía tenemos trabajo por hacer. Hay por lo que seguir luchando, contra la violencia, la discriminación en el trabajo y en la salud, y por los derechos en lugares donde aún no son reconocidos.

La historia nos demuestra que el cambio es posible. No es fácil, pero juntos, se puede seguir avanzando hacia un mundo donde todos seamos libres de amar a quien queramos, sin miedo.

Gracias por leer ♡



—Fue justo aquí, recuerdo aquella grieta en el ladrillo.

Jimin se detuvo a un lado de la pared, y señaló una grieta profunda y desgastada en uno de los ladrillos rojos.

Jungkook se detuvo junto a él y comenzó a inspeccionar el área circundante con ojos atentos. Él y Jungkook estaban afuera de la cafetería en la cual Jimin había viajado al futuro.

Era el primer paso en su plan para tratar de encontrar las respuestas a todas las preguntas de Jimin. ¿Cómo había llegado allí? ¿Por qué estaba allí? ¿Cómo podría regresar a casa?

Jungkook estaba prácticamente seguro de que la ubicación donde Jimin tuvo su viaje en el tiempo tendría algunas pistas, y Jimin tenía la constante sospecha de que aquella cafetería que apenas había cambiado en los últimos noventa y un años de alguna manera tenía mucho que ver.

Como si escuchara sus pensamientos, Jungkook preguntó:

—¿Hay algo aquí que todavía se parezca o sea prácticamente igual a lo que era en tu época?

—La cafetería, en realidad —respondió Jimin, observándola por encima del hombro mientras hablaba—. Es casi idéntica a como era en aquel entonces. Solo llevaba abierta una semana más o menos.

Jungkook apartó la mirada del restaurante que había al final de la calle y el cuál había estado mirando con el ceño fruncido, y puso los ojos en blanco.

—Pero claro, abrió en los treinta —sacudió la cabeza ligeramente—. No puedo creer que lo haya olvidado.

Entrecerró los ojos para mirar el exterior del café y protegerse del sol de la tarde.

—¿Quizás... alguien dentro de la cafetería te envió al futuro? ¿Habías entrado allí antes?

Jimin asintió.

—Dos veces, el día después de la inauguración y tres días antes de llegar aquí.

Jungkook no había apartado la mirada del café y Jimin siguió mirándolo, frunciendo el ceño ante la ventana grande más grande, cercana a la puerta a través de la cual podía ver a los clientes sentados en las mesas y a otros recibiendo café para llevar en el mostrador.

—¿Has notado algo fuera de lo normal alguna de las ocasiones en las que viniste? —preguntó Jungkook.

Jimin frunció el ceño ligeramente mientras recordaba con atención sus visitas al pequeño café.

—No —respondió después de una pausa—. Era un café común y corriente.

—¿Había alguien que te pareciera sospechoso? ¿Alguien que estuviera aquí las dos veces que viniste? —insistió Jungkook, mordisqueándose distraídamente el labio inferior mientras observaba a dos mujeres salir del café.

Jimin volvió a negar con la cabeza.

—Aparte del dueño, no había nadie que me llamara la atención. Y nadie me llamó la atención, no había nada inusual.

Solo deseaba que fuera así de fácil, que de repente recordara una extraña figura con una capa o con capucha observándolo desde las sombras las dos veces que había entrado en el café, alguien que planeaba enviarlo al futuro. Pero la vida y sus problemas rara vez eran así de simples.

Jungkook tarareó en respuesta y ambos se quedaron mirando la entrada de la cafetería durante un largo momento, observando el flujo constante de clientes que iban y venían, sin ser conscientes del misterio que envolvía a la pequeña cafetería.

—Podríamos hablar con el dueño —sugirió Jimin, rompiendo el silencio contemplativo—. Dado que el café ha estado en manos de la misma familia, es posible que sepan algo que pueda ayudar.

Asintió con la cabeza hacia el anuncio que se exhibía orgullosamente debajo del nombre, que aclaraba que había sido propiedad familiar durante mucho tiempo.

Jungkook lo miró de reojo y se encogió de hombros levemente.

—Sería una tontería no hacerlo. Y cualquier historia que involucre viajes en el tiempo se ha transmitido de generación en generación.

Jimin se quedó atrás cuando entraron en la cafetería. Una voz insistente que le repetía que ese café era importante estaba presente en su cabeza, y estaba casi seguro de que el dueño les diría algo importante.

Cuanto más pensaba en volver a casa, más seguro se sentía de volver. A mucha gente le encantaría estar en su posición, ver el futuro, descubrir cómo funcionaba el mundo allí, todos los cambios que se han producido a lo largo de los años.

Él debería querer quedarse un poco más, aprender todo lo que pudiera y explorar un poco antes de volver. Pero eso no era lo que impulsaba su nueva resistencia a irse, era que no tenía nada bueno por lo que realmente volver a casa.

El café se estaba vaciando de la multitud a la hora del almuerzo, y Jimin y Jungkook pudieron caminar directamente hasta el mostrador sin hacer cola.

Perdido en sus propios pensamientos, Jimin no escuchó a Jungkook preguntarle al barista si el dueño estaba disponible, pero debió haberlo hecho porque cuando Jimin finalmente se concentró en el presente, Jungkook les estaba presentando a un hombre de cabello oscuro de unos cuarenta y pocos años.

—Ha estado en tu familia desde que abrió, ¿estoy en lo cierto? —preguntó Jungkook.

El dueño asintió y sus ojos se movieron entre Jungkook y Jimin con curiosidad.

—Desde que se inauguró en los treinta —confirmó con un dejo de orgullo en la voz.

La sonrisa de Jungkook era forzada.

—Puede que parezca una pregunta extraña, pero ¿ha habido algún... —Jungkook dudó un segundo, buscando la mejor palabra—... acontecimiento inusual que haya tenido lugar aquí desde que abrió?

El ceño fruncido y mirada analítica del propietario se transformó en una de sorpresa.

—Que usted sepa —añadió Jungkook.

Jimin se movió nervioso en su sitio.

Era plenamente consciente de que estaba dejando que Jungkook hablara por él, pero no creía ser capaz de hacer lo que Jungkook, las preguntas adecuadas, mantener una voz tranquila y serena. También estaba bastante seguro de que la ansiedad y la resignación habían maltratado sus cuerdas vocales.

El dueño entrecerró los ojos, pensativo, y tamborileó con los dedos de la mano izquierda sobre el mostrador mientras pensaba.

—A lo largo de los años, hemos tenido a algunas celebridades muy famosas que han venido. He escuchado algunas conversaciones interesantes que hayan tenido, pero no diría que eso es inusual —sacudió la cabeza—. No, no se me ocurre nada.

Jimin dejó escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo, y sintió que Jungkook se desinflaba a su lado. Había estado tan seguro de que la cafetería tenía algo que

ver con eso, y ahora el dueño le había demostrado lo equivocado que estaba.

Estaban de vuelta en el punto de partida. Se sentía un poco descorazonado y aliviado al mismo tiempo.

—¿Nada? —insistió Jungkook, con un tono ligeramente desesperado—. ¿Nada de nada?

El dueño volvió a negar con la cabeza, frunció el ceño y apareció la sospecha en sus ojos.

—Nada —repitió—. ¿Por qué las preguntas?

A Jimin se le encogió el estómago de pánico y luchó contra el impulso de mirar a Jungkook con expresión afligida. No se habían preparado para esto, no tenían ninguna justificación para hacer esas preguntas. Antes de que el pánico de Jimin pudiera aumentar mucho más y notarse en su cara, Jungkook respondió.

—Estamos realizando una investigación sobre la zona para un trabajo de la universidad —mintió con naturalidad—. Queríamos que el nuestro destacara por haber cubierto un evento extraño que pocas personas hayan visto.

El dueño, quien había estado apoyado contra el mostrador, se incorporó y ahora parecía apenado.

—Lo siento, muchachos, pero aquí nunca ha pasado nada emocionante. Es solo una cafetería —sonrió y se disculpó, yendo más allá del mostrador para atender a una mujer que examinaba la vitrina de pasteles y galletas.

Jungkook se volvió hacia Jimin.

—Bueno, eso es todo —suspiró, viéndose molesto—. Esperaba obtener algo para avanzar.

—Yo también —coincidió Jimin.

Abandonaron el café.

Jungkook estaba un poco abatido y con el ceño fruncido, y Jimin se sentía más ligero y más agobiado que antes. Se detuvieron de nuevo junto a la grieta de la pared. Jungkook suspiró y se frotó el ojo al verla.

—Supongo que volvemos a empezar de cero —volvió a mirar brevemente hacia el café—, y esa fue mi mejor idea —levantó un hombro en un encogimiento y le dedicó a Jimin una pequeña sonrisa—. Bueno, supongo que tendremos que recurrir a Google a ver qué nos puede decir.

Jimin parpadeó, desconcertado.

—¿Google? —repitió lentamente, pues nunca había oído esa palabra antes.

La sonrisa de Jungkook se ensanchó. Tomó la mano de Jimin, envolvió los dedos alrededor de los suyos y tiró de él mientras se alejaban por la calle.

—Ya es hora de que aprendas sobre las maravillas de Internet.

La mano de Jungkook permaneció en la suya durante casi todo el trayecto de regreso a casa, la piel como recordaba, la palma cálida contra la suya, las puntas de sus dedos un poco más frías sobre el dorso de su mano. No fue hasta que recorrieron la mitad del trayecto que Jimin sintió que el rubor finalmente se desvanecía de sus mejillas, y que la sensación de nerviosismo y electricidad en sus venas se suavizara, haciendo que su pulso fuera un latido constante regular en lugar de un bombeo salvaje.

Incapaz de evitarlo, echó miradas discretas a Jungkook, y se alegró de ver un suave rubor en las mejillas del más alto, y una pequeña sonrisa en las comisuras de su boca. Pero Jimin se olvidó por completo de la mano que lo agarraba y de la sonrisa complacida de Jungkook cuando vio lo que era Internet.

La sensación de la mano de Jungkook entrelazada con la suya quedó en segundo plano cuando Jungkook descubrió un dispositivo delgado al que llamó computadora sobre la mesa frente a ellos, y explicó qué tanto era el Internet, de la manera más sencilla que pudo.

—Increíble —murmuró Jimin por cuarta o quinta vez mientras observaba a Jungkook hacer click en otro artículo sobre viajes en el tiempo y fruncir el ceño ante lo que aparecía en la pantalla—. No puedo creer que toda esa información esté metida dentro en esta pequeña cosa. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

Jimin tocó la esquina del alucinante rectángulo plateado que tenía frente a él.

Jungkook le lanzó una mirada divertida.

—Es una computadora —le recordó, apartando suavemente la mano mientras Jimin pasaba los dedos con curiosidad por el costado de la base de la computadora—. Y no es así como funciona. Toda esta información no está dentro suyo, es... es... —Jungkook subió la mirada al techo como si la explicación de cómo funcionaba todo estuviera escrita allí—. Es difícil de explicar, pero gente de todo el mundo tiene acceso a esto —hizo un gesto con la mano para señalar la información que se mostraba en la computadora—, no sólo yo —observó a Jimin pensativo durante unos segundos—. Es un poco como una radio, todo el mundo puede ver todo esto si se sintoniza la frecuencia adecuada.

Jimin comprendió de golpe y parpadeó mirando la computadora.

—Ah, ya veo —observó con los ojos muy abiertos cómo Jungkook navegaba con destreza por la abundante y fascinante red de Internet—. Entonces, ¿puedes buscar cualquier cosa aquí y te dirá todo lo que necesitas saber? ¿Por qué la gente sigue yendo a la escuela si todo lo que quisieras aprender y más está aquí?

Jungkook apartó la mano del ordenador y dejó de buscar entre toda la información aparentemente interminable.

—Internet no tiene la respuesta a todo, si la tuviera, hace mucho tiempo que habríamos descubierto cómo volver a casa. Y no podemos confiar del todo en Internet, cualquiera puede poner a disposición toda esta información, así que si todo el mundo dependiera de Internet para todo sin importar su seguridad, llegaríamos a un nivel en donde todos aprenderían cosas sin comprobar.

Sonrió ante la expresión de asombro de Jimin mientras lo veía regresar a la computadora y a lo que habían estado mirando anteriormente.

Jungkook acercó un poco más la computadora a Jimin.

—¿Quieres usarla un rato? —le ofreció.

Una rápida emoción recorrió a Jimin y asintió con entusiasmo, sentándose delante en su silla y mirando fijamente la computadora, queriendo comenzar pero sin tener idea por dónde empezar.

—Esto es lo que se usa para navegar por Internet —explicó Jungkook, acercando a Jimin el pequeño objeto negro sobre el que había estado apoyando su mano. Tomó la mano derecha de Jimin entre las suyas, lo que provocó que la piel de Jimin hormigueara levemente, y la colocó sobre el objeto negro—. Se llama ratón.

—¿Ratón? —repitió Jimin desconcertado. Entrecerró los ojos para mirar el objeto que tenía bajo la mano—. No se parece en nada a un ratón.

Jungkook se encogió de hombros.

—Sí, no sé de dónde salió la idea, pero... —puso su mano sobre la de Jimin, la cuál descansaba sobre el ratón. Jimin intentó no saltar de su asiento al sentir el tacto—. Si mueves la mano, mueves esa pequeña flecha en la pantalla —señaló—, y puedes hacer clic en algo, como esto —presionó el dedo índice de Jimin—, y se cargará una nueva página.

Con el calor de la mano de Jungkook sobre el dorso de la suya y el suave aliento de Jungkook haciéndole cosquillas en la mejilla, Jimin tuvo la oportunidad de explorar Internet.

Jungkook podía sentir el asombro y la fascinación en su expresión mientras lo ayudaba a guiar la pequeña flecha por la página y seleccionar artículos, haciendo que nueva información e imágenes aparecieran ante sus ojos. Para su decepción, cuando comenzó a entender cómo funcionaba el ratón, Jungkook retiró la mano, dejando el dorso de su mano y los dedos de Jimin fríos y descubiertos.

Después de un minuto o dos, sintió que Jungkook lo miraba y volteó hacia él, como si su mirada lo atrajera magnéticamente. Sus ojos se encontraron y sus miradas se sostuvieron durante un largo momento, algo pasó entre ellos, algo que hizo que el corazón de Jimin subiera hasta su garganta, y sus dedos temblaran contra la suave curva del ratón.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que Jungkook miró hacia otro lado, segundos, minutos, horas, tal vez, pero cuando lo hizo, Jimin pudo sentir un rubor intenso que le quemaba el cuello y la cara.

Jungkook se aclaró la garganta. Sus mejillas estaban teñidas de un rosa intenso que contrastaba con el resto de su piel pálida.

—Rosé llegará pronto a casa —anunció con la voz ligeramente temblorosa—. ¿Quieres ayudarme a preparar la cena?



La cena con Rosé fue terriblemente estresante. Aprovechó la oportunidad de pasar más tiempo con Jimin para aprender todo lo que pudiera sobre él. Para Jimin fue como un interrogatorio, sus manos temblaban, lo que le dificultó cortar el pollo mientras Rosé le hacía una pregunta una tras otra.

Todo empezó de forma sencilla e inocente.

Rosé les preguntó a él y a Jungkook cómo les había ido el día y qué habían estado haciendo. Jungkook cambió un poco la verdad y le dijo que habían ido a tomar un café y a dar un paseo por el barrio antes de volver para preparar la cena. Pero las preguntas de Rosé se volvieron cada vez más preocupantes.

Jimin empezó a sudar de los nervios y trató de pensar con rapidez, inventando respuestas creíbles a las preguntas sobre su amigo por el que había viajado a la ciudad, su familia y la vida en Connecticut. Trató de convencerse a sí mismo de que ella simplemente estaba siendo amable y educada, pero en su estado de nervios parecía que estaba tratando de atraparlo, y él hizo todo lo posible por no cometer un error.

Jungkook le dijo varias veces que dejara a Jimin en paz para cenar, pero ella lo ignoró.

Era como si ya sospechara algo y estuviera decidida a descubrirlo. Sus ojos no dejaban de ir de Jungkook a Jimin, y de Jimin a Jungkook, y de vez en cuando aparecía un pequeño ceño fruncido en su rostro. Ella entrecerró sus ojos cuando vio que Jimin le lanzaba a Jungkook una breve mirada de ayuda mientras él inventaba algunas cosas sobre vivir en Connecticut.

La idea de lo que podría estar pasando por la cabeza de Rosé en ese momento preocupó a Jimin hasta el punto de sentirse enfermo.

Cuando Jungkook levantó los platos sucios una vez que terminaron de comer, Jimin se puso de pie de un salto y se ofreció a limpiar la mesa, queriendo escapar de las preguntas y las miradas de la muchacha. Jungkook se negó, pero para sorpresa de Jimin, Rosé lo interrumpió.

—Si Jimin quiere ayudar, que lo haga —le dijo a Jungkook, recostándose en su silla—. Después de todo, él vive aquí, no es solo un invitado que viene a cenar.

Jungkook frunció el ceño.

—Rosé... —empezó.

—Está bien —le dijo Jimin, sonriendo para tranquilizarlo—. Quiero ayudar. Me sentiría mal por quedarme aquí y no hacer nada para compensar su generosidad.

—No tienes que—

—Sólo está limpiando la mesa, Jungkook —interrumpió Rosé.

Jungkook se rindió y le permitió a Jimin tomar su plato.

—Está bien.

Jimin apiló los platos, los llevó a la cocina y los colocó junto al fregadero. Apoyó las manos en la encimera y dejó escapar un suspiro tembloroso.

Tendría que aclarar toda su historia falsa y acoplarse a ella, y tal vez utilizar Internet para investigar un poco sobre Connecticut, por si Rosé o cualquier otra persona le hiciera más preguntas, no tendría que tartamudear ante la respuesta. De lo contrario, tarde o temprano alguien se daría cuenta de que no estaba diciendo la verdad y exigiría saber qué estaba pasando realmente. Eso era lo último que quería.

Extendió la mano para abrir el agua caliente, llenó el fregadero y luego lavó los platos antes de colocarlos nuevamente en la alacena, una vez que estuvieron secos. La simple tarea lo ayudó a calmar sus nervios, y cuando guardó el último plato se sintió suficientemente relajado como para volver a la mesa con una sonrisa en el rostro.

—Es un poco extraño, ¿no crees que sea uno de esos agentes encubiertos, un traficante de drogas o algo así?

La voz de Rosé dejó a Jimin helado en la entrada de la cocina. Claramente estaba hablando de él y tenía razón, ella sospechaba de su comportamiento. Odiaba escuchar a escondidas y lo consideraba extremadamente grosero, pero saber que Rosé y Jungkook estaban hablando de él se le hacía imposible resistirse a escuchar.

—¡Él no es un traficante de drogas! —susurró Jungkook en respuesta, su voz más baja que la de Rosé, apenas perceptible desde donde estaba Jimin—. No es nada de eso, para nada. Tú no lo entiendes.

Rosé emitió un sonido burlón.

—Oh, vamos, Jungkook, tú mismo decías hace apenas una semana que pensabas que había algo extraño en él, así que no actúes como si estuviera inventando cosas para causar problemas.

Una punzada de dolor atravesó a Jimin y se tambaleó un paso hacia atrás, estirando un brazo para apoyarse contra la pared mientras todo el aire salía de sus pulmones dejándolo sin aliento y con una sensación de vacío mientras mantenía sus ojos muy abiertos en dirección a la voz de Rosé.

Jungkook pensó que era anormal y extraño, tal como había temido. Era de décadas en el pasado, así que no culpaba a Jungkook por pensar así, pero había esperado que fuera diferente, que no juzgaría las diferencias por ser casi de otro siglo. Había pensado que Jungkook no lo veía como una especie de extraterrestre, pero claramente estaba equivocado.

No podía escuchar más de aquella conversación, su respiración se volvió irregular, un zumbido leve en sus oídos y el doloroso latido de su corazón hacían imposible oír nada más que el balbuceo de su voz. Tragando saliva con fuerza, dio un paso adelante hasta que estuvo de nuevo a una distancia que le permitiera escuchar a Jungkook y Rosé, temiendo oír que más pensaban de él, pero eligió saberlo de todos modos.

—Jimin es un chico muy agradable —dijo Jungkook, con un dejo de fastidio todavía presente en su tono—. Y me cae muy bien, así que te agradecería que fueras más cortés con él, como lo soy yo con tus desagradables amigos.

—No quise sonar tan desconfiada, lo siento —se disculpó Rosé, con un tono de súplica, mientras deseaba que Jungkook comprendiera—. No es que no me agrada Jimin, me agrada, es solo que...

—¿Es sólo qué...? —preguntó Jungkook brevemente.

Jimin se acercó un poco más mientras el silencio se prolongaba durante varios segundos, sin querer perderse la respuesta de Rosé. Contuvo la respiración mientras aguzaba el oído para escuchar su respuesta, deseando que su corazón no latiera tan fuerte en sus oídos para poder escuchar mejor.

—Es que... no sé... —Rosé se quedó en silencio, sin saber qué decir—. No quiero que te vuelvan a hacer daño.

Hubo otra pausa, pero con un aura diferente, la tensión era palpable incluso desde donde estaba Jimin.

—¿Qué tiene que ver Jimin con Jaehyun? —preguntó Jungkook, con voz controlada.

Jimin frunció el ceño: ¿quién es Jaehyun?

—Yo... No, nada —respondió Rosé con cautela—. Pero, Jungkook...

—No, Rosé —le advirtió Jungkook con firmeza. Se oyó un golpe sordo, como si alguien hubiera dejado un vaso sobre la mesa, y Jimin se retiró a la cocina, con la mente llena de pensamientos sobre lo que acababa de oír.

No parecía que Rosé supiera la verdad sobre él o que se hubiera dado cuenta de que había estado mintiendo antes, pero desconfiaba de él y parecía tener algo que ver con alguien llamado Jaehyun.

Jimin esbozó una sonrisa bien ensayada y se dirigió al comedor, donde Jungkook y Rosé seguían sentados a la mesa.

Jungkook fruncía el ceño con su mirada en el vaso de agua que tenía delante, y Rosé miraba fijamente la sala de estar con los ojos desenfocados. Ambos salieron de sus pensamientos cuando Jimin se acercó a la mesa, le sonrieron amablemente y le agradecieron por limpiar. Rosé se disculpó poco después, dijo que tenía unas cosas que hacer y se retiró, dejando a Jungkook, a Jimin con una ligera incomodidad en el aire.

Jungkook sonrió en tono de disculpa.

—Lo siento por Rosé. Ha sido así desde que la conozco, un poco entrometida e incapaz de darse cuenta cuándo la gente se siente incómoda, o cuándo dejar de hablar.

Cuando Jimin asintió con la cabeza en señal de comprensión, añadió.

—Pero has sobrevivido al interrogatorio, no te volverá a bombardear con preguntas como esa.

Y así, la incomodidad se desvaneció. Jimin había decidido recordar todo lo que había escuchado antes para meditarlo en algún momento que estuviera menos cansado, y Jungkook parecía haber dejado atrás su enojo con Rosé.

Se dirigieron a la sala de estar, Jungkook dibujando en el gran bloc de papel que tenía sobre la mesa de café, mientras Jimin hojeaba una enciclopedia, familiarizándose con el mundo moderno y maravillándose de cuánto había avanzado la humanidad en noventa y un años.

Aunque ninguno de los dos hablaba, Jimin sentía que estaba compartiendo la velada con Jungkook. Los suaves sonidos del lápiz del pelinegro al moverse sobre el papel y el ocasional crujido de la tela cuando Jungkook se movía en su asiento eran música de fondo mientras Jimin leía. Se sentía extremadamente contento acurrucado en el sillón con las piernas dobladas a un costado y el libro de tapa dura sobre el apoyabrazos. Las horas pasaban volando, sus párpados gradualmente se volvían más pesados a medida que el cansancio aumentaba.

Conteniendo un bostezo, levantó la vista del libro y se estiró, la tensión de sus músculos se suavizó después de pasar horas sentado e inclinado sobre un libro.

Miró a Jungkook y se sorprendió al descubrir que no mostraba señales de dejar de dibujar ese día. Su rostro estaba concentrado mientras su mano se movía sobre la página, manejando hábilmente un lápiz y tachando todos los detalles del diseño que tenía en mente. Parte de su cabello se había escapado de su peinado y su flequillo le caía sobre la frente, pero Jungkook no se había dado cuenta de que se había perdido entre sus dibujos.

Jimin aprovechó la oportunidad para estudiar al otro hombre, admirando la forma en que Jungkook aún se las arreglaba para lucir elegante con un par de pantalones holgados y una camiseta. La suave luz de una lámpara cercana arrojaba sombras sobre su rostro, acentuando la ligera curvatura de su nariz y la línea de su mandíbula. Jimin bajó su mirada hacia la forma en que los músculos de su mano se movían mientras dibujaba, y sintió una repentina necesidad de acariciar esos músculos con su mano, un ansia de sentir esas manos sobre su piel. Parpadeó y miró hacia otro lado, apartando las imágenes que amenazaban con nublar su mente. Jungkook era su amigo, un amigo que lo dejaba quedarse en su casa y lo ayudaba a regresar a su propia época, no debería estar pensándolo de esa manera.

Jungkook era su amigo, pero había escuchado a escondidas una de sus conversaciones privadas.

Una oleada de culpa inundó a Jimin ante ese pensamiento, y volvió a mirar a Jungkook, esta vez sin admirarlo, sino observándolo con auto regaño mientras debatía si admitir o no lo que había hecho. Se mordió el labio, la honestidad era importante para él y odiaba guardar secretos a sus padres y amigos, no quería hacer lo mismo aquí y ocultarle cosas como esta a Jungkook.

Se aclaró la garganta en voz baja.

—Um, ¿Jungkook?

—¿Mhm...? —Jungkook tarareó para demostrar que estaba escuchando y levantó la vista de su cuaderno de dibujo, aflojando el agarre del lápiz.

Jimin se frotó el antebrazo.

—Yo... hace un rato, cuando estaba ordenando después de la cena, estaba volviendo a la mesa cuando oí... —dudó un segundo—. Los oí a ti y a Rosé hablando.

Jungkook no dijo nada al principio y Jimin inmediatamente empezó a entrar en pánico, anticipando que Jungkook se enojaría con él por escuchar conversaciones privadas en su casa, que Jungkook nunca volvería a confiar en él o que incluso le exigiría que hiciera las maletas y regresara a quedarse en el hotel.

Justo cuando estaba a punto de comenzar a balbucear disculpas, Jungkook sacudió la cabeza en señal de disculpa, se puso de pie y dejó su cuaderno de dibujo y lápiz sobre la mesa de café.

—Ojalá no hubieras oído eso —gruñó, dejándose caer en el sofá junto a Jimin y rascándose un punto sobre su ceja izquierda—. Lo siento.

La confusión fue reemplazando lentamente al pánico y Jimin parpadeó.

—¿Por qué? Yo fui quien escuchó tu conversación privada.

Jungkook asintió distraídamente, con expresión preocupada y ligeramente frustrada.

—Es cierto, pero ahora sabes lo que pensé de ti cuando nos conocimos. Sabes que pensé que eras extraño, pero también traté de ser tu amigo e incluso coqueteé contigo.

Jimin sintió un agradable cosquilleo en su vientre ante la mención de Jungkook. Ignorando los rápidos latidos de su corazón, se deslizó hacia adelante hasta que estuvo sentado en el borde del sofá, inclinándose hacia Jungkook mientras deseaba que entendiera que no le importaba la impresión original que Jungkook tenía de él, todo lo que importaba era cómo se sentía ahora.

Había superado su dolor inicial al descubrir cómo se sentía Jungkook, y después de tomarse un tiempo para pensarlo, se había dado cuenta de por qué Jungkook se había sentido así, habría pensado lo mismo si la situación hubiera sido al revés.

—Jungkook, no importa lo que pensabas en ese entonces. Para ser honesto, me habría sorprendido más si no hubieses creído que soy extraño. Acababa de ser transportado desde otra época y no tenía idea de cómo vestirme o comportarme, o cómo funcionaba todo, todavía no lo sé —le sonrió a Jungkook—. Lo que importa es que, a pesar de que pensaste de esa manera, no te alejaste de mí. Te quedaste para aprender mi historia y conocerme.

La mirada de Jungkook nunca se apartó de la de Jimin, y tuvo que tragar saliva con fuerza.

La expresión de Jungkook era ilegible, pero sus ojos tenían algo que hizo que el pulso de Jimin retumbara en sus oídos.

—Te acercaste a mí en la cafetería —terminó, su voz sonaba ligeramente estrangulada.

—Sí, lo hice —susurró Jungkook—, vi algo en ti cuando me detuviste en la calle. No pude sacarte de mi cabeza durante el resto del día.

La tensión en la habitación era tan intensa que Jimin podía sentirlo rodeándolos. Hacía que sus movimientos fueran lentos, como si estuviera sumergido en algún líquido denso. Sus pensamientos, sin embargo, pasaban por su cabeza a toda velocidad, confusos, de un modo que no podía entenderlos, y luchaba por tener un pensamiento coherente. Todo lo que podía hacer, era mirar fijamente mientras Jungkook se le acercaba, hasta que pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo, y su aroma llenó sus fosas nasales, hierbas de la comida anterior, una mezcla embriagadora de dulzura y especias que debía ser su colonia, y debajo de todo eso, algo que ni siquiera podría describir, algo que lo hacía desear más cercanía.

Inhaló una bocanada de aire, no podía detener su mente o calmar su corazón acelerado, pero tampoco podía respirar, no con Jungkook tan cerca, tanto que podía ver claramente todos los detalles en su piel blanca. Los ojos de Jungkook seguían clavados en los suyos, el espacio entre ellos se cerró aún más, y los ojos de Jimin se cerraron suavemente por voluntad propia.

Sintió que una mano se posaba sobre su rodilla, enviando una chispa de hormigueo a través de su pierna, y el aliento de Jungkook se deslizó sobre sus labios entreabiertos. Se inclinó un poco más hacia adelante, con el corazón saltando...

Un teléfono sonó de repente y ambos se apartaron de un salto. Jungkook retiró la mano como si le hubieran electrocutado. Jimin miró a su alrededor desesperadamente en busca de la fuente del ruido, con el corazón latiendo frenéticamente en el pecho.

Un grito lejano de "*¡Yo atiendo!*" llegó desde la habitación de Rosé y el timbre se cortó poco después.

Jimin miró a Jungkook y lo encontró respirando con dificultad y mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Deberíamos... deberíamos irnos a la cama —tartamudeó Jungkook, con la voz quebrada en algunas de las palabras.

Jimin, incapaz de hablar, asintió con la cabeza. Las piernas le temblaban cuando se puso de pie y trató de no mostrar esa inestabilidad mientras seguía a Jungkook hasta sus habitaciones.

Jungkook se detuvo afuera de la puerta de su habitación, le lanzó a Jimin una mirada nerviosa, la desvió antes de que Jimin pudiera conectar con sus ojos.

—Buenas noches —dijo suavemente, mientras empujaba la puerta con la cadera para abrirla.

Jimin se aclaró la garganta.

—Buenas noches, Jungkook.

Jungkook le sonrió brevemente antes de desaparecer en su dormitorio. Con la decepción apoderándose de él y la sensación fantasmal del aliento de Jungkook y el roce ligero de su boca sobre sus labios, Jimin se dirigió a la cama.



Jungkook intentó sacarse de encima el casi beso, pero resultó ser mucho más difícil de lo que pensaba.

El recuerdo del rostro de Jimin a centímetros del suyo, de sus respiraciones mezclándose en el escaso espacio que había entre ellos, seguía arrastrándose por su mente, manteniéndose allí hasta que pudo ignorarlo y pensar en otra cosa.

Seguía imaginando que había algo diferente en su boca, que podía sentir el sabor de Jimin en sus labios, aunque no estaba del todo seguro de que sus labios se hubieran tocado en realidad. Cuanto más avanzaba la noche y cuanto más repasaba y analizaba el momento, más se cuestionaba y dudaba de lo que había sucedido, y durante la mañana no estaba seguro de lo cerca que habían estado de besarse.



Con la intención de distraerse y mostrarle a Jimin más del mundo moderno, decidió pasar el día mostrándole la ciudad.

Aunque sabía que Jimin era de Nueva York, y no de Connecticut como le había dicho originalmente, la ciudad había cambiado tanto en los últimos noventa y un años que pensó que sería una buena idea guiarlo en la moderna Nueva York. ¿Y qué mejor manera para que Jimin viera y aprendiera sobre el mundo tal como era hoy que salir a explorarlo?

Era un día de otoño inusualmente templado, y la ciudad estaba bañada por un agradable y cálido sol. Jimin lucía injustamente atractivo con su camiseta y su cárdigan beige, de alguna manera, el atuendo lo hacía parecer un muchacho casero de XXI, pero aún conservaba el encanto de su época, o tal vez solo Jungkook lo vio así.

Jungkook no dejaba de observar a Jimin con la intención de captar su reacción ante todo lo que los rodeaba, pero su mirada se fijaba en un pequeño detalle, la forma de sus labios, el movimiento de sus pestañas contra su mejilla cuando miraba hacia abajo, su cabello rubio y ondulado, por último, observó que Jimin tenía un sólo lunar entre su nuca a la altura del trapecio, con ello se quedaba mirándolo, embelesado, hasta que recordaba una vez más que Jimin necesitaba un amigo en ese momento, nada más.

—Y además —añadió para sí mismo después de apartar la mirada de los pequeños músculos del brazo del rubio—. Jimin se marchará tan pronto como descubras cómo puede volver a casa y el tiempo los separará.

La tristeza se apoderó de él como una nube oscura ante ese pensamiento, y luchó por esbozar una sonrisa cuando se volvió hacia Jimin.

Con un gesto de la cabeza, señaló el camino que bajaba hacia la derecha.

—Vamos por aquí, quiero enseñarte mi parte favorita de la ciudad.

La radiante sonrisa de Jimin hizo que aquella tristeza se asentara aún más pesada en el estómago de Jungkook, y se retorció mientras guiaba el camino hacia Central Park.

Había oído hablar de sonrisas que supuestamente iluminaban una habitación entera, pero nunca había visto una sonrisa que encajara tan exactamente con esa descripción hasta que conoció a Jimin. Tal vez fuera una tontería que la sonrisa de Jimin fuera una de las cosas que más extrañaría de él cuando se fuera, pero realmente extrañaría mirar hacia el frente y verla extendiéndose por el rostro de Jimin, arrugando la piel, encorvando sus ojos e iluminando sus iris en diferentes tonos de oro y avellana.

Cuando llegaron al lugar de Central Park que Jungkook quería enseñarle a Jimin, no fue necesario decir nada para explicar por qué era especial. Se quedaron uno al lado del otro en la tierra rocosa, contemplando en silencio las docenas de rascacielos que se asomaban sobre

los árboles del parque. El cambio ligeramente abrupto de la paz y el verde del parque, la tranquilidad y el bullicio de la ciudad, hizo que se sintieran en pleno campo, viendo las afueras de la ciudad desde lejos.

Finalmente, Jungkook habló.

—Vengo aquí cuando necesito un descanso de la rutina diaria, cuando necesito escapar de los plazos de entrega y la rutina. Me hace sentir que lo he apartado todo a un lado por un rato, que he tenido unas horas de escape.

Se quedaron allí un rato, contemplando el tramo de parque en el que empezaba de nuevo la ciudad. Aunque no hablaron, Jungkook sintió que algo cambiaba entre ellos, un vínculo que se fortalecía, como si compartir un lugar tan especial para él, con Jimin, haciendo que su relación fuera más fuerte y más preciosa.

Cuando siguieron adelante y caminaron hacia una salida del parque, Jungkook se sintió más cerca de Jimin de lo que se había sentido una hora antes. También se sintió más tranquilo y descansado, como si acabara de despertar de un largo sueño, sin que lo interrumpieran los despertadores ni el canto de Rosé.

Visitar su lugar de escape con Jimin logró por primera vez en mucho tiempo despejar sus preocupaciones, ya fuera relacionada con el trabajo o con su vida personal. Simplemente había disfrutado de la vista, la sensación del sol en su rostro y la suave brisa en su cabello, de compartir el momento con Jimin. Y ahora, mientras caminaban hacia la calle, sintió que estaba viendo Nueva York con otros ojos.

Era como si estuviera viendo la ciudad por primera vez, todo le parecía inspirador, brillante y lleno de promesas.

La atmósfera hizo que la sangre le corriera por las venas una vez más, como una droga eufórica.

No sabía si era porque le estaba mostrando a Jimin una ciudad que para él era diferente, si era su visita a su lugar favorito o ambas cosas, pero se sentía como si fuera un adolescente otra vez, viendo la ciudad a través de ojos filtrados por la emoción y grandes sueños. Recordó por qué se enamoró de la ciudad, las oportunidades, la diversidad, las posibilidades y por qué había querido desesperadamente mudarse allí, por qué la había elegido de todos los lugares.

Veía todo lo que se había perdido como una mancha borrosa en el fondo de la rutinaria vida de trabajo, la inquietud y la vida en sí. Habían pasado años desde que se había detenido a oler las rosas, o en este caso, a disminuir la velocidad lo suficiente para ver realmente lo que lo rodeaba, para ver realmente dónde vivía.

La luz del sol brillando en las innumerables ventanas de los edificios reflejando el cielo azul, pequeños cafés y restaurantes, alineándose en las calles laterales, la aura vibrante de Times Square derramando luz y energía en las calles que se alejaban de ella como arterias, las historias y la música de Broadway...

Fue hermoso.

Y tenía que agradecerle a Jimin por ese momento, ese recordatorio de quién era y por qué estaba allí, algo que había perdido a los pocos meses de mudarse allí cuando se convirtió en su trabajo y en otro viajero sin rostro de la ciudad.

Ahora era Jungkook de nuevo. El Jungkook, que amaba el diseño, todavía se asombraba por ser un diseñador, un muchacho que adoraba la música y el escape de la realidad y la monotonía de la vida, que amaba el café mocca en una fría mañana de invierno cuando su aliento flotaba en una nube en el aire helado mientras el calor de la taza le escocía las manos entumecidas y descubiertas, que estaba viviendo su sueño de ser diseñador en Nueva York, dejando su huella en la ciudad llena de soñadores y creyentes.

—Gracias —le dijo a Jimin mientras admiraban la vista de Times Square extendida ante ellos, con sus numerosas luces brillando intensamente bajo el cielo rosado del anochecer.

Jimin se apartó de las luces y los carteles publicitarios para mirar a Jungkook con confusión.

—¿Por qué?

—Por recordarme por qué trabajé tan duro para triunfar en Nueva York —respondió Jungkook—. He estado tan centrado en el aquí y ahora que me había olvidado de lo que he logrado.

Su mirada se deslizó por los grandes carteles publicitarios de varias producciones de Broadway, los carteles electrónicos y la hilera de taxis amarillos en la calle.

—Nunca me había detenido a pensar en dónde estoy, en la vida que logré, así que gracias.

Jimin lo miró durante unos largos segundos, su expresión era difícil de interpretar, la expresión de sus ojos le hacía cosquillas, haciéndolo comprender lentamente lo que se ocultaba en la mente de Jungkook, y le secaba la garganta.

—Gracias por enseñarme la ciudad —dijo Jimin finalmente—. Ha cambiado mucho con respecto al lugar al que estoy acostumbrado, como estar en otra ciudad.

—¿Ha cambiado para bien o para mal? —se preguntó Jungkook.

Jimin frunció el ceño mientras pensaba y volvió a recorrer con la mirada el lugar.

—Definitivamente es mejor —respondió suavemente—. Pero en otros aspectos, quizás no lo sea... —se encogió de hombros y volvió hacia Jungkook con una pequeña sonrisa—. Pero no lo sé, no he estado aquí el tiempo suficiente como para juzgarlo, pregúntame de nuevo en una semana, o así...

—Si todavía estás aquí... —añadió Jungkook. Su buen humor se desinfló un poco y observó con tristeza a una joven pareja tomándose una foto con Times Square de fondo, abrazados y con amplias sonrisas en sus rostros. Atenuó su creciente tristeza, sintiendo inevitables celos, sanos celos.

Tocó el brazo de Jimin.

—¿Estás listo para volver? Rosé no estará esta noche, así que pensé que pediríamos pedir comida coreana para cenar.

—¿Podemos hacer eso? —Jimin parecía desconcertado.

Jungkook no pudo evitar sonreír al ver la expresión del rostro del otro hombre.

—También será una nueva experiencia de vida en el siglo XXI para ti.



—¿Quién es Jaehyun?

Jungkook se quedó paralizado, la pila de bocetos que sostenía casi se le cae al suelo.

Sostuvo los papeles por reflejo antes de que cayeran, miró la expresión curiosa de Jimin, lo ahogó un repentino torrente de viejos sentimientos. Aparte de la pequeña mención de hace un par de días, no había oído a nadie pronunciar el nombre de su ex novio en casi un año.

Era el nombre de alguien en quién preferiría no pensar, y tanto él y Rosé tenían una regla estricta de no mencionar nunca. Desde el día que de forma decidida había metido todo lo que tuviera que ver con Jaehyun en una caja cerrada, rara vez recordaba que existía. Menos cuando sonaban ciertas canciones en la radio, si ésta caja se abría, todos los recuerdos y sentimientos reprimidos amenazaban con salir. Y ahora lo habían mencionado dos veces en pocos días, Jungkook lo encontraba muy inquietante.

Jungkook dejó cuidadosamente la pila de bocetos encima del resto, sobre la mesa ratona, y se lamió nerviosamente los labios secos. Quería contarle a Jimin sobre Jaehyun, compartir su pasado con él, ayudarlo a entender por qué era la persona que era. Pero al mismo tiempo no quería decírselo, no quería que supiera cómo algo que había sucedido hacía casi un año todavía le afectaba, no quería que viera su lado más débil, las grietas en su armadura.

Apoyó los codos en las rodillas y se frotó los ojos cerrados.

—Jaehyun es mi ex novio, nos separamos hace casi un año.

Hubo una larga pausa.

Jungkook no se atrevió a levantar la cabeza para mirar a Jimin, por alguna razón, no quería ver su expresión.

—Oh —dijo finalmente Jimin, con voz débil—. Perdón por haber sacado el tema. Escuché que mencionaron ese nombre el otro día y... lo siento, no tenemos por qué hablar de esto.

Jungkook levantó la cabeza. Jimin parecía sinceramente apenado, como si realmente lamentara haber mencionado a Jaehyun.

Jungkook sacudió la cabeza levemente, desestimando su disculpa.

—No, está bien. Quiero contártelo, solo que ha pasado un tiempo desde que hablé sobre él con alguien.

Jimin frunció el ceño con preocupación.

—Jungkook, no tienes por qué...

—Pero quiero hacerlo —insistió Jungkook. Se sentó derecho, inhaló profundamente y asintió con la cabeza. Podía hacerlo, podía hablar de ello, habían pasado meses, había dejado todo atrás.

Jugando con los dedos en su regazo, intentó pensar por dónde empezar.

—Crecí en Vancouver donde ser gay era aceptado cuando yo descubrí que lo era —le dirigió a Jimin una débil sonrisa—. Aún así me atormentaron durante la secundaria por ser abierto sobre quién era —ante la mirada confusa de Jimin, agregó—. Yo era una de las pocas persona que era abierta sobre su homosexualidad —comenzó a frotar las palmas de sus manos sobre la áspera tela de sus jeans, liberando parte de su energía nerviosa a través del movimiento repetitivo.

—Cuando me mudé aquí, y durante la universidad, yo no tenía experiencia con citas, era completamente ingenuo, demasiado ansioso y apresurado para lanzarme a una relación con el primer chico que mostrara interés en mí.

Jungkook tragó saliva con fuerza y detuvo los movimientos compulsivos de sus manos, apretando los dedos en sus rodillas. Finalmente estaba destapando la caja sellada herméticamente, la que contenía los recuerdos de Jaehyun. El pulso le latía con fuerza en los oídos, y el rostro atento y preocupado de Jimin se desdibujó mientras examinaba el contenido de la caja. Ya no había vuelta atrás.

—Jaehyun estaba en mi curso, y después de trabajar juntos durante un taller de diseño, nos mantuvimos juntos durante nuestras clases. A los quince días de haber comenzado el semestre, me invitó a salir.

Una imagen llenó la mente de Jungkook, Jaehyun sonriéndole desde el otro lado de la mesa de un café mientras almorzaban. Su rostro estaba ligeramente desenfocado y el fondo eran manchas de colores suaves, toda la escena se desvanecía en los bordes como una fotografía antigua que se había desgastado. Era un recuerdo que Jungkook había guardado con cariño, pero que ahora estaba manchado y estropeado por eventos más recientes y un cambio en la forma en que latía su corazón.

Trazó una línea a lo largo de su muslo con su dedo.

—Me enamoré de él profundamente, y rápidamente. Durante mis últimos años de secundaria me sentí solo y extremadamente celoso de mis amigos que salían con alguien y tenían todas estas experiencias que yo nunca tuve la oportunidad de vivir. Cuanto más lo pienso, creo que estaba más enamorado de estar en una relación que del propio Jaehyun —levantó los hombros en un pequeño encogimiento, el movimiento despreocupado no logró ocultar su verdadera incomodidad, la tensión en sus hombros y la rigidez en su voz lo delataron.

—Me lancé de lleno a mi relación con Jaehyun. Después de que rompimos, me culpé por haber sido demasiado pegajoso, pero no fue eso. Poco después de graduarnos de la universidad le pedí que se fuera a vivir conmigo, él aceptó, éramos felices. Era como un sueño, y me imaginaba pasar el resto de mi vida con él, aunque nunca se lo mencioné, todavía éramos jóvenes y yo era un romántico empedernido. Éramos felices, nuestra relación era sólida, nunca tuve ninguna sospecha de lo que sucedió, menos una semana después de que se mudara conmigo, llegué a casa y vi que sus cosas habían desaparecido, y que se había mudado. Pensé que simplemente había decidido que no estaba listo para que viviéramos juntos, y que nos habíamos topado con un obstáculo en el camino, pero nunca más supe de él. Mis mensajes de texto y llamadas no tuvieron respuesta, su número fue cambiado unos días después. Fui a su antiguo apartamento, pero ahora estaba vacío y el propietario dijo que alguien más se mudaría pronto, hablé con sus amigos, pero no tenían noticias de él. Estaba desesperado. Me sentí confundido, herido y traicionado, pero una parte de mí todavía se aferraba a la esperanza de que él regresara y pudiéramos solucionar todo lo que salió mal.

Jimin se quedó muy quieto mientras escuchaba a Jungkook hablar, con los ojos fijos en su rostro, casi sin pestañear. Había tanta preocupación y compasión en su rostro que Jungkook no pudo mirarlo por mucho tiempo, en lugar de eso fijó su mirada en una pequeña abolladura en el piso de madera, donde Rosé había dejado caer un extremo de su mesa de café cuando se estaban mudando.

—Una semana después, uno de los amigos de Jaehyun me contó la historia. Él se había mudado de nuevo a su ciudad natal, Indianápolis, y se había desconectado de casi todo el mundo en Nueva York. Se había sentido abrumado por todo, desde nuestra relación hasta tratar de encontrar el trabajo adecuado en la industria de diseño, y que necesitaba huir —la voz de Jungkook se volvió amarga—. Al parecer, creyó que la mejor manera de hacerlo era huir de repente, sin darle una explicación ni contactar a nadie de su vida en Nueva York.

Un momento de silencio atónito siguió a sus palabras. Sin levantar la vista, Jungkook supo que Jimin tenía los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Él... ¿no lo volviste a ver? —tartamudeó Jimin, parecía casi enojado—. ¿Se fue mientras tú no estabas, se escabulló a tus espaldas y nunca más te habló? ¿Nunca dio explicaciones?

Sabiendo que los ojos de Jimin seguían fijos en él, Jungkook asintió.

Jimin emitió un pequeño sonido de consternación y Jungkook añadió:

—Al parecer, nuestra relación de cuatro años no significó nada para él. No le importé lo suficiente como para preocuparse por cómo iba a afectarme lo que hizo.

—Era un cobarde —dijo Jimin con dureza y con voz cargada de desprecio.

Jungkook asintió con la cabeza, se dejó caer en el asiento y finalmente miró a Jimin. El otro joven estaba sentado rígido en el sofá, con los ojos brillantes de disgusto.

—Me llevó meses darme cuenta de eso, dejé de culparme a mí mismo.

Jimin hizo un pequeño movimiento, un leve tic de las manos, su expresión cambió.

—¿Es por eso que no le agrado a Rosé?

—No, es que sí le agradas —corrigió Jungkook—, simplemente se ha vuelto demasiado cautelosa y desconfiada de cualquier chico que ella no conozca o con cualquiera que aparezca luego de lo que pasó con Jaehyun. Y no es que haya habido muchos chicos —añadió como una última idea.

Jimin asintió y Jungkook se movió inquieto en el silencio que siguió.

—Rosé sólo se preocupa mucho por mí —soltó Jungkook, necesitando romper el silencio y asegurarse de que Jimin entienda que no debería sentirse incómodo viviendo con ella—. En realidad no he sido el mismo desde que Jaehyun se fue, y eso la preocupa. Durante los últimos meses ha intentado emparejarme con chicos que ella conoce, ha intentado sacarme del ciclo en el que me he metido de trabajar y dormir, pero no me ha interesado ninguno de esos chicos, y... —miró a Jimin a los ojos—. Eres el primer chico que no he conocido a través de Rosé, con quien me he hecho amigo desde Jaehyun, y se preocupa por que no te conoce. Solo está tratando de protegerme.

Jimin lo miró fijamente por un momento, con expresión indescifrable.

—Entonces, ¿estás diciendo que ella no confía en mí?

—Yo... —Jungkook detuvo la afirmación automática. No quería negar lo que sabía que era verdad, no a Jimin, no cuando era obvio que, en ese momento, Rosé no confiaba del todo en Jimin. No ganaba nada negando lo obvio.

—Lo que importa es que yo confío en ti —dijo suavemente.

Jimin abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

Jungkook sintió que se le ponía caliente el cuello y se inclinó hacia delante para ordenar la pila de bocetos, que ya estaba ordenada. Necesitaba hacer algo más que sonrojarse bajo la mirada de Jimin. Era muy consciente de su expresión y la posición de sus manos mientras se reclinaba en su silla, ya que no tenía una razón válida para ordenar sus bocetos. No recordaba haberse sentido nunca tan incómodo o cohibido.

Jimin lucía una pequeña sonrisa cuando finalmente levantó la mirada, las líneas de su rostro eran suaves.

—Eso es lo que me importa —asintió Jimin suavemente.

El rubor que cubría las mejillas de Jungkook se profundizó, y maldijo internamente su rostro ardiente, ¿por qué todavía me sonrojo como un adolescente cerca de este hombre?

Jungkook no tenía idea de cómo responder a eso, así que le siguió otro silencio. Parecía que el aire en la habitación zumbaba con algún tipo de electricidad y alguna palabra o un movimiento de cualquiera de ellos podría ser suficiente para encender una chispa.

Jungkook contuvo la respiración, esperando el destello de esa chispa. Era hiperconsciente de cada pequeño movimiento que hacía Jimin, de cada cambio en su expresión. Estudió el rostro de Jimin una y otra vez, como si fuera la página de un libro que le debían memorizar. Podía ver que Jimin también estaba esperando, al borde de dar el paso, de ver si la chispa se encendería.

Las llaves tintinearón en el pasillo y otra se deslizó en la cerradura. Jimin apartó la mirada de Jungkook para mirar la puerta de entrada justo cuando se abrió, rompiendo la tensión y apagando la electricidad.

Con el corazón hundido en decepción, Jungkook vio a Rosé entrar al apartamento balanceando su bolso, claramente de buen humor.

—¡Buenas tardes! —canturreó, sonriéndoles y dirigiéndose directamente a su habitación. Al pasar por la cocina, empezó a cantar a todo pulmón una de las canciones favoritas. Jungkook hizo una mueca de dolor cuando su voz atravesó el aire, no podría haber elegido un peor momento para entrar y empezar a cantar.

Jimin la miró mientras su voz, afortunadamente se apagaba.

—¿Alguna vez se calla?

Su pregunta era probablemente retórica, pero Jungkook respondió de todos modos.

—Rara vez —dijo con seriedad. Cuando la mirada de Jimin volvió a su rostro, se movió nervioso en su silla—. ¿Quieres investigar un poco más? —preguntó, tratando de evitar que la incomodidad regrese—. Estaba pensando en investigar sobre viajes experimentales en el tiempo y ver si...

—Quiero ir a mi casa.

Interrumpió a mitad de su discurso, Jungkook miró fijamente a Jimin, mientras su cerebro intentaba descifrar lentamente, pero no pudo darle sentido a lo que acababa de escuchar.

—Tú-¿Qué?

Jimin tragó saliva y la incertidumbre se apoderó de su expresión.

—Quiero visitar mi antigua casa —repitió vacilante—. Donde vivo en mi época.

Jungkook se quedó boquiabierto, y su boca formó varias respuestas, aunque ningún sonido escapó de su garganta. No se lo esperaba. Claro, había pensado brevemente que Jimin podría sentir curiosidad por su futuro o el de su familia, pero aprender o jugar con su propio futuro era algo que le habían inculcado como fundamentalmente erróneo en todas las ficciones de viajes en el tiempo con las que se había topado.

Se preguntaba si esto era algo que Jimin realmente deseaba hacer, debatía si era algo que él querría si sus posiciones estuvieran invertidas, si pudiera saber cómo sería su futuro, qué lograría en su vida, ¿querría saberlo? la idea lo asustaba, ¿y si no lograba ninguno de sus sueños o moría joven? No querría pasar el resto de su vida atormentado por lo que estaba por venir. Pero, por otro lado, posiblemente tendría el conocimiento para cambiar las cosas, si así lo deseaba. Siempre terminaba apartando la idea de su mente en ese momento, diciéndose a sí mismo que Jimin nunca querría saber sobre su futuro.

Y aquí estaban.

—Tú... ¿quieres ir a tu casa? —dijo Jungkook, necesitando la confirmación para asegurarse de que Jimin hablaba en serio.

Lo estaba. No había ni un tic en su boca, ni un brillo travieso en sus ojos que delatara que estaba bromeando. Quería hacer esto, quería entrar al terreno que Jungkook había estado evitando desesperadamente con la esperanza de que Jimin sintiera lo mismo, y no quisiera saber qué había sido de su vida en los noventa y un años que había saltado.

Jimin parecía saber lo que Jungkook estaba pensando.

—Sé que probablemente no debería hacerlo y sé que estoy entrando en aguas peligrosas, pero siento que debo que hacerlo. Durante los últimos días he estado con esta ardiente curiosidad por saber cómo es mi casa hoy, por ver algo de mi antigua vida —sacudió la cabeza, con los ojos llenos de disculpa—. He tratado de ignorarlo, pero no puedo —su voz se alzó—, pero tal vez hay algo allí que explique por qué estoy aquí, o cómo puedo regresar.

Estaba usando una excusa, ambos lo sabían.

Jimin bajó sus hombros.

—Lo dudo —admitió en voz baja y desanimada—. Pero aun así, deseo ir.

Jungkook estaba dividido.

Odiaba ver a Jimin tan deprimido y no quería negarle algo que deseara, pero estaba preocupado, asustado de entrar en ese lado del viaje en el tiempo. ¿Y si, después de ver su casa, Jimin se sentía con la tentación de profundizar más? ¿Y si esto no saciaba su curiosidad por los noventa y un años que se había perdido, sino que aumentaría?

Jungkook se mordió el labio.

—No lo sé, Jimin...

Los ojos ligeramente desesperados de Jimin buscaron el rostro de Jungkook por un momento, y luego asintió lentamente, luciendo cabizbajo.

—Sé por qué estás preocupado por esto, pero solo quiero ver qué pasó con la casa, eso es todo —hizo una pausa—. Pero si realmente crees que es algo que no debería hacer, entonces no lo haré. Y nos olvidamos de esto.

Frotándose la piel debajo del ojo izquierdo, Jungkook reprimió un suspiro de frustración. Una batalla se desataba en su interior, su miedo a mirar demasiado el futuro de Jimin, luchaba con su deseo de proteger a Jimin y la voz en su cabeza que le aseguraba que solo iban mirando una casa, que no afectaría nada.

—Está bien —se escuchó decir como desde la distancia.

El cuerpo de Jimin se levantó de su posición desplomada.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Jungkook no lo estaba, no del todo. Todavía estaba asustado y no estaba totalmente convencido de que esto no resultara en que Jimin supiera de más.

—Estoy seguro



Tras una rápida búsqueda en Internet, descubrieron que la casa de Jimin ya no era la residencia de una sola familia. Hace unos cuarenta años se había convertido en una casa de huéspedes, una especie de pequeño hotel. A pesar de ello, Jimin seguía queriendo visitar la casa, aunque probablemente ya no se parecería en nada al lugar al que él llamaba hogar.



Viajaron allí al día siguiente.

Jungkook imprimió un mapa de Internet y lo utilizó para orientarse y salir de la ciudad hacia los suburbios, donde el tráfico había disminuido y la vegetación había aumentado. Al igual que la ciudad misma, la zona era una mezcla desconcertante de familiaridad y extrañeza para Jimin. A lo largo de los años se habían construido nuevos edificios y otros habían reemplazado a los que recordaba, pero cuando doblaron por la calle en la que vivía, la encontró sorprendentemente similar a como la conocía en su época.

Las grandes mansiones seguían allí, con sus amplios patios bien cuidados y repletos de colores otoñales. Por lo que pudo ver, ya muchas de ellas no se utilizaban como viviendas de una familia, sino que se habían convertido en complejos de apartamentos o exclusivas casas de huéspedes. Se detuvieron frente a una de estas casas, y el corazón de Jimin latía con fuerza mientras miraba hacia el largo camino de entrada.

Desde afuera no había cambiado mucho, habían modificado el camino de entrada para que pudieran aparcar más coches, habían colocado carteles para anunciar que era una lujosa casa de huéspedes, habían añadido más jardinería y arbustos, y parecía que habían cambiado las ventanas y la puerta.

Pero, por lo demás, seguía igual.

El aire parecía haberse quedado en los pulmones de Jimin, solo podía mirar la casa sin decir palabras.

—¿Ha cambiado mucho? —preguntó Jungkook un rato después.

Jimin obligó a sus pensamientos a dejar de imaginar cómo luciría su dormitorio ahora, qué había en el lugar de su amado piano, si aún había libros en los estantes de la biblioteca.

No le hacía ningún bien pensar en esas cosas y, de todos modos, todos esos pensamientos eran irrelevantes, ya no era su hogar.

Apartó la mirada de la ventana del piso superior y centró su mirada en el parqueadero, una parte que no le hacía sentir como si estuviera mirando el alma de la casa.

—Desde fuera, no mucho —respondió. Observó que también habían cambiado las puertas del garaje—. Dudo que se pueda decir lo mismo del interior.

Sintiendo la mirada de Jungkook sobre él, miró a su alrededor y se encontró con la mirada pensativa del pelinegro.

—Podríamos pasar la noche aquí, si quieres —ofreció Jungkook—. Así también podrías ver el interior.

—¡No! —soltó Jimin de inmediato.

Cuando Jungkook parpadeó sorprendido, añadió:

—Lo siento, pero no creo que pueda... no creo que quiera ver... —no podía expresar con palabras que no creía poder soportar estar dentro de la casa, caminar por los pasillos como un fantasma y recordar lo que una vez había sido.

Jungkook pareció entender.

—Está bien —dijo—. Está bien. Fue solo una sugerencia.

Se quedaron mirando la casa en silencio durante otro largo momento. Jimin no estaba seguro de lo que estaba sintiendo mientras observaba unos arbustos junto a la puerta principal ondear con la brisa.

Todo parecía extrañamente más real ahora que estaba viendo el lugar que una vez fue su hogar, como si las últimas dos semanas hubieran sido algo sacado de las páginas de una de las novelas que le gustaba leer, tan detallado como si hubiera sido absorbido hacia el mundo ficticio. Ver algo de su época, algo tan personal para él, fue el último clavo en el ataúd y supo exactamente dónde estaba y qué había dejado atrás.

Por primera vez desde que había llegado al futuro, sintió una punzada de añoranza por sus padres. A pesar de lo decepcionados y presionados que estaban, los extrañaba, y ahora que ya no se sentía como si estuviera en una especie de viaje, anhelaba estar de regreso en casa, con ellos.

La emoción de la aventura que estaba viviendo comenzaba a desaparecer y Jimin quería volver a casa.

Se dio la vuelta bruscamente y se alejó de la casa.

—Vámonos —murmuró.

Jungkook corrió detrás de él mientras caminaba por la calle, con determinación, manteniendo la mirada fija al frente, sin confiar en mirar las casas que se encontraban a ambos lados. Podía sentir el deseo de Jungkook de decir algo, probablemente preguntar sobre la repentina partida o sobre la expresión de Jimin, pero Jimin no estaba listo para hablar, todavía no. Jungkook aparentemente lo percibió y permaneció en silencio, por lo que Jimin agradeció internamente.

El sol se estaba poniendo mientras hacían el lento viaje de regreso al apartamento de Jungkook. Las estrellas, salpicadas comenzaban a aparecer en el cielo con detalles rosados y rojizos. A pesar de ser menos visibles que en 1934, seguían siendo las mismas estrellas.

Jimin suspiró cuando subieron al metro, repleto de gente que se dirigía a la ciudad para pasar la noche. Cuando el tren se puso en movimiento, se volvió hacia Jungkook.

—Lo siento —dijo en voz baja, inclinándose hacia Jungkook, consciente de que la gente que los rodeaba podía estar escuchando—. Recién ahora me doy cuenta de que quizás no pueda volver a casa o que puede pasar mucho tiempo hasta que lo logre —irguió las piernas mientras el tren bajaba la marcha para detenerse en una estación—. Ver la casa me hizo ver lo mucho que extraño mi hogar, es la primera que he sentido así desde que llegué aquí y simplemente fue... —sacudió la cabeza—. No sé qué esperaba, pero acabo de ver la realidad.

Jungkook le puso una mano en el brazo y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Está bien.

Permanecieron en silencio durante el resto del viaje, y solo cuando la puerta del apartamento de Jungkook se cerró detrás de ellos, Jungkook miró a Jimin a los ojos y dijo con seriedad:

—Sabes que haré todo lo posible para que regreses a casa, ¿no?

Jimin asintió aturdido, atrapado por la intensidad de la mirada de Jungkook.

—Lo sé —susurró.

Jungkook lo observó durante un momento.

—No sé cómo estás manejando esto tan bien. Si yo estuviera en tu situación, ya me habría derrumbado. Tienes mucho coraje, Jimin.

Jimin tragó saliva, con la garganta seca. Los ojos de Jungkook eran suaves pero intensos, como si estuvieran viendo la profundidad del alma de Jimin, y lo hicieron con cariño.

El recuerdo de los labios de Jungkook casi rozando los suyos, como un toque muy leve pasó por su mente y respiró entrecortadamente antes de reunir toda su fuerza de voluntad y apartar la mirada. No debería acercarse demasiado a Jungkook, no cuando no pertenecía a este mundo.

Ignoró la voz en su cabeza que le decía que ya estaba demasiado cerca.

Jungkook se aclaró la garganta.

—¿Cuánto quieres saber del futuro? —preguntó. Su voz sonaba un poco extraña.

Cuando Jimin levantó la vista con una mirada interrogativa, añadió:

—¿Quieres saber sobre tu futuro o el de tu familia?

—Oh —Jimin se dio cuenta de la preocupación en los ojos de Jungkook, con una ligera tensión en su expresión. Pensó en el poder que tenía en sus manos, podría saber cada acontecimiento importante que sucediera en su vida, y pensó en cómo eso podría afectarlo. Su vida se volvería predecible, la alegría y la emoción se irían al ya saber qué iba a pasar y cuándo. ¿Y quién querría saber la fecha de su propia muerte? ¿Quién querría tener ese reloj colgando sobre su cabeza durante el resto de su vida? En cuanto a su familia, si supiera cómo resultarían sus vidas, se sentiría culpable por no decírselo y no quería atormentarlos con la elección de conocer su futuro. No quería convertirse en un adivino terriblemente preciso.

Sacudió la cabeza en dirección a Jungkook.

—No, no quiero saber nada sobre mi vida ni la de nadie.

Jungkook asintió, el alivio era evidente en su rostro.

—No es como si pudiera cambiar algo al saberlo. Lo que sucedió ahora está escrito en piedra, ¿no?

Jungkook frunció el ceño mientras pensaba.

—Sí, supongo que sí.

Jimin lo miró pensativo.

—¿Recordaré lo que aprendí o lo olvidaré todo cuando regrese?

Jungkook lo miró a los ojos, algo cambió detrás de ellos, y Jimin se quedó paralizado, de repente se dio cuenta de algo. Tal vez se olvidara de todo esto cuando regresara a su época, tal vez se olvidara por completo de Jungkook. Ese pensamiento era como una abrazadera de hierro que se retorció en su corazón.

—Si lo recuerdas, puedes influir en el futuro con tu conocimiento —bromeó Jungkook con voz tensa.

Jimin se rió a carcajadas.

—No podría hacer trampa de esa manera.

Pasaron a temas de conversación más ligeros mientras preparaban la cena juntos. Jimin intentó ignorar los pensamientos persistentes sobre su conversación, dejándolos caer hacia lo profundo de su mente, pero como una picazón persistían debajo de su piel.

Todo antes parecía simple, descubrir cómo viajó hasta el futuro y ver cómo podría regresar a casa de nuevo, pero ahora, era todo lo contrario. Ahora tenía una nueva preocupación, la posibilidad de perder todo lo que había pasado en esta época, una vez regresara, y el miedo de perder a una de las mejores personas que habían entrado en su vida. Ahora tenía miedo de que, regresar a casa significara perder a Jungkook y todos los recuerdos que tenía de él.



Aunque la conversación había terminado hacía horas, y a pesar de que Jimin había dicho que no quería saber nada sobre su futuro, Jungkook no podía dejar de pensar en ello mientras estaba acostado esa noche.

Ahora que el tema había salido a la luz, Jungkook seguía imaginando todas las diferentes posibilidades para el futuro de Jimin, tanto las buenas como las malas. Se sentía aliviado de que Jimin no quisiera saber nada sobre el resto de su vida, aunque solo fuera por razones personales. Si supiera que Jimin tendría una vida infeliz no creía poder soportarlo, porque existían muchas posibilidades de que así fuera. Jimin era infeliz antes de viajar a la época de Jungkook, las enfermedades eran más comunes en los años treinta, y la medicina estaba menos avanzada, y otra guerra acechaba en el horizonte, una por la que Jimin podría verse obligado a luchar. Solo pensar en ello era suficiente para hacer que Jungkook se sintiera enfermo.

Por supuesto, Jimin también puede tener un futuro brillante y feliz, pero la mente de Jungkook seguía dando vueltas a lo negativo, y esos pensamientos persistían en su cabeza como un veneno lento, que hacía que la desesperación corriera por sus venas. No había forma de saberlo con seguridad a menos que investigaran cosas que ni él ni Jimin querían

investigar. Llámalo egoísta o cobarde, pero preferiría no saber qué sucedió en la vida de Jimin cuando regresara a su propia época.

Con un gruñido de frustración, Jungkook se dio la vuelta y golpeó su almohada para que fuera más cómoda, y trató de dejar que el sueño lo envolviera.

Pero a pesar de lo cómodo que estaba y del cansancio que le picaba los ojos, no podía conciliar el sueño. Lo único que nunca había logrado hacer, era desconectar su mente, una de las razones por las que se le podía encontrar despierto y dibujando nuevos diseños a las dos de la mañana, y ahora estaba atrapado en sus propios pensamientos, hasta que su mente se agotara lo suficiente para poder dormir.



Jungkook se levantó a la mañana siguiente sintiéndose desganado.

Suspiró al notar bolsas debajo de sus ojos, y se puso un poco de crema con la esperanza de que desaparecieran antes de irse a trabajar.

Para su sorpresa, encontró a Jimin luchando con la tostadora cuando fue a la cocina. Sonrió con cariño mientras Jimin manipulaba torpemente los botones de la parte superior de la tostadora.

—Aquí —dijo, entrando y presionando el botón correcto para que el pan comenzara a tostarse.

Jimin le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias. Quería prepararte el desayuno, pero creo que aún no estoy familiarizado con esta tecnología.

Jungkook lo miró parpadeando.

—¿Estás preparando el desayuno?

Jimin asintió y miró la tostadora por un momento antes de tomar un cuchillo y cortar los plátanos en la tabla que tenía frente a él.

—Pensé que sería algo bueno para ti, en lugar de tener que agarrar algo rápido antes de irte —parecía bastante satisfecho consigo mismo mientras colocaba la fruta picada en un plato.

—Oh, gracias —Jungkook se hizo a un lado para dejar que Jimin terminara de preparar la comida, tratando de no mirar la forma en que se flexionaban los pequeños músculos de sus brazos.

Hacia meses que nadie le preparaba el desayuno así, desde los primeros días que se mudó con Jaehyun, y era agradable. Le picaban los dedos por hacer algo para ayudar, especialmente cuando Jimin se peleaba con algunos de los electrodomésticos, pero se daba cuenta de lo mucho que Jimin quería hacerlo solo, así que se sentó a la mesa y se dejó atender.

—El desayuno está servido —Jimin colocó un plato delante de Jungkook con un gesto elegante.

Se veía tan orgulloso de sí mismo, con una pequeña sonrisa en su rostro y los ojos brillantes mientras observaba a Jungkook comer su desayuno, el corazón de Jungkook se calentó al verlo por debajo de sus pestañas.

Jimin había estado haciendo pequeñas tareas, como ayudar a preparar las comidas, últimamente era su forma de ayudar a pagarle a Jungkook por dejar que se quede, pero esta era la primera vez que se levantaba temprano para preparar el desayuno.

—No tenías que hacer esto —dijo Jungkook, pinchando la mitad de una fresa con su tenedor.

Jimin tragó saliva.

—Quise hacerlo —dijo simplemente—. Y, Jungkook, sabes que me siento mal por quedarme aquí sin pagarte ni nada. No tengo dinero para pagarte, así que quiero ayudar, quiero cocinar —bajó la mirada hacia su plato de nuevo—. Además, me gusta cocinar para ti.

Jungkook observó a Jimin empujar las últimas piezas de fruta en su plato, sin palabras.

Jimin era tan dulce, y a Jungkook le resultaba cada vez más difícil pasar por alto sus cumplidos, sonrisas tímidas y acciones adorables. Desde que Jimin le había contado su historia, Jungkook había estado decidido a mantener su mente estrictamente en la barrera de la amistad, pero cuando estaba cerca de él, honestamente no estaba seguro de cuánto tiempo más podría mantener todo lo que sentía reprimido en su interior, especialmente con los recuerdos de sus dos citas y el casi beso lo perseguían.

Todavía sin saber qué decir, Jungkook finalmente sonrió y agradeció nuevamente a Jimin, antes de comer rápidamente los últimos bocados de su desayuno y ponerse de pie.

—Será mejor que me vaya —dijo, mirando el reloj de la cocina mientras se dirigía a dejar el plato en el fregadero—. ¿Vas a investigar un poco más?

En los días que Jungkook tenía trabajo, Jimin siguió investigando sobre viajes en el tiempo. Había comprendido los conceptos básicos de Internet, y a menudo pasaba el día en el

apartamento, buscando en un sinfín de artículos y páginas web. También había visitado una biblioteca local una o dos veces, hojeando libros sobre investigación y experimentos de la ciencia moderna, y sobre cualquier cosa relacionada con los viajes en el tiempo. Como se trataba de un tema considerado mayormente ficticio, había poco avance, pero ambos seguían recordándose a sí mismos que Jimin había llegado hasta allí de alguna manera y que la información tenía que estar en algún lugar, solo tenían que seguir buscando.



Todos los días, Jungkook volvía a casa con la esperanza de que Jimin hubiera encontrado una nueva pista, con la preocupación de estar un paso más cerca de regrese a casa.

Siempre se sentía culpablemente aliviado cuando Jimin sacudía la cabeza y le decía que no había encontrado nada, dividido entre el deseo de que su amigo pudiera volver a casa con su familia y el deseo egoísta de que el hombre al que cada vez le tenía más cariño se quedara allí con él.

Jungkook tomó su billetera de cuero negra mientras la guardaba en su mochila, también negra, y observó a Jimin recoger sus platos sucios mientras le daba vueltas a una idea.

—¿Qué te parece si hoy almorzamos juntos? —sugirió. Repasó mentalmente su agenda del día y asintió para sí mismo, tendría tiempo de ir a un café cercano—. Hay un pequeño café no muy lejos de mi trabajo, podríamos encontrarnos allí a la una. Te vendría bien un respiro de toda la investigación.

Jimin se quedó paralizado a medio camino entre la mesa y el fregadero, sus ojos se iluminaron ante la sugerencia de Jungkook, de la manera en que trató de no darle vueltas.

Una sonrisa se formó en la boca de Jimin.

—Eso suena genial, Jungkook. Me encantaría —dijo con entusiasmo.

Sonriendo alegremente, Jungkook se colgó la correa de su mochila al hombro.

—¡Genial! —rápidamente le dio a Jimin el nombre y la dirección del café, esperando que no hubiera demoras en el metro que lo hicieran llegar tarde—. ¡Te veo a la una! —gritó por encima del hombro mientras se acercaba a la puerta principal.

"¡Que tengas un buen día, Jungkook!" escuchó responder a Jimin.

Una suave calidez recorrió el cuerpo de Jungkook mientras salía del apartamento y se dirigía al ascensor. Hacía años que nadie le deseaba un buen día, Rosé siempre ya estaba despierta o dormida, y Jaehyun siempre seguía dormido cuando él se iba. Podría acostumbrarse a oír a Jimin decirlo todas las mañanas.

Pasó la mañana contando las horas que faltaban para la hora del almuerzo.

Era ridículo e irracional que ansiara volver a ver a Jimin después de sólo unas horas de separación, pero el deseo lo invadió a medida que transcurría la mañana y una vez terminó la jornada, con gran entusiasmo se fue al café justo antes de la una.

Su corazón se llenó de alegría y una sonrisa floreció en su rostro cuando vio a Jimin apoyado contra la pared junto a las puertas del café, luciendo demasiado atractivo con su suéter y su corbata.

—Hola, Jimin —lo saludó Jungkook cuando estuvo lo suficientemente cerca para oírlo. Se detuvo a unos treinta centímetros de Jimin, luchando contra el repentino y fuerte deseo de abrazarlo.

Jimin notó que la incomodidad comenzaba a apoderarse del ambiente, no lo demostró. Sus ojos se arrugaron en la brillante sonrisa favorita de Jungkook.

—Qué tal. ¿Cómo estuvo tu día?

—Estuvo muy ocupado —respondió Jungkook mientras él y Jimin entraban en la cafetería. El delicioso aroma a café y pan recién horneado lo invadió cuando Jimin sostuvo la puerta abierta—. Estamos en medio de la finalización de unos diseños para una colección de primavera y, después del éxito de las colecciones del año hasta ahora, mi jefe está analizando hasta el más mínimo detalle —recorrió con la mirada el menú que estaba en la pared detrás del mostrador—. En realidad, es un alivio poder apartarse de todo para almorzar.

Jimin lo había estado observando mientras hablaba, pero ahora se volvió para también examinar el menú.

—Suenas estresante.

—Mhm... —Jungkook tarareó en señal de acuerdo—. Lo es, pero ya estoy más que acostumbrado. Una vez que aprendes a priorizar, a hacer varias cosas a la vez y al arte de evitar el caos que te rodea mientras trabajas en los diseños, es soportable.

Continuaron avanzando por el mostrador hacia las cajas registradoras con el resto de la fila, todavía mirando el menú.

—¿Ya has decidido lo que quieres? —preguntó Jungkook mientras se acercaban al frente de la fila.

Jimin asintió.

—Creo que voy a comer un sándwich.

Jungkook lo miró brevemente.

—¿Quieres café también?

—No, gracias. Sólo tomaré un poco de agua.

Los ojos de Jungkook se entrecerraron ante la rápida negativa de Jimin.

—No tienes por qué pedir lo más barato del menú, ¿sabes?

Jimin se apartó del menú y miró a Jungkook con los ojos muy abiertos.

—Yo no...

—Jimin, el poco dinero que te queda ya no sirve de nada aquí, por eso no te preocupes. No es molestia —señaló Jungkook gentilmente.

Jimin bajó la mirada al suelo.

Jungkook colocó una mano bajo su barbilla y volvió a levantar la cabeza para que sus miradas se encontraran, los ojos de Jimin estaban llenos de vergüenza.

—Está bien. Quiero ayudarte y no me afecta en nada hacerlo —retiró la mano de la barbilla de Jimin y la apoyó en su hombro, dándole un apretón reconfortante—. Eres mi amigo y solo hago lo que haría por cualquiera de mis amigos, ayudarlos en los momentos difíciles. De hecho, estás haciendo la mayoría de tareas y esas cosas, me has sacado de la rutina en la que estaba atrapado de no hacer nada más que trabajar y dormir, así que no necesitas sentirte culpable.

Jimin se mordió el labio y asintió, avanzando nuevamente con la fila mientras otro cliente era atendido y se alejaba del mostrador.

—Y además —añadió Jungkook, mirando de reojo a Jimin—, me preparaste el desayuno esta mañana, así que es justo que te invite a almorzar —le sonrió a Jimin mientras daba un paso adelante para hacer su pedido.

Esperaba que Jimin entienda que no estaba dando lo que no tenía por ayudarlo o que necesariamente le debía todo, lo hacía por él.

Sabía que no sería fácil para Jimin aceptar eso, y sabía que él sentiría lo mismo si estuviera en la posición de Jimin, pero solo quería que Jimin dejara de sentirse tan culpable y que dejara de negar lo que realmente quería porque siente que abusa de hospitalidad.

Recogiendo la bandeja de su café y ensalada, Jungkook ojeó el concurrido café en busca de una mesa libre, camino empujando suavemente el costado de Jimin cuando vio una mesa que acababa de limpiarse contra la pared del fondo.

—Voy a ir a buscar esa mesa —dijo, asintiendo con la cabeza en su dirección.

Jimin asintió y Jungkook se abrió paso entre las mesas y sillas hasta la mesa libre, dejó la bandeja y se dejó caer en la silla con un suspiro de satisfacción.

Jimin se le unió momentos después, llevando su almuerzo en otra bandeja.

—Seguro que siempre hay mucha gente aquí —observó mientras se sentaba frente a Jungkook.

Los ojos de Jungkook vagaron por el café lleno de gente, y también de los diferentes negocios locales fuera y de amigos que habían salido a almorzar juntos a ese café.

—Hay muchos edificios llenos de trabajadores de oficinas cerca de aquí —respondió—. Además, la comida es realmente buena.

Jimin le sonrió mientras agarraba su sándwich.

—Me lo has dicho un par de veces, así que supongo que será mejor que lo compruebe por mí mismo.

Mordió su sándwich y sostuvo la mirada de Jungkook mientras masticaba y tragaba.

Jungkook alzó las cejas interrogativamente.

—¿Y... cuál es tu veredicto?

—Delicioso —dijo Jimin entusiasmado, dándole otro bocado. Tragó—. Tenías razón.

—Por supuesto que sí, la tengo —dijo Jungkook con descaro y una sonrisa burlona.

Los ojos de Jimin permanecieron fijos en él mientras bajaba su vista a su ensalada, y sintió que la mirada del rubio volvía frecuentemente hacia él, como si le resultara imposible no mirar a Jungkook.

Y Jungkook no pudo evitar mirar a Jimin a través de sus pestañas o levantar la mirada para encontrarse con sus cálidos ojos, para devolverle una suave sonrisa.

La conversación entre ellos no descarriló ni un segundo durante todo el almuerzo.

Por primera vez desde que Jimin se había mudado con Jungkook hablaron de las cosas que no sabían el uno del otro, discutiendo recuerdos de la infancia, etapas por las que habían pasado y lugares que habían visitado.

Todo se parecía tanto a una cita que a Jungkook le resultaba casi doloroso sentarse frente a Jimin y verlo hablar con entusiasmo sobre una sinfonía que había visto una vez, moviendo las manos cada vez más a medida que se adentraba en la historia, ver cómo sus ojos avellana se iluminaban, y cómo su sonrisa marcaba sus mejillas las comisuras de sus ojos, el no poder acercarse para tomar su mano o besarlo cuando le apetecía. Era como una forma especial de tortura poder ver de cerca la suave piel de Jimin y no poder besarla. Y cada vez que Jimin le contaba otra historia o se reía de lo que decía, Jungkook sentía otra gota de algo dulce y cálido arremolinándose en su vientre, llenándolo de un cariño adorador por el hombre de cabello ondulado, el tipo de cariño que no solo fluía por las venas de Jungkook, sino que calaba sus huesos y empapaba todo su ser.

Sólo cuando Jimin sacó su reloj de bolsillo para comprobar la hora, otra gran dosis de calidez fluyó agradablemente hacia el vientre de Jungkook, lo hizo darse cuenta de lo que todo eso significaba.

Se estaba enamorando de Jimin.

Se había estado enamorando de él lenta y firmemente durante días, pero fue solo ahora que notó la ráfaga de aire a su alrededor más el frenético y exhuberante latido de su corazón.

Fue en ese momento, con su lugar de aterrizaje a la vista, que se dio cuenta de que había ido más allá de la atracción inicial y el flechazo que habían tenido durante sus mañanas de café y sus pequeñas citas. En algún momento entre aquellas veladas, se había caído por el borde del acantilado y estaba cayendo.

Era aterrador y emocionante a la vez. Y aunque su cabeza le recordaba constantemente que Jimin pronto se iría de él para siempre y le aconsejaba que se controlara antes de que su caída terminara y tocara el fondo, su corazón le decía que disfrutara de la caída y abrazara a Jimin Park y nunca dejarlo ir.



Como Rosé estaba fuera por la noche para visitar a sus amigos, Jimin y Jungkook disfrutaron de un apartamento para ellos solos por primera vez en varios días.

Antes de cenar, hablaron sobre la opción de aprovechar la ausencia de Rosé y pasar la noche repasando toda la información sobre viajes en el tiempo que habían recopilado hasta el momento, pero después de demorarse en la cena, ambos se sintieron demasiado llenos y

somnolientos como para tener ganas de hacer lo que sea que no fuera descansar en el sofá y ver una película.

Jimin insistió en que Jungkook eligiera la película, señalando que no sabía casi nada sobre películas y realmente no sabría cuál elegir, y se sentaron en el sofá para ver una de las favoritas de Jungkook.

Jimin no estaba seguro de cuánto tiempo había estado la película en pantalla cuando se dio cuenta de que él y Jungkook se estaban acercando inconscientemente. Durante las escenas iniciales, habían estado sentados en casi cada extremo opuesto del sofá de tres plazas, pero ahora solo había unos centímetros entre ellos.

Sinceramente, no recordaba haberse movido y se preguntaba si se debía en parte al ligero frío que había en el aire por la ventana que alguien había olvidado abierta, lo que le hacía buscar inconscientemente el calor de Jungkook, o si se debía en parte a la atracción magnética que parecía existir entre él y Jungkook, que inevitablemente los acercaba cada vez que estaban juntos.

Cual sea la razón, no podía alejarse sin que Jungkook lo notara, y no es que quisiera hacerlo.

Ahora que era consciente de lo cerca que estaba de Jungkook, no pudo evitar mirar al otro joven por el rabillo del ojo.

Sintió una inexplicable necesidad que le revolvió el estómago al ver cómo la luz de la pantalla del televisor acentuaba la ligera curva de la nariz de Jungkook, el ángulo de sus pómulos y el arco de sus labios, los labios que habían estado tan cerca de los suyos, con el más fugaz de los roces, como el aleteo de una mariposa.

El recuerdo de ese momento había estado surgiendo en su mente con más regularidad últimamente y Jimin sentía una mezcla de anhelo y culpa cada vez que lo revivía. Quería más, quería un beso de verdad, no solo probar uno, pero no tenía idea de si Jungkook sentía lo mismo.

Después de todo, involucrarse románticamente con Jungkook no era una buena idea.

Apartó la mirada de los labios de Jungkook e intentó centrarse de nuevo en la película, aunque se había perdido una escena clave mientras se distraía con Jungkook, no sabía qué estaba pasando en ese momento.

Era extraño que, incluso con algo tan extraordinario como un televisor que reproducía una imagen frente a él, algo que nunca había visto antes de venir aquí y que debería encontrar increíble y asombroso, pero no, prefería mirar al hombre sentado a su lado.

Pero para Jimin, Jungkook era la vista más fascinante que había tenido, no solo en esta época sino también en su propia época.

Jungkook le parecía muy interesante, y podía observarlo realizar tareas simples, como atarse los cordones de los zapatos con gran fascinación durante tiempo indefinido. Y Jungkook era hermoso con su piel, sus ojos grandes y brillantes, sus sonrisas que provocaban bellas marcas y que aquellos grandes ojos desaparecieran en un tierno arco, Jimin nunca se cansaba de mirar la belleza del mundo.

Incapaz de evitarlo, volvió a mirar a Jungkook, y lo encontró observándolo con una suave sonrisa en el rostro.

Sus miradas se cruzaron y algo cambió en el aire entre ellos, una tensión tangible se formó sobre ellos. El corazón de Jimin se aceleró, también su respiración se aceleró y su entorno mientras la película seguía reproduciéndose de fondo, el ruido del tráfico que entraba por la ventana abierta, el parpadeo de una lámpara en la esquina, todo se desvaneció en la nada mientras su mundo se centraba en Jungkook. Todos los sentidos de Jimin se concentraron en Jungkook era consciente de cada pequeño movimiento o sonido que hacía, el ligero movimiento de su mano en su regazo, el pequeño tirón en su respiración cuando Jimin se inclinó más cerca, la dilatación de sus pupilas, podía sentir el aliento de Jungkook sobre su mejilla, bocanadas de aire cálidas y desiguales que le enviaban pequeños escalofríos por su columna vertebral.

El frío que una vez había emanado en el aire se disipó, y el calor comenzó a ser demasiado, ¿cómo nunca había notado el calor que irradiaba el cuerpo de Jungkook, el calor que se emanaba su rodilla cuando sus piernas se tocaban?

Los labios de Jungkook se entreabrieron y sus ojos se posaron en la boca de Jimin.

Jimin no podía pensar con claridad, su cerebro era un zumbido de ruido blanco, casi ensordecedor bajo el fuerte latido de su pulso. Fue solo cuando los labios de Jungkook estuvieron a centímetros de los suyos y su mano descansaba sobre su muslo que el ruido blanco se transformó en un pensamiento nítido.

—No quiero hacerte daño —suspiró Jimin, sorprendiéndose no solo por su capacidad de hablar, sino también de expresar su mayor temor mientras su cerebro hacía cortocircuito por la cercanía de Jungkook, su corazón le gritaba que besara al hombre que anhelaba.

Jungkook se apartó lo suficiente para mirarlo con un destello de negación en sus ojos.

—No quiero irme de tu vida y dejarte sólo y con el corazón roto. No quiero ser otro Jaehyun —explicó Jimin.

Jungkook todavía lo miraba fijamente, y el corazón de Jimin le gritaba que se callara y se olvidara de todo esto.

—Porque no pertenezco a este lugar, Jungkook —continuó Jimin—. Algún día regresaré a mi propia época y nunca más nos volveremos a ver.

Jimin sintió una oleada de desesperación a punto de salirle de adentro, pero la reprimió con fuerza, no se derrumbaría frente a Jungkook.

—¿Y si no me importa? —susurró Jungkook.

Jimin lo miró sorprendido, la determinación endurecido sus ojos y apretaba su mandíbula.

—¿Y si ya no quiero negar mis verdaderos sentimientos, evitando acercarme a otro chico por miedo a que me vuelvan a hacer daño? ¿Y si estoy harto de jugar a ser fuerte y aferrarme a la comodidad? ¿Y si quiero seguir mi corazón?

Jimin se quedó sin palabras.

Jungkook quería cambiar su forma de vida, manteniendo su corazón cerca del pecho, por él. Y si había oído bien, quería olvidar todos los obstáculos, olvidar todo lo que estaba en su contra y tener una relación romántica.

Por mucho que Jimin deseara poder dejar atrás todos sus miedos, la idea de que Jungkook volviera a resultar herido lo carcomía.

—Pero no me quedaré aquí mucho tiempo —protestó débilmente y con voz tensa.

Jungkook no dijo nada al principio, tomó la mano de Jimin y entrelazó sus dedos. Jimin miró sus manos unidas, y su estómago se estrujó al ver lo bien que se veían, los dedos grandes de Jungkook encajados entre los suyos, más pequeños y suaves.

—Jimin...

Jimin levantó la cabeza y vio que Jungkook lo estaba mirando. Su determinación había desaparecido y había sido reemplazada por una cálida mirada de adoración que hizo que a Jimin se le revolviera el estómago y le diera un vuelco el corazón.

—Sé que no puedes quedarte aquí —continuó Jungkook—, pero cuando te vayas el dolor será desgarrador ya sea que sigamos siendo amigos o nos convirtamos en algo más, pero vales la pena pese a el dolor, y prefiero pasar el tiempo que tengamos juntos estando juntos, que negando lo que realmente sentimos.

Jimin no sabía qué decir.

Los ojos de Jungkook lo buscaban, esperando una respuesta, pero todo lo que Jimin pudo hacer fue susurrar el nombre de Jungkook con una suave exhalación.

—Jungkook...

Fue suficiente.

Ya fuera por el anhelo en los ojos de Jimin o la necesidad pura, la maravilla en aquella dulce voz pronunciando el nombre "Jungkook", estaba satisfecho con esta respuesta y parecía entender todo lo que estaba pensando sin que tuviera que expresarlo.

Jungkook se inclinó su cabeza hacia atrás y presionó sus labios contra los de Jimin, suavemente al principio, pero luego con más fuerza cuando Jimin respondió. Jimin inhaló profundamente por la nariz cuando la mano de Jungkook se posó sobre su mejilla sobre su rostro. Jimin inclinó la cabeza a un lado ante el toque, profundizando el beso.

Cada vez que Jimin pensaba y soñaba con su primer beso, imaginaba que sería breve, tímido y dulce, pero nunca pensó que sería así, sus manos apretando la parte delantera de la camisa de Jungkook, una de las manos de Jungkook en su espalda y la otra acariciando su rostro, mientras exhalaban alientos calientes en la boca del otro. No era lo que había imaginado, pero de alguna manera era todo lo que había esperado.

Jimin giró la cabeza hacia un lado y jadeó levemente. Posó su frente contra la de Jungkook, manteniendo los ojos cerrados y disfrutando de la sensación de estar tan cerca de él.

—Nunca pensé que alguien como tú existiera —susurró Jimin. La mano de Jungkook, que había retirado del rostro de Jimin, acarició el antebrazo de Jimin antes de entrelazar sus dedos nuevamente—. Nunca pensé que pudiera tener esto, ni que alguna vez sentiría esto por alguien.

Jungkook inclinó la cabeza y atrapó los labios de Jimin en otro beso rápido.

—Estoy tan feliz de que hayas decidido detenerme en la calle —murmuró.

Jimin sonrió mientras Jungkook acariciaba sus narices, una burbuja de felicidad se hinchaba en su interior, llenándolo de felicidad. Se sentía tan eufórico y amado que olvidó que el tiempo estaba en su contra, y que esos sentimientos no podían durar.

Olvidó que había una brecha de noventa y un años esperando para pinchar y estallara su burbuja de felicidad.



Nada cambió realmente entre ellos después de esa noche. La única diferencia es que ahora eran libres de actuar según sus impulsos y expresar sus sentimientos del uno hacia el otro. Podían saludarse con un beso en la mejilla por las mañanas, tomarse de la mano cuando les apetecía y acurrucarse juntos en el sofá, en lugar de mirarse con nostalgia desde la distancia.

Jungkook ahora estaba posicionado detrás de Jimin, mientras el rubio lavaba los platos, deslizaba sus brazos alrededor de su diminuta cintura y le acariciaba la nuca con su nariz, rozando los cabellos de Jimin y dándole empujoncitos en el lóbulo de la oreja.

Jimin podía besar a Jungkook en los labios cuando él se iba a trabajar, darle pequeños besos en la comisura de la boca, luego otro en los labios, antes de desearle un buen día, todo se sentía tan natural y fácil. Jimin había escuchado a algunos de sus amigos del equipo de polo quejarse sobre lo difícil que era concretar citas, de lo difícil que era decir y hacer lo correcto, especialmente en los primeros días de una relación. Jimin no sabía si era porque él y Jungkook habían sido amigos durante bastante tiempo, si era porque eran más compatibles y eran el uno para el otro, o si era simplemente porque ambos eran hombres, pero no le resultaba difícil estar en una relación con Jungkook en absoluto, era tan simple como el respirar.

Algo que ahora le encantaba a Jimin era denominar “citas” a los almuerzos que pasaba junto a Jungkook. Y se habían convertido en algo habitual. Todos los días de la semana Jimin se tomaba un descanso de su investigación y se dirigía al trabajo de Jungkook para la hora del almuerzo. Luego, iban juntos a un café cercano o, en días más cálidos, caminaban hasta el parque cercano para almorzar tipo picnic.

Y todas esas no se parecían en nada a las citas de las que solían hablar sus amigos, nada de cenas formales e incómodas en restaurantes, nada de conversaciones formales y educadas durante los paseos por el parque, nada de parientes juntándose con la familia de la cita para tomar el té o comer. Estas citas estaban llenas de risas con anécdotas del trabajo de Jungkook o de alguna cosa que Jimin se haya topado en un libro o en Internet, Jungkook robaba bocados de comida del plato de Jimin y luego besaba sus débiles protestas, y Jimin apoyaba la cabeza en el hombro de Jungkook mientras veían el mundo pasar.

Jimin se sintió como si estuviera en una nube, y su investigación sobre los viajes en el tiempo se convirtió en algo que estaba haciendo solo por puro interés, por su mera curiosidad de saber cómo llegó aquí, y no por su deseo de regresar a casa.

Decidieron decirle a Rosé que estaban juntos tan pronto como fuera posible.

Después de no haber consultado con ella si estaba bien que Jimin se mudara, y también ocultarle la verdad sobre su tiempo, ambos sintieron que ella merecía saberlo pronto. Pero

como Rosé llevaba una vida tan ocupada llena de reuniones, fiestas y otros eventos sociales, apenas estaba en casa el tiempo suficiente para que pudieran tener una conversación adecuada con ella. Las noches que no se quedaba con amigos o con Jaden, regresaba a casa tarde y cansada, se iba directamente a la cama a los pocos minutos de llegar y siempre que se levantaba, se iba antes de que Jungkook y Jimin se despertaran o levantaran por la mañana.

Así que no fue hasta el domingo siguiente, cuando Rosé tenía el día libre, que tuvieron la oportunidad de decírselo.

Acababa de regresar de un brunch con Jaden, luciendo relajada y feliz mientras dejaba su bolso en la mesa de café y se sentaba en el sillón, frente a Jungkook y Jimin, hablando a toda velocidad mientras le contaba a Jungkook cómo le estaba yendo a su hermanastro y cuánto estaba ayudando a un niño en particular en una de sus clases en la escuela secundaria donde enseñaba.

Jimin se sentó y escuchó cortésmente, sintiéndose nervioso mientras esperaba que la historia de Rosé terminara y que ellos tuvieran la oportunidad de hablar con ella y contarle. Rosé era la mejor amiga de Jungkook y él quería desesperadamente que ella aprobara su relación. Sabía que ella no había estado muy segura de él al principio, pero esperaba que sus puntos de vista sobre él hubieran cambiado ahora que habían estado viviendo juntos por un tiempo y se habían conocido mejor.

Cuando Rosé terminó de describir lo maravilloso que era Jaden, Jungkook le lanzó a Jimin una mirada advertida y levantó una ceja en señal de interrogación, para asegurarse de que estaba listo.

Jimin asintió.

—Rosé —comenzó Jungkook, antes de que ella tuviera la oportunidad de empezar a hablar de otra cosa.

Los ojos de Rosé se iluminaron con curiosidad y se inclinó ligeramente hacia adelante en su asiento, apoyando su antebrazo en el reposabrazos del sillón. Sus cejas se juntaron en un pequeño gesto interrogativo al percibir la seriedad del tono de Jungkook.

—Hay algo que queremos decirte —continuó Jungkook.

Jimin se sintió mal por dejarle a él toda la conversación, pero siempre que deseaba ansiosamente algún resultado particular para lo que sea, tendía a ponerse estático y a trabarse de lengua mientras sus pensamientos se amontonaban en una bola que no podía desenredar. En esos momentos, solo era capaz de balbucear nerviosamente mientras se

sonrojaba y sudaba bajo la mirada interrogante de Rosé, así que sintió que era mejor que Jungkook hablara mientras sudaba y se preocupaba a su lado.

Rosé los miró a uno y luego al otro.

—¿Qué pasa? me preocupan.

Jungkook negó con la cabeza.

—No pasa nada —le aseguró rápidamente—. Todo está muy bien —intercambió otra mirada con Jimin, esta vez sonriéndole con cariño—. Jimin y yo estamos saliendo. Queríamos que fueras la primera en saberlo.

La confusión se apoderó del rostro de Rosé.

—Espera, ¿yo creí que ya estaban saliendo? ¿no fue una cita la noche que conocí a Jimin?

Jimin miró fugazmente a Jungkook.

—Bueno...

—Lo fue —completó Jungkook—. Tuvimos algunas citas, pero nunca fuimos exactamente... —hizo una pausa, buscando la palabra correcta—... exclusivos —terminó.

—Todo este tiempo hemos sido amigos —añadió Jimin.

Como Rosé no había reaccionado mal a la noticia, sus nervios se habían calmado lo suficiente como para que su mente se despejara del lío en que se había convertido por su preocupación, y ahora podía formar una frase coherente y ayudar a Jungkook a explicar la situación, quién continuó:

—No queríamos ir demasiado rápido después de conocernos, y ambos teníamos nuestras razones para no querer que nuestra relación se volviera romántica de forma rápida, a pesar de que los sentimientos decían lo contrario.

Rosé asintió lentamente, sus ojos sabían lo que quería decir Jungkook, entendía sus razones para no apresurarse en una relación y aceptando que Jimin también tenía sus razones. Le lanzó a Jimin una mirada significativa y de advertencia.

Jimin parpadeó confundido, estaba seguro de que Rosé podría explicárselo más tarde, pero en ese momento no tenía idea de lo que quería decir. Sus nervios volvieron a aumentar, revolviendo desagradablemente su estómago.

—No voy a decir que me sorprende que estén juntos —dijo Rosé, recostándose en su silla—. Quiero decir, pensé que ya estaban saliendo y era bastante obvio lo que sienten el uno por el otro.

Jimin parpadeó sorprendido, creyó que había actuado sutil y discreto con sus sentimientos. Estaba un poco decepcionado por no haber podido ocultarlos, pero, de nuevo, con la excepción de uno o dos hombres que alguna vez le habían parecido atractivos, no tenía conocimiento de lo que es estar cerca de hombres que le interesaban románticamente. Había creído que años de fingir ser alguien que no era lo habrían convertido en un actor relativamente decente, pero al parecer todavía era incapaz de ocultar lo mucho que le gustaba Jungkook.

—¿Lo fué? —preguntó Jungkook, también sonando ligeramente decepcionado.

Rosé se volvió hacia él con las cejas levantadas y una sonrisa incrédula, una expresión que decía claramente:

—¿En serio?

Jungkook gruñó en voz baja mientras la sonrisa de Rosé se ensanchaba y su expresión se volvía petulante.

Justo cuando Jungkook abrió la boca para decirle algo, un fuerte sonido musical comenzó a sonar a su lado, haciendo que Jimin se sobresaltara. Jimin, desconcertado, observó con curiosidad cómo Jungkook se alejaba, murmurando algo indistinguible mientras buscaba algo en su bolsillo. Cuando sacó un delgado rectángulo negro y lo presionó contra su oído, saludando, fue que se dio cuenta de que fue el teléfono de Jungkook el que había hecho el ruido, nunca lo había oído antes.

Jimin miró fijamente su regazo mientras Jungkook hablaba por teléfono, rascando ligeramente la rígida tela de sus nuevos jeans y tratando de no escuchar la llamada telefónica de Jungkook mientras también evitaba conectar con la mirada de Rosé, podía sentir su mirada encima de vez en cuando.

Jungkook finalizó la llamada después de unos minutos, dejando escapar un resoplido de frustración mientras guardaba su teléfono en su bolsillo.

—¿Era de tu trabajo? —preguntó Rosé antes de que Jungkook tuviera la oportunidad de hablar—. ¿Necesitan que vayas?

—Solo querían algunos diseños —respondió Jungkook, poniéndose de pie—. Algunos horarios han cambiado y los necesitan hoy, si no, no estarán listos a tiempo para el lanzamiento —miró a Jimin en tono de disculpa—. Lo siento, sé que teníamos planes, pero prometo que no me llevará mucho tiempo.

No tenían planes realmente no, solo algunas sugerencias vagas de ir a ver un show y cenar.

—No te preocupes —le aseguró Jimin—. Nuestros planes pueden esperar.

Jungkook dio un paso atrás hacia el pasillo.

—Solo estaré un par de horas, aún tendremos tiempo para un show y cena.

Una vez que Jungkook desapareció para buscar sus diseños, Jimin se sintió incómodo al notar la presencia de Rosé. Antes nunca había estado a solas con ella, excepto unos pocos minutos, y Jungkook todavía se mantenía allí en ese momento, pero ahora se enfrentaba a un par de horas de su compañía.

Pensó en la mirada que ella le había dado antes y esperó que tuviera sus propios planes, y que no estuviera allí mientras Jungkook se fuera. No estaba seguro de querer estar solo con ella justo después de que se enterara de su relación con Jungkook.

—Ahora sí, me voy —Jungkook volvió a entrar en la habitación, ahora con un abrigo oscuro y una gran carpeta bajo el brazo y la cartera colgando de un hombro. Se acercó a Jimin, que todavía estaba sentado en el sofá, dudó un momento y miró brevemente a Rosé antes de besarle los labios con suavidad—. Volveré pronto —le hizo un gesto a Rosé y se fue. La puerta se cerró silenciosamente detrás de él.

De repente, la habitación parecía diez veces más grande y mucho más silenciosa sin Jungkook.

Jimin se sintió repentinamente incómodo, se movió en su asiento y cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, evitando aún la mirada de Rosé.

—Bueno, todo salió bien, esperaba poder estar a solas contigo para poder hablar —dijo Rosé alegremente, su voz fuerte en el apartamento sobre el gran silencio.

Jimin tragó saliva nerviosamente, obligándose a mirar a Rosé, sin esperar lo que estaba por venir.

La expresión de Rosé no revelaba nada sobre el tono de lo que estaba a punto de decir. Había una sonrisa en su rostro, que Jimin estaba seguro de que era engañosa, había un matiz levemente amenazador en la mirada que le había dirigido antes.

—No tienes por qué ponerte tan nervioso —dijo—. Sólo tengo que asegurarme de que entiendas algo.

—¿Sobre Jungkook? —adivinó Jimin.

—Sobre Jungkook —confirmó Rosé. Su sonrisa se desvaneció y su expresión se tornó seria mientras se inclinaba hacia adelante en su silla nuevamente. Hizo una pausa, al parecer analizando a Jimin en un momento de silencio. Jimin luchó contra el impulso de moverse con inquietud ante su mirada, sintiendo como si estuviera juzgando cada pequeño movimiento y expresión que hacía.

—Jungkook ha pasado por mucho —comenzó con seriedad, sorprendiendo a Jimin, que esperaba palabras de advertencia más duras que aquellas, que sonaban casi tristes—. No sé cuánto te ha contado, pero tuvo momentos difíciles en la escuela secundaria, y luego estuvo todo el asunto con su último novio... —se quedó en silencio, sus ojos se mantuvieron observando a Jimin de cerca.

—Cuando Jaehyun se fue, Jungkook se convirtió en un desastre, fue terrible vivirlo a su lado. Al principio, estaba convencido de que Jaehyun volvería y que podrían resolver el problema, fuera cual fuera, pero luego llegó el horrible período en el que Jungkook se culpó a sí mismo por su partida. Pero el peor momento fue después, cuando se hundió en un estado de incapacidad, y cerró una parte de sí mismo a todo el mundo.

Los ojos de Rosé, aunque todavía estaban fijos en Jimin, estaban desenfocados, viendo sus recuerdos de un Jungkook profundamente herido y cauteloso, que evitaba salidas con sus compañeros de trabajo, y rechazaba las invitaciones a fiestas que Rosé le ofrecía y a las que alguna vez hubiera asistido.

Jimin había escuchado suficiente de lo sucedido con Jaehyun por boca de Jungkook como para entender cómo se había sentido, pero escucharlo desde la perspectiva de Rosé arrojó una luz completamente nueva sobre el asunto, y le proporcionó imágenes de un Jungkook herido y traicionado, uno que se ponía una barrera a su alrededor.

—Pasaron meses hasta que empezó a hacer algo más que trabajar y dormir, hasta que pude convencerlo de que saliera a cenar conmigo y unos amigos. Me preocupaba que volviera a tener problemas para confiar en otro hombre, y traté de emparejarlo con algunos chicos que sabía que eran agradables y genuinos, en quienes confiaba para que no lo engañaran, pero... —sacudió la cabeza, su mirada se centró de nuevo en Jimin—. Nunca mostró ningún interés, hasta que te conoció, y de repente estaba entusiasmado con un chico otra vez, todo embobado y emocionado, de una forma que no había visto en años. Y luego los vi a los dos juntos, y él irradiaba ese brillo de una manera que creo que nunca antes había visto. Ya no estaba a la defensiva, retraído o dolido, sólo era él, Jungkook

Jimin tragó saliva de nuevo, sin saber cómo responder a esto, pero antes de que pudiera decidir cuál era la mejor manera de reaccionar, Rosé levantó las manos.

—No me malinterpretes —añadió—. Estoy muy feliz y aliviada de que haya salido del horrible estado en el que se encontraba, pero es por ti, y después de todo no te conozco, no

puedo confiar en que no lastimes a Jungkook.

Jimin se mordió el labio y asintió.

Sinceramente, no tenía idea de qué decir. La garantía de que no lastimaría a Jungkook sonaban muy débiles en su propia cabeza, nada de lo que pudiera decir ahora convencería a Rosé de que nunca podría ser como Jaehyun.

Rosé se pasó una mano por el pelo en un gesto que parecía cercano a la frustración.

—Solo tengo que decirte esto, más vale que no te metas con Jungkook. Más vale que esto no sea una aventura para ti ni un lugar gratis donde quedarte mientras estás en Nueva York y luego, tan pronto como regreses a Connecticut, lo dejes —había un ligero dejo de disculpa en su tono, pero por lo demás habló con firmeza y con una nota de advertencia en su voz—. Como su mejor amiga, eso es algo que necesitaba decir.

Jimin negó con la cabeza en un gesto de completa negación.

—No estoy jugando con él —soltó—. Realmente me preocupo por Jungkook, no sabes lo mucho que él significa para mí, cuánto tiempo he estado buscando a alguien como él —sus ojos buscaron los de Rosé, suplicantes de que le creyera. No podía soportar que la mejor amiga de Jungkook no confiaba en él. No quería que alguien cercano a Jungkook lo estuviera mirando con los ojos juiciosos, esperando constantemente que cometiera un desliz y demostrara que no era el hombre que decía ser.

—Temo regresar a Connecticut —continuó Jimin, con la voz cargada de sentimientos—. Odio pensar que pronto no podré ver a Jungkook todos los días.

" *O para siempre* ", añadió en su cabeza, mientras una ola de desesperación amenazaba abrumarlo con ese pensamiento.

Rosé se sentó un poco más erguida y su rostro se iluminó con interés.

—A propósito, ¿cuándo exactamente vas a regresar a Connecticut? No recuerdo haberte oído decir cuánto tiempo estarás en Nueva York.

—Uh... —Jimin se perdió en el pánico de no tener idea de cómo responderle por solo un segundo o dos hasta que afortunadamente su cerebro le proporcionó una respuesta adecuada.

—No tengo un tiempo definido para estar aquí —le dijo con suavidad, una vez más transformando la verdad en lugar de inventar una historia completamente nueva—. Saber que mi amiguita se mudó a otro estado arruinó mis planes y, como ahora tengo a Jungkook en mi vida, quiero quedarme aquí tanto tiempo como sea posible, así que... —se encogió de hombros.

Cuándo se marcharía era, con diferencia, la pregunta más complicada que podía haberle hecho. Ni siquiera podía adivinar la fecha y, como su llegada aquí fue tan impredecible, supuso que su marcha también lo sería. Podría quedarse aquí una hora más o diez años más, no tenía ni idea y, sin pistas sobre cómo averiguar cómo había viajado en el tiempo, no esperaba poder adivinar la fecha de su retirada en un futuro próximo. Y todo esto planteaba un problema bastante grande, Rosé estaría esperando una fecha de retirada en algún momento y, si él seguía aquí dentro de unos meses sin señales de marcharse, ella sospecharía, lo mismo que si desapareciera de repente.

Y esa era otra cosa, ¿qué le diría Jungkook a Rosé cuando se vaya y nunca pudiera contactarlo nuevamente?

Jimin se acordó que hablaría con Jungkook sobre eso más tarde, y volvió su atención a Rosé mientras ella hablaba.

—Pensé que estabas en la universidad. ¿No tienes que volver por eso? —frunció el ceño cuando se le ocurrió una idea—. ¿No estás faltando a clases ahora?

Una vez más, Jimin pensó rápidamente.

—Me tomé este año libre para viajar un poco —con la esperanza de evitar más preguntas, agregó—, comencé aquí en Nueva York, pero mi amigo se mudó y conocí a Jungkook, y eso ha cambiado mis planes. Tengo que volver a trabajar en la empresa de mi padre en algún momento, pero no estoy seguro cuándo.

Rosé asintió, al parecer satisfecha con su respuesta y Jimin exhaló un silencioso suspiro de alivio. Ella lo miró pensativa.

—No confié en ti cuando te ví por primera vez, principalmente porque no te conocía y me preocupaba que lastimaras a Jungkook, pero me estás demostrando que estoy equivocada, y te pediré disculpas todos los días si sigues haciendo feliz a Jungkook como lo ha estado últimamente. No lo había visto tan feliz en años, no desde nuestros primeros días en Nueva York antes de que Jaehyun comenzara a comportarse tan distante e indiferente. Jungkook no había notado esos cambios. Se mete en relaciones muy rápido, y cuando le da un pedazo de su corazón a alguien, es difícil para él dejar ir —explicó con tristeza. La culpa en su expresión, frunciendo el ceño—. Ojalá le hubiera dicho cómo se notaba de cambiado Jaehyun en lugar de descuidarme con él, viéndolo ser feliz. Había visto cómo terminaría en los primeros días de su relación, podía ver el riesgo de que Jungkook saliera lastimado, pero lo ignoré, y es algo de lo que me arrepiento profundamente.

Jimin se sorprendió al ver a Rosé parpadeando para contener las lágrimas. Sabía que ella se preocupaba profundamente por Jungkook, pero no se daba cuenta de qué tanto por lo que pasó con Jaehyun, o que todavía estaba tan afectada por ello después de todo este tiempo.

Rosé inhaló profundamente por la nariz, recuperándose.

—Pero tengo que decirte, Jimin, si veo algo así en ti, si siento que Jungkook puede volver a salir lastimado, no dudaré en advertirle al respecto y sacarlo de la relación antes de que su vida se destrozase nuevamente. No importa si Jungkook no se da cuenta, no volveré a cometer el mismo error.

Jimin se sintió apropiadamente amenazado, y debe haberse notado en su rostro porque la expresión de Rosé se suavizó.

—No quiero sonar desconfiada —se disculpó—, pero no quiero ver a Jungkook otra vez con el corazón roto y destrozado de esa manera. No puedo permitir que vuelva a pasar por eso.

Jimin asintió, sintiendo la culpa correr por sus venas mientras pensaba en que pronto podría dejar a Jungkook para siempre, y que lo haría sabiendo que lo lastimaría. Pero Jungkook había dicho que no le importaba, que quería esta relación de todos modos.

Tragó saliva con fuerza.

—Prometo que haré todo lo posible para no hacerle daño— le dijo a Rosé, intentando ignorar el recuerdo de Nueva York de los años treinta que rondaba en su mente.



Consiguieron una nueva pista en la investigación de viajes en el tiempo cuando Jimin se topó con un sitio web en el que se hablaba de varias historias de magia antigua en Nueva York. La mayoría de las historias habían sido descartadas como cuentos de hadas, pero una de ellas hablaba sobre el pasado o en el futuro, lo que sonaba terriblemente a viajes en el tiempo. Estaban demasiado desesperados como para dejar historias como esa sin investigar, a pesar de que sonaban demasiado fantasiosas para ser verdad, así que Jimin investigó más, buscando en innumerables sitios web y sacando varios libros grandes de la biblioteca local para revisarlos.

Jungkook sintió esa sensación desesperada, conflictiva y esperanzadora de que Jimin haría algún progreso para regresar a casa y contrario a eso, que estaba siguiendo otra pista falsa. Pero llegó el fin de semana, y Jimin había avanzado poco con sus nuevos hallazgos, incapaz de encontrar suficiente información para aprender algo útil o para dejar de investigar.

Habían estado tratando de tomarse los fines de semana libres de la investigación. Jimin hacía mucho durante la semana y Jungkook ayudaba cuando llegaba a casa del trabajo y, como resultado, el viernes por la noche ambos estaban hartos de buscar libros y navegar por sitios web sin éxito.

Los fines de semana eran el momento en que se relajaban, salían, se divertían un poco y disfrutaban de la Nueva York moderna.

Preparar el desayuno juntos los fines de semana se había convertido en un ritual para ellos. Todos los sábados, Jungkook se movía hasta la cocina y encontraba a Jimin, con el pelo alborotado, sacando los ingredientes de la nevera y los armarios. Luego se dejaban llevar por la rutina perfecta de preparar el desayuno, moviéndose uno alrededor del otro con facilidad en la pequeña cocina mientras, a veces, Rosé los observaba con diversión. Jungkook sabía que a Jimin le encantaba el plátano con cereales, pero mucho más las fresas con panqueques, mientras que Jimin siempre le preparaba el café a Jungkook tal como a él le gustaba. Conocían a la perfección los gustos y los movimientos del otro en la cocina, y era tan familiar que a Jungkook se le hinchaba el corazón solo de pensarlo.

Ese sábado, prepararon el desayuno como de costumbre y apenas se habían sentado a comer cuando Jimin miró a Jungkook desde el otro lado de la mesa con una pequeña sonrisa de emoción, sus ojos iluminados con el color caramelo.

—Quiero cocinar para ti esta noche —dijo.

Jungkook frunció el ceño y le dirigió a Jimin una sonrisa enternecida.

—Vale, pero casi siempre ayudas con la cena.

—No, no, quiero decir que quiero cocinarte una comida, para una cita —corrigió Jimin.

—¡Oh! —Jungkook, desconcertado, intentó controlar la enorme sonrisa que amenazaba con desfigurarle la cara. Nadie había hecho algo así por él antes, Jaehyun no era de cocinar, así que en todas sus citas, habían sido en restaurantes. Que alguien se tomara el tiempo de cocinarle una comida era algo nuevo y emocionante a la vez—. Eso es muy dulce de tu parte. ¿Para esta noche?

Jimin asintió.

—Sí, pensé que podríamos cenar esta noche, ya que Rosé no está. Prepararé una cena de tres platos y un buen vino para acompañar.

—Suena perfecto —concordó Jungkook .

—Ahora lo que necesito es... —Jimin le dirigió a Jungkook una sonrisa tímida, con un brillo travieso en sus ojos— ¿podrías irte mientras cocino y preparo las cosas?

Jungkook lo miró fijamente.

—¿Qué?

Jimin seguía sonriendo.

—Bueno, no puedes estar por aquí, de lo contrario sabrás lo que estoy haciendo para ti —cuando Jungkook no dijo nada, añadió—, es una sorpresa.

—¿Qué se supone que debo hacer entonces? —preguntó Jungkook, sintiéndose un poco perdido, pues la alfombra de sus planes para el día había desaparecido debajo de sus pies.

Jimin abrió los brazos en un gesto amplio y envolvente.

—Sal a caminar, tómate un café, lee un libro... tómate el día libre por una vez y relájate, te lo mereces.

Jungkook observó la expresión esperanzada de Jimin y el deleite en sus ojos al pensar en sus planes para la cita. Jungkook no pudo decirle que no.

—Está bien, me haré ausente por hoy.

La sonrisa de Jimin se amplió.

—Pero si me necesitas, o si no puedes hacer algo en la cocina, llámame a este número —se puso de pie de un salto y cogió la pequeña libreta que tenían junto al teléfono por si alguien llamaba a Rosé mientras ella estaba fuera y él necesitaba responder un mensaje. Escribió su número con claridad en el centro de la página y la arrancó—. Es para mi teléfono personal —explicó, entregándole la página a Jimin—. Llámame si necesitas algo, ¿sí?

Jimin asintió mientras miraba los números.

—Voy a estar bien, pero te llamaré cuando la cena esté lista si aún no regresas.

Poco menos de una hora después, Jungkook estaba vestido y listo para irse. Se detuvo en la puerta principal, con las manos quietas mientras se anudaba la bufanda. No recordaba si Jimin sabía cómo usar el microondas. Se volvió hacia la cocina.

—Jimin...

Jimin salió de la cocina y sonrió exasperado cuando vio que Jungkook aún no se había ido.

—anda, ve, Jungkook. Si quieres la cena que he planeado para hoy, tienes que darte prisa y marcharte —cuando Jungkook dudó, hizo un gesto con las manos para despedirse con pocas ganas—. Estaré bien, Jungkook, de verdad. Y si necesito ayuda, tengo tu número de teléfono.

Jungkook asintió.

—Está bien —dio un paso hacia la puerta principal—. Nos vemos más tarde.

—Nos vemos —repitió Jimin tarareando la última palabra con cariño.

Jungkook sacó el teléfono del bolsillo, y subió el volumen por si acaso no se daba cuenta de que vibraba si Jimin llamaba mientras salía del apartamento, y se dirigió hacia abajo en el ascensor. Una emoción rápida comenzaba a correr por sus venas, con la expectativa de ver lo que Jimin había planeado para su velada, se sintió ligero y ágil mientras cruzaba la entrada y salía de su edificio.

Ni siquiera el día nublado y aburrido del exterior pudo empañar su humor y el escalofrío que lo recorrió por el viento helado se sintió solo superficial, el frío no alcanzó el calor en su interior. Tarareó suavemente mientras deambulaba lentamente por la calle, sin un destino real en mente, simplemente dejando que sus pies lo guiaran por la ciudad y permitiéndose relajarse como Jimin había sugerido.

Su paseo sin rumbo lo llevó hasta una cafetería, y el delicioso aroma de los granos de café recién molidos lo atrajo hacia adentro. Mientras esperaba en la fila, su mirada se desvió hacia el amplio escaparate de la parte delantera de la tienda y la necesidad de caminar por las calles lo invadió. Por lo general, cuando caminaba por la ciudad tenía un destino fijo en mente y una ruta trazada en su cabeza, nunca se había limitado a caminar por las calles sin rumbo. La idea parecía pacífica y tranquilizadora, una forma de centrar sus pensamientos para poder pensar con claridad, estaba comenzando a comprender por qué Jimin lo había sugerido.

Pidió un café para llevar y salió de la cafetería con paso ligero que se fue ralentizando hasta convertirse en un ritmo constante cuando llegó a la calle. Bebió un sorbo de café mientras deambulaba por las calles, observando a otros neoyorquinos que se ocupaban de sus asuntos cotidianos y preguntándose si alguno de ellos se sentía tan tan alegre, gloriosamente feliz y contento como él. Liberando su mente de la correa apretada en la que normalmente estaba sometido, permitiéndose pensar en cosas que no fueran el trabajo, la familia y la investigación de Jimin, creó una historia en su cabeza para la pareja de mediana edad que discutía mientras esperaban para cruzar una calle, admiró las habilidades artísticas de una chica de rostro serio que dibujaba una escena callejera desde su lugar fuera de una tienda por la que pasaba... Dejó que sus pensamientos fluyeran como el agua por una bajada rocosa, cambiando siempre de dirección y dejándose influenciar por el entorno, y sintió que el pequeño nudo de tensión creado por una semana estresante en el trabajo se aflojaba y luego se deshacía.

Aunque no habían sido sus planes originales para el día, Jungkook no podía negar que esto había sido muy necesario y se preguntó cómo Jimin lo supo.

Comenzó a preguntarse cómo le iba a Jimin en horarios de la tarde, cuando se sentó en un café lleno de gente y almorzó una ensalada ligera. Sacó el teléfono del bolsillo y comprobó que no tenía ninguna llamada perdida, aunque sabía que si Jimin hubiera llamado, se habría enterado.

No había nada.

Se quedó mirando la pantalla en blanco de su teléfono, pensativo. La agradable mañana no le permitía preocuparse por cómo le iba a Jimin. En cambio, se entretuvo mientras comía imaginando las posibilidades de lo que Jimin tenía planeado para la noche. Una sonrisa tiró de las comisuras de su boca al imaginar a Jimin, con la frente arrugada por la concentración y la lengua asomando por la comisura de la boca como hacía cuando ayudaba a cocinar, cortando verduras meticulosamente y revolviendo cacerolas mientras preparaba la misteriosa comida. Una oleada de afecto cálido y dulce inundó su estómago al pensar que Jimin estaba haciendo todo eso por él.

Durante el resto de la tarde, sus pensamientos variados fueron reemplazados por Jimin. Recordó cómo había sido él en los primeros días de su amistad, y meditando esto, una sorpresa lo atravesó al darse cuenta de lo mucho que había cambiado Jimin desde entonces. Vivir en el siglo XXI lo había influenciado mucho, sería un hombre completamente diferente al regresar a los años treinta.

Con su mente ahora centrada en Jimin, Jungkook revisaba su teléfono regularmente mientras seguía caminando por la ciudad.

Sabía que no tenía ninguna llamada perdida, pero aún no estaba satisfecho con esto hasta que miró la pantalla de su teléfono y no vio ninguna notificación de alguna llamada perdida. La emoción crecía dentro de él a medida que pasaba el tiempo, y la necesidad de revisar su teléfono se intensificó al punto de sacarlo de su bolsillo más o menos cada cinco minutos, pero Jimin no llamó hasta después de las seis de la tarde, justo cuando Jungkook estaba empezando a preocuparse de qué podría estar en problemas.

—¿Jimin? —preguntó con urgencia al teléfono una vez que lo sacó del bolsillo—. ¿Está todo bien?

“Todo va genial”

Le aseguró Jimin. Jungkook podía oír la sonrisa en su voz.

“Sólo llamo para pedirte que vengas a casa ahora, porque quiero invitarte a cenar esta noche”

—¿Ya terminaste de cocinar?”

“Sí, ya terminé de cocinar”

Jungkook giró sobre sus talones y se dio la vuelta para volver por la calle por la que acababa de caminar. Sonrió emocionado mientras se apresuraba hacia la estación de metro más cercana.

—¿Me darás alguna pista de lo que has hecho?

“Ya te lo dije, es una sorpresa, ya lo verás cuando llegues a casa”

—Voy para allá —le dijo Jungkook apresuradamente mientras bajaba corriendo las escaleras hacia el metro—. Tardaré veinte minutos, máximo.

“Te veo en un rato entonces”

Jungkook se despidió y colgó, manteniendo el teléfono apretado en su mano y lanzándose por los últimos escalones hacia el andén cuando vio el tren parado allí. Lo logró, las puertas se cerraron y el tren salió de la estación momentos después de que él se apresurara a subir a bordo. Jadeando en busca de aire, se apoyó contra la pared junto a las puertas y discretamente arregló su ropa desalineada. Por primera vez desde que se mudó a Nueva York hace cinco años, agradeció mentalmente a quien había sido la mente impulsora detrás de la instalación de un sistema de metro. El viaje de regreso a casa se había reducido a más de la mitad y con lo impaciente que estaba por llegar a casa, nunca había estado más agradecido por la tecnología.

—¡He vuelto! —gritó mientras entraba en el apartamento. Corrió con entusiasmo hacia la cocina... pero se detuvo con incertidumbre.

Sin darse cuenta, en realidad esperaba una mesa elaboradamente preparada, con velas y flores, un Jimin con corbata saludándolo con un suave beso y una copa de vino, pero no había nada, ni siquiera platos en la mesa.

Jimin salió de la cocina a toda prisa, con los ojos brillantes y el rostro iluminado por la expectación.

—Buenas noches —saludó, besando a Jungkook en la mejilla—. Ve a cambiarte y podremos ir arriba a cenar.

—¿Arriba? —repitió Jungkook, confundido.

La sonrisa de Jimin se hizo más amplia. Puso una mano sobre la espalda de Jungkook y lo empujó suavemente hacia el pasillo que conducía a los dormitorios.

—Todo se revelará pronto. Ve y cámbiate.

Jungkook reflexionó sobre las palabras de Jimin mientras se vestía apresuradamente una camisa abotonada y unos pantalones de vestir oscuros, pero no le resultó nada útil. Dejó de intentar descifrar mientras se arreglaba el cabello y decidió dejarse sorprender.

—Estoy listo —anunció, deteniéndose en seco frente a Jimin, que lo esperaba de pie junto al sofá. Jimin también ya se había cambiado y ahora llevaba un chaleco sobre la camisa abotonada y la corbata de las anteriores fantasías de Jungkook. El pelinegro se quedó sin aliento al verlo, Jimin era tan hermoso.

Jimin le sonrió.

—Para ti —dijo, sacando la mano derecha de detrás de la espalda, entregándole a Jungkook un pequeño ramo de rosas rojas.

—¡Oh! —Jungkook se quedó sin palabras. Sin decir más, aceptó las rosas de dulce aroma y contempló sus pétalos color ciruela y rojizos. La adoración por Jimin floreció dentro de él como una nube cálida, la dulce y esperanzada sonrisa en el rostro del otro hombre nunca dejaba de ser entrañable.

Jungkook tocó un pétalo sedoso con el pulgar y recuperó la voz.

—Gracias —Dio un paso adelante y besó a Jimin con ternura.

—Lo mereces —suspiró Jimin, sus palabras acariciaron los labios de Jungkook antes de dar un paso atrás.

Jungkook comenzó a retroceder hacia la cocina.

—Pondré rápidamente estas rosas en agua y luego podremos... —sin saber cómo terminar la frase, hizo un ademán con la mano para indicar que podían continuar con su velada. Colocó las rosas en un jarrón, les dio una última mirada cariñosa y luego se apresuró a regresar al lado de Jimin, ansioso por ver la siguiente parte de su sorpresa.

Jimin le tendió la mano hacia Jungkook cuando este lo alcanzó.

—¿Puedo?

Sonriendo, Jungkook tomó la mano de Jimin y se dejó llevar fuera del apartamento y, para su confusión. Solo cuando se dirigían hacia la escalera, Jungkook se dio cuenta de adónde realmente lo llevaba Jimin.

—¿El techo? —preguntó sorprendido. ¿Jimin había...?

Jimin no dijo nada, abrió la puerta que daba a la azotea y condujo a Jungkook hacía afuera. A Jungkook se le cayó la mandíbula.

Habían colgado guirnaldas de luces brillantes entre altos soportes de metal, de modo que se entrelazaban sobre una mesa, como un techo con pequeñas estrellas atrapadas. La mesa estaba preparada para dos, con una pequeña lámpara de vela y un jarrón con una rosa como centro de mesa. El mantel blanco ondeaba con la ligera brisa y Jungkook, que miraba boquiabierto la escena, dio un paso adelante y su mirada se posó en una segunda mesa más pequeña, en la que había una botella de vino y un gran plato cubierto, colocados cerca de la primera. De algún lugar sonaba una suave música clásica, que se escuchaba por encima del estruendo del tráfico, el chirrido de los frenos y el ocasional aullido de las sirenas o el de las bocinas de las calles de abajo.

—Tú... ¿Tú hiciste esto para mí? —dijo Jungkook asombrado, su voz sonando más alta de lo normal. Apartó la mirada de la pintoresca escena frente a él para mirar a Jimin, y descubrió que su novio lo observaba de cerca.

—Ya lo he dicho, te lo mereces —dijo Jimin con simpleza.

Jungkook lo miró fijamente.

—No sé qué decir.

—No tienes por qué decir nada —Jimin le tiró suavemente del brazo—. Vamos a comer antes de que se enfríe la comida.

Obedeciendo, Jungkook caminó junto con Jimin hacia la mesa, todavía completamente sorprendido por lo que había hecho por él. Ahora que estaban más cerca de la mesa, pudo ver que las servilletas estaban dobladas de una manera que recordaba a un restaurante elegante, los cubiertos habían sido pulidos hasta quedar muy brillantes y el mantel había sido planchado para que no tuviera arrugas.

Jimin le soltó el brazo cuando llegaron a la mesa y sacó una silla para Jungkook.

—¿Vino? —le ofreció una vez que el pelinegro se hubo sentado.

—Sí, por favor —respondió Jungkook distraídamente, con la mirada todavía recorriendo el tejado.

Desde donde estaba sentado, las luces de la ciudad parecían otra red de estrellas multicolores que brillaban debajo de las que se extendían por lo alto, un cielo que se oscurecía rápidamente debido a los tonos rosados del crepúsculo. Era una vista impresionante y, de alguna manera, lo hizo sentir como si él y Jimin estuvieran en su

pequeña burbuja, rodeados por las constelaciones de luces y estrellas. No creía que pudiera haber soñado con un lugar más perfecto para su cita.

—Lamento que no sea el clima más ideal para éste tipo de citas —dijo Jimin, dejando la copa de vino de Jungkook y sentándose frente a él—. Hubiera sido mejor dejar esto para los meses de verano, pero realmente quería...

—Jimin —interrumpió Jungkook, extendiendo la mano para tomar la suya—. Deja de disculparte por el clima. Esto es perfecto, me encanta.

—¿En serio? —los ojos de Jimin se iluminaron con esperanza.

Jungkook apretó la mano de Jimin.

—Por supuesto que sí. Mira lo que has hecho por mí —Hizo un gesto con la mano libre para señalar todo, desde la vela parpadeante que había entre ellos hasta las estrellas y las luces del cielo—. ¿Cómo no me va a encantar? Me siento el tipo más afortunado de la Tierra en este momento.

Jimin le sonrió, una sonrisa radiante, con los ojos encorvados y la nariz ligeramente arrugada.

—Esperemos que la comida no defraude —se puso de pie y levantó la tapa de la bandeja grande que había en la mesa junto a ellos, antes de colocar un plato delante de Jungkook con un gesto elegante—. Para empezar, queso ricota y champiñones rellenos con chile.

—Tiene un aspecto increíble —dijo Jungkook, mientras Jimin se sentaba con su propio plato—. ¿Picante?

Jimin negó con la cabeza.

—No debería ser así. El chile debería aportar sabor, no picante —observó con aprensión cómo Jungkook le daba un mordisco.

—No creo que tengas que preocuparte por la comida, está deliciosa.

Jimin se relajó en su silla, tomó su propio cuchillo y tenedor para comenzar a comer.

—¿Tienes toda la comida aquí arriba? —preguntó Jungkook, tomando de su copa de vino.

Mientras masticaba un bocado de comida, Jimin asintió y tragó saliva.

—Rosé me dio esa cosa que tienes para mantener calientes los platos. La usé para el plato principal, pero el postre está frío, así que está bien siempre que esté cubierto.

Jungkook pinchó otro bocado de hongo.

—¿Rosé te ayudó?

—Sólo con eso. Ella intentó ayudarme con la cocina y la elección de recetas, pero le dije que prefería hacerlo yo mismo.

Jungkook puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo hizo.

La conversación siguió con fluidez mientras terminaban la entrada y pasaban al plato principal, y Jungkook recordó una vez más lo fácil que era tratar con Jimin. Él lo entendía de una manera en la que Rosé, sus amigos de la universidad e incluso su padre no lo entendían. No tenía nada que ver con que ambos fueran homosexuales, simplemente los dos se conectaban como seres humanos, tenían un sentido del humor similar, muchos intereses en común, y veían el mundo de una manera similar. Era muy fácil pasar tiempo con Jimin, era como estar con otra parte de sí mismo, una mitad de su propia alma.

El postre fue una tarta de queso de vainilla cubierta con frutos del bosque frescos, y desde el momento en que el primer bocado entró en la boca de Jungkook, estuvo en el paraíso.

—Oh, Dios mío —soltó con la boca llena—. Tienes que hacer esto todos los días —dejó que el siguiente bocado del cremoso postre se derritiera en su boca—. ¿Cómo sabías que la tarta de queso era mi mayor debilidad?

Jimin le sonrió.

—Podría mentir y decir que fue intuición, pero Rosé, sin mucha sutileza, dejó escapar lo mucho que te encanta.

—Tendré que agradecerle —dijo Jungkook, llevándose un trozo de arándano a la boca.

—Me amenazó ayer mientras estabas en el trabajo —dijo Jimin con indiferencia. Cuando los ojos de Jungkook se abrieron de par en par con indignación, añadió—. Si alguna vez capta la más mínima señal de que voy a hacerte daño, no dudará en atacarme.

Jungkook suspiró. Había estado esperando que ella hiciera esto, pero realmente esperaba que no lo hiciera.

—Le dije que puedo cuidar de mí mismo.

—Me hizo pensar, de todos modos.

Jungkook levantó la vista de su plato ante el tono serio de la voz de Jimin.

—Cuando me vaya y regrese a mi propia época, probablemente no estarás contento.

—Jimin... —Jungkook dejó el tenedor y se inclinó sobre la mesa para colocar su mano sobre la de Jimin—. Tal vez estaré devastado, pero está bien, quiero que vuelvas a casa con tu familia, tus amigos y tu vida.

Jimin tragó saliva y retorció su mano debajo de la de Jungkook para poder unir sus dedos.

—Me preguntaba qué le dirás a Rosé después de que desaparezca de tu vida.

Jungkook lo miró fijamente.

—Oh... no había pensado en eso —admitió. Y no lo había hecho, cada vez que había pensado en la vida después de que Jimin se haya ido, cosa que evitaba pensar, solo se preocupaba por cómo se las arreglaría y cómo podría seguir adelante a pesar de saber que nunca volvería a escuchar la voz de Jimin. Nunca había pensado ni un segundo en lo que le diría a las otras personas en su vida, las que conocían a Jimin que, en ese momento, solo era Rosé.

—Creo —comenzó Jungkook lentamente, frotando distraídamente el pulgar de Jimin con el suyo— si te parece bien, querría decirle la verdad. No quiero mentirle y decirle que rompimos ni nada por el estilo. Pero sólo si estás de acuerdo con eso.

Jimin asintió.

—Puedes decírselo. De todos modos, me iré y no es como si pudiera regresar.

Había una pregunta ahí, una pregunta que Jungkook no quería hacer esa noche, no cuando todo era tan perfecto, y Jimin lucía tan hermoso a la luz de la vela y de las docenas de luces de colores. Hablar de las consecuencias de la partida de Jimin tal vez tampoco sería la mejor conversación para tener en una cita, pero Jungkook no quería correr el riesgo de arruinar la velada haciendo la pregunta que ahora tenía plantada en su cabeza.

—¿Y qué haremos si sigo aquí dentro de unos meses y Rosé empieza a sospechar? —preguntó Jimin—. Supongo que podríamos contarle todo, pero... no sé... ¿Y si no se lo toma tan bien como tú? ¿Y si me exige que me vaya o piensa que estoy loco?

Jungkook apretó la mano de Jimin para tranquilizarlo.

—No tenemos por qué decírselo. Si sigues aquí dentro de unos meses, podría alojarte en otro lugar de la ciudad para que Rosé piense que te has ido, o... le dijiste que te habías tomado un año libre para viajar, ¿no? —comprobó, refiriéndose a la historia que habían acordado. Ante el asentimiento de Jimin, continuó—. Podrías simplemente decir que has decidido pasar todo tu año libre aquí.

—Podría ser —convino Jimin—. Suena mejor que tener que mudarnos a otro lugar y andar a escondidas cuando queremos estar juntos.

Sonriendo, Jungkook le dio una palmadita a Jimin en la mano antes de soltarla y tomar lo que quedaba de su tarta de queso.

—Sí... ¿cuánto tengo que pagarte para que hagas esta tarta de queso todos los días? Lo decía en serio.

Y así, de repente, la conversación volvió a centrarse en temas despreocupados y sin complicaciones.

Un rato después, cuando el postre ya había terminado y el cielo se había oscurecido más, Jungkook sintió un escalofrío involuntario. El aire de la noche se había enfriado desde que se habían sentado a cenar, y ahora la brisa que soplaba allí arriba era fría.

Jimin notó su escalofrío.

—¿Quieres entrar? Tengo una última sorpresa para ti.

Tratando de no dejar que su mente sacara conclusiones o fantasías, Jungkook asintió y se puso de pie mientras Jimin se levantaba y se acercaba a él, ofreciéndole nuevamente su mano.

Jungkook la tomó.

—¿No deberíamos ordenar todo? —preguntó mientras Jimin lo guiaba hacia la puerta que conducía a la planta baja. Echó un vistazo por encima del hombro a los platos que habían dejado.

—Ya nos ocuparemos de eso, no te preocupes —Jimin le sonrió a Jungkook mientras bajaban las escaleras—. Soborné a Rosé con algunas mini tartas de queso veganas para que lo arreglara antes de que saliera con Jaden.

El apartamento estaba casi a oscuras cuando entraron. Solo habían dejado encendida una lámpara, y su suave resplandor era la única fuente de iluminación aparte del resplandor de las luces de la ciudad que se filtraban a través de la ventana. Jimin encendió otro par de

lámparas mientras conducía a Jungkook hacia el viejo tocadiscos en el que él y Rosé ponían sus vinilos.

Jimin soltó la mano de Jungkook y manipuló torpemente los controles del reproductor.

—No muy lejos de aquí hay una tienda de discos que se especializa en vinilos antiguos. Fui allí y eché un buen vistazo, me llevó un tiempo, pero encontré esto.

Curioso, Jungkook observó cómo Jimin equilibraba la aguja sobre el disco antes de dar un paso atrás hasta estar nuevamente al lado de Jungkook.

Comenzó a sonar un vals, claramente una canción de la época de Jimin. La melodía le resultaba casi familiar a Jungkook y se preguntó si la había escuchado en alguna película o en la televisión. El crujido del tocadiscos hizo que la música sonara aún más romántica y, al ver a Jimin con su traje, corbata y cabello engominado hacia atrás, fue casi como si se hubiera transportado al pasado, a una época en la que él y Jimin podrían haber bailado una canción como esa en un baile, si no fuera por el hecho de que ambos eran hombres. Jimin le tendió la mano.

—¿Me concedes este baile?

Jungkook no pudo ocultar la sonrisa de felicidad que se dibujó en su rostro.

—Sí —dijo con voz entrecortada, tomando la mano de Jimin—. Claro que sí.

Jimin lo condujo hasta un espacio libre en el suelo, sin titubear, Jungkook le pasó un brazo por la cintura, acercándolo más, Jimin, son una sonrisa, apoyó la mano en el hombro del contrario y la deslizó hacia su omóplato, se acercaron aún más. Sus rostros estaban ahora a escasos centímetros de distancia y, por mucho que Jungkook quisiera cerrar ese pequeño espacio entre ellos y presionar su boca contra la de Jimin, se resistió y cerró los ojos mientras comenzaba a moverse con Jimin al ritmo de la música.

Bailaron lentamente, el sonido de sus pies sobre el suelo era casi silencioso. Después de un momento, Jimin suspiró y dejó caer su cabeza para apoyarla en el hombro de Jungkook, colocándola en el hueco de su cuello. Encajaba perfectamente allí, como si fuera una pieza de rompecabezas hecha de Jungkook, y su altura le permitió a Jungkook apoyar su mejilla sobre los cabellos engominados de Jimin.

—Esto es todo lo que siempre quise —murmuró Jimin en voz baja—. Estar en una relación con alguien que realmente me importa, es todo lo que deseaba.

Jungkook le dio un beso en la cabeza a Jimin como respuesta. Sus sentimientos por él crecían día a día y, a medida que lo hacían, podía ver la diferencia entre lo que sentía por

Jimin y lo que había sentido por su ex. Con Jaehyun había sentido que tenía que enamorarse de él, que porque un chico mostraba interés en él y salía con él, tenía que enamorarse.

Las dudas habían abrumado su mente con frecuencia cuando había estado saliendo con Jaehyun, sobre todo, atormentándolo por la noche cuando estaba más relajado y desprevenido. Las había dejado a un lado hasta que, varios meses después de la relación, se silenciaron, antes de desaparecer por completo. Con Jimin no había nada de esto, no había dudas, no había la sensación de tener que seguir ciertos protocolos, no se obligaba a sentirse de cierta manera. Con Jimin todo se sentía bien, y se estaba enamorando de una manera que era definitivamente real, lentamente, suavemente y con un estimulante latido de un corazón alegre.



Canción que bailan Jimin y Jungkook:

Night and Day - Cole Porter | 1932



Mientras Jimin se recostaba en el sofá, al día siguiente de su cena, su pulgar acariciaba distraídamente la tapa grabada de su reloj de bolsillo. Fue entonces cuando Jungkook sacó a relucir el tema de las historias de magia que Jimin había investigado.

—¿Cuánto sabes sobre esas historias de magia antigua? —preguntó Jungkook, rompiendo el silencio relajado.

Jimin se despertó de su somnolencia, giró la cabeza hacia Jungkook y lo miró con curiosidad, su pulgar quieto contra el metal cálido del reloj. Jungkook estaba sentado en su sillón habitual, con una revista de diseño en la mano, pero su atención estaba fija en el reloj que Jimin sostenía en su mano derecha.

Jimin frunció el ceño mientras intentaba recordar todo lo que había leído en Internet durante la última semana.

—Um... No mucho. La mayoría de los escritos sobre ellos parecían ridiculizar la idea o utilizarla con fines ficticios.

Jungkook respondió con un murmullo, su expresión pensativa mientras miraba el reloj de bolsillo de Jimin.

—¿Alguno de ellos mencionaba viajes en el tiempo?

Jimin sacudió la cabeza.

—No. Por eso nunca me enteré de eso hasta hace unos días.

Se movió ligeramente en el sofá, adoptando una posición más cómoda para mirar a Jungkook.

—Hemos descartado la ciencia, así que la magia tiene que ser lo que me trajo aquí —agregó, ya que habían abandonado la búsqueda de ensayos científicos o investigaciones sobre viajes en el tiempo una semana atrás, cuando encontraron muy poco sobre el tema.

—No se me ocurre qué más podría ser —estuvo de acuerdo Jungkook, su tono aún distraído y pensativo, claramente reflexionando sobre algo.

Jimin observó a Jungkook en silencio durante un momento, luego inclinó la cabeza hacia un lado, intentando captar la mirada de Jungkook.

—¿Un centavo por tus pensamientos?

Parpadeando, Jungkook encontró la mirada de Jimin, su ceño se suavizó mientras le daba a Jimin una pequeña sonrisa.

—Estaba tratando de recordar... Estoy seguro de que alguien me habló sobre magia en la ciudad, pero no puedo recordar quién me lo mencionó. Estoy seguro de que fue cuando llegué aquí por primera vez... uno de mis antiguos compañeros de clase, tal vez? —se masajeó la frente con el puño, como si pudiera forzar el recuerdo a surgir con la presión.

—Podría intentar preguntarle a Rosé cuando llegue a casa. Si se lo digo, ella recordaría, tiene una buena memoria para cosas extrañas como esa —se inclinó hacia adelante y lanzó su revista sobre la mesa de café.

Jimin siguió el camino de la revista con los ojos, mordisqueando inconscientemente su labio inferior mientras miraba el desorden familiar de garabatos, libros, revistas y dibujos que cubrían la mesa de café. La novela que estaba leyendo estaba allí, sobre unos dibujos de Jungkook.

—Jungkook —llamó Jimin suavemente, sus labios moviéndose por sí solos, la palabra saliendo de él de manera subconsciente, su mente aún enfocada en ese libro sobre la mesa.

En la periferia de su visión, vio a Jungkook girar la cabeza para mirarlo, su expresión abiertamente curiosa.

—¿Sí?

—¿Qué pasa si no quiero regresar? —la idea que había estado rondando en su cabeza durante semanas salió de él sin vacilación.

Cuanto más tiempo pasaba en esta época con Jungkook, más clara y potente se volvía esa idea, y no podía mantenerla para sí mismo por más tiempo, necesitaba hablar de ella, necesitaba discutirla racionalmente con alguien para asegurarse de que era algo que realmente quería decir. Necesitaba ser reasegurado de que no era una persona terrible por desear dejar a su familia y amigos para quedarse allí.

La cabeza de Jungkook se levantó de su mano, donde había estado descansando, y se sentó más derecho, mirándolo fijamente.

—¿Qué?

Jimin desvió la mirada del libro y se enfrentó a Jungkook.

—¿Qué pasa si quiero quedarme aquí?

Jungkook abrió la boca, la cerró de nuevo.

Jimin no tenía idea de lo que su novio estaba pensando más allá de la sorpresa por sus palabras, y no podía evitar preocuparse por que Jungkook estuviera a punto de reaccionar de

la manera que había esperado que no lo hiciera, insinuando que era una persona egoísta y horrible por querer quedarse e insistiendo en que era lo mejor que regresar a casa.

Una pequeña arruga había aparecido entre las cejas de Jungkook.

—Déjame que lo entienda bien, ¿quieres quedarte aquí en este año en lugar de regresar a tu propio tiempo?

Tragando saliva, Jimin asintió.

—Sí.

Jungkook lo miró en silencio durante un largo momento, su rostro aún imposible de leer.

Jimin luchó con el impulso de moverse incómodo bajo su mirada.

—¿Qué hay de tu familia y amigos? —preguntó Jungkook finalmente.

—Sé que parezco egoísta al quedarme, pero es que... —se lamió los labios—. Todo lo que quiero está aquí, en este tiempo. En mi época, no hay igualdad, no hay aceptación para personas como yo, y pocas posibilidades de tener la vida que sueño. Tengo que fingir cada día, desde que me despierto hasta que me vuelvo a dormir. No puedo ser yo mismo alrededor de mi familia y si les dijera la verdad sobre mi sexualidad, me desheredarían en un instante, no podrían tener a alguien como yo manchando sus reputaciones.

Respiró profundamente por la nariz, la vieja fatiga asomando en los bordes de su mente al recordar lo que era su vida en su propia época.

—Estoy cansado de no poder ser yo mismo alrededor de la gente o de no poder vivir mi vida como quiero, y tal vez sea hacer trampa en la vida y tal vez sea cruel con mi familia al abandonarlos, pero quiero quedarme aquí.

El silencio siguió a la confesión de Jimin. Era un silencio tan completo y quieto que Jimin podía escuchar el suave zumbido de la nevera desde el otro lado del apartamento y el zumbido de una mosca cerca de una de las ventanas. Quería que Jungkook hablara, pero al mismo tiempo no estaba listo para escuchar su respuesta. No sabía qué haría si Jungkook le decía que debía regresar a casa. Porque incluso si Jungkook le aseguraba mil veces que sus deseos no tenían nada que ver con su relación, Jimin seguiría pensando que sí, su mente simplemente funcionaba de esa manera. Exagerado y sensible, sí, así su padre lo llamó una vez.

Jungkook seguía frunciendo el ceño.

—¿Estás seguro? —preguntó, su voz seria y, afortunadamente, no escéptica—. Quiero decir, esta es una decisión importante que tomar, no es la forma simple y estándar de empezar tu vida de nuevo, y no sé si es siquiera posible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jimin, sintiéndose confundido.

Jungkook se giró en su silla hasta que estuvo directamente frente a Jimin.

—Tú, al estar aquí, debe estar desordenando el continuo espacio tiempo... o como se llame.

—¿El qué?

—No importa —dijo Jungkook, desechando el comentario con un pequeño movimiento de su muñeca—. El punto es que no deberías estar aquí, y esto ha... quizás ha tenido efectos en tu época.

La voz de Jungkook se suavizó, volviéndose más baja.

—Para todos los que te conocían y te querían, desapareciste sin dejar rastro un día, eso habrá tenido un impacto enorme en sus vidas. No sabemos qué daño estás causando al quedarte aquí.

Jimin se puso tenso, sus dedos apretando con fuerza su reloj de bolsillo.

—No quiero indagar en eso, Jungkook...

—¡No digo que debas hacerlo! —dijo Jungkook rápidamente—. Pero... no sé cómo funciona esto. ¿Qué pasa si simplemente te mueres o desapareces un día debido a fuerzas del tiempo del universo o algo así? —se frotó un punto sobre su ceja izquierda—. Solo estoy preocupado por ti. Ojalá entendieramos esto mejor.

Poniéndose de pie, Jimin se apresuró hacia el sillón de Jungkook y se sentó en el brazo, metiendo su reloj hacia su bolsillo mientras se movía. Colocó una mano en el hombro de Jungkook, frotándolo suavemente con su pulgar mientras encontraba la mirada preocupada de Jungkook.

—Sé que es un riesgo y sé que estamos navegando en aguas desconocidas aquí, pero yo... —hizo una pausa durante un segundo, su corazón saltando nerviosamente en su pecho—. Creo firmemente que tú y la vida que tengo aquí valen el riesgo. Esta no es una decisión espontánea, he estado pensando en esto durante días, y no quiero perderte a ti ni la vida que tengo aquí.

Jungkook colocó una mano sobre la de Jimin, donde descansaba en su hombro. Le dio un suave apretón.

—Lo último que quiero es que te vayas, pero simplemente... —no terminó la frase.

—Te preocupas —terminó Jimin por él—. Lo sé.

Mordiéndose el labio inferior, Jungkook asintió con la cabeza, sus ojos grandes mientras se preocupaba, su frente arrugada en líneas de preocupación. Jimin lo miró durante un momento, preguntándose si había una forma de ayudar a aliviar la preocupación de Jungkook... y la suya, mentiría si dijera que la perspectiva de quedarse en el siglo XXI para siempre no lo asustaba.

—¿Qué tal esto? Seguimos investigando sobre viajes en el tiempo y vemos si podemos aprender más sobre estas cosas de magia y si hay alguna información allí fuera que pueda ayudarnos.

Asintiendo lentamente, Jungkook sonrió hacia Jimin.

—Eso suena bien. No estoy tratando de evitar que te quedes o algo así, solo quiero asegurarme de que has considerado todas las consecuencias, y no quiero que te lastimes.

—Entiendo.

Jimin se inclinó y presionó un beso rápido en los labios de Jungkook.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Jungkook alisó su pulgar sobre los nudillos de la mano de Jimin.

—De nada.

Se movió en su silla.

—Ven aquí —dijo, golpeando su muslo con su mano libre.

Jimin saltó hacia abajo y se movió alrededor del lado de la silla, dudó durante una fracción de segundo, y luego se sentó en el regazo de Jungkook, intentando ser lo más ligero posible.

Jungkook lo acercó más hasta que se apoyó en su pecho.

—Relájate —le dijo Jungkook con una sonrisa—. Eres pequeño, y yo no estoy hecho de cristal.

Presionó un beso en la sien de Jimin.

Con un suspiro suave, Jimin se acomodó contra el pecho de Jungkook, apoyando su cabeza en su hombro, y sonriendo mientras el brazo de Jungkook se envolvía alrededor de su cintura, y Jungkook se acurrucaba en su cabeza.

Trazando distraídamente una línea por el pecho de Jungkook con su dedo, Jimin dijo suavemente:

—Sabes, tú eres una gran parte de por qué quiero quedarme aquí, pero hay otras razones también.

Miró hacia arriba a Jungkook mientras sentía que su novio levantaba la cabeza de la suya.

—Puedo decir que estás preocupado de que solo quiera quedarme porque estamos en los primeros días de nuestra relación... y admitiré que mi decisión está nublada por eso en parte... pero si me quedo aquí, estoy libre de ser yo mismo, soy libre de seguir mis pasiones y estudiar música en la universidad en lugar de derecho.

Jungkook sostuvo su mirada durante un largo momento, su expresión extrañamente conflictiva, y luego asintió.

—Sé que es más que nosotros —dijo—. Haremos la investigación y lo discutiremos más adelante cuando tengamos más información, ¿de acuerdo?

Jimin dudó, luego estuvo de acuerdo, devolviendo la sonrisa de Jungkook y acurrucándose de nuevo en su pecho.

Sabía que Jungkook no lo había dicho de esa manera, pero no podía evitar sentir que lo había desestimado. Quería hablar más sobre eso, quería asegurarse de que Jungkook entendiera por qué deseaba quedarse, y que no era una decisión apresurada. Necesitaba asegurarse de que supiera que no se estaba auto saboteando, de que su mente no estaba siguiendo la ruta de que si no se hubieran conocido y se hubieran vuelto tan cercanos, no estaría cuestionando su regreso a casa con su familia.



—¿Recuerdas... hace un tiempo, en los primeros días de universidad... a alguien que nos contaba viejas historias sobre Nueva York? —preguntó Jungkook a Rosé, apoyándose en la pared de su dormitorio y observando mientras ella guardaba la ropa.

—¿Cómo historias sobre magia y cosas así? —Rosé respondió sin mirar hacia atrás desde donde estaba colgando un vestido en su armario—. Um... Creo que recuerdo eso, sí. Era una chica que estaba en una de tus clases; tomamos café con ella y con unos cuantos más una vez. Creo que su nombre era Evelyn. Era un poco rara.

Un recuerdo comenzó a reproducirse en la mente de Jungkook, apareciendo en su visión como un televisor encendido, una chica alta y de cabello oscuro contando historias que habían sido transmitidas en su familia durante generaciones, ignorando las miradas de incredulidad que recibía mientras hablaba de magia y espíritus como si fueran reales. Evelyn, recordó Jungkook, ese era su nombre.

—¿Por qué? —quiso saber Rosé. Le lanzó a Jungkook una mirada curiosa mientras recogía un par de suéteres doblados y se dirigía a colocarlos en su cómoda.

Jungkook ya tenía una historia preparada.

—Mi jefe quiere que piense en diseños inspirados en el pasado de Nueva York y, en lugar de ir por lo obvio, pensé que buscaría en las partes más místicas y menos conocidas, y recordé esas historias.

Rosé no parecía ni remotamente sospechosa.

—Jungkook, sabes que esas historias eran solo eso, historias.

Jungkook se encogió de hombros.

—Hice un poco de investigación en línea y voy a investigar más a fondo, no hay nada malo en eso, y sería una fuente de inspiración interesante y única.

—Solo si esas historias fueran ciertas —rebatía Rosé—, lo cual no lo son.

Colocó la última prenda de ropa en su cómoda y cerró el cajón antes de girarse para mirar a Jungkook con una expresión ligeramente superior, como si pensara que Jungkook era estúpido y ridículo por siquiera pensar en aprender más sobre esas historias.

—Voy a intentar hablar con Evelyn —le dijo Jungkook.

Rosé se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, pero creo que perderás tu tiempo.

Caminó hacia fuera de su habitación y hacia la sala de estar, Jungkook la siguió distraídamente.

—¿La agregué en Facebook? —se preguntó en voz alta.

Se dejó caer en el sofá, alcanzó su computadora portátil de donde Jimin la había abandonado, jalándola hacia él y minimizando la página web que Jimin había estado viendo, cargando Facebook en una nueva ventana.

—Evelyn Miller —dijo después de un minuto o dos de buscar en su lista de amigos en el sitio. Frunció el ceño al mirar la foto de perfil—. Parece que ya la encontramos, ¿no?

Rosé emitió un sonido de respuesta, claramente desinteresada y sin prestar atención, pero Jungkook no necesitaba una respuesta, estaba seguro de que esta era la Evelyn que le había contado esas historias varios años atrás. Hizo clic en su perfil y escaneó la página, anotando sus intereses y las páginas en las que había comentado, brujería, lectores psíquicos y tiendas sobrenaturales, definitivamente era la persona que estaba buscando.

Jimin se unió a él en el sofá mientras enviaba a Evelyn un mensaje rápido detallando la misma historia que le había contado a Rosé y explicando cómo recordaba sus historias y preguntando si era posible que le contara más sobre ellas.

Jimin frunció el ceño curiosamente al mensaje mientras Jungkook lo enviaba.

—Esta es la chica de la que te estaba hablando —explicó Jungkook, agitando una mano hacia el perfil de Facebook de Evelyn en la pantalla de la computadora portátil—. La que me contó sobre la magia en Nueva York y que espero pueda ayudar a inspirar algunos diseños.

Estaba intensamente consciente de la presencia de Rosé en la habitación y habló con cuidado, sin querer que un desliz tal vez revelara el secreto de Jimin.

—Oh... —la curiosidad de Jimin se desvaneció, reemplazada por un renovado interés—. Me alegra escuchar que pudiste encontrarla.

Jungkook asintió, deseando poder discutirlo adecuadamente con Jimin. Quería planificar qué tipo de preguntas hacerle a Evelyn y decidir cómo podrían descubrir los detalles más específicos sobre los viajes en el tiempo sin hacerla sospechar. Miró hacia donde Rosé estaba jugando con su teléfono, deseando que se fuera.

—¿Qué estabas mirando aquí? —preguntó Jungkook a Jimin, renunciando a gritar mentalmente a Rosé para que se fuera del apartamento durante unas horas y volviendo su atención hacia la pantalla de la computadora. Hizo clic en la página de Facebook y abrió la página que Jimin había estado viendo.

—Nada interesante —respondió Jimin mientras Jungkook miraba el viejo artículo de periódico sobre ocurrencias extrañas en la ciudad que algunas personas estaban atribuyendo a la magia—. No estaba mirando nada en particular.

Al igual que la mayoría de los otros escritos sobre temas similares, cuando se discutía al grupo de personas que creían que la magia era la causa de la aparición de objetos extraños en los hogares y los informes de presencias extrañas en edificios, el artículo tenía un tono burlón.

Pasando la computadora portátil de vuelta a Jimin, Jungkook observó mientras su novio cerraba el artículo del periódico y continuaba buscando en lo que parecía ser un archivo de periódicos antiguos, haciendo click en cualquier cosa que pareciera relevante. Después de leer sin mucho interés unos pocos artículos junto con Jimin, apareció una notificación de Facebook, Evelyn había respondido a su mensaje.

Señaló esto a Jimin.

—Esperemos que no haya dicho que no —dijo Jungkook ansiosamente mientras Jimin abría el mensaje. Ambos lo escanearon con ojos frenéticos. Jungkook soltó un suspiro de alivio, recostándose en el respaldo del sofá. Evelyn había aceptado hablar con ellos e invitó a ambos a visitarla al día siguiente por la noche.

—Es amable de su parte aceptar reunirse con nosotros —dijo Jimin, girando su cabeza para mirar a Jungkook—. Especialmente considerando que dijiste que no habías hablado con ella durante un tiempo.

—Años —aportó Rosé desde su lugar en el sillón habitual de Jungkook.

Jungkook se sorprendió, no se había dado cuenta de que en realidad estaba prestando atención a ellos, parecía estar absorta en su teléfono.

Le lanzó una mirada fulminante.

—No han sido años, más bien como trece o catorce meses —dijo. Y Miró de vuelta al mensaje de Evelyn—. No importa, no teníamos mucho en común, y ella no es el tipo de persona que se preocupa por detalles como ese.

—¿Cómo no hablar con alguien durante más de un año y luego llamarlos para pedir un favor? —se preguntó Rosé, bajando su teléfono para levantar sus cejas hacia Jungkook.

Jungkook frunció el ceño hacia ella.

—¿Cuál es tu problema?

Rosé suspiró dramáticamente y se puso de pie, agarrando su bolso y lanzando su teléfono adentro.

—No lo sé.

Caminó hacia la puerta, sus tacones golpeando los pisos de madera.

—Voy a salir a tomar café... ¿quieren que les traiga algo de regreso?

Jungkook y Jimin negaron con la cabeza y ella se fue, saliendo por la puerta sin siquiera un “*nos vemos luego*”.

Jimin la miró mientras se iba, pareciendo preocupado. Al notar esto, Jungkook agitó una mano de manera indiferente.

—Oh, no te preocupes por ella, a veces se pone así. Solo necesita un poco de tiempo para ella misma, estará bien.

Había visto demasiados momentos de diva de Roseanne Park o cambios de humor a lo largo de los años de su amistad para seguir dando importancia. Se acercó más a Jimin.

—De hecho, me alegra que se haya ido, significa que podemos decidir qué vamos a preguntarle a Evelyn mañana y cómo..

Olvidándose de Rosé, la expresión de Jimin se volvió pensativa.

—Tal vez solo haga que suene como si estuvieras particularmente interesado en los viajes en el tiempo —sugirió, sin sonar del todo confiado.

Jungkook suspiró, pasando una mano por su cabello en frustración cuando su mente no le proporcionó nada más que la única cosa que sabía que no podían hacer.

—Podría decir que creo que los viajes en el tiempo serían un tema mejor para centrar mis diseños —dijo débilmente.

Sacudió su cabeza con un pequeño y brusco movimiento.

—Oh, ¿quién soy para engañarme? Esa idea es estúpida, nunca obtendremos información útil de ella de esta manera.

Encontró la mirada de Jimin, sabiendo que no le gustaría lo que estaba a punto de decir.

—Tenemos que decirle la verdad. Si queremos que ella nos diga todo lo relevante que sabe sobre la magia y los viajes en el tiempo, tenemos que decirle por qué queremos saber. Ella nunca creará en estas historias tontas cuando comencemos a hacerle preguntas sobre los detalles más finos. Con la historia que le he contado, ella estará esperando contarnos una visión general básica de lo que sabe, pero necesitamos tanto detalle como podamos obtener y no podemos hacerlo de esta manera.

Jungkook le ofreció a Jimin una pequeña sonrisa de disculpa cuando terminó de hablar.

No le gustaba tener que arrinconar a Jimin de esta manera, esencialmente forzándolo a revelar su secreto a alguien, y a una extraña, pero tenía que hacerlo. Jungkook todavía

estaba convencido de que descubrir cómo llegó Jimin aquí y aprender cómo podría regresar a casa era información que él necesitaba, ya sea que estuviera planeando regresar a casa o no. Esa época podría volverse peligrosa para Jimin, podría enfermarse mucho de nostalgia, o tal vez un día simplemente decidiera que quería regresar y Jungkook quería que tuviera el conocimiento requerido para regresar a casa. Sabía que Jimin quería mantener su viaje en secreto por miedo a lo que las personas podrían hacer con la verdad si se enteraban, y él entendía y respetaba esto, pero en esta situación sintió que tenían que decírselo a alguien más.

Jimin simplemente lo miró durante un largo momento, su expresión sorprendentemente calmada y aceptante. Lentamente, comenzó a asentir en acuerdo.

—Tienes razón —dijo suavemente—, tenemos que decírselo.

—Ella es confiable —lo tranquilizó Jungkook—. En la universidad era conocida por ser alguien con quien se podía hablar de cualquier cosa y no tener que preocuparse por que ella fuera a contárselo a otro ser.

Jimin asintió de nuevo.

—Es bueno saber eso. Yo... —Miró a Jungkook ligeramente desvalido—. Simplemente no quiero que esto se divulgue. No creo que sea una buena idea que demasiadas personas lo sepan.

Alcanzando su mano, Jungkook le dio un apretón reconfortante.

—Lo sé —Jimin devolvió el apretón—. Va a ser lo mejor —estuvo de acuerdo.

Jungkook encontró extremadamente difícil concentrarse en su trabajo el día siguiente.

Cada vez que intentaba enfocarse, las preocupaciones sobre el encuentro con Evelyn invadían su mente, haciendo casi imposible trabajar. Para la tarde se sentía culpable por el poco trabajo que estaba realizando y a mitad de una discusión sobre opciones de diseño con su jefe tuvo que disculparse por su falta de concentración. Para su alivio, su jefe desestimó su disculpa, diciendo que todos tenían permitido tener sus días malos. La culpa de Jungkook se alivió, y aunque permaneció tenso y distraído por el resto del día de trabajo, ya no se preocupaba por cómo su trabajo estaba siendo afectado.

Al regresar a casa encontró a un Jimin ansioso sentado en el borde del sofá, mirando la pared mientras movía su pierna derecha y hacía círculos con su pulgar alrededor de la circunferencia de su reloj de bolsillo. No pareció escuchar a Jungkook entrar ni notar que dejaba caer su bolsa de trabajo en una silla antes de sentarse a su lado.

Jungkook colocó una mano sobre la de Jimin, que estaba inquietamente jugueteando con su reloj. Sintió que la mano de Jimin se detenía y su novio se giró para mirarlo.

Estaba usando una de sus corbatas con un chaleco de lana, y Jungkook no pudo evitar notar lo joven y adorable que parecía con su cabello peinado hacia atrás y sus tiernos ojos rasgados e iluminados por partes iguales, aunque estaban llenos de una preocupación frenética.

Alcanzando su mano, Jungkook le dio un apretón reconfortante.

—Lo lo hay que hacer —le dijo Jimin y devolvió la presión—. Es lo mejor.

—Si no te sientes cómodo con esto, no tenemos que decirle la verdad —le dijo Jungkook suavemente—. Podemos inventar algo, nunca se sabe, tal vez aún así nos diga todo lo que necesitamos.

Jimin sacudió la cabeza. Su mandíbula había estado apretada y le tomó un segundo antes de poder hablar.

—Está bien, debemos decírselo.

Jungkook lo miró preocupado. Todavía estaba moviendo su pierna en un ritmo ansioso y errático, pero sus ojos se habían endurecido con determinación, realmente quería hacer esto.

Se inclinó hacia adelante y le dio un beso prolongado a los labios de Jimin.

—Estará bien, ya verás. Y un día estarás contento de haberlo hecho. Estoy seguro de que Evelyn nos dará algunas respuestas, tengo una buena sensación al respecto.

Le dio a Jimin otro beso rápido antes de retroceder para mirar en sus ojos.

—¿Estás listo? —preguntó.

Al asentimiento de Jimin se puso de pie, jalandolo suavemente para que se levantara.

—Vamos. Evelyn vive en Brooklyn y nos tomará un rato llegar allí.

Jungkook mantuvo su mano sobre la de Jimin durante el viaje a Brooklyn, dándole un apretón reconfortante de vez en cuando para recordarle que no estaba solo, y que estaría allí para apoyarlo durante todo esto.

Jimin apenas habló, y Jungkook no intentó forzar la conversación, entendiendo que él prefería prepararse mentalmente para lo que estaban a punto de hacer.

Cuando llegaron al edificio correcto y Evelyn los dejó entrar, Jimin estaba pálido y sudando. Jungkook intentó parecer calmado y controlado por el bien de su novio, pero su estómago se retorció incómodamente y su corazón latía con tanta fuerza que estaba seguro de que Jimin podía ser capaz de escucharlo.

Su mano tembló ligeramente cuando la levantó para tocar la puerta de Evelyn. Se escucharon pasos desde detrás de la puerta. La mano de Jimin se contrajo en la de Jungkook, él alisó su pulgar sobre el lado de la mano del rubio.

La puerta se abrió.

Evelyn se veía exactamente como Jungkook la recordaba, cabello oscuro largo, ojos marrones inteligentes, y usando un vestido largo hasta el piso.

Sonrió cortésmente a Jungkook y Jimin, su mirada tomando en cuenta la tímida sonrisa de Jimin y sus manos unidas.

—¡Jungkook, hola! —lo saludó brillantemente—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo has estado?

Se hizo a un lado y les hizo un gesto para que entraran en el apartamento.

—Muy bien —respondió Jungkook, entrando con Jimin de cerca—. Ocupado, pero bueno. ¿Y tú? Escuché que ahora trabajas para una revista de moda.

Se detuvo a unos pies dentro del apartamento.

—Él es mi novio, Jimin, por cierto, y Jimin, ella es Evelyn, una antigua compañera de clase.

—Encantado de conocerte —dijo Jimin, extendiendo su mano para que Evelyn la estrechara.

Evelyn estrecho su mano.

—Encantada.

Se hizo a un lado y los llevó a través de la sala de estar, hablando sobre su trabajo mientras caminaban. Jungkook apenas escuchó, no podía enfocarse en las amabilidades mientras se preocupaba por lo que estaba por venir.

Evelyn no los dejó en silencio.

Después de conseguirles bebidas y discutir brevemente el trabajo de Jungkook con él, sacó el tema del mensaje que le había enviado.

—Así que querías saber más sobre esas historias que te conté hace años.

Intercambiando una mirada breve con Jimin, Jungkook asintió.

—Sí, um- un tema similar fue mencionado recientemente, lo que me recordó esas historias y realmente me gustaría saber más.

Evelyn se acomodó su cabello detrás de sus orejas.

—¿Qué más quieres saber sobre eso?

Jungkook miró a Jimin de nuevo, preguntándole silenciosamente si todavía podía o no revelar su secreto, y si estaba listo para hacerlo. Jimin inhaló profundamente y asintió.

—Mira, Evelyn —comenzó Jungkook, volviéndose para enfrentarla—. Esto no se trata de alguna investigación de moda para mi jefe, es algo más grande que eso, pero antes de hablar sobre ello, debes jurar que no le dirás a nadie más, cualquier cosa que discutamos queda entre los tres, ¿bien?

La curiosidad y la confusión se asentaron en la expresión de Evelyn, juntando sus cejas en una mueca y haciéndola sentarse hacia adelante en su silla, mientras su mirada se movía entre Jungkook y Jimin.

—Bien —estuvo de acuerdo con vacilación—. Prometo que no le diré a nadie, pero ¿de qué se trata todo esto?

Un destello de preocupación se coló en sus ojos mientras tomaba en cuenta la expresión seria de Jungkook y el nervioso movimiento de la pierna de Jimin.

—¿Está todo bien?

Jungkook se lamió los labios, humedeciendo su boca seca.

—Hace casi dos meses, Jimin viajó de alguna manera a través del tiempo desde la época de los treinta, saltando noventa y un años hacia el futuro. No tiene idea de cómo o por qué, esperábamos que pudieras ayudarnos con eso.

Evelyn lo miró fijamente. Con los ojos muy abiertos, la boca ligeramente abierta, parecía haberse congelado por la sorpresa.

Jungkook le dio un momento para que asumiera la noticia, apretando la mano de Jimin en consuelo cuando sintió que temblaba en la suya.

Su sorpresa y falta de palabras era un buen signo, significaba que estaba pensando en ello y no estaba siendo descaradamente desdeñosa y descreída. O, al menos, eso esperaba.

El silencio se prolongó y la armadura calmada y serena de Jungkook comenzó a deslizarse a medida que su preocupación y pánico se fortalecían. El silencio parecía ensordecedor y el tiempo parecía arrastrarse, cada segundo se estiraba como si fueran horas. Podía sentir que Jimin se estaba tensando cada vez más a medida que el silencio se prolongaba, podía sentir que su miedo estaba aumentando, pero justo cuando estaba a punto de decir algo para romper el terrible silencio, Evelyn habló.

—¿Tú... tú viajaste en el tiempo? —dijo, dirigiendo su mirada hacia Jimin. Habló lentamente, como si las palabras fueran extrañas y estuviera luchando por pronunciar las sílabas—. ¿No eres de este tiempo?

Jimin sacudió la cabeza en un movimiento rápido y brusco.

—No, soy de 1934 —dijo casi en un susurro. Su agarre en la mano de Jungkook se fortaleció.

Evelyn miró brevemente a Jungkook y luego a Jimin, como si estuviera comprobando para asegurarse de que no estaban engañándola y jugando a algún tipo de broma práctica. Al no encontrar ninguna sonrisa reprimida ni chispa burlona en los ojos de ninguno de ellos, su expresión cambió, volviéndose menos guardada y más simpática.

—Y quieres regresar —dijo suavemente, con conocimiento. Jimin dudó y luego asintió.

—Sí, así es. No pertenezco aquí y he dejado a toda mi familia y amigos atrás.

Mientras Evelyn asentía en comprensión, tanto Jungkook como Jimin se desinflaron en alivio. El agarre de Jimin en la mano de Jungkook, que se había vuelto como un torno, se relajó, y Jungkook juró que podía sentir que la sangre regresaba a sus dedos.

Lentamente, y al parecer pensativa, Evelyn se reclinó.

Jungkook observó su expresión de cerca, la esperanza reemplazó rápidamente al miedo de que ella reaccionara mal a la historia de Jimin. No podía explicar cuánto estaba confiando en que ella fuera capaz de ayudarlos.

Aunque Jimin quería quedarse y parecía decidido a hacerlo, Jungkook deseaba desesperadamente asegurarse de que podría regresar si alguna vez lo necesitaba o quería.

—¿Recuerdas... —comenzó Evelyn, su tono tan lento y pensativo como lo habían sido sus movimientos—, cuando te conté cómo mis antepasados solían practicar magia en la ciudad y había ciertos lugares a los que solían ir para hacerlo?

Jungkook no lo recordaba, realmente no, todos sus recuerdos de Evelyn contando sus historias de magia consistían en vagos recuerdos de historias y sucesos extraños con un tono subyacente de diversión. No había creído en cosas como la magia y el viaje en el tiempo en ese entonces, pero la traición de Jaehyun lo había dejado cuestionando el mundo, y conocer a Jimin había cambiado su perspectiva sobre muchas cosas. Era una persona diferente ahora a quien era en ese entonces.

—Um... más o menos —respondió Jungkook.

Sabía que Evelyn podía darse cuenta de que no estaba siendo completamente sincero, también sabía que a ella no le importaba. Se sentía mal por todas las veces que se había reído de sus creencias a sus espaldas.

—Bueno, debido a esto, la magia se ha vuelto más fuerte en ciertas partes de la ciudad —explicó Evelyn—. Se ha acumulado en aquellos lugares a lo largo de los años y, como ciertas formas de magia se fortalecen durante ciertas fases del ciclo lunar y tal, ocasionalmente alcanza una fuerza en la que ya no puede ser contenida y se desborda, causando así llamados ‘inexplicables’ sucesos.

Jimin se movió hacia adelante en el sofá.

Cuando Jungkook se dio la vuelta para mirarlo, vio que la cara de su novio se iluminaba con una comprensión que estaba empezando a surgir.

—¿Estás diciendo que eso es lo que me hizo viajar? —preguntó Jimin. —¿Un desborde de magia?

Evelyn se rascó el brazo, frunciendo el ceño de manera contemplativa hacia Jimin.

—Es posible, tendría que investigar un poco más para estar segura.

—¿Serías capaz de saberlo viendo en dónde viajé? —se preguntó Jimin.

—Debería ser capaz, sí —respondió Evelyn, asintiendo—. La magia siempre deja rastros, y si viajaste aquí por magia tiene que haber alguna evidencia.

Jungkook se movió hacia adelante hasta que estuvo sentado en el borde mismo del sofá.

—¿Tienes tiempo para ir a buscarlo ahora? —preguntó ansiosamente. No quería esperar más, estaba cansado de preguntarse y esperar.

Evelyn miró el reloj en la pared de la cocina.

—Sí, tengo tiempo. ¿Dónde está?

—Manhattan —respondió Jungkook, ya poniéndose de pie, jalando a Jimin hacia arriba junto a él por la mano—. Bleecker Street en el West Village.

Hubo un repentino revuelo entonces, ya que Evelyn recogió sus llaves y se puso un abrigo mientras Jungkook se movía impacientemente junto a la puerta. Jimin parecía bastante desconcertado y se quedó en silencio, su mano todavía distraídamente unida a la de Jungkook.

Jungkook supuso que estaba sorprendido por lo repentino que podía ser el aprender las respuestas a las preguntas que habían estado reflexionando durante meses.

Fuera del edificio de Evelyn, por la calle, y al metro, no podían ir lo suficientemente rápido en la mente de Jungkook. Nunca se había considerado a sí mismo como una persona impaciente, podía pasar horas trabajando exhaustivamente en el diseño de un vector o un blender de última hora, pero ahora estaba desesperado por saber las esquivas respuestas que los habían estado evitando a él y a Jimin durante semanas.

Para cuando llegaron a la cafetería, la oscuridad había caído y la calle estaba iluminada por las lámparas dispersas a lo largo de la calle, y la luz que provenía de los negocios circundantes y el tráfico que pasaba.

Evelyn había explicado un poco más el sentido de la magia concentrada durante el viaje en metro, pero Jimin había permanecido en silencio, mirando silenciosamente a Evelyn mientras hablaba.

Y Jimin todavía estaba en silencio, frunciendo el ceño mientras los tres se acercaban al lugar exacto junto a la cafetería donde había viajado.

Evelyn comenzó a examinar minuciosamente el área.

—¿Fue aquí, verdad? —frunció el ceño hacia abajo, hacia la acera, tratando de ver en la luz tenue de la sombra cerca de la pared. No esperaba una respuesta, estaba demasiado ocupada buscando pistas en lugar de escuchar una respuesta, así que ni Jungkook ni Jimin respondieron, en su lugar observando mientras ella pasaba por el área con un peine fino.

—Aquí —murmuró eventualmente.

Jungkook dio un pequeño salto y se movió más cerca para ver mejor, Jimin siguiéndolo de cerca.

Evelyn estaba examinando lo que parecía ser un ladrillo sin distintivo en la pared, pero cuando Jungkook se acercó notó la grieta que ella estaba trazando con su dedo.

Al sentir su aproximación, Evelyn miró por encima de su hombro hacia ellos.

—Este es definitivamente un sitio de magia —dijo, volviendo su atención al ladrillo agrietado.

Golpeó la grieta con su dedo.

—Esta grieta aquí es evidencia, puedo decirlo por la forma. Este es el lugar por donde la magia ha estado escapando por la capa de concreto que la atrapa.

Trazó la longitud de la grieta una vez más antes de dejar caer su mano.

Jungkook miró el ladrillo con una especie de incredulidad atónita. Aunque había esperado que la magia fuera la respuesta, no había esperado honestamente que lo fuera. Ahora tenía que aceptar el hecho de que la magia era real, era real, y había causado que Jimin viajara a través del tiempo.

La idea había estado rondando lentamente alrededor de él desde la noche que Jimin le había contado su secreto

No creía que fuera científicamente posible viajar a través del tiempo, y así la magia era realmente la única otra causa posible. Y ahora resultó que sí. Era mucho para asimilar.

Jimin también parecía estar luchando con la bomba que les habían lanzado.

—¿Realmente fue magia lo que me trajo hasta aquí? —preguntó con una voz atónita.

Evelyn se dio la vuelta para enfrentarlos. Asintió.

—Así parece. Tendré que probar la fuerza de la magia en el área, pero parece muy probable.

Miró entre sus rostros conmocionados, y sus ojos, entendiendo.

—En cuanto a si puedes regresar a casa, no estoy tan segura. Necesitas un pulso de magia muy concentrado para viajar en el tiempo, y eso puede haberse acumulado en el concreto debido a estar atrapado durante algún tiempo y luego liberado justo cuando resultó que estabas cerca. No sé si será posible controlar suficiente magia para permitirte regresar a casa.

Un pensamiento repentino golpeó a Jungkook, sacándolo de su sorpresa silenciosa.

—Aun si puedes obtener la magia para que Jimin regrese a casa, ¿cómo puedes controlar a dónde lo envías? ¿Cómo puedes asegurarte de que regresa a su propio tiempo y no a algún otro año?

—Es física simple —respondió Evelyn, encogiéndose de hombros—. Mientras Jimin esté aquí hay un desequilibrio, el universo querrá enderezarse, así que cuando tenga la energía para hacerlo lo enviará de regreso a donde estaba.

Jimin frunció el ceño.

—¿Será como si no hubiera pasado el tiempo? ¿Cómo si esto... —movió su mano para indicar todo a su alrededor, desde las luces brillantes de la Nueva York moderna hasta Jungkook parado junto a él—, nunca hubiera sucedido?

El miedo tensó cada músculo en el cuerpo de Jungkook.

Mordiéndose el labio inferior con los dientes, la expresión de Evelyn se volvió abruptamente tensa.

—No. No lo sé. Nadie realmente sabe nada sobre el viaje en el tiempo, ninguno de mis antepasados o nadie que practicara magia aquí fue capaz de lograrlo.

Respirando superficialmente y con el corazón latiendo de manera errática, Jungkook se dio la vuelta para mirar a Jimin, y encontró a su novio ya mirándolo, el mismo miedo que estaba experimentando reflejado en sus ojos.



—Sabes, puedes ir a casa si quieres —dijo Jungkook, hablando repentinamente después de un período de silencio cómodo mientras comían la cena.

Jimin miró hacia arriba desde su plato casi lleno. Había estado jugando con su comida desde que se sentaron a comer, un pensamiento molesto en lo profundo de su mente estaba quitándole el apetito.

Miró a Jungkook masticar un bocado de comida, sintiéndose incómodo, no le gustaba hacia dónde iba esta conversación.

—Tu familia, amigos y todo lo que conoces está allí —continuó Jungkook—. No puedo esperar que dejes todo eso por mí.

Jimin pinchó un trozo de pasta, un horrible sentimiento de dolor y falta de valor surgía en su interior. Soltó un profundo y tembloroso suspiro, tratando con todas sus fuerzas de contener la inundación de emociones.

—No sé si es que no puedes esperar para que yo vaya a casa, o es que no quieres que me quede —admitió con una voz pequeña, expresando los pensamientos que lo habían estado molestando desde que visitaron a Evelyn.

El silencio recibió su respuesta y él pinchó agitadamente algunos de sus alimentos, antes de dejar su tenedor y echar un vistazo cauteloso hacia arriba a Jungkook.

Tan pronto como encontró los ojos contrarios, Jungkook habló.

—Oh, Jimin —dijo suavemente. Su rostro había caído en una expresión más sobria, su boca hacia abajo en las esquinas—. Para nada eso es lo que yo quería decir.

Cuando Jimin bajó la cabeza, sin decir nada, Jungkook empujó su silla hacia atrás y rodeó la mesa, dejándose caer en la silla vacía junto a él. Tocó la parte posterior de la mano derecha de Jimin ligeramente, y el hecho de que estaba dudoso sobre tomar su mano hizo que las lágrimas picaran en la parte posterior de los ojos de Jimin.

Enrolló sus dedos alrededor de los de Jungkook, manteniendo su mirada en sus rodillas mientras luchaba por mantener en control sus emociones. Jungkook frotó su mano, el lento movimiento de su pulgar era tranquilizador.

—Cuando hablo de querer ayudarte a regresar a casa, estoy pensando en cómo me sentiría en tu situación, en cuánto extrañaría a mi papá, a mis amigos, la calidez de mi hogar... —se movió en su silla, su mano libre subiendo para cubrir la mejilla de Jimin. Al tocarlo, Jimin levantó sus ojos para mirarlo.

—Me moriría si te vas, pero no podría soportar si quisieras regresar a casa y no pudieras. Algún día la realidad de lo que significa quedarse aquí golpeará, y odiaría que te sintieras atrapado aquí, odiaría aún más si era solo por mí que te quedabas —suavizó su pulgar sobre la longitud del pómulos de Jimin y ante este gesto cerró los ojos.

—Esta decisión no tiene nada que ver conmigo. Haz lo que te haga feliz, pero incluso si te quedas, quiero que sepas cómo regresar a casa en caso de que las cosas cambien.

Jimin se inclinó hacia la mano de Jungkook, imaginando que todo ya no estaba, nunca podría ver a Jungkook de nuevo, y no se sentía libre y feliz con su vida. Imaginó tener que regresar a esconderse y constantemente sentirse derrotado, exhausto y miserable mientras vivía complaciendo a sus padres. No creía poder manejar eso después de experimentar todo esto.

—Quiero quedarme —susurró, incluso él podía escuchar la pura necesidad en su voz. Frotó su mejilla contra la palma de la mano de Jungkook—. Quiero quedarme —repitió, respirando las palabras en la mano de Jungkook.

—Entonces quédate —susurró Jungkook.

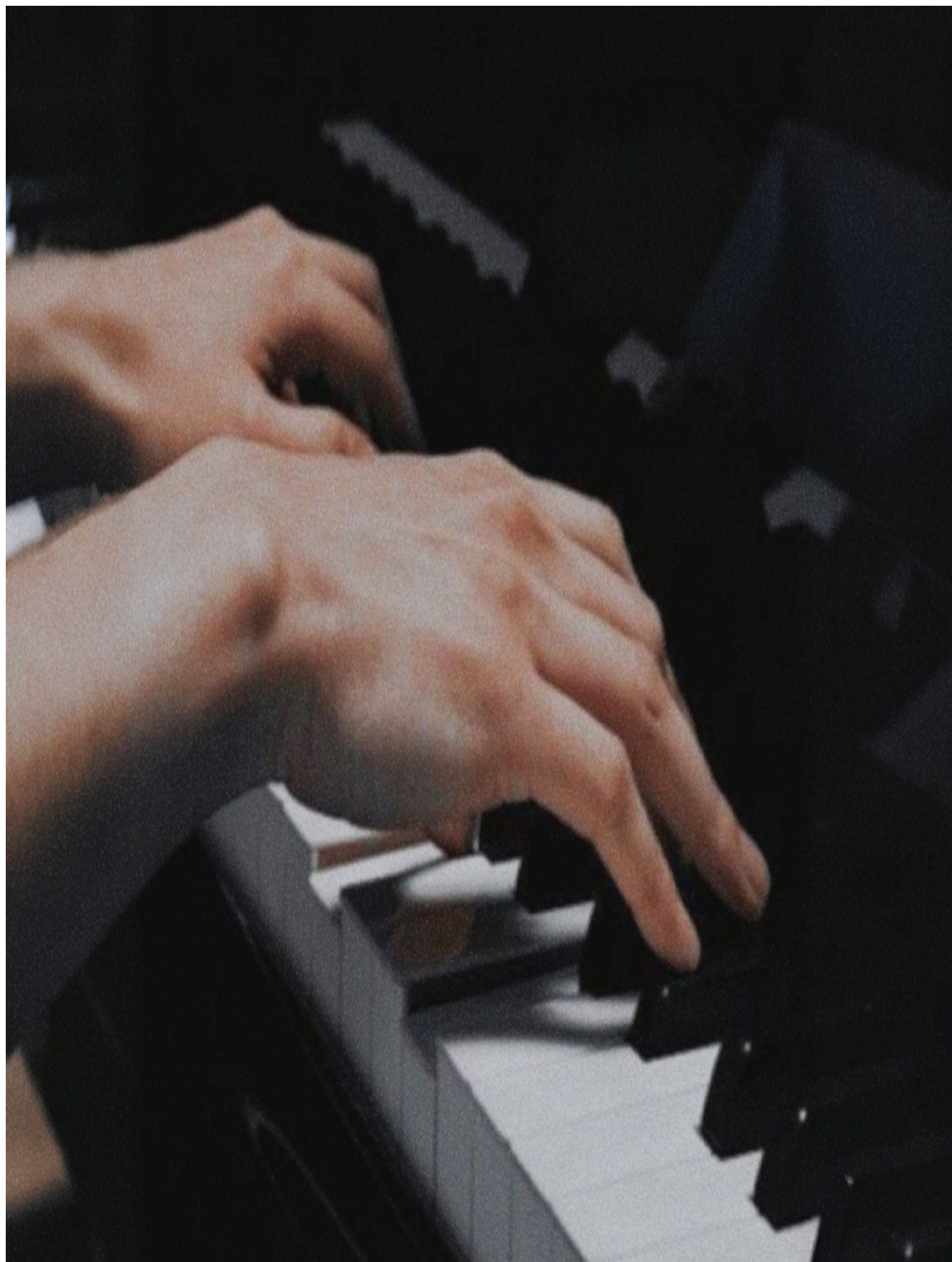
Al abrir los ojos, Jimin miró hacia arriba a su novio, a la mirada desgarrada en sus ojos, los sentimientos mezclados de esperanza, alivio, preocupación y culpa.

Lanzándose hacia adelante, Jimin presionó sus labios contra los de Jungkook en un beso desesperado, profundizándolo cuando los labios de Jungkook comenzaron a moverse contra los suyos en busca de más. Después de un momento, sin separarse, Jungkook soltó la mano de Jimin y deslizó su brazo alrededor de su cintura, para acercarlo más.

Sus labios se separaron contra los de Jimin, su aliento saliendo en cortas bocanadas contra la boca de Jimin, volvieron a atacar sus labios.

—Quédate —respiró Jungkook una vez cuando se alejó un poco para respirar.

Jimin deslizó su mano hacia arriba a través del brazo de Jungkook para terminar enredándose en el cabello posterior de su cuello al escuchar esto, aferrándose con fuerza a su vida en el futuro, y al hombre del que se estaba perdidamente enamorando.



Ahora que Jimin había decidido quedarse en el futuro, su enfoque cambió radicalmente. El tiempo que antes dedicaba a buscar el camino de vuelta a casa, ahora lo empleaba en construir una nueva vida en la era moderna.

Hasta ese momento, había vivido como si estuviera de vacaciones, pero esa actitud ya no era viable, estaba aquí para quedarse. Sin embargo, pronto se topó con un obstáculo inesperado. Al intentar matricularse en un curso universitario de música, comprendió que era una misión imposible. No solo había dejado atrás a su familia y amigos, sino también todo su pasado. Sus certificados de secundaria, todos sus documentos, su historia completa era irrelevante en este nuevo mundo. Todo lo que había vivido hasta el día en que aterrizó en el siglo XXI ahora carecía de valor.

Jimin se dejó caer en su silla, con la mirada fija y derrotada en la pantalla de la laptop, que aún mostraba los requisitos para el grado en música al que nunca podría acceder. Sin certificados válidos de secundaria y sin un historial educativo que pudiera exhibir, sus esperanzas de entrar a la universidad se desvanecían. Y el problema no se limitaba solo a la educación superior, ¿cómo podría conseguir un empleo o vivir una vida plena sin un historial reconocible?

Se pasó la mano por la cara, tapando la vista de la pantalla del ordenador. No había pensado esto a fondo. Había meditado largamente, sobre los aspectos emocionales de quedarse, sobre abandonar a sus amigos, a su familia y todo lo conocido, pero había descuidado los detalles prácticos.

Quedarse en este tiempo se suponía que le otorgaría la libertad que no había conocido en los años treinta, pero ahora parecía que tampoco podría alcanzar aquí sus sueños por completo. No podía entrar a estudiar música y, probablemente, tampoco conseguiría trabajo para sostenerse. No podía seguir dependiendo de Jungkook, viviendo una vida ociosa día tras día. Anhelaba vivir la vida que siempre había soñado, ganarse la vida con su música y volver cada noche al amor de su vida, pero sin documentos, sin historial y con un certificado de nacimiento fechado en 1912, todo parecía improbable.

Sintiendo la derrota, Jimin apagó el ordenador, desviando la mirada de la pantalla mientras cerraba la página del curso universitario de sus sueños. Se levantó lentamente, cruzó el apartamento y se dejó caer en el asiento de la ventana, sumido en una especie de trance, apenas consciente de la vista de la calle que se extendía tras el cristal.

¿Y si, después de decidir a quedarse y alimentar esperanzas de vivir en un mundo casi idealista con Jungkook, tuviera que regresar inevitablemente a su propio tiempo? Quizás la razón por la que todos los personajes de las novelas de viajes en el tiempo que había devorado en las últimas semanas volvían a sus épocas era porque, en esencia, no podían vivir en una era ajena a la suya. Al reflexionarlo, tenía sentido, el mundo y sus habitantes evolucionaban tanto con el tiempo que alguien de una época distante encontraría

dificultades para integrarse, y eso sin siquiera tocar el tema de la identidad. La identidad era un tema crucial, le asombraba no haberlo considerado antes. Certificados de nacimiento, pasaportes, licencias... Probar quién eras se había vuelto un reto aún mayor en la actualidad, según había deducido, pero, aun sin saber esto, debería haber anticipado que en algún momento le pedirían demostrar su fecha de nacimiento o algún detalle de su pasado, especialmente tras decidir establecerse aquí. Había sido extremadamente ignorante.

Parpadeó para recuperar el foco visual y apartó la mirada de la ventana, donde había estado mirando sin ver, Jimin consultó su reloj de bolsillo y su ánimo se levantó, Jungkook estaría pronto de regreso del trabajo, podría desahogarse con él sobre este embrollo y, con suerte, quizás hasta encontrarían una solución.

Además, vería a Jungkook, algo que nunca fallaba en iluminar su día. Incluso viéndolo a diario, la alegría y el calor que sentía al verlo seguían intactos.

Con la expectativa de ver pasar la hora, cada minuto parecía arrastrarse con una lentitud exasperante. Intentó distraerse observando la calle desde la ventana y, pronto, se encontró de nuevo maravillado ante el mundo moderno, una reacción diaria para él. Pasaría bastante tiempo antes de que pudiera pasar un día sin admirar algún aspecto de la vida del siglo veintiuno, y se preguntaba si alguna vez dejaría de comparar las dos épocas que había conocido.

Responder no era más sencillo como cuando Jungkook había planteado la pregunta por primera vez. Aún se inclinaba por la misma respuesta ambigua de antes, algunas cosas habían mejorado, pero otras no tanto. La disminución de actitudes antiguas y cerradas era, sin duda, un avance, junto con la mayor libertad para expresarse, ya fuera en opiniones o en moda.

Este tiempo era, en ciertos sentidos, menos estricto y más relajado, pero no en todos. Los progresos en ciencia y tecnología habían enriquecido el mundo, aunque mantenía reservas respecto a otros aspectos. Por ejemplo, los teléfonos móviles, sí, era maravilloso poder estar siempre conectado con amigos y familiares, pero a menudo parecían sustituir las interacciones sociales cara a cara y, por lo que había visto, alargaban las jornadas laborales. Durante los desplazamientos y descansos para comer, la gente seguía trabajando desde sus dispositivos, y había observado a Jungkook recibiendo llamadas y correos de su jefe hasta en fines de semana.

En su época, cuando terminabas el trabajo del día, eso era todo hasta el siguiente, ahora, la vida parecía girar más en torno al trabajo y ser más estresante.

Mientras contemplaba cómo transcurría el mundo ante sus ojos, Jimin recordó la pregunta que Jungkook le había planteado unas semanas atrás, durante su parada en Times Square tras un día deambulando por la ciudad, ¿habían cambiado las cosas para mejor o para peor?

En aquel momento, no había estado seguro de qué responder, sentía que no había vivido lo suficiente en este tiempo para dar una respuesta auténtica, pero ahora, tras pasar más tiempo aquí y haber decidido quedarse...

Una llave giró en la cerradura y Jimin se apartó de la ventana, emergiendo de sus pensamientos con una sonrisa de bienvenida formándose en sus labios cuando la puerta se abrió y Jungkook entró al apartamento.

—Jimin —llamó Jungkook, su mirada fija en la caja que sostenía mientras intentaba no dejar caer sus llaves—. ¡Estoy en casa, cariño!

Jimin se levantó y caminó hacia él para saludarlo.

—¿Cariño?

Los ojos de Jungkook se alzaron de inmediato, su sonrisa se amplió al encontrarse con la mirada de Jimin, pero luego la vergüenza se reflejó en sus ojos, tiñendo sus mejillas de un ligero rosa.

—¿Lo dije? Lo siento, ¿fue demasiado cursi?

Jimin negó con la cabeza, su sonrisa radiante mientras se acercaba para besarlo.

—Me gusta —confesó, sintiendo aún el cálido cosquilleo en el estómago por el cariñoso apodo. Tomó la caja de las manos de Jungkook, permitiéndole quitarse la mochila—. ¿Qué hay en la caja? —preguntó, mirando con curiosidad el nombre desconocido estampado en la tapa.

—Un pastel —respondió Jungkook con entusiasmo, mientras los guiaba hacia la cocina. Jimin lo siguió, observando cómo sus hombros se levantaban en un gesto despreocupado—. Pasé por una pastelería de camino a casa y pensé que sería agradable. Rosé viene a cenar esta noche, pero no podrá probarlo porque no es vegano —Jungkook ahora se apoyaba contra la encimera, con una sonrisa pícara en su rostro.

Jimin lo miró, divertido.

—Lo hiciste a propósito, ¿verdad?

La sonrisa de Jungkook se amplió aún más.

—Quizás... —Jimin le dio un pequeño toque en la cintura, haciendo que Jungkook se retorciera con una risita—. Me apetece comer pastel y no tengo muchas ganas de compartirlo —dijo, riéndose.

Jimin colocó la caja del pastel sobre la encimera y le hizo un puchero.

—¿Ni siquiera conmigo?

Jungkook fingió meditarlo un momento, antes de inclinarse para besar el puchero de Jimin.

—Haré una excepción contigo —se dio vuelta para buscar algunos ingredientes para la cena en los muebles—. ¿Cómo estuvo tu día?

La alegría de Jimin se esfumó, su sonrisa se difuminó cuando todos sus pensamientos de antes volvieron a tomar protagonismo, apagando la ligera alegría que había sentido al ver a Jungkook. Observó cómo Jungkook sonreía amablemente mientras sacaba verduras de la nevera. Se preguntó si debía mantener sus preocupaciones en secreto por el momento, no quería ensombrecer la velada, especialmente cuando Jungkook estaba tan alegre y despreocupado, habiendo comprado un pastel de manera espontánea.

—¿Jimin? —Jungkook se había detenido y lo miraba con el ceño fruncido, preocupado.

Jimin forzó una sonrisa, decidiendo aplazar la conversación para más tarde, no quería empañar lo que prometía ser una noche agradable.

Sacudió la cabeza ligeramente.

—Perdón. Mi día estuvo bien, gracias. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo? —su voz sonó forzada, incluso para él mismo.

Jungkook no se dejó engañar. Frunció un poco más el ceño y dio un paso hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ocurrió algo?

—Nad- —Jimin detuvo su intento de asegurar lo contrario al ver que Jungkook cruzaba los brazos sobre el pecho, su mirada clara indicando que no toleraría engaños.

Jimin exhaló un suspiro de derrota.

—Hoy empecé a investigar sobre cursos de música en la universidad.

La confusión se dibujó en el rostro de Jungkook, profundizando su ceño.

Jimin se encogió de hombros.

—No entiendo cómo no me di cuenta antes – estaba revisando los requisitos de admisión y me di cuenta, no tengo un historial válido, sin antecedentes académicos, sin referencias, sin

documentación de ningún tipo, ¡mi certificado de nacimiento está fechado en 1912! —tragó saliva con esfuerzo—. No sé si podré quedarme aquí, Jungkook.

Jungkook abrió la boca como para hablar, pero la cerró de nuevo, claramente sorprendido por esta revelación. Llevó su mano derecha a la frente, pellizcando la piel entre el pulgar y el índice, sumido en sus pensamientos. Jimin lo observaba en silencio, sintiendo cómo su esperanza de que Jungkook encontrara una solución milagrosa se desvanecía con cada segundo que transcurría.

—Esto no te va a detener —dijo Jungkook con firmeza, sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

Jimin guardó silencio, convencido de que Jungkook solo quería mantener su ánimo en alto.

—Puedes obtener un diploma de secundaria sin problemas. Para el resto, hay otras formas de conseguir los papeles que necesitas.

Jimin sabía que tenía que intervenir.

—¿Cómo? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

Jungkook bajó la mano y giró la cabeza lentamente para mirarlo. Sus ojos, ahora distantes y sin foco, parecían estar navegando por el laberinto de un plan que aún no había compartido. Había algo más en su mirada, una sombra de vergüenza que Jimin no pudo definir del todo, pero que presagiaba complicaciones.

—Hay personas que se dedican a crear identidades falsas —explicó Jungkook, su voz cargada de una seguridad que contrastaba con su mirada—. Pasaportes, licencias de conducir, certificados de nacimiento... lo que sea, ellos lo falsifican.

Una sensación de inquietud comenzó a crecer en el estómago de Jimin. Aunque debería haber sentido esperanza, solo podía pensar en los peligros que esta solución podría traer. No le gustaba el rumbo que esto estaba tomando.

Jungkook cambió el peso de su cuerpo al otro pie, claramente incómodo con lo que estaba a punto de decir.

—Algunos de ellos hacen un trabajo excepcional, lo suficiente para engañar a las autoridades —prosiguió, sin poder mirar a Jimin a los ojos, su mirada vagando por la cocina como si buscara refugio en cada rincón—. Podríamos acudir a uno de estos expertos, de los buenos, y obtener un certificado de nacimiento válido para ti o... cualquier documento que necesites para vivir aquí.

Jimin se mordió el labio, sintiendo cómo la inquietud se convertía en un nudo en su estómago.

—¿Estás sugiriendo que rompamos la ley? —preguntó con voz pausada. Aunque sabía la respuesta, la propuesta de Jungkook lo había dejado estupefacto; necesitaba escuchar sus razones.

—No creo que tengamos otra opción —respondió Jungkook con resignación.

Jimin lo miró, tratando de comprender la magnitud de la sugerencia.

—¿Y tú harías eso? ¿Romperías la ley por mí?

Jungkook asintió, su decisión reflejada en un simple movimiento de cabeza.

—Te prometí que haría todo lo posible por ayudarte. Tus deseos pueden haber cambiado, pero mi promesa no lo ha hecho.

Jimin, entonces, se acercó más a Jungkook, envolviéndolo con sus brazos en un abrazo que buscaba tanto consuelo como confirmación. Cuando los brazos de Jungkook respondieron, abrazándolo con fuerza, Jimin hundió su cabeza en el cuello de su amado, buscando refugio en su cercanía.

—Gracias —musitó Jimin, su voz apenas un susurro—, por todo.

Jungkook le frotó la espalda en respuesta, inclinando la cabeza para depositar un beso en la sien de Jimin.

El rubio cerró los ojos, permitiéndose perderse en la sensación de ser abrazado. Nadie lo había abrazado nunca de esa manera, sus padres no eran muy afectuosos, nunca había estado en una relación antes, y no se consideraba apropiado que dos amigos hombres se abrazaran más allá de un gesto de palmada en la espalda con un solo brazo. Era agradable, más que agradable. Lo calmaba, apaciguando sus nervios y liberando la tensión de sus músculos, pero al mismo tiempo estar tan cerca de Jungkook enviaba chispas de placer a través de él y hacía que su corazón latiera con un ritmo completamente nuevo. Era un gesto tan simple, abrazar, y sin embargo lo hacía sentir increíble.

El agarre de Jungkook sobre él se intensificó y Jimin frotó un poco su mejilla contra el hombro de Jungkook. El aroma de Jungkook lo envolvía, llenando sus fosas nasales con cada respiración, y era al mismo tiempo reconfortante y seductor. Inhaló profundamente y giró la cabeza para besar el hombro de Jungkook.

—Jimin... —exhaló Jungkook, deslizando una mano por la espalda de Jimin, su toque dejando un rastro de calor y estremecimientos placenteros.

Estaban tan sumidos el uno en el otro que no escucharon el portazo de la puerta principal ni el saludo de Rosé. Se sobresaltaron cuando ella irrumpió en la cocina y habló.

—Ustedes dos son adorables —comentó Rosé con una sonrisa.

Jimin, algo molesto por la interrupción, se separó del abrazo de Jungkook. Sus mejillas se sonrojaron al escuchar las palabras de Rosé y por haber sido sorprendidos en un momento tan íntimo. Bajó la mirada con timidez cuando ella lo miró.

—Es por esto que he estado saliendo más últimamente. Siento que siempre estoy invadiendo un momento privado cuando estoy aquí —explicó Rosé, apoyándose casualmente en la encimera—. Es como si estuvieran en su pequeño universo —continuó, observando cómo la atmósfera se volvía repentinamente más densa.

Jimin levantó la vista para encontrarse con los ojos de Jungkook, y en ese instante supo que estaban pensando lo mismo, cómo, al estar juntos, parecía que existían en un mundo aparte, ajeno a las multitudes de las calles de Nueva York, donde todo brillaba un poco más.

Rosé, con curiosidad, había notado la caja del pastel y ahora levantaba la tapa con interés.

—Ooh, ¿quién trajo el pastel? —preguntó con entusiasmo.

Jungkook apartó sus ojos de Jimin para responder.

—No es vegano —dijo, y su sonrisa burlona de antes regresó a su rostro.

Rosé se giró rápidamente para lanzarle una mirada de desaprobación.

—¡Jungkook!

—¿Qué? —respondió él con fingida inocencia.

Rosé se plantó con las manos en las caderas. —¿No recordamos lo que dijimos sobre traer dulces a casa?

—Que sean veganos, que compartas con tu mejor amiga, sí, sí —respondió Jungkook, restándole importancia con un giro de ojos—. Pero, hablando claro, lo que no es vegano suele ser mejor.

Rosé se apartó del mostrador con un suspiro.

—Está bien —cedió—, no te preocupes por mí. —comenzó a salir de la cocina—. Disfruten su pastel – espero que se atraganten con él —lanzó en un tono burlón antes de desaparecer en dirección a su habitación.

—Drama queen —masculló Jungkook.

—¡Lo escuché!

—¡Y te encanta ese título! —le gritó Jungkook en respuesta—. ¡No lo niegues!

Jimin no pudo evitar sonreír ante su intercambio de gritos amistosos mientras Jungkook volvía su atención hacia él, con una sonrisa aún bailando en sus labios.

—¿Aún quieres quedarte aquí? —preguntó Jungkook de manera despreocupada—. Tendrás que optar por postres veganos o aguantar las quejas de Rosé.

Jimin rió y se puso a ayudar a Jungkook a preparar la cena. Ver a Jungkook y a Rosé le recordó los momentos en que él y Taemin se lanzaban gritos y discutían amistosamente sobre nimiedades. Una ligera ola de añoranza y tristeza lo envolvió, pero era mucho más suave que las anteriores, el dolor y el deseo de estar en casa eran menos intensos, más fáciles de pasar por alto. Ahora, la nostalgia era como el vaivén de las olas un mar tranquilo, no como una fuerza devastadora. Estaba seguro de que siempre extrañaría a Taemin y a su familia, pero aquí, en la cocina de Jungkook, con su novio rozando su cadera de manera afectuosa, podía decir con certeza que las ventajas de quedarse superaban con creces las desventajas.

Debe haber sido algo en su expresión, porque Jungkook colocó una mano sobre su brazo, apartándolo de la ensalada que estaba preparando.

—Podrás construir aquí la vida que siempre has soñado, te lo prometo —le susurró.

Aunque no era lo que estaba preocupando a Jimin, asintió y aceptó el beso de Jungkook. Mientras Jungkook acariciaba su mejilla y giraba su cabeza para profundizar el beso, Jimin deseaba fervientemente que la añoranza no regresara con la fuerza de un tsunami, amenazando con arrasar la vida que estaba intentando construir aquí, o su relación con Jungkook.



Después de hacer algo de investigación y contactar a un viejo amigo de la universidad de Jungkook, quien había adquirido una identificación falsa en el pasado, encontraron a alguien capaz de crear los documentos que Jimin necesitaba.

Ambos se sentían sumamente incómodos con el asunto, pero no tenían alternativa, y Jungkook insistía en que no habría problemas, que era algo común. Aun así, fueron con la cabeza gacha, gafas de sol y ropa discreta al lugar que se hacía pasar por una imprenta para recoger los documentos.

Jimin esperaba en cualquier momento que la policía irrumpiera para arrestarlos, una sensación de ansiedad que persistió mucho después de haber salido de la tienda con los documentos falsificados en mano. Esa noche, permaneció en alerta, sobresaltándose cada vez que Rosé regresaba a casa o cuando el teléfono sonaba.

No le gustaba demasiado la idea de quedarse solo en el apartamento al día siguiente mientras Jungkook y Rosé estaban en el trabajo, pero la perspectiva de salir, como Jungkook insistía que hiciera, le atraía aún menos. Así que decidió quedarse, revisando una vez más los programas universitarios para evitar pensar en los documentos ilegales que ahora estaban en su cuarto. Se decía a sí mismo que sin esos papeles no podría vivir aquí, no podría vivir la vida que había elegido y soñado, pero eso no aliviaba su ansiedad.

Se sintió ligeramente mejor al inscribirse para obtener su diploma de secundaria. Una vez completado el curso de seis meses, se le abrirían muchas puertas, era el primer paso hacia el curso universitario de sus sueños.

Después de haber investigado todo lo relacionado con los estudios de música en varias universidades de Nueva York, Jimin se encontró sin mucho más que hacer. Jungkook no volvería a casa en unas cuantas horas, aún no tenía deseos de salir, y había llegado al punto donde, tras estar sentado tanto tiempo, la pereza lo había invadido completamente. Navegaba por internet sin rumbo, viendo cualquier cosa que se le ocurriera, con sus ojos desviándose ocasionalmente hacia el reloj en la esquina de la pantalla, contando las horas hasta el regreso de Jungkook.

Estaba explorando los sitios web de varias tiendas de música de la ciudad cuando un pequeño anuncio en uno de ellos le llamó la atención. Se incorporó en su silla y acercó más el portátil hacia sí.

El anuncio era para un profesor de piano que diera clases a niños desde principiantes hasta niveles intermedios. Buscaban a alguien para empezar de inmediato, impartiendo clases cuatro tardes y dos noches a la semana en una tienda no muy lejana del apartamento.

Jimin leyó el anuncio con deseo. Parecía la oportunidad perfecta, una manera de mantenerse ocupado hasta empezar la universidad y una forma de ganar dinero para no depender tanto de Jungkook. Suspiró al revisar los requisitos. No especificaban ninguna cualificación, pero seguramente la requerirían, no contratarían a alguien sin experiencia profesional en música.

Contempló el anuncio con una mezcla de anhelo y resignación por un momento más, antes de cerrar la página y apagar el ordenador. Podía desearlo con todas sus fuerzas, pero sabía que no conseguiría ese trabajo, por mucho que le viniera como anillo al dedo.

Aunque había limpiado dos días antes, pasó la hora y media hasta que Jungkook regresara a casa dándole un repaso al apartamento, pasando la aspiradora por suelos que ya estaban

limpios y puliendo superficies que no necesitaban más brillo. Se entregó completamente a la tarea, restregando con vigor el resplandeciente fregadero de la cocina hasta que el sudor empezó a perlar su espalda y frente. Trabajó sin descanso para evitar que su mente se detuviera en lo inútil que se sentía.

Cuando Jungkook llegó, Jimin hizo todo lo posible por aparentar normalidad, le dio un beso de bienvenida y sonrió para disimular lo mucho que se sentía como una carga. Logró engañarlo hasta que se sentaron a cenar, momento en el que captó a Jungkook mirándolo con detenimiento, una arruga de preocupación marcando su frente. Debería haber sabido que no podría ocultarle sus sentimientos a Jungkook, por alguna razón, siempre había sido capaz de leer sus emociones mejor que incluso Taemin o sus padres.

—Me siento inútil —soltó sin esperar a que Jungkook dijera nada—. Me paso el día aquí sentado mientras tú y Rosé están trabajando. No tengo nada que hacer, ya no tengo propósito en el mundo —dejó sus cubiertos sobre la mesa, respirando con dificultad por la intensidad de sus emociones.

Jungkook dejó sus cubiertos sobre la mesa con cuidado.

—Jimin... —Su mano temblaba sobre la superficie de la mesa, como si tuviera deseos de alcanzar y apretar la mano de Jimin—. No puedes pensar de esa manera —se movió en su silla, mirándolo con súplica mientras Jimin intentaba desviar la mirada—. Puede que ahora mismo no haya mucho que puedas hacer, pero pronto estarás trabajando por tu diploma y después estarás en la universidad —cuando Jimin no respondió, solo continuó con su mirada fija y distante, Jungkook añadió—, ¿Qué te hizo pensar en esto?

Jimin exhaló un suspiro profundo, dejando caer la cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se posaron en el techo.

—Hay un anuncio de trabajo en este momento para enseñar piano en una tienda de música aquí cerca —levantó una mano para pasarla por su cabello en un gesto de preocupación, dejándola caer de nuevo en su regazo cuando sus dedos rozaron su pelo—. Parece tan ideal para mí, si solo fuera posible que lo obtuviera.

—Oh, Jimin —murmuró Jungkook con ternura. Hizo una pausa, humedeciendo sus labios rápidamente, antes de decir con la misma voz suave—, sabes que no necesitas buscar un trabajo. No tienes que pagarme alquiler ni nada, ya haces más que suficiente.

Jimin miró a Jungkook y negó con la cabeza.

—No se trata del dinero, no realmente. Lo que quiero es tener algo que hacer, algo más que esperar a que pasen los días hasta poder comenzar la universidad. Aquí estoy, deseando que

el tiempo se acelere, y no puedo seguir viviendo así por mucho más tiempo. Quiero contribuir al mundo, hacer algo que me apasione, tener una vida propia.

—¿El anuncio pedía a alguien con calificaciones?

—No —respondió Jimin. Entrecerró los ojos mientras intentaba recordar exactamente lo que decía el anuncio—. Buscaban a alguien con experiencia en piano, que se llevara bien con los niños, que fuera paciente y con buen sentido del humor —recordó.

—Entonces, ¿por qué no podrías conseguirlo? Eres más que competente en piano, te he escuchado tocar.

Jimin jugueteó con el mango de su tenedor.

—Aunque no lo pidan explícitamente, seguro que lo quieren.

—Pero si cumples con todos los demás requisitos, puede que no les importe —argumentó Jungkook. Extendió su mano sobre la mesa y la colocó suavemente sobre la de Jimin, envolviendo la mano de su novio con la suya—. ¿Qué pierdes con intentarlo?

Jimin absorbió la sonrisa alentadora y la mirada amorosa y esperanzadora de Jungkook, y se suavizó. Jungkook tenía razón, no perdería nada con solicitar el empleo para ver cuál sería su respuesta, después de todo, podrían sorprenderlo y darle la oportunidad.

—De acuerdo —respondió Jimin, apretando la mano de Jungkook con más fuerza—. Mañana iré a la tienda a solicitar el empleo.

Jungkook le dedicó una sonrisa radiante.

—Serías un profesor de piano increíble, serían unos tontos si te rechazaran.

A pesar de que Jimin sabía que Jungkook hablaba con sinceridad, entendía que estas palabras eran una respuesta instintiva y alentadora a su decisión, pero aún así lo hacían sentir mejor y más confiado.



Otra vez, Jungkook pasó el día laboral anhelando que llegara a su fin. Antes de conocer a Jimin, nunca había contado las horas en el trabajo esperando que el día terminara para volver a casa.

Solía disfrutar su trabajo, quedándose a veces hasta tarde para perfeccionar un diseño, y aunque seguía disfrutándolo, ya no sentía el mismo entusiasmo por estar allí, preferiría estar

en casa con Jimin. Era un cambio agradable, esperar con ilusión el regreso a casa en lugar de temer enfrentar un apartamento vacío y una cena solitaria.

No obstante, hoy no solo estaba impaciente por ver a Jimin y compartir una velada con él, estaba ansioso por saber si Jimin había obtenido el trabajo en la tienda de música. Había visto con cuánto anhelo lo deseaba, cuánto quería tener algo más en su vida además de ser su novio, y esperaba que sus esperanzas no hubieran sido aplastadas.

Entró al apartamento esa noche con el sigilo de un adolescente que vuelve a casa mucho después del horario acordado, el corazón latiendo a mil por hora y un nudo en el estómago, anticipando malas noticias en cada rincón.

No tardó en encontrar a Jimin. Su novio estaba sentado frente al viejo piano vertical que Rosé usaba para sus prácticas de canto y que Jungkook, de vez en cuando, tocaba cuando le venía la inspiración. Jimin no estaba tocando en ese momento, pero sus manos reposaban sobre las teclas, como si hubiera estado interpretando una melodía y se hubiera detenido al escuchar los pasos de Jungkook. Sus ojos estaban fijos en las teclas, inmóviles, sin siquiera voltear ante el sonido de Jungkook acercándose.

El corazón de Jungkook se apretó, eso no presagiaba nada bueno.

Con una mezcla de decepción y empatía, Jungkook se sentó junto a Jimin en el banco del piano y esperó en silencio a que hablara. Al ver que no lo hacía, colocó una mano sobre su hombro, acariciándolo suavemente con el pulgar. Ese gesto pareció sacar a Jimin de su trance.

—Lo conseguí —susurró Jimin, con voz apagada, casi incrédula.

—Lo siento... —empezó Jungkook, pero entonces su mente procesó lo que Jimin había dicho y se detuvo en seco—. Espera, ¿qué?

Jimin giró la cabeza hacia él, dejando que sus manos se deslizaran de las teclas para descansar en su regazo.

—Lo conseguí —repitió, esta vez con un poco más de firmeza—. Empiezo mañana.

Su expresión era de pura incredulidad, como si aún no pudiera asimilarlo.

—Jimin... —una sonrisa radiante se dibujó lentamente en el rostro de Jungkook, iluminando sus facciones con una mezcla de orgullo y alegría—. ¡Eso es... eso es increíble! —se inclinó hacia él y depositó un beso en la mejilla de Jimin, quien ahora también sonreía, contagiado por su entusiasmo—. Te dije que serían unos tontos si no te contrataban. Serás un profesor de piano excepcional —sin dudarlo, lo envolvió en un abrazo cálido, su corazón

latiendo con una mezcla de ternura y felicidad al escuchar la risa alegre de Jimin resonar en el aire.

—No tienes idea de lo feliz que me hace haber conseguido este trabajo —susurró Jimin en el oído de Jungkook, su voz cargada de emoción—. Trabajar en la música... en mi época, eso habría sido impensable. Era derecho o nada.

Jungkook le dio una última caricia en la espalda antes de separarse, sus ojos brillando con entusiasmo.

—¡Tenemos que celebrarlo! —exclamó, incapaz de contener su emoción. Se levantó de un salto y corrió hacia la cocina, abriendo el refrigerador con prisa mientras revolvía su contenido en busca de algo especial. Finalmente, sus manos encontraron lo que buscaba.

—¡Champán! —anunció con un tono triunfal, sosteniendo la botella en alto para que Jimin la viera, como si fuera un trofeo.

Jimin, mientras tanto, se puso de pie y bajó con cuidado la tapa del piano, protegiendo las teclas.

—No es necesario que abramos champán —dijo con modestia—. Es solo un trabajo de medio tiempo, no es algo tan importante.

—No es solo un trabajo, Jimin —replicó Jungkook con firmeza, dejando la botella sobre la encimera y sacando dos copas del mueble con movimientos precisos—. Es el primer paso hacia tu vida aquí, hacia quedarte definitivamente. Es el comienzo de la carrera musical con la que siempre soñaste. ¿Cómo no vamos a celebrarlo? —su voz estaba llena de convicción, y sus ojos reflejaban la certeza de que ese momento merecía ser recordado.

Con delicadeza, Jungkook destapó el corcho del champán, dejando que el sonido suave y festivo llenara la cocina mientras Jimin se acercaba a su lado. Sirvió con cuidado el líquido dorado en las copas, y luego, con una sonrisa que iluminaba su rostro, levantó la suya en un gesto de celebración.

—Por vivir tus sueños —brindó, su voz cargada de emoción.

—Por los tuyos —respondió Jimin, imitando el gesto y chocando su copa contra la de Jungkook con un tintineo alegre.

Jungkook lo observó por encima del borde de su copa mientras daba un sorbo al champán, sintiendo cómo las burbujas doradas estallaban en su lengua, frescas y efervescentes. En ese momento, pensó que nunca había sentido tanta felicidad por el logro de otra persona, ni siquiera cuando Rosé recibió su carta de aceptación de productora musical. Para Rosé, entrar en la música siempre había sido casi una certeza, nunca tuvo dudas reales sobre su

admisión en la prestigiosa productora. Pero con Jimin era diferente. Hubo tanta incertidumbre, tantas dudas sobre si podría quedarse aquí, construir la vida que siempre había soñado. Ahora, sin embargo, todo comenzaba a tomar forma, y la posibilidad de que sus sueños se hicieran realidad parecían más cerca que nunca.

Estaban a punto de terminar su segunda copa cuando Rosé cruzó la puerta, trayendo consigo el aire frío de la calle. Vestía leggings negros y una camiseta holgada bajo su abrigo y bufanda, con el cabello recogido en una coleta desordenada que hablaba de un día largo y agotador.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo rápidamente al verlos sentados en el sofá—. Solo vine a buscar un par de cosas y luego tengo que regresar a mi junta con compañeros de trabajo —su mirada se posó en la botella de champán medio vacía que descansaba sobre la mesa de centro—. ¿Ese es el champán para mi salida? —caminó con determinación hacia la mesa y tomó la botella, examinando la etiqueta con atención.

—Te compraré otra botella —prometió Jungkook rápidamente, anticipando una explosión al estilo Roseanne Park.

Rosé lo fulminó con la mirada.

—Sabías por qué estaba guardando esta botella. ¿Por qué tuviste que beberla? ¿No podías haber comprado otra?

Jungkook puso los ojos en blanco.

—Tu producción ni siquiera tiene una fecha fijada para su función final, podrían pasar años. Te compraré otra botella —prometió de nuevo—. Y no podía comprar otra porque no sabía que tendríamos algo que celebrar esta noche.

Dejando la botella de nuevo sobre la mesa, Rosé miró alternadamente a Jungkook y a Jimin, con un destello de curiosidad detrás de su molestia.

—¿Oh? ¿Y qué estamos celebrando?

Jungkook intercambió una breve mirada con Jimin, él asintió.

—Jimin consiguió un trabajo hoy —anunció Jungkook con una sonrisa orgullosa—. Ahora es profesor de piano.

Rosé frunció el ceño al mirar a Jimin.

—¿Tienes un trabajo? Pero pensé que solo ibas a estar aquí por un año.

Jungkook hizo un esfuerzo por mantener su sonrisa intacta y evitar mirar a Jimin. No habían hablado de esto, pero ahora que Jimin había decidido quedarse aquí de manera permanente, era inevitable que pronto tendrían que contarle la verdad a Rosé.

—Dado que decidí pasar todo mi año sabático aquí, pensé que sería buena idea hacer algo a tiempo parcial mientras Jungkook está en el trabajo. Así no paso un año entero sin hacer nada significativo —explicó Jimin con una naturalidad que no dejaba lugar a dudas.

A Jungkook se vino a la mente cómo Jimin había estado viviendo una mentira día tras día durante años antes de viajar a esta época.

—La música siempre ha sido una de mis grandes pasiones —continuó Jimin—. Cuando vi el anuncio del trabajo, supe que era una oportunidad que no podía dejar pasar.

—Oh —respondió Rosé, esta vez con un tono de sorpresa que no pudo ocultar—. Bueno, felicitaciones entonces. Supongo que, después de todo, sí merecen el champán —concedió a regañadientes.

De repente, su mirada se desvió hacia el reloj de la cocina, y al notar la hora, agarró su bolso de donde lo había dejado sobre la mesa de centro y se dirigió a toda prisa hacia su habitación, murmurando entre dientes:

—Mierda.

Menos de un minuto después, regresó, guardando algo en su bolso con movimientos apresurados.

—Los veo más tarde. ¡Disfruten mi champán! —dijo antes de salir corriendo.

La puerta se cerró con un golpe seco detrás de ella. Jungkook giró la cabeza para mirar a Jimin, y por la expresión en su rostro, supo que ambos estaban pensando lo mismo.

—Tenemos que decírselo pronto —susurró Jungkook, su voz cargada de una mezcla de preocupación y resolución.

Jimin asintió lentamente, con un gesto que reflejaba tanto comprensión como resignación.

—Lo sé —dijo, bajando la mirada hacia sus manos, que seguían entrelazadas entre ellos, como un ancla en medio de la incertidumbre—. Va a enloquecer, ¿verdad? —preguntó, levantando la vista hacia Jungkook con una mezcla de preocupación y vulnerabilidad, sus pestañas enmarcando unos ojos llenos de inquietud.

—Probablemente —respondió Jungkook con sinceridad, aunque su tono era tranquilo, como si quisiera transmitirle algo de calma—. Pero no le diré a nadie si le pedimos que no

lo haga. Su lealtad y su capacidad para guardar secretos han mejorado mucho desde la secundaria.

Jimin tomó un sorbo más de su bebida, como si buscara en el champán un poco de consuelo, antes de apoyar la cabeza en el hombro de Jungkook, buscando refugio en su cercanía.

—Me siento bastante mal por haber bebido el champán que estaba guardando —confesó en voz baja, su tono cargado de culpa.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Jungkook, acariciándole el cabello con suavidad—. Como dije, lo estaba guardando para algo que está a meses de distancia, y yo le compraré otra botella. No hay problema.

—Lo sé —respondió Jimin, aunque su voz seguía teñida de remordimiento—. Aun así, no puedo evitar sentirme mal. Parecía realmente molesta.

—Aunque ella está siendo un poco exagerada y fue mi idea beberlo, tú todavía te sientes culpable porque eres increíblemente educado y tienes más empatía que nadie que haya conocido —dijo Jungkook con una sonrisa cariñosa, inclinándose para besar la cabeza de Jimin con ternura.

—Mis padres y la escuela ponían mucho énfasis en los modales —explicó Jimin, como si eso justificara su naturaleza considerada, casi excesiva.

Jungkook giró el champán en su copa, pensativo, observando cómo las burbujas danzaban en el líquido dorado.

—Todos parecían más educados y dignos en los años treinta... o al menos eso es lo que transmiten los libros y las películas —reflexionó, como si intentara conectar el pasado de Jimin con el presente que ahora compartían.

Jimin dejó escapar un leve sonido desde lo más profundo de su garganta, como si reflexionara sobre las palabras que iba a pronunciar.

—Algunas personas eran más formales y educadas, es cierto, pero también había quienes no lo eran para nada —dijo, ajustándose contra Jungkook y acurrucándose un poco más cerca, buscando el calor de su cuerpo—. Los valores y las actitudes cambian con el tiempo. Y aunque ahora pueda parecer romántico mirar hacia atrás y pensar en cómo eran las cosas en los años treinta, vivir en esa época no se sentía así en absoluto —Jungkook sintió cómo Jimin sonreía contra su hombro, un gesto que mezclaba nostalgia y diversión—. Y no puedo imaginarte adaptándote a las estrictas normas de vestimenta y comportamiento de ese entonces.

—Jimin Park, ¿estás insinuando que no puedo ser elegante? —preguntó Jungkook, fingiendo estar horrorizado, aunque un destello juguetón bailaba en sus ojos. Le dio un empujón suave a su novio, haciendo que Jimin levantara la cabeza y le dedicara esa sonrisa que Jungkook tanto adoraba.

—Tal vez —respondió Jimin con un tono travieso, sus ojos brillando con picardía.

—Puedo ser perfectamente elegante —replicó Jungkook con un resoplido teatral. Levantó su copa de champán con una delicadeza exagerada y tomó un sorbo, como si quisiera demostrar su punto. Sin embargo, apenas había bajado la copa cuando Jimin se lanzó hacia él, capturando sus labios en un beso feroz y apasionado. Su lengua exploró la unión de sus labios, insistente, hasta que Jungkook cedió, abriendo la boca para permitirle el acceso, entrelazando en unos segundos de besos intensos. Cuando Jimin finalmente se separó, Jungkook estaba jadeando, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Eso no fue muy caballeroso de tu parte —dijo Jungkook aún entre jadeos, aunque su tono no tenía ni rastro de reproche.

Jimin le dedicó una sonrisa maliciosa, enderezándose la corbata con un gesto impecable y pasándose una mano por el cabello perfectamente peinado, como si nada hubiera pasado. Miró a Jungkook con una expresión de inocencia fingida que solo logró avivar el fuego en su interior.

—Maldita sea —masculló Jungkook, incapaz de resistirse. Agarró a Jimin de la camisa para atraerlo y volvió a unir sus labios en un beso ardiente, dejándose llevar por la intensidad del momento.



Seguían besándose cuando Rosé regresó a casa después de su reunión, entregándose a besos lentos y pausados mientras se acurrucaban en el sofá, con el murmullo de un programa de televisión olvidado como telón de fondo.

—¿No pueden guardar eso para su habitación? —protestó Rosé, dejando caer sus llaves con un tintineo sobre la mesa junto a la puerta principal, su tono mezcla de exasperación y diversión.

Jungkook, sin embargo, apenas le prestó atención. Sonrió y rozó su nariz contra la de Jimin en un gesto tierno, antes de inclinar la cabeza para capturar sus labios en otro beso. Todo su cuerpo parecía vibrar de felicidad al sentir los labios suaves de Jimin contra los suyos, al saborearlo, como si el mundo entero se redujera a ese momento.

Rosé resopló con fuerza, aunque no pudo evitar que una sonrisa se asomara en sus labios.

—Ustedes dos son asquerosamente adorables —dijo, sacudiendo la cabeza con fingida indignación.

Jimin se separó con una sonrisa, aunque Jungkook dejó escapar un pequeño sonido de protesta.

—Lo siento —dijo Jimin, dirigiendo una mirada sincera a Rosé—. No queríamos hacerte sentir incómoda ni nada por el estilo.

—No lo hicieron... —comenzó a decir Rosé, pero la sonrisa genuina de Jimin la hizo callar, como si sus palabras se hubieran quedado atrapadas en su garganta.

Jimin le dio un suave codazo a Jungkook en las costillas, instándolo a sentarse derecho. Jungkook frunció los labios en un mohín, claramente molesto. No veía por qué tenían que dejar de acurrucarse solo porque Rosé había llegado.

Jimin apretó su mano con un gesto tranquilizador.

—Volveré en un minuto, voy al baño —explicó, poniéndose de pie y saliendo de la habitación con pasos rápidos.

Jungkook lo siguió con la mirada, admirando cómo la camisa se ajustaba a sus hombros y a su espalda fuerte, cómo su cintura estrecha daba paso a la curva perfecta de su trasero en esos pantalones ajustados que llevaba. No pudo evitar que sus ojos se detuvieran allí, embelesado, hasta que Jimin desapareció de su vista.

Jungkook no se percató de que Rosé había ocupado el lugar que Jimin había dejado vacío hasta que, al girar su cabeza, la encontró allí, sentada a su lado con una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación.

—Parece que las cosas con Jimin van bien —comentó ella, su tono ligero, casi casual, pero con un matiz que Jungkook no pudo ignorar.

Frunció el ceño, poniéndose inmediatamente a la defensiva. Aunque las palabras de Rosé parecían inofensivas, había algo en su tono, en la forma en que lo miraba, que le hizo sentir que no era una simple observación. Era como si hubiera estado esperando este momento, un instante en el que estuvieran a solas, para abordar algo que llevaba tiempo rondando en su mente. Jungkook casi podía ver las preguntas calculadoras formándose en su mente, como si estuvieran escritas en su frente.

—Sí —respondió con cautela, eligiendo sus palabras con cuidado mientras intentaba descifrar las intenciones de Rosé—. Nos queremos mucho, nos cuidamos el uno al otro.

Rosé asintió, aunque su atención parecía estar en otra parte.

—Eso es bueno —dijo, pero su tono distraído delataba que no estaba completamente presente en la conversación—. Sin embargo, no pude evitar notar que durante la última semana, más o menos, has estado luciendo un poco... preocupado cuando Jimin no estaba cerca.

El ceño de Jungkook se profundizó, y un destello de molestia comenzó a arder en su interior.

—¿No me escuchaste? Acabo de decir...

—Debería haber estado más presente, debería haber prestado más atención —interrumpió Rosé, ignorando por completo sus palabras, como si estuviera atrapada en sus propios pensamientos—. Me prometí a mí misma que lo haría. No quiero que tu relación con Jimin termine como terminó la que tuviste con Jaehyun. No quiero verte herido de nuevo, no como aquella vez —su voz estaba cargada de una mezcla de preocupación genuina y una determinación que no admitía réplicas.

—¡Rosé! —exclamó Jungkook, alzando la voz para captar su atención. Colocó las manos sobre sus hombros, y finalmente ella lo miró, sus ojos encontrándose con los suyos—. No es lo que piensas. Todo está más que bien entre Jimin y yo, de hecho, no podría estar mejor. No había sido tan feliz en mucho tiempo.

Rosé mordisqueó su labio inferior, dudando, como si aún no estuviera completamente convencida.

—Solo pensé que...

—Estabas preocupada por mí, lo sé —interrumpió Jungkook con voz suave, comprendiendo sus intenciones—. Y agradezco que te preocupes, pero no era Jimin lo que me tenía inquieto —le aseguró, aunque una pequeña punzada de culpa lo atravesó al decirlo.

—¿No lo era? —preguntó ella, su tono ahora más curioso que preocupado.

—No lo era —afirmó Jungkook con firmeza, aunque en su interior sabía que estaba ocultando parte de la verdad. Porque, en realidad, sí había sido Jimin quien ocupaba sus pensamientos. Ahora entendía a qué se refería Rosé, eran esos momentos en los que Jimin no estaba presente, cuando Jungkook se sumía en dudas sobre si era lo mejor para Jimin quedarse en esta época o regresar a la suya. Esas preocupaciones lo asaltaban cada vez que Jimin no estaba cerca para preguntarle qué lo inquietaba. Debería haber imaginado que Rosé, siempre observadora, lo notaría.

—¿Qué te ha estado preocupando, entonces? —preguntó Rosé, ahora con un tono más relajado, la mayor parte de la preocupación disipada de su rostro.

Jungkook agitó una mano en el aire, restándole importancia.

—Solo cosas del trabajo —respondió con un tono despreocupado, aunque no del todo sincero—. Estamos bajo mucha presión para que la próxima colección sea tan exitosa como la anterior —su voz sonó convincente, pero en su mente, las verdaderas preocupaciones seguían dando vueltas, aunque ahora ocultas tras una fachada de normalidad.

No era una mentira completa. Jungkook estaba, de hecho, bajo una presión considerable en el trabajo debido a las exigencias de la próxima colección, pero no era algo que no pudiera manejar. Después de un año trabajando para la marca, se había acostumbrado a las demandas y al estrés que implicaba el puesto. Sin embargo, esa preocupación no era la que realmente lo inquietaba.

Escuchó pasos a sus espaldas y, al girar la cabeza, una sonrisa automática se dibujó en su rostro al ver a Jimin acercarse. Su presencia siempre tenía el efecto de calmarlo, aunque fuera momentáneamente.

—Nunca imaginé lo estresante que podía ser trabajar en diseño hasta que empezaste a hacerlo —comentó Rosé mientras Jimin se acomodaba a su lado, en el otro extremo del sofá—. Quiero decir, he visto a fondo cómo se trabaja en una empresa de ello, pero...

El teléfono de Jungkook interrumpió abruptamente sus palabras, sonando con un timbre estridente que llenó la habitación. Rosé se quedó en silencio, observándolo mientras él sacaba el dispositivo del bolsillo y miraba la pantalla. Su pulgar dudó sobre el botón para aceptar la llamada, atrapado en un dilema interno.

Quería, —necesitaba— tomar esa llamada en privado, lejos de los oídos de Rosé, pero ella estaba allí, revolviendo papeles sobre la mesa de centro en un intento discreto de no parecer interesada en su conversación. No encontraba una manera de excusarse sin despertar sus sospechas, sin que ella empezara a hacer preguntas que prefería evitar.

El teléfono volvió a sonar, insistente, y Rosé le dirigió una mirada fugaz, claramente preguntándose por qué no respondía. Jungkook sintió la presión del momento, consciente de que cada segundo de demora aumentaba la curiosidad de su amiga.

Con la esperanza de manejar la situación sin revelar nada que pudiera intrigar a Rosé, finalmente deslizó el dedo sobre la pantalla y contestó.

—Hola, Evelyn —dijo, esforzándose por mantener un tono neutro, aunque su mente ya estaba anticipando las posibles complicaciones que esa llamada podría traer.



Rosé volvió a mirar a su alrededor con curiosidad y Jungkook se esforzó por mantener una expresión neutral.

—Hola, Jungkook —dijo Evelyn con entusiasmo—. Solo llamo para actualizarte sobre el viaje en el tiempo de Jimin.

—Ah, está bien. ¿Qué has descubierto? —Jungkook lanzó otra mirada disimulada hacia Rosé, que estaba organizando una pila de revistas de diseño sobre la mesa de café. Una leve sensación de alivio lo invadió, había pasado bastante tiempo desde que tuvo que actuar y no estaba seguro de cómo manejaría fingir indiferencia con Rosé observándolo tan de cerca.

—El área alrededor de ese café es un sitio muy antiguo de magia, así que hay una concentración suficiente para que Jimin pueda regresar a su época —explicó Evelyn—. Tendré que extraer una gran cantidad de magia en lo más profundo de la Tierra para llevarlo de vuelta, lo cual no será fácil, pero estoy bastante segura de que puedo lograrlo.

Cerrando los ojos por un instante, Jungkook procesó lo que acababa de oír. Jimin podría volver a casa. Si las circunstancias cambiaban, si alguna vez sintiera que sería mejor para él regresar a su tiempo, ahora sería posible. Esto le daba la tranquilidad que necesitaba, y sabía que Jimin también la necesitaba, aunque no había mostrado mucho entusiasmo por hablar con Evelyn después de decidir quedarse.

Al abrir los ojos nuevamente, Jungkook sonrió.

—Es fantástico saberlo —dijo con cautela, reprimiendo las numerosas preguntas sobre la magia y el proceso de viaje en el tiempo que le habían surgido en la mente.

—Si Jimin alguna vez quiere regresar a casa, solo avísame —continuó Evelyn—. Podría tomar uno o dos días concentrar suficiente magia para enviarlo de vuelta, pero será posible.

—Esa era la información que necesitaba. Muchísimas gracias —dijo Jungkook, con gratitud en su voz.

—No hay problema.

Jungkook miró a Jimin de reojo, notando cómo miraba distraídamente hacia la ventana.

—Hablaré con él y te contactaré si... —Hizo una pausa breve—. Si decide seguir adelante con esto. Gracias de nuevo por todo.

—No hay problema. Salúdale a Jimin de mi parte.

Se despidieron poco después y Jimin volteó al ver que Jungkook colgaba.

Jungkook le lanzó una mirada rápida pero cargada de significado mientras volvía a guardar el teléfono en su bolsillo. Quería compartir con Jimin todo lo que Evelyn había dicho en ese mismo momento, quería discutir todo ahora que finalmente habían encontrado lo que buscaban desde que Jimin le reveló su historia, pero con Rosé en la habitación y claramente curiosa por la llamada, no era el momento.

—¿Sigues trabajando en la investigación con Evelyn? —preguntó Rosé, dejando los papeles que había estado manipulando, abandonando por completo la farsa de ordenar la mesa.

Jungkook asintió.

—Sí, ella estaba confirmando un último detalle para mí —rápidamente buscó cambiar de tema—. ¿Cómo estuvo tu reunión esta noche?

Como había anticipado, hablar sobre Rosé y su carrera logró desviar su atención de la llamada telefónica. El tema no se tocó de nuevo durante el resto de la noche, y Jungkook se

sintió aliviado al ver que Rosé parecía haberlo olvidado. Estaba ansioso por tener un momento a solas con Jimin para discutir no solo lo que Evelyn le había revelado, sino también la posibilidad de contarle la verdad a Rosé. Mantener el secreto se estaba volviendo cada vez más difícil, especialmente con el creciente interés de Rosé en la vida de Jimin y en su relación con Jungkook.

Decidida a pasar más de un par de horas con ellos, como se había vuelto habitual en el tiempo, Rosé se quedó con ellos el resto de la velada, por lo que cuando por fin todos se retiraron a dormir, Jungkook aún no había hablado con Jimin sobre las palabras de Evelyn. En la cama, Jungkook miró hacia su escritorio durante un rato, cavilando sobre cómo revelar la verdad a Rosé, hasta que súbitamente decidió que no quería esperar hasta la noche siguiente para hablar con Jimin sobre todo esto.

Apartando las sábanas, salió de la cama, se pasó una mano por el cabello y caminó en silencio hacia la puerta de su habitación. La abrió con cuidado para no despertar a Rosé, y luego avanzó sigilosamente por el pasillo hasta la puerta de Jimin. Esperando que él no estuviera demasiado dormido, levantó la mano y tocó la puerta suavemente. Contuvo la respiración por un instante, escuchando con atención, pero al no recibir respuesta, abrió la puerta con cautela y entró en la habitación.

—Jimin —susurró.

Se escuchó un susurro y Jimin se sentó en la cama, su cabello ya algo revuelto por las almohadas. Con la escasa luz que se filtraba desde la lámpara que siempre dejaban encendida en la sala, Jungkook pudo ver a Jimin parpadeando hacia él.

—¿Jungkook? —Su voz revelaba un ligero tono de preocupación.

Jungkook avanzó más adentro de la habitación oscura, cerrando la puerta silenciosamente detrás de sí, eliminando el delgado rayo de luz que había estado iluminando la figura de Jimin, despeinado por el sueño. Parpadeando rápidamente para que sus ojos se adaptaran, se dirigió hacia la cama, donde podía ver la silueta de Jimin sentado, observándolo.

—¿Jungkook, estás bien? —preguntó Jimin en un susurro.

Otro crujido de mantas se escuchó y Jungkook vio a Jimin intentando encender una luz.

—Deja la luz apagada —le indicó Jungkook. La silueta de Jimin, ahora más definida, se acomodó de nuevo, Jungkook pudo notar un pequeño gesto de confusión en su rostro—. No necesitamos la luz.

No sabía bien por qué había dicho eso, pero había una intimidad en el silencio apagado de la habitación a oscuras que no quería romper.

Con los ojos ya acostumbrados a la falta de luz, Jungkook recorrió la corta distancia hasta la cama, deteniéndose al llegar al cabecero. Le ofreció una sonrisa tranquilizadora en respuesta a la mirada preocupada de Jimin.

—Estoy bien —susurró Jungkook—. Solo necesitaba hablar contigo sobre algo, y con Rosé aquí toda la noche... —tocó con duda el borde de las mantas—. ¿Puedo...?

Jimin tragó saliva y asintió.

—S-Sí —respondió con un susurro tembloroso.

Jungkook levantó el edredón y se deslizó con cuidado en la cama. Se acostó rígidamente, súbitamente nervioso por tocar accidentalmente a Jimin. Apenas respiraba mientras recostaba su cabeza en la almohada y se cubría hasta los hombros con las mantas.

Jimin lo observó acostarse con ojos grandes y curiosos, antes de deslizarse lentamente de vuelta al colchón, con movimientos deliberados que Jungkook sabía eran señal de que estaba tan nervioso como él.

Se quedaron ambos acostados de espaldas durante largos segundos, mirando hacia el techo oscuro sin atreverse a moverse. El corazón de Jungkook latía ruidosamente en el silencio mientras luchaba por controlar su respiración irregular para no hacer ruido. Sentía como si hasta la habitación contuviera el aliento, el aire estático y silencioso. Un escalofrío involuntario le recorrió el cuerpo debido al frío de la cama, que aún no había sido calentada por su presencia. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo ridículo que era. Estaba acostado junto a Jimin, su novio y amigo con quien tenía una conexión más cercana que con nadie más, no debería estar tan nervioso por compartir una cama con él.

Inhalando profundamente, Jungkook se giró hacia un lado para mirarlo. Casi al instante, Jimin hizo lo mismo. Jungkook sonrió al encontrarse con los ojos del rubio, que de alguna manera seguían brillando en la penumbra.

—Hola —susurró.

Jimin se acercó más hasta que sus rostros apenas estaban separados por centímetros, y Jungkook pudo sentir el calor que emanaba de Jimin bajo las mantas.

—Hola —respondió en un susurro.

Jungkook deslizó una mano fuera del edredón y apartó un mechón suelto del cabello de Jimin. Al bajar la mano, la dejó descansar cerca de la mejilla de Jimin, con los dedos apenas rozando la piel suave de su pómulos.

Mientras Jimin mantenía su mirada fija en él, Jungkook acarició su rostro, sintiendo la calidez de la piel bajo sus dedos frescos. Continuó bajando la mano hasta acunar su rostro. Su corazón se calentó cuando Jimin se inclinó hacia el toque, sin apartar los ojos del rostro de Jungkook.

Un toque tan sencillo como este no era novedad entre ellos, pero, por alguna razón, ahora se sentía diferente, más íntimo que cualquier cosa que hubieran compartido hasta el momento. Quizás era el simbolismo de estar juntos en la cama, avanzando en su relación, tal vez era la cercanía de sus cuerpos y la intimidad del calor compartido bajo las mantas, o la sensación de aislamiento del resto del mundo que la oscuridad y la protección de la cama ofrecían.

Jungkook no podía procesar qué era, pero la mirada en los ojos de Jimin y la suavidad de su piel bajo su mano le cortaban la respiración, despertando dentro de él algo dulce, emocionante, más real y crudo que cualquier experiencia anterior. Se aclaró de garganta, enredado en el recuerdo de una conversación y una dolorosa realidad. Exhaló con dificultad, su aliento atrapado por las palabras que tanto deseaba decir. Su mano se deslizó lentamente desde la mejilla de Jimin, siguiendo por su cuello hasta dejarla descansar en el pequeño espacio de colchón entre ellos. Los ojos de Jimin estaban dilatados, sus labios ligeramente abiertos como si también él tuviera palabras pendientes. Su respiración se entrecortó contra el rostro de Jungkook.

—¿T-Tenías algo que querías hablar conmigo? —lo animó Jimin.

—Sí —dijo Jungkook, casi sin aire. Sus pensamientos se movían lentos, como si fueran miel, y le costaba recordar por qué había entrado sigilosamente en la habitación de Jimin en plena noche. La cercanía de su novio, el temblor en su voz y las palabras que retrocedían por la garganta de Jungkook hasta reposar junto a su corazón le nublaban la mente, dificultándole recordar lo que había estado tan ansioso por compartir—. Sí, tengo algo que hablar contigo —se movió ligeramente en la cama para intentar serenarse—. Sobre la llamada de Evelyn. Dijo que es posible que te envíe de vuelta a casa.

Jimin guardó silencio un momento, una emoción indescifrable cruzando sus ojos, antes de aclararse la garganta con suavidad.

—Es bueno saberlo —respondió con sencillez.

Jungkook examinó su expresión, buscando cualquier indicio de que estuviera ocultando algo, de que tal vez hubiera cambiado de opinión.

—¿Aún quieres quedarte? Entenderé si esto cambia las cosas.

—Jungkook. —Jimin buscó su mano bajo las mantas y entrelazó sus dedos—. Aún quiero quedarme —dijo con suavidad—. Pero, tenías razón, es tranquilizador saber que puedo

regresar, pero nunca sabré que me deparará el futuro y si algún día querría volver a casa — terminó su frase con un aire de preocupación, como si temiera que Jungkook se sintiera molesto por esto, aunque había sido Jungkook quien insistió en seguir investigando si un regreso era posible, incluso después de que Jimin decidiera quedarse.

Jungkook asintió, comprendiendo.

—Lo sé. No espero que prometas quedarte aquí eternamente y lo último que haría sería forzarte a hacerlo. Si alguna vez te sientes infeliz aquí y quieres regresar, solo dímelo y visitaremos a Evelyn, ¿está bien? —le ofreció a Jimin una sonrisa y apretó su mano en un gesto de aliento, recibiendo una sonrisa a cambio—. No tienes que preocuparte por mi reacción si decides irte, esto no se trata de mí.

Jimin frunció el ceño ante estas palabras.

—Jungkook, ¡claro que sí! —argumentó, aferrándose con más fuerza a su mano y dándole un pequeño tirón como si quisiera hacerlo entrar en razón—. Si nosotros... si continuamos juntos, cualquier decisión sobre quedarme aquí te incluye. No puedes esperar que no considere tus sentimientos.

—No quiero que seas infeliz solo por hacerme feliz. Si tú estás mal, yo también lo estaré.

—Y eso va para ambos —afirmó Jimin—. No me sentiría bien volviendo a mi tiempo si tú estás triste —se miraron durante un momento, sus manos aún unidas, y entonces Jimin habló de nuevo, esta vez con una voz mucho más suave—. Pero eso no importa ahora. Me quedo aquí y ambos estaremos felices.

La mirada de Jimin sobre Jungkook parecía esperar una respuesta a una pregunta no formulada.

—Estamos felices —confirmó Jungkook. La expresión de duda se desvaneció de los ojos de Jimin, dando paso a una sonrisa cálida.

Jungkook ajustó su almohada para estar más cómodo antes de mirarlo con una mirada seria y ligeramente arrepentida.

—Tenemos que decirle la verdad a Rosé —dijo—. Y pronto. Está haciendo cada vez más preguntas, y tenemos que mentirle casi todos los días, no podemos continuar así. Estoy seguro de que ya sospecha, y con tu decisión de quedarte aquí, debemos decírselo en algún momento. Es mejor hacerlo antes de que sea tarde.

Jimin ya asentía antes de que Jungkook terminara de hablar.

—Lo sé. He estado pensando en esto también. Se lo diré de inmediato. No debería haberte pedido que le mintieras a tu mejor amiga por tanto tiempo.

—Oh, no, no es eso —le aseguró Jungkook, acercándose aún más hasta que sus piernas se tocaron, soltando la mano de Jimin para apretarle el hombro en un gesto de apoyo—. No puedo decir que me sintiera del todo cómodo mintiéndole, pero fue por una buena razón, tenías miedo de cómo reaccionarían las personas, y yo sentía lo mismo. Además, era tu secreto, no el mío, y nunca podría obligarte a compartirlo.

—Se lo diremos en cuanto tengamos la oportunidad, mañana, si podemos —prometió Jimin.

Jungkook lo miró con preocupación.

—Solo si estás de acuerdo con hacerlo... —dijo con cierta incertidumbre.

Jimin levantó la mano para cubrir la de Jungkook sobre su hombro.

—Lo estoy. Es hora de que sepa todo.

Jungkook se sumió en un silencio reflexivo mientras Jimin pasaba su pulgar sobre los nudillos de Jungkook en un gesto tranquilizador y repetitivo.

—¿Qué le diremos? —se preguntó Jungkook en voz alta, articulando la pregunta que había estado dándole vueltas en la cabeza durante las últimas horas.

—Le diremos absolutamente todo —respondió Jimin sin titubeos. Tal vez había estado pensando en esto tanto tiempo como Jungkook—. Le explicaré todo, desde el día en que viajé hasta el momento en que Evelyn descubrió que puedo regresar. Creo que es la mejor forma de que entienda por qué guardamos el secreto por tanto tiempo —se mordió el labio, de repente mostrando preocupación—. Solo espero que me crea.

—¡Por supuesto que lo hará! —le aseguró Jungkook rápidamente, apretándole el hombro de nuevo—. ¡Claro que te creará! ¿Por qué iba a pensar que estás mintiendo?

Aún mordisqueándose el labio inferior, Jimin se encogió de hombros, su mano deslizándose de la de Jungkook.

—Es una historia bastante fantasiosa.

—Pero es la verdad —afirmó Jungkook, mirándolo directamente a los ojos mientras intentaba tranquilizarlo—. Ella verá que estás diciendo la verdad, y te creará, al igual que yo a ti.

Jimin asintió, pero su expresión seguía teñida de dudas.

—Verás que saldrá bien, Jimin —le aseguró Jungkook en un susurro. Con delicadeza, llevó su mano al cabello de Jimin, deslizando sus ondas hacia atrás con un toque suave. Una sonrisa tierna se dibujó en sus labios al ver cómo Jimin cerraba los ojos, respondiendo a su caricia.

Después de un momento de silencio reconfortante, donde los dedos de Jungkook jugaban con los mechones usualmente endurecidos por el gel, Jimin habló en un murmullo.

—Jungkook...

El pelinegro respondió con un suave tarareo, indicándole que prestaba atención.

—¿Te quedarás aquí esta noche?

El movimiento de la mano de Jungkook se detuvo sobre el cabello de Jimin, su corazón latió con fuerza. Al abrir los ojos, Jimin reveló una mezcla de incertidumbre y esperanza, mientras un ligero rubor coloreaba sus mejillas.

La idea de compartir la cama con Jimin provocaba en Jungkook una oleada de emociones encontradas, unas de emoción y temor se mezclaban. No era la primera vez que compartía cama con otro hombre, y sabía que solo se trataba de dormir, pero la situación le recordaba a sus nervios de su primera noche con Jaehyung. Era el peso de sus sentimientos por Jimin lo que lo hacía sentir así, nunca antes había querido tanto a alguien, y deseaba todo lo que eso implicaba con tal intensidad que cada paso en su relación lo llenaba de timidez y rubor.

Pero no se había dado cuenta de cuánto deseaba esto hasta ahora.

—Sí —respondió Jungkook en un suspiro, cerrando los ojos y acercando sus labios a los de Jimin—. Sí, me quedaré.

El brazo de Jimin se deslizó alrededor de su espalda, atrayéndolo más cerca mientras sus labios se encontraban de nuevo. Jungkook sostuvo la cintura de Jimin, subiendo suavemente por su espalda, terminando por enredar sus dedos en aquellos rizos detrás de su cabeza. Aunque el calor bajo las mantas era casi insoportable, un escalofrío recorrió a Jungkook cuando la lengua de Jimin rozó su labio inferior. Dejó que su pierna se acomodara entre las de Jimin, reprimiendo un gemido de placer al sentir cómo este movimiento los acercaba aún más, sus caderas juntándose. Podía sentir su pecho contra el de Jimin a través de la fina tela de sus camisetas, la suave prominencia de su abdomen. Quería más, pero no estaba tan embriagado por el deseo como para perder toda racionalidad. No quería apresurarse con Jimin, no quería que los hitos importantes de su relación pasaran como un suspiro. Quería que cada momento fuera especial y ocurriera en su debido tiempo. Anhelaba que las 'primeras veces' de Jimin fueran más significativas que las suyas. Jimin merecía eso.

Gradualmente, fue ralentizando los besos hasta hacerlos languidecer. El agarre de Jimin en su espalda se aflojó y Jungkook llevó su mano desde el cabello de Jimin nuevamente hasta su costado, acariciando su cintura, con las yemas de los dedos, rozando el borde inferior de sus costillas. El calor que los había consumido momentos antes se había convertido ahora en una calidez reconfortante.

Jimin dio un último beso a los labios de Jungkook antes de volverse y acurrucar su cabeza en el hueco del cuello de Jungkook. Acercó su nariz a su piel, depositando un beso suave allí.

—Buenas noches, Jungkook —murmuró.

Jungkook sonrió, ya vencido por el sueño.

—Buenas noches, Jimin.



Encontrar el momento adecuado para compartir su historia con Rosé estaba resultando mucho más complicado de lo que Jimin había previsto.

Nunca había reparado en cuánto tiempo ella estaba fuera de casa, siempre tomando por sentado las largas horas que él y Jungkook pasaban solos en el apartamento. Pero ahora, deseando que estuviera en casa al menos unas horas durante el día, se sentía frustrado al enterarse de que no volvería hasta tarde y murmuraba maldiciones cuando, al despertarse, descubría que ya se había marchado. Roseanne Park se estaba convirtiendo en un ser tan escurridizo como una rana.

A esto se sumaba la dificultad de su nuevo empleo, aunque este era un desafío del que se alegraba. Amaba su trabajo, era exactamente lo que había soñado. Los niños y adolescentes a quienes enseñaba eran maravillosos, su nuevo jefe tenía una actitud afable y distendida, y le concedían una libertad considerable para organizar sus clases, lo que le permitía hacerlas lo más gratificantes posible tanto para él como para sus alumnos. Esperaba con entusiasmo ir a trabajar y dedicaba parte de las mañanas laborales a planear sus lecciones, buscando nuevas canciones para sus estudiantes o entreteniéndose en el piano creando arreglos divertidos de diferentes piezas.

Cuando no estaba en su trabajo o planeando sus lecciones, Jimin dedicaba el tiempo que pasaba solo en el apartamento a conseguir su diploma de secundaria. Su curso en línea había comenzado, y aunque ofrecía flexibilidad en la cantidad de trabajo semanal, estaba decidido a terminarlo lo antes posible, invirtiendo muchas horas de estudio cada día. Ayudaba que ya hubiera completado la secundaria y avanzado en una carrera de derecho,

pero gran parte de sus conocimientos estaban obsoletos y el currículo actual le resultaba en su mayor parte difícil de completar.

Jungkook se alegraba enormemente de ver a Jimin tan entusiasmado con su trabajo. Le preguntaba con interés cómo le había ido el día cada vez que Jimin volvía a casa después de dar clases, y sonreía con orgullo cuando Jimin describía con entusiasmo los avances de un niño o cómo un estudiante había interpretado una pieza de manera impecable. También estaba orgulloso del esfuerzo que Jimin ponía en sus estudios y su determinación para ingresar a la universidad. Pero sobretodo, lo que más le llenaba de alegría, era la felicidad de Jimin.

—Lo que más me importa es que estés feliz —le dijo una noche mientras recogían después de la cena—. Que tú seas feliz —le plantó un beso en la mejilla a Jimin antes de volver a los platos que estaba secando.

Debido a sus agendas atareadas, pasaron siete días desde la llamada de Evelyn hasta que Jimin tuvo oportunidad de hablar con Rosé. Ella había regresado a casa tras una reunión sobre sus lanzamientos y, por una vez, optó por pasar una noche tranquila en lugar de salir con amigos, su novio Jaden o la gente del teatro, como era su costumbre.

—Una noche en casa como esta nunca viene mal —explicó Rosé al dejarse caer en el sofá, vistiendo pantalones holgados y un viejo suéter—. Es esencial que reserve tiempo para descansar la mente y crear nuevas composiciones.

Jimin cruzó una mirada discreta con Jungkook. Los ojos de Jungkook se desviaron brevemente hacia donde Rosé estaba acurrucada en el sofá, aún hablando sin parar sobre los beneficios de tomarse una noche libre, y asintió en acuerdo.

Tomando una respiración profunda, Jimin se secó las manos sudorosas en los pantalones. Se recordó a sí mismo, una vez más, que todo iría bien, que esto sería tan fácil como cuando se lo había contado a Jungkook, así que miró a Rosé.

—Rosé...

El tono serio de su voz la hizo detener su charla y mirarlo con curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó con una cautela evidente, como si ya estuviera preparándose para recibir noticias preocupantes o impactantes.

—Eh... —Jimin lanzó una mirada de desamparo hacia Jungkook. Aunque la semana anterior había mostrado confianza al planear qué decir con Jungkook, en realidad, había estado ocultando su preocupación bajo una máscara de valentía. En ese momento, todo había parecido tan directo, simplemente le contaría a Rosé todo lo que le había llevado a estar donde estaba ahora, pero ahora que el momento había llegado, las palabras se le

habían atorado en la garganta y el miedo había apagado todos sus pensamientos, dejándolo mudo y con la mente en blanco.

Jungkook intervino, decidido a ayudar.

—Tenemos algo que contarte, algo que hemos tenido que ocultarte hasta ahora.

Rosé, que había estado relajadamente recostada, se irguió de inmediato y los miró con intensidad.

—¿Me han estado ocultando secretos? —dijo, claramente sorprendida.

—Un secreto, Ros —corrigió Jungkook—. Sólo uno.

—¿Y qué es? —exigió saber—. ¡No puedo creer que hayas guardado secretos conmigo, Jungkook!

Jungkook abrió la boca para hablar, pero Jimin se adelantó. Era su secreto, era él quien había pedido a Jungkook que no lo compartiera, así que debía ser él quien se lo contara a Rosé y asumiera las consecuencias de su reacción, no Jungkook.

—No soy de Connecticut —dijo, observando atentamente a Rosé para captar su reacción. La confusión se reflejó en sus ojos—. En realidad, vengo de Nueva York. Estudiaba en la Universidad de Columbia aquí y vivía justo en las afueras de la ciudad.

—¿Estudiabas...? —repitió Rosé, con una voz que denotaba desconcierto—. ¿Qué...? ¿Por qué mentiste sobre de dónde eras?

Jimin cerró los ojos brevemente, tratando de mantenerse sereno. Cuando los abrió, continuó:

—Mentí porque no es el lugar de donde vengo lo que importa, sino el tiempo.

Rosé lo miró fijamente, su mente claramente intentando descifrar lo que acababa de escuchar.

—No soy de este tiempo, Rosé. Soy del año 1934. Llegué a este tiempo hace varios meses.

Los labios de Rosé se entreabrieron y una sucesión de emociones cruzó su rostro, sorpresa, incredulidad, confusión y sorpresa de nuevo. Jimin le dio un momento para que asimilara sus palabras, resistiendo la urgente necesidad de llenar el silencio con explicaciones apresuradas.

Jungkook permanecía en silencio, tenso, con el aliento contenido mientras esperaba la reacción de Rosé. Su mano buscó la de Jimin, entrelazándose con fuerza.

—¿Es abril? —preguntó Rosé con voz débil.

Confundido, Jimin miró a Jungkook, su expresión reflejaba la misma perplejidad y preocupación que sentía Jimin.

—¿Q-Qué? —tartamudeó Jimin.

Rosé no pareció oírle.

—Esto tiene que ser una broma del día de los inocentes, tiene que serlo.

Jimin apretó la mano de Jungkook con más fuerza, su respiración escapando en un silbido. Este era el escenario que había temido, el que ambos habían temido, que Rosé se negara a creerle, pensando que estaba loco o simplemente bromeando.

—Esto no es una broma, Rosé —dijo Jimin, esforzándose por mantener un tono suave y comprensivo—. Es la verdad. Soy del año mil novecientos...

—¡Mentiroso! —gritó Rosé, interrumpiendo su confesión.

Jimin retrocedió, como si la palabra de Rosé hubiera sido un golpe físico.

—¡Eres un mentiroso! ¡Eres un mentiroso y estás usando a Jungkook! Puede que lo hayas engañado con tus corbatas, tu encanto y ese estúpido reloj de bolsillo, pero no me engañas a mí. Jungkook puede haber sido lo suficientemente crédulo como para creer tu loca historia, pero yo no. Siempre supe que había algo raro en ti y ahora lo confirmo —hizo una pausa para tomar aire, irguiéndose aún más alta—. Ahora lo confirmo —repitió, su voz temblando de rabia—. Eres un farsante. Un mentiroso, un aprovechado y...

—¡Basta ya!

Jungkook se levantó de un salto, liberando su mano de la de Jimin. Lo miraba fijo, sus mejillas enrojecidas, los labios apretados en una línea dura y el pecho subiendo y bajando con cada respiración. Jimin lo observó con una mirada aturdida, sintiendo una extraña desconexión de la escena, como si estuviera viendo una película en lugar de vivirla. Estaba tan asombrado por el arrebató de Rosé que ahora se encontraba en un pequeño estado de shock. Sus peores temores se materializaban y no estaba preparado, no sabía qué decir o hacer para defenderse o para intentar que Rosé viera la verdad.

Afortunadamente, Jungkook no estaba tan sorprendido.

—¡No te atrevas a llamarlo así! No puedo creer que le dijeras algo así.

Rosé también se levantó rápidamente.

—¿Cómo puedes creer su historia loca y absurda? ¿Qué pasó con tu inteligencia, Jungkook?

Los ojos de Jungkook se abrieron aún más.

—¿Qué pasó con la tuya? ¿Qué pasó con tu confianza y lealtad? ¿Por qué no es suficiente para ti que yo crea en Jimin para que sepas que está diciendo la verdad?

—¡Porque te ha engañado, Jungkook! —espetó Rosé, alzando la voz y cerrando los puños a los costados—. Eres demasiado confiado y crédulo cuando ves una cara bonita, ¡mira a Jaehyung! ¡Mira qué estúpido fuiste al creerle a él!

Había cruzado la línea.

La expresión de Jungkook, antes marcada por la ira con los ojos entrecerrados y la boca apretada, se suavizó en una calma acerada, una máscara que apenas contenía su furia y decepción. Sus ojos mostraban una incredulidad ardiente, y emanaba una rabia silenciosa que hizo retroceder a Rosé y Jimin.

Pero Jimin podía ver por el ligero desplome de los hombros de Jungkook y el temblor casi imperceptible de su mano ante las palabras de Rosé, le habían dolido profundamente.

Rosé comprendió de inmediato que había cometido un error grave y trató de retractarse a toda prisa.

—No quise decir eso, yo...

—Jaehyung no tiene nada que ver con Jimin —interrumpió Jungkook con una voz engañosamente serena—. Jimin no es nada como él.

Jungkook siguió defendiendo a Jimin, enumerando todos los errores en los que Rosé había incurrido y destacando todas las diferencias entre Jimin y Jaehyung, subrayando cómo Jimin era superior.

Jimin se mantuvo en silencio, la mirada fija en el suelo, sintiéndose más inútil, menos valioso y herido de lo que recordaba haber estado en años. Para su vergüenza, las lágrimas empañaron su visión mientras escuchaba a Jungkook, ahora intentando convencer a Rosé con argumentos racionales. Sabía que debía hablar, demostrar que no era un mentiroso ni lo que ella había insinuado, pero solo podía quedarse mirando el suelo, en silencio. No se atrevía a abrir la boca o moverse, con el miedo de que cualquier movimiento lo haría

desmoronarse en sollozos, en ese estado, apenas podía controlar el temblor de su barbilla o las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

Mientras Jungkook continuaba explicándole a una Rosé ahora silenciosa, sobre cómo había conocido a Jimin y todo el trabajo de investigación que habían compartido, una lágrima se deslizó por la mejilla de Jimin. El suelo se convirtió en un borrón indistinguible y la voz de Jungkook se desvaneció en un murmullo de fondo. Inmerso en su dolor, Jimin no captó las palabras de su novio explicando lo que él mismo debería haber dicho, ni escuchó la respuesta de Rosé. Jungkook estaba siendo un novio maravilloso y comprensivo, y Jimin no lograba concentrarse en él, en sus palabras, ni en ayudarlo a convencer a Rosé de su historia. Su dolor y su humillación solo se profundizaban.

Lo siguiente de lo que fue realmente consciente, más allá del sentimiento de inutilidad y el punzante dolor de ser tachado de “mentiroso” y “farsante”, fue el contacto de unas manos familiares y cálidas sobre sus rodillas y la voz de Jungkook repitiendo su nombre.

—¿Jimin?

Con un esfuerzo, Jimin levantó la vista para encontrar los ojos de Jungkook. Al ver su rostro, la expresión preocupada de Jungkook se suavizó.

—Oh, Jimin —susurró. Acarició el rostro del rubio con su mano, limpiando la lágrima de su mejilla con el pulgar. Jimin tuvo que morderse el labio para contener un sollozo—. Tuve que decirle a Rosé que te buscara en línea para demostrar de dónde vienes —se disculpó en voz baja Jungkook—. No tenía otra opción, ella se negaba a creerme sin pruebas sólidas— buscó en el rostro de Jimin con ansiedad—. Lo siento.

Jimin sabía que Rosé podía descubrir cualquier cosa en internet, su futura carrera, si se casaría o no, la fecha de su muerte – información que ni él ni Jungkook deseaban conocer, pero si ese era el único modo de convencerla de que decía la verdad, que así fuera. Tendría que pedirle que guardara para sí misma lo que descubriera sobre su futuro y confiar en que lo haría.

Jimin se apegó al toque de Jungkook, aún luchando contra las lágrimas.

—Está bien —le aseguró, su voz rompiéndose en la última palabra mientras un pequeño sollozo escapaba de su boca.

La expresión de Jungkook se entristeció aún más, volviéndose tan dolorosamente desolada que el impulso de esconder su rostro entre sus manos y llorar consumió a Jimin más que las palabras duras de Rosé.

Otra lágrima rodó por su mejilla, y Jungkook la interceptó con su pulgar.

—Lo siento mucho —susurró Jungkook, inclinándose hasta que su frente tocó la de Jimin. Los ojos del rubio se cerraron y movió su mano izquierda de donde había estado agarrando el borde del sofá para colocarla sobre la de Jungkook en su rodilla—. Lo siento tanto, tanto. Nunca pensé que reaccionaría así nunca.

Jimin apretó la mano de Jungkook, intentando comunicarle con ese gesto que no lo culpaba en absoluto. En realidad, ni siquiera consideraba que Rosé estuviera equivocada. Aunque detestaba que dudaran de él y lo llamaran mentiroso, comprendía la resistencia de Rosé a creer su historia, era tan extravagante y fantasiosa que había días en los que él mismo dudaba de su propia historia. Era completamente lógico que ella necesitara pruebas tangibles antes de aceptar su relato. Sabía que había tenido una suerte extraordinaria de que Jungkook le creyera sin cuestionamientos. Era afortunado de haber conocido a Jungkook.

Jungkook frotó su nariz contra la de Jimin, y este sintió cómo sus lágrimas disminuían y el nudo en su garganta se aflojaba. Sus emociones desbordantes se calmaron y el acelerado latido de su corazón comenzó a ralentizarse. Era asombroso que la misma persona que podía hacer que su corazón palpitara, sus nervios se estremecieran y la sangre fluyera rápidamente por sus venas también pudiera calmarlo y apaciguar su tempestad interna. Nunca había imaginado que alguien pudiera ejercer tal influencia sobre él.

El sonido de alguien aclarando su garganta los hizo separarse, Jimin abrió los ojos a regañadientes para ver a una Rosé que mostraba un gesto de arrepentimiento observándolos. Ella retorció sus manos mientras Jimin y Jungkook la miraban con expectación.

—Busqué en internet —dijo ella con una voz que temblaba como una hoja al viento. Un rubor rosado, sutil como el amanecer, tiñó sus mejillas—. Encontré registros de nacimiento y un artículo de periódico sobre un equipo de polo y... —se interrumpió abruptamente cuando Jimin dio un respingo y Jungkook se removió incómodo en el suelo frente a él. Ella tragó saliva, la garganta apretada por la culpa—. Lo siento. Nunca debí dudar de ti, ni gritar, ni... ni acusarte de ser un mentiroso. Pero tienes que entender lo increíble y loco que suena todo lo que me contaste.

Estas últimas palabras las pronunció con una fuerza renovada, casi suplicante. Sus ojos, ahora brillantes de lágrimas, se clavaron en Jimin, mientras sus manos, temblorosas, se retorcían una y otra vez.

—Lo siento tanto, Jimin —susurró, su voz apenas un suspiro. Se sonó la nariz y levantó la barbilla con un gesto de dignidad, la súplica desapareciendo de su tono—. Entenderé si nunca me perdonas.

Se levantó y lo observó un instante más, su mirada cargada de arrepentimiento, antes de asentir y darse la vuelta para marcharse.

—No te preocupes —dijo sin volverse, su voz firme ahora—, no se lo diré a nadie. Y también guardaré para mí lo que encontré en internet.

Estaba casi en el umbral del pasillo que conducía a los dormitorios cuando Jimin se levantó de golpe.

—Rosé, espera.

Rosé se detuvo en el acto, girándose hacia él con una chispa de esperanza apenas contenida en sus ojos.

—Está bien —le aseguró Jimin. Con el rabillo del ojo, percibió a Jungkook mirándolo desde su posición arrodillada en el suelo—. Tienes razón, lo que me pasó es difícil de creer, y fue un error esperar que todos aceptaran mi palabra como única prueba. No puedo culparte por dudar.

—No debería haber dicho esas cosas —murmuró ella, con voz quedada.

Jimin no respondió, no podía estar en desacuerdo con ella, no cuando había encarnado precisamente lo que ella le había acusado de ser, un mentiroso y un impostor, al fingir ser un hombre del siglo veintiuno de Connecticut.

Rosé le ofreció una sonrisa tenue, apenas un sutil curvamiento de los labios.

—Gracias por perdonarme —señaló con un gesto hacia atrás—. Le prometí a Lisa que la llamaría esta noche.

Jimin asintió, sin comprender del todo, mientras Rosé se giraba y se encaminaba hacia su habitación.

Se instauró un silencio breve, luego Jimin volvió su mirada hacia Jungkook. Sus ojos se encontraron en un intercambio prolongado, comunicando sin palabras sus sentimientos y pensamientos compartidos. Lentamente, Jimin se dejó caer al suelo junto a Jungkook. Este extendió su mano y Jimin la tomó, entrelazando sus dedos con los de Jungkook, respondiendo a su sonrisa con una propia. El día no había salido según lo planeado, pero ahora Rosé sabía la verdad. Creía en Jimin, y eso significaba que ya no tendrían que vivir en una farsa dentro de su propio hogar, algo por lo que Jimin había suspirado desde que aceptó su identidad como hombre gay.



Otro mes pasó, el frío se intensificaba mientras el otoño daba paso al invierno.

Jungkook no pudo evitar una sonrisa burlona cada vez que Jimin llegaba del trabajo luciendo ese sombrero que había usado en sus primeros días en la ciudad, pero Jimin siempre tenía la última palabra, observando con satisfacción cómo Jungkook refunfuñaba al tratar de domar su cabello, víctima del viento y la lluvia.

La tensión que había surgido tras la acusación de Rosé hacia Jimin ya se había disipado por completo, y los tres ahora compartían el hogar con mayor comodidad que antes de que se descubriera la verdad. Saber sobre el secreto de Jimin había permitido a Rosé relajarse en su presencia, y él pasó de verla como una simple conocida a considerarla una verdadera amiga.

Unos días después de que Rosé supiera la verdad, Jungkook abordó el tema de que Jimin conociera a su padre y su madre. La perspectiva de conocer a la familia de Jungkook llenaba a Jimin de nerviosismo hasta el punto de sentir náuseas, pero tenía un respiro antes del encuentro, con la familia de Jungkook aún en Canadá y todos enfrascados en sus trabajos, la reunión se pospondría hasta la temporada navideña, cuando ellos vendrían a visitar Nueva York.

El trabajo de Jimin en la tienda de música seguía siendo una delicia diaria, sin un solo día que no disfrutara. Sus alumnos continuaban avanzando y su jefe le había informado de los numerosos elogios que recibía de los padres de los estudiantes más jóvenes.

Cuando recibió su primer cheque, la emoción lo invadió. Hasta ese momento, prácticamente había olvidado que le pagaban por dar esas clases, tanto le gustaba su empleo que no se sentía como trabajo. El día del primer pago, invitó a Jungkook a cenar, encontrando una gran satisfacción en pagar la cuenta con su propio dinero.

—Esto es mi manera de devolverte algo por todo lo que has hecho por mí —le dijo a Jungkook mientras salían del restaurante de la mano, saciados de comida italiana y con el sabor del tiramisú compartido aún en sus bocas.

Se detuvieron en una esquina, esperando que pasara el tráfico para cruzar, y Jungkook, con una sonrisa entre emocionada y cariñosa, se volvió hacia Jimin.

—Jimin, esto fue una cita —dijo mientras ajustaba el nudo de la corbata de Jimin con un pequeño tirón y luego lo guiaba al otro lado de la calle.



Una semana después, Rosé tuvo una revelación que la hizo jadear en medio de la película que estaban viendo.

Jimin, preocupado, giró la cabeza hacia ella, mientras Jungkook le lanzaba una mirada de reproche.

—Acabas de arruinar una de las mejores frases de la—

—Me acabo de dar cuenta de algo —lo interrumpió Rosé, sin prestar atención a las palabras de Jungkook.

Señalando hacia el televisor con gestos exagerados, Jungkook le lanzó una mirada fulminante a Rosé, pero al ver que ella seguía ignorándolo, soltó un suspiro profundo y pausó la película.

—No has ido a ninguna de nuestras presentaciones, te gusta la música, eres músico, y allí somos músicos —dijo Rosé, indicando a Jimin con un pequeño gesto de la mano—. Nunca me has visto cantar.

—Yo... —Jimin miró a Jungkook, confundido sobre por qué esto era un problema tan grande. Jungkook puso los ojos en blanco en su dirección.

—No puedo creer que nunca haya pensado en esto antes —continuó Rosé, con visible emoción—. Conseguiré entradas para que tú y Jungkook vengan a un espectáculo esta semana —asintió y luego volvió su atención al televisor con anticipación.

Jungkook reanudó la película mientras Jimin, desconcertado, se giraba hacia él. Jungkook se limitó a encogerse de hombros, y Jimin tuvo la sensación de haber sido arrastrado a algo que no había planeado, aunque, en realidad, la idea de ver a Rosé cantar no le disgustaba, más bien, despertó su curiosidad.



Al día siguiente, Rosé llegó a casa del trabajo con las entradas para que Jungkook y Jimin asistieran al espectáculo esa misma noche. Jimin nunca había visto a alguien tan ansioso y emocionado por compartir su actuación. Había oído su voz las veces suficientes como para saber que era excepcional y esperaba que su nivel en el escenario estuviera a la altura, no quería tener que disimular su opinión sobre el desempeño de Rosé, ya había tenido suficiente de mentiras.

Jimin seguía dándole vueltas a ese pensamiento mientras se arreglaba para salir la noche siguiente. Él y Jungkook habían decidido convertir la ocasión en una cita, así que planearon ir a cenar antes del espectáculo. Había elegido su atuendo más temprano con cuidado y ahora, de pie frente al espejo de cuerpo completo, se complacía con su elección. Los pantalones de vestir gris oscuro combinaban perfectamente con la camisa azul, de la cual, tras un momento de reflexión, había decidido enrollar las mangas, y su corbata gris

completaba el conjunto de manera impecable. Aún encontraba un poco extraño no usar chaqueta y chaleco siempre, pero tenía que admitir que prefería la moda contemporánea. Ofrecía mucha más variedad y libertad, y como Jungkook había comentado meses atrás, era mucho más cómoda.

Le dio un último toque a su corbata antes de dirigirse a la sala de estar para esperar a Jungkook. Caminaba de un lado a otro, demasiado entusiasmado y lleno de energía como para sentarse.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho, pues Jungkook apareció de su habitación después de solo unos minutos de sus inquietos pasos, luciendo impecable con pantalones negros al cuerpo, una camisa gris que realzaba su buen físico, y una elegante corbata negra delgada.

Sus ojos se nublaron levemente al ver a Jimin junto al sofá.

—Estás hermoso —dijo Jungkook, con la voz entrecortada por la emoción.

El corazón de Jimin se elevó y una cálida sensación inundó su estómago. Antes de conocer a Jungkook, nadie lo había considerado hermoso. Para él, ser llamado hermoso era uno de los mayores elogios, ya que no se refería solo a la apariencia física, incluía confianza, felicidad y un matiz de amor, era una combinación de personalidad, conexión y belleza externa. La belleza no era algo superficial.

Sintió el impulso de bajar la mirada, pero el rubor en sus mejillas y una sonrisa tímida revelaron su alegría.

—Tú también —le dijo a Jungkook con sinceridad.

Jungkook le devolvió la sonrisa.

—¿Listo para irnos?

Recogieron sus abrigos y Jungkook se envolvió con una bufanda, Jimin había notado el cariño de Jungkook por las bufandas, era alguien friolento en días gélidos. Se tomaron de la mano mientras descendían en el ascensor y tomaban un taxi hacia el corazón de la ciudad.

Jungkook había elegido un restaurante, y por esa razón insistió en pagar la cena. Mientras rechazaba el quinto intento de Jimin de hacerse cargo de la cuenta, le sugirió que no gastara todo su sueldo en él. Había cosas que Jimin querría adquirir para sí mismo y también debería estar ahorrando para sus estudios, no debía derrochar todo su dinero en citas y regalos. Jimin protestó con un gruñido, pero al final aceptó la derrota, permitiendo que Jungkook pagara, y luego lo siguió fuera del restaurante hacia el teatro.

La actuación de Rosé se presentó en uno de los teatros menores de Broadway, pero aun así, la entrada estaba repleta de gente, extendiéndose hasta el interior del teatro para ocupar sus asientos. Rosé había conseguido para ellos asientos privilegiados justo en el centro, garantizando una vista perfecta del escenario. Con ganas de ver el nombre y el perfil de Rosé en el plantel, Jimin ojeó con entusiasmo tan pronto se sentaron, mientras que Jungkook, ya familiarizado con todo esto, se entretenía con su teléfono.

Cuando las luces se apagaron y el murmullo de la audiencia disminuyó, Jimin sintió un torrente de emoción. Siempre había adorado la atmósfera de los espectáculos en vivo, esa sensación de comunión. Su estómago dio un vuelco emocionado y una sonrisa irrefrenable se dibujó en su rostro al ver a Rosé pisar el escenario, allí estaba su amiga, brillando bajo los focos.

La actuación lo dejó completamente asombrado, no solo por Rosé, sino por todos sus compañeros. Ya sabía que era una cantante excepcional, pero su actitud y su emoción también eran de primer nivel. Se sintió culpable por haber dudado alguna vez de sus capacidades, creyendo que podría tener una autoestima inflada, y se alegró de que sus dudas hubieran sido desmentidas.

Rosé les había pedido que la visitaran tras bambalinas después del espectáculo, así que, apenas terminó el saludo final, con las luces ya encendidas y el público comenzando a salir, Jungkook y Jimin se dirigieron al camerino de Rosé. La encontraron sentada, revisando su teléfono y tomando agua de una botella. Dejó a un lado el móvil cuando ellos entraron en el pequeño espacio.

—Me encantó —dijo Jimin, rebosante de entusiasmo—. Lo hiciste increíble, una voz sobresaliente.

Rosé le ofreció una sonrisa radiante.

—Gracias por las entradas, fue un espectáculo maravilloso —repitió Jimin.

Rosé hizo un gesto con la mano, desestimando sus agradecimientos.

—Me gusta invitar a todos mis amigos. Hablo tanto de mi carrera que se merecen verlo —miró su teléfono cuando este vibró en la mesa detrás de ella—. Algunos compañeros me invitaron a tomar algo esta noche y me preguntaba si querrían unirse —dijo, asintiendo hacia Jungkook—. Jungkook los conoce y están ansiosos por conocer a su novio.

Jimin miró a Jungkook mientras Rosé los observaba con expectación. No le importaba realmente si iban o no, si Jungkook quería ir, él estaría encantado de acompañarlo. Nunca había salido a tomar algo en su vida, en su época, el alcohol era ilegal, así que nunca había sido una opción. Esto significaba que no solo desconocía cómo era un bar, sino que

tampoco tenía experiencia alguna con el alcohol. Sabía por historias de los fabricantes de brandy casero que rondaban los callejones de la ciudad que el alcohol no siempre sacaba lo mejor de las personas, pero esperaba que, manteniendo la bebida a un par de copas, podría evitar problemas.

Jungkook sostuvo su mirada por un instante antes de encogerse de hombros y dirigirse a Rosé.

—Claro, iremos.

La sonrisa de Rosé se ensanchó aún más.

—¡Genial! Déjame cambiarme y luego nos vamos.

Jungkook se dirigió a la puerta, seguido por Jimin.

—Te esperamos afuera.

Ya en el pasillo, Jungkook colocó una mano en el brazo de Jimin.

—¿Estás bien en salir con los amigos de Rosé? Son bastante agradables, aunque un poco ruidosos.

Jimin asintió.

—Está bien —hizo una pausa—. Nunca he estado en un bar ni nada similar, pero... estoy de acuerdo.

Jungkook lo miró con sorpresa.

—¿Nunca has...? —luego, la comprensión lo iluminó—. Ah, claro. No importa. No tienes que beber alcohol si no quieres.

Jimin se encogió de hombros.

—Ya veremos. Es parte de tu cultura, ¿no? Debería probarlo si quiero integrarme en esta época.

Jungkook frunció el ceño.

—No creo que—

Tomando la mano de Jungkook, Jimin le ofreció una sonrisa.

—Solo estaba bromeando —movió sus manos unidas suavemente entre ellos—. ¿No tienes amigos con los que salgas a tomar algo? —preguntó de pronto, pensativo—. Desde que vivo contigo, no te he visto salir con nadie más que conmigo.

—No he salido con nadie más que contigo, desde las personas que me presentó Rosé o desde que Jaehyung se fué —admitió Jungkook en voz baja—. Pero quizá me debería empezar a reunir de nuevo con mis amigos de la universidad.

Jimin le ofreció una sonrisa de ánimo.

—Creo que deberías hacerlo.

Rosé se les unió poco después y emprendieron el camino.

El bar elegido por Rosé y sus amigos no estaba lejos del teatro, ubicado en una zona destacada, así que tuvieron que abrirse paso entre la multitud que se amontonaba en la puerta. Una vez dentro, Jimin exploró el lugar con curiosidad.

Era un sitio amplio y de moda, con dos pisos, pero aun así repleto de gente, la mayoría jóvenes y con atuendos impecables. El bar era extenso, atendido por varios empleados que manejaban los pedidos y preparaban bebidas a una velocidad impresionante. La luz era tenue, proyectando sombras en los rincones, y la música resonaba fuerte, con el bajo marcando el ritmo por encima del murmullo. Las paredes exhibían arte abstracto, con luces de formas alternas que iluminaban las mesas de abajo. Jimin se sintió de inmediato un poco agobiado por la claustrofobia.

Rosé se puso de puntillas, tratando de ver por encima de la multitud que hablaba y bebía en grupos. Miró brevemente hacia atrás.

—¡Voy a buscarnos una mesa! —gritó sobre el estruendo de la música antes de perderse entre la gente.

Con escepticismo, Jimin la siguió, con Jungkook a su lado. No creía que hubiera una mesa libre con tanta gente de pie o apoyada en el bar y las paredes. Por eso, se sorprendió cuando escuchó a Rosé llamarlos y, al volverse, la vio sentada en una mesa vacía, haciéndoles señas.

Jungkook estaba igual de sorprendido.

—¿Cómo conseguiste esto? —preguntó mientras se acomodaba en el asiento frente a ella, con Jimin a su lado.

Rosé esbozó una sonrisa misteriosa.

—Tengo mis trucos.

Jungkook frunció el ceño ligeramente, a punto de seguir interrogándola, pero fue interrumpido por la llegada de dos jóvenes, una castaña y otra de cabello negro, que Jimin reconoció del espectáculo, eran amigas y compañeras de Rosé.

—¡Hola, Jungkook! ¡Cuánto tiempo sin verte! —saludó la de cabello negro al lado de Rosé, quien se desplazó para hacer espacio para la otra chica. Luego, dirigió su amplia sonrisa hacia Jimin—. Así que este debe ser el novio del que tanto hemos oído hablar.

Jimin carraspeó con nerviosismo, el sonido apenas audible sobre la música atronadora.

—Jimin Park —dijo, extendiendo su mano primero a la mujer que había hablado, y luego a su amiga, saludándolas con un apretón de manos—. Es un placer conocerlas.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada fugaz.

—No exageraste, ¿verdad, Rosé? —comentó la de cabello castaño. Sonrió a Jimin—. Encantada de conocerte. Soy Jennie.

—Jisoo —se presentó la de cabello negro. Observaba con entusiasmo entre Jungkook y Jimin, como un pájaro contemplando dos gusanos apetecibles que de repente hubieran emergido del suelo—. Voy a pedir unas bebidas para todos, y cuando vuelva quiero que me cuenten cómo se conocieron —se levantó, rozando a Jennie, y miró alrededor de la mesa—. ¿Qué tomarán todos...? ¿lo de siempre?

Tres asentimientos respondieron a su pregunta, y Jimin comenzó a sentir un pánico silencioso, sin saber qué pedir.

La mirada de Jisoo se dirigió hacia él.

—¿Jimin?

Tratando de ocultar su pánico, Jimin le lanzó una mirada de súplica a Jungkook, esperando ayuda, pero Jungkook no lo miró, estaba inclinado sobre la mesa hablando con Rosé.

Con una sonrisa forzada, Jimin volvió a mirar a Jisoo.

—Y-yo... lo mismo que Jungkook —tartamudeó, sintiendo cómo sus mejillas se calentaban. Agradeció a la tenue luz por disimular su sonrojo mientras Jisoo se dirigía al bar.

Mientras ella se ausentaba, la conversación giró en torno al espectáculo y Jimin empezó a relajarse, la música alta ya no resonaba tanto en su cabeza. Aunque no le gustaba tener que gritar para ser oído sobre el ruido del bar, cuanto más se acostumbraba, menos lo molestaba.

Rosé estaba hablando de la dificultad de una de las canciones que interpretaba en el show cuando Jisoo regresó, llevando con equilibrio los cinco vasos.

—He practicado bastante —explicó al ver la mirada de asombro de Jimin. Se sentó junto a Jennie—. ¿Qué me perdí?

Mientras Rosé le resumía la conversación que habían tenido en su ausencia, Jimin observó con curiosidad la bebida que le habían servido, el líquido brillaba de manera poco natural bajo las luces del bar.

Jungkook se inclinó hacia él.

—Es bueno, te lo prometo.

Jimin examinó la bebida un poco más antes de levantar el vaso y probarla con cautela. Una dulzura frutal estalló en su lengua acompañada de un sabor extraño, casi ardiente. Nunca había probado algo semejante. Levantó la vista del vaso y vio a Jungkook.

—¿Te gusta?

Jimin se encogió ligeramente de hombros con sus ojos bien abiertos.

—Es bastante bueno.

Del otro lado de la mesa, Jisoo dejó su vaso y se apoyó en sus codos, observando a Jungkook y Jimin con interés.

—¿Entonces, cómo se conocieron? —preguntó con entusiasmo.

Jungkook y Jimin intercambiaron una mirada.

—Nos encontramos por casualidad en una cafetería —respondió Jungkook, recurriendo a la verdad a medias que habían compartido con Rosé meses atrás—. Después de aquella primera vez, lo veía siempre en la misma cafetería, todas las mañanas. Nos fuimos conociendo, y luego lo invité a cenar.

Jimin le ofreció una sonrisa afectuosa a Jungkook mientras las chicas suspiraban encantadas. Recordar aquellos encuentros en la cafetería, cuando ver a Jungkook cada mañana le aliviaba el miedo y le daba un motivo para salir de su habitación de hotel, le llenaba de calidez. Esos encuentros eran el destello de luz en su mirada sobre el mundo en el que vivía, y siempre guardaría esos recuerdos con cariño.

Jennie lo miraba con curiosidad.

—Cuéntanos sobre ti, Jimin. ¿Eres estudiante o trabajas en la ciudad?

El corazón de Jimin se desplomó, la calidez feliz que lo había envuelto se desvaneció en un instante. Debería haberlo previsto, los amigos de Rosé, querrían saber más sobre él, su trabajo, sus estudios... volvía a los viejos hábitos de decir mentiras.

La tensión se apoderó nuevamente de sus músculos, y su sonrisa se congeló en una máscara forzada. La música, ahora ensordecedoramente alta, retumbaba con un bajo profundo mientras una voz femenina repetía incesantemente las mismas letras. Alguien empujó su mesa al abrirse paso entre la multitud, y la claustrofobia comenzó a apoderarse de él una vez más.

—Jungkook y Rosé bebían sus tragos mientras Jimin recitaba las mismas historias que había usado antes de confesarles la verdad. Jennie y Jisoo no dejaban de lanzarle preguntas, y las palmas de Jimin se humedecieron en el sudor del nerviosismo. Él detestaba esto, detestaba tener que inventar una vida ficticia cuando debería ser libre de ser él mismo. No había escapado de la prisión como para usar máscaras y engaños.

La música era un torbellino de sonidos ajenos, su bebida brillaba con un color fluorescente extraño, el bar bullía con demasiada gente, cuerpos amontonados en el espacio insuficiente, y ahí estaba él, mintiendo de nuevo, esforzándose por ocultar que era un hombre de los treinta perdido en el siglo veintiuno. La sensación abrumadora lo invadía.

Con las manos temblando, Jimin intentó seguir la conversación, pero ya habían derivado hacia temas que le eran completamente extraños, llenos de nombres y lugares que no reconocía. Su angustia alcanzó un punto de no retorno.

Jimin se puso de pié de un salto. La conversación en la mesa se detuvo abruptamente y todas las miradas se posaron en él, los ojos de Jungkook comenzaron a florar en preocupación.

—Necesito un poco de aire —les dijo.

Rosé, Jisoo y Jennie lo observaron mientras se deslizaba fuera de la mesa.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Jungkook, su mano ya apoyada en la mesa, listo para levantarse. La inquietud en sus ojos era palpable.

Jimin negó con la cabeza, intentando mostrar tranquilidad con su mirada.

—No, está bien. Es que aquí hace bastante calor, eso es todo. Volveré en unos minutos.

Sintió la mirada preocupada de Jungkook en su espalda mientras se abría paso entre la multitud. Al ver las puertas, apresuró el paso, casi corriendo alrededor de un último grupo

de personas antes de atravesar el umbral y salir a la calle.

El aire frío de la noche golpeó sus mejillas enrojecidas, su respiración entrecortada formaba nubes de vapor frente a él, pero apenas notaba el frío mientras se apoyaba contra la pared junto a la puerta del bar, habiendo dejado su abrigo dentro. Cerrando los ojos, intentó calmar su corazón acelerado y sus manos temblorosas, pero la verdad que lo llevó hasta aquí no era fácil de ocultar. No pertenecía a este lugar.

No era una sorpresa para él, desde que descubrió que estaba atrapado en el futuro, sabía que no encajaría, pero que nunca lo había sentido tan profundamente. Siempre había sido un pensamiento en lo profundo de su mente, uno pequeño y fácil de ignorar, hasta esa noche.

Por alguna razón, esa noche marcó su límite. Estar en un bar con amigos de Rosé, una noche típica para cualquier grupo de jóvenes en la ciudad, le reveló lo fuera lugar que estaba, lo ajeno que se sentía. Y no veía cómo podría cambiar eso. Incluso si pasara otros treinta años en esa época, construyendo una vida allí y aprendiendo las costumbres, estaba seguro de que siempre se sentiría ajeno. De vez en cuando, algo siempre lo sacaría de su zona de confort, recordándole que no debería estar allí. Esa sensación persistente de no pertenecer seguiría presente.

Exhaló con temblor, el bajo de la música que aún retumbaba en el bar se sentía a través de las paredes, sincronizándose con el pulso creciente de su dolor de cabeza. Con los ojos apretados, se llevó una mano a la cara, deseando nada más que regresar a casa, acurrucarse junto a Jungkook y dejar que el sueño borrara ese malestar y los pensamientos intensos. Anhelaba hundir su rostro en el cuello de Jungkook, envolverse en su aroma tranquilizador hasta que el amanecer aclarara su mente.

—Jimin, ¿estás bien? —la voz de Jungkook lo trajo de vuelta, acompañado por el toque suave de una mano en su brazo. Al abrir los ojos, encontró a Jungkook observándolo, con una arruga de preocupación en la frente.

Rápidamente, Jimin intentó suavizar su expresión. No quería que Jungkook se enterara de sus pensamientos hasta estar seguro de que tenía la mente clara y sus ideas eran definidas.

Forzó una sonrisa.

—Estoy bien. No estoy muy acostumbrado a este tipo de lugares, tan llenos y ruidosos —señaló con un gesto hacia la puerta del bar.

Jungkook lo estudió por un momento, y Jimin contuvo el aliento, temiendo que su mentira fuera descubierta y Jungkook insistiera en saber qué realmente le perturbaba.

Soltó un suspiro de alivio cuando vio que Jungkook le ofrecía una sonrisa de disculpa.

—Ya sé que no es para todos —dijo Jungkook—. Lo siento por haberte traído aquí. Si quieres, podemos irnos ahora.

Jimin rechazó la oferta con un gesto de la mano.

—Estaré bien. No has tenido la oportunidad de ver a tus amigos ni salir así en un tiempo. Disfruta, volveré en un minuto.

Cuando Jungkook no hizo ademán de regresar al interior, y su mirada preocupada persistía sobre él, Jimin añadió:

—Estoy bien, Jungkook, de verdad.

—Está bien —respondió Jungkook, aunque su voz no ocultaba el escepticismo. Le dio un suave apretón en el brazo antes de soltarlo—. No nos quedaremos mucho tiempo más. Vuelve cuando te sientas mejor.

Jungkook se inclinó y le dio un beso en la mejilla, tan tierno como una caricia, antes de desvanecerse de nuevo en el bullicio del bar.

En cuanto Jungkook se fue, Jimin cerró los ojos, dejando que su cabeza descansara contra la pared. Respiró hondo, intentando despejar la inquietud que lo invadía.

Al abrir los ojos de nuevo, el mundo moderno que lo rodeaba aún le parecía tan extraño. Habían pasado meses desde que llegó, pero seguía sintiéndose perdido, tan desorientado como el primer día. No sabía cómo encajar en esta época.

Exhaló un largo suspiro, observando cómo se esfumaba en el aire, hasta que se le ocurrió un pensamiento perturbador. ¿Y si su malestar se debía a que estaba alterando el equilibrio natural del mundo? Había irrumpido en algo grande al venir aquí, o alguna fuerza, y al quedarse, probablemente continuaba desestabilizando algo. Las leyes del universo dictaban que no pertenecía a este tiempo, y nunca lo haría, sin importar cuánto permaneciera aquí o si lograra mimetizarse con la sociedad actual. Esa verdad lo sacudió.

Permaneció fuera del bar, sin mirar nada en particular, luchando contra la creciente idea que lo asaltaba. Cuando su respiración se calmó y su pulso se normalizó, decidió regresar adentro, consciente de que Jungkook estaría inquieto por su ausencia. Al acercarse a la mesa, vio a Rosé riendo con Jennie y Jisoo, pero Jungkook jugueteaba con su vaso, sus ojos nerviosos buscando entre la multitud. Al llegar Jimin, Jungkook le dedicó una mirada intensa, preocupada.

—Estoy bien —dijo Jimin antes de que Jungkook pudiera formular la pregunta.

Jungkook no parecía convencido, pero se movió para dejarle espacio a Jimin.

Jimin intentó aparentar naturalidad, pero Jungkook sabía que algo no iba bien, sus miradas furtivas y el ceño preocupado lo delataban. Tras unos cinco minutos, Jungkook se inclinó hacia él.

—¿Quieres ir a casa? —le susurró al oído.

Un estremecimiento recorrió a Jimin, acelerando su pulso hasta un ritmo incómodo. Trató de tragar saliva.

—Estoy bien —repitió, su voz temblando a pesar de su esfuerzo por mantenerla firme—. Podemos quedarnos el tiempo que quieras.

Jungkook negó con la cabeza.

—Nos vamos a casa —se levantó, tomando la mano de Jimin y tirando de él para que se pusiera de pie. Las tres chicas interrumpieron su charla para observarlos.

—Nos vamos a casa —anunció Jungkook—. Jimin tiene un poco de dolor de cabeza. Nos vemos luego.

Rosé se inclinó hacia adelante, como si fuera a decir algo, pero Jungkook ya había sacado a Jimin de la mesa.

La cortesía innata impidió que Jimin se fuera sin más, así que miró hacia atrás y gritó:

—Fue un placer conocerlas.

Salir del bar fue, una vez más, un alivio para Jimin. Sin embargo, el trayecto silencioso en taxi a casa fue otra historia. El silencio le daba a Jimin demasiado espacio para merodear en sus pensamientos, permitiendo que esa inquietante verdad se hiciera más fuerte.

El pulgar de Jungkook acariciaba su mano en un intento de consuelo, pero para Jimin, cada caricia era un recordatorio doloroso de lo que tenía aquí y nunca tendría en su propia época. Sabía que Jungkook aguardaría hasta que estuvieran en casa para indagar en lo que realmente lo perturbaba, pero Jimin deseaba que su novio dijera algo, cualquier cosa, para romper ese silencio tan opresivo. Habría hablado, pero tenía la garganta tan apretada que las palabras no salían.

Logró tragar saliva a pesar de la opresión cuando llegaron al apartamento y Jungkook se volvió hacia él.

—Bien, ¿qué sucede realmente? —preguntó Jungkook, su preocupación tan evidente que Jimin sintió cómo se desvanecía su intento de fingir su dolor de cabeza.

Jimin se masajeó su sien, el punto donde el dolor de cabeza comenzaba a hacerse más real.

—A veces siento que esto está completamente mal, simplemente no pertenezco a esta época. Me siento tan fuera de lugar, tan abrumado por todo esto.

La expresión de Jungkook se suavizó.

—Jimin... —se acercó y lo abrazó, un gesto que Jimin recibió con gratitud, aferrándose a él con desesperación—. Olvido lo difícil que debe ser para ti, no es solo obtener los documentos adecuados y aprender lo suficiente para pasar por uno de nosotros —le acarició la espalda mientras Jimin cerraba los ojos, apoyando la mejilla contra el cuello de Jungkook—. Si vuelves a sentirte así, por favor, dímelo. Haré lo que pueda para ayudarte. Podemos hablar o simplemente pasar el día juntos en el sofá, lo que necesites para sentirte mejor —se separó ligeramente y le dio un beso rápido—. Quiero que estés feliz.

Jimin sintió un latido sordo en el pecho al escuchar esas palabras. Respiró hondo, con un temblor, intentando no prestarle atención.

—¿Podemos... ir a la cama? Solo quiero acostarme y estar... contigo.

Jungkook asintió sin dudarlo, ofreciéndole una sonrisa suave.

—Por supuesto, cariño —tomó la mano de Jimin y lo condujo por el pasillo, deteniéndose frente a la puerta de su habitación, con una expresión de pregunta.

—Tu habitación, por favor —susurró Jimin.

Jungkook asintió de nuevo y, soltando la mano de Jimin.

—¿Te gustaría cambiarte primero?

—Vuelvo en unos minutos —dijo Jimin, antes de dirigirse rápidamente a su cuarto para ponerse su ropa de dormir y cepillarse los dientes.

Al regresar a la habitación de Jungkook, tocó la puerta con cuidado, por si estaba cambiándose, y lo encontró aplicándose crema en las mejillas. Con un gesto, Jungkook señaló la cama.

—Elige el lado que prefieras. Estaré en unos segundos.

Con las mejillas sonrojadas, Jimin observó la cama por un instante antes de optar por el lado izquierdo, donde la almohada parecía menos usada, deduciendo que Jungkook dormía del otro lado. Se deslizó bajo las sábanas, temblando un poco por la frescura de estas, y se

tumbó, respirando hondo el aroma de Jungkook, que era especialmente intenso en su cama. Cada respiración profunda ayudaba a disipar parte de su tensión.

Jungkook volvió del baño momentos después, sonriendo al ver a Jimin acurrucado en su cama. Apagó la luz, se metió en la cama junto a él y se giró para quedar cara a cara en la penumbra. Vio cómo Jimin jalaba las mantas hasta su cuello.

—¿Tienes frío? —susurró Jungkook, la oscuridad haciéndolo hablar apenas más fuerte que un suspiro. Sin esperar respuesta, se acercó más, envolviendo un brazo alrededor de la cintura de Jimin y enredando sus piernas. Dio un pequeño sobresalto cuando el pie de Jimin tocó una zona descubierta sobre su tobillo.

—Perdón —murmuró Jimin, consciente de que sus pies estaban congelados. Apartó el pie para no incomodarlo.

Jungkook solo sonrió, acercándose más para rozar su nariz con la de Jimin.

—¿Quieres hablar o prefieres dormir?

—Dormir —respondió Jimin sin dudar. Quería evitar pensar si era posible.

Jungkook lo besó dulcemente, sus labios manteniéndose sobre los de Jimin antes de retirarse.

—Buenas noches, Jimin.

—Buenas noches —respondió Jimin en un susurro.



Jungkook estaba preocupado.

La mañana siguiente a que Jimin confesara sus luchas por adaptarse al futuro, había sido demasiado brillante y alegre, preparando el desayuno para Jungkook y cantando con suavidad mientras ordenaba el apartamento con una sonrisa constante pegada a su rostro.

Rechazó todas las veces que Jungkook trató de abordar la conversación de la noche anterior, alegando que ahora estaba bien y que solo había sido un momento de excesos de pensamientos. Parecía feliz, relajado y normal. Pero Jungkook sabía que no era así.

Cada vez que Jimin pensaba que Jungkook estaba distraído, su sonrisa desaparecía y una arruga de preocupación se formaba en su frente. A veces, cuando Jungkook lo miraba, un destello de dolor y desasosiego cruzaba los ojos de Jimin antes de que la sonrisa volviera a

su lugar. Era evidente que la sensación de no pertenecer aún lo perturbaba, y lo que más inquietaba a Jungkook era que Jimin no quisiera abrirse sobre ello.

No quería que existiera esa barrera entre ellos. Deseaba que ambos se sintieran cómodos compartiendo todo, especialmente aquello que les preocupaba. Nunca había sido un problema en su relación antes, lo cual solo podía significar que lo que Jimin guardaba para sí era algo que temía podría herir a Jungkook.

Solo había una cosa que Jungkook podía imaginar que encajaba. Su corazón se contrajo dolorosamente al pensarlo.

Decidió enfrentar a Jimin de nuevo sobre esto, tenía que intentar que hablara de lo que le preocupaba. Odiaba más saber que Jimin estaba angustiado que la posibilidad de enfrentar la causa de su malestar. Necesitaba hablar con Jimin.

La oportunidad llegó durante una cena, una noche en que Rosé estaba trabajando y el apartamento estaba en silencio, solo interrumpido por el tintineo de los cubiertos y la voz de Jimin mientras terminaba de relatar su tarde en el trabajo. Jungkook esperó a que Jimin terminara de hablar y tomara un sorbo de su bebida antes de retomar el tema.

—Jimin —dijo, tratando de sonar firme aunque su voz salió tanteando.

Al tragar un poco de su bebida, Jimin levantó las cejas en señal de pregunta.

Jungkook jugueteó con un guisante en su plato, resistiendo el impulso de bajar la mirada.

—Creo que necesitamos hablar sobre la otra noche, la noche que fuimos al show de Rosé —aclaró.

Jimin dejó su vaso sobre la mesa y abrió la boca para replicar con lo que Jungkook sabía sería otro comentario vago y tranquilizador, como los que había estado dando desde la mañana siguiente, pero Jungkook no le dio la oportunidad.

—No me digas que no es nada. Sé que te ha estado afectando desde entonces. He notado tu preocupación y tristeza cuando crees que no te miro.

La expresión de Jimin se desmoronó y se removió incómodo en su asiento, sus ojos desviándose hacia un lado como si deseara poder escapar de la conversación.

Jungkook dejó sus cubiertos y apoyó los codos en la mesa, mirándolo con súplica en sus ojos.

—No quiero que sientas que tienes que ocultarme cosas. Quiero que seamos abiertos y honestos el uno con el otro, especialmente si algo nos afecta.

Jimin se mordió el labio y asintió.

—No quería... —se interrumpió, con una expresión de dolor—. Es mi problema, algo que debo resolver en mi mente, así que no quería molestarte con esto —dijo en voz baja.

Jungkook deseaba estirarse y tomar su mano, pero Jimin las había dejado caer en su regazo. En su lugar, se inclinó un poco más hacia adelante.

—Jimin, cariño, tus problemas también son míos. Cuando tú estás disgustado, yo también lo estoy. ¿Cómo podría estar feliz sabiendo que algo te entristece? —una esquina de su boca se levantó en una pequeña, triste sonrisa—. Prefiero mil veces que compartas tus problemas conmigo para poder ayudarte. Además, siempre he encontrado que hablar de mis preocupaciones con alguien me hace sentir mucho mejor.

Jimin asintió, con una nueva expresión de dolor en su rostro.

—Tienes razón, lo siento. Estoy tan acostumbrado a guardármelo todo y a no compartir... —encontró la mirada de Jungkook—. Que cada vez que alcanzaba mi límite, salía a caminar con Taemin por la ciudad y descargaba todo lo que me había estado molestando en el último mes. Siempre me sentía mal por hacerlo, pero era inevitable —se encogió de hombros ligeramente—. Supongo que ahora estaría haciendo lo mismo contigo.

Jungkook le ofreció una sonrisa de ánimo y Jimin asintió ligeramente, como si se convenciera a sí mismo de abrirse con Jungkook.

—Me preocupa que vivir aquí pueda ser mucho más difícil de lo que esperaba, y que tal vez no pueda cumplir todos mis sueños como pensaba —dijo Jimin, encogiéndose de hombros con resignación, la mirada fija en su regazo—. Puede que no haya pensado en esto lo suficiente.

Cada músculo del cuerpo de Jungkook se tensó, su corazón pareció detenerse, y todo alrededor se congeló mientras esperaba la siguiente frase, la confesión que seguiría a las palabras de Jimin. De repente, su cuerpo se sintió frágil, y tuvo una imagen vívida en su mente de sus manos sosteniendo un corazón de porcelana delicado, propenso a las grietas y a romperse.

Afortunadamente, su mente mantuvo la compostura. Esperó mientras los ojos de Jimin buscaban los suyos, llenos de conflicto. Esperó, pero la confesión nunca llegó.

—No he podido dormir bien por esto —continuó Jimin, su voz ligeramente temblorosa—. Creo que el cansancio lo empeora, la falta de sueño siempre me ha hecho enredarme en mis pensamientos.

Jungkook exhaló lentamente y su corazón de porcelana comenzó a latir de nuevo con cautela. Quizás su instinto estaba equivocado y Jimin no estaba tratando de evitar revelar una verdad dolorosa.

Se levantó de su asiento para sentarse junto a Jimin. Este se giró hacia él con ojos grandes y dolidos que amenazaban con romper el corazón de Jungkook. Extendió la mano para tomar las de su novio.

—No puedo prometerte que vivir aquí será fácil, ni que lograrás todos tus sueños, pero te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para que seas feliz, para que tengas la vida que siempre has deseado —dijo con suavidad.

Jimin se mordió el labio, los ojos humedecidos por las lágrimas. Jungkook soltó una de sus manos para acunar su rostro.

—No conozco a nadie en tu situación, pero puedo imaginar que enfrentarían luchas similares —dijo Jungkook, intentando ser lo más tranquilizador posible—. Viajar al futuro nunca podría ser tan sencillo y despreocupado como algunos creen, obviamente sería complicado. Lamentablemente, no tuviste opción en venir aquí, pero sí la tienes sobre lo que haces ahora que estás aquí. Si debes superar primero los tiempos difíciles, estaré aquí contigo, te lo prometo.

Jimin esbozó una sonrisa débil y, al besar la palma de Jungkook, este sintió cómo se aliviaba un poco de la tensión. Solo un poco.

Jungkook inclinó la cabeza para besar la punta de la nariz de Jimin.

—Ahora, vamos a acurrucarnos frente a una comedia romántica tonta y luego a la cama para que puedas recuperar algo de sueño —le dio un rápido beso en los labios antes de recostarse, acariciando su pómulo con el pulgar. Intentó retirar su mano, pero Jimin la cubrió con la suya, manteniéndola en su lugar por un momento antes de dejarla ir. Jungkook lo observó mientras su mano volvía a su regazo, luego se levantó, ayudando a Jimin a ponerse de pie y tratando de sacudirse la sensación extraña e indescriptible que lo había envuelto.

Jungkook apenas prestó atención a la película, enfocándose en Jimin en su lugar.

Continuamente le frotaba sus costados con suavidad, masajeaba sus brazos con el pulgar, mimaba la curva de su mandíbula y cuello, y deslizaba sus dedos por el cabello suave y libre de gel en la nuca de Jimin, sus uñas rozando delicadamente su cuero cabelludo. Jimin estaba apoyado pesadamente contra él, con los ojos a medio cerrar y la respiración profunda y pausada. Estaba cálido y relajado, y Jungkook esperaba que eso significara que estaba lo suficientemente sedado como para gozar de una buena noche de sueño.

Apagó el televisor con un suspiro, sumergiendo la habitación en un silencio que solo acentuaba la soledad del momento.

—Vamos —susurró, su voz apenas un murmullo mientras sus dedos se enredaban una vez más en el cabello de Jimin—. Es hora de dormir.

Con delicadeza, ayudó a Jimin a ponerse en pie, sus cuerpos tambaleándose juntos hacia el dormitorio de Jungkook. Allí, sin atender a las protestas adormecidas de Jimin, los desvistió a ambos hasta quedar en ropa interior, buscando en la cama un consuelo que la noche no prometía.

Cuando la cabeza de Jungkook tocó la almohada, un bostezo enorme rompió el silencio, el sonido de su mandíbula chasqueando suavemente en la quietud. Se giró hacia Jimin, abrazándolo con ternura, acurrucándolo contra su pecho como si pudiera protegerlo de los demonios que solo él conocía.

—Que sueñes con los angelitos, Jimin —musitó, su voz cargada de un amor que temía no ser suficiente.

El silencio fue su única respuesta, Jimin ya había sucumbido al sueño. Jungkook, con un suspiro que se perdía entre la pesadez de sus pensamientos, enterró su rostro en la nuca de Jimin, sus ojos cerrándose en busca de un sueño que no llegaba.

Pero en lugar de alivio, sus preocupaciones por Jimin emergieron de nuevo, cada respiración suave y profunda que su querido amor soltaba, era un recordatorio de su vulnerabilidad. Pasó más de una hora en vela, consumido por una preocupación que teñía cada pensamiento, hasta que el cansancio lo arrastró al sueño.

Esa noche de descanso pareció ofrecer a Jimin un pequeño respiro. Las sombras bajo sus ojos se desvanecieron y la tensión en su rostro se alivió, pero el dolor seguía ardiendo en su mirada, creciendo con cada amanecer.

Jungkook conocía las razones de Jimin para mantener sus tormentas en silencio, pero eso no evitaba que cada confesión no dicha le doliera en el alma. A pesar de que el solo pensamiento le oprimía el pecho y congelaba el aire en sus pulmones, decidió que debía ser él quien diera voz a esos fantasmas.

Y lo hizo, con un susurro cargado de una comprensión dolorosa y un amor incondicional.

—Lo sé —dijo Jungkook, su voz quebrada por la emoción, la garganta tan apretada que el sonido apenas escapaba—. Lo sé y está bien, lo entiendo.

Con el ceño fruncido por una confusión que le perforaba el corazón, Jimin levantó la vista del libro de piano que había estado acariciando distraídamente.

Jungkook había abandonado sus bocetos hacía casi veinte minutos, poco después de que Rosé partiera hacía el trabajo, reconociendo en ese silencio una oportunidad dorada para desenterrar lo que ambos habían estado sepultando con desesperación infructuosa. Le habían hecho falta esos veinte minutos, cada segundo, una batalla interna para reunir el valor para hablar.

—¿Tú... sabes? —repitió Jimin, su voz, un eco de desconcierto y vulnerabilidad.

Jungkook tragó, sintiendo cómo el nudo en su garganta se apretaba más, y asintió, sus manos temblaban como hojas al viento, obligándolo a entrelazarlas sobre su regazo en un intento de contener la tempestad que se desataba dentro de él.

—Lo sé... —su voz se cortó, obligándolo a detenerse para respirar, luchando contra el dolor que le oprimía el pecho y las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, deseosas de liberarse—. Sé que quieres regresar.

Sus palabras fueron apenas un susurro, tan frágiles que dudó de si Jimin las habría oído, pero Jimin se había congelado, sus ojos ampliándose con una mezcla de sorpresa y dolor, su respiración convertida en jadeos rápidos y superficiales.

—Pero está bien —le aseguró Jungkook, intentando aclarar su garganta para que su voz no sonara tan hueca, aunque un bloqueo persistente le hacía emitir un sonido ahogado—. Es normal que quieras volver con tu familia, a donde verdaderamente perteneces.

—Jungkook... —la voz de Jimin se quebró mientras las lágrimas comenzaban a desbordarse, y el libro de piano se le escurrió entre los dedos temblorosos. Lo atrapó por instinto antes de que tocara el suelo, pero miró hacia abajo con ojos vidriosos, como si hubiera olvidado qué sostenía y por qué.

—Siempre me sorprendió que eligieras quedarte aquí —continuó Jungkook, la visión nublada por las lágrimas que ya no podía contener—. Claro que me encantó que lo hicieras, pero como dije, si no estás feliz, entonces yo tampoco lo estaré, y últimamente no has estado feliz.

—Jungkook —sollozó Jimin. Las lágrimas ahora corrían libremente por su rostro, sin que hiciera ningún intento por detenerlas, dejando que se acumularan bajo su barbilla antes de caer sobre su ropa, marcando grandes manchas húmedas.

Los labios de Jungkook habían comenzado a temblar, pero continuó con determinación su discurso.

—Quieres regresar a casa y tienes mi bendición para hacerlo. Estaré feliz sabiendo que estás de vuelta con tu familia, tus amigos y en el Nueva York que tanto conoces.

Ahí se detuvo, incapaz de continuar mientras un dolor agudo le atravesaba el pecho y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Mordió su labio para controlar el temblor y parpadeó rápidamente intentando aclarar su visión. Tenía que ser fuerte por Jimin. No quería que se quedara en un lugar donde se sintiera fuera de lugar y desdichado por su culpa y por el dolor que sentía.

No fue lo suficientemente fuerte, momentos después, las lágrimas cayeron y un suspiro superficial, tembloroso y húmedo escapó de entre sus labios.

Jimin era la imagen misma del sufrimiento y el arrepentimiento. Su rostro estaba contorsionado por el dolor, empapado y brillante por las lágrimas, y sus ojos rasgados ahora húmedos, reflejaban una tristeza profunda y una disculpa sincera.

—Lo siento tanto —susurró.

La lluvia que había comenzado esa mañana se volvió torrencial. Golpeaba con fuerza las ventanas, cientos de grandes gotas resonaban ruidosamente contra el cristal, empujadas por el viento. El cielo se oscureció aún más, haciendo que las lámparas brillaran con mayor intensidad, mientras las lágrimas seguían fluyendo por los rostros de dos jóvenes hombres que eran desgarrados por el paso del tiempo.

Al mirarse el uno al otro, el vendaval exterior se calmó, como si el mismo cielo quisiera darles un momento de paz. La lluvia ya no azotaba las ventanas con furia, sino que ahora golpeaba con un ritmo melancólico, desdibujando el mundo en un velo de agua que reflejaba su propio dolor. Si su vida fuera una película, Jungkook habría considerado el clima demasiado cliché, pero en ese instante, sentía como si cada gota de lluvia cayera por ellos, por su amor y su pérdida.

—¿Bailarías conmigo? —preguntó Jungkook, su voz quebrada por la emoción, subiendo y bajando con el peso de su corazón—. ¿Una última vez?

Jimin no respondió con palabras, su silencio decía más que cualquier discurso. Se levantó, dejando caer el libro de música sobre el sofá como si fuera el eco de su alma cayendo. Con pasos torpes y pesados por la tristeza, cruzó la distancia que los separaba hasta estar frente a Jungkook.

Extendió su mano en un gesto de invitación, un eco silencioso de esa noche mágica en la azotea, donde todo parecía posible.

Una lágrima más rodó por la mejilla de Jungkook mientras colocaba su mano en la de Jimin, levantándose con un movimiento que parecía tanto una rendición como una promesa. Jimin lo guió a un espacio vacío, limpiando las lágrimas con un gesto rápido pero cargado de dolor. Al encontrar el sitio perfecto, se dio la vuelta para mirarlo a los ojos y puso una

mano sobre su hombro, como si quisiera asegurarse de que aún estaban juntos en este último acto.

—No hay música —dijo Jimin, su voz un susurro entre el ruido de la lluvia.

—No necesitamos música —respondió Jungkook, su mano encontrando la cintura de Jimin, conteniendo un sollozo cuando Jimin lo abrazó aún más cerca, su mano deslizándose por detrás de su espalda, su barbilla descansando sobre el hombro contrario de Jungkook.

Con los ojos fuertemente cerrados, Jungkook apoyó su mejilla contra la cabeza de Jimin, abrazándolo con fuerza mientras comenzaban a moverse, balanceándose en un ritmo que solo sus corazones podían dictar. No era un baile, era un último abrazo, un círculo de amor y dolor girando lentamente. Sus pies descalzos se arrastraban por el suelo, cada chirrido, un eco del corazón rompiéndose. Las lágrimas caían silenciosamente por sus rostros, aferrándose el uno al otro, como si el tiempo pudiera detenerse, como si su cercanía pudiera ser eterna. Pero nunca, nunca sería suficiente.

—Nunca te olvidaré —susurró Jungkook, su voz un hilo de dolor y amor entrelazados.

Jimin respondió apretando con desesperación la mano de Jungkook, hundiendo su rostro aún más en el refugio del cuello de Jungkook, como si quisiera absorber cada último momento. Jungkook podía sentir las lágrimas de Jimin mojando su piel, impregnando su camisa con el dolor de una despedida inminente.

El corazón de porcelana de Jungkook se partía en mil pedazos. Cada respiración que tomaba estaba cargada del aroma de Jimin, y cada inhalación era como un nuevo fragmento de su corazón quebrándose.

No volvería a acurrucarse con Jimin en el sofá, a sentir el abrazo protector de sus brazos mientras lavaba los platos, ni a darle un beso en la mejilla antes de irse al trabajo. Había soñado con una vida entera a su lado, con cientos, miles de recuerdos por construir. Anhelaba más mañanas juntos, celebrar navidades en Canadá, escapadas espontáneas por cualquier motivo o sin ninguno, y hasta las discusiones tontas que siempre terminaban con flores y perdones. Quería todo eso y más con él.

En algún momento, habían dejado de moverse, quedando simplemente de pie, abrazados con una intensidad que intentaba detener el tiempo. Sus manos aún unidas, elevadas a la altura de sus corazones, y sus cabezas apoyadas una contra la otra, Jimin refugiado en el cuello de Jungkook. La lluvia seguía su canto melancólico contra las ventanas, el viento gemía entre los edificios como un eco de su propio corazón roto. No sabía cuánto tiempo permanecieron allí, pero con el doloroso pasar de los minutos, Jungkook empezó a comprender, con un nudo en la garganta, que lo mejor sería que Jimin se fuera lo antes posible. Si la despedida se alargaba, temía derrumbarse, suplicar a Jimin que se quedara o

encerrarse en sí mismo como lo había hecho tras la partida de Jaehyung, solo que esta vez, el dolor sería mil veces más profundo.

Como si sus corazones hubieran hablado la misma lengua, ambos levantaron la mirada y dieron un paso atrás, justo lo suficiente para verse el alma a través de sus ojos.

—Es mejor que intente regresar hoy —dijo Jimin, su voz rota por la emoción, cada palabra una lucha contra las lágrimas—. No creo que pudiera soportar... —un sollozo le cortó la voz—. No podría pasar otra noche contigo sabiendo que tengo que marcharme.

Jungkook asintió, su garganta cerrada por el dolor, incapaz de articular palabra alguna. Tomó aire con un temblor, como si cada respiración fuera un esfuerzo para no desmoronarse.

—Solo tenemos que contactar con la tienda de música para decirles que te vas, y a Evelyn para... para... —las palabras se le atragantaron, su pena demasiado grande para ser expresada.

El rostro de Jimin se descompuso en un mar de dolor y soltó la mano de Jungkook para envolverlo en un abrazo que parecía querer detener el tiempo. Los brazos de Jungkook se cerraron alrededor de Jimin, atrayéndolo con una desesperación silenciosa. Cerró los ojos con fuerza cuando Jimin besó su hombro, sintiendo cómo las lágrimas se abrían paso por su rostro.

Se aferraron el uno al otro hasta que el dolor se convirtió en una agonía imposible de soportar.

Al soltarse, Jimin se dirigió al baño para lavarse la cara, buscando la calma necesaria para enfrentar la llamada a su trabajo, mientras Jungkook, con un movimiento mecánico, tomó su celular y buscó el número de Evelyn, sintiendo como si estuviera viviendo una pesadilla de la que no podía despertar.

Evelyn respondió tras solo unos tonos. Jungkook sintió un alivio momentáneo al escuchar su voz.

—Jimin quiere regresar —dijo Jungkook, su voz un murmullo roto después del saludo de ella.

Hubo un silencio, el teléfono temblaba en la mano de Jungkook, luego, Evelyn emitió un sonido de tristeza profunda, de sincera empatía.

—Lo siento tanto, Jungkook. Sé que ustedes dos estaban muy unidos.

Jungkook tragó saliva mientras una nueva ola de dolor le atravesaba el corazón. No podía soportar la compasión ni el consuelo de nadie en ese momento tan desgarrador.

—¿Puedes ayudarlo? —preguntó, su voz quebrada por la urgencia y la pena.

—Por supuesto —respondió Evelyn con una firmeza que intentaba ser reconfortante—. ¿Cuándo?

—Hoy si puedes. Es mejor que regrese lo más rápido posible —dijo Jungkook, cada palabra cargada de una desesperación silenciosa.

—De acuerdo... —la voz de Evelyn ahora reflejaba una duda que no podía abarcar la magnitud del tormento de Jungkook, no comprendía cómo cada segundo que pasaba aumentaba su deseo de caer de rodillas y rogarle a Jimin que no se fuera.

—¿Puedes hacerlo hoy? —insistió Jungkook, su voz, un eco del tumulto interno que lo consumía.

—Sí, no hay problema —Evelyn hizo una pausa, como si sintiera el peso de la situación—. ¿Qué tal a las cuatro? Puedo encontrarme contigo frente al café.

Jungkook giró la cabeza hacia el reloj de la cocina, faltaban menos de dos horas, tiempo justo para prepararse y llegar, cada minuto una cuenta atrás hacia una despedida inevitable.

—Está bien. Gracias —dijo, cada palabra, un esfuerzo por mantener la compostura.

—Lo veré allí entonces —dijo Evelyn antes de colgar, dejando a Jungkook en un silencio que resonaba con el eco de un adiós no dicho.

Dejó caer su teléfono sobre el sofá, con el impulso de desplomarse junto a él y dejar que el dolor fluyera en lágrimas, pero se contuvo, consciente de que debía ser fuerte por Jimin. Podría derrumbarse una vez que él se hubiera ido.

Al escuchar pasos detrás, se giró, secando rápidamente las lágrimas de sus mejillas, y vio a Jimin acercándose con una cautela que hablaba de un corazón roto.

Jimin aún lloraba, sus ojos rojos e inundados de lágrimas, las mejillas hinchadas y brillantes, reflejando su propio dolor. Se había cambiado a la ropa con la que había llegado, ahora arrugada y manchada por el llanto. A pesar del desorden de su apariencia, Jungkook lo encontraba hermoso, sintiendo aún en su pecho el frenético aleteo de un amor que no quería terminar.

—Mi jefe estuvo decepcionado, pero sabía que en algún momento tendría que regresar a Connecticut. Él lo entiende —murmuró Jimin con una voz que apenas escondía su dolor.

Jungkook asintió, sintiendo el peso de la despedida.

—Llamé a Evelyn —dijo, observando cómo Jimin se agarraba al respaldo del sofá como buscando algún sostén—. Estará en la cafetería a las cuatro.

La mandíbula de Jimin se tensó, y su asentimiento fue casi mecánico, como si cada movimiento le costara un esfuerzo inmenso.

Jungkook retorció sus manos, su corazón latiendo con incertidumbre ante la idea de herir más a Jimin con su sugerencia.

—Creo que es mejor si... si no voy contigo —confesó, con la voz quebrada por la emoción.

Jimin lo miró, su rostro era un lienzo de emociones conflictivas que no lograba ocultar el dolor profundo.

—Si quieres que vaya, estaré ahí —dijo Jungkook con urgencia, su voz suplicante—. Solo pienso que sería más fácil para nosotros si no lo hiciera. Prefiero que nuestra despedida sea aquí, donde podemos ser nosotros mismos —las lágrimas brotaron de sus ojos mientras luchaba por mantener la compostura.

—Yo también lo creo —respondió Jimin con un susurro, su voz temblando—. No quiero una despedida larga y tortuosa. No quiero que tu última imagen de mí sea desvaneciéndome en el pasado. Prefiero despedirme aquí, en la tranquilidad de este momento, y luego ir a encontrarme con Evelyn, solo.

Jungkook miró el reloj, sintiendo cómo el tiempo se escurría entre sus dedos, quedaban una hora y cuarenta minutos. El dolor en su pecho se intensificaba con cada segundo.

—Voy a lavarme la cara rápidamente y luego... volveré —dijo, su voz apenas un murmullo, su mano señalando hacia el baño con desgana.

Sin embargo, sus pasos lo llevaron a la habitación de Jimin, al final del pasillo. Una vez dentro, se dirigió con urgencia hacia el tocador, abriendo el cajón superior con manos temblorosas. Ahí estaba, entre las corbatas, la que había comprado para Jimin en su primer viaje de compras juntos, una corbata de un azul marino con rayas rojas, símbolo de los momentos compartidos, que Jimin había usado con tanto cariño durante todo este tiempo.

Con la corbata guardada en su bolsillo, salió de la habitación, se lavó rápidamente en el baño y volvió a la sala donde Jimin estaba, encogido en el sofá, mirando hacia el otro lado del apartamento con una expresión que gritaba dolor.

Sin decir nada, Jungkook se sentó a su lado, sus ojos se posaron en el piano que había resonado con tanta vida las últimas semanas, llenando el aire con melodías que ahora se

convertirían en un eco del pasado, destinadas a ser cubiertas por el polvo de la ausencia. Jungkook no creía que pudiera tocarlo de nuevo, no sin evocar los recuerdos de Jimin, de sus dedos danzando sobre las teclas.

—Lo siento que haya tenido que ser así —dijo Jimin, su voz quebrada por la emoción.

Jungkook lo miró, encontrando a Jimin aún fijo en su mirada distante, su rostro marcado por el sufrimiento.

—No —insistió Jungkook, su voz firme pero gentil. Colocó una mano sobre el hombro de Jimin, obligándolo a girarse hacia él—. No, no te disculpes. Esto no es tu culpa. Es una de esas cosas... algo inevitable. Ambos sabíamos que este día podría llegar cuando comenzamos esto, Dios, lo sabíamos incluso antes, pero aún así, seguimos adelante, nos permitimos amarnos más. ¿Y sabes qué? —tomó ambos hombros de Jimin, sus ojos llenos de un amor que no quería dejar ir—. No me arrepiento de nada, nunca lo haré. Cada instante contigo vale cada segundo de dolor.

Jimin aspiró con fuerza, su rostro suavizándose en una tristeza palpable, pero ya no en una culpa castigadora.

—Jungkook —musitó, su voz era apenas un suspiro.

Con los ojos cerrados, Jungkook se inclinó, uniendo sus frentes en un gesto de despedida y unión. Sus manos se deslizaron desde los hombros hasta rodear el cuello de Jimin, abrazándolo con todo lo que tenía. No sabía cómo viviría sin esa cercanía, sin el tacto de su piel o el aliento de Jimin en sus labios, pero enfrentaría ese vacío más tarde. Ahora, necesitaba aferrarse a cada segundo que les quedaba, atesorando la calidez de este momento efímero.

Al separarse para tomar aire, con las respiraciones entrecortadas y los pulmones palpitando, Jungkook deslizó con cautela su mano hacia su bolsillo, y sacó la corbata. Con una mirada rápida y cargada de significado a Jimin, la escondió con delicadeza en el bolsillo de sus pantalones. Un recuerdo tangible para que Jimin no lo olvidara, un fragmento del futuro que habían compartido. Solo esperaba que este pequeño símbolo de su amor sobreviviera al viaje de vuelta al pasado.

Pasaron esos últimos momentos, preciosos y efímeros, envueltos en un abrazo, susurrando promesas de amor y recuerdos, sellando cada palabra con besos, a otros más apasionados, cambiando posiciones para sólo degustarse más. Jungkook intentaba mantener los ojos semi abiertos, grabar en su memoria cada detalle de Jimin, cada detalle de su piel, sus pestañas sobre sus bellos ojos, todo, pero era una batalla perdida, sus ojos se cerraban ante el poder de los labios de Jimin sobre los suyos y la ternura de su mano en su mejilla. Después de un

beso especialmente profundo, abrió los ojos con un suspiro que pesaba como plomo sobre su corazón y miró el reloj.

Cuatro minutos hasta que Jimin tuviera que marcharse.

La derrota en la postura de Jungkook y la tristeza que se agudizaba en sus ojos hizo que Jimin también mirara el reloj, suspirando con la misma resignación.

—Tengo que irme —dijo Jimin, su voz, apenas un susurro, como si pronunciar las palabras pudiera hacerlas menos ciertas.

—Tienes que irte —aceptó Jungkook, sintiendo cómo el tiempo se escurría entre sus dedos. Habían acordado el encuentro con Evelyn, y después de todo lo que había hecho por ellos, no podían hacerle esperar.

Jimin apretó más fuerte a Jungkook, hundiendo su cara en el hueco entre su cuello y su hombro, inhalando profundamente su esencia, como si quisiera llevarse un poco de él. Jungkook besó su cabeza, luchando contra el torrente de lágrimas que amenazaba con desbordarse.

Después de un momento que pareció una eternidad, Jimin se separó, levantando la vista para encontrarse con los ojos de Jungkook, su mirada brillante con lágrimas que aún no habían caído.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Jimin... —lo reprendió Jungkook con ternura, su voz quebrada por la emoción. No había nada por lo que tuviera que darle las gracias, todo había sido amor, puro y simple.

—Lo digo en serio, Jungkook —dijo Jimin, su voz firme y profundamente sincera a pesar de las lágrimas que surcaban su rostro—. Me has dado mucho.

Con una sonrisa teñida de una tristeza infinita, Jungkook acarició la mejilla de Jimin, su toque tan lleno de amor como de dolor.

—Gracias por confiar en mí.

Jimin parecía querer decir más, pero las palabras se le escapaban, atrapadas en la emoción del momento. En su lugar, se inclinó para darle un beso, un beso corto, dulce y desgarradoramente melancólico.

Quedaba un minuto.

Jungkook se echó hacia atrás, señalando hacia la puerta de entrada con un gesto mudo, tan pesado como el corazón que llevaba. Jimin mordió su labio inferior y asintió, el gesto cargado de una despedida que ninguno de los dos quería pronunciar.

Sus manos permanecieron unidas, como si fuera la última conexión de lo que una vez fue, mientras se dirigían a la puerta, cada paso, una lucha contra el tiempo que avanzaba inexorablemente. Llegaron demasiado pronto.

Se miraron, sus ojos diciendo más de mil palabras que jamás podrían expresar. Miles de conversaciones, cientos de caricias, sonrisas innumerables, todo lo que no volverían a compartir. La mirada que se dieron contenía todo el dolor de lo que no podían decir, la esperanza de que el otro encontrara la felicidad, realizara sus sueños y nunca olvidara su amor compartido.

Jimin dio un paso adelante, abrazándolo con fuerza, ambos aferrándose a la tela del otro, llorando en silencio, compartiendo el dolor de la despedida. Luego, se separaron, sus manos aún buscando el contacto hasta que la puerta los obligó a soltarse.

Con la mano en el pomo, Jimin sostuvo la mirada de Jungkook, sus ojos llenos de una tristeza que hablaba por sí sola.

—Leí una vez en un libro, mientras vagaba por la biblioteca, que cuando miramos las estrellas no las vemos en el presente, sino como fueron hace años, muchos años atrás. También ellas son parte del pasado. Cuando mires las estrellas, piensa en mí, y yo haré lo mismo por ti. Así seguiremos unidos, de alguna manera —una esquina de la boca de Jimin se levantó en una sonrisa que era más de dolor que alegría—. El mundo cambia mucho con el tiempo, pero el cielo no. Estaremos mirando el mismo cielo.

Jungkook estaba sin palabras, su garganta completamente cerrada por el nudo de lágrimas y emociones. Solo pudo asentir, un gesto de doloroso acuerdo ante las palabras de Jimin, mientras veía cómo este luchaba internamente por un momento antes de tragar sus dudas y abrir la puerta.

—Adiós, Jungkook.

Jimin salió al pasillo y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Jungkook, con el corazón en un puño, logró liberar su garganta lo suficiente para emitir un débil, “*Adiós*.”

El sonido de la puerta cerrándose tras él fue como un golpe al alma. Jamás volvería a abrirse para mostrar a Jimin.

Con un sollozo que rompió el silencio, Jungkook se lanzó hacia la puerta, pero se detuvo, consciente de la inutilidad de sus impulsos. No podía perseguir a Jimin, no cambiaría nada.

Lágrimas corrían en cascadas por su rostro, y cada sollozo desgarraba su ser, un dolor físico que se repetía cada pocos segundos, mientras Jungkook se quedó paralizado frente a la puerta, mirándola durante lo que pareció una eternidad.

No sabía qué hacer consigo mismo, sin rumbo ni deseo de moverse, simplemente se quedó allí, perdido. No sabía qué fuerza lo hizo finalmente girar y caminar descoordinadamente hacia la habitación de Jimin, casi se sorprendió al encontrarse en ese espacio pequeño, impregnado del doloroso aroma de Jimin.

Algo sobre la cama atrajo su mirada. Con una curiosidad que apenas podía sentir, se acercó tambaleándose, y un jadeo contenido escapó de él al reconocer el objeto entre lágrimas.

El reloj de bolsillo de Jimin.

Con una mano que temblaba como un susurro de hojas, levantó el reloj, sintiendo el frío del oro contra su piel y acariciando con el pulgar el diseño abstracto que adornaba la tapa. Siempre había admirado ese reloj, sabiendo que era un tesoro heredado de su abuelo a Jimin. No podía creer que Jimin lo hubiera dejado para él. Como la corbata que había colocado en el bolsillo de Jimin, esto debía ser una señal de que quería que Jungkook tuviera algo suyo, algo que le recordara que su amor no había sido solo un sueño.

—Jimin —respiró, su voz, apenas un suspiro, frotando el pulgar sobre la tapa de nuevo.

De repente, la realidad lo golpeó como un tsunami, nunca había tenido la oportunidad de decirle a Jimin cuánto lo amaba, cuánto significaba para él. La timidez, el miedo y las dudas sobre su relación lo habían silenciado. Nunca había tenido un remordimiento tan profundo como el que sentía ahora, por no haberle confesado a Jimin la profundidad de sus sentimientos.

Cerrando los ojos con fuerza, se aferró el reloj con desesperación, como si pudiera enviar sus pensamientos a través de ese objeto tan personal.

—Te amo, Jimin —susurró, su voz rota por la emoción—. Te amo tanto, y desearía habértelo dicho.

Con un gemido que reflejaba todo su dolor, Jungkook abrió los ojos y se limpió las lágrimas que mojaban su rostro. Aflojó su agarre para mirar el reloj, deslizando el dedo por el lateral hasta encontrar el pequeño pestillo que abría la tapa. A través de la bruma de lágrimas, miró la esfera blanca, notando apenas un pequeño rasguño cerca de la parte superior.

Entonces vio la hora.

4:03 p.m.

Sus rodillas cedieron bajo el peso de su corazón y cayó al suelo, los sollozos que antes contenía ahora desgarraban su ser con una fuerza devastadora.

Jimin se había ido.



La oscuridad se desvanecía poco a poco, desdibujándose en un torbellino de colores borrosos, hasta que, con un simple parpadeo, el mundo se hizo visible en un frío pavimento de cemento. Una náusea violenta le retorció el estómago, mientras su cabeza, envuelta en una bruma extraña, parecía flotar entre mareos y una presión, como si un puño invisible lo estrujara sin piedad. Una desorientación abrumadora lo absorbió, dejándolo a la deriva en un mar de confusión, pasaron largos y angustiosos segundos antes de que pudiera anclar su mente a algo más allá de ese vértigo desolador, de esa sensación de estar irremediamente perdido.

Tragó saliva con dificultad, luchando contra el impulso de vomitar, y se obligó a respirar profunda y pausadamente, aferrándose a la esperanza de que el temblor que lo estremecía y el torbellino en su cabeza se disiparan.

A lo lejos, como un eco distorsionado, percibía una voz que intentaba alcanzarlo, pero el zumbido sordo del ruido a su alrededor, mezclado con el pitido estridente en sus oídos y el jadeo desesperado de sus pulmones, convertía las palabras en un murmullo incomprensible. Un dolor ardiente le abrasaba el pecho a cada inspiración, una punzada tan aguda que parecía como si un fragmento de vidrio se hubiera alojado en su pulmón, desgarrándolo con cada movimiento. A diferencia de la náusea y el mareo, que se disipaba lentamente, ese tormento no se iba, sino que se aferraba a él con crueldad.

Un sudor frío y pegajoso se deslizaba por la parte baja de su espalda, se acumulaba en el labio superior y se encharcaba en los pliegues de sus codos, provocándole un picor insoportable que no podía aliviar, pues sus brazos, pesados como plomo, se negaban a obedecerle. Sus mejillas, frías y húmedas, estaban empapadas, aunque no sabía si era por el sudor, las lágrimas o algo más. La impotencia lo envolvía, tan densa como la niebla que nublaba su mente.

De pronto, el pitido en sus oídos se desvaneció, y su audición regresó con una claridad brutal, como si alguien hubiera girado el dial de una radio al máximo volumen. El bullicio de la ciudad lo golpeó sin piedad, bocinas, pasos apresurados, fragmentos de conversaciones lejanas, todo un caos sonoro que lo hizo estremecerse. Su columna se tensó en un espasmo casi doloroso, y al intentar tomar aire de nuevo, otra punzada feroz le atravesó el pecho, arrancándole un gemido ahogado.

—¿Jimin? —una voz, ahora nítida, cortó el aire, cargada de urgencia y preocupación.

Le costó un instante reconocer que el nombre que resonaba en el aire era el suyo, y otro más para identificar que aquella voz cargada de angustia pertenecía a su amigo Taemin.

Aunque el mareo que lo había envuelto comenzaba a desvanecerse, sus pensamientos y recuerdos se deslizaban como miel densa, emergiendo con lentitud desde los rincones más oscuros de su mente, viscosos y esquivos.

Con esfuerzo, inclinó la cabeza hacia atrás, apartando la mirada del suelo frío y áspero que había estado contemplando sin ver realmente.

—¿Taemin? —murmuró con voz frágil, casi un susurro, como si temiera que al hablar más alto la realidad se fracturara.

Delante de él, Taemin estaba agachado, con el rostro ensombrecido por una preocupación tan profunda que parecía tallada en su piel. Su tez, normalmente cálida, había perdido todo rastro de color, dejándolo pálido como un espectro, y sus labios, apretados en una línea fina y tensa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Taemin, esforzándose por mantener un tono sereno, aunque un leve temblor traicionaba su calma aparente—. ¿Tu cabeza... está bien?

—Yo... —Jimin frunció el ceño, atrapado en el torbellino caótico de sus propios pensamientos, un remolino de fragmentos desordenados que se negaban a encajar. Intentó aferrarse a algo, a cualquier recuerdo que le diera sentido a su situación, pero todo era un borrón. No había nada claro, nada que explicara por qué yacía desplomado en la acera, con su amigo mirándolo como si temiera que pudiera desvanecerse de nuevo.

De pronto, un pensamiento fugaz se abrió paso entre la confusión, insinuando una posibilidad inquietante, tal vez había perdido el conocimiento, y por eso su mente era un lienzo en blanco.

—¿Qué pasó? —preguntó, con un hilo de esperanza en la voz, deseando que las palabras de Taemin pudieran encender una chispa de memoria.

Taemin negó con la cabeza, y en sus ojos brilló una mezcla de desconcierto y pánico apenas contenido.

—No lo sé —admitió, y su voz tembló ligeramente, como si las palabras mismas le pesaran—. Estabas hablando, todo parecía normal, y de repente... simplemente te derrumbaste. Fue como si el tiempo se detuviera, estuviste inconsciente tanto tiempo que temí que te hubieras golpeado muy fuerte la cabeza.

Jimin frunció el ceño aún más, sintiendo que esas palabras, aunque sinceras, no lograban llenar los vacíos de su memoria. No era suficiente. Algo faltaba, un fragmento crucial que explicara el abismo en su mente. Una sombra de duda se deslizó en su interior, ¿y si, en efecto, un golpe en la cabeza era la raíz de todo aquel caos?

—No creo que me haya golpeado la cabeza —murmuró Jimin, alzando una mano temblorosa hacia la parte trasera de su cabeza, deslizando los dedos con cautela bajo el borde de su gorra, palpando en busca de alguna señal de dolor o hinchazón—. No siento dolor en ninguna parte.

—¿Y no notas ningún bulto? —insistió Taemin, con la voz teñida de una urgencia contenida—. ¿No tienes náuseas ni mareos, verdad?

Jimin dejó caer la mano y negó con la cabeza, un movimiento lento, casi mecánico.

—No, ya no —respondió, aunque en su interior aún sentía los ecos de una tormenta que apenas comenzaba a calmarse.

Taemin exhaló un suspiro profundo, como si con ese aliento pudiera expulsar la tensión que lo había atenazado.

—Bien, menos mal —dijo, y un alivio suavizó la rigidez de su rostro—. Pero, aun así, deberías ver a un médico, solo para descartar cualquier problema —extendió una mano hacia él, firme y segura—. ¿Crees que puedes ponerte de pie?

El mareo que lo había derribado había desaparecido por completo, y el temblor incontrolable que había sacudido su cuerpo se desvanecía como un mal sueño.

En su mente, los fragmentos caóticos de sus pensamientos comenzaban a encajar de nuevo, como piezas de un rompecabezas que, aunque aún incompleto, empezaba a tomar forma. Jimin estaba convencido de que podía levantarse, además, la idea de permanecer sentado en la acera helada, expuesto y vulnerable, le resultaba insoportable.

Tomó la mano de Taemin con decisión, y con un esfuerzo medido se puso en pie, tambaleándose al enderezarse. Por un instante, el mundo pareció girar a su alrededor, y se apoyó en la pared detrás de él, buscando un ancla en la rugosidad del concreto. Un nuevo oleaje de mareo lo atravesó, pero fue breve, como una ola que se retira rápidamente, dejándolo de pie, contemplando la calle frente a él.

Se sentía normal, aunque un dolor sordo le apretaba el pecho, y una humedad fría le empapaba las mejillas, como si hubiera llorado sin darse cuenta.

—¿Sigues bien? —preguntó Taemin, su voz, un cable de seguridad en medio de la incertidumbre.

Jimin no respondió. Sus ojos se habían detenido en los edificios al otro lado de la calle, y una sensación inquietante, un presentimiento oscuro, comenzó a enroscarse en su interior, oprimiéndole el pecho como una serpiente invisible.

Algo estaba mal, profundamente mal, aunque no podía definir qué era.

Apartó su mirada de los edificios y la dejó vagar por los automóviles que pasaban zumbando, sus formas y colores extrañamente ajenos, como si pertenecieran a un mundo que no era el suyo. La sensación de extrañeza creció, transformándose en un murmullo de pánico que le retorció el estómago, llenándolo de una ansiedad, ¿por qué todo le parecía tan extraño, tan desconcertantemente desconocido? Sus ojos se posaron entonces en las personas que caminaban a su alrededor, y parpadeó, atónito, ante las modas que le resultaban casi irreconocibles, ante la uniformidad desoladora en la ropa que vestían, como si la diversidad hubiera sido borrada de un plumazo, dejando tras de sí un paisaje humano monocromo y desconcertante. No entendía qué estaba sucediendo, pero una certeza helada se instaló en su corazón, algo había cambiado irrevocablemente.

Luego, algo lo embistió con furia devastadora, un tsunami de recuerdos que irrumpió en su mente, arrasando todo a su paso y arrastrando a la superficie fragmentos que lo golpearon

sin piedad.

Jungkook, el futuro, viajes en el tiempo.

Un dolor cortante, como una hoja afilada, atravesó su pecho, tan intenso que, instintivamente, llevó una mano al corazón, aferrándolo con fuerza, como si así pudiera contener el dolor que lo partía en dos.

La inquietud que le había revuelto el estómago se disolvió en un vacío helado, una pérdida tan abrumadora que lo hizo tambalearse, al borde del colapso. Fue un milagro que sus piernas lo sostuvieran, que no se desplomara de nuevo en el suelo, reducido a un ovillo de dolor. Lo único que deseaba era rendirse, dejar que las lágrimas contenidas estallaran con la violencia de un río desbordado, lágrimas que no había podido derramar en el apartamento de Jungkook, lágrimas que ahora amenazaban con ahogarlo.

Jungkook...

Frunció el rostro con fuerza, los músculos tensos, luchando con cada fibra de su ser para reprimir el llanto y el tormento que amenazaban por escapar. No podía permitirse derrumbarse, no frente a Taemin, no podía dejar que su amigo viera el abismo negro que lo devoraba por dentro.

Dejó caer la mano de su pecho, temblorosa, y con un esfuerzo sobrehumano se obligó a esculpir una máscara de calma en su rostro, aunque sabía que era un disfraz endeble, apenas sostenido por su voluntad destrozada.

La sombra de preocupación que aún oscurecía los ojos de Taemin le reveló que su farsa era inútil, no había manera de ocultar que su corazón se había hecho añicos, que los fragmentos afilados le desgarraban las entrañas, dejando una lluvia de caos en su interior. Era como si hubiera dado un paso irreversible, como si hubiera renunciado a sus sueños más profundos, cometiendo, tal vez, el error más catastrófico de su vida.

—Estoy bien —le aseguró a Taemin, esforzándose por dotar su voz de una firmeza que no sentía, aunque cada palabra era un peso que apenas podía cargar—. Solo me sentí un poco... —se detuvo en seco, y sus ojos se abrieron de par en par, llenos de un horror que lo paralizó, fijos en el rostro de Taemin.

Taemin había dicho que se había desplomado, que había perdido el conocimiento, para Taemin, solo habían transcurrido unos breves instantes. Seguía siendo exactamente el mismo día, la misma hora que antes de que él viajara. Aquí, en este mundo, el tiempo se había detenido, inmóvil, como si el universo entero se hubiera congelado en un instante eterno.

La verdad lo golpeó como un mazazo en el estómago, dejándolo sin aliento, tambaleante.

Aquí no había pasado el tiempo. Era como si su viaje nunca hubiera existido, como si cada segundo vivido en el futuro se hubiera desvanecido en la nada. Lo que él y Jungkook tanto habían temido, lo que habían susurrado en las sombras con corazones temblorosos, era real.

¿Significaba eso que su tiempo en el futuro había sido borrado, arrancado de la existencia? ¿Qué Jungkook, su Jungkook, no tendría ni la menor idea de quién era él, de lo que habían compartido? El pensamiento era un cuchillo que se hundía en su alma, un dolor tan insoportable que Jimin se sorprendió de no ver sangre brotando de su pecho, de no estar desangrándose sobre la acera, roto y expuesto. ¿Cómo era posible soportar un sufrimiento tan absoluto, tan devastador, y que no dejara ni una sola marca visible en su piel, ni una prueba tangible de la tormenta que lo arrasaba por dentro?

Sus rodillas temblaban con una violencia incontrolable, amenazando con ceder bajo su peso y arrastrarlo de nuevo al suelo, como si la tierra misma quisiera reclamarlo.

Taemin pronunciaba su nombre una y otra vez, su voz un eco lejano que apenas lograba atravesar la bruma espesa de su desesperación. Pero Jimin no podía pensar en nada más que en Jungkook, en la posibilidad insoportable, devastadora, de que el tiempo que habían compartido, cada mirada, cada roce, cada palabra susurrada, pudiera desvanecerse en la nada, como si nunca hubiera existido.

Pero entonces...

Frunció el ceño, atrapado en un torbellino interno, luchando por dar sentido al caos que rugía en su mente. Sus pensamientos fluían de manera errática, como un río desbocado, a veces lo golpeaban en oleadas abrumadoras de revelaciones que lo dejaban sin aliento, otras se deslizaban con una lentitud exasperante, como gotas de agua que se resistían a formar un charco de comprensión. Era casi imposible concentrarse cuando cada rincón de su ser dolía con una intensidad que lo desgarraba, cuando sus ojos ardían, conteniendo un océano de lágrimas que amenazaban por desbordarse. Sentía que estaba exprimiendo hasta la última fibra de su voluntad, pero no era suficiente, no bastaba para apaciguar la tormenta. Se frotó la frente con la mano, con una fuerza casi castigadora, como si el dolor físico pudiera obligar a su mente a someterse, a ofrecerle respuestas.

Si él aún recordaba a Jungkook, si cada instante vivido con él en 2025 seguía grabado a fuego en su alma, ¿no significaba eso que Jungkook también lo recordaría? ¿Cómo podía ser de otra manera? No encontraba lógica en la idea de que solo uno de ellos pudiera conservar esos recuerdos, como si el tiempo, en su crueldad infinita, pudiera arrancarle a Jungkook todo lo que habían construido juntos, dejándolo a él solo con el peso de un amor que ya no tenía eco.

—¿Necesitas que llame a una ambulancia? —La voz de Taemin irrumpió en su caos, cargada de una urgencia que lo obligó a regresar al presente.

Jimin negó ligeramente con la cabeza, un movimiento lento, casi mecánico, mientras forzaba sus ojos a enfocarse de nuevo en su amigo. Taemin lo miraba con una expresión que ahora bordeaba el miedo, sus ojos abiertos de par en par, llenos de una preocupación tan tangible que casi podía tocarse.

—No —respondió Jimin, su voz un hilo frágil, mientras se apartaba con esfuerzo de la pared en la que había estado apoyado, como si separarse de ese soporte físico fuera un acto de valentía en sí mismo. Dio un paso tembloroso hacia adelante, desafiando la debilidad de su cuerpo—. No, estoy bien. Solo me sentí un poco mareado otra vez, pero ya pasó.

Taemin no parecía convencido en absoluto, su ceño fruncido era un mapa de dudas y temores, pero aun así asintió.

—Si estás seguro... —dijo, aunque su tono dejaba claro que no lo estaba—. Pero igual necesitas ver a un médico, Jimin. Esto no es algo para tomar a la ligera.

—Lo haré —prometió Jimin, aunque sus palabras carecían de la firmeza que deseaba proyectar, como si prometer algo tan mundano fuera un esfuerzo en medio de su tormenta interna—. Solo... nada de hospitales. —Tragó saliva con dificultad, mientras sus ojos se posaban en la cafetería junto a la que estaban parados. Un cartel en la ventana anunciaba con orgullo su reciente apertura, y esa simple imagen le apretó el pecho, como si la normalidad del mundo fuera un insulto a su dolor.

Sintió un nudo en la garganta, una opresión que lo asfixiaba.

—Necesito ir a casa y acostarme un rato —dijo, dándole la espalda al café con un movimiento brusco, casi desesperado, y comenzando a caminar calle arriba, con pasos vacilantes pero decididos.

Taemin lo alcanzó en un par de zancadas, su presencia sólida a su lado, un contraste doloroso con la fragilidad que Jimin sentía.

—A un médico de camino a casa —insistió con firmeza, su tono no admitiendo réplicas, como si con esa determinación pudiera proteger a Jimin de sí mismo.

Bajo el peso aplastante del dolor y la pérdida, Jimin sintió una chispa de exasperación cálida ante la actitud protectora de Taemin, una exasperación que, de alguna manera, era reconfortante, como un rayo de luz en medio de la oscuridad. Había echado de menos a su amigo, más de lo que había querido admitir, y en medio de la tormenta que lo consumía, ese pequeño recordatorio de su amistad era un ancla, un hilo frágil pero vital que lo mantenía atado a la realidad, aunque fuera por un instante.

A regañadientes, y solo por la insistencia implacable de Taemin, hicieron una parada en el consultorio médico, donde Jimin se sometió a un chequeo rápido, balbuceando una

explicación torpe sobre sus síntomas, mareos y una breve pérdida de conocimiento que lo había dejado en blanco. Al no hallar nada médicamente anormal, una parte de él rogó en silencio que el doctor no prolongara la visita, su único deseo era llegar a casa, desplomarse en la cama y permanecer inmóvil durante horas, como si el descanso pudiera borrar el peso que lo aplastaba. Tras una serie de preguntas incisivas y un par de pruebas rápidas, el doctor finalmente le dio el alta, un alivio inmenso lo envolvió, aunque no logró disipar la sombra que lo perseguía.

Tan pronto como cruzó el umbral de su casa y Taemin, aún visiblemente preocupado, lo dejó solo, Jimin se arrastró escaleras arriba hasta su habitación, agradeciendo en lo más profundo de su ser que sus padres no estuvieran presentes. No tendría que enfrentarse a sus preguntas, a sus miradas curiosas, a la obligación de fingir normalidad.

Una voz apagada en su interior, apenas un susurro, le reprochó esa indiferencia, *debería estar ansioso por verlos, por abrazarlos después de meses de separación*, pero su mente estaba atrapada en un torbellino implacable, girando sin cesar en torno a Jungkook, al eco de su risa, a la calidez de su presencia, y a todo lo que había dejado atrás, perdido en un tiempo que ahora parecía un sueño desvanecido.

No hubo consuelo alguno al entrar en su habitación. Aunque sus libros seguían alineados con precisión en los estantes, sus trofeos reposaban orgullosos sobre la cómoda y una de sus chaquetas colgaba despreocupadamente del respaldo de la silla del escritorio, el lugar se sentía frío, ajeno, como un decorado vacío que no le pertenecía. En ese instante, una punzada aguda de nostalgia lo atravesó, un anhelo profundo por la habitación que había tenido en el apartamento de Jungkook. Aquel espacio, con sus detalles desordenados y su calidez acogedora, lo había sentido infinitamente más suyo que este, como si allí hubiera dejado una parte de su alma que ahora le faltaba.

Se quitó el sombrero con un movimiento cansado y lo arrojó descuidadamente sobre la cómoda, donde aterrizó con un golpe sordo. Luego, se desprendió del abrigo, dejándolo caer sobre la chaqueta que ya colgaba en la silla, un gesto mecánico, desprovisto de energía. Al hacerlo, su mano rozó el bolsillo de su pantalón, y sus dedos rozaron con algo suave, un objeto que sobresalía.

Intrigado, extrajo el objeto con cuidado, y su aliento se atoró en la garganta, atrapado en un instante de incredulidad.

Era la corbata azul marino y roja que Jungkook le había comprado, su favorita entre todas las que poseía, la que siempre había llevado con un orgullo silencioso. Jungkook debía haberla deslizado en su bolsillo en algún momento, tal vez en un gesto fugaz, un adiós mudo que ahora lo golpeaba con la fuerza de un recuerdo vivo, como si el tiempo mismo hubiera conspirado para traerlo de vuelta a él.

Sostuvo la corbata con delicadeza, como si fuera un tesoro de cristal a punto de romperse, Jimin la alisó entre sus dedos temblorosos, acariciando su superficie con una ternura que escondía un océano de dolor. Esto no era solo un pedazo de tela, era una prueba sólida, irrefutable, de que había estado en el futuro junto a Jungkook, de que los últimos meses no habían sido un delirio febril ni un espejismo cruel de su mente. Era un regalo de Jungkook, un ancla tangible a la que podía aferrarse con fuerza, un fragmento del hombre que amaba y que, de alguna manera, podría conservar consigo para siempre, como un faro en la tormenta.

Y aunque sostenerla y contemplarla era un recordatorio desgarrador de todo lo que había tenido y perdido, un eco de risas compartidas, de miradas cómplices, de promesas susurradas, también evocaba los recuerdos felices que atesoraría con un cariño feroz, un escudo contra el olvido. Esta corbata sería siempre un testimonio de su amor por Jungkook, un recordatorio eterno que lo salvaría si el tiempo alguna vez intentara borrarlo de su alma.

La sola visión de la corbata encendió en él una chispa de esperanza, frágil pero ardiente, si este objeto había sobrevivido al salto en el tiempo, ¿no significaba eso que el reloj de bolsillo que le había dejado a Jungkook también lo habría hecho? La idea de que Jungkook pudiera sostener ese reloj, sentir su peso, su origen, lo llenó de un anhelo desesperado.

Sin embargo, un temor lo atravesó, ¿y si Jungkook, al encontrar el reloj, lo examinaba con desconcierto, sin la menor idea de dónde provenía? Sabía que recordarlo sería doloroso para Jungkook, que cada destello de memoria sería una herida abierta, y la sola idea de causarle sufrimiento lo destrozaba. Pero, a pesar de todo, necesitaba que Jungkook lo recordara, que no dejara que su conexión se desvaneciera en la nada.

Necesitaba que ambos sostuvieran ese lazo invisible, ese hilo rojo que los unía a través del tiempo, aunque doliera, aunque quemara.

Movido por un impulso irrefrenable, por una necesidad visceral de sentir a Jungkook aunque fuera en la distancia, Jimin alzó la corbata hacia su rostro y aspiró profundamente, buscando en la tela un vestigio de él. El leve aroma de la tela lo envolvió primero, pero como un susurro apenas perceptible, estaba el rastro del olor de Jungkook, una mezcla de su colonia, de su piel, de su esencia. Fue como si el tiempo se plegara sobre sí mismo, llevándolo de vuelta a esos momentos, a esas noches en las que todo parecía posible.

Las lágrimas, que había contenido con tanto esfuerzo, brotaron sin control, empañando su visión, mientras su corazón se apretaba en un nudo de dolor insoportable.

Con pasos tambaleantes, Jimin alcanzó su cama y se desplomó sobre las sábanas, acurrucándose en una bola de lado, como si al hacerse pequeño pudiera contener el huracán que lo arrasaba por dentro. La corbata seguía aferrada en su puño, un salvavidas en medio del naufragio.

Las lágrimas caían densas y rápidas, empapando la sábana bajo su rostro, dejando un charco de sal y tristeza. Su cuerpo se estremecía con sollozos desgarradores, y sus pulmones luchaban por encontrar aire en medio del caos, como si cada respiro fuera un acto de resistencia. Sentía como si los fragmentos de su corazón roto se convirtieran en dagas, apuñalando y perforando su pecho sin piedad, mientras las piezas que aún no se habían desmoronado se aferraban unas a otras con la fragilidad de un cristal a punto de estallar.

Tras unos minutos de llanto desgarrador, intentó aferrarse a la idea de que había sido él quien eligió regresar a este lugar, quien decidió que lo mejor era abandonar a Jungkook, como si esa certeza pudiera justificar el torbellino de angustia que lo consumía.

Pero lejos de apaciguar su tormento, ese pensamiento solo avivó su dolor, hundiéndolo en un abismo aún más oscuro. Porque, al recordarlo, también evocaba la súplica silenciosa en los ojos de Jungkook, su deseo implícito de que se quedara, de que no lo dejara solo. Y en ese instante, una verdad amarga lo golpeó, no era mucho mejor que Jaehyung. Ambos, a su manera, habían dado paso al vacío, saliendo de la vida de Jungkook sin mirar atrás, sin planes de volver a cruzarse en su camino, como si su amor, su presencia, pudiera borrarse con la misma facilidad que una huella en la arena.

Temblando con una violencia que parecía arrancarle el aliento, y llorando con una intensidad que superaba todo lo anterior, la nariz goteando, el rostro empapado, enrojecido y cubierto de manchas, Jimin hundió la boca en sus brazos, desesperado por ahogar los jadeos y sollozos que resonaban en la habitación como un eco de su propia ruina.

No tenía la menor idea de cuándo regresarían sus padres, pero la sola posibilidad de enfrentarse a ellos, de tener que inventar una explicación para su estado, lo llenaba de un pavor que apenas podía soportar.

Permaneció allí, tumbado, durante lo que debieron ser horas, aunque el tiempo se desdibujaba, perdiendo todo significado en medio de su dolor y su pérdida. Era como si el reloj se hubiera detenido, atrapándolo en un limbo donde solo existía el sufrimiento, hasta que, finalmente, el agotamiento lo venció, arrastrándolo a un sueño inquieto y sin descanso.

Al despertar, se sintió como una esponja exprimida hasta la última gota, como si todas sus emociones se hubieran derramado en las lágrimas que aún humedecían su rostro, dejándolo vacío. Lo único que podía hacer era permanecer inmóvil, con la mirada perdida en la pequeña sección de su estantería, un punto fijo en un mundo que se desmoronaba. Su rostro estaba en carne viva, la piel bajo sus ojos hinchada y dolorida, y cada parpadeo era un recordatorio punzante de su fragilidad. La almohada bajo su cara seguía húmeda, un charco de tristeza que lo hizo preguntarse, con una mezcla de asombro y desesperación, cuánto tiempo habría llorado incluso en sueños.

Después de un rato, un murmullo de voces provenientes de abajo lo arrancó de su letargo, y comprendió que eso debía haberlo despertado, sus padres habían vuelto a casa.

Una parte de él sabía que debería levantarse, bajar las escaleras, saludarlos con una sonrisa forzada, como si el mundo no se hubiera derrumbado bajo sus pies. Sabía que debería desear hacerlo, anhelar el consuelo de sus abrazos después de tanto tiempo separados. Pero no había energía en su cuerpo para moverse, mucho menos fuerza en su alma para fingir una normalidad imposible.

Aunque acababa de despertar, no se sentía en absoluto descansado, al contrario, una fatiga profunda, un cansancio que le calaba hasta los huesos, lo aplastaba contra el colchón, como si el peso del tiempo mismo lo hubiera aplastado. Estaba exhausto, no solo en lo físico, su cuerpo adolorido por horas de llanto, por la tensión de haber viajado a través del tiempo, sino también en lo mental, en lo más profundo de su ser, donde las heridas invisibles sangraban sin cesar. Lo único de lo que se sentía capaz era la esperanza tenue, casi desesperada, de que algún día, de alguna manera, lograra sanar las grietas que lo habían partido en dos.

Fue solo cuando el eco de su nombre, pronunciado con la calidez familiar de la voz de su madre, hablando de esperarlo para cenar antes de que regresara a casa, atravesó la neblina de su aislamiento, que Jimin comprendió que no podía quedarse eternamente acurrucado en su cama, aferrado a su dolor como a un salvavidas en un mar tormentoso.

Por mucho que la idea de enfrentarse al mundo exterior le revolviara el estómago, tendría que encontrar la fuerza para pasar tiempo con sus padres esa noche. Si no bajaba, sabía que tarde o temprano subirían a buscarlo, irrumpiendo en su refugio con preguntas inevitables, preguntas para las que no tenía respuestas ni energía para inventar.

No le quedaba otra opción, tendría que armarse de valor, esculpir una máscara que ocultara las grietas de su alma, y rezar por mantenerse en pie el tiempo suficiente para soportar la cena. Luego, podría fingir un dolor de cabeza, una excusa tan frágil como convincente, y escapar de nuevo a la soledad de su cuarto. Por un instante, la tentación de fingir estar enfermo, de encerrarse en su cama y dejar que la noche pasara, lo envolvió como un susurro seductor. Pero un pinchazo de culpa, agudo y persistente, le apretó el pecho al pensar en evitar a sus padres, en desperdiciar la oportunidad de verlos después de tanto tiempo separados, después de haber estado a punto de abandonarlos para siempre, de perderlos en un futuro que ahora parecía un sueño roto.

Con un gemido que brotó desde lo más profundo de su cansancio, se incorporó, su espalda protestando con un dolor sordo, un eco de las horas que había pasado encorvado, como si su cuerpo mismo se resistiera a abandonar su postura de derrota. Un hormigueo punzante, como agujas invisibles, inundó su brazo derecho, entumecido por haber estado doblado en una posición incómoda. Sacudió el brazo con movimientos torpes, intentando devolverle la

vida, y deslizó las piernas por el borde de la cama, poniéndose en pie con un tambaleo que lo hizo sentirse frágil, vulnerable. Los músculos de sus piernas, flojas por la inactividad, se acalambraron en protesta, y cojeó hacia el baño con pasos vacilantes, encorvado como un anciano quebrado por el peso de los años, aunque en su caso, eran los años que había perdido, los momentos que había dejado atrás. Se detuvo frente al espejo que colgaba sobre el lavabo, y al enfrentarse a su reflejo, sintió una punzada de desdén mezclado con una tristeza infinita.

Sus ojos, enrojecidos y opacos, eran pozos sin fondo, desprovistos de cualquier chispa de luz o alegría, como si la vida misma se hubiera esfumado, dejando solo un vacío que dolía mirar. Las bolsas hinchadas bajo sus párpados brillaban, enrojecidas y sensibles, marcadas por la humedad y el roce constante de sus manos durante las últimas horas, un mapa de su llanto interminable. Su nariz, también enrojecida, parecía arder, y sus labios, secos y agrietados, eran un recordatorio cruel de su deshidratación emocional y física, como si hasta su cuerpo se hubiera rendido al duelo. Su piel lucía manchada, desigual, un lienzo de caos, y su cabello, normalmente impecable, se rebelaba contra el gel, escapando en mechones erizados que daban un aspecto desaliñado, casi salvaje. Su ropa, arrugada y desordenada, colgaba de su cuerpo como si también hubiera perdido la voluntad de sostenerse, y su corbata de lazo, torcida y descolocada, era un símbolo dolorosamente evidente de su propia ruina interna. Estaba lejos, abismalmente lejos, de parecer el hombre compuesto y sereno que esperaba aparentar cuando bajara las escaleras, y esa verdad lo golpeó con una mezcla de resignación y desesperanza, como si hasta su reflejo se burlara de su intento de fingir normalidad.

Al apartar la mirada de su reflejo, Jimin extendió una mano temblorosa para enderezar su corbata, pero se detuvo en seco al darse cuenta de que aún aferraba con fuerza la que Jungkook había deslizado en su bolsillo.

Su corazón se contrajo con un dolor agudo, un eco de la pérdida que lo había destrozado, mientras contemplaba la tela entre sus dedos. Sintió un alivio amargo al notar que había alcanzado un punto de agotamiento emocional en el que las lágrimas ya no brotaban con facilidad, temía que, si empezaban de nuevo, no tendría la fuerza para detenerlas, y se perdería otra vez en el abismo del llanto. Con cuidado, deslizó los dedos que envolvían la corbata, frunciendo el ceño al ver las arrugas que su agarre desesperado había dejado marcadas en la tela. Con una reverencia casi ceremonial, como si estuviera manejando un relicario sagrado, alisó las arrugas con delicadeza, la dobló con una precisión que rozaba lo obsesivo y la dejó a un lado, decidido a llevarla de vuelta a su habitación, donde podría protegerla como un tesoro frágil que contenía todo lo que le quedaba de Jungkook.

De pronto, una urgencia lo invadió, un deseo casi físico de terminar con la cena con sus padres lo antes posible, de cumplir con esa obligación y refugiarse de nuevo en su soledad.

Con la mayor rapidez que su cuerpo agotado le permitió, enderezó su ropa arrugada, intentando borrar las huellas de su desmoronamiento, y se lavó la cara con agua fría, dejando que el hielo líquido calmara la piel enrojecida y disimulara las marcas de su tormento. Ordenó su cabello rebelde, domando los mechones erizados con dedos impacientes, y se esforzó por esculpir en su rostro una expresión neutra, casi agradable, una máscara que ocultara el caos que rugía en su interior. Cuando estuvo satisfecho con su apariencia, o al menos con lo presentable que podía lucir en su estado, salió del baño con pasos vacilantes, colocó la corbata con un cuidado reverente sobre su mesita de noche, como si fuera un talismán, y luego bajó las escaleras, guiado por el murmullo acogedor de las voces de sus padres, un sonido que, a pesar de todo, le apretó el pecho con una mezcla de nostalgia y culpa.

—Oh, Jimin, querido, no te escuché llegar —dijo su madre, levantando la vista hacia él con una sonrisa fugaz, mientras sus manos hábiles ajustaban las flores frescas en el jarrón que ocupaba el centro de la mesa del comedor, un gesto tan cotidiano que contrastaba dolorosamente con la tormenta que lo consumía—. Nos preguntábamos cuándo estarías en casa, no queríamos empezar la cena sin ti.

Las lágrimas comenzaron a arder de nuevo en los ojos de Jimin, un calor punzante que lo tomó por sorpresa, y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para evitar que rodaran por su rostro, para no derrumbarse allí mismo, frente a la calidez de su madre.

Ver a sus padres otra vez, escuchar la voz de su madre cargada de una ternura inconsciente, despertó en él una alegría llorosa, un sentimiento que horas antes había temido haber perdido para siempre, sepultado bajo el peso de su duelo por Jungkook. Incluso el asentimiento indiferente de su padre, apenas visible por encima del borde del periódico, un gesto tan típico de él, hizo que una calidez inesperada se arremolinara en su interior, como un recordatorio de lo que había recuperado al regresar. Tal vez, pensó con una mezcla de alivio y tristeza, sacrificar a Jungkook por su familia había sido la decisión correcta, aunque esa certeza no aliviaba el vacío que lo carcomía.

Los tres se acomodaron alrededor de la mesa para la cena, y la conversación fluyó, tejiendo un momento familiar tan típico, tan normal, que por un instante Jimin sintió que el tiempo no había pasado, que no había vivido meses en un futuro que ahora parecía un sueño desvanecido.

Fue agradable, casi balsámico, escuchar a su padre relatar con su tono pausado una anécdota sobre algo que había sucedido en el club de campo, sus palabras llenando el aire con una familiaridad reconfortante. Y fue profundamente consolador oír a su madre hablar con entusiasmo, sus ojos brillando de emoción, sobre un baile que estaba ayudando a organizar, su voz cargada de una energía que contrastaba con la fatiga que aplastaba a Jimin. En esos instantes, en medio de la rutina de esa cena, encontró un eco de lo que había

perdido en el futuro, un recordatorio de lo que había recuperado al regresar, aunque su corazón seguía sangrando en silencio por lo que había dejado atrás.

Y entonces, con la naturalidad de quien no sospecha el torbellino interno de otro, su madre le preguntó cómo había sido su día.

La garganta de Jimin se secó al instante, como si el aire mismo se hubiera solidificado en su interior, y el bocado de verduras que intentaba tragar se convirtió en una masa imposible de pasar.

El dolor en su pecho, que había ocultado desde que bajó las escaleras, despertó de nuevo con una furia devastadora, aplastante y afilado, como si una daga invisible se hubiera hundido en su corazón. Su estómago, atrapado en una paradoja de vacío y opresión, se retorció en un nudo tan apretado que su apetito se desvaneció como si nunca hubiera existido. Su día no había sido una simple sucesión de horas, una mañana y una tarde que se desvanecen en la rutina, habían sido meses, una eternidad comprimida en un solo día. Había caminado por un mundo completamente diferente, había respirado el aire de una era distinta, había rozado sus sueños con la punta de los dedos y, sobre todo, se había enamorado con una intensidad que lo había cambiado para siempre, todo en el lapso de este día que ahora se burlaba de él con su aparente normalidad.

Carraspeó con esfuerzo, un sonido áspero que buscaba disimular el temblor de sus manos, que se agitaban como hojas en una tormenta, traicionando su fachada de calma.

—Estuvo bien —respondió, forzando un tono despreocupado, aunque cada palabra era un peso que apenas podía cargar—. No hice mucho, solo pasé un rato con Taemin.

Su madre asintió con una sonrisa leve, satisfecha con la respuesta, pero su padre frunció el ceño, sus ojos afilados por una desaprobación que Jimin conocía demasiado bien.

—Pasas demasiado tiempo con ese tal Taemin —dijo, su voz cargada de un reproche que cortaba como el filo de un cuchillo—. ¿Por qué no pasas tiempo con Anna, como tu madre y yo te hemos sugerido una y otra vez?

Ese simple comentario, tan trivial en su intención, fue como un mazazo que desenterró los recuerdos de Jimin, recordándole con una claridad dolorosa por qué había anhelado quedarse en el futuro, lejos de estas expectativas asfixiantes.

Durante los últimos días, mientras pensaba en regresar a casa, había enterrado en lo más profundo de su mente la presión constante de sus padres, su insistencia en que pasara tiempo con Anna, la hija de un amigo de la familia, una chica que para ellos representaba un ideal que Jimin no podía, ni quería encarnar.

—Yo... —balbuceó, buscando palabras que no lo traicionaran—. Hace tiempo que no tengo una charla decente con Taemin —su defensa sonó débil, frágil, incluso para sus propios oídos, como un castillo de naipes a punto de derrumbarse.

—¡Tonterías! —replicó su padre, cortante, mientras tomaba un trozo de zanahoria con su tenedor, un gesto tan cotidiano que contrastaba cruelmente con la tormenta interna de Jimin—. Estuviste visitándolo apenas anteayer. Invita a Anna a almorzar mañana, y punto.

Jimin sintió cómo su mente se aceleraba, desesperada, evaluando y descartando excusas con una rapidez febril, como un náufrago buscando un salvavidas en medio de un océano tormentoso. Hasta que, de pronto, una idea brilló en su cabeza, clara y salvadora, una solución que no solo lo libraría del compromiso del almuerzo, sino que también le daría el tiempo a solas que tanto necesitaba, un espacio para curar sus heridas, para intentar recomponerse del vacío que lo había dejado al abandonar a Jungkook, aunque sabía, en lo más profundo de su ser, que esa herida no sanaría fácilmente.

—La llamaré mañana por la mañana —aseguró Jimin a su padre, forzando un tono de sinceridad que se sentía como una máscara frágil, a punto de resquebrajarse bajo el peso de su propia mentira.

Su padre asintió con un gesto seco, casi militar, como si con ese simple movimiento cerrara el tema.

—Bien —dijo, y sin más, giró su atención hacia su esposa, sumergiéndose en una conversación sobre algún asunto trivial de su trabajo, como si el mundo de Jimin no estuviera desmoronándose en silencio.

Jimin bajó la mirada hacia su plato, donde las zanahorias y las judías verdes yacían intactas, y comenzó a moverlas con el tenedor en un baile sin sentido, un intento desesperado de mantener sus manos ocupadas mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Necesitaba encontrar la manera más convincente, la más realista, de alegar que se sentía mal, de excusarse para escapar a la soledad de su habitación, donde podría derrumbarse sin testigos. Cada segundo en esa mesa se sentía como una cuerda que se tensaba más y más, a punto de romperse.

La oportunidad perfecta llegó solo después de que la cena terminara y su madre, con esa energía inagotable que siempre la caracterizaba, mencionara la idea de tomar café en la sala de estar, como si la noche aún tuviera algo que ofrecer.

Cuando se giró hacia él, con esa sonrisa despreocupada, y le preguntó si quería café, Jimin negó con la cabeza, su rostro contorsionado en una mueca de dolor que, aunque exagerada para su propósito, no era del todo fingida, pues el peso de su tristeza era un dolor real, palpable, que lo aplastaba desde dentro.

—Creo que paso —dijo, su voz cargada de una fatiga que no tuvo que inventar—. Me está viniendo un dolor de cabeza bastante fuerte. —hizo un gesto vago hacia las escaleras, como si su sola mención pudiera transportarlo allí—. Creo que me acostaré temprano.

Su madre asintió con una rapidez que rayaba en la indiferencia, su atención ya desviándose hacia otro lugar.

—Está bien, querido. Buenas noches —respondió, y sin más, se dirigió a la cocina, sus pasos ligeros resonando como un eco de su despreocupación, claramente absorta de nuevo en sus pensamientos sobre el café, como si la partida de su hijo fuera un detalle menor en su noche.

Jimin la observó alejarse, su figura desvaneciéndose en la penumbra del pasillo, y una mezcla agri dulce de alivio y decepción lo envolvió como una manta pesada. Por un lado, estaba agradecido de que su madre no hubiera cuestionado su excusa, de que no hubiera mostrado un interés excesivo que lo obligara a enfrentarse a su fragilidad, a ese borde peligroso donde un simple gesto de ternura podría hacerlo derrumbarse en llanto frente a ella.

Pero, por otro lado, le resultaba profundamente desolador ser ignorado de esa manera, ser despachado con tanta facilidad, como si su dolor, aunque oculto, no mereciera ni un instante de atención. No era gran cosa cuando solo se trataba de alegar un simple dolor de cabeza, pero esa indiferencia era un patrón, un eco de todas las veces que sus padres habían pasado por alto sus verdaderos sufrimientos, sus heridas reales. Ni siquiera cuando se cayó de un caballo y se magulló la cadera y el brazo tan gravemente que cada movimiento era una agonía, habían mostrado una verdadera preocupación o simpatía, como si su dolor fuera un inconveniente menor, un problema que debía resolver solo. Nunca había pensado mucho en esa indiferencia, la había aceptado como parte de su vida, pero ahora, en este momento de vulnerabilidad absoluta, el contraste entre la reacción de su madre y la forma en que sabía que Jungkook habría actuado, con ternura, con preocupación genuina, con un abrazo que lo habría sostenido en pedazos, era tan abismal, tan desgarrador, que sintió que el suelo bajo sus pies se desvanecía, dejándolo a la deriva en un mar de soledad.

Intentando no anhelar demasiado el cálido abrazo y los besos tiernos de Jungkook, Jimin subió rápidamente las escaleras hacia su dormitorio. Una vez que apagó la luz y se acurrucó bajo las sábanas, se permitió soltar la máscara que había mantenido en alto durante toda la cena, y todas las emociones que había luchado por reprimir brotaron como un río desbordado.

" Odio cómo me han obligado a elegir entre las personas más importantes de mi vida", murmuraba para sí mismo.

" *¿Qué he hecho para merecer esta vida?* ", se sentía celoso, absurdamente celoso, de quienes tenían vidas sin complicaciones, que se enamoraban, se casaban y disfrutaban de cenas familiares con facilidad.

" *¿Por qué yo recibí una carta tan mala? ¿Por qué todo ha sido tan difícil desde el principio?* ", primero, el pavor de darse cuenta de que era diferente, el horror de comprender por qué, años de batalla por ocultar su verdadero ser, y luego, encontrar esperanza al enamorarse del hombre más maravilloso y bello, solo para enfrentarse a la decisión entre lo correcto y lo que su corazón anhelaba. No era justo.

Las lágrimas nuevamente habían empapado su almohada, y Jimin, con un resoplido, giró la cabeza para evitar el parche húmedo. Su mirada se posó en el lazo de Jungkook, y por un momento, extendió la mano hacia él, pero la dejó caer sin fuerzas sobre la cama. No era el lazo lo que quería sostener, sino a Jungkook, un hombre que aún no existía en aquella época.

Enroscado en sí mismo como una hoja marchita, Jimin cerró los ojos con fuerza, deseando que el sueño lo envolviera, que lo llevara lejos de sus pensamientos tortuosos y de los recuerdos que lo acechaban. Sabía que su alivio sería efímero, que despertar sería como abrir una herida fresca, pero en ese momento, necesitaba esa fuga más que nada. Necesitaba escapar de la imagen de Jungkook, que parecía estar grabada a fuego en su mente.

Cuanto más intentaba rendirse al sueño, más se le escapaba de entre los dedos. Comenzó a suplicarse internamente, forzando a su cuerpo a ceder en la batalla por mantenerse despierto, pero este parecía empeñado en prolongar su sufrimiento. Esperaba que el agotamiento lo dominara de nuevo como lo había hecho antes, y finalmente, después de horas de lucha, lo arrastró a un sueño inquieto.



Al despertar la mañana siguiente, no sintió la necesidad de fingir malestar.

Su garganta estaba irritada y ronca por el llanto, los músculos de su espalda y piernas sufrían espasmos por la rigidez por cómo había dormido, sus ojos pesaban y ardían con la luz que se colaba por las cortinas, y su cabeza parecía atascada como si tuviera un resfriado. A pesar de las horas de sueño, aún se sentía agotado y desgastado, sabiendo sin necesidad de verse que tenía ojeras profundas. Pero el golpe más duro fue el regreso de los recuerdos de su situación y su elección, que lo asaltaron como una flecha al pecho al abrir los ojos y encontrar su propia habitación en lugar de la de Jungkook. No sabía si quería volver al sueño para escapar temporalmente o si merecía sufrir. Después de todo, él había tomado la decisión de regresar, este dolor era el precio que debía pagar.

Cuando su madre tocó suavemente la puerta, preguntando cuándo bajaría a desayunar, su voz ronca y el resuello de la tos convencieron a su madre de su malestar. No abrió la puerta para comprobar cómo estaba, aunque sí le preguntó si necesitaba algo, al menos eso tenía que reconocérselo.

—Jungkook habría cuidado de mí —pensó con nostalgia—, me habría hecho sopa, ofrecido un surtido de libros para leer, habría acomodado mis almohadas...

Con un gemido, Jimin se volteó para quedar mirando el techo, luchando contra el dolor agudo en su pecho y el impulso abrumador de llorar. Se preguntaba si esto era lo que los libros describían como un corazón roto. En las novelas, los personajes lloraban por la pérdida al descubrir que el amor de su vida no los correspondía, pero si esto era un corazón roto, entonces los libros nunca habían capturado la verdadera magnitud del dolor y la desolación, ni mencionaban la sensación de desubicación y confusión que lo acompañaba. Quizás algunos dirían que estaba siendo melodramático, pero, en realidad, no sabía qué hacer con su vida ahora que Jungkook ya no formaba parte de ella. Jungkook había sido su guía, iluminando su futuro, y ahora, con las luces apagadas, se encontraba tropezando en la oscuridad una vez más.

Pasó el día entero en la cama. A media mañana, la casa se sumió en un silencio absoluto, indicando que estaba solo. Se dijo que debía aprovechar para bajar y comer algo, pero el hambre no existía para él. No salió de su refugio. Solo se levantó un par de veces para ir al baño, pasando el resto del tiempo enroscado bajo las mantas, entrando y saliendo de un sueño ligero, haciendo un esfuerzo inútil por no pensar en Jungkook y en lo que estaría haciendo si estuviera en un futuro donde aún formaran parte de la vida del otro.

El dolor persistía, sin alivio, mientras las horas se arrastraban lentamente. Sus emociones se repetían en ciclos, culpa, pérdida, miedo, preocupación...

Por la tarde, el arrepentimiento lo alcanzó como una ola.

Todo lo que había deseado hacer por Jungkook, todo lo que había querido decirle, se mantenía en su mente, burlándose de él. Las citas que soñaba con organizar, el desayuno sorpresa en la cama que había planeado, y expresar cuánto amaba ese cabello alborotado por las mañanas o después de un día agotador. Pero lo que más lo atormentaba era que nunca había logrado decirle a Jungkook que lo amaba. Había estado a punto tantas veces, había tenido innumerables oportunidades, pero nunca lo hizo, y Jimin se odiaba por esa falta de valentía.

—Nunca le dije cuánto lo amaba —pensaba con un dolor que lo atravesaba—. Todas esas oportunidades perdidas...

Después de haberse sumergido en un océano de arrepentimiento y odio hacia sí mismo, Jimin comenzó a cuestionarse si decir esas palabras a Jungkook habría alterado su presente.

El corazón de Jimin se retorció de dolor solo de pensarlo, si Jungkook sintiera lo mismo, quizás habría decidido quedarse, o en el caso de que no lo amara, habría vuelto a este tiempo con el alma menos quebrantada. Claro, también existía la posibilidad de que Jungkook le hubiera confesado su amor y, aun así, Jimin hubiera regresado aquí, sufriendo aún más por haber dejado atrás todo lo que podría haber sido.



Tras pasar dos días más sin mostrar intención de abandonar el refugio reconfortante que había hecho de su cama, su madre irrumpió en la habitación y sugirió llamar al médico. Jimin se incorporó con esfuerzo.

—No —respondió con brusquedad, lo que hizo que su madre lo mirara con sorpresa—. Quiero decir, estoy bien, solo fue un resfriado —forzó una sonrisa débil, tratando de ocultar el dolor interno que aún lo consumía.

Su madre titubeó, mostrando un gramo de duda.

—Bueno... si estás seguro.

Jimin asintió con energía.

—Seguro. Mañana estaré fuera de la cama.

Su madre permaneció en el umbral, indecisa sobre qué hacer, antes de ofrecerle una sonrisa y retirarse de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró a sus espaldas, Jimin se desplomó de nuevo contra las almohadas con un gemido apenas audible.

Mañana tendría que volver a la farsa de que todo marchaba bien y que la vida era perfecta. No tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo.

Pese a los tres días en cama, se sentía exhausto hasta los huesos, como si el mero hecho de mantenerse despierto lo desgastara. No sabía de dónde sacaría la energía para enfrentar el día siguiente, o cualquier otro día a partir de ahora.

No ayudaba en nada el hecho de que le costaba dormirse. Cada vez que intentaba descansar, su mente comenzaba a torturarlo con recuerdos de quedarse dormido junto a Jungkook, del roce suave de su pulgar en su cintura, y la imagen de él con esos ojos soñolientos y el cabello desordenado.

Cuando finalmente se dejaba llevar por el sueño, despertaba poco después, sudando y temblando, su mano buscando en vano el calor de Jungkook en el lado vacío de la cama. Nunca recordaba los detalles de las pesadillas que lo despertaban, pero siempre lo dejaban con un anhelo desgarrador por Jungkook y una soledad que dolía en lo más profundo.

Esa noche, tras rechazar la cena y con su habitación sumida en una oscuridad donde solo se vislumbraban las formas de los muebles, Jimin se levantó de la cama y, con piernas inestables por el encierro prolongado, se dirigió hacia la ventana. Abrió las cortinas y se apoyó en el marco, observando el cielo nocturno como había hecho cada noche desde su vuelta a este tiempo, tal como se lo había prometido a Jungkook.

Las estrellas resplandecían con intensidad en un amplio cielo, justo frente a él. La lluvia intensa de antes había cesado, y las nubes gruesas se habían dispersado, dejando pasar la luz de la luna que ahora teñía el cielo con un suave brillo amarillento. No podía saber si esas estrellas eran las mismas que luminarian el Nueva York del siglo XXI, pero el pensamiento de que dentro de noventa y un años Jungkook estaría mirando este mismo cielo nocturno, pensando en él, le daba consuelo suficiente.

Aunque había hecho su mejor esfuerzo por no pensar en Jungkook mientras yacía en la cama durante el día, no queriendo que recuerdos dolorosos lo torturaran durante horas, siempre bajaba sus defensas cuando miraba al cielo. Este espacio de una hora o más, contemplando las estrellas, era cuando se permitía recordar la suavidad de la piel de Jungkook y cómo sus ojos se iluminaban de un azul brillante al recibir a Jimin después de un día de trabajo, cómo olía y la sonrisa suave que adornaba su rostro antes de decir buenas noches. Recordarlo todo dolía, pero Jimin no quería olvidarlo, quería aferrarse a tantos detalles como fuera posible, y si se permitía recordar libremente durante esta hora nocturna, esperaba no olvidarlos nunca.

Suspiró profundamente mientras miraba una estrella particularmente grande que parpadeaba junto a una franja delgada de nube. No sabía por qué había pensado que debía regresar a su propio tiempo, sabía que nada habría cambiado, que vivir aquí seguiría siendo tan agotador y deprimente como siempre lo había sido. Y ahora tenía el dolor de haber perdido a Jungkook y todo lo demás que tenía en el futuro agregado a eso. Era verdaderamente horrible.

Comenzaba a pensar que había cometido un gran error al volver.

Una parte de él deseaba ser de esas personas que podían cortar fácilmente lazos con la familia que los retenía y mudarse para empezar una nueva vida por su cuenta. Una parte más pequeña de él estaba contenta de no ser tan despiadado.

Lógicamente, Jimin sabía que tenía todas las razones del mundo para alejarse de la vida de sus padres. Nunca le habían mostrado mucho afecto, le impedían perseguir sus pasiones y,

sin duda, lo desterrarían y repudiarían si supieran que era homosexual. Apenas lo conocían, sin embargo, algo seguía reteniéndolo a esa relación, impidiéndole seguir su corazón.

La culpa, el temor de ser cruel y el amor residual hacia su familia, junto con el hábito arraigado de hacer lo correcto, lo habían traído de vuelta a este tiempo, y estaba seguro de que era solo cuestión de tiempo antes de que esos sentimientos no fueran suficientes para mantenerlo en pie aquí. Sabía que eventualmente se quebraría y sería considerado mentalmente inestable.

Un nuevo aguijón de dolor lo hizo morderse el labio. Tal vez había sido un error regresar, pero había tomado la decisión y había viajado atrás, así que tendría que vivir con eso. No había nada más que pudiera hacer.



Rosé lo encontró un rato después. Jungkook no tenía idea de la hora, pero la habitación se había sumido en una penumbra considerable, con la luz de la ciudad filtrándose por la ventana y creando sombras extrañas en el suelo.

Ni siquiera había notado cómo se escapaba el tiempo. El sol se había ocultado, la noche había caído y él no lo había visto pasar, atrapado en un trance de entumecimiento donde sentía tanto a la vez que era como si no sintiera nada, como si hubiera sido desgarrado de toda emoción.

Solo se percató de Rosé cuando ella ya estaba arrodillada frente a él.

—¿Jungkook? ¿Qué sucede?

Su voz transmitía miedo, y fue ese mismo temor lo que rompió el caparazón de su entumecimiento.

Parpadeó mientras el rostro preocupado de Rosé se hacía nítido, su respiración se atascó cuando el dolor de lo ocurrido lo invadió de nuevo. El reloj de bolsillo de Jimin aún estaba en su mano, el metal presionando su palma. Lo agarraba con una fuerza desesperada, como si temiera que alguien pudiera arrebatárselo. Sentía las lágrimas aún adheridas a su piel.

—¿Jungkook? —Rosé puso una mano suavemente sobre su hombro, y Jungkook tuvo que resistir el impulso de apartarse de su toque.

—Se ha ido —susurró.

Rosé frunció el ceño y se inclinó hacia adelante, esforzándose por escuchar sus palabras. Su voz era apenas un murmullo, sorprendentemente audible, estaba asombrado de poder hablar en absoluto.

Una sombra de comprensión comenzaba a formarse en los ojos de Rosé, detrás de la confusión y el miedo que dominaban su mirada.

—¿Jimin se ha ido? —el cuerpo de Jungkook reaccionó con un sobresalto involuntario ante sus palabras, y los ojos de Rosé se nublaron, la confusión rápidamente dando paso a la furia —. ¿Ese bastardo te ha dejado? ¿Después de todo lo que dijo y todas las promesas que hizo, te ha dejado en este desastre? —su voz se elevó y se agudizó con la indignación, y Jungkook se estremeció cuando su sonido le taladró los oídos, su cabeza comenzando a palpar dolorosamente.

—No —logró decir con voz entrecortada, juntando las piernas contra su pecho, formando una bola protectora.

La expresión enfurecida de Rosé vaciló.

—¿No? —repitió, confundida—. Pero, tú acabas de decir...

Jungkook se curvó más sobre sí mismo, apretando el reloj aún más fuerte.

—No... de esa manera.

Los ojos de Rosé analizaban su rostro con expectación, la confusión filtrándose de nuevo en su expresión. Seguía frunciendo el ceño, su rostro tenso. Su pecho se elevaba y descendía con respiraciones entrecortadas, y parecía titubear, casi como si temiera lo que estaba por venir.

A Jungkook le costaba horrores y preferiría estar solo, pero necesitaba que Rosé comprendiera. No quería que ella culpara a Jimin ni le lanzara insultos cuando no había hecho nada malo.

Con esfuerzo, tomó una respiración temblorosa, sus pulmones no cooperaban bien.

—No quería irse —dijo—. Realmente no quería irse, pero tuvo que hacerlo.

Rosé se movió un poco. La ira casi había desaparecido de su semblante.

—Jungkook... ¿qué?

Jungkook levantó una mano para detenerla.

—¿Podemos no hablar de esto? Yo... no puedo ahora —viendo que Rosé estaba a punto de protestar, la miró con ojos suplicantes—. Por favor, Rosé. No puedo...

Rosé asintió.

—De acuerdo —de levantó, su mirada preocupada recorriendo ansiosamente su figura encorvada—. Hablamos mañana —dio un paso hacia la puerta y se detuvo—. ¿Necesitas algo? ¿Has cenado?

Jungkook negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Jungkook, deberías comer algo—

—Rosé, por favor —interrumpió Jungkook, suplicándole internamente que lo dejara en paz.

—De acuerdo —repitió Rosé, antes de abandonar la habitación.

En cuanto Rosé salió, Jungkook dejó caer su cabeza para descansar sobre sus rodillas, sus lágrimas formando rápidamente círculos húmedos en el jean.

Esto era infinitamente peor que la partida de Jaehyung. Con su ex solo había sentido inutilidad y enojo hacia sí mismo, emociones que sabía, en el fondo, podría superar, pero esto, lo que sentía ahora, era de otro nivel. Era una pérdida que desgarraba el alma. Era un duelo que rompía el corazón. Había dicho adiós a su mejor amigo, al hombre que amaba, y a su futuro. Y nunca volvería a ver a Jimin. No veía forma alguna de recuperarse de esto, siempre llevaría las cicatrices.

Un rato después, logró ponerse de pie y arrastrar su cuerpo lastimado hasta la cama de Jimin. Su mente aún funcionaba lo suficiente como para seguir la rutina de quitarse la ropa hasta quedar en ropa interior, algo que, de no estar tan sumido en el dolor, lo habría sorprendido. Se deslizó bajo las mantas y se desplomó contra la almohada con un gemido.

Todo olía a Jimin. Estaba envuelto en su aroma, el olor familiar y reconfortante estaba impregnado en las almohadas, adherido a las sábanas. Tal vez debería haber dolido más estar acostado donde Jimin había dormido durante meses, pero Jungkook sabía que era el único lugar donde podría encontrar algo de paz para dormir.

Se acurrucó de lado, rodeando en su pecho una almohada con un brazo protector, y frotó su mejilla contra la almohada, desatando más del aroma de Jimin. Ese olor en el aire y en las mantas era como un abrazo reconfortante, una débil sombra de los cálidos abrazos que Jimin solía darle. Sabía que este alivio era efímero, el aroma de Jimin pronto se desvanecería, pero tomaría lo que pudiera conseguir. Estaba desesperado.

Despertó con el viento silbando y aullando contra la ventana. Instintivamente, extendió una mano a través de la cama, buscando el cuerpo cálido que siempre estaba cerca. Abrió los ojos cuando sus dedos solo encontraron sábanas frías y un objeto metálico redondo, que recogió y sacó de debajo de las mantas para examinarlo.

El reloj de bolsillo dorado. Eso era todo lo que quedaba de Jimin ahora.

Sus ojos se cerraron una vez más mientras el dolor lo atravesaba, haciendo que su estómago se revolviera y su rostro se contorsionara contra las lágrimas. Podía ver que así serían todas las mañanas de su vida a partir de ahora.

La misma parte de su cerebro que le había permitido desvestirse antes de dormir lo levantó de la cama, lo llevó al baño y luego a la cocina.

Rosé estaba allí, sentada a la mesa, con una expresión preocupada sobre su taza de café. Levantó la vista al oír a Jungkook, sus ojos se ensancharon en una mezcla de sorpresa, alivio y más preocupación. No parecía saber qué decir mientras Jungkook, en piloto automático, se servía café y se sentaba enfrente de ella.

El café aún giraba en su taza por haber sido removido, Jungkook lo observó hasta que se calmó. Se aclaró la garganta.

—Jim... Jimin volvió a su casa —susurró con voz áspera, sonando como si tuviera un resfriado.

—¿A... casa? —preguntó Rosé con cautela.

Jungkook envolvió su mano alrededor de la taza de café, tomando el poco consuelo que podía del calor que se filtraba en su palma.

—Regresó a su propia época —dijo con rigidez, las palabras luchando por salir de su garganta bloqueada. Movi6 la pierna con nerviosismo y sintió el reloj de bolsillo de Jimin presionando contra su muslo desde el bolsillo—. Jimin.

El rostro de Rosé se llenó de compasión.

—Oh, Jungkook —dijo suavemente, extendiendo la mano para acariciar la izquierda de Jungkook sobre la mesa. Apenas sintió su toque—. Pensé... —dudó—. Pensé que le gustaba estar aquí.

Había una pregunta subyacente en su voz, una que hizo que el corazón de Jungkook se retorciera dolorosamente, amenazando con dejarlo hecho un ovillo alrededor de los restos de su corazón destrozado en el suelo, aquella era, "*Pensé que te amaba* "

Tuvo que tomar aire profundamente por un momento, intentando no pensar en ello, antes de poder articular una respuesta.

—Le gustaba estar aquí, pero se sentía fuera de lugar y extrañaba a su familia.

" *Pensé que te amaba.* "

Jungkook trató de desechar el pensamiento, pero era como un virus latente que volvía a la superficie cada vez que sus defensas cedían.

Sabía exactamente por qué Jimin se había ido y que no tenía nada que ver con él. Nunca se habían dicho esas palabras tan importantes. Él sabía desde hacía tiempo que estaba enamorado de Jimin, pero nunca se lo había confesado, entonces, ¿cómo podía estar seguro de que Jimin no sentía lo mismo? Y aunque Jimin no estuviera enamorado de él, no significaba que le importara menos o que nunca podría amarlo, sus sentimientos simplemente podrían necesitar más tiempo para madurar, después de todo, solo se conocían desde hacía unos meses. La partida de Jimin no tenía nada que ver con su relación, él lo sabía, no debía dejar que su mente pensara de otra manera.

Rosé no dijo nada, solo acunó su taza entre las manos.

De repente, lágrimas se agolparon en los ojos de Jungkook. Las combatió parpadeando con fuerza.

—Nunca lo volveré a ver —susurró con una voz rota.

El rostro de Rosé se suavizó, sus labios se entreabrieron y su frente se arrugó con compasión.

Un pequeño sollozo se escapó de entre los labios apretados de Jungkook.

—Jimin...

—Oh, Jungkook.

Dejando su café a un lado, Rosé se levantó y rodeó la mesa hasta la silla junto a Jungkook. Se sentó, acercándose hasta estar lo más cerca posible de él. Cuando Jungkook inhaló profundamente y con dificultad por la nariz, con lágrimas ahora deslizándose por sus mejillas, ella le pasó un brazo por los hombros, frotándolos y haciendo lo mejor para consolarlo, murmurando que todo estaría bien.

Temblando por el llanto, Jungkook se derrumbó contra el costado de Rosé.

Su abrazo no le brindaba consuelo, no tenía la forma adecuada, no olía como debía, y la mano que frotaba su brazo no subía para acariciar su mejilla, su cuerpo era demasiado suave, sus brazos no tenían la fuerza necesaria, y no plantaba besos ocasionales en su frente.

Ella no era Jimin.

Jimin era quien necesitaba y no estaba aquí. Nunca volvería a estarlo.

—Jimin... —sollozó.



Querido Jungkook,

No poder ver tu rostro mientras te digo estas palabras es un vacío que me consume. Escribirte en papel no solo es una tarea difícil, sino que cada palabra escrita es un recordatorio punzante de que nuestro tiempo juntos se ha detenido. Cada frase que escribo hace que nuestra distancia se sienta más real, más insoportable. Pero debo hacerlo, Jungkook, porque aún, en los momentos más inesperados, me giro a preguntarte sobre la cena, o preparo dos tazas de café por inercia. Necesito seguir compartiendo mi vida contigo, contándote esas historias que solo tú comprenderías. Te necesito en mi vida, Jungkook, de cualquier manera posible.

Sigo fiel a nuestra promesa, miro al cielo nocturno cada noche y pienso en ti, deseando que tú también lo hagas. Mi corazón se llena de recuerdos de nosotros, las mañanas donde el tiempo se detenía, las tardes donde nada más importaba, las noches donde cada caricia era un susurro de amor. Nunca hubo suficientes días, Jungkook, y no creo que nunca los haya, siempre anhelaría un día más a tu lado.

La idea de un solo día más contigo me desgarró. Me pregunto si ese tiempo extra sería un dolor insoportable, o si el simple hecho de estar contigo justificaría cualquier otro sufrimiento. Estoy seguro, más allá de cualquier duda, que tomaría ese día, aceptaría cualquier sacrificio por tenerte un rato más. Aunque pasáramos ese día en un silencio compartido, sentados en nuestro sofá, sería suficiente. Verte de nuevo, aunque solo fuera por un instante, cambiaría cualquier cosa por esa oportunidad.

Hablando de intercambios, espero que tengas el reloj de bolsillo que te dejé, un fragmento de mi alma que te confié. Yo guardo tu corbata, un significado de nuestro amor, en mi mesita de noche, donde puedo verla al cerrar los ojos y al abrirlas con la esperanza de un nuevo día. Aún conserva un tenue aroma a hogar, a nosotros. Trato de no tocarla, rezando para que su esencia se mantenga, aunque sé bien que nada es eterno y su perfume se escapa con cada día que pasa. Pero lucho contra lo inevitable, queriendo aferrarme a ese último rastro de nuestra vida juntos. Al intercambiar la corbata y el reloj, parece que compartimos el mismo anhelo, dejarnos algo tangible, un recordatorio de nuestra existencia en la vida del otro. Puede parecer una tontería, ya que, después de todo, ¿qué es más real y perdurable que nuestros recuerdos? Sin embargo, es un consuelo inmenso tener algo concreto a lo que aferrarse cuando todo se siente como un sueño que se desvanece.

No vivo sumido en la tristeza, Jungkook, también hay destellos de alegría en mi vida. Volver a estar con Taemin ha sido dulce para mi alma, lo extrañaba tanto. Ha notado mi dolor, olvidaba cuán amoroso y preocupado puede ser, pero he aprendido a esconder el vacío que dejó tu ausencia, y pasar tiempo con él me devuelve a aquellos días de risa y complicidad. En ese aspecto, es como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero, aunque estar con Taemin es una bendición, no puede llenar el vacío que dejó Roseanne Park en mi vida. Sí, aunque nuestro tiempo juntos fue breve y hasta hubo amenazas, su ausencia es un eco constante. Apenas comenzaba a entenderla, a verla como una amiga, cuando la vida nos separó. Fue arrancada de mi lado demasiado pronto.

En cuanto a estar de nuevo con mis padres, mis emociones son un mar de confusiones difícil de navegar. Me llenó de alegría verlos, y es reconfortante estar de vuelta en casa, compartir la mesa con ellos, pero ahora los veo con ojos diferentes. Mi tiempo en el futuro me ha vuelto consciente de sus verdaderas caras. Ahora parecen más fríos, más ajenos a mí, menos preocupados por lo que siento. Cosas que antes me eran indiferentes ahora son cuchillos que cortan. Me doy cuenta de que en sus vidas, soy apenas un pensamiento de última hora, y eso duele profundamente. Supongo que debo aprender a convivir de nuevo con cómo son, aunque cada día sea una lucha por el corazón.

Podría seguir escribiendo, llenando páginas y más páginas para contarte cuánto te extraño y decirte todo lo que he querido desde que me fui, pero entonces esta carta nunca tendría fin. Te escribiré más, te lo prometo, al menos una vez a semana.

Espero que tú y Rosé estén bien, que la vida les sonría y que hayas logrado terminar ese importante flyer en el que trabajabas con tanto esfuerzo.

Todo mi amor, siempre,

Jimin.

Dejó la pluma sobre el escritorio y miró fijamente la carta que acababa de escribir. Escribir había sido como un bálsamo temporal, desviando su mente del dolor de no tener a Jungkook cerca y enfocándola en la conexión que aún existía a través de las palabras. Fue un alivio momentáneo, y Jimin esperaba que estas cartas fueran su cable para mantenerse cuerdo.

Repasó rápidamente la carta, buscando cualquier error que pudiera haber pasado por alto. Con un asentimiento de satisfacción, dejó la pluma a un lado y, asegurándose de que la tinta estaba seca, dobló la carta con cuidado. Cada pliegue era deliberado, quería que los bordes fueran perfectos, simétricos, sin manchas de tinta ni arrugas. Había elegido su mejor papel de escribir, uno que había recibido de regalo de su tía hace años, y ahora encontraba en él un propósito, aunque desearía que no hubiera sido necesario.

Con la carta ya cuidadosamente doblada, Jimin escudriñó su habitación en busca de un escondite seguro. Su padre no había entrado allí en años, y su madre lo hacía tan rara vez que parecía casi un mito. Aun así, no podía arriesgarse, no con algo tan íntimo y personal.

Sus ojos vagaron sin rumbo hasta posarse en su colección de discos, dispuestos en la zona más baja de su estantería. Sin pensarlo demasiado, se levantó, con la carta de Jungkook aún

en la mano, y se dirigió hacia ellos. Se agachó, sacando su copia de " *Three O'clock in the Morning* ", y por un momento, solo miró la portada antes de deslizar la carta con cuidado dentro de la funda.

—Este es el disco con el que Jungkook y yo bailamos aquella noche —se dijo a sí mismo, sintiendo un nudo en el estómago. Había algo de masoquista en esconder la carta en este disco en particular, pero también era el escondite perfecto, un nuevo lazo con Jungkook. Práctico, además, sus padres nunca mirarían allí dentro. No eran amantes de la música.

Deslizó su mano sobre la portada del disco, devolviéndolo a su lugar en el estante. Se balanceó sobre sus talones, observando cómo el disco se integraba con los demás, una pieza más de su vida ahora marcada por la ausencia. Se enderezó y se volteó, sintiendo un vacío abrirse dentro de él.

De repente, se sintió perdido. No sabía qué hacer con el resto del día. Taemin estaba en el trabajo, sus amigos del equipo de polo se reunían más tarde, pero uno de ellos había anunciado su compromiso y no tenía ánimo para escuchar cómo hablaba maravillado de su prometida. Estaba demasiado roto para sentirse feliz por otros.

Con un suspiro profundo, Jimin se dirigió a su cama y se desplomó sobre ella, los ojos fijos en la pared, sin ver realmente. En 2025 habría deseado que el día durara más, pero ahora solo deseaba que las horas pasaran rápidamente hasta que pudiera mirar las estrellas o irse a dormir.

Sentía un alivio amargo cuando terminaba otro día, otro día superado. Volver al trabajo parecía imposible, no tenía la concentración ni la energía. Había intentado tocar el piano, pero ni siquiera sentarse en el taburete era soportable sin que el recuerdo de una niña entusiasta pidiendo dúos o un adolescente perfeccionando sus escalas le inundara los ojos de lágrimas. La única vez que había logrado tocar, solo había avanzado unas notas antes de derrumbarse. Había dejado atrás un trabajo en la música, su sueño, aunque no era ser profesor lo que había anhelado. Ahora, en su carrera de derecho, lo único que le importaba era la música, y sin ella, su corazón estaba vacío.

Ya no estaba viviendo, solo existiendo. No comprendía por qué había pensado que regresar aquí sería lo mejor. Había sacrificado sus sueños y el amor por un solo amigo cercano, por una familia que no lo apoyaba, y con la que apenas mantenía relación, y por su propia culpa al haberlos abandonado y al tiempo al que pertenecía. Deseaba no haber sido tan estricto con lo que se consideraba correcto, ojalá hubiera tenido el valor de correr riesgos y seguir su corazón.

Sus pensamientos melancólicos se rompieron cuando la voz de su madre lo llamó desde abajo. Por instinto, buscó su reloj en el bolsillo, queriendo ver la hora, solo encontró vacío,

un dolor sordo le atravesó el pecho al ver la corbata sobre su mesita de noche. Sabía que era peligroso dejarla a la vista, pero le daba igual, necesitaba verlo.

—Jungkook... —susurró, el nombre escapando en un suspiro.

Se preguntaba cómo estaría Jungkook manejando su partida. Esperaba que Rosé lo cuidara. Temía que ella lo odiara, convencida de que había tenido razón al pensar que solo estaba jugando con Jungkook, que lo abandonaría como Jaehyung lo había hecho...

Tragando con fuerza, Jimin apartó la vista de la corbata, sus ojos quemaban de lágrimas contenidas. No era como Jaehyung, no había querido dejar a Jungkook. Seguramente Rosé lo entendería, ¿no?

Su madre lo llamó de nuevo, con más urgencia en su voz.

—¡Bajo en un minuto, madre! —respondió, forzando una voz firme.

Se levantó de un salto y se dirigió al baño para lavarse la cara, intentando lavarse también las emociones. Una vez convencido de que su rostro reflejaba su habitual compostura, bajó las escaleras.

Encontró a su madre, enfrascada en la creación de un centro de mesa floral, cada movimiento preciso y cuidadoso, ajustando cada flor y hoja en su lugar perfecto.

—¿Qué opinas, querido? —preguntó, levantando apenas la vista de su trabajo cuando Jimin se acercó—. Es para el baile de la señora Sullivan el próximo mes. Me ha pedido que ayude con las decoraciones.

Jimin echó un vistazo rápido.

—Se ve encantador, madre —se quedó dudoso junto a la encimera donde ella trabajaba. La distracción fingida y la charla sobre flores solo señalaban una cosa, lo que tenía que decirle era importante, y por experiencia, probablemente no le gustaría. Deseaba que ella saltara los preliminares y lo dijera ya. No estaba de humor para esto.

Su madre comparó dos cintas, frunciendo el ceño con aire crítico.

—Realmente necesito una mesa de trabajo para estas cosas. Le diré a tu padre que compre una. ¡Es absurdo que tenga que hacer arreglos florales en la cocina!

Jimin respondió con un murmullo ambiguo. Su mente ya estaba desfilando por las posibles revelaciones de su madre, cada una más inquietante que la anterior. Empezaba a sentir un nudo de nervios en el estómago.

—Deberías ir a este baile —sugirió ella, sus ojos marrones encontrándose con los de Jimin. Ese era el mismo tipo de mirada que indicaba que no tenía opción. Jimin contuvo un suspiro de frustración. Sabía perfectamente lo que vendría a continuación.

—Deberías llevar a Anna contigo —agregó su madre, sosteniéndole la mirada—. Sé que le encantaría ir contigo.

Jimin esbozó una sonrisa forzada.

—Por supuesto, lo haré —ya estaba maquinando cómo podría fingir estar enfermo para evitar ir. Había asistido a tantos de esos malditos bailes en el pasado. Los detestaba. Todas las amigas de su madre comentando sobre cómo las jóvenes morían por bailar con él, las mismas chicas lanzando claras indirectas para que las invitara a almorzar, y su padre observándolo todo desde el otro lado de la sala. No creía poder soportar otro, no después de haber conocido a Jungkook y haber probado un sabor de una vida diferente.

La madre de Jimin asintió con un gesto de aprobación.

—Llévala a almorzar mañana e invítala —dijo con una voz que, aunque ligera y alentadora en la superficie, ocultaba un tono de autoridad que no admitía réplica.

Jimin sintió un nudo de frustración en el pecho. El mundo en el que vivía parecía empeñado en dictar cada paso de su vida, y en ese momento, la presión era tan asfixiante que tuvo que contener el impulso de gritar.

—Iré a llamarla —respondió, luchando para que su voz no delatara el desánimo que lo invadía.

—Asegúrate de llevarla a algún lugar bonito, querido —insistió su madre, ahora concentrada de nuevo en sus flores, segura de que su hijo cumpliría con sus deseos, como siempre lo hacía.

—Lo haré —asintió Jimin, aunque cada palabra le pesaba como una sentencia.

Con un sentimiento de fatalidad que le oprimía el corazón, Jimin marcó el número de Anna para invitarla a almorzar al día siguiente. No era que Anna le desagradara, era una chica encantadora, aunque demasiado complaciente con sus padres. El problema era que no sentía por ella el interés que todos esperaban. Sus familias, especialmente sus padres, veían en ellos la pareja perfecta, Anna, hermosa y de una familia prominente, conocida por sus elegantes fiestas y su prestigio, y él, considerado guapo, encantador y de una familia igual de influyente y respetada. Todos parecían convencidos de que eran la combinación ideal, salvo Jimin.

Durante los últimos cuatro años, había compartido innumerables momentos con Anna, gracias a las persistentes maniobras de sus padres para juntarlos en eventos sociales o almuerzos. Había esperado que su falta de entusiasmo desanimara a todos, pero solo logró que se volvieran más insistentes.

Antes, cuando no tenía ganas, podía rechazar las sugerencias de sus padres con excusas de planes con Taemin o sus amigos. Sin embargo, ahora, cada sugerencia de ver a Anna venía acompañada de un tono casi amenazante, como si se negara, sus padres estarían dispuestos a llevarlo hasta la puerta de ella y quedarse vigilando para asegurarse de que cumpliera con lo esperado.

Incluso si fuera heterosexual, jamás habría considerado proponerle matrimonio a alguien con quien lo obligaban a socializar.

Porque, al fin y al cabo, lo que sus padres y los de Anna anhelaban de este arreglo era una boda.

Levantarse de la cama esa mañana fue una batalla interna. No había palabras para describir cuánto detestaba la idea de ese almuerzo. Si había alguien que no había extrañado ni un ápice durante su tiempo en el futuro, esa era Anna, con todo lo que ella simbolizaba.

Practicó su sonrisa cálida y encantadora camino al restaurante, intentando que pareciera genuina. La fijó en su rostro con esfuerzo. Al entrar en el acogedor y moderno local y ver a Anna, sentada con gracia junto a la ventana, su ánimo se desplomó aún más, aunque su sonrisa no flaqueó. Eso, al menos, le proporcionó un pequeño consuelo.

—Buenas tardes, Anna —saludó con una cortesía forzada al llegar a su mesa.

Anna giró en su silla, iluminándose su rostro cuando lo vio.

—¡Jimin! ¡Hola! Ha pasado un tiempo.

Se levantó para plantarle un beso en la mejilla, el cual aceptó con la mandíbula tensa. Antes había soportado bien estas demostraciones de afecto, los besos en la mejilla, las manos rozando la suya, pero ahora le resultaba insoportablemente difícil. Jungkook había ocupado sus pensamientos toda la mañana, y sabía que cada segundo con Anna solo empeoraría las cosas.

Jungkook .

No podía evitar recordar todas las citas que habían compartido, cada comida juntos. Sentarse a almorzar con Anna era una pobre sustitución de aquellos momentos preciados.

Logró mantener una charla ligera mientras ordenaban la comida y esperaban que llegara. Ella dominó la conversación, hablando de sus amigos y del baile que estaba ayudando a planificar. Jimin se limitó a asentir, simulando atención con una expresión neutra y sonrisas oportunas, aunque su mente estaba en otro lugar.

La situación se complicó al comenzar a comer. Jimin había creído que sería más fácil, con la comida como distracción para las palabras, pero Anna no paraba de sugerir que la llevara al baile, lo que solo aumentaba su reticencia. Además, seguía insinuando que tenían un futuro juntos más allá de una simple amistad.

Mantener la sonrisa y actuar con normalidad se volvió una tarea difícil. Anhelaba poder confesarle su falta de interés y mencionar a su novio, pero era imposible. Anna se sentiría devastada y repulsada al saber que su corazón pertenecía a otro hombre, y difundiría la noticia con el fervor de una chusma empedernida.

Cuando los platos estaban casi vacíos, Jimin se dio cuenta de que tendría que invitarla al baile antes de que terminara el almuerzo. Reprimiendo un suspiro profundo, la miró a través de la mesa.

—Anna, ¿me harías el honor de acompañarme al baile de la señora Sullivan?

—¡Me encantaría! —respondió Anna, radiante de emoción. Su entusiasmo le provocó a Jimin un sentimiento de culpa por lo poco que deseaba esa perspectiva—. ¡Oh, Jimin, no puedo esperar a que veas mi nuevo vestido!

Jimin forzó una sonrisa mientras masticaba el último bocado, sintiendo náuseas. Imaginó el baile, moviéndose con Anna en la pista como lo había hecho con Jungkook en la privacidad de su apartamento. Un mareo lo asaltó y se sujetó el estómago.

Anna frunció el ceño, preocupada.

—¿Estás bien?

Viendo una vía de escape, Jimin negó con la cabeza.

—Me duele el estómago. Creo que debería irme a casa —dijo, poniéndose en pie—. Lo siento —arrojó algo de dinero sobre la mesa y salió a toda prisa del restaurante, dejando a una Anna boquiabierta detrás.



Rosé estaba resuelta. Determinada a que Jungkook no decayera en el mismo comportamiento post-Jaehyung, insistía en que saliera con ella y sus amigos.

Después del trabajo, lo arrastraba a tomar algo y lo mantenía activamente involucrado en la conversación, impidiendo que se sumiera en un silencio de luto. Los fines de semana se inventaba excusas para salir a almorzar o ir de compras, llevando a Jungkook consigo para pedirle su opinión. Jungkook le estaba agradecido, ella intentaba distraerlo, evitando que se convirtiera en un lobo solitario y deprimido. No quería volver a una vida donde solo saliera de su apartamento para trabajar.

Pero el problema era que no estaba encontrando el tiempo necesario para sanar tras la partida de Jimin. Mantenía una agenda tan apretada que regresaba a casa exhausto y caía dormido sin poder procesar sus emociones o comenzar a sanar. Estaba atrapado en un ciclo de cansancio perpetuo, una actividad compulsiva y triste. No creía que esto fuera más sano que encerrarse en su habitación.

Al guardar todo dentro, se sentía regularmente abrumado. Esto sucedía sobre todo por la noche, cuando sus defensas bajaban y su mente no tenía otras distracciones.

La mayoría de las noches lloraba hasta quedarse dormido y despertaba cada mañana con la mano extendida, buscando a Jimin. Era devastador y, a pesar de los esfuerzos de Rosé, no estaba manejando bien la situación.

Cuando Rosé no lo mantenía distraído, Jungkook se sumergía en el trabajo, negándose a tener un momento de pausa donde su mente pudiera relajarse y pensar en algo que no fueran sus diseños. En las noches o fines de semana, cuando Rosé estaba ocupada y él se

encontraba solo en casa, trabajaba desde allí, dibujando nuevos diseños, investigando o haciendo últimos retoques en su laptop. No era un estilo de vida saludable, pero era su única opción si quería evitar días de llanto acurrucado.

Solo se permitía un respiro cada noche a las ocho. En ese momento, cumpliendo una promesa hecha a Jimin, se sentaba junto a la ventana y miraba hacia el cielo, observando el tenue destello de las pocas estrellas visibles. Deseaba que el cielo estuviera más despejado, con más estrellas, envidiaba el firmamento que Jimin debía ver, pero esto era mejor que nada.

Mientras contemplaba el cielo, pensaba en su amado, pero no en su partida. Recordaba su primer encuentro, la mirada de asombro y confusión de Jimin, su elegancia con su corbata y el sombrero trilby... y su belleza, siempre había sido hermoso. Los almuerzos en el parque, el brillo de asombro en los ojos de Jimin al descubrir el mundo moderno, despertar junto a bucles rubios alborotados y ojos soñolientos, y las suaves melodías de piano que acompañaban sus bocetos. Solo se permitía recordar los momentos felices, evitando pensar en la despedida de Jimin o en lo que podría haber sido. No obstante, al apartar la vista del cielo, siempre encontraba lágrimas en sus mejillas.

Rosé había notado que estaba yendo al extremo opuesto. Cada vez que se disponía a salir hacia el teatro, le recomendaba relajarse, ver una película o algo de televisión, pero él no podía. Las películas le traían recuerdos de escenas románticas con Jimin, y los programas de reality o documental no lograban captar su atención en esos días.

Así que trabajó. Y cuando sus ojos ardían como brasas y sus manos gritaban de dolor, cuando el cansancio parecía un manto pesado sobre sus hombros, él seguía trabajando.

Trabajaba hasta que el agotamiento lo inmovilizaba, hasta que sus párpados se volvían tan pesados que apenas podía mantenerlos abiertos, entonces se arrastraba hasta su cuarto y se desplomaba sobre la cama, agotado. Si la suerte lo acompañaba, el sueño lo abrazaba de inmediato, pero la mayoría de las veces, su mente lo mantenía despierto, torturándolo con imágenes de Jimin. Solo el llanto, con un agotador alivio, lo empujaba finalmente hacia el sueño.

Una tarde de sábado, mientras Rosé estaba en el trabajo, Jungkook se encontraba inmerso en su laptop, trabajando. Había intentado fingir que dedicaría el tiempo a leer revistas o a organizar su armario, pero sabía que Rosé no se dejaba engañar. Ella le había dedicado una mirada triste y resignada antes de abandonar el apartamento, y ahora, encima de todo, Jungkook sentía el peso de la culpa. Estaba haciendo que Rosé se preocupara de nuevo, y sabía que ella estaba rechazando invitaciones para salir con amigos o ir a citas con Jaden, solo para estar a su lado. Y él, en lugar de mejorar, estaba permitiendo que su dolor lo consumiera. Se sentía terrible.

Cerrando el archivo de recursos de diseño que había estado revisando, abrió su correo electrónico. Lo que más le gustaba de su correo era que su bandeja de entrada nunca dejaba de recibir mensajes nuevos, ofreciéndole una distracción constante. En ese momento, tenía un mensaje de un colega diseñador, otro de la empresa donde trabajaba para marcas de la ciudad, y uno inesperado de Rosé.

Con sorpresa, abrió primero el mensaje de Rosé. No entendía por qué ella le escribiría desde el trabajo tan poco tiempo después de haberse ido. Su respiración se detuvo momentáneamente al leer sus palabras.

—Jungkook,

Si estás leyendo este correo esta noche, quiero que te alejes de tu computadora (o teléfono) y dejes de revisar correos. Mejor no estés trabajando ahora, pero si lo estás, ¡para! Deja de trabajar y ve a ver algo de televisión o vete a la cama; últimamente has lucido demasiado cansado.

Por favor, ve a relajarte.

Te quiero ♡

Rosé—

La culpa volvió a retorcerse dentro de Jungkook, como una serpiente inquieta en su estómago, al cerrar el correo de Rosé y abrir el de su registro de recursos.

Todo lo que Rosé decía tenía sentido, y si el exceso de trabajo fuera su única preocupación, estaría más que dispuesto a seguir su consejo, pero intentar relajarse significaba abrir la puerta a los pensamientos sobre Jimin, y eso era peligroso.

Pensar en Jimin lo llevaría al llanto y a cuestionarse si merecía ser feliz. Si se sumergía demasiado en esos pensamientos, comenzaría a imaginar qué habría pasado con Jimin al regresar a su época y cómo habría sido su vida en los años que siguen. No era un camino mental al que quisiera aventurarse, era algo que debía evitar a toda costa.

Sus ojos se humedecieron y ardieron mientras observaba las pequeñas imágenes de diseños de vectores y texturas adjuntas al correo. Había pasado el día entero mirando ya sea un bloc de dibujo o una pantalla brillante, no le sorprendería si pronto necesitara gafas, el esfuerzo ocular que se imponía no podía ser saludable.

Se frotó el ojo derecho y acercó un poco más su laptop. Una de esas texturas con patrones sería perfecta para un flyer de moda.

Con los ojos aún fijos en la imagen y una visión tomando forma detrás de sus párpados, buscó a tientas un lápiz sobre la mesa de café hasta que lo encontró. Tomó su bloc de dibujo, lo equilibró sobre el teclado de su laptop y comenzó a esbozar la imagen que veía en su mente, sin mirar. Solo bajó la vista cuando terminó. Tras observar un momento el logo dibujado a grandes rasgos, asintió con aprobación y anotó el nombre y el número de identificación del recurso al lado. Hacía tiempo que un diseño no le inspiraba tanto, ya estaba complacido con su trabajo nocturno y ni siquiera eran las 8PM.

Satisfecho, volvió a su bandeja de entrada, dispuesto a leer el correo de su colega, pero sus ojos se desviaron de nuevo hacia el mensaje de Rosé.

Una idea comenzaba a brotar en su mente, y esta vez no se trataba de un diseño para el trabajo, sino de algo mucho más personal, más íntimo.

No entendía cómo su mente había saltado del correo de Rosé a esta epifanía, lo achacó al agotamiento y al abismo de anhelo por Jimin, pero era sin dudas, una de las ideas más brillantes que había tenido en semanas.

Se irguió en su asiento, el corazón latiendo con una mezcla de dolor y esperanza mientras abría un nuevo correo. Iba a escribir mensajes a Jimin, como si aún pudieran conectarse a través del tiempo y el espacio. Al no poder enviarlos, los guardaría en su laptop, un santuario digital para su pena. Quizás era una locura, escribir cartas que nunca se entregarían a un hombre al que nunca volvería a ver, pero en su mente fatigada, esta era una forma sublime de sanar, de liberar los sentimientos que habían estado encerrados desde que Jimin se fue.

Apartando el bloc de dibujo, colocó las manos sobre el teclado, sus dedos temblando ligeramente con la emoción contenida, y empezó a escribir.

—*Querido Jimin,*

Algunos dirían que es poco saludable, el escribir mensajes a alguien que añoras con toda tu alma pero a quien nunca volverás a ver. Como sabes, nunca me ha importado lo que piensen los demás, y dado que nadie sabrá de estos correos, no importa que los escriba. Esto es mi refugio privado para lidiar con tu ausencia, y si me ayuda a sanar, que nadie se atreva a juzgarme.

Aunque lo último que desearía es causarte más dolor, no puedo mentir y decir que estoy bien sin ti. Cada día es una lucha, un recuerdo de lo que una vez fue. Me mantengo ocupado con el trabajo y dejo que Rosé me arrastre a sus salidas, pero no basta para cubrir el abismo de tu ausencia. No verte cada día es un dolor constante, y saber que nunca volveré a verte me quiebra el corazón una y otra vez.

Rosé está muy preocupada por mí. Está haciendo todo lo posible por ayudarme, pero su esfuerzo apenas roza la superficie de mi dolor. Solo es una distracción, nada más. Aprecio cada esfuerzo de su parte, y detesto que ella también se vea afectada por esto, pero no hay nada que pueda hacer para sacarme de este abismo. Debo atravesarlo solo. Aunque ahora mismo no parece haber salida, tiene que haberla en algún momento, sin embargo, la mera idea de seguir adelante sin ti es más dolorosa que la de no verte nunca más. Quiero mantenerte en mi corazón para siempre, aunque sea como una cicatriz dolorosa.

Realmente espero que hayas regresado a salvo a tu tiempo. Confío en Evelyn, pero no puedo evitar preocuparme de que algo haya salido mal, que te hayas lastimado o terminado en un año equivocado. Sé que hay maneras de comprobarlo, pero he decidido no entrometerme en tu vida. Hace meses me dije que prefería no saber tu destino, y esa decisión sigue en pie. Puede que sea egoísta, pero no podría soportar saber que tu vida no es feliz. Ese conocimiento me perseguiría eternamente.

Debe ser maravilloso volver a ver a tus amigos y familia después de tanta separación. Sé que tuviste tus problemas con tus padres, pero espero que ahora, sabiendo lo que es extrañarles, los veas bajo una luz nueva. No conseguirás la aceptación por quien eres en tu época como la tuviste aquí, pero anhele que algún día encuentres el momento adecuado para ser tú mismo frente a tus padres y ellos te acepten y te amen sin reservas.

Debería terminar aquí. Son casi las 8PM, y es hora de salir a ver las estrellas como prometimos. Lo he hecho cada noche desde que te fuiste. Tenías razón, sí me hace sentir más cerca de ti. Es un acto relajante, casi meditativo. Anhele ese momento cada noche.

Volveré a escribir pronto. He decidido seguir con esto como otra manera de mantener nuestro vínculo. Espero que la próxima vez tenga algo más interesante que decirte que cuánto te extraño.

Te extraño tanto, Jimin, más de lo que jamás pensé que podría extrañar a alguien.

Con amor,

Jungkook—

Con el correo terminado, Jungkook lo guardó en su carpeta de borradores y apagó su laptop, sintiendo como si un peso se hubiera levantado ligeramente de su pecho. Quizás la gente pensaría que estaba loco, pero escribir ese correo había sido un alivio inesperado, no sabía exactamente cómo, pero lo había hecho.

Se levantó, estirándose mientras sus articulaciones crujían en un susurro de alivio, recordándole cuán tenso había estado. Al ver que el reloj marcaba casi las ocho, se dirigió

hacia la ventana, se sentó junto a ella y clavó la mirada en el cielo nocturno, permitiendo que sus pensamientos volvieran a envolverse en el recuerdo de Jimin.

Aún estaba allí, sumido en sus pensamientos cuando su teléfono sonó, sacándolo bruscamente de su ensimismamiento.

Se puso de pie con rigidez, irritado por la interrupción, como si lo hubieran arrancado de un sueño dulce y doloroso a la vez. Con un músculo de la pierna acalambrado, cojeó hacia la mesa de café donde había dejado su teléfono. Lo tomó con manos temblorosas y miró la pantalla. La sorpresa lo atravesó como un relámpago al ver el nombre, Evelyn. Solo había una razón para que ella lo llamara y tenía que ver con Jimin.

Lo único que mantenía su ansiedad a raya era saber que, si algo hubiera salido mal con el viaje de regreso de Jimin, ella se lo habría comunicado de inmediato. Pero tal vez había notado algo, un signo reciente y extraño que sugería que no todo había salido bien. O quizás solo quería hablar. Jungkook rezaba para que fuera esto último.

—¿Hola? —contestó, su voz temblando en un susurro de incertidumbre.

—Hola, Jungkook —respondió Evelyn, su tono también lleno de nerviosismo. Hubo una pausa, densa y cargada de tensión—. ¿Cómo... cómo estás?

Por un instante, Jungkook se debatió entre mentir, simplemente decir que estaba bien para esquivar la conversación sobre cómo se sentía y lo mal que estaba manejando la partida de Jimin. Le costaba admitir la verdad desde que Jimin se había ido, no había compartido con nadie sus verdaderos sentimientos, y Evelyn no era precisamente una íntima. Pero quizás esa era la razón exacta por la que debía ser honesto. Podría aligerar su carga.

—No estoy bien —admitió en voz baja—. Ha sido duro desde que Jimin se fue y no lo estoy llevando nada bien —apretó el teléfono con fuerza, su mano temblando ligeramente—. Daría lo que fuera por una ruptura común donde pudiéramos encontrarnos en algún café. Aceptaría esa incómoda situación con gusto. Solo el hecho de poder verlo de nuevo y saber que podría hablar con él.

Hubo otra pausa, cargada de silencio.

—Lamento mucho que no haya funcionado, que Jimin se quedara aquí —habló lentamente, como si eligiera cada palabra con cuidado—. Si te sirve de consuelo, enviarlo de vuelta a casa fue sin problemas. No veo cómo no podría haber regresado seguro a su época.

Esa información no le trajo alivio a Jungkook. No sabía si era porque ya lo había deducido por la falta de noticias de Evelyn, o si estaba demasiado sumido en su desdicha para sentir algo positivo como el alivio.

—Gracias por ayudarlo a volver —dijo. Cambiando el peso de su cuerpo al otro pie, deseaba terminar la conversación, pero no quería ser descortés.

—Solo quería saber cómo estabas —se disculpó Evelyn—. Pensé que podría ayudarte saber que todo salió según lo planeado.

—Sí ayudó —mintió Jungkook—. Gracias por informarme.

Otra pausa, esta vez más larga.

—Entonces, te dejo. Cuídate, Jungkook.

Jungkook se despidió y colgó, sintiendo el peso de la soledad de nuevo sobre sus hombros. Miró su teléfono con ojos vacíos antes de dejarlo caer al sofá, y luego se desplomó junto a él, desinflado.

Había encontrado un breve refugio en su buen humor después de escribir el correo y contemplar las estrellas, pero esa llamada telefónica había hecho que su ánimo se desplomara nuevamente, sumergiéndolo otra vez en la miseria y el dolor.

No era culpa de Evelyn, nunca la culparía por robarle la chispa de alegría que había recuperado, sino que la voz de ella evocaba recuerdos desgarradores, la llamada que le hizo tras la decisión de Jimin de irse, la mirada de Jimin al abandonar el apartamento por última vez. Dolía, dolía profundamente.

Encogiendo las rodillas hasta su pecho, se envolvió en un abrazo de autoprotección y miró con tristeza la pared frente a él, su pulgar acariciando inconscientemente el reloj de bolsillo de Jimin, un pequeño consuelo en su bolsillo. No fue consciente del paso del tiempo, y parecía que solo habían pasado minutos cuando Rosé entró al apartamento, regresando del teatro. Al verlo, ella negó con la cabeza, su corazón apesadumbrado.

—Bien, esto se acabó, Jungkook. Lo siento, pero no puedo seguir viéndote así sin hacer nada.

Jungkook levantó la cabeza de sus rodillas, frunciendo el ceño, perdido en su propio dolor.

—¿Qué?

—Esto no es saludable, Jungkook —insistió Rosé, cruzando la habitación para estar frente a él, su voz cargada de preocupación—. No puedo dejar que sigas así.

Al entender la intención de Rosé, el ceño de Jungkook se suavizó, pero la desesperanza persistía. No veía cómo ella podría aliviar su pena.

Rosé exhaló un suspiro de tristeza y se sentó a su lado, su rostro lleno de preocupación.

— Sé que estabas muy unido a él y que lo extrañas con todo tu ser, pero no puedes vivir en esta miseria para siempre —dijo con suavidad, su voz, una caricia en la oscuridad—. Sé que esto es duro, muy duro, pero ya han pasado unas semanas y no estás avanzando. No puedes seguir así, Jungkook.

Jungkook exhaló con un temblor que recorrió todo su ser.

— Rosé, no puedo... no puedo simplemente forzar esto. No puedo de repente olvidarlo y volver a ser el de antes. No puedo dejar de extrañarlo, de amarlo, así como así.

Rosé se paralizó, como si el aire se hubiera congelado a su alrededor.

—Lo amas— murmuró con una voz apenas audible.

Jungkook se frotó la frente, sintiendo la frustración retorcerse dentro de él como una serpiente.

—¿No era evidente?

Ella asintió, su rostro marcado por una tristeza profunda.

—Lo era, pero nunca te había escuchado decirlo.

—Ni siquiera se lo dije a Jimin —las palabras de Jungkook se ahogaron en un sollozo contenido mientras las lágrimas comenzaban a empañar su mirada.

Rosé levantó la mano, la dejó suspendida en el aire, como si temiera que el contacto pudiera romper algo frágil en Jungkook, antes de bajarla lentamente. Jungkook sintió una oleada de alivio, un toque de consuelo podría haber sido el detonante para su colapso emocional.

—He... he llamado a tu padre —confesó Rosé, su voz temblando con la carga de su preocupación.

Jungkook la miró, su corazón un torbellino de emociones encontradas ante esta revelación.

Rosé se removió en el sofá, incómoda, como si sus propias palabras hubieran agitado el ambiente.

—Está muy preocupado. Ha reservado un vuelo de inmediato. Estará aquí mañana.

Jungkook cerró los ojos, una mezcla de resignación y gratitud luchando en su interior.

—Rosé...

—Lo necesitas, Jungkook —habló con una firmeza que pretendía ser reconfortante—. Sé que no te gusta preocuparlo, pero ahora necesitas a tu padre, lo sabes.

Escuchó a Rosé levantarse, sus pasos resonando en dirección a la cocina, cada tacón golpeando el suelo como un eco de su corazón.

—Gracias... —murmuró Jungkook, su voz apenas un susurro.

Los pasos de Rosé se detuvieron, y en el silencio que siguió, su respuesta fue un bálsamo para el alma de Jungkook.

—Lo que sea para ti, Jungkook.



Byunghun, el padre de Jungkook, llegó a media mañana del día siguiente, justo cuando el sol comenzaba a disipar la neblina del amanecer.

Rosé había insistido en que Jungkook se tomara el día libre del trabajo, asegurándose de que estuviera en casa cuando el taxi dejara a su padre en la puerta. Jungkook se preparó mentalmente para recibir una reprimenda, había pasado demasiado tiempo desde su última conversación, y sabía que su padre estaría decepcionado. Normalmente, llamaba a casa al menos una vez cada dos semanas, pero desde que la vida de Jimin se había entrelazado con la suya, esas llamadas se habían convertido en un recuerdo lejano. Además, era la temporada alta en la tienda de su padre, lo cual complicaba aún más las comunicaciones.

En los últimos meses, Jungkook no había sido el hijo atento que siempre intentó ser.

La noche anterior había sido un tormento de insomnio, con horas de vueltas en la cama, inquieto por la inminente visita de su padre y atormentado por el dolor de la ausencia de Jimin. Se levantó con apenas unas horas de sueño, con el corazón pesado y el cuerpo cansado, sintiéndose al borde de las lágrimas mientras preparaba un café que apenas lograba despejar su mente. No era el mejor momento para enfrentar a su padre y convencerlo de que todo estaba bien, pero no tenía otra opción.

El sonido de los golpes en la puerta resonó en el silencio del apartamento, sacando a Jungkook de sus pensamientos. Tomó una respiración profunda, se miró rápidamente en el espejo para asegurarse de que el maquillaje de Rosé aún ocultaba las ojeras y que sus ojos no delataran su tristeza. Con una sonrisa forzada, abrió la puerta.

—Hola, papá —dijo, intentando inyectar algo de alegría en su voz.

Su padre lo examinó de inmediato, buscando cualquier señal de que algo no estaba bien.

—Hola, hijo —respondió Byunghun, adentrándose en el apartamento y rechazando amablemente las ofertas de Jungkook para ayudarlo con su bolsa—. Hace tiempo no se nada de ti.

Jungkook cerró la puerta con un suspiro, sintiendo el peso de la culpa.

—Lo sé, lo siento mucho. He estado muy ocupado y... —dejó caer la mano del picaporte, acercándose a su padre con un gesto de arrepentimiento.

—Esa no es realmente una excusa, Jungkook —replicó su padre, con un tono que mezclaba el amor con la preocupación.

Byunghun dejó caer su bolsa al suelo y se apoyó contra el respaldo del sofá, con una expresión que delataba tanto curiosidad como preocupación.

—Has estado ocupado con este tal Jimin del que Rosé me habló —dijo, su voz resonando con la certeza de un padre que conocía bien a su hijo.

No era una pregunta, sino una declaración que exigía una respuesta. Jungkook tragó saliva, incertidumbre agitándose en su interior sobre qué había revelado Rosé de su relación con Jimin.

—Yo... —comenzó, la voz temblando ligeramente.

Byunghun se movió alrededor del sofá y se sentó, su postura invitando a una conversación profunda.

—Está bien, siéntate y cuéntamelo todo —pidió, su tono firme pero afectuoso.

Sintiendo como si lo hubieran arrojado al vacío, Jungkook se acomodó junto a su padre. Se sentía desorientado, como un náufrago en medio del vasto océano, sin saber hacia dónde nadar para encontrar la seguridad de la tierra firme.

Aunque se había preparado para narrar la historia de él y Jimin, ahora, ante la petición de su padre, las palabras se le escapaban. ¿Cómo podía describir esa conexión instantánea, esa sensación de inevitabilidad en su encuentro con Jimin? No creía en el destino o en las almas gemelas, y sabía que su padre tampoco, pero aquí estaba, a punto de decir, sin decirlo directamente, que sentía que él y Jimin estaban destinados a cruzarse. La idea de que su padre no lo comprendiera lo inquietaba.

Acomodándose en el sofá para enfrentar a su padre, Jungkook levantó la vista y encontró sus ojos. Recordó entonces la aceptación de su padre cuando le había confesado su orientación sexual, cómo, aunque muchas cosas le resultaban entonces ajenas, había estado allí, apoyándolo, esforzándose por entender. Su padre nunca había sido de los que desestimaban sus sentimientos o le decían que era absurdo. Él entendería. Jungkook se reprendió mentalmente, la falta de sueño y la emoción lo estaban empujando a pensar de forma irracional.

Se aclaró la garganta, intentando reunir valor y claridad.

—Conocí a Jimin hace unos cuatro meses, justo afuera de una cafetería que paso de camino al trabajo...

Jungkook habló sin pausa durante veinte minutos, desgranando cada detalle que Jimin le había compartido sobre su vida en los años treinta, cómo se habían conocido y cómo, con el tiempo, su relación había florecido en un amor profundo y sincero. Su padre escuchaba con una atención silenciosa, su rostro impasible, sin revelar nada de lo que pasaba por su mente. Al compartir todo esto, Jungkook sintió un alivio inmenso, como si estuviera liberando un peso que había cargado solo demasiado tiempo, buscando en su padre la sabiduría necesaria

para enfrentar el dolor que lo consumía. Tendría que agradecerle de nuevo a Rosé por haber insistido en que su padre viniera.

Hablar de la partida de Jimin fue demasiado para él, las lágrimas brotaron sin control. Mientras explicaba las razones de Jimin para irse, Jungkook no pudo soportar la mirada de su padre, así que dirigió sus ojos hacia la colección de vinilos, ordenada en una estantería junto al televisor. Cada tanto, levantaba una mano para secar las lágrimas que corrían por sus mejillas. Hablar de esto era como reabrir heridas aún frescas, una experiencia dolorosa y desgarradora.

Al terminar, Jungkook permaneció mirando los vinilos, tratando de recuperar el control de sus emociones antes de que estas lo arrastraran a un pozo de dolor y arrepentimiento. Su padre mantuvo el silencio, quizás reflexionando o simplemente dándole el espacio necesario para recomponerse. Cuando Jungkook finalmente logró dominar sus sentimientos, volvió a mirar a su padre.

Byunghun parecía conmovido, sus ojos reflejaban una mezcla de compasión, tristeza y, para sorpresa de Jungkook, un entendimiento profundo. Al notar que Jungkook lo miraba de nuevo, Byunghun exhaló un suspiro largo y pesado.

—Cuando tenías cuatro años, te regalamos un hámster por tu cumpleaños —comenzó Byunghun, despertando en Jungkook una confusión momentánea—. Amabas a ese pequeño tanto que no ibas al jardín de niños hasta estar seguro de que tenía suficiente comida y agua, y me regañabas por sostenerlo mal, diciendo que le hacía daño. Insistían en que la jaula estuviera en tu cuarto y hablabas de él todo el tiempo.

—Unas semanas antes de tu sexto cumpleaños, Chester, nuestro hámster, murió. Tu madre y yo te explicamos que los hámsters no viven mucho, y juntos le dimos sepultura en el jardín trasero, con un pequeño funeral. Pero tú estabas devastado. No permitiste que sacara su jaula de tu habitación durante semanas y decidiste vestir de negro por una semana entera, decías que el negro era el color del luto. Superar la muerte de ese hámster te tomó meses. Cuando escribiste un poema sobre él para la clase de inglés de quinto grado, me di cuenta de que eras alguien capaz de amar profundamente, una vez que amas a alguien o algo, se queda en tu corazón para siempre. Por eso volviste a Canadá por unos días después de esa gran pelea con Rosé, temías perderla.

—Aún recuerdo a Chester —susurró Jungkook, evocando una imagen difusa de un hámster marrón y blanco.

Byunghun asintió con sabiduría.

—¿Estás enamorado de Jimin, verdad?

No estaba buscando una respuesta, no la necesitaba, ya que los sentimientos de Jungkook eran evidentes en cada palabra que había dicho sobre Jimin y en su reacción al verlo partir, pero Jungkook asintió de todas formas. Las lágrimas volvieron a brillar en sus mejillas y él sorbió, limpiándolas con el dorso de la mano.

El rostro de Byunghun reflejaba una mezcla de tristeza y comprensión, lo que hizo que Jungkook llorara aún más intensamente, conmovido por la empatía de su padre.

—Probablemente nunca lo olvidarás, Jungkook —dijo Byunghun con delicadeza—. Siempre tendrá un lugar en tu corazón. No puedo prometerte que algún día regresará o que encontrarás a alguien más y olvidarás todo esto, no te daré esperanzas falsas sobre cosas que no sucederán.

Jungkook tragó con fuerza, luchando contra el nudo en su garganta, y asintió, limpiando una vez más las lágrimas que se aferraban a su rostro.

—Con el tiempo, Jungkook, te resultará más fácil, pero no puedes seguir agotándote en el trabajo ni encerrando todo dentro de ti. No es saludable. Habla con Rosé, llama a casa para hablar conmigo o con tu madre, todos estamos aquí para escucharte, pero no reprimas los recuerdos de él, hacerlo solo empeorará tu dolor. Al principio será terrible, pero con el tiempo, esos recuerdos se convertirán en algo que podrás mirar con cariño y gratitud.

Las lágrimas de Jungkook ahora fluían sin control, un torrente demasiado rápido para limpiar con solo una mano. Su padre se acercó más en el sofá, envolviéndolo con un brazo que ofrecía consuelo incluso en medio de su sufrimiento.

—Es trágico que hayan nacido en épocas distintas y que su tiempo juntos haya sido tan breve, pero no puedes seguir así, hijo, no te hará bien. No quieres enfermarte por esto —Byunghun le apretó el hombro con suavidad—. Habla con otros. Aprecia los momentos que viviste con Jimin. No guardes todo eso dentro de ti, no te hará bien.

Jungkook asintió, sorbiendo con fuerza, deseando tener un pañuelo a mano. Mantenía en secreto su decisión de no compartir con nadie los correos que seguía enviando a Jimin. Aunque eso significaba que no estaba completamente reprimiendo sus sentimientos, sabía que su padre no lo vería como una forma sana de afrontar la pérdida. Los correos seguirían siendo un ritual privado.

Su padre le dio una palmada en la espalda antes de retirar su brazo.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes, hijo, y te prometo que mejorará, créeme.

Jungkook levantó la vista para encontrarse con los ojos de su padre, esbozando una leve sonrisa.

—Gracias por venir, papá —dijo en un susurro.

Byunghun le devolvió la sonrisa, su mirada llena de comprensión.

—Entiendo que ahora que eres mayor crees que debes enfrentar todo solo, pero recuerda que siempre puedes venir a mí cuando las cosas se tornen difíciles.

Con un nuevo asentimiento, Jungkook miró el reloj de la cocina. Ya había tenido suficiente de hablar sobre esto, pensar en Jimin tenía un límite antes de que el dolor se tornara insoportable. Además, se sentía completamente agotado, como una esponja exprimida hasta quedar vacía, salvo por el dolor que ahora lo consumía después de haber compartido tantas emociones y recuerdos.

—¿Te apetece almorzar? —preguntó a su padre, notando que casi era la una—. Puedo hacerte un sándwich o una ensalada, ¿qué te parece?

—Nunca he comido ensalada para almorzar y no creo empezar ahora —dijo Byunghun, mientras Jungkook se ponía de pie—. Pero un sándwich me vendría bien.

Jungkook se alisó la ropa, un poco arrugada por la emoción.

—Voy a preparártelo. ¿Por qué no ves algo de televisión, quizás haya algún partido?

Su padre murmuró algo, probablemente solo confirmando lo que Jungkook había sugerido, pero Jungkook no lo escuchó. Estaba demasiado ocupado limpiando las lágrimas acumuladas en los bordes de sus ojos y las marcas húmedas en sus mejillas. A medio camino hacia la cocina, escuchó que el televisor se encendía detrás de él, la risa enlatada resonó por el apartamento, disimulando el leve chirrido de sus botas contra el suelo cuando se detuvo abruptamente, sus ojos fijos en la bolsa de su padre. Verla le hizo comprender algo que debería haber considerado desde que Rosé le mencionó la visita de su padre, su padre tendría que dormir en la habitación de Jimin.

Un dolor punzante atravesó el pecho de Jungkook al pensarlo.

Por unos breves meses, esa habitación había sido el santuario de Jimin, había impregnado el aire con su aroma, albergado su ropa y sus posesiones, sido el espacio donde dormía y a veces se relajaba con un libro, era de Jimin, pero ahora estaba a punto de transformarse de nuevo en una habitación de invitados.

La habitación ya no llevaba el aroma de Jimin, su esencia se había disipado, sustituida por la de Jungkook, pero sus ropas aún se encontraban en los cajones y sus libros de piano y partituras seguían ordenadamente apilados sobre los muebles. Pero la cama era lo peor. Jimin había dormido allí, Jungkook había compartido con él momentos inolvidables, y si inhalaba profundamente las almohadas, aún podía captar un leve recuerdo del aroma

reconfortante de Jimin, su champú, su gel de cabello, y simplemente él. La idea de que alguien más, incluso su padre, durmiera allí le resultaba insoportable.

Jungkook, mordiéndose el labio, contempló con indecisión la bolsa de su padre. Cederle su cama para dormir en la de Jimin sería desaprobado por todos, y la charla que seguiría a tal decisión no era tentadora. Era absurdo sentirse tan reacio a que su padre usara una cama que ya no era de Jimin, pero no podía evitarlo, aún era demasiado pronto.

Un grito de su padre, que había encontrado un partido de fútbol para ver, lo sacó de sus cavilaciones, y se dirigió a la cocina para preparar el almuerzo, mientras su mente seguía rondando en torno a la cama de Jimin.

Había dormido en la cama de Jimin las primeras noches tras su partida, pero desde entonces nadie más había tocado esa cama, y seguía pareciéndole demasiado suya para compartirla con otro. Sin embargo, no tenía otra opción, no podía decirle a su padre que usara su habitación ni pedirle que durmiera en el sofá, debía comenzar a aceptar que la habitación volvía a ser de invitados, y eso significaba que su padre dormiría en esa cama. Le parecía patético cuánto le afectaba esto.

El partido de fútbol le proporcionó la excusa perfecta para mantenerse callado durante el almuerzo, y su padre respetó su silencio. Jungkook tuvo la sensación de que su padre le estaba dando espacio para reflexionar y recuperarse de su conversación matutina, y estaba agradecido por ello. Aunque pronto haría un esfuerzo por actualizarse sobre lo que ocurría en casa y compartir con su padre las novedades de su trabajo y su vida con Rosé, en ese momento necesitaba tiempo para adaptarse a la llegada de su padre y para empezar a abrirse sobre Jimin y sus sentimientos con más frecuencia.

Después de recoger los platos sucios del almuerzo, Jungkook llevó la bolsa de su padre a la antigua habitación de Jimin. Las lágrimas volvieron a brotar en sus ojos al dejar la bolsa sobre la alfombra. No había pisado esa habitación desde tres días después de que Jimin se fuera, y al observar su entorno, parecía como si Jimin nunca se hubiese marchado. El cajón superior izquierdo del tocador seguía ligeramente abierto, como si Jimin hubiera cambiado de lazo en el último momento antes de salir, aunque en realidad fue cuando Jungkook recuperó el lazo que había escondido en el bolsillo de Jimin. Las sábanas de la cama estaban un poco desarregladas, como si Jimin hubiese estado sentado allí leyendo, aunque esas arrugas eran en realidad el resultado del intento de Jungkook de hacer la cama con la visión empañada por las lágrimas. Se acercó a la cama y alisó las sábanas, recordando la meticulosidad con la que Jimin solía hacer su cama, con las sábanas bien tensas.

Sin pensarlo dos veces, tomó la almohada más cercana y la llevó a su nariz, inhalando con fuerza. Cerró los ojos, aún olía a Jimin.

Una idea se le ocurrió y rápidamente agarró la otra almohada. Apretándolas contra su pecho, corrió a su habitación y cambió sus almohadas por las que conservaban el aroma de Jimin. Su olor probablemente se desvanecería después de una noche, pero eso le ayudaba a sentirse mejor sobre que su padre durmiera en la antigua cama de Jimin, y eso era lo que importaba.

Aunque las sábanas de ambas habitaciones no coincidían del todo, no era muy evidente que las almohadas habían sido intercambiadas. Colocó las almohadas cambiadas en la cama y luego regresó a la sala de estar, sintiéndose mucho más tranquilo.

Durante la visita de su padre, Jungkook se esforzó por abrirse sobre asuntos que antes guardaba para sí mismo, compartiendo cómo se sentía, más los recuerdos de Jimin.

Se propuso no suprimir esos pensamientos, sino enfrentar el dolor y permitir que los recuerdos de su novio afloraran. Esto resultó en momentos de llanto, incluso en medio de preparar el desayuno, pero su padre siempre estaba ahí, ofreciendo un abrazo reconfortante hasta que las lágrimas se detenían. Rosé se mantuvo ausente del apartamento mientras Byunghun estaba allí, brindándole a Jungkook un espacio íntimo con su padre. Aunque agradecía este tiempo, a veces anhelaba que Rosé volviera para compartir un rato con su padre y así tener un momento de soledad, aunque entendía que ahora no debía pasar demasiado tiempo solo.

La segunda noche de la estadía de su padre, Jungkook le reveló la promesa que él y Jimin habían hecho de observar las estrellas cada noche.

—Es nuestra manera de mantenernos unidos a pesar de la distancia de noventa y un años —explicó Jungkook, sus ojos buscando las estrellas que apenas se veían a través de las nubes densas. Miró de reojo cuando su padre no respondió de inmediato. Byunghun lo observaba desde el sofá, con una expresión indescifrable—. Sé que puede parecer infantil —agregó, volviendo la vista al cielo—. Pero en verdad me ayuda. Siento que estoy cerca de él. Me siento casi en paz. Solo espero que Jimin sienta lo mismo.

—Estoy seguro de que sí, hijo —respondió Byunghun con ternura.

Jungkook intentó tragar el nudo en su garganta.

—Una vez intentó enseñarme sobre las estrellas. Me mostró todas las constelaciones y me dijo sus nombres, pero no recuerdo nada de eso —inclinó la cabeza, mirando un claro mayor en el cielo que las nubes habían dejado al pasar, intentando discernir alguna figura en las estrellas—. Estaba un poco distraído esa noche —dijo con un toque de nostalgia. Una suave sonrisa se dibujó en su rostro—. Se veía tan hermoso con las estrellas reflejadas en sus ojos, las mejillas sonrojadas por el frío. Me miró mientras explicaba algo y no pude resistirme a besarlo —sus dedos encontraron el reloj de bolsillo de Jimin en su pantalón, su

pulgar acariciando la tapa. Estaba tan absorto en el recuerdo que olvidó que su padre estaba allí, escuchando—. Creo que sabía que no estaba realmente prestando atención, pero no le importó. Me lo habría explicado mil veces sin importarle. Sabía que a veces me perdía en el sonido de su voz y en cómo se veía cuando explicaba algo.

Jungkook dejó reposar su cabeza contra la pared, su mirada aún fija en la ventana y su pulgar trazando círculos sobre el reloj. Seguía sonriendo con dulzura, recordando esa noche, el intento de Jimin de fingir ofensa porque Jungkook no había estado escuchando, el mohín que solo duró hasta que Jungkook lo besó. El recuerdo era tan nítido que casi podía ver el destello en los ojos de Jimin, sentir la suavidad de sus labios, la textura de los cabellos en su nuca entre sus dedos.

Una lágrima corrió por su mejilla y levantó una mano para secarla, recordando de golpe su entorno y la presencia de su padre. Se volteó para hablar, para disculparse por llorar una vez más, pero la habitación estaba vacía. Su padre se había retirado silenciosamente para darle espacio.

Con un agradecimiento silencioso, Jungkook volvió su atención a las estrellas, sumergiéndose de nuevo en sus recuerdos, permitiendo que las lágrimas fluyeran libremente.



Al día siguiente, su padre emprendió el regreso a casa, y por primera vez en mucho tiempo, Jungkook deseó acompañarlo. Anhelaba escapar de Nueva York por un rato, huir de las calles y el apartamento llenos de recuerdos de Jimin, pero no podía. Ya había reservado sus últimos días de vacaciones para Navidad y estaba demasiado ocupado para pedir más tiempo libre, solo lamentaría volver a una montaña de trabajo.

Con un suspiro melancólico, se despidió de su padre y lo acompañó hasta el taxi que lo llevaría al aeropuerto. Su padre le hizo prometer que no se agotaría trabajando y que lo llamaría siempre que necesitara desahogarse. Jungkook sospechó que le había pedido a Rosé que lo vigilara de cerca porque cuando ella regresó a casa más tarde ese día, lo interrogó exhaustivamente sobre su horario de trabajo para la semana siguiente.

Cuando Rosé finalmente se fue a la ducha, Jungkook encendió su laptop y comenzó un nuevo correo electrónico.

—*Querido Jimin,*

Mi padre ha estado aquí de visita estos últimos días. Rosé lo llamó, preocupada por mí, y él reservó un vuelo de inmediato. Supongo que no he sido tan bueno ocultando mis sentimientos como creía. Ella había notado que he estado trabajando demasiado, pero no

pensé que su preocupación llegaría al punto de llamar a mi padre. Pero no importa, me alegra que haya venido. Fue bueno verlo de nuevo, y hablarle de nosotros me ha ayudado.

Haber tomado un día libre para estar con él me hizo desear haber hecho lo mismo contigo. Debería haber aprovechado cada minuto disponible y haber pasado cada segundo a tu lado. Todas esas horas en el trabajo mientras tú estabas solo en el apartamento, qué pérdida de tiempo. Si tan solo hubiera sabido lo breve que sería nuestro tiempo juntos...

Pero el tiempo siempre ha sido nuestro enemigo, nunca es suficiente, nunca es el momento correcto. Es tan cruel luchar contra el tiempo. No hay manera de vencerlo, sin importar nuestros esfuerzos, estábamos destinados a perder.

Rosé también te echa mucho de menos, o mejor dicho, añora volver a casa con una cena casera ya preparada. Nuestros horarios vespertinos casi nunca coinciden, así que solemos cocinar por separado o pedir comida para llevar. Solo ocasionalmente, cuando ninguno de los dos está demasiado agotado o hambriento, preparamos una cena digna para ambos. Nos consentiste demasiado con toda esa comida casera.

Ayer estuve recordando esa noche en que intentaste enseñarme los nombres de las constelaciones. No recuerdo ninguno. Supongo que no importa. Aquí, la mayoría de las noches apenas se ven las estrellas debido a las luces de la ciudad. No podría ver un cielo como aquel que usaste para enseñarme sobre las estrellas a menos que regresara a Canadá. Imagino que tú puedes ver todas esas estrellas. Tu visión del cielo debe ser muy distinta a la mía.

Lo que sí recuerdo vívidamente de esa noche es cómo te veías y lo que sentí. Nunca creí que fuera posible sentir tantas cosas por alguien al mismo tiempo. Ojalá hubiera podido decirte exactamente cómo me sentía, pero no había palabras que lo describieran. Y aún no las hay, no realmente. Despiertas en mí tantas emociones, Jimin. A veces me daba un poco de miedo, y duele, porque nuestro tiempo juntos fue tan escaso, pero es el sentimiento más maravilloso y emocionante el estar enamorado de ti, y aunque racionalmente sé que debería querer que estos sentimientos se desvanecieran para poder seguir con mi vida, nunca quiero que esto termine.

Te extraño, Jimin, te extraño tanto. Siempre estás en mis pensamientos. Me pregunto constantemente cómo estás y si eres feliz. La felicidad es todo lo que siempre he deseado para ti. Espero que ahora la tengas.

Te escribiré antes de que termine la semana. Y porque sé que tú también lo dirías, prometo no trabajar demasiado.

Con todo mi amor,



Querido Jungkook,

Hoy he vuelto a casa tras almorzar con la hija de una familia amiga, y no tengo palabras para describir lo desastroso que ha sido. Sabía que no sería un encuentro placentero, pero la realidad ha superado de lejos mis peores expectativas, cada minuto que pasaba allí se hacía más insostenible. No pude más y me marché, lo cual fue una falta de cortesía, pero no tenía otra opción. Fue, en definitiva, un desastre.

Te pongo en situación, Anna es la hija menor de una pareja que ha compartido amistad con mis padres durante años. Se trata de una familia importante, con influencia, muy respetada en nuestro círculo. Desde que la conocí hace cuatro años, mis padres no han dejado de insistir en que pasemos tiempo juntos. Ella es una chica encantadora, aunque con un toque de vanidad y superficialidad, pero como bien sabes, mis intereses no van por donde todos esperan, lo cual hace que cada encuentro con ella sea una prueba.

Desde mi regreso, mis padres no han cesado en su empeño de que saliera con ella. Conseguí esquivar la primera invitación inventando estar enfermo (y no estaba mintiendo, créeme), pero hoy no tuve escapatoria.

No ocurrió nada escandaloso, pero el solo hecho de sentarme con ella, sabiendo lo que nuestros padres esperan de nuestro encuentro, y lo que seguramente Anna también espera, me resultaba insufrible. No puedo continuar con esta farsa, Jungkook, no hay mucho más tiempo antes de que empiecen a cuestionar por qué no avanzo más allá de estos almuerzos

esporádicos. Y ahora, con tu presencia en mi vida, fingir interés es algo que simplemente no puedo hacer.

No sé qué hacer, Jungkook. El tiempo se me acaba para tomar una decisión. Estoy hecho un lío, cuestionándome incluso por qué pensé que regresar aquí era una buena idea.

Ojalá tuviera a alguien con quien hablar que pudiera darme algún consejo. Podría charlar un poco con Taemin, pero él no sabe de ti, y dudo que su ayuda vaya más allá de escuchar y ofrecer unas palabras reconfortantes. Ya está al tanto hasta cierto punto, así que supongo que hablaré más con él. Es la única persona con la que puedo ser totalmente sincero, aparte de ti, por supuesto.

Pienso en ti constantemente, Jungkook. Espero que estés bien. Me inquieta pensar que hayas vuelto a tus viejos hábitos de trabajar hasta tarde y dormir poco. Espero que no sea así. Por favor, cuida de ti.

*Con todo mi amor, siempre,
Jimin.*

Jimin dejó la pluma y se recostó en su silla de escritorio, observando cómo la tinta secaba lentamente sobre el papel.

Después de tomar unas respiraciones profundas para calmar su ansiedad, había corrido de vuelta a casa desde el restaurante, caminando a paso rápido por miedo a que Anna lo siguiera. Llegó a su casa afortunadamente vacía y subió directamente a su habitación, agarró una hoja de papel y se sentó a escribir una carta a Jungkook. Sentía una necesidad desesperada, casi dolorosa, de hablar con él, y esto era lo más cerca que podía estar.

La escritura ayudó. Ahora se sentía más tranquilo, su ritmo cardíaco y su respiración habían vuelto gradualmente a la normalidad mientras escribía, pero no podía sustituir del todo el ver y hablar con Jungkook, escuchar su voz y sentir sus brazos alrededor de él. El dolor de esa ausencia ya era conocido, le quitaba algo de filo al sufrimiento, pero la añoranza persistía.

Jimin releyó lo que había escrito en su carta, esa necesidad de tener a alguien con quien hablar.

Quizás debería compartir toda la verdad de su viaje en el tiempo con alguien, para tener un soporte cuando todo se volviera insostenible. La única persona a la que podría revelárselo era Taemin, nadie más en esa época conocía a Jimin tan bien, y dudaba que alguien más pudiera ser digno de su confianza. Sin embargo, aunque Taemin siempre había sido un apoyo incondicional, Jimin temía de su reacción al enterarse que había viajado en el tiempo.

Decidió dejar esa preocupación para más adelante, se levantó y deslizó la carta en la funda del disco junto a la otra. Hasta ahora había sobrevivido sin compartir sus problemas y escribir a Jungkook le estaba ayudando, así que esperaría un poco más para ver si podía manejarlo sin revelar uno de sus mayores secretos.

Esa noche, durante la cena, sus padres le preguntaron sobre su almuerzo con Anna. Ignorando sus miradas ansiosas y llenas de expectación, Jimin les habló de la comida, asegurándoles que había sido encantadora. Evitó mencionar su partida abrupta, y en cambio, les dijo que había invitado a Anna al próximo baile, sabiendo que esa noticia desviaría la atención de su comportamiento poco educado y sospechosamente evasivo en el restaurante.

No se equivocó, su madre resplandeció de alegría, hablando de lo feliz que estaba de que la hubiera invitado, como si no lo hubiera obligado prácticamente, mientras su padre hacía comentarios aprobadores. Sus reacciones solo intensificaron el temor de Jimin por el baile, odiaba imaginar cómo serían la noche del evento y qué más podrían convencerlo de hacer.

Tras la cena, fue el momento de contemplar las estrellas, y antes de darse cuenta, ya estaba en la cama, otro día sin Jungkook superado.

Al día siguiente visitaría a Taemin, un pequeño destello de esperanza en su horizonte oscuro, y nuevamente se cuestionaba si debería confesarle lo del viaje en el tiempo. Agotado por la falta de sueño crónica y el desgaste emocional, el sueño lo venció antes de que pudiera darle más vueltas al asunto.

A pesar de cómo se había sumido en el sueño, Jimin despertó al día siguiente con una sensación de cansancio persistente. Había pasado la noche despertándose una y otra vez, hasta que la frustración de no poder mantenerse dormido lo consumió. Desde su regreso a su época, el sueño le había sido esquivo, pero la noche anterior había sido particularmente insoportable.

Para cuando se levantó y bajó las escaleras, sus padres ya habían salido de casa. Ahí estaba, en una cocina vacía, frente al desayuno que la criada acababa de preparar para él, y no pudo evitar preguntarse por qué tanto alboroto por haber dejado atrás a su familia en su salto al futuro, prácticamente nunca los veía de todos modos.

La idea de comer le resultaba tan ajena como la mañana misma, pero el sentimiento de culpa por ignorar la comida que la criada había preparado con tanto esmero lo hizo intentar. Comió lo que pudo, forzando cada bocado, y el resto lo tiró a la basura. Echaba de menos esas mañanas con Jungkook, preparando y disfrutando juntos el desayuno.

Era demasiado temprano para su encuentro con Taemin, pero la casa se sentía como una jaula. Se puso el abrigo, el sombrero y salió hacia donde estaba Taemin, caminando lentamente, saboreando cada paso.

Le resultaba todavía extraño ver las hojas de otoño en los árboles, cuando en la Nueva York que había dejado atrás, estaban ya sin hojas.

Aquí, la mayoría de los días no hacía suficiente frío como para ver su aliento, a diferencia del futuro, donde el aire estaba cargado con el aroma a nieve, y cada respiración formaba un nubarrón de vapor frente a él.

Eran dos partes confusas, estaba reviviendo el tiempo que había pasado en el futuro, pero al mismo tiempo, no lo estaba. Este juego de tiempos era un rompecabezas mental que aún no lograba resolver.

Era irónico, pero ahora todo aquí le parecía extraño. Había creído que el siglo veintiuno le era ajeno, pero al parecer se había acostumbrado más de lo que pensaba. La ciudad no se veía tan desarrollada, los autos eran menos aerodinámicos, y las calles no estaban tan llenas como esperaba. La moda de la gente le parecía ahora conservadora, casi exagerada, y las interacciones, demasiado formales y rígidas. Su casa se sentía inmensa y solitaria, extrañaba la acogedora calidez del apartamento de Jungkook. La ausencia de tecnología también le resultaba chocante, el otro día, instintivamente, había intentado buscar algo en internet, solo para recordar que aún no existía.

Llegó a casa de Taemin demasiado pronto, pero aun así, tocó el timbre, rezando por no interrumpir a su amigo en medio de algo importante.

—Es temprano —dijo Taemin, abriendo la puerta y haciéndole espacio para entrar.

—Lo siento —se disculpó Jimin, mientras Taemin cerraba la puerta y lo guiaba hacia el salón, donde el caos de papeles y libros cubría un escritorio—. Tenía que salir de casa. ¿Interrumpí tu trabajo?

Taemin se encogió de hombros, comenzando a organizar los papeles en una pila ordenada.

—No te preocupes, estaba terminando —dijo, alisando la última hoja—. Entonces, ¿qué han hecho tus padres esta vez?

Jimin parpadeó, confundido.

—¿Perdón?

Taemin le lanzó una mirada sobre su hombro, con un tono que mezclaba la preocupación y la familiaridad.

—Puedo ver que algo te preocupa, así que supuse que eran tus padres otra vez. ¿Me equivoco?

—Nada me preocupa —respondió Jimin, aunque su voz no sonaba muy convencida—. Estoy bien.

—Jimin —Taemin colocó el último libro sobre la pila recién formada y se volvió hacia su amigo, su mirada llena de escepticismo—. ¿Hace cuánto tiempo nos conocemos? Sé cuando algo ronda por tu cabeza. Estás cansado, tu ánimo está por los suelos, tus hombros están caídos, y tu sonrisa, esa sonrisa tan tuya, no es la misma. ¿Qué pasa?

—Yo... —Jimin miró a su amigo, atrapado en un mar de dudas. Ansiaba contarle sobre Jungkook, pero el miedo a cómo reaccionaría Taemin ante la mención de viajes en el tiempo lo consumía. A pesar de todo, necesitaba con urgencia desahogarse, aunque Taemin no pudiera hacer gran cosa para ayudarlo.

Taemin tomó asiento en una de las sillas frente al escritorio, su paciencia palpable mientras esperaba la respuesta de Jimin. Su semblante era de ‘ *no acepto excusas* ’, dejando claro que solo la verdad sería suficiente.

Pero Jimin había perfeccionado el arte del engaño, podría fácilmente inventar una historia para convencer a Taemin...

Pero no. Taemin merecía la verdad. Era su mejor amigo, si alguien podía creerle, sería él. Y si no lo hacía, bueno... tendría que encontrar la forma de probarlo, como Jungkook lo había hecho con Rosé.

Jimin tragó saliva, nervioso.

—Es una larga historia...

Taemin asintió con paciencia, indicándole a Jimin que tenía todo el tiempo del mundo para contarla.

—Re... ¿Recuerdas cuando me desmayé hace unos días? Algo pasó, no solo perdí el conocimiento, yo... yo viajé al futuro.

Los ojos de Taemin se dilataron, su rostro una máscara de sorpresa absoluta.

Mantuvo la misma expresión imperturbable mientras Jimin narraba su aventura en el siglo veintiuno, lo que dificultaba saber si le creía o no. Al hablar de cómo se había mudado con Jungkook y, poco a poco, había caído bajo su hechizo amoroso, la emoción le cerraba la garganta, tuvo que hacer varias pausas para contener las lágrimas. Mientras relataba sus citas con Jungkook, creyó ver un atisbo de suavidad en la mirada de Taemin. Esa pequeña señal le dio el coraje necesario para terminar su relato, hasta el preciso momento de su regreso a este tiempo. Concluyó su historia con un sollozo ahogado y se limpió las lágrimas con la mano.

—¿Por qué no puedes volver?

—Sé que suena descabellado, y todo, pero te juro... ¿qué? —Jimin interrumpió su propia defensa, mirándolo con incredulidad, seguro de haber entendido mal.

—¿Por qué no puedes volver? —repitió Taemin. La sorpresa inicial había dado paso a una expresión pensativa y compasiva—. Parece que vivir en ese tiempo fue todo lo que siempre has soñado, ¿entonces por qué no regresarías?

Con un hipo, Jimin se desplomó en la otra silla detrás del escritorio, sintiendo el peso de la realidad.

—No creo que pueda volver. Además de no saber cómo usar la magia para viajar, no puedo abandonarte a ti ni a mi familia.

—Has viajado dos veces desde ese lugar usando magia, así que sabemos que es posible. Solo necesitas encontrar a alguien que te ayude a hacerlo —dijo Taemin, como si fuera la cosa más simple del mundo—. Dijiste que esa chica que te ayudó sabía de magia porque se había transmitido en su familia por generaciones, entonces, debe haber alguien en este tiempo que pueda hacerlo. Solo tenemos que encontrarlo.

Jimin lo miró, sin palabras y con una sensación de desorientación. No esperaba esta reacción de Taemin. Estaba aliviado de que no cuestionara su historia, pero nunca había considerado seriamente regresar al futuro, pensaba que no era posible, y que Taemin lo propusiera lo dejó mudo de asombro.

—En cuanto a dejar a tus amigos y familia —continuó Taemin, con una sobriedad que calaba hondo—, si estás viviendo una vida miserable solo para complacerlos, entonces no merecen tu sacrificio. No renuncies a tu felicidad por personas que no valoran tus sentimientos —le dedicó una sonrisa triste—. Obviamente, te extrañaría muchísimo, pero me haría feliz saber que tú estás feliz, y preferiría que te fueras a que te quedaras aquí por obligación.

Cuando Jimin permaneció en silencio, aún sumido en la incertidumbre, Taemin se inclinó hacia adelante en su silla, apoyando el brazo en el escritorio.

—¿Tú amas a Jungkook, ¿verdad? —al ver el asentimiento de Jimin, le ofreció una sonrisa amable y continuó—. Entonces ve con él. No renuncies al amor para quedarte con una familia que no te ama lo suficiente como para aceptarte tal como eres.

Jimin volvió a tragar saliva, sintiendo el peso de sus decisiones.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto al volver aquí. No creí que pertenecer al futuro.

—Y ahora te das cuenta de que cometiste un error —dijo Taemin con una certeza que resonaba—. Jimin, si investigamos, estoy seguro de que podemos arreglar esto. Quiero que seas feliz, que tengas la vida que mereces. Me duele verte vivir así, y saber que hay una posibilidad de sacarte de esta situación, me motiva a actuar.

Jimin seguía indeciso. No anhelaba más que volver con Jungkook, pero el recuerdo de ese sentimiento de desarraigo en el futuro y el impulso de regresar a su época lo atormentaban.

¿Y si esa sensación volvía? Este año, el presente en el que se encontraba, era supuestamente donde debía estar, y dudaba si realmente era justo para él regresar al futuro.

Taemin notó su conflicto interno.

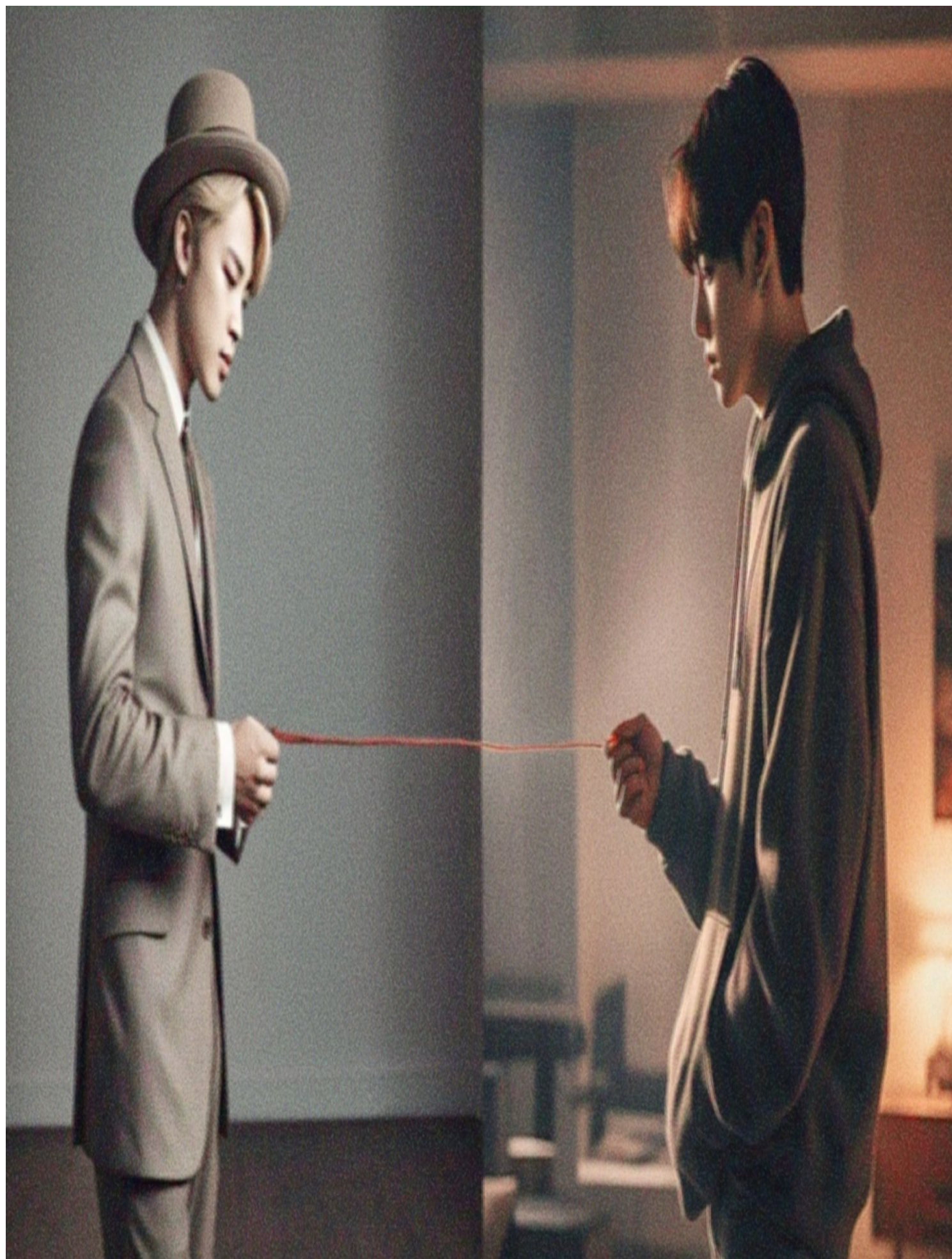
—Piénsalo, ¿de acuerdo?

La mente de Jimin seguía girando con argumentos encontrados cuando salió de la casa de Taemin mucho después. Perdido en sus pensamientos, caminó de vuelta a su hogar vacío.

Sin prestar mucha atención, subió a su habitación, sacó una hoja de papel y su pluma. Era una reacción instintiva buscar a Jungkook cuando tenía un dilema, y aunque Jungkook ya no podía responderle, necesitaba formularle las preguntas que más le pesaban.

Querido Jungkook,

¿Qué pasa si aquí no es realmente donde estoy destinado a estar? ¿Qué pasa si mi hogar no es donde he regresado, sino del que huí?



Jimin no pudo conciliar el sueño esa noche. Su mente no dejaba de dar vueltas sobre la idea de regresar al futuro, debatiéndose entre el deseo y el temor.

No es que realmente no quisiera volver, el solo pensamiento de estar de nuevo con Jungkook hacía latir su corazón con anhelo, pero lo asaltaba la inquietud de que tal vez no debería hacerlo. En el futuro se había sentido como un tramposo, una anomalía del tiempo, ¿qué le aseguraba que esta vez sería diferente? Este era su presente, su hogar, el lugar donde debía quedarse.

Además, lo atormentaba la incertidumbre de si podría llegar al año correcto. Su viaje anterior al 2025 había sido un salto al azar y su regreso, quizá, una casualidad cósmica. Evelyn nunca había sabido cómo controlar el destino temporal, entonces, ¿cómo podría él asegurarse de aterrizar en el año deseado? El riesgo parecía inmensamente grande.

Pero, ¿no era la posibilidad de encontrar la felicidad lo que le daba sentido al riesgo?

La frustración lo consumía. Estaba atrapado en una encrucijada entre lo moralmente correcto y la promesa de amor y felicidad. Era el dilema más desgarrador que había enfrentado, y cada fibra de su ser dudaba de su capacidad para decidir.

Sólo cuando escuchó a sus padres salir de casa, Jimin se levantó de la cama, arrastrando los pies hasta el baño para enfrentar el reflejo de una noche sin descanso. Sus ojos oscuros bajo párpados pesados, hablaban de su insomnio. Su piel, pálida, tenía un tinte grisáceo y enfermizo, su cabello se erizaba en mechones desordenados. Mientras se miraba, un bostezo profundo hizo crujir su mandíbula. Lo único que deseaba era el olvido, borrar todo pensamiento y descansar.

Esperando librarse del sabor desagradable que invadía su boca, se cepilló los dientes con urgencia y luego se lavó la cara, deseando que el color enfermizo de su piel se escurriera junto con el agua. Sin atreverse a enfrentar su reflejo nuevamente, volvió a su cuarto y se dejó caer en la cama, envuelto en una sensación de desorientación. Anhelaba una estructura, una rutina diaria que le diera sentido a sus días, algo que lo mantuviera ocupado. Nunca había sentido tanta necesidad de una distracción como ahora, y no podía evitar envidiar a Jungkook, quien tenía un trabajo de tiempo completo que lo mantenía en movimiento. Lamentaba haber dejado de trabajar con su padre, aunque detestaba el bufet de abogados, al menos le habría dado algo en qué pensar, algo que lo distrajera de sus propios pensamientos.

Levantándose de un salto, se dirigió al armario. No tenía ni la menor idea de qué hacer con el resto del día, pero quedarse en su habitación solo lo llevaría a la locura. Mientras se vestía, intentó pensar en alguna actividad, pero su mente estaba en blanco. Sus amigos estaban todos enfrascados en sus trabajos o en sus vidas, él no tenía pendientes, y no se le

ocurría ningún lugar donde pudiera matar el tiempo. La idea de tocar el piano le resultaba dolorosa, y el mero olor del café le traía lágrimas a los ojos. Tendría que volver al trabajo.

Salió de casa poco después, sin un plan definido. Dejó que sus pies lo guiaran a través de la ciudad, sin rumbo fijo. Tomó un tren hacia el centro y caminó por las calles, casi sin prestar atención a su alrededor. Caminaba en una especie de trance, consciente solo a medias de la calle y los edificios que lo rodeaban. Su mente, por fin, encontraba un momento de paz, libre de pensamientos tormentosos. Siempre que su cabeza se llenaba de ideas o se ahogaba en emociones, optaba por pasear por la ciudad. Esta caminata le despejaba la mente, le permitía ver las cosas desde un ángulo más sereno. No sabía por qué o cómo funcionaba, pero agradecía profundamente ese alivio. Necesitaba desesperadamente una manera de lidiar con lo que estaba viviendo, y caminar así, sin rumbo, le daba esa paz temporal que tanto ansiaba.

Había estado caminando un buen rato, cuando finalmente, decidió detenerse, apartándose a un lado para permitir que la corriente de transeúntes continuara su camino. Sin haber prestado atención a su destino, miró a su alrededor, envuelto en una curiosidad repentina.

Se encontró frente a una tienda de ropa de aspecto descuidado. No reconocía ni el lugar ni los edificios a su alrededor, pero al ojear más allá por la calle, algo le pareció vagamente familiar. Se preguntó si alguna vez había transitado por allí con Taemin. Sin embargo, había algo en esa tienda que no dejaba de captar su atención, y se acercó más al escaparate, esforzándose por recordar por qué ese lugar le resultaba tan conocido.

La pintura desgastada del letrero con un nombre indescifrable y la ropa anticuada en el escaparate le confirmaron a Jimin que nunca había comprado allí. Ampliando su mirada, examinó el entorno, observando las pequeñas tiendas y los edificios residenciales cercanos. La fachada de un edificio de apartamentos al otro lado de la calle despertó un recuerdo en su mente, algo que le picaba la memoria sin llegar a ser claro.

Un hombre pasó junto a él, carraspeando para sí mientras hojeaba el periódico del día, la revelación cayó sobre Jimin como una avalancha.

Se giró rápidamente para mirar la tienda descuidada detrás de él. Este era el edificio de Jungkook. En noventa y un años, este sería el hogar de Jungkook.

De ahí radicaba la familiaridad de la calle, la había recorrido decenas de veces en los últimos meses de vuelta a casa. No podía creer que le hubiera tomado tanto tiempo reconocer el lugar. Por supuesto, la calle lucía completamente diferente en el futuro, la mayoría de las tiendas habían sido sustituidas por edificios y apartamentos, y casi todas las residencias actuales habían sido ampliadas y renovadas. La diferencia era abismal.

Algunos transeúntes lo miraban con curiosidad mientras él se quedaba plantado allí, observando la tienda de ropa con ojos abiertos y húmedos, su respiración rápida y superficial. Para ellos, debía parecer un hombre en plena crisis emocional, y, de alguna manera, lo era.

No podía creer que sus pasos lo hubieran llevado aquí, de entre todos los lugares. El camino debía estar tan normalizado en su memoria que lo había seguido de manera inconsciente. Se sentía un poco abrumado por el descubrimiento.

Jamás habría venido aquí intencionalmente. Si hubiera sabido que sus pies lo traerían a este punto, habría dado media vuelta y buscado otra dirección. Estar aquí abría de nuevo heridas que apenas comenzaban a sanar, recordándole que ya no estaba con Jungkook, que Jungkook no existía en este tiempo, ni siquiera su edificio había sido construido todavía. Si Taemin estuviera aquí, habría visto un significado más profundo en esto, argumentando que Jimin había venido porque su subconsciente lo guiaba aquí. Pero Jimin no lo veía como una señal, esto era solo el resultado de un hábito. No llevaba mucho tiempo de vuelta en esta época, le tomaría un rato desprenderse de estas costumbres.

Con una respiración profunda, desvió la mirada del edificio y continuó su caminata por la calle, luchando contra el impulso de mirar atrás. Ya había tomado una decisión, no podía seguir dudando. Volver al futuro podría ser su única oportunidad para encontrar verdadero amor y felicidad, pero no era justo que jugara con el tiempo, nadie más tenía ese privilegio, y había personas en situaciones mucho más difíciles que lo merecían más. ¿Por qué debería abusar de un poder que había obtenido por accidente?

Ignoró la voz en su mente que insinuaba que quizás había una razón para que él tuviera este conocimiento sobre viajes en el tiempo.

Al llegar a un cruce peatonal, se detuvo, debatiéndose así mismo por un instante antes de girar a la derecha. Sus pasos se tornaron resueltos, los de alguien con un propósito claro. Decidió visitar otros lugares de la ciudad que habían sido testigos de su relación con Jungkook. Con suerte, esto apagaría sus planes inciertos de regresar al futuro, enfrentándolo a la realidad de que Jungkook y el mundo en el que vivían no existían en este tiempo. No se estaba sometido a una tarea sencilla, y le dolía tener que apartar a Jungkook aún más de su vida, pero era necesario. No podía seguir alimentando esa fantasía de jugar a ser Dios.

Un lugar al que definitivamente no iría, era la cafetería. A pesar de ser el escenario de su primer encuentro y contener innumerables recuerdos, no podía permitirse regresar al lugar desde donde había viajado en el tiempo, era demasiado tentador. Además, la cafetería apenas había cambiado desde ahora hasta 2025, verla no le recordaría su separación de Jungkook como debería.

Primero, se dirigió al lugar de trabajo de Jungkook, un sitio donde se habían encontrado muchas veces antes de salir a almorzar. Jimin también había hecho visitas sorpresa en varias ocasiones, llevándole a Jungkook un café o algo de comer en aquellos días en que el trabajo le impedía disfrutar de la hora del almuerzo juntos. Era el centro de muchas de sus citas informales, y Jimin aún podía escuchar la risa asombrada de Jungkook cuando apartaba la vista de su computadora para encontrarlo parado frente a su escritorio, con un café y algo de comida en manos.

El edificio que un día albergaría a J. Crew Group era ahora una firma de negocios. Hombres vestidos con trajes entraban y salían, portando maletines o ejemplares del New York Times. No había ni un indicio de lo que el edificio se convertiría en el transcurso de los próximos noventa años. No había rastro de Jungkook en las caras serias de los empleados ni en la sobria placa que mostraba el nombre del negocio. Sin embargo, dentro de la mente de Jimin, un recuerdo de Jungkook se desplegaba vívidamente, su novio apoyado contra la pared cerca de la puerta, vistiendo con gracia un sombrero trilby que habría tomado de su cuarto, el toque final perfecto para su look. Ver a Jungkook con su sombrero había provocado en Jimin una sensación de mariposas en el estómago y un estallido de alegría dentro de él. Esta alegría se había expandido cuando Jungkook miró hacia arriba al oír su saludo, con una sonrisa radiante, acercándose para besarlo, el ala del sombrero rozando con suavidad la frente de Jimin cuando se inclinó para estar más cerca.

Con un peso en el pecho que intentaba ignorar, Jimin observaba con atención todo lo diferente que era ahora el edificio, los hombres trajeados, la placa brillante, las puertas de madera sin pretensiones. Miraba como si quisiera quemar esa imagen en su mente a través de la intensidad de su mirada. No quería reemplazar sus recuerdos de Jungkook en ese lugar con imágenes de hombres de negocios, solo necesitaba grabar cómo era ahora el edificio para contrastarlo con sus recuerdos del futuro. Quería asentar firmemente en su mente que este era el presente, esta era la realidad, todo lo demás con Jungkook, era solo un recuerdo.

Después de unos minutos, continuó su camino, recorriendo la corta distancia hasta el café donde él y Jungkook solían almorzar, y luego un poco más hasta el restaurante de su primera cita. Aunque era un restaurante en esta época también, era uno diferente. El exterior del edificio se veía distinto de lo que recordaba de esa noche especial. Sin embargo, había estado tan ensimismado observando a Jungkook que apenas notó el entorno, por lo que no podía estar seguro de los detalles.

Ya no se esforzaba por aceptar la realidad de su presente. Ahora simplemente se permitía recordar con nostalgia el breve tiempo que había compartido con Jungkook. Se mantenía en el terreno del dulce recuerdo, sin más, pero el anhelo de estar con Jungkook se intensificaba, hasta que, al estar frente al lugar donde algún día estaría el restaurante de la primer cita que pagaría, el deseo de regresar al futuro lo consumía.

Había abandonado el amor, la independencia, la felicidad y la libertad de ser él mismo por unos padres controladores y desinteresados a quienes rara vez veía, por un amigo que claramente prefería que se quedara en el futuro, y por una época en la que nunca se había sentido realmente en su lugar. Debía estar loco.

Sin pensarlo demasiado, comenzó a caminar lentamente por la calle, dejándose llevar por sus pies hasta Central Park. Al seguir uno de los numerosos caminos del parque, salió de su ensimismamiento y observó su entorno. Como la última vez que había estado aquí, el otoño mostraba todo su esplendor, los árboles eran un estallido de naranjas y rojos, y el suelo estaba cubierto por una alfombra de hojas secas. La gente en los bancos se envolvía en sus abrigos contra el frío, mientras las hojas bailaban por el sendero, empujadas por ráfagas de viento. La ausencia de Jungkook a su izquierda, donde normalmente caminaba, se hacía ahora palpablemente fría. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo para evitar el impulso de buscar la mano de alguien que ya no estaba ahí.

Después de un breve paseo, llegó a su destino, una pequeña prominencia con vistas a una vasta extensión del parque y la ciudad en el horizonte. Era el lugar preferido de Jungkook en la ciudad. No había planeado venir aquí cuando mentalmente revisaba los lugares significativos, pero de alguna manera, inevitable que terminara aquí. Era el refugio especial de Jungkook, un lugar donde escapaba del mundo, y lo había compartido con Jimin. Desde el día que Jungkook lo llevó a este punto, este lugar había capturado un rincón especial en el corazón de Jimin.

A pesar de que el suelo estaba empapado por la llovizna de la noche anterior, Jimin se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas mirando hacia el parque. El frío húmedo caló en sus pantalones y pequeñas piedras irritaban sus manos al apoyarlas en la roca. Se sacudió la arena de las palmas y las colocó sobre sus rodillas, manteniendo la mirada fija en el horizonte.

El skyline de la ciudad había cambiado y no tenía el consuelo de un cuerpo cálido junto al suyo, pero Jimin aún sentía como si pudiera volverse y ver a Jungkook a su lado. Las cartas y observar las estrellas lo conectaban con Jungkook, pero no le proporcionaban la ilusión de su presencia real. Con los ojos cerrados, casi podía sentir la mano de Jungkook en su rodilla, oler su fragancia en el aire. Comprendía por qué Jungkook adoraba este lugar. Aquí, los problemas y las preocupaciones se sentían distantes, como si los hubiera dejado atrás en el caos de las calles y las aglomeraciones de edificios más allá de los árboles.

Aunque la ciudad cambiaba con el paso de los años, el parque mantenía una eternidad propia. En este lugar, Jimin sentía que podía estar en cualquier momento, que si se concentraba lo suficiente, podría mirar a su alrededor y ver a Jungkook sonriéndole. Era un veneno disfrazado de dulzura, encantador por fuera, pero cruel por dentro.

Quería regresar. Había sido un error volver aquí, y ahora anhelaba volver al futuro, si eso fuera posible. No podía pasar el resto de su vida escribiendo cartas y visitando el parque cada vez que el anhelo por Jungkook fuera insoportable, no podía seguir mirando las estrellas con nostalgia cada noche. No podía vivir de esta manera.

Algunos podrían considerarlo patético, creyendo que con el tiempo superaría esos sentimientos y que dejaría de extrañar tanto a Jungkook, pudiendo así seguir adelante. Pero no era así. Jimin no sabía si era simplemente alguien que, una vez enamorado, ya no podía amar a otro, o si había verdad en las historias de almas gemelas y destinadas, pero la idea de amar a alguien que no fuera Jungkook le resultaba inconcebible.

Jungkook era su todo, lo sabía en lo más profundo de su corazón, de su misma alma. Jungkook lo comprendía plenamente, sabía cuándo necesitaba espacio o una carcajada, hasta dónde podía presionarlo, y cuándo necesitaba un chocolate caliente y un abrazo reconfortante para sentirse mejor. Jungkook lo completaba, como si hubiera guardado siempre una parte de él, y solo juntos podían ser uno. Jungkook era su mejor amigo, su mitad, y él lo había abandonado.

Con lágrimas que le quemaban los ojos, Jimin escondió su rostro entre sus manos.

¿Qué había hecho? No podía creer su estupidez, su desorientación al pensar que estaría mejor en su propio tiempo. Había detestado tanto su vida aquí, pero aun así había regresado, creyendo neciamente que sería mejor. ¿Por qué siempre tenía que hacer lo correcto según los demás? Ocultar su homosexualidad, seguir los pasos de su padre en la ley, asistir a eventos sociales insufribles con Anna, volver a su época... Si el mundo no tuviera a rebeldes, a quienes se apartan de la norma, ¿cómo avanzaría? ¿Cómo surgirían inventos o se descubrirían nuevos conceptos? ¿Por qué no podía ser él uno de esos pioneros? ¿Por qué no podía trazar su propio camino en lugar de seguir el que le imponían? Siempre había temido ir contra los deseos de sus padres o hacer algo que provocara chismes a sus espaldas, pero no debería importarle. Solo tenía una vida, así que, ¿por qué no vivirla a su manera? ¿Por qué no buscar su felicidad? Y ahora tenía otra razón para actuar, el amor.

Levantándose con prisa, Jimin se sacudió el polvo de los pantalones y corrió por el sendero hacia la salida más cercana del parque.

Iba a ver a Taemin para aceptar su oferta de ayudarlo a regresar al futuro junto a Jungkook.



Manteniendo su promesa, Jungkook hacía un esfuerzo por llamar a su padre con regularidad para conversar y actualizarlo sobre su vida.

Algunos días no tenían mucho de qué hablar, el trabajo había sido rutinario para ambos y no había novedades emocionantes, pero escuchar la voz de su padre lo reconfortaba, y sabía que su padre disfrutaba hablando con él, sin importar que solo fuera para decir lo mismo de siempre. Aún sentía el dolor de la ausencia de Jimin y lo extrañaba profundamente, pero desde que había aumentado la comunicación con su padre, la sensación de pérdida no lo abrumaba, era un cambio significativo.

También compartía cómo se sentía con Rosé al menos dos veces al día. Siguiendo instrucciones que probablemente había recibido de su padre, Rosé le preguntaba cómo estaba cada mañana y tarde, sin conformarse con respuestas cortas. Jungkook avisó que esto podría llegar a irritarlo, pero no fue así, su apoyo era reconfortante y se sentía genuinamente agradecido.

Rosé también se mantenía vigilante en su horario de trabajo, rechazaba invitaciones para salir por la noche para quedarse en casa y asegurarse de que no pasara las noches inclinado sobre su computadora o un montón de bocetos. Ahora, Jungkook tenía que luchar contra la tentación de trabajar por las noches, optando por relajarse viendo televisión o leyendo una revista. Le resultaba difícil, ya que trabajar era una distracción efectiva y una forma de pasar el tiempo, pero entendía por qué su padre y Rosé estaban tan preocupados por su exceso de trabajo. Sabía que no era saludable.

Algo que hacía que Jungkook sonriera para sus adentros era ver cómo Rosé se esforzaba por compartir las comidas con él en casa, claramente preocupada por su alimentación. No había

razón para que se inquietara por si estaba comiendo lo suficiente, cocinar y comer eran excelentes maneras de distraerse y encontrar consuelo.

Fue después de una de estas cenas compartidas, cuando Rosé se dio cuenta de que Jungkook tenía el reloj de bolsillo de Jimin.

Estaban sentados en la sala de estar, con un reality show emitiéndose en la televisión. Jungkook, por su parte, no prestaba atención al programa, su mirada estaba fija en la pantalla sin verla, su mente perdida en el torbellino de los últimos meses. En algún momento, había sacado el reloj de bolsillo de Jimin y comenzado a trazar círculos con su pulgar sobre la tapa. Estaba tan sumergido en sus pensamientos que no notó el corte para comerciales, que aquél capturó la atención de Rosé, no la oyó decir su nombre hasta que ella se inclinó hacia adelante y chasqueó los dedos ante sus ojos.

—¡Jungkook!

Dando un respingo, Jungkook giró la vista hacia su amiga. Parpadeó rápidamente mientras los recuerdos que había estado reviviendo se disipaban. Respondió a su mirada expectante con una de confusión ligera.

—Perdón, ¿qué?

Rosé soltó un suspiro de frustración.

—Quería saber qué es eso con lo que estás jugando, parece un reloj de bolsillo.

Jungkook miró hacia abajo, hacia el reloj en su mano, que no se había dado cuenta de que estaba sosteniendo. Lo llevaba consigo constantemente, y jugar con él se había convertido en un hábito tan natural como morderse las uñas. La mayor parte del tiempo no era consciente de hacerlo, pero su jefa le había hecho notar ese hábito durante una reunión en esa semana, aquél le estaba sacando de quicio. Había intentado dejarlo en su bolsillo, pero esa decisión solo duró unas pocas horas. No se sentía correcto no llevarlo consigo cada día.

Supuso que todo había comenzado como una forma de consuelo, tener algo de Jimin para recordar que había sido real, que esos últimos meses no eran una mera fantasía. En algún momento, sacar el reloj y deslizar su pulgar sobre la tapa grabada se había vuelto un ritual.

—Es un reloj de bolsillo —respondió Jungkook, acariciando la tapa una vez más con el pulgar. Esperaba que ella no le dijera que su inquietud también la estaba molestando, era bastante difícil evitarlo durante las reuniones de trabajo, y mucho más en la comodidad de su hogar.

La frente de Rosé se frunció con tristeza.

—Oh, Jungkook. Comprarte un reloj de bolsillo porque Jimin tenía uno no te ayudará a olvidarlo.

Jungkook la miró, atónito.

—¿Qué? —negó con la cabeza—. No, este es el de Jimin, me lo dejó.

Ahora era Rosé quien parecía confundida, con una preocupación apenas contenida en su rostro. Jungkook podía ver que estaba al borde de preocuparse por su salud mental.

—¿Por qué te dejaría su reloj?

—Como recuerdo —explicó Jungkook, bajando la mirada hacia el reloj dorado en su mano—. Algo tangible para los días difíciles, cuando todo parece un sueño lejano —abrió la tapa y pasó el pulgar por el cristal, su piel enganchándose en un minúsculo rasguño—. Yo le puse el primer lazo que le compré en su bolsillo justo antes de que se fuera, así que él también tiene algo.

Rosé permaneció en silencio por un instante.

—¿Crees... crees que el lazo resistió el viaje de vuelta? —preguntó con cautela.

Jungkook cerró la tapa.

—Eso espero.

Rosé dudó de nuevo, Jungkook podía sentir la tensión en el aire. No necesitaba levantar la vista para notar la manera en que lo observaba con ojos curiosos y llenos de dudas, o cómo su boca se abría y se cerraba mientras debatía internamente si debía hablar o no.

Sabía que al final ella preguntaría lo que estaba pensando, Rosé rara vez se guardaba las preguntas cuando se trataba de entender a las personas y obtener la información que quería. Normalmente, Jungkook le ahorraría el dilema y le preguntaría directamente qué quería saber, pero hoy no tenía prisa por volver a la quietud de la televisión, y valoraba la pequeña distracción que ella le brindaba. Así que, se quedó en silencio, permitiéndole a Rosé que resolviera su conflicto y llegara a su pregunta cuando estuviera lista.

Finalmente, tras un silencio que se alargó por largos minutos, ella rompió el hielo con su pregunta:

—¿Qué... pasó exactamente Jimin? —su voz apenas un susurro, como si temiera despertar a un león dormido. Cuando la mirada de Jungkook se elevó para encontrarse con la suya, ella titubeó, sus palabras tropezando entre sí mientras sacudía el cabello hacia atrás y se

enderezó, tratando de recuperar algo de compostura—. Sé que dijiste que sentía que no pertenecía aquí, pero, ¿solo lo avisó que se iba, o...?

El rostro de Jungkook se endureció, su mirada inmutable la hizo retroceder un paso. No quería revivir la historia, cada palabra era un clavo en el ataúd de su dolor, pero había prometido a su padre abrirse, y Rosé no dejaría de preguntar hasta obtener respuestas. Tal vez, contarle podría aliviar la carga de tristeza que llevaba desde que Jimin se había marchado.

Con un nudo en la garganta, Jungkook apretó el reloj de bolsillo en su mano, como si pudiera contener el tiempo y el dolor juntos.

—Sabía que quería regresar a casa. Antes de que me lo dijera... lo sabía —su voz se quebró, lágrimas empañando su visión—. Lo supe desde la noche que fuimos a ver tu espectáculo. Esperé que dijera que quería volver, pero nunca lo hizo, no quería lastimarme. Al final, tuve que preguntarle directamente y él confesó lo que sentía —se detuvo, usando su mano libre para secar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Rosé observó con una mezcla de curiosidad y compasión palpable. Las preguntas daban vueltas dentro de ella, pero el sufrimiento evidente de Jungkook la mantenía en silencio, respetando el momento necesario para que él recuperara algo de su entereza antes de seguir hablando.

—¿Pero qué hizo que cambiara de opinión sobre quedarse? —preguntó ella, con un matiz de confusión en su voz—. Pensé que era feliz aquí. Tenía todo a su favor, un trabajo, la escuela, libertad, a ti —asintió hacia Jungkook, quien sorbía la nariz y se la frotaba ahora enrojecida—. ¿Qué lo impulsó a querer irse de repente? —sus ojos se dilataron con la comprensión—. ¿Fue algo que hice yo?

A pesar del torbellino de emociones, Jungkook no pudo evitar poner los ojos en blanco. Sus reacciones afectuosas y exasperadas hacia los modos egocéntricos y divos de Rosé seguían intactas, incluso en medio de su dolor.

Recordando las otras preguntas de Rosé, Jungkook evocó la imagen de Jimin en el bar la noche del espectáculo de Rosé. Su expresión abrumada, la mención de sentirse claustrofóbico, la vacilación nerviosa sobre su bebida y cómo se había escapado afuera apenas media hora después de llegar.

—Creo que simplemente le golpeó lo distinta que era toda la sociedad aquí, en este tiempo —comenzó Jungkook con voz temblorosa, la imagen del rostro de pánico de Jimin vívida en su mente—. Probablemente llevaba semanas ocurriéndole, y esa noche en el bar fue el detonante final para él —un nuevo pensamiento lo asaltó y un sollozo ahogado se abrió paso entre sus labios, lágrimas nuevas empañando sus ojos. La culpa se levantó como una

ola, quemando su garganta. Incluyó la cabeza, avergonzado, mientras el pequeño cierre del reloj se clavaba en su palma.

—Una parte pequeña y egoísta de mí deseaba que luchara contra ese sentimiento por mí, que me amara lo suficiente como para quedarse —confesó entre sollozos profundos que parecían arrancarle el alma—. Solo quiero que sea feliz —continuó, con la voz rota por el llanto, secándose las lágrimas con la manga de su hoodie—. Aunque eso me destroce el corazón.

Se derrumbó contra el respaldo del sofá, encogiéndose en sí mismo, entregándose a un llanto desgarrador que no había permitido salir desde que Jimin se fue. Era demasiado para contenerlo, el recuerdo de la partida de Jimin y el vacío en su corazón roto eran demasiado para manejar.

No escuchó a Rosé moverse, pero de repente sintió su presencia a su lado en el sofá, su mano trazando círculos reconfortantes en su espalda mientras murmuraba palabras suaves. A través del velo de su dolor, las palabras de Rosé eran un susurro indistinto, pero su tono era como un bálsamo, calmando poco a poco el torrente de su pena. Con un resoplido, se limpió las lágrimas con las manos y la manga, tratando de recomponerse. Se enderezó, ofreciéndole a Rosé una sonrisa temblorosa pero agradecida.

—Gra-gracias —logró decir con la voz rota por la emoción—. A veces simplemente se vuelve demasiado y yo... —hizo un gesto vago, su mano moviéndose en el aire como si no pudiera encontrar las palabras adecuadas—. Lo extraño muchísimo.

Rosé continuó frotando su espalda, su toque lleno de comprensión.

—¿Era todo para ti, verdad?

Con un asentimiento, Jungkook limpió una lágrima solitaria que se había escapado de su ojo derecho.

—Veía mi futuro con él. Me imaginaba pasando el resto de mi vida a su lado —tragó, intentando contener el nuevo mareo de lágrimas—. Quería eso con él. Quería mi vida entera con él —un dolor agudo lo atravesó, como si algo dentro de él se desgarrara desde su estómago hasta su corazón.

—Era tu alma gemela —dijo Rosé en un susurro, su voz impregnada de una tristeza compartida.

Jungkook asintió, confirmando lo que ambas almas ya sabían. Nunca había creído realmente en conceptos tan románticos, pero “*alma gemela*” describía perfectamente lo que habían compartido.

—Las almas gemelas siempre tienen una manera de reencontrarse —dijo Rosé con un dejo de misterio en sus palabras.

Jungkook, aún con la nariz congestionada, la miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

Rosé tenía una expresión peculiar, como si estuviera debatiéndose con algún pensamiento profundo. Su frente estaba fruncida en una expresión de conflicto y jugueteaba con sus uñas, un tic que revelaba su incertidumbre. Se encogió de hombros, esquivando la mirada de Jungkook para enfocarse en sus dedos.

Jungkook la miró fijamente, con los ojos llenos de preguntas silenciosas.

—¿Hablas de que nos conocemos en otra vida? Porque no pensé que tú creyeras en esas cosas.

—Hay muchas cosas en las que antes no creía —respondió Rosé, levantando la mirada hacia Jungkook, su rostro ahora velado por una nueva prudencia—. Me demostraron que estaba equivocada respecto al viaje en el tiempo, ¿no?

Jungkook no sabía qué pensar. La confusión de Rosé era un misterio que no tenía la energía ni la serenidad para resolver. Ni siquiera en sus mejores días comprendía del todo sus pensamientos, y menos aún después de una jornada cansadora y de haber llorado por Jimin.

—Bueno, realmente detesto que nuestro encuentro en esta vida haya sido tan corto. Nos tocó un encuentro cruel al ser de diferentes siglos —dijo Jungkook, con un dejo de amargura impregnado en su voz.

Dándole una última palmada en la espalda y poniéndose de pie, Rosé le ofreció una sonrisa que parecía contenerse a sí misma, como si guardara secretos.

—No califiques esto como malo cuando apenas has vivido casi nada de ello. El tiempo puede cambiarlo todo.

Y con esa afirmación, tomó su bolso de la mesa de café y se marchó hacia su habitación, dejando a Jungkook mirándola, con la mente aún más enredada en el cansancio y la perplejidad.



Después de su conversación con Taemin, Jimin regresó a casa con un optimismo renovado, algo que no había sentido desde que abandonó el futuro. Ahora tenía un propósito claro, había dejado atrás esa sensación de estar perdido y sumido en tristeza y pesame. Él y Taemin estaban decididos a devolverlo al futuro, junto a Jungkook.

Habían dedicado las últimas horas a organizar su plan. Jimin le había explicado a Taemin todo sobre Evelyn, detallando cómo ella lo había enviado de vuelta en el tiempo, sin saltarse ningún detalle, por minúsculo que pareciera, pues cualquier dato podría ser clave para su regreso. Una vez que Taemin comprendió el funcionamiento del viaje en el tiempo, elaboraron una estrategia para que Jimin pudiera volver. Sin la tecnología moderna a su disposición, sus opciones se reducían a la biblioteca o el rumor de boca en boca. Optaron por usar este método solo como opción, evitando así preguntas incómodas y el riesgo de revelar demasiado a las personas equivocadas.

Al día siguiente, se encontraron en la biblioteca más cercana a primera hora, apenas abrieron las puertas, con el plan de pasar la mayor parte del día entre libros. Taemin había pedido la semana libre del trabajo para ayudar a Jimin, quien estaba profundamente agradecido por su apoyo, sabía que sería muy importante.

En cuanto entraron, Taemin se dirigió como un rayo hacia la sección de historia local, mientras Jimin se lanzó hacia los estantes de mitos y fábulas. Ambos conocían bien la biblioteca, habiendo pasado innumerables horas allí durante sus estudios universitarios, lo que les proporcionaba una ventaja significativa, sabían exactamente dónde encontrar cada género de libro, sin necesidad de recurrir a los bibliotecarios que podrían ser demasiado curiosos.

Jimin deslizó sus dedos con reverencia por los lomos polvorientos de los libros, como si cada título fuera un susurro de conocimiento antiguo. Evaluaba cada uno con ojos críticos, decidiendo en un instante si podrían desvelar los secretos que buscaba. Sacaba de su lugar a los más prometedores, les daba un vistazo fugaz, juzgando su valor a través de páginas entreabiertas y los índices que a veces prometían más de lo que cumplían. Con los brazos cargados de esperanza literaria, se tambaleó hasta una mesa vacía, donde dejó su montón de tesoro con un suspiro de alivio, acomodándose en la silla con la determinación de un erudito.

Mientras Jimin buscaba con fervor la sección que necesitaba en el primer libro de su pila, Taemin apareció como un espectro curioso, también cargado de libros. Se sentó frente a él, empujando con impaciencia la lámpara del escritorio para hacer espacio, y dejó caer su montón con un ruido sordo que rompió el silencio de la biblioteca.

—No estoy seguro de que alguno de estos sea útil —confesó Taemin en un susurro, abriendo con cuidado un tomo antiguo—. Pero hay muchos más que quiero revisar. Tiene que haber algo en al menos uno de ellos.

El silencio volvió a envolverlos, solo roto por el suave crujir de páginas y el ocasional golpe de un libro cerrado, señal de que otro había sido juzgado y desechado. Taemin fue el primero en levantarse, ansioso por explorar más, regresando con una nueva carga de libros en menos de cinco minutos. Jimin, por su parte, se sumergió más profundamente en su montón, cada libro era una cueva de historias y leyendas que debía explorar con detenimiento.

El tiempo se convirtió en un concepto ajeno, las horas se fundieron en un mar de palabras y párrafos. Jimin perdió la cuenta de cuánto tiempo llevaba en esa batalla silenciosa contra el conocimiento, solo se daba cuenta del paso del tiempo cuando el dolor en su espalda y cuello lo obligaba a levantarse. Cada estiramiento era un momento de alivio efímero antes de volver a sumergirse en el océano de conocimiento que había ante él.

En algún momento de la tarde, Taemin decidió tomarse un respiro, ausentándose brevemente para buscar algo que comer. Volvió con una pequeña bolsa de comida para Jimin, a pesar de las protestas de este, quien aseguraba no tener hambre ni necesitar nada. Taemin, sin embargo, no parecía muy conforme con esa negativa, pero Jimin estaba decidido a continuar con la búsqueda sin pausa, con una determinación tan palpable en su mirada que, después de varios intentos fallidos de convencerlo, Taemin dejó la comida en la mesa y se sumergió de nuevo en el silencio, abriendo otro tomo.

Cuando el día empezó a convertirse en noche, Jimin sintió la inquietud crecer dentro de él. Habían pasado por decenas de libros, y sin embargo, solo habían encontrado unos pocos datos marginales. No tenían ni la más mínima pista sobre dónde en la ciudad podría practicarse magia, ni quién podría estar manejando esos poderes en su actualidad, ni un solo indicio que les guiara hacia esa información tan ansiada. Había creído que esta investigación sería mucho más sencilla que la primera vez que intentó aprender sobre el tema. Sabía con precisión qué buscaba, pero comenzaba a parecer que la información necesaria no existía o se ocultaba con cautela. Esto no estaba resultando ser tan sencillo como había imaginado.

Salieron de la biblioteca cuando esta cerró, Jimin se sentía bastante desalentado. Taemin, en cambio, mantenía una sorprendente energía positiva, sin dejar que el fracaso del día lo hiciera amargarse.

—Sabemos lo que estamos buscando —dijo Taemin mientras regresaban a casa—. Sabemos exactamente qué necesitamos encontrar, así que lo lograremos en algún momento. Simplemente hoy no fue nuestro día, eso es todo.

Jimin metió aún más las manos en los bolsillos de su abrigo, sumido en un silencio reflexivo. Aunque no lo diría en voz alta, necesitaba realmente el aliento de Taemin para seguir adelante. Sin él, dudaba que pudiera soportar este proceso de investigación.

La idea de reunirse con Jungkook y perderse en su abrazo debería haber sido suficiente para alimentar su motivación, para hacerlo incansable en la búsqueda de su regreso, y en parte así era, pero una voz persistente en el fondo de su mente lo atormentaba, recordándole que no debía dejar atrás a su familia, que era incorrecto manipular el tiempo. Esa voz era débil, pero lo bastante presente como para carcomer su conciencia, y esperaba que no se intensificara. Estaba seguro de hacer lo correcto.

Había cometido un error al regresar aquí, y sabía que nunca encontraría la felicidad si se quedaba, pues no pertenecía a esta época. Era una desgracia haber tenido que volver para darse cuenta, pero no había alternativa. Si nunca hubiera regresado, siempre se habría preguntado si había hecho bien en quedarse en el futuro. Ahora, al volver, sabía con certeza que su hogar era el siglo veintiuno. Tal vez una parte de él siempre había estado con Jungkook, destinado a saltar esos noventa y un años hacia el futuro para estar unidos. Así se sentía.

Cada día, Taemin mantenía su ánimo en alto cuando volvían a la biblioteca, dedicando horas a la búsqueda y reduciendo poco a poco su lista de libros por revisar. Su optimismo inquebrantable mantenía a Jimin determinado en su investigación, y siempre parecía intuir cuando un frustrante dejo de desánimo comenzaba a tomar forma en Jimin, ofreciendo palabras positivas y motivadoras justo a tiempo. La inquietante idea de que quizás nunca encontrarían la forma de devolver a Jimin al futuro se albergaba en su mente, pero él siempre lograba desterrar la idea antes de que pudieran frustrarlo totalmente. No estaba dispuesto a rendirse todavía.

Con un suspiro de esfuerzo, Jimin abrió la puerta de entrada de su casa, luchando con la cerradura mientras sostenía una pila de libros en sus brazos. Soltó un pequeño gemido de alivio al cruzar el umbral y cerrar la puerta tras suyo. Reajustando su agarre, se encaminó hacia la sala de estar, con la intención de aprovechar la hora que le quedaba antes de que sus padres regresaran para leer los libros que había tomado prestados de la biblioteca.

Habían pasado varios días sin encontrar nada significativo en su investigación junto a Taemin, y eso comenzaba a ponerlo nervioso, a pesar de las palabras tranquilizadoras de su amigo, quien aseguraba que aún había muchos libros por revisar y que pronto darían con algo. Siempre que se acercaba la hora de cierre en la biblioteca, Jimin decidía llevarse a casa algunos libros sin revisar, con la esperanza de acelerar el proceso. Taemin no había aprobado por completo la idea, argumentando que necesitaba un descanso por las noches, ya que leer tanto no podía ser bueno para la vista, y estar encorvado sobre un escritorio todo el día y toda la noche no era saludable. El cansancio, la tensión y la frustración habían estado a punto de hacerle responder con brusquedad que, si iban a encontrar algo pronto, tal vez no estaría leyendo toda la noche. Se contuvo a tiempo, sintiéndose culpable por casi descargar su estrés y preocupación sobre su querido amigo, quien solo intentaba ayudarlo.

Estaba justo en la entrada de la sala cuando la voz de su padre lo sobresaltó tanto que casi se le caen todos los libros.

—¿Jimin? ¿Eres tú, hijo?

Con los libros apretados contra su pecho y su corazón desbordado, Jimin se apoyó en la pared del pasillo para recuperar el aliento. Pensó que estaría solo en casa.

—Soy yo, padre —respondió.

—¿Puedes venir al salón un momento? —preguntó su padre.

Un escalofrío de recorrió a Jimin. No podía explicar esa sensación repentina de fatalidad que lo invadía, ni por qué su corazón latía con algo más fuerza. No le gustaba el tono de voz de su padre, ni que ambos hubieran regresado más temprano de lo habitual en años, ni que al parecer lo estuvieran esperando.

Con los libros apretados contra su pecho como un escudo, Jimin caminó hacia el salón, cada paso cargado de cautela sobre lo que podría encontrarse allí.

Sus padres estaban en los sillones que se aproximaban a la chimenea, sus rostros hacia el sofá y la puerta por donde Jimin entró. Su padre lo miró con el ceño fruncido mientras se acercaba con pasos cautelosos hacía aquél sofá, aferrado a los libros como si fueran su única defensa.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó su padre, haciendo un gesto hacia los libros con la cabeza.

Jimin miró los volúmenes en sus manos, como si hubiera olvidado su existencia. La presencia de su padre siempre lo hacía sentirse así, inseguro y cuestionando a cada movimiento, temiendo que cualquier palabra o acción pudiera ser un error, incluso sabiendo que no lo era.

—Los tomé... de la biblioteca —respondió, su voz saliendo algo ronca por la falta de uso y la sequedad en su garganta que siempre le causaba cuando su padre le dirigía esa mirada calculadora y de desaprobación —. Los pedí prestados cuando estuve allí con Taemin hoy.

El ceño de su padre se profundizó, las líneas en su frente se hicieron más marcadas.

—¿Así pasaste tu día? ¿Sentado en la biblioteca con Taemin?

Por lo general, Jimin guardaría silencio ante tal comentario, esperando a que su padre continuara, pero una inesperada ráfaga de valentía lo invadió y asintió con la cabeza.

—Sí —dijo, ya preparándose para el destello de irritación en los ojos de su padre y el sermón sobre cómo debería haber aprovechado su tiempo.

Pero la reprimenda no vino. En cambio, su padre se reclinó en su silla, su rostro sumergiéndose en las sombras. Intercambió una mirada con su madre.

—¿Por qué no te sientas, Jimin? —sugirió su madre con un tono que, aunque suave, despertó nuevamente en Jimin una oleada de miedo, endureciendo sus músculos—. Tu padre y yo tenemos algo para ti.

Con la certeza de que esto no podía traer nada bueno y con un presentimiento que crecía como una tormenta dentro de él, Jimin se posó en el borde del sofá, al filo de la incertidumbre. Mantuvo los libros apretados contra su pecho como si fueran un escudo, hasta que la mirada penetrante de su padre lo obligó a dejarlos a un lado.

—Tu padre y yo tenemos que hablar contigo, y nos preocupa el rumbo que está tomando tu vida —comenzó su madre, su rostro marcado por la seriedad.

Un frío glacial envolvió a Jimin, nada bueno comenzaba con las palabras ‘ *tu padre y yo tenemos que hablar contigo* ’. El pánico lo inundó tanto que su mente se convirtió en un torbellino, incapaz de procesar y anticipar lo que su madre insinuaba.

Su padre se inclinó nuevamente hacia adelante, posando las manos sobre sus rodillas.

—Estás en camino de tener una carrera admirable, Jimin, y eres un joven bastante completo con tu participación en el polo y en los bailes benéficos, pero aún hay algo que nos inquieta —sus ojos se encontraron con los de Jimin, y este tuvo la vívida imagen de una roca enorme colgando sobre su cabeza, sostenida por una cuerda frágil y delgada. Esperó el inminente desmoronamiento.

—Tienes veintidós años, Jimin, y no muestras señales de querer casarte con una mujer.

La cuerda se rompió y la roca cayó, sacándole el aire de sus pulmones, dejando sus oídos con un zumbido extraño y su corazón detenido en su pecho. El miedo lo inundó, endureciendo sus músculos, su mano se apretó en un puño alrededor del borde del cojín del sofá.

Anhelaba escapar de la habitación, salir corriendo de la casa, alejarse a donde jamás tuviera que enfrentar esta conversación de nuevo, pero estaba atado a su asiento por el shock y el terror de lo que estaba por venir.

—Todos los hombres de tu edad están comprometidos, planeando un compromiso o ya están casados —continuó su madre, con una nota de preocupación en su voz—. La mayoría

de tus amigos ya están en ese camino. Pronto, la gente comenzará a cuestionar por qué tú no y pensarán que hay algo mal contigo.

Su padre se removió en su asiento, su mano derecha deslizándose hacia su cadera.

—Nos hemos preguntado si hay algún problema contigo, pero luego recordamos tu perfeccionismo y tu terquedad cuando se trata de pedir ayuda, especialmente financiera.

Jimin se sentía paralizado, incapaz de respirar o moverse, su mente bloqueada por el pánico. Una sospecha de lo que se avecinaba danzaba en los límites de su conciencia, pero estaba demasiado asustado para conectar los cabos.

En contraste con la creciente angustia de Jimin, sus padres mostraban una animación inusual, sus rostros iluminados por la expectativa.

—Por eso —prosiguió su padre, introduciendo la mano en el bolsillo de su saco, y sacó algo pequeño—, queremos darte esto.

Desplegó la mano, abriendo los dedos para revelar una pequeña caja de terciopelo. El miedo y el pánico se apoderaron de Jimin, borrando cualquier pensamiento coherente.

“ *No...* ”

Con su otra mano, su padre abrió la tapa, revelando un delicado anillo de diamantes, un anillo de compromiso.

—Queremos que uses este anillo para proponerle matrimonio a Anna.

Jimin miró a su padre en silencio absoluto. Aunque hubiera podido articular palabra, no habría sabido qué decir. Sentía como si sus entrañas se retorcían en un nudo. Un zumbido volvió a llenar sus oídos, un eco de la sensación que había experimentado justo después de regresar del futuro.

Pero no era solo shock y horror lo que sentía, también lo atravesaba un terror puro. Su padre no le había pedido que propusiera matrimonio a Anna, lo había ordenado hacerlo. Había una sutil amenaza en el tono de su padre, una advertencia velada de consecuencias si Jimin no obedecía.

Nunca había desobedecido a sus padres, siempre había sido demasiado temeroso para ir en contra de sus deseos, pero esto, esto no podía hacerlo. No podía proponerle matrimonio a Anna, no podía casarse con alguien por quien no sentía nada, no podía condenarse a una vida de infelicidad y fingir ser heterosexual.

No, era imposible.

—No tienes que preocuparte por devolvernos el dinero —dijo su madre, malinterpretando su aturrido silencio—. Considéralo un regalo.

Su padre le ofreció nuevamente el anillo y Jimin, en un acto reflejo, se levantó para tomarlo, apenas consciente de lo que hacía.

—Creo que subiré a... a pensar —tartamudeó Jimin, retrocediendo hacia el sofá lentamente, con aquella caja en manos. Recogió sus libros, la caja del anillo incómoda y pesada en el puño de su mano.

Sus padres asintieron con aprobación.

—Estoy segura de que lo pensarás bien, hasta cómo vas a proponerle matrimonio —dijo su madre, con un tono de emoción en su voz—. Querrás planearlo todo, yo te ayudaré.

Con un asentimiento ausente, Jimin escapó de la sala, subiendo las escaleras a toda prisa hasta su dormitorio, donde cerró la puerta con fuerza. Sus rodillas temblaban y casi perdió el equilibrio, sintiéndose al filo de derrumbarse. No podía creer que esto estuviera sucediendo.

Recorrió la habitación de un lado a otro, dejando caer la caja del anillo en el tocador como si le quemara la piel. Sentía que estaba al borde de una crisis nerviosa. Su respiración era rápida, entrecortada, su corazón latía con fuerza. Los pensamientos giraban en su mente como en un torbellino, su cabeza daba vueltas. Caminó sin cesar, tratando de contener la marea de emociones, luchando contra el pánico y el miedo que lo consumían.

Tenía planeado huir de allí, eso era innegable, pero lo que realmente lo aterrizzaba era quedar atrapado en este tiempo, o que su fuga se alargara una eternidad. Él y Taemin habían dedicado decenas de horas a la investigación, pero no habían hallado aún nada que le permitiera volver al futuro. ¿Cuánto podría posponer la propuesta antes de que sus padres comenzaran a sospechar? En el pasado, hubo momentos en los que sintió que estaban a punto de descubrir su verdad, pero nunca lo enfrentaron. Ahora, presentía que no habría escapatoria.

Con una desesperación que no podía contener, tiró de su corbata, girando frenéticamente cerca de la ventana antes de regresar al armario, siguiendo el camino de la angustia.

Volvió a jalar de la corbata con fuerza, y esta se desató, como si fuera un símbolo de su propia vida desmoronándose. Dejó caer las manos, derrotado, y se detuvo en medio de su andar, reprimiendo un grito de frustración que le quemaba el pecho.

No sabía qué hacer, se sentía completamente perdido.

Se lanzó hacia su escritorio frenético, agarrando una hoja de papel y su pluma con una desesperación palpable, y se desplomó en la silla para escribir, como si su vida dependiera de esas palabras.

Queridísimo Jungkook.

Estoy en una crisis y te necesito más que nunca, desearía tener tu consejo y tu abrazo para atravesar esta tormenta. Estoy perdido, Jungkook, completamente perdido sobre qué hacer.

Estoy pasando por una guerra interna, una desgarradora entre seguir lo que ansía mi alma, lo que sé que me dará felicidad, o cumplir con lo que mis padres y esta sociedad esperan de mí. Odio decepcionar a mis padres, odio decepcionar a cualquiera, pero hacerlo ahora significaría traicionarme a mí mismo.

Mis padres me han dado un anillo de compromiso, pidiéndome que proponga matrimonio a Anna. Estoy devastado, Jungkook, y el pánico me consume. No tengo ni idea de qué hacer.

Desesperadamente quiero regresar a tu tiempo, a tus brazos, y vivir el resto de mi vida contigo, pero si lo hago, estaré traicionando a mi familia y a Anna, ella espera esta propuesta, aunque entre nosotros no haya ni un rastro de amor.

Para ser absolutamente sincero, decepcionar a mis padres y a Anna no me preocupa tanto. Ahora que me estoy tranquilizando y reflexionando sobre esto, la mera idea de casarme con Anna, atándome a ella y a una identidad que no es la mía para siempre, me sumerge en una miseria tan profunda que disipa cualquier culpa. Mi verdadera preocupación es no poder regresar a tu tiempo, o que Taemin y yo tardemos demasiado en hallar el camino de vuelta. No sé cuánto tiempo más podré evitar esta propuesta antes de que mis padres me empiecen a cuestionar.

Acabo de darme cuenta, estoy apresurándome demasiado. He decidido que quiero regresar a tu tiempo, Jungkook. No puedo soportar seguir viviendo aquí, y solo empeorará. No deseo pasar el resto de mi vida ocultándome y siendo completamente infeliz solo por complacer a mis padres. Entiendo que volver aquí fue en gran parte por ellos, pero ahora veo que no valió la pena. No me siento en casa, estaba equivocado. Pertenezco a tu tiempo, no a este. Necesitaba regresar aquí para entenderlo, y de una manera extraña, me alegra haberlo hecho. Solo espero poder volver contigo antes de que mis padres empiecen a indagar sobre mi retraso en la propuesta.

No voy a rendirme en mi esfuerzo de regresar por ti, Jungkook. Tendré que hacer lo que sea necesario para esquivar esta propuesta y encontrar el camino de vuelta a ti. Intensificaré mis esfuerzos en la investigación. Quizás sea hora de buscar fuera de la biblioteca y pedir ayuda, siempre de forma discreta.

Me siento mucho más sereno ahora, así que voy a leer los libros que traje de la biblioteca y luego observar nuestras estrellas. No permitiré que mis padres me aten a una vida de

desdicha.

Pronto estaré de regreso en tus brazos, te lo prometo.

Siempre pienso en ti.

*Todo mi amor;
Tu Jimin.*



— Jimin...

Hoy, Rosé me dijo algo en lo qué pensar.

Tuve una pequeña crisis, un día largo y atareado en el trabajo, sumado a la nostalgia de extrañarte, eso se ha vuelto insoportable, y le confesé lo desesperado que estoy de pasar el resto de mi vida contigo. Ella, sin dudarlo, nos llamó almas gemelas.

Sabes bien que soy una persona lógica, ajena a supersticiones y fantasías, si alguien que no fueras tú me hubiera contado que vino del futuro, lo habría calificado como un loco. Para mí, el destino y la suerte siempre han sido sinónimos de superstición. Es reconfortante pensar que puedes prever la mala suerte, prepararte para esquivarla, pero resulta aún más consolador creer que existe alguien predestinado para ti, unido por un hilo rojo del destino que algún día te encontrará. Nunca creí en estas cosas, siempre las vi como tonterías irracionales que solo personas sin sentido común podrían seguir creyendo.

Y sin embargo...

Y sin importar qué creer...

¿Cómo podría yo aceptar que fue pura coincidencia que me detuvieras en la calle, justo frente a esa cafetería, entre tanta multitud? Me elegiste a mí, precisamente a mí, la única persona que creería en tu historia, que conocía a alguien capaz de ayudarte a regresar a tu tiempo, y que terminaría amándote tanto. ¿Cómo podría ser esto una mera casualidad?

Nunca me había considerado un creyente del destino o de las almas gemelas, pero ahora, todo tiene sentido. Sigo sin creer que abrir un paraguas en casa traiga mala suerte, pero en las coincidencias... ya no estoy tan seguro sobre ellas.

Mientras discutía esto con Rosé, ella se comportó de forma extraña. No sé si fue el tema de nuestra charla o si algo más la tenía distraída, pero su actitud era... inusual. Espero que no haya problemas en su trabajo, no podría soportar su angustia y enojo si sus proyectos terminaran mal, encima de todo lo que ya carga.

Dentro de unos días regreso a Canadá para celebrar la Navidad con mi familia. No veo la hora de reencontrarme con ellos. Anhele esas fiestas en familia, aunque tú deberías haber estado ahí conmigo. No encuentro palabras para describir cuánto desearía que vinieras a Coquitlam conmigo, para conocer a mi familia por primera vez, para compartir nuestra primera Navidad juntos.

Espero tengas una Navidad maravillosa. Estoy seguro de que estarás encantado de pasarlo ocasión con los tuyos.

Con todo mi amor,

Jungkook —

Con un suspiro lleno de nostalgia, Jungkook guardó el correo y cerró su cuenta. Al apagar su laptop, se recostó en su silla y reflexionó sobre lo que había escrito.

Si todo esto era cierto, el destino, y las almas gemelas, ¿qué habían hecho él y Jimin para merecer un trato tan injusto? ¿Por qué, siendo almas gemelas, solo habían sido un breve parpadeo en la vida del otro, un encuentro tan fugaz? ¿Por qué estaban destinados a encontrarse solo para ser separados de forma tan cruel? Si es que todo sucedía por una razón, y ahora era algo que a Jungkook le resultaba difícil negar, entonces, ¿cuál era la razón que impulsó a Jimin a irse? En el fondo, Jungkook sabía que esto podría significar que Jimin no era realmente su alma gemela, si es que todo esto era real. Le resultaba casi imposible creerlo.

Con la frustración reflejada en su rostro, Jungkook se frotó la frente y se pasó la mano por el pelo peinándolo hacia atrás. Se levantó buscando algo que lo distrajera de sus pensamientos. Podría pasar horas dándole vueltas a las posibles razones de la partida de

Jimin, pero sabía que no le serviría de nada. Nada podría consolarlo por la pérdida de la persona que amaba, la que había traído a su vida tanta felicidad después de años.

Con una última mirada a su laptop, se dirigió a su habitación para comenzar a empacar para su regreso a casa. Solo faltaban dos días para partir, pero el estado de ánimo en que se encontraba lo había hecho retrasar el empaque que normalmente habría iniciado días antes. La idea de planificar su ropa para los días en Coquitlam y tratar de meter tantas cosas como fuera posible dentro del límite del equipaje, le resultaba desalentadora en ese momento. No conseguía que le interesara lo suficiente para distraerse de sus pensamientos, pero ahora no le importaba qué hacer, siempre y cuando hiciera algo.

Esa noche terminó de empacar, aunque intentó meter varios otros artículos en el momento antes de su salida. El boleto de avión que había comprado para Jimin semanas atrás quedaría sin uso, ya que los padres de Rosé vendrían a Nueva York para pasar las fiestas con ella.

Ella lo despidió en un taxi hacia el aeropuerto, diciéndole que se relajara y tratara de olvidarse de Nueva York durante su estancia en Canadá. Jungkook omitió la insinuación de olvidar a Jimin, pero sabía que esa era una batalla perdida, no podía dejar de pensar en él más de lo que podía.



Su padre lo recibió en el aeropuerto. Al verlo, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, sintiéndose nuevamente como un niño. Tenía que darle la razón a Rosé en una cosa, necesitaba este tiempo con su familia, lejos de Nueva York. Alejarse de todas las presiones y recordatorios de la ciudad serían beneficiosos para él.

—¿Cómo estás? —preguntó su padre durante el trayecto desde el aeropuerto. Jungkook notó que su padre le había dado una inspección minuciosa al saludarlo. Sabía que buscaba señales de descuido, ropa colgando de un cuerpo demasiado delgado, ojeras pronunciadas, un tono de piel poco saludable. Hasta el momento, no había mostrado preocupación, así que Jungkook supuso que había superado al menos esa prueba.

Jungkook se encogió de hombros, evitando comprometerse, con la mirada fija en la carretera.

—Estoy bien.

Sintió cómo los ojos de su padre se detenían en él por un instante, antes de volver a la carretera.

—¿Se está haciendo más fácil?

Jungkook se tomó un momento antes de responder, evitando la negación automática que tenía en la punta de la lengua.

—Es más fácil de sobrellevar —dijo, recordando cómo podía casi olvidar el dolor cuando se hundía en su trabajo.

Su padre guardó silencio por un instante, procesando la respuesta mientras encendía el intermitente y giraba hacia la calle donde se encontraba la casa de los Jeon.

—Al menos ya has pasado lo peor —dijo con un suspiro, mientras detenía el coche en el camino de entrada.

Para Jungkook, no había una ‘ *etapa de lo peor* ’, todo seguía siendo una agonía sin fin y no veía cuándo podría cambiar eso. Se desplomó un poco al seguir a su padre hacia la casa, arrastrando su maleta. Por un lado, estaba ansioso por ver a su madre Younha, pero por otro, no quería más compasión o preocupación, sentía que no podría soportar más de eso.

Pronto se dio cuenta de que estaba equivocado. Su madre lo recibió con su abrazo habitual y un beso en la mejilla, y después de preguntarle por su vuelo, inmediatamente comenzó a hablar de sus planes para el Día de Navidad. Jungkook no pudo estar más agradecido por el cambio de tema.

—Estaba pensando que abriremos los regalos después del desayuno, como siempre, y luego podemos hacer una videollamada con Rosé y Jaden —explicó Younha con entusiasmo, mientras lo guiaba hacia la cocina donde ya estaba listo el café —creo que el año pasado, al dejar la videollamada para la noche, fue un error. Es mejor hacerlo por la mañana, antes del alcohol y la comida en exceso.

Jungkook sacó las tazas para el café de la alacena, aliviado de estar inmerso en tareas cotidianas y en una conversación que no lo sumergiera en la melancolía por Jimin mientras recibía palmaditas consoladoras en la espalda. Comprendía por qué su padre había sacado el tema y lo vigilaba de cerca, buscando signos de que quizás no estuviera manejando la situación tan bien como pretendía, pero su madre parecía tener un mejor entendimiento sobre cómo ayudarlo. Hablar del tema ayudaba, pero era agotador, y ahora, estando lejos de Nueva York para pasar la Navidad, lo que realmente necesitaba era un respiro de todo eso.

—También reduce la probabilidad de que Jaden se duerma después de cinco minutos —asintió Jungkook, colocando las tazas para que su madre sirviera el café—. ¿Cuál es el plan para la cena de Navidad?

La charla sobre la Navidad fluyó sin problema hacia cómo iba el trabajo. Después de una mención breve de la vida laboral de Jungkook, debatieron sobre las ventajas y desventajas

de varias tiendas para la última compra de alimentos antes de Navidad, y Jungkook aceptó acompañar a su madre de compras al día siguiente.

Todo estaba saliendo como Jungkook había esperado, hasta que subió a su antigua habitación para desempacar.

Por alguna razón, ver sus viejas pertenencias le trajo una ráfaga de dolor y soledad debido a la ausencia de su querido Jimin.

Él debería haber estado allí acompañándolo en ese momento. Habría conocido a su madre y a su padre por primera vez, ellos lo habrían adorado, y ahora, mientras desempacaba, Jungkook estaría nervioso preguntándose si realmente le agradaban. Casi podía escuchar su voz, casi veía su rostro, con las cejas fruncidas en un gesto de preocupación. Había sido ingenuo al pensar que en Coquitlam estaría libre de los recuerdos y los deseos melancólicos por Jimin.

Con un suspiro apenas audible, abrió su maleta y comenzó a desempacar su ropa en el tocador. Escapar del amor que sentía por Jimin necesitaría mucho más que un viaje lejos de Nueva York.



Jungkook regresó a Nueva York a finales de diciembre, con el corazón más ligero después de haber compartido días inolvidables con su familia. Había considerado quedarse en Canadá para celebrar el Año Nuevo, pero las insistentes llamadas de Rosé, junto con el entusiasmo de su propia familia para que disfrutara la fiesta anual organizada por uno de los compañeros de banda de Rosé, lo convencieron de regresar.

Desde el instante en que pisó el apartamento, Rosé no dejó de hablar, llenando el aire con historias de sus aventuras navideñas con sus padres. Jungkook agradeció su charla incesante, le proporcionaba un respiro de los pensamientos que había tenido durante el vuelo sobre el Año Nuevo y Jimin.

—¿Y cómo estuvo tu Navidad? —preguntó Rosé con un brillo en los ojos, aún radiante tras contar su tarde de patinaje sobre hielo.

Jungkook parpadeó, sorprendido por el cambio en la conversación.

—Oh... —respondió, buscando las palabras adecuadas—. Estuvo bien. Tranquila, pero fue un alivio alejarme de... todo esto.

Rosé lo miró con ojos llenos de preocupación, su entusiasmo anterior desvaneciéndose en un instante. Había pasado de ser el centro de atención a observarlo con una inquietud que no le permitía a Jungkook ocultar sus sentimientos.

—¿No te sentiste obligado a volver, verdad? Porque sé que insistí mucho en que vinieras, pero podrías haberte quedado con tu familia si no te apetecía la fiesta este año.

Jungkook negó con la cabeza, una sonrisa ligera suavizando sus facciones.

—Está bien. Hemos ido juntos a esta fiesta todos los años, no quiero romper la tradición —explicó, intentando tranquilizarla con su mirada.

Rosé sonrió de vuelta, levantando las cejas con un aire de superioridad juguetona.

—Bueno, necesito a alguien tan fabuloso como tú para acompañarme.

—Y alguien que te ayude con el outfit para la ocasión —replicó Jungkook, adoptando el mismo tono altivo, con una chispa de complicidad en sus ojos.

Ella juntó las manos con emoción.

—Ooh, ¡sí! —exclamó—. En realidad quería organizar lo de mi vestido hoy. Tenemos cena con mis padres más tarde, ¿te lo mencioné? —hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras intentaba recordar, antes de encogerse de hombros—. Ellos nos llevan a cenar esta noche a ambos, pero aún deberíamos tener tiempo de sobra para elegir el atuendo perfecto para mí

—tomó la mano de Jungkook del brazo y lo levantó de un tirón, guiándolo hacia su habitación—. Tengo estos zapatos nuevos tan lindos de Shelby y estaba pensando...

Jungkook observó a Rosé sacar docenas de pares de zapatos y montones de vestidos del armario, solo prestando atención a medias a su charla. Intentó concentrarse en los vestidos que le mostraba, pero le resultaba agotador.

La idea de la fiesta no le entusiasmaba en lo más mínimo. Su ánimo estaba tan bajo que apenas podía reunir la energía para planear un atuendo para su amiga, algo que normalmente disfrutaba. Ya había asistido a esta fiesta en varias ocasiones y sabía lo que podía esperar. No es que hubiera algo malo en ella, pero como era organizada por un amigo de Rosé, no conocía a la mayoría de los invitados. El año pasado no fue un problema porque llevó a Jaehyung consigo, pero este año sería solo él, Rosé y Jaden, convirtiéndose en el tercero en discordia, en una fiesta llena de desconocidos emocionados por el nuevo año, la promesa de un nuevo comienzo, el fluir del tiempo. La perspectiva no le entusiasmaba nada.

Con toda su concentración y la mayor parte de su energía, logró ayudar a Rosé a seleccionar su atuendo para la fiesta. Luego, tuvo apenas el tiempo suficiente para ducharse y cambiarse antes de que llegaran los padres de Rosé para la cena.

Saludó con calidez a Jongsun y Junmyeon Park. Siempre le habían caído bien, habiéndole brindado consejos y apoyo invaluable durante su adolescencia, unos segundos padres para él, tratándolo con la misma familiaridad, invitándolo a eventos como la cena de esa noche.

El restaurante que habían elegido era nuevo para él. La comida prometía y el ambiente era agradable, pero la experiencia quedó empañada por el comportamiento de uno de los camareros. Desde el momento en que posó sus ojos en Jungkook, comenzó a coquetear abiertamente, lo que le quitó las ganas de volver.

—Y, ¿puedo ofrecerle algo más? —preguntó el camarero a Jungkook, su voz descendiendo a un susurro conspirador, diferente del tono que había usado con los demás—. ¿Le puedo recomendar un vino?

Jungkook bajó los ojos al menú, evitando la mirada del camarero, sintiendo cómo el incómodo calor subía por su cuello.

—Solo tomaré agua, gracias —respondió con firmeza. Esa noche, el alcohol no era su refugio.

—No se diga más —replicó el camarero, su voz envolviéndolos en una burbuja de intimidad que solo existía en su imaginación. Jungkook, decidido, mantuvo la mirada fija en el menú, aunque la decisión sobre la comida ya estuviera decidida—. Enseguida vuelvo con sus pedidos.

El camarero se alejó, sus pasos perdiéndose en el murmullo del restaurante. Jungkook esperó unos segundos, asegurándose de estar libre de oídos curiosos, antes de levantar la mirada.

—Ay, Dios —gimió, al sentir todas las miradas de la mesa sobre él.

Jongsun, con un brillo de diversión en los ojos, miró hacia el camino del camarero.

—No está mal, ¿eh?

—No es mi tipo —respondió Jungkook sin pensarlo. El camarero era de su estatura, castaño y con un cuerpo más bien escultural. No es que fuera feo, pero no poseía ese cabello rubio con ondas que sólo se dejaban ver cuando estaban libres de gomina, esos ojos que al sol se volvían miel, ni esa sonrisa resplandeciente que encorvaba dulcemente sus ojos.

—Deberías sentirte halagado —dijo Rosé, ajustando su servilleta con un gesto brusco, como si quisiera ordenar también sus pensamientos.

—No encuentro que un camarero descarado con un cliente en un restaurante sea algo halagador —replicó Jungkook, su mirada vagando por el local para encontrarse con el guiño del camarero mientras traía sus bebidas, provocándole un escalofrío—. Es un poco depravado.

Rosé lo observó desde su lado, su mirada cargada de palabras no dichas. Jungkook mantenía los ojos fijos hacia adelante, sabiendo que ella quería recordarle cómo, hace un año, habría recibido esa atención con agrado. Pero esta noche, no quería abrir esa puerta a la discusión, no quería sumergirse en el abismo de la soledad que aún le recordaba a Jimin.

—Aquí tienen sus bebidas —anunció el camarero con una sonrisa mientras colocaba los vasos sobre la mesa, sus ojos buscando insistentemente los de Jungkook—. ¿Están listos para ordenar? —preguntó, sacando su libreta de pedidos y esperando con ansiosa expectación la respuesta de Jungkook.

Y Jungkook, atrapado entre las páginas de su menú, luchaba por evitar el contacto visual, cuando Jongsun carraspeó, desviando el foco de atención hacia él.

—Yo tomaré la lasaña de berenjena —declaró Jongsun con tranquilidad.

Uno a uno, los demás siguieron su ejemplo, ordenando sus platos, lo que le dio a Jungkook el respiro necesario para recomponerse y recordar su elección. Cuando el camarero volvió su mirada hacia él, Jungkook levantó la vista, forzó una sonrisa neutra y pronunció su pedido, ignorando por completo la sonrisa coqueta que le devolvía el camarero. Una vez que este se dirigió a la cocina, Junmyeon tomó la palabra, envolviendo a Rosé y Jongsun en una conversación animada, lo que permitió a Jungkook ordenar sus pensamientos.

Se sentía envuelto en una culpa densa. Aunque no había correspondido a los avances del camarero y a pesar de que su relación con Jimin ya era historia, cada gesto de interés ajeno le parecía una traición a lo que había sido suyo. La reciente ruptura le hacía ver esas atenciones como algo indebido, él aún sentía total amor y fidelidad por Jimin.

Pero, más allá de eso, este hombre no despertaba en él el menor interés. Todo en su interior gritaba ' *no es Jimin* ', y eso lo hacía irremediablemente poco atractivo. Era demasiado alto, demasiado musculoso, con ojos de un celeste grisáceo que no le llamaba en nada la atención en lugar del cálido marrón avellana de Jimin, y su voz no resonaba con la misma ternura. No era Jimin, y por eso, Jungkook no sentía ni una chispa de atracción.

—¿Realmente te está molestando? —preguntó Jongsun, una vez que la comida estuvo servida y el camarero había dejado la mesa después de lanzar más miradas y sonrisas cargadas de intención hacia Jungkook—. Puedo presentar una queja si quieres —ofreció, preocupada por el bienestar de su amigo.

Jungkook, mientras jugueteaba con su pollo usando el tenedor, dejó escapar un suspiro profundo.

—No, está bien —respondió con una sonrisa débil hacia Rosé y sus padres—. Me hace sentir un poco incómodo, pero puedo dejarlo pasar.

Ninguno parecía particularmente tranquilizado por la respuesta de Jungkook, quien, con su postura rígida y su evidente desinterés por la comida, no lograba convencerlos.

Decidió relajarse y cambiar de tema, habló del espectáculo que Rosé y el que sus padres habían presenciado recientemente. Su conflicto con el camarero no era tanto por el propio incidente, sino por su situación con Jimin, no quería que el camarero tuviera problemas con su jefe, a pesar de su comportamiento inapropiado hacia los clientes. En el fondo, lo que más quería era evitar cualquier tipo de conflicto.

La comida transcurrió sin más menciones del camarero inapropiado.

Una vez limpiados los platos y pagada la cuenta, el camarero les deseó una buena noche, y con un guiño, le entregó a Jungkook un trozo de papel antes de atender otra mesa. Mientras todos se abrigaban para salir, Jungkook desdobló el papel y puso los ojos en blanco al leer el garabateado ' *llámame* ' seguido de un número de celular.

—Tiró el papel en la basura al salir del restaurante, decidido a olvidar el encuentro.



Los días siguientes, la emoción de Rosé por la fiesta de Año Nuevo crecía a pasos agigantados. Salió a hacerse el cabello y las uñas, pasó horas debatiendo en voz alta sobre

su maquillaje, y convenció a Jungkook de ayudarla a elegir el outfit perfecto para Jaden. Sin embargo, mientras más se entusiasmaba Rosé, menos ganas tenía Jungkook de asistir. No estaba de humor para una noche de bebida y bailes, prefería la tranquilidad de su hogar y un descanso temprano.

La noche de Año Nuevo, Jungkook se preparó para la fiesta con apenas entusiasmo. Forzó una sonrisa para no decepcionar a Rosé, quien lo había convencido de regresar desde Canadá, pero en la soledad de su habitación, mientras alisaba su chaqueta, su sonrisa desapareció. Caminó hacia la sala con pasos pesados para esperar a Rosé. Mientras aguardaba, su mano se deslizó hacia el bolsillo de sus pantalones, encontrando el tacto frío del reloj de bolsillo de Jimin. Había dudado en llevarlo esa noche, pero finalmente decidió que no podía dejarlo atrás, hacerlo se sentía como una traición a sus recuerdos compartidos.

—¿Listo para salir?

Rosé entró en la habitación, cada taconeo resonando con autoridad sobre el suelo de madera. Su vestido la envolvía como una segunda piel, el cabello rizado y el maquillaje meticuloso la transformaban en una versión más madura de la chica que Jungkook recordaba de sus días en el coro de la preparatoria.

Jungkook, que hasta entonces había estado apoyado con aire despreocupado en el sofá, se irguió de inmediato.

—Wow, te ves hermosa —dijo con sinceridad, avanzando hacia ella con una mirada de admiración.

Rosé esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Espero que Jaden también lo piense —respondió, pasando las manos por su vestido y quitando una pelusa imaginaria.

—Lo hará sin duda —afirmó Jungkook, su voz cargada de certeza. Extendió su brazo, ofreciéndoselo con elegancia—. ¿Nos vamos entonces?

Rosé enlazó su brazo con el de él, y juntos salieron del apartamento, descendiendo hacia la promesa de la noche que los esperaba.

Cuando llegaron a la fiesta, Jaden los recibió con un rubor instantáneo, tartamudeando con lo encantadora que se veía Rosé.

Jungkook intentó ignorar la escena, luchando contra los celos que le corrían por dentro. Intentaba convencerse de que no era el fin del mundo no tener a nadie allí para colmarle de halagos y guiarlo al baile, pero cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Jimin, sus ojos relajados y sus labios entreabiertos como aquella noche en su cita en la azotea. Podía

escuchar la voz de Jimin en su oído, diciéndole que se veía hermoso, y el dolor lo atravesaba como una ola, inundando sus sentidos.

Trató de sumergirse en el ambiente festivo, bebió de los vasos que los camareros pasaban, probó los bocados artísticamente dispuestos, conversó con conocidos y se rió de sus chistes, aunque su corazón no estaba en ello. Después de horas de esfuerzo, se derrumbó en una silla junto a las mesas circulares, el cansancio y el dolor en sus pies y piernas haciéndolo sentir como si cada paso hubiera sido una batalla.

Sus ojos, ardientes y pesados, anhelaban el refugio de su cama. Observó a la multitud danzante desde su asiento, viendo cómo Rosé y Jaden se movían entre ellos, girando en una danza de alegría, sus expresiones y sonrisas un recordatorio viviente de la felicidad que él no compartía. " *Al menos ellos están disfrutando de la noche* ", pensó Jungkook con un suspiro.

Se hundió en un profundo aturdimiento, con la mirada perdida en la pista de baile, como si el bullicio a su alrededor no existiera. Permaneció así, inmóvil, hasta que el chirrido de una silla al ser arrastrada frente a él lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Jungkook! —exclamó una voz femenina, cargada de sorpresa y alegría—. ¡Qué sorpresa verte aquí! Rosé me había dicho que pasarías Año Nuevo en Canadá.

Jungkook parpadeó varias veces, como si necesitara un instante para regresar al presente. Frente a él estaba Jennie, con una sonrisa radiante que iluminaba su rostro. Él esbozó una sonrisa forzada, intentando ocultar el torbellino de emociones que lo embargaba.

—Hola, Jennie. ¿Estás disfrutando la fiesta? —preguntó, con un tono que pretendía ser casual.

Jennie, tambaleándose ligeramente en su silla por el efecto del alcohol, asintió con entusiasmo, sus ojos brillando de emoción.

—¡Claro que sí! ¡Estoy en la mejor fiesta de Año Nuevo de todo Nueva York! —dio un sorbo al vaso que sostenía, pero su expresión cambió al fijarse en él—. Aunque tú... no parece estar pasándola tan bien —añadió, frunciendo ligeramente el ceño. Miró a su alrededor, escudriñando las mesas cercanas con curiosidad—. ¿Y dónde está tu novio... Jimin, verdad?

El corazón de Jungkook dio un vuelco, apretándose con un dolor agudo que lo atravesó como una daga. Sin darse cuenta, su mano se cerró en un puño bajo la mesa, su respiración se volvió pesada. Jennie, ajena a su tormento, seguía buscando con la mirada, como si esperara que Jimin surgiera de repente de algún rincón.

Jungkook tragó saliva, luchando por mantener la compostura.

—No está aquí esta noche —respondió, su voz ronca, casi quebrada.

—¿Qué? —Jennie, demasiado ebria para notar el peso en sus palabras, lo miró con confusión—. ¿Y entonces dónde está?

—Tiene que pasar esta noche con su familia —explicó Jungkook, cada palabra un esfuerzo—. Es... una tradición para ellos.

—Oh... —Jennie lo observó por un momento, como si intentara procesar la información—. Bueno, qué pena, ¿no?

Jungkook asintió en silencio, su rostro tenso, preparándose para cualquier otra pregunta que pudiera surgir. Por suerte, el destino le concedió un respiro. Varias amigas de Jennie aparecieron de pronto, riendo y tirando de ella con entusiasmo para arrastrarla hacia la pista de baile.

—¡Feliz Año Nuevo, Jungkook! —gritó Jennie por encima del hombro, su voz apenas audible entre el ruido, mientras se perdía entre la multitud, dejándolo solo con sus pensamientos.

Aliviado, como si acabara de esquivar un peligro inminente, Jungkook sacó su reloj de bolsillo con manos temblorosas y comprobó la hora, faltaba poco menos de una hora para la medianoche. Se quedó inmóvil por un instante, sobrepensando sus opciones en silencio. ¿Se preocuparía Rosé si se marchaba antes de tiempo? ¿Realmente importaría? La idea de quedarse le pesaba más que cualquier posible reproche.

Decidido, se puso de pie con un movimiento firme y guardó el reloj en su bolsillo. No estaba disfrutando en lo más mínimo, nunca había querido asistir a esa fiesta, y salvo un fugaz vistazo al llegar, no había vuelto a cruzarse con Rosé ni con Jaden. No lo echarían de menos, se dijo, y esa certeza le dio el impulso necesario para moverse.

Se abrió paso entre la multitud, donde el bullicio de risas y el vaivén de cuerpos en distintos grados de ebriedad lo envolvían como un torbellino.

Alcanzó las puertas con alivio y salió al aire frío de la noche, bajando los escalones a paso rápido. Pasó junto a un par de personas que, apoyadas en la barandilla, buscaban un respiro del caos interior. Al llegar a la calle, una punzada de ansiedad lo invadió, ¿sería difícil conseguir un taxi en medio de esa locura? Por suerte, divisó uno a lo lejos, sus luces amarillas cortando la penumbra. Levantó la mano con urgencia, y cuando el vehículo se detuvo junto a la acera, soltó un suspiro de alivio.

El tráfico, como era de esperar, era un desastre. Jungkook tamborileaba la pierna con nerviosismo, sus ojos volviendo una y otra vez al reloj de bolsillo. Cada minuto que pasaba sentía que el tiempo se le escapaba. Quería, necesitaba estar en casa antes de la medianoche.

Había algo importante que debía hacer, algo que no podía esperar al amanecer de un nuevo día, de un nuevo año.

Faltaban cinco minutos para la medianoche cuando giró la llave en la cerradura de su apartamento. El salón lo recibió en penumbra, iluminado apenas por el resplandor tenue de los edificios vecinos que se filtraba a través de las ventanas.

Se quitó el abrigo con un movimiento rápido, dejándolo caer sobre el respaldo del sofá, y caminó hacia la ventana con pasos decididos. Se acomodó en la silla que tenían allí, dejando que su mirada se perdiera en el horizonte salpicado de luces, en la inmensidad de la ciudad que parecía contener el peso de sus pensamientos.

Entre la prisa de los preparativos y las interminables preguntas de Rosé sobre qué tono de sombra o labial le sentaba mejor, Jungkook no había tenido un momento para detenerse a mirar las estrellas esa noche. Le había prometido a Jimin que lo haría cada noche, un ritual que se había convertido en su cable a tierra, en lo único que lo mantenía cuerdo. No podía fallar, no esa noche. No quería que el nuevo año comenzara con una promesa rota, con el eco de un compromiso que no había cumplido.

El cielo se extendía casi despejado, un lienzo perfecto para los espectáculos de fuegos artificiales que pronto lo llenarían de vida.

Jungkook fijó la mirada en un rincón lejano, entre los edificios, donde un grupo de tres estrellas parpadeaba débilmente, como un susurro en la inmensidad de la noche. Estaba absorto en su brillo cuando un estruendo repentino atravesó la ciudad, seguido de una ráfaga de explosiones que rompieron el silencio.

Desvió la vista hacia un espacio más amplio del cielo, a su izquierda, y vio cómo los fuegos artificiales estallaban en una danza de colores vibrantes, rojos, dorados, azules. El 2026 había llegado sin que apenas se diera cuenta, deslizándose entre las grietas de sus pensamientos.

Mientras observaba los destellos iluminando el horizonte, tiñendo la oscuridad con tonos cálidos y vivos, una chispa de esperanza comenzó a crecer en su pecho, sutil pero innegable. No sabía de dónde venía ese optimismo inesperado, esa sensación de que, tal vez, este año sería diferente, más agradable.

¿Era intuición? ¿O simplemente un anhelo disfrazado de certeza? No lo sabía, pero esa esperanza, frágil y todo, le sacó una pequeña sonrisa. Siguió contemplando el espectáculo, dejando que los colores y las formas lo envolvieran, como si el cielo mismo le prometiera algo nuevo.

—Feliz Año Nuevo, Jimin —murmuró en voz baja, casi como un secreto, mientras otro fuego artificial estallaba en lo alto, derramando una lluvia de chispas doradas que parecían caer solo para él.



A la mañana siguiente, Rosé tardó una eternidad en desperezarse. Jungkook no tenía idea de a qué hora había llegado a casa, él se había ido a la cama apenas terminaron los fuegos artificiales, pero, a juzgar por sus movimientos lentos y los bostezos que apenas lograba reprimir, debía haber sido muy tarde. En cualquier otro día, a Jungkook no le habría importado cuánto tiempo le tomara levantarse o arreglarse, pero ese día era diferente. Los padres de Rosé, Junmyeon y Jongsun, venían a almorzar, y hasta ese momento, él había tenido que encargarse de casi todo, preparar la comida, ordenar el salón, asegurarse de que todo estuviera perfecto. Solo él, sin ayuda.

Acabó de colocar las servilletas sobre la mesa con un movimiento meticuloso y dejó escapar un suspiro profundo, casi resignado, al darse cuenta de que prácticamente todo estaba listo. Miró hacia el pasillo, esperando que Rosé apareciera de una vez, pero no había rastro de ella. Junmyeon y Jongsun llegarían en cualquier momento, y la ausencia de Rosé comenzaba a pesarle, como un recordatorio de que, incluso en los detalles más pequeños, seguía cargando con más de lo que debería.

—¡Rosé, date prisa de una vez! —gritó Jungkook hacia la habitación de su amiga, su voz teñida de impaciencia. Entró a la cocina para revisar las verduras que se doraban lentamente en el horno, el aroma cálido llenando el aire. Al escuchar pasos, se giró, esperando encontrarla lista, pero se detuvo en seco al verla.

Rosé estaba allí, de pie, con la ropa puesta y el maquillaje impecable, pero su cabello era siendo un caos de nudos y enredos. Jungkook abrió la boca para soltar un comentario mordaz, pero las palabras se le congelaron en la garganta al notar la expresión en el rostro de Rosé, una mezcla de nostalgia y algo más, algo que lo inquietó.

—Suenas como Jimin —dijo ella en voz baja, casi como si las palabras se le hubieran escapado sin querer.

Jungkook se quedó paralizado, la boca entreabierta, y luego la cerró de golpe, como si ese gesto pudiera contener el torbellino que acababa de desatarse en su interior.

Fue como si el suelo bajo sus pies se desvaneciera de repente, dejándolo caer en un abismo oscuro e infinito.

En ese instante, lo comprendió, lo sintió con una claridad devastadora, Jimin ya no estaba vivo. No en este tiempo, no en este mundo. Jimin había vivido su vida, había caminado por

la Tierra, y ahora, con mucha certeza se había ido, reducido a un eco, a una lápida en algún lugar, olvidado, una marca de piedra que apenas daba testimonio a su existencia. No estaba en otro rincón del universo, en otra dimensión, esperando ser encontrado. Había tenido su tiempo, y ese tiempo había terminado.

Escuchó a Rosé decir su nombre, su voz lejana, como si viniera de otro mundo. Desesperado, extendió una mano, buscando algo sólido, algo que lo anclara, que lo rescatara del vacío que lo engullía. Sus dedos temblaban, tanteando el aire, mientras su mente giraba en un torbellino de pensamientos. Podría ir. Podría ir y enfrentarse al lugar donde Jimin ahora descansaba. Podría torturarse a sí mismo, arrodillarse frente a su tumba y llorar desconsoladamente, dejar que el peso de la ausencia lo aplastara. Podría hacerlo. Podría.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que la mano de Rosé se posó en su brazo, cálida y leal, devolviéndolo al presente. Fue como si el abismo bajo sus pies se cerrara de golpe, dejándolo tembloroso, pero de pie.

—¿Jungkook? Lo siento, no debí haber dicho eso. No estaba pensando —Rosé lo miraba con ojos llenos de culpa, claramente arrepentida, como si quisiera borrar sus palabras.

Jungkook negó con la cabeza, aturdido, las lágrimas aún deslizándose por sus mejillas.

—Está bien. Supongo que yo... —parpadeó, mirando a su amiga, mientras el eco de la caída lo abandonaba lentamente, dejándolo vacío—. Yo... yo... creo que Jimin ya no está vivo. Nunca me permití realmente darme cuenta de eso hasta ahora —su voz se quebró, y con ella, algo dentro de él pareció romperse también, dejando al descubierto una verdad que había evadido durante demasiado tiempo.

El rostro de Rosé se suavizó, su frente arrugándose en una expresión cargada de tristeza y empatía. Frotó el brazo de Jungkook con delicadeza, como si quisiera reconfortarlo, y abrió la boca para decir algo, un destello de intensidad brillando en sus ojos. Pero luego la cerró, desviando la mirada, incapaz de sostener la de Jungkook.

Sus ojos se posaron en su propia mano, aún apoyada sobre el brazo de él, como si allí pudiera encontrar las palabras que no se atrevía a pronunciar.

Una chispa de curiosidad se encendió en el pecho de Jungkook, débil, casi imperceptible, pero fue sofocada al instante, como si no tuviera fuerza para arder. Sin embargo, Rosé levantó la vista de nuevo, y esa mirada extraña, cargada de secretos, seguía allí, como si estuviera guardando algo que podría cambiarlo todo.

—¿Rosé? —preguntó Jungkook, aún con sus ojos cristalizados, su voz teñida de intriga, mientras la curiosidad resurgía y se reflejaba en su rostro, mezclándose con la confusión.

Rosé se lamió los labios, nerviosa, y apartó la mirada otra vez. Retiró la mano del brazo de Jungkook y comenzó a jugar con sus uñas, sus dedos moviéndose inquietos.

—No sé qué significa —murmuró, su voz tan baja que Jungkook tuvo que inclinarse para captarla, como si temiera que las palabras se desvanecieran en el aire—. Puede que haya sacado conclusiones apresuradas el otro día.

Jungkook frunció el ceño, la confusión empujando su dolor hacia un rincón lejano, donde seguía ardiendo con un calor sordo, pero menos abrasador.

Rosé levantó los hombros en un encogimiento leve, casi tímido, sus ojos encontrándose con los de Jungkook por un instante fugaz antes de desviar la mirada otra vez.

—Yo... no quiero alimentar tus esperanzas ni... no quiero empeorar las cosas —dijo, su voz temblorosa, cargada de duda.

—¿Rosé, de qué hablas? —insistió Jungkook, su tono más firme, aunque la incertidumbre comenzaba a apretarle el pecho.

Los labios de Rosé se movieron en silencio, como si estuviera ensayando las palabras antes de dejarlas salir. Sus dedos se entrelazaban y se soltaban, nerviosos, mientras volvía a mirar a Jungkook.

Finalmente, su boca dejó de moverse, y sus manos cayeron a los costados, derrotadas. Parecía resignada, como si ya no pudiera seguir guardando el peso de lo que sabía.

—Cuando investigué sobre Jimin, cuando tú... cuando no creía que realmente fuera del pasado, encontré escaneos de viejos artículos de periódico. El diario tiene un archivo en línea con todas sus publicaciones —explicó, haciendo una pausa, sus manos balanceándose ligeramente a los costados, como si el movimiento pudiera ayudarla a encontrar valor.

Jungkook asintió con impaciencia, deseando que fuera al grano, su corazón latiendo con una mezcla de ansiedad y expectativa.

—Encontré artículos sobre Jimin de 1934. Había varios, publicados durante unos meses. Ellos... decían que había desaparecido —su voz se quebró ligeramente en la última palabra, como si el peso de esa revelación también la aplastara a ella.

Rosé tragó saliva con dificultad, el sonido apenas audible en el silencio tenso de la cocina.

—Al principio pensé que se debía a que había viajado en el tiempo —explicó, su voz temblorosa, como si temiera cada palabra que salía de su boca—. Pero luego me di cuenta de que, según lo que tú habías dicho, las fechas de los artículos no coincidían con el momento en que Jimin dejó su propia época.

El corazón de Jungkook latía desbocado, un bombeo frenético que resonaba en su pecho con tanta fuerza que le sorprendía que no se viera a través de su camisa. Cada latido era un recordatorio de la ansiedad que lo consumía.

—¿De cuándo eran? —preguntó, su voz cargada de urgencia, casi quebrándose.

—El primero era de diciembre. Los demás, de principios del año siguiente —respondió Rosé, sus palabras cayendo como piedras en el silencio.

—¿Diciembre de 1934? —insistió Jungkook, aferrándose a la esperanza de que las fechas tuvieran algún sentido.

Rosé asintió, sus ojos esquivando los de él por un instante antes de volver a mirarlo.

—Pensé... el otro día, cuando dije esas cosas sobre almas gemelas, pensé que tal vez los artículos significaban que Jimin había regresado, que iba a volver a este tiempo, contigo —su voz se suavizó, cargada de una mezcla de culpa y esperanza.

Jungkook la miró fijamente, sin palabras, atrapado entre el asombro y la incredulidad. Su corazón dio un salto, latiendo con una chispa de esperanza al imaginar que eso pudiera ser cierto, que Jimin se hubiera dado cuenta de que su vida era mejor en el siglo veintiuno, y hubiera decidido regresar. Pero esa chispa se apagó casi al instante, reemplazada por una sombra oscura cuando otra posibilidad cruzó su mente como un relámpago.

—¿Y si esos artículos, sean por que el viaje en el tiempo falló? —dijo, su voz temblorosa, cada palabra cargada de miedo—. ¿Y si Jimin nunca logró volver a su propia época? —su estómago se contrajo, un nudo apretado de terror que amenazaba con asfixiarlo.

—Yo... —por un momento, Rosé también pareció presa del pánico, sus ojos abiertos de par en par, reflejando el mismo miedo que lo consumía a él. Pero luego, como si intentara aferrarse a algo, el temor en su mirada se atenuó ligeramente—. Pero no, las fechas no coinciden. No tardarían tanto en reportarlo como desaparecido en los periódicos —dijo, tratando de sonar convincente, aunque su voz seguía temblando.

Jungkook se relajó apenas un instante, un respiro fugaz, pero la tensión volvió a apoderarse de él, más fuerte que antes.

—No sabemos cómo funciona el viaje en el tiempo —replicó, su voz cargada de frustración y desesperación—. No sabemos si el tiempo se detuvo para Jimin mientras estuvo en el futuro y si regresó sin que hubiera pasado el tiempo, o qué —cada palabra era un intento de encontrar lógica, pero también un recordatorio de lo poco que entendían, de lo frágiles que eran sus esperanzas.

El rostro de Rosé se desmoronó otra vez, sus hombros cayendo como si el peso de la incertidumbre la aplastara. Parecía perdida, sin respuestas, atrapada en el mismo torbellino de dudas que él. Permanecieron en silencio durante un largo minuto, el aire entre ellos cargado de tensión. El estómago de Jungkook se revolvía, un torbellino de miedo nauseabundo y preocupación que lo consumía, hasta que Rosé finalmente rompió el silencio, su voz vacilante, como si temiera lo que vendría después.

—¿Quieres leer los artículos? —preguntó Rosé con cautela, su voz apenas un susurro, cargada de una delicadeza que parecía temer romper el frágil equilibrio entre ellos.

Jungkook negó con la cabeza, un movimiento rápido y tajante, como si quisiera alejar esa posibilidad de su mente.

—No... no, no quiero... —se detuvo, su respiración entrecortada, superficial, atrapada en su pecho. Una pregunta lo carcomía por dentro, una duda punzante que lo atormentaba, pero el miedo a la respuesta lo paralizaba. Miró a Rosé, sus ojos llenos de temor, mientras su mente libraba una batalla silenciosa. Sabía que esa pregunta lo perseguiría, que no lo dejaría en paz hasta que la enfrentara. Tenía que preguntar.

—¿E-en qué concluyó finalmente sobre lo que le pasó? —dijo, su voz temblorosa, casi un murmullo, como si temiera que las palabras lo traicionaran.

Rosé lo observó por un instante, sus ojos estudiando la tensión en su rostro, la palidez que lo envolvía, la vulnerabilidad que emanaba de él.

—Abandonaron la búsqueda en marzo —respondió, su tono cuidadoso, casi medido, como si cada palabra fuera un paso en un campo minado—. Dijeron que debía haber huido de casa, que probablemente asumió una nueva identidad y cortó todo contacto con quienes conocía —hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran, pesadas, en el aire.

Jungkook cerró los ojos, dejando que la revelación lo atravesara, que se hundiera en su mente como un eco doloroso. Jimin había huido de todos y de todo lo que conocía, o había enfrentado un problema grave al intentar regresar a su propia época, o tal vez, solo tal vez, iba a volver a este tiempo.

Recordó la chispa de esperanza que había sentido la noche anterior, mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo, y aunque nunca había creído mucho en premoniciones, en ese momento rezó en silencio, aferrándose a la posibilidad de que esa esperanza tuviera algo que ver con Jimin.



—Sé que me resigné a esto al volver aquí, pero no puedo pasar el resto de mi vida fingiendo ser alguien que no soy. No puedo, Taemin. —Jimin hundió la cabeza entre las manos, sus dedos apretándose contra su cabello, y cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo le ardían por otra noche sin dormir, otra noche de tormento y preguntas sin respuesta.

—No —dijo Taemin con firmeza, su voz cortando el aire como un ancla, inquebrantable, decidida—. No, no te vas a casar con Anna —Jimin escuchó el leve sonido de la taza de café de Taemin al ser levantada y luego devuelta a la mesa, un gesto cotidiano que contrastaba con la intensidad del momento—. Vas a posponer esa propuesta todo lo que puedas. Dile a tus padres cualquier cosa, lo que sea, para ganar tiempo. Mientras tanto, vamos a hacer todo lo posible para descubrir cómo devolvarte con Jungkook. Yo también empezaré a llevar libros a casa por las noches. Podemos hacerlo, Jimin, tenemos que hacerlo —su tono era una mezcla de determinación y urgencia, como si cada palabra fuera un paso hacia la solución, hacia la esperanza.

Jimin levantó la cabeza, entrecerrando los ojos ante la luz brillante del sol invernal que se filtraba por las ventanas del pequeño café donde estaban sentados. La claridad era casi

cegadora, un contraste cruel con la tormenta que lo consumía por dentro. Logró esbozar una sonrisa pequeña y tensa hacia Taemin, un gesto que apenas alcanzaba a ocultar el torbellino de emociones que lo atravesaba.

Era la mañana después de que sus padres le soltaran la bomba de la propuesta de matrimonio, una noticia que había caído sobre él como un mazazo. Él y Taemin habían quedado en encontrarse en la biblioteca como habían planeado, pero tras un solo vistazo al rostro pálido y desencajado de Jimin, Taemin lo había arrastrado hasta un café cercano.

Necesitaban hablar, necesitaban cafeína, necesitaban algo que los centrara en medio del caos. Mientras le contaba a Taemin lo sucedido la noche anterior, Jimin había sentido cómo el pánico volvía a apoderarse de él, trepando por su pecho como una enredadera venenosa. Pero ese miedo, tan agudo y punzante, se desvaneció rápidamente, reemplazado por un agotamiento profundo, un cansancio que iba más allá de lo físico. Estaba agotado de luchar, de tratar de ser él mismo en un mundo que parecía decidido a moldearlo en algo que no era.

Tras otro día incansable buscando respuestas en la biblioteca, Jimin regresó a casa, cargado con tantos libros como sus brazos podían soportar, pero también con el peso aplastante de la desesperación que lo había estado persiguiendo desde la noche anterior.

Abrió la puerta de la casa con un movimiento cansado y fue recibido por la risa falsa y estridente de su madre, un sonido que lo hizo estremecer. Soltó un gemido bajo, cerrando la puerta con el hombro, el golpe seco resonando en el silencio.

Esa risa solo podía significar una cosa, su madre tenía a una de sus amigas de visita para cenar, amigas que pasarían toda la noche haciéndole preguntas interminables, preguntas que, sin duda, girarían en torno a la propuesta de matrimonio que su madre, con toda seguridad, ya les habría mencionado.

Cruzó la entrada de puntillas, moviéndose con sigilo, cada paso, un intento de pasar desapercibido. Subió las escaleras con cuidado, evitando hacer ruido, y dejó los libros sobre su escritorio con un suspiro pesado. Sabía que no podía quedarse escondido en su habitación, no importaba cuánto lo deseara. Lo último que quería era que alguien le preguntara qué estaba investigando, que intentara meterse en el torbellino de su mente. De mala gana, bajó al salón, donde la voz de su madre seguía resonando, animada y exagerada.

Pero al llegar al umbral, se detuvo en seco, paralizado, como si el suelo bajo sus pies hubiera desaparecido. Miró horrorizado, sintiendo como si todas sus entrañas se hubieran desplomado al vacío.

Anna estaba sentada en la sala, junto a sus padres, charlando como si nada.

Los músculos de sus piernas se tensaron, listos para girar y salir corriendo, para huir de esa escena que lo asfixiaba. Su corazón latía con fuerza, un bombeo frenético que resonaba en sus oídos. Pero antes de que pudiera moverse, antes de que pudiera escapar, su padre levantó la vista y lo vio, sus ojos clavándose en él como un ancla que lo atrapaba en el lugar.

—Ah, Jimin —dijo su padre, sonriéndole con una calidez que contrastaba con el torbellino de emociones que lo consumía—. Te estábamos esperando. Tu madre y yo invitamos a Anna a cenar. Pensamos que sería agradable pasar un rato todos juntos —su tono era ligero, casi despreocupado, como si no tuviera idea del peso que esas palabras cargaban para él.

Jimin forzó una sonrisa cortés, un gesto mecánico que apenas lograba ocultar el miedo que le atenazaba la garganta, impidiéndole hablar.

Anna, desde su lugar en el sofá, le dedicaba una sonrisa radiante, completamente ajena a la incomodidad que lo envolvía. Él se acercó con pasos rígidos y se sentó lo más lejos posible de ella, su cuerpo tenso, como si cada centímetro de distancia fuera un intento de protegerse.

—El baile es en unas semanas, Jimin. Necesitas decirme exactamente qué vas a ponerte para no desentonar con mi vestido —dijo Anna, su voz cargada de entusiasmo, sin notar la incomodidad que emanaba de él, la rigidez de su postura, la tensión en su rostro.

—Oh... —murmuró Jimin, esquivando las miradas de todos en la sala, sus ojos fijos en algún punto indefinido del suelo—. Todavía no he decidido qué voy a usar —su voz era baja, casi apagada, un eco de la lucha interna que libraba.

Un silencio incómodo se instaló en la sala, pesado, como si todos esperaran algo más de él. La señora Park lo rompió antes de que se prolongara demasiado, su tono animado, casi forzado.

—¡Eso no importa! Tienes tiempo de sobra para decirle a Anna qué vas a ponerte. Y no te preocupes, querida —añadió, dirigiendo su mirada hacia Anna con una sonrisa complaciente—. Si el atuendo de Jimin no combina con tu vestido, nos aseguraremos de encontrar algo que lo haga. Queremos que destagues en este baile tanto como sea posible —sus palabras eran una promesa, pero para Jimin sonaban como una sentencia.

Reprimiendo el impulso de gemir o poner los ojos en blanco, Jimin desconectó de la conversación mientras su madre y Anna se enfrascaban en una charla entusiasta sobre vestidos, colores y el baile.

A él le interesaba la moda, adoraba escuchar a Jungkook compartiendo con Rosé hablar sobre ropa durante horas, perdiéndose en los detalles, en las texturas, en la combinación de

cada prenda. Pero la manera en que su madre y Anna lo abordaban era diferente, superficial, vacía. Para ellas, la ropa no era más que una herramienta para atraer miradas, para destacar, para ser el centro de atención. Y eso lo dejaba aburrido, irritado, atrapado en un mundo que no sentía suyo.

La cena fue igual de insoportable, un tormento lento y prolongado. La mesa había sido dispuesta de manera deliberada, con Jimin sentado junto a Anna, como si cada detalle estuviera diseñado para recordarle la presión que pesaba sobre él.

Anna apenas dejó de hablar durante toda la comida, su voz llenando el aire, mientras él apenas tocaba su plato. Cada vez que su madre o su padre encontraban un hueco para intervenir, lo arrastraban a la conversación, ignorando su deseo de quedarse en silencio, de desaparecer.

Cuando la cena terminó, Jimin aguardó con una chispa de esperanza el anuncio de la partida de Anna, pero esa esperanza se desvaneció rápidamente. Su madre, con una sonrisa que no admitía discusión, lo animó a él y a Anna a pasar al salón mientras ella y su padre recogían la mesa y preparaban café para todos. La mirada significativa que su padre le lanzó cuando Jimin hizo ademán de salir del comedor, cargada de expectativas y advertencias, le revolvió el estómago, llenándolo de náuseas que lo acompañaron como un eco persistente.

Anna habló sin parar durante todo el tiempo que estuvieron solos en el salón, su voz llenando el aire con un entusiasmo que Jimin apenas registraba. No escuchó ni una palabra de lo que decía, su mente estaba atrapada en el eco de la mirada que su padre le había lanzado antes, una mirada cargada de expectativas y advertencias.

Era evidente, dolorosamente evidente, que sus padres habían invitado a Anna esa noche con un propósito claro, darle la oportunidad de proponerle matrimonio. La idea lo asfixiaba, y se preguntó, con un nudo en el pecho, cuán enfadados estarían si no lo hacía, si les daba la excusa de que necesitaba más tiempo para prepararse. Pero incluso esa excusa parecía frágil, como un hilo a punto de romperse.

Pasó un largo tiempo, o al menos a Jimin le pareció una eternidad, cada minuto estirándose como una tortura silenciosa, antes de que sus padres finalmente volvieran a unirse a ellos. Su madre entró al salón con una sonrisa ansiosa, sus ojos brillando con una anticipación que lo hizo estremecer. Tanto ella como su esposo miraron hacia donde Anna y Jimin estaban sentados, cada uno en un extremo opuesto del sofá, como si la distancia física entre ellos reflejara el abismo que los separaba. Sus rostros se ensombrecieron al notar esa separación, la decepción dibujándose en sus expresiones.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó la señora Park, llevando una bandeja con café hasta la mesa ratona. Su tono era ligero, pero su mirada osciló entre ambos, deteniéndose en Jimin, escrutadora, como si intentara descifrarlo.

Anna le dedicó una sonrisa radiante, ajena a la tensión que flotaba en el aire.

—Todo está perfecto, señora Park —respondió con entusiasmo, su voz llena de energía—. Gracias otra vez por invitarme a cenar.

El reloj sobre la chimenea marcó las ocho en punto, el sonido resonando como un recordatorio del paso del tiempo. Anna lo miró, y su sonrisa se tornó apenada.

—Vaya, ¿ya es tan tarde? Será mejor que me vaya, mi madre me está esperando.

—Yo te llevaré a casa —se ofreció el señor Park, dirigiéndose hacia la puerta con paso decidido.

Jimin permaneció en silencio, inmóvil, mientras Anna agradecía nuevamente a su madre y se despedía con una calidez que él no podía corresponder. Asintió y sonrió de manera forzada, un gesto mecánico, cuando ella se despidió de él, recordándole con un tono ligero que le avisara sobre su atuendo para el baile.

Cuando Anna finalmente se fue, el alivio que esperaba sentir no llegó. En cambio, se preparó para lo inevitable, para que su madre comenzara a presionarlo sobre la propuesta, a llenarlo de reproches. Pero ella simplemente continuó sirviendo el café en silencio, sus movimientos precisos, casi mecánicos. No lo miró cuando le entregó una taza, y ese gesto, esa ausencia de contacto visual, lo golpeó como una advertencia silenciosa, un presagio de lo que vendría.

En el momento en que su padre regresó de llevar a Anna a casa, la tormenta estalló.

—No le propusiste matrimonio —dijo su padre, su voz cortante, la molestia evidente en cada palabra, como un filo que cortaba el aire.

Jimin dejó su café, apenas tocado, sobre la mesa, el sonido de la taza contra la madera resonando en el silencio.

—Yo... no —su voz era apenas un susurro, temblorosa. Sus padres intercambiaron una mirada, un intercambio silencioso que lo llenó de nervios, un nudo apretado formándose en su estómago, retorciéndose con fuerza, haciéndolo sentir enfermo—. No se... —intentó continuar, pero las palabras se le atascaron, atrapadas en el miedo que lo consumía.

—Sabes que tu madre y yo invitamos a Anna a propósito, y luego los dejamos solos para que pudieras proponerle matrimonio —interrumpió su padre. Sus ojos eran como hielo, duros y penetrantes.

Las manos de Jimin comenzaron a temblar, traicionando su nerviosismo.

—No se sintió como el momento adecuado —respondió, su voz carente de convicción.

Sus padres lo observaron con una intensidad que lo hizo sentir como si estuviera bajo un microscopio.

Jimin tragó saliva, intentando calmar sus nervios.

—Quiero que sea especial. Es un gran momento —dijo, buscando comprensión en sus miradas.

Esperó, casi temblando, alguna explosión de ira o una sugerencia amenazante de que sacara a Anna al día siguiente para proponerle matrimonio, pero, tras un intercambio de miradas entre sí, sus padres dejaron caer el tema como una hoja al viento.

—Por supuesto —dijo su madre, tomando un sorbo de su taza, con una calma que contrastaba con el caos interno de Jimin—. Solo no tardes demasiado en pedírselo.

Y con eso, la conversación viró hacia temas más livianos, como el chisme sobre uno de sus vecinos, proporcionando un alivio momentáneo.

Tan pronto como pudo, Jimin escapó escaleras arriba hacia la seguridad de su habitación. Sentado frenéticamente en su escritorio, abrió uno de los libros de la biblioteca, sumergiéndose en las palabras con una desesperación casi palpable.

Continuó leyendo incluso cuando sus ojos se sentían como arena, ardían con cada parpadeo, y el mundo exterior se desvanecía mientras sus padres subían a acostarse, sumiendo la casa en el silencio profundo de la medianoche. Pasaba de un libro a otro sin detenerse, como si su vida dependiera de ello.

Cuando la letra comenzó a bailar ante sus ojos, ralentizó su ritmo, forzándose a mantener la concentración. Luchaba contra el sueño que amenazaba con derribarlo, con cada página que pasaba, con cada línea que leía, su determinación se endurecía. Quería terminar esos libros esa noche, el tiempo se le escapaba entre las manos más rápido de lo que había esperado.

No se dio cuenta de inmediato cuando encontró lo que buscaba. Había estado leyendo durante horas, y estaba tan agotado que pasaron varios minutos antes de que las palabras que había leído calaran en su mente. Con un movimiento frenético, acercó el libro aún más, sus manos recorriendo las páginas con urgencia, buscando, releyendo, hasta encontrar esa frase, ese pasaje que podría ser la respuesta que había estado buscando.

Eran tan solo un par de párrafos dedicados a un grupo de personas que creían en la magia, reuniéndose una vez al mes para practicarla. Con el corazón golpeando en su pecho y una claridad súbita que lo hizo sentir completamente despierto, Jimin regresó hasta la primera

página del libro para comprobar la fecha de publicación, el libro tenía apenas un par de años, había una alta probabilidad de que ese grupo aún existiera.

Dejando que el libro se abriera nuevamente en la página clave, Jimin se recostó en su silla, invadido por una emoción que no había sentido desde su regreso a este tiempo. Solo lamentaba que fuera tan tarde, de lo contrario, habría corrido a contarle a Taemin la buena noticia.

Volvió a leer esos párrafos milagrosos, cada palabra resonando con promesa.

—Finalmente —murmuró, su voz teñida de alivio y expectativa.

Aún con una sonrisa que iluminaba su rostro, se preparó para irse a la cama, sus ojos fijos en el tapiz de estrellas que decoraba el cielo nocturno.

—Voy a volver, Jungkook —dijo, sintiendo cómo la esperanza se expandía en su pecho como un globo llenándose de aire—. Volveré a casa.



—¡Lo encontré! —exclamó Jimin sin aliento, frenando en seco junto a Taemin, justo afuera de la biblioteca.

Taemin lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú... qué?

—Lo que hemos estado buscando —respondió Jimin, agitado, todavía tratando de recuperar el aliento—. Encontré un grupo de personas que practican magia en la ciudad.

El rostro de Taemin se iluminó con una sonrisa de puro entusiasmo.

—¡Eso es increíble! —dijo, y la tensión en su mirada se desvaneció—. ¿Dónde lo descubriste? ¿Fue en uno de los libros?

Jimin bajó la vista hacia los volúmenes apretados contra su pecho y asintió.

—Solo era un pequeño pasaje, pero es un punto de partida. Tenemos que averiguar más, dónde se reúnen y cómo podemos contactarlos.

Taemin echó un vistazo a su reloj y señaló con la cabeza hacia las puertas de la biblioteca. Mientras avanzaban hacia ellas, preguntó:

—¿Crees que sea buena idea reducir la búsqueda? Quizá podríamos preguntarle a un bibliotecario. No creo que haga demasiadas preguntas.

—No —negó Jimin con firmeza—. Ya no más libros. Es hora de dejar la teoría y empezar a hablar con la gente. Conseguiremos respuestas mucho más útiles que las que podamos encontrar en textos viejos.

Había tomado esta decisión mientras iba caminando esa mañana. Ya habían aprendido todo lo que podían de los libros, seguir encerrados en la biblioteca solo los retrasaría. La investigación había sido lenta, frustrante, y anoche... anoche había sido un llamado de advertencia demasiado peligroso.

El tiempo se le estaba escapando mucho más rápido de lo que había imaginado. No podría seguir inventando excusas para sus padres por mucho más tiempo.

—¿No es demasiado arriesgado? ¿Qué pasa si empiezan a hacer demasiadas preguntas? —dijo, mirando al bibliotecario sentado en el escritorio cercano y bajando la voz—. No puedes decirle a la gente que buscas información sobre viajes en el tiempo, pensarán que perteneces a un manicomio.

—Lo he pensado —respondió Jimin, ajustando su agarre sobre los libros mientras sus brazos comenzaban a doler—. Ahora que tenemos algo concreto sobre lo que basarnos, no haremos preguntas tan vagas. Dudo que eso despierte demasiada sospecha o curiosidad, y mucho menos si preguntamos en los lugares adecuados.

—¿Y cuáles son esos lugares adecuados? —inquirió Taemin, consultando nuevamente su reloj y acercándose al escritorio para devolver sus libros.

—Aún no lo sé —admitió Jimin—. Hoy voy a salir y tratar de descubrirlo.

En cuanto Taemin devolvió sus libros, tuvo que salir disparado para irse al trabajo, dejando a Jimin a deambular lentamente fuera de la biblioteca y por la calle, tratando de decidir cuál sería el mejor lugar para comenzar su búsqueda. Nunca había oído hablar de zonas en la ciudad de donde surgieran rumores de magia o de lo sobrenatural, y con del tamaño de Nueva York, deambular sin rumbo esperando tropezar por accidente con algo relevante no era práctico.

Sin tener idea de hacia dónde dirigirse, Jimin se apartó para quedar fuera del camino de los demás peatones y se apoyó contra la pared de una pequeña tienda de ropa, sumido en sus pensamientos.

No tenía la menor pista sobre por dónde empezar a buscar, pero tampoco podía acercarse a desconocidos a pedir ayuda, no cuando se trataba de algo así.

Sintiendo los primeros pinchazos de frustración, se frotó la frente con la mano, esperando que ese gesto despertara alguna idea en su mente.

Nada. No tenía nada.

Dándose cuenta de que era mejor caminar que quedarse al margen intentando pensar en una respuesta que no llegaría, volvió a ponerse en marcha por la calle, prestando mucha más atención a su entorno de lo que solía hacer.

Mientras caminaba, seguía pensando, pero ninguna chispa de inspiración se presentaba, por lo que hizo lo posible por encontrar algún lugar donde obtener las respuestas que necesitaba.

Eligió callejones en lugar de las avenidas principales, se empeñó en transitar únicamente por calles desconocidas y se mantuvo alejado de las zonas más transitadas de la ciudad. Aún se basaba en la esperanza de que, en algún lugar antiguo y de aspecto místico, encontraría la información. En otras palabras, estaba aún más perdido que cuando empezaron a investigar en la biblioteca, pero ahora podía oír el *tic-tac* del reloj marcando el tiempo que le quedaba antes de verse forzado a vivir una vida que no deseaba.

Dejándose llevar por el pánico, pasó de largo por la librería sin notarla. Había cruzado frente a una tienda de ropa y una agencia de noticias antes de darse cuenta de lo que acababa de dejar pasar.

Deteniéndose de improviso y provocando que una mujer, que casi chocara contra él, murmurara entre dientes, Jimin se dio la vuelta y regresó apresuradamente por donde había venido, deteniéndose frente a una pequeña librería en la que se exhibían en la pesados libros de tapa dura.

No había nada místico ni sobrenatural en el lugar, nada que gritara “ *magia* ”, pero algo en esa pequeña tienda le resultaba prometedor. Sabía que había muchas posibilidades de que se tratara de un callejón sin salida, y era consciente de que, probablemente, la desesperación era lo que lo atraía hacia allí, pero no podía dejar pasarlo.

En lugar de anotar la ubicación de la librería y continuar su búsqueda, entró en la tienda, haciendo sonar una diminuta campana al empujar la puerta de madera pintada de verde.

La tienda era tan pequeña como parecía desde el exterior. Estantes repletos de libros cubrían las paredes y otros independientes dividían el suelo en estrechos pasillos. Los libros a la venta eran casi todos de segunda mano, con las páginas amarillentas y los lomos arrugados y agrietados. Jimin examinó algunos de los estantes más cercanos y descubrió que abarcaban toda una variedad de géneros, desde novelas policíacas de ficción hasta libros sobre jardinería. No parecían estar organizados en ningún orden real, exhibidos en un revoltijo de autores y géneros. El polvo se arremolinaba en el aire y se adhería a las portadas de los libros en la vitrina. En el fondo de la tienda, pudo distinguir un mostrador con una caja registradora. Se dirigió hacia él.

Un hombre de mediana edad, con camisa de mangas cortas y sin sombrero sobre su cabello canoso, estaba sentado en un taburete detrás del mostrador.

Estaba absorto en algo sobre la superficie y no parecía notar la presencia de Jimin. Cuando éste se acercó, vio que el hombre estaba, en realidad, doblando las páginas del periódico de ayer en diversas formas, dejando que bajo sus manos se delinearan figuras de animales y flores. Tenía a su lado una pequeña colección de sus creaciones terminadas, cisnes, rosas y perros, agrupados en un pequeño cúmulo junto a su codo.

Jimin se detuvo a unos metros del mostrador y observó cómo el hombre terminaba de doblar otra página, apartándola para transformarla en una pequeña flor similar a una margarita. Quedó allí, fascinado, durante varios minutos, hasta que se le olvidó por completo el motivo por el que había entrado en la librería. Entonces, el hombre habló, haciendo que Jimin se sobresaltara al salir de su trance.

—Estás buscando algo más que libros —afirmó, sin levantar la vista del pequeño animal que estaba formando, el hombre habló con voz baja, pero que se hacía notar claramente donde Jimin se encontraba, entre dos filas de estanterías.

—Yo... —Jimin tartamudeó, mientras las preguntas que había ensayado en el camino hacia la biblioteca se desvanecían de su mente. Empezaba a lamentar no haber esperado a que Taemin lo acompañara antes de empezar a pedir información. Lo que no ayudaba era que la manera y las palabras que usaba el hombre resultaban inquietantes.

—No, no —finalmente logró tartamudear Jimin, con la esperanza de que el hombre no estuviera a punto de exigirle que abandonara la tienda si no tenía intención de comprar algo.

El hombre permaneció en silencio, terminando el pájaro que estaba haciendo y colocándolo junto a los demás. Tomó otra hoja de periódico.

—No eres la primera persona en venir aquí en busca de información, y estoy seguro de que no serás la última —dijo, sin levantar la vista hacia Jimin.

Jimin se movió nerviosamente. No quería soltar todas sus preguntas de una vez, pero el tono de la última declaración del hombre no le inspiraba confianza, ¿y si suponía que Jimin quería saber sobre otra cosa, como alguna pandilla criminal o algo similar?

—Es... estoy haciendo una investigación para la universidad —le dijo Jimin, intentando imitar la fluidez con la que Jungkook había hablado con el dueño de la cafetería para conseguir las respuestas a sus preguntas hace meses—. Me preguntaba si podría ayudarme respondiendo algunas preguntas.

No sonaba ni de lejos tan natural como lo había hecho Jungkook. Su habilidad bien practicada para mentir y engañar convincentemente se había desvanecido en el instante en que el otro hombre habló.

El hombre finalmente levantó la vista, mientras su mano derecha seguía alisando el borde de un pliegue en el papel. Lo observó durante largos segundos, estudiándolo, dando a Jimin la impresión de que podía discernir mucho solo con mirarlo. Finalmente, asintió lentamente.

—Responderé tus preguntas —dijo, bajando nuevamente la mirada y doblando un triángulo de papel sobre otra sección.

—Eh... bien —dijo Jimin, sintiéndose desconcertado por el extraño comportamiento del hombre una vez más. Esperó unos segundos para ver si éste lo miraba, al no hacerlo, prosiguió—. Estoy buscando un grupo de personas en la ciudad que practiquen la magia —se sintió aliviado al notar que sonaba más confiado de lo que realmente se sentía.

El hombre guardó silencio durante tanto tiempo que Jimin abrió la boca para preguntarle de nuevo, pero justo en ese instante el hombre habló.

—No deberías meterte con la magia, especialmente cuando no la conoces.

—Yo-

—Se reúnen todos los viernes y sábados por la noche, después de las 7, cerca de la entrada del Cementerio Holy Cross en Brooklyn —interrumpió el hombre—. No puedo garantizarte que te ayuden, pero sé que, de todas formas, lo intentarás.

Con una sonrisa forzada, Jimin retrocedió un paso hacia el frente de la tienda.

—Gracias. Has sido de gran ayuda —dijo, dando otro paso hacia atrás.

El hombre volvió a mirarlo, aunque brevemente, y Jimin se contuvo de correr. Había algo en ese hombre que lo ponía nervioso.

—La magia siempre suena atractiva, pero nunca es la solución —advirtió el hombre—. No trae los finales felices como la gente imagina. No es como en los cuentos de hadas.

—Yo... —Jimin miró a su alrededor con desesperación, su pie resbalando y dando otro paso atrás—. Sólo busco información.

El hombre no parecía creerle, pero no dijo nada más, y tras unos segundos, Jimin se dio la vuelta y salió apresuradamente de la tienda.

Avanzó rápidamente por la calle, intentando sacudirse la sensación de desasosiego que lo había afligido desde que el hombre de la tienda le habló por primera vez. Solo cuando estuvo a unas pocas cuadras se dio cuenta de que no sabía a dónde se dirigía. Se dio la vuelta y regresó por donde había venido, sintiéndose algo tonto al apresurarse junto a la librería nuevamente.

Sabía que estaba equivocado al querer volver al futuro, pero tampoco entendía por qué debía sufrir una vida de mentiras y miseria. Quizás fuera una tontería usar la magia para resolver sus problemas, pero no tenía elección. El hombre de la librería pudo haberlo inquietado, pero ciertamente no se iba a dar por vencido ahora.

Se dirigió de regreso a casa para esperar a que llegaran las 7PM. Llamó a Taemin a su trabajo y le contó lo que había descubierto y a dónde debían ir esa noche. Taemin comentó que tenían suerte de que hoy no fuera lunes, ya que de lo contrario tendrían que desperdiciar parte del poco tiempo que tenían esperando. Taemin acordó encontrarse con Jimin en su casa después de terminar su jornada laboral para que pudieran ir juntos a Brooklyn, y luego Jimin colgó, sin saber cómo pasar el resto del día.

Pasó la tarde escuchando algunos de sus discos, sintiéndose bastante contento, hasta que su padre llegó a casa del trabajo y lo llamó para que bajara. Con una sensación de pavor, Jimin retiró el disco del reproductor y lo apagó, antes de dirigirse abajo para saber qué quería su padre.

Lo encontró de pie junto a la chimenea en la sala, de espaldas a la puerta. Al oír el sonido de los pasos de Jimin, se volvió para mirarlo.

—Jimin —saludó secamente.

Jimin sonrió cortésmente y se aferró al respaldo del sofá, demasiado nervioso para sentarse. Sabía, sin que su padre dijera nada, que esto era por Anna.

—Confío en que no estarás ocupado mañana —preguntó su padre, con un tono de desaprobación en la voz.

Jimin sabía que su padre quería que volviera a trabajar, y no aprobaba todo el tiempo que pasaba sin hacer casi nada, pero aún estaba demasiado destrozado por haber dejado a Jungkook para poder concentrarse, y ahora necesitaba todo el tiempo posible para encontrar la manera de volver al futuro.

—Eh, um... —Jimin encontró la mirada de su padre, sintiendo cómo se ahogaba en su garganta la respuesta de que tal vez pasaría tiempo con Taemin—. No, no tengo ningún plan.

Su padre asintió con aprobación.

—He organizado que tú y Anna almuercen mañana en el country club.

El cuerpo de Jimin se paralizó en pánico, uno que probablemente debió reflejarse en su rostro, pues su padre frunció el ceño y endureció la mirada.

—Quiero que le pidas matrimonio mañana. No veo por qué has estado postergándolo todo este tiempo.

La boca de Jimin se abrió y se cerró en silencio, mientras su mente se inundaba de miedo, dejándolo incapaz de ofrecer alguna excusa.

—No sé cuál es tu problema, Jimin, pero la gente empieza a hablar, y a tu madre y a mí no nos gusta oír rumores sobre nuestra familia.

—¿Ha-hablar? —balbuceó Jimin nerviosamente.

El ceño de su padre se profundizó.

—Eres un hombre de veintidós años que no está casado ni comprometido, y rara vez se te ve en compañía de alguna joven soltera. Por supuesto que la gente habla.

Jimin no sabía qué decir. Quería defenderse y argumentar que no deseaba conformarse con las ridículas ideas de la sociedad sobre cuándo debían casarse las personas, pero algo le cerraba la garganta.

—Sabes lo dañinos que pueden ser esos rumores para nuestra reputación —continuó su padre—. No le echés leña al fuego mañana. Si regresas del almuerzo con otra patética excusa de por qué no lo has hecho, te arrepentirás —su padre lo fulminó con la mirada un momento más, antes de asentir y salir del cuarto.

Jimin se quedó mirando fijamente el lugar donde su padre había estado, con el corazón acelerado, la respiración entrecortada y el estómago retorcido de miedo. Incluso si las personas con las que se reuniría esa noche accedieran a ayudarlo a viajar, acabaría comprometido con Anna. Tragó saliva con dificultad. ¿Y si no podían ayudarlo? El pensamiento le heló la sangre y se estremeció en el acto.

El reloj, al dar las cinco y media, lo sacó de su estado de horror congelado. Subió apresuradamente las escaleras para prepararse a salir cuando llegara Taemin, asegurándose de que su ropa no estuviera arrugada tras haber pasado la tarde holgazaneando, y alisando algunos cabellos rebeldes que se habían escapado de su peinado cuidadosamente arreglado.

Al pararse del espejo, su mirada se posó en la corbata que descansaba sobre su mesita de noche. Cruzó la habitación y la recogió, mientras su mano izquierda ya trabajaba en la corbata que llevaba puesta, desatándola y liberándola del cuello de su camisa. Quería lucir la corbata que Jungkook le había regalado esa noche, quizá le traería suerte.

Volviendo al espejo, se puso aquella amada de Jungkook. Luego la recorrió con el dedo, sintiendo el dolor melancólico y familiar que le provocaba extrañar a Jungkook.

—Espero que valga la pena ir a ver a esa gente esta noche, Jungkook —susurró, mirando su mano reflejada al tocar aquella frente al espejo—. Y pase lo que pase con Anna mañana, no dejaré de luchar para volver contigo, lo prometo.

Sonó el timbre y Jimin se apartó del espejo nuevamente, bajando su mano de la corbata. Taemin ya estaba allí.

Se dispuso a bajar las escaleras con prisa, pero algo lo detuvo al llegar a la puerta de su habitación. Echó un vistazo por encima del hombro, y su atención se posó en su librero.

Sin pensarlo, y sin saber por qué, corrió hacia él, se arrodilló en el suelo y sacó uno de sus discos del estante inferior. Metiendo la mano en la funda, extrajo todas las cartas dobladas cuidadosamente que le había escrito a Jungkook y las guardó en el bolsillo interior de su

chaqueta. Satisfecho, y aún sin entender por qué quería llevarse las cartas esa noche, volvió a colocar el disco, se levantó y bajó corriendo las escaleras, donde abrió la puerta principal y salió para reunirse con Taemin.

—¿Nervioso? —preguntó Taemin mientras se ponían en marcha por la calle, con Jimin mordisqueando su labio inferior e intentando ignorar el nauseabundo revuelo en su estómago.

Jimin solo pudo asentir. Sentía que iba a vomitar si abría la boca. Además, hablar lo distraía de la importante tarea de concentrarse en controlar sus nervios.

Llegaron al final de la calle y se dirigieron hacia la estación de tren más cercana, con la cabeza agachada contra el viento frío que venía del río. Taemin lo miró varias veces, antes de hablar de nuevo.

—Todo saldrá bien —dijo, sonando más seguro y tranquilizador de lo que Jimin creía posible—. Dijiste que la chica que te ayudó a volver aquí no estaba realmente segura de lo que hacía, y aun así lo consiguió.

Jimin emitió un pequeño murmullo de asentimiento. Aunque lo que dijo Taemin era cierto, no le daba ninguna garantía de que, al final, todo pueda salir bien.

El trayecto en tren hacia Brooklyn transcurrió en silencio. Taemin no hizo más intentos por tranquilizarlo, volteando a mirar sin ver la pared opuesta del vagón, con una leve mueca de descontento en el rostro, una postura casi idéntica a la de Jimin.

Se levantaron en un silencioso unísono cuando su tren llegó a la estación, bajando a la fría plataforma y mirando a su alrededor con curiosidad. Jimin nunca había estado en esta parte de Brooklyn.

—Creo que es por aquí —dijo Taemin vacilante una vez que salieron de la estación, señalando hacia una calle que se desviaba a la derecha.

Sin tener idea de qué camino tomar, Jimin se encogió de hombros en señal de acuerdo y siguió a Taemin, cruzando la calle y bajando por la vía que éste había señalado. Sus nervios aumentaban con cada paso, y comenzó a respirar profundamente y despacio, tratando de calmarse antes de hacer algo estúpido, como dar media vuelta y correr de regreso a casa. Deseaba con desesperación conocer a esa gente y descubrir si podían ayudarlo, pero al mismo tiempo estaba aterrorizado por lo que pudieran decir y la posibilidad de ver su única esperanza desmoronada.

La zona de Brooklyn en la que se encontraban era tranquila para ser una noche de viernes, apenas unas pocas personas caminaban por las calles, la mayoría adentrándose en las casas que alineaban ambos lados de la calle.

Recorrían una típica zona residencial, Jimin no podía imaginar cómo ese lugar podía ser el punto de encuentro de un grupo que practicara la magia.

Evidentemente, Taemin pensaba lo mismo que él.

—¿Estás seguro de que es el lugar correcto? —preguntó, alzando la vista hacia las casas por las que pasaban.

—No lo inventó —respondió Jimin con firmeza. Si había algo de lo que estaba seguro, era de eso.

Taemin lo miró de reojo, con una mezcla de curiosidad y preocupación en los ojos, pero antes de que pudiera decir algo, doblaron una esquina en la calle y aparecieron a la vista la entrada del cementerio que buscaban.

Un pequeño grupo de personas, menos de una docena, se aglomeraba en una zona de césped crecido y descuidado entre dos edificios, cerca de la entrada arqueada del cementerio.

Malezas hasta la cintura competían con un césped seco, y los escombros ennegrecidos de lo que probablemente fue un edificio yacían dispersos en el centro del lugar. Un par de personas estaban sentadas sobre algunos de esos montones de ladrillos en ruinas, mientras que el resto se mantenía de pie en pequeños grupos cercanos, conversando. No había señal alguna de magia ni nada fuera de lo común.

Jimin vaciló, deteniéndose a dos edificios de distancia de donde se reunía el grupo. ¿Y si el hombre le había mentado? ¿Y si esto fuera alguna clase de pandilla?

Fue necesario que Taemin pusiera una mano en su codo y lo tirara para lograr que se moviera de nuevo. Sus piernas se entumecían tanto con cada paso que le sorprendía poder caminar. ¿Qué les diría a estas personas?

Cuando él y Taemin pisaron el césped desigual, teñido de marrón invernal, algunas de las personas interrumpieron su conversación y se pusieron a mirar a su alrededor. Se veían curiosas y cautelosas, pero sobre todo sospechosas. Un hombre rubio y alto entrecerró los ojos al verlos acercarse.

—Buenas noches —saludó Taemin cortésmente. El resto del grupo se volvió a mirarlos, algunos murmurando al oído de la persona que tenía a su lado—. Nos dijeron que viniéramos aquí a buscar a personas que practican la magia.

Los ojos del hombre rubio se entrecerraron aún más.

—Han venido al lugar correcto.

Taemin asintió y lanzó una mirada de reojo a Jimin, instándolo con la mirada a que le explicara su situación al hombre, a que hiciera las preguntas de las que desesperadamente necesitaba respuestas.

—Necesito viajar al futuro —exclamó, sorprendiendo a dos mujeres que estaban sentadas sobre algunos escombros y que se habían estado susurrando entre sí.

—¿Viajar en el tiempo? —repitió, con las cejas arqueadas y una voz atónita—. Es imposible.

Jimin negó con la cabeza.

—No lo es. Hace poco viajé noventa y un años al futuro y volví.

—Tú... —comenzó a decir, pero fue interrumpido.

El hombre y la mujer que estaba junto al rubio se apartaron de Jimin, luciendo a la vez asustados y maravillados. Las manos de Jimin temblaban tanto que tuvo que meterlas en los bolsillos para disimularlo.

El rubio, ya superada su sorpresa, frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Deseo viajar de nuevo? —completó Jimin por él, lamiéndose los labios reseco—. Porque he cometido un error, uno grande. Necesito regresar a aquella época en la que estuve.

El hombre negó con la cabeza, mostrando cierta compasión.

—Ninguno de nosotros lo sabe... nunca lo hemos hecho, jamás pensamos que fuera posible...

—¿No hay nada que puedan hacer para ayudarme? —interrumpió Jimin con desesperación—. Por favor.

El hombre tragó saliva y echó un vistazo rápido por encima del hombro hacia las personas que lo escuchaban, una de las mujeres asintió discretamente.

Volvió su atención a Jimin.

—Debes comprender que ninguno de nosotros sabe cómo lograrlo, estamos experimentando con lo desconocido.

—Lo sé —respondió Jimin, sin titubear—. No me importa. Esta puede ser mi única oportunidad, y la voy a aprovechar.

—¿Te arriesgarías? —preguntó el hombre—. ¿Arriesgarías tu vida por esto?

—Arriesgaría lo que fuera.



— Querido Jimin.

El 2026 ya está aquí, y lo recibí viendo los fuegos artificiales desde la ventana de mi apartamento mientras pensaba en ti.

Fui a una fiesta con Rosé y Jaden un rato, pero me retiré cuando ya no pude soportarlo. La verdad es que no tenía ganas de ir, pero Rosé insistió, así que acepté.

Lo extraño de aquella noche fue la sensación de esperanza que me envolvió al contemplar los fuegos artificiales de Año Nuevo. No sé si finalmente me dejé llevar por el espíritu del momento o si estaba demasiado ilusionado en la idea de nuevos comienzos, pero sentí que este año me trataría bien, y para que así fuera, tenía que haber algo positivo relacionado contigo, pues no me imagino sintiéndome en paz si logro superarte.

Rosé mencionó algo que podría estar conectado con esto, había leído unos artículos de periódico sobre ti, de 1934, que decían que habías desaparecido, y otros posteriores afirmaban que se había terminado la búsqueda, que te habías marchado para comenzar una nueva vida.

Ella interpretó eso como una señal de que volverás a este tiempo, a mí. Me pregunto si esa es la razón de mi esperanza, aunque no puedo evitar sentir dudas al respecto.

¿Qué probabilidades hay de que desees regresar? Al fin y al cabo, tú volviste a tu propio tiempo por una razón muy válida.

¿Y qué probabilidades hay de que realmente puedas volver? Evelyn lo describió como un acontecimiento fortuito, como si tu viaje hubiera sido fruto del azar y tu regreso fuese el universo poniendo las cosas en su sitio. Eso no hace que parezca muy probable que regreses aquí. Sin embargo, no puedo reprimir por completo mi esperanza.

Ya sea que regreses o no, recuerda que aún te amo.

Quiero que elijas la vida, y el tiempo que te haga verdaderamente feliz. Te amaré sin importar lo que decidas.

Feliz Año Nuevo, Jimin. Te deseo todo lo —

Jungkook se detuvo a medio terminar el correo al escuchar un golpeteo en la puerta.

Molesto por la interrupción, dejó su portátil sobre la mesa de café, se levantó y se dirigió hacia la entrada.

No tenía idea de quién podía ser. No esperaba a nadie, con sus agendas tan apretadas y de Rosé, ninguno de sus amigos se presentaba sin aviso, y casi no conversaban con los vecinos, así que no podía imaginar que fuera alguno de ellos. Impulsado por la curiosidad, abrió la puerta.

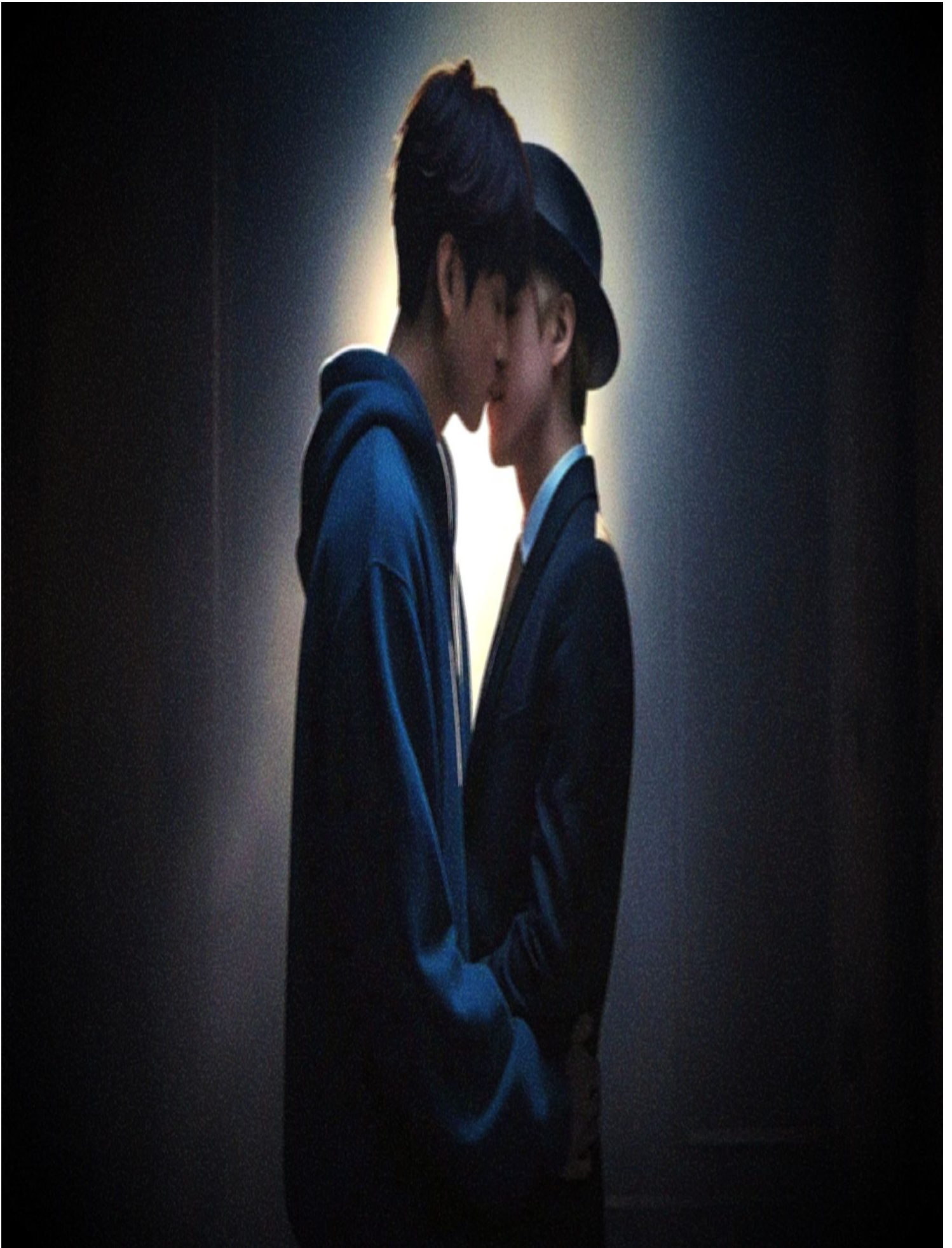
Paró en seco.

El shock lo inundó.

Se tambaleó en el lugar, extendiendo un brazo para apoyarse en el marco y evitar caerse.

Parpadeó varias veces en rápida sucesión, sin poder creer lo que veía.

—¿Jimin...?—



Jungkook miró a Jimin.

Y Jimin perdió la noción del tiempo, no supo cuánto se quedaron mirándose fijamente. El rostro de Jungkook estaba pálido, y sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban aturdimiento e incredulidad.

Su boca se encontraba entreabierta y su mano, temblorosa, colgaba a su costado. A pesar de apoyarse en el marco de la puerta, se tambaleaba ligeramente. Con cautela, Jimin levantó una mano hacia él, preocupado de que se cayera.

Jimin examinó la apariencia de Jungkook con avidez. Era exactamente como lo recordaba, desde su cabello castaño oscuro peinado a cada lado, hasta su piel suave y pálida, esos ojos que lo capturaban sin esfuerzo.

Durante las semanas de separación, se había imaginado a Jungkook en innumerables ocasiones, pero ese recuerdo se desvanecía al volver a verlo en persona. Era tan hermoso. Su estómago se encogió de placer, su corazón palpitó con fuerza y su cuerpo se llenó de una electricidad vibrante en el instante en que Jungkook abrió la puerta, sensaciones que aún retumbaban en él, haciéndolo sentir como si flotaran en su interior.

Jungkook seguía observándolo fijamente, perplejo.

Jimin anhelaba extender su mano y tocarlo, sentir el calor y la suavidad de su piel, confirmar que era sólido y real.

Quería tocarlo, abrazarlo, besarlo, aferrarse a él sin soltarlo jamás, pero dudaba en hacerlo. No se atrevía a acercarse a Jungkook mientras éste parecía tan sorprendido, casi como si hubiese visto un fantasma.

Jimin no pudo soportar más el silencio.

—Por favor... di algo, Jungkook —dijo, mientras sus ojos buscaban el rostro de Jungkook, quien parpadeaba desconcertado.

La boca de Jungkook se abrió y se cerró varias veces, sacudió su cabeza rápidamente antes de soltar, sin aliento:

—Eres tú... realmente eres tú.

Ese alivio disipó la pequeña semilla de duda que había empezado a germinar en la mente de Jimin, una semilla a punto de crecer en ramas de preocupación sobre si Jungkook había seguido adelante, y el miedo a que Jungkook no lo aceptara de nuevo en su vida.

Una sonrisa tímida asomó en la comisura de los labios de Jimin. Dio un medio paso hacia Jungkook y le tendió la mano.

—Soy yo.

La desconfianza se dibujó en el rostro de Jungkook, lo suficiente como para impedir que Jimin se lanzara a sus brazos.

—¿Estoy despierto, verdad? —preguntó Jungkook, con una voz a la vez frenética y casi acusadora—. ¿Esto no es un sueño? —su mano se soltó del marco de la puerta y dio un tropezón hacia Jimin, deteniéndose a escasos centímetros de él—. No dejes que sea un sueño. No quiero que sea un sueño —suplicó, con la voz entrecortada por las lágrimas.

Sus grandes ojos le imploraban a Jimin de tal manera que a este le brotaron lágrimas en los suyos.

—No estás soñando —le aseguró Jimin suavemente—. Estoy aquí. Soy real.

Después de una breve vacilación, volvió a tender el brazo, esta vez rozando con una caricia casi imperceptible la longitud del antebrazo de Jungkook, un toque tan ligero como una pluma que lo dejó anhelando más, más piel, más contacto, más a Jungkook.

Jungkook inhaló profundamente.

—¿Jimin? —murmuró, su voz era casi inaudible y las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas. En sus ojos se encendía una chispa de esperanza cada vez más brillante.

Conteniendo un sonido ahogado, Jimin le regaló a Jungkook una sonrisa húmeda.

—Estoy aquí, cariño.

—Jimin —dijo Jungkook, esta vez con mayor voz.

Tropezó hacia adelante, cayendo en los brazos de Jimin y casi haciéndolo perder el equilibrio al arrojarle un brazo alrededor. Jimin lo sostuvo en un abrazo mientras Jungkook comenzaba a sollozar, colocando una mano sobre su espalda temblorosa y la otra en su clavícula, dejando que sus dedos se deslizasen entre su espeso cabello castaño. Jungkook apretó una de sus manos contra el chaleco de Jimin, haciendo que el tejido se arrugara en su puño. Lo aferró con fuerza, como si temiera que se desvaneciera entre sus dedos, como humo.

—Jungkook —sopló Jimin en el cuello del otro.

Enterró su nariz en la suave piel y respiró profundamente, inhalando el reconfortante aroma que tanto había extrañado. Sentía una creciente frescura húmeda sobre el hombro de Jungkook, donde sus propias lágrimas iban formando manchas en el tejido de su hoodie. Jungkook lo abrazó aún más fuerte en respuesta, apoyando su rostro contra el hombro de Jimin.

Jimin cerró los ojos y se dejó envolver por la sensación de estar de nuevo en los brazos de Jungkook, por esa sensación de plenitud, de estar en casa. Se sentía tan a gusto que podría haberse quedado allí, en el umbral, durante horas. Ni la rigidez en la espalda, fruto de días encorvado sobre libros, ni el leve torcimiento en el cuello le causaban la menor molestia.

El golpe seco de una puerta que se cerraba en el pasillo los devolvió a la realidad con un estrépito desagradable. Al levantar la cabeza, apoyada entre del cuello de Jungkook, Jimin buscó el origen del ruido, algo sorprendido.

Jungkook, despacio, levantó la mirada y soltó el puñado del chaleco de Jimin que había estado sujetando.

—Entrémos —murmuró, tomando la mano de Jimin y arrastrándolo suavemente hacia el interior del apartamento.

La sensación que había estado ausente en la casa familiar de aquella época lo inundó al cruzar la puerta, la sensación de hogar. Sonrió mientras seguía a Jungkook hacia la sala, embargado por ese sentimiento de pertenencia que tan neciamente había buscado en su propio tiempo.

El apartamento era exactamente como lo recordaba, incluso se sorprendió al notar que algunos de sus libros de música seguían reposando sobre la mesa de café y el atril del piano. El aroma a comida, a Jungkook, y un tenue rastro del perfume de Rosé flotaban en el ambiente, y Jimin lo inhaló todo aquello como si se tratara de una fragancia exótica y embriagante. Todo era familiar y reconfortante, como si nunca se hubiera ido.

Jungkook lo condujo hacia el sofá, donde cerró la tapa de su laptop y la trasladó del sofá a la mesa de café. Se sentaron, y Jungkook seguía aferrado a la mano de Jimin, como si no pudiera soltarla. Jimin comprendía perfectamente ese sentimiento, jamás quería separarse de Jungkook.

Se sentaron muy cerca, con las piernas tocándose y los hombros rozándose.

Se miraron en silencio, rememorando la imagen del otro después de haber dependido únicamente de sus recuerdos durante tantas semanas. Estaban tan próximos, y el apartamento tan silencioso que Jimin pudo oír la suave respiración de Jungkook. Ese sonido lo reconfortaba, recordándole de forma constante y serena que no estaba en un sueño.

Después de un momento, comenzó a desear algo más de Jungkook que el roce de sus manos y el contacto fugaz de sus cuerpos le ofrecían. Colocó una mano libre sobre la pierna de Jungkook y empezó a frotar diminutos círculos en su muslo con el pulgar. Ese gesto hizo que Jungkook saliera de aquel trance en el que se encontraba.

—¿C-cómo? —susurró, mirando a Jimin con un asombro casi reverencial. Seguía tan impactado por la repentina aparición de Jimin que apenas podía hacer más que mirarlo fijamente.

Jimin se tomó un instante para reunir sus pensamientos. Aún no podía creer lo que estaba viviendo. Hace apenas una hora se encontraba en 1934, temiendo tener que proponerle matrimonio a una mujer que no amaba, solo para complacer a la sociedad y a sus padres. Y ahora, estaba de vuelta con Jungkook.

Había investigado, encontrado a las personas que podían ayudarle y, en verdad, lo había logrado, había terminado de verdad dónde quería estar, había conseguido llegar allí. Podía vivir la vida que deseaba, podía ser feliz.

Sacudiendo la cabeza para disipar la oleada de realización que se avecinaba, Jimin esbozó una sonrisa atónita a Jungkook.

—Yo... yo... Taemin y yo investigamos en la biblioteca, hablé con un hombre extraño en una librería y luego encontramos a un grupo de personas que practican la magia, tal como lo hace Evelyn. Les dije que quería volver aquí, y al principio fueron distantes, pero les expliqué exactamente cómo Evelyn me ayudó a viajar y, bueno, funcionó.

Sabía que había tenido una suerte increíble al lograrlo. El hombre rubio y unos cuantos otros que lo ayudaron a regresar con Jungkook se basaron por completo en sus descripciones de lo que recordaba de cuando Evelyn lo asistió en su viaje. Si hubiera cometido algún error o olvidado algo crucial, todo podría haber salido terriblemente mal.

Taemin se asustó un poco cuando llegaron a la cafetería desde donde Jimin volvería a viajar. Pero, tras unas pocas palabras de Jimin, se calmó, su miedo de que su amigo, casi un hermano resultara herido se desvaneció al recordar lo mucho que Jungkook significaba para él y lo dispuesto que estaba a arriesgarlo todo por la felicidad y el amor.

Jungkook lo miraba en silencio una vez más. Jimin aprovechó la oportunidad para deslizar su mano izquierda desde el muslo de Jungkook hasta recorrer su brazo, su hombro, su cuello y su pómulo, acariciando cada centímetro del cuerpo de Jungkook al que podía llegar. Desesperadamente, deseaba volver a abrazarlo, envolverlo entre sus brazos y tenerlo cerca. Sin embargo, también anhelaba acurrucarse junto a Jungkook y ser sostenido por él, esconder su rostro en la curva de su cuello y sentir sus manos fuertes recorrerlo. Tuvo que

contener el impulso de hacer cualquiera de esas cosas, sabiendo que Jungkook aún trataba de comprender su presencia.

El desconcierto y la incredulidad que habían quedado fijos en el rostro de Jungkook desde que abrió la puerta empezaban a desvanecerse. La esperanza y el asombro persistían, intensificándose con cada segundo en que él y Jimin se miraban.

—¿Qué te hizo volver? —preguntó Jungkook con curiosidad, con una voz que apenas lograba contener la esperanza.

—Yo... en cuanto regresé a esa época me di cuenta de que había cometido un error —dijo Jimin, mientras su mano izquierda se posaba sobre el cuello de Jungkook, y su pulgar acariciaba suavemente la zona donde su mandíbula se marcaba. Jungkook lo miraba, con los ojos vidriosos de lágrimas.

—No podía vivir en un tiempo en el que no pudiera ser yo mismo, haciéndome infeliz tratando de agradar a unos padres a quienes realmente no les importo. Todo aquello por lo que volví... no existía, todo está aquí —tragó con dificultad—. Siento haber tenido que herirte para darme cuenta de que este es mi lugar.

El rostro de Jungkook se ablandó.

—Jimin —murmuró, soltó su mano y, con ambas, acunó su rostro, sosteniendo su mirada—. Lo único que importa es que ya estás aquí —dijo, esbozándole una pequeña sonrisa, casi irónica—. El resto es pasado.

Jimin le devolvió la sonrisa, esforzándose desesperadamente por no llorar.

—No te abandonaré así de nuevo —prometió—. Aquí es donde pertenezco, contigo. Aquí se halla mi corazón.

El rostro de Jungkook se contrajo de emoción y dejó escapar un pequeño gemido, un lamento casi desesperado. Se lanzó hacia adelante y fundió sus labios con los de Jimin, mientras una mano se deslizaba desde el rostro de su amado para enredarse en las ondas que caían a un lado de su cara, y terminar atrayendolo, envolviendo su mano detrás de su cuello, tan rápido como intercambiaron besos de diferentes posiciones, terminaron compartiendo saliva, un anhelo resguardo durante meses, Jimin buscó el cuerpo de Jungkook, queriendo tener su cuerpo cerca, pero terminó agarrando con fuerza un puñado de su camisa. Gemía suavemente contra los labios de Jungkook, apretando sus dedos alrededor de la tela cada vez que Jungkook volvía a levantar su rostro para volver a entrelazar sus lenguas en un desesperado beso francés. Podía sentir su corazón y el de Jungkook palpar con fuerza sobre los chasquidos de los besos, corazón que había estado ausente durante tanto tiempo, como un hueco abismal en su pecho, hinchándose de amor, felicidad y pertenencia.

—Te amo —respiró Jimin cuando se separaron, con las frentes inclinadas, juntas y jadeando por el aliento—. Nunca te lo había dicho antes y lo odié, lo lamenté cada día que estuve sin ti. Te amo, Jungkook.

Jungkook soltó una risa encantada contra los labios de Jimin, mientras su pulgar acariciaba suavemente la parte trasera del cuello de Jimin.

—Yo también te amo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Jimin y los músculos de su rostro le dolían por la amplia sonrisa. Nunca imaginó que podría ser tan feliz, ni siquiera durante ese breve periodo en el que se quedó en la época de Jungkook había experimentado tanta dicha, tan maravillosamente delirante. Siempre había sentido que su tiempo juntos tenía una fecha límite, algo inalcanzable. Pero ahora, ese temor se había desvanecido, y era maravilloso. Se sentía seguro, capaz de hacer cualquier cosa, se sentía invencible.

—Jimin... —susurró Jungkook, rozando con sus labios temblorosos los de Jimin.

Jimin se acercó de nuevo, presionando sus labios contra los de Jungkook con mayor intensidad. Sonrió al escuchar la risa que Jungkook esparcía al recíproco beso, regresaron aquellos rápidos y de deseo que resonaban en aquella sala, haciendo que su corazón saltara de alegría. Se preguntó si alguna vez volvería a sentirse triste, en ese instante, parecía imposible.

—Vayamos a la cama —susurró Jungkook una vez que cesaron de besarse—. Rosé llegará pronto y prefiero... —observó a Jimin sobre su rabillo aún a escaso centímetros—. Quiero tenerte solo para mí esta noche —dijo, mientras su pulgar volvía a acariciar la parte trasera del cuello de Jimin.

Jimin asintió.

—Sí—contestó.

Sinceramente, no tenía muchas ganas de explicarle todo a Rosé ni de responder a todas las preguntas que seguramente tendría. Prefería pasar la noche acurrucado junto a Jungkook, quedándose dormido al compás de su respiración.

Jungkook se deshizo suavemente del abrazo y se puso de pie, arrastrando a Jimin consigo de la mano que aún sostenían. Jimin lo siguió en silencio mientras Jungkook lo conducía hacia su dormitorio.

El cuarto era exactamente como Jimin lo recordaba, las cremas y lociones de Jungkook descansaban sobre el tocador, un escritorio con cuadernos, plumones de colores, y algunos bocetos de diseños en la pizarra de corcho, para que Jungkook pudiera contemplarlos, los

libros de diseño yacían sobre la mesita de noche, y los mismos adornos y fotografías enmarcadas decoraban otras superficies. La habitación olía exactamente igual, a las cremas de Jungkook, su perfume favorito, aquella fragancia y a ese aroma tan único y propio, era indescriptible, aquella se aferraba a su piel. Jimin inhaló profundamente mientras Jungkook empujaba la puerta para cerrarla tras ellos.

Jungkook se volvió para mirarlo, soltando su mano y apoyando ambas sobre los hombros de Jimin.

—Llevas puesta la corbata —dijo suavemente.

Jimin miró hacia abajo.

—Oh, sí. No podía dejarla atrás —dijo rozándola con sus dedos suavemente. Luego volvió a levantar la mirada y se encontró con los ojos de Jungkook—. Gracias por därmela antes de que me fuera, me ayudó mucho cuando... cuando te extrañé tanto.

Jungkook asintió y, sin decir palabra, se inclinó para sacar el reloj de bolsillo de su chaqueta. Sin dar reacción, Jimin lo tomó de su mano y lo dejó a un lado sobre el tocador.

—Ya no necesitamos depender de esto. Ya no tenemos que vivir de recuerdos.

Jungkook lo observó unos instantes, suficientes para volver a besarlo, mientras sus manos tiraban de la corbata de Jimin, desatándola y luego liberándola de su cuello, para finalmente descartarla.

Jimin acarició los músculos de la espalda de Jungkook, recordando su firmeza y la sensación de cómo se agrupaban y se relajaban bajo sus palmas. Su sombrero cayó al suelo cuando la mano de Jungkook se deslizó hacia la extensión de su cabello, y Jungkook dejó escapar un pequeño sonido de frustración por la cantidad de gel que tenía, lo que hizo que Jimin esbozara una sonrisa.

—Extrañé esto —suspiró Jimin, depositando besos en cada rincón del rostro de Jungkook al que podía llegar.

Jungkook apartó la chaqueta de Jimin de sus hombros y la arrojó sobre un sillón cercano. Luego, le dio un beso fugaz a los labios, para al separarse fruncir su ceño y juntar su frente con la contraria.

—No hablemos más de eso, nada de rememoraciones ni de hablar de estar separados. Quiero que esta noche estemos juntos y olvidemos todo lo demás —dijo.

—Está bien —respondió Jimin, depositando un beso en el entrecejo de Jungkook—. Está bien.

Se desvistieron en silencio. Jimin dudó antes de desabotonar sus pantalones, preguntándose si debería ir rápidamente al pasillo hacía su antigua habitación para tomar algo de ropa con la que dormir. La idea de que Jungkook tal vez no había guardado sus cosas lo hizo desistir, y al ver a Jungkook arrojar su propia ropa sobre el taburete del tocador y dirigirse a la cama con tan solo sus bóxers, Jimin se animó a terminar de desvestirse sin más preocupaciones de qué ponerse.

Aun se sentía un poco tímido por estar tan poco vestido ante Jungkook, pero recordó que Jungkook lo amaba mientras doblaba sus pantalones y los apartaba junto al resto de su ropa, no tenía por qué sentirse avergonzado o nervioso a su lado.

Jungkook retiró las cobijas de la cama, tiró los cojines decorativos a un lado y luego se giró para sonreírle a Jimin, quien se mordió el labio al contemplar su pecho y abdomen pálidos y tonificados.

—Solo voy a cepillarme los dientes rápidamente —dijo Jungkook, señalando hacia el baño—. Hay un cepillo que puedes usar.

Jimin asintió y siguió a Jungkook hasta el baño, donde se pusieron de pie, lado a lado, frente al lavabo, cepillándose los dientes y lanzándose miradas en el espejo. Con cada intercambio, el corazón de Jimin se elevaba.

De vuelta en el dormitorio, Jimin vaciló nuevamente mientras se paraba junto a la cama de Jungkook. La leve agitación nerviosa que lo retenía desapareció cuando Jungkook se deslizó con entusiasmo bajo las cobijas y lo miró con unos ojos suaves e invitadores, extendiéndole la mano.

Jimin se metió en la cama, dejando escapar un suspiro involuntario al sentir la suavidad de las sábanas y el reconfortante aroma que lo envolvía. Se deslizó hacia su amado, y se acurrucó a su lado con felicidad, apoyando su mano sobre el costado de Jungkook, siguiendo la curva de su caja torácica.

—Todo esto se siente como un sueño —susurró Jimin—. Sigo esperando despertar y encontrarme de nuevo en la casa de mis padres, sabiendo que... —tragó saliva, con la garganta espesa por las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos y que ahora se deslizaban por sus mejillas—. Sabiendo que —volvió a intentar, abrumado por el pensamiento de la vida de la que acababa de escapar, que le ahogaba la garganta y le impedía hablar.

Jungkook colocó una mano sobre su mejilla.

—Shh... —dijo, limpiando las lágrimas que se aferraban al rostro de Jimin con la yema de su pulgar—. Jimin —continuó en voz suave, mientras Jimin sollozaba entrecortadamente—, no tenemos que hablar de esto ahora. Esta noche no hablaremos de eso. Pasó su pulgar por

la delicada piel bajo los ojos de Jimin, borrando las últimas lágrimas—. Mañana hablaremos de ello. Esta noche solo quiero que estemos juntos, que disfrutemos de volver a estar el uno con el otro.

Jimin tragó el nudo de tristeza, y un alivio se le formaba en la garganta, y asintió. Incluyó la cabeza y se acurrucó en la palma de la mano de Jungkook. Estaba tan, tan increíblemente agradecido de volver a estar junto a su amor.

Jungkook besó la frente de Jimin, dejando que sus labios se posaran un instante antes de retirarse y recostar la cabeza en la almohada de nuevo. Su mano seguía sosteniendo el rostro de Jimin, y su pulgar acariciaba rítmicamente su pómulo. Jimin sintió cómo sus párpados se volvían pesados. Un día tan agotador como el que acababa de vivir habría sido suficiente para arrullarlo en el sueño, sin ahogarse en la melancolía por la ausencia de Jungkook, pero esta noche, el cansancio y el hecho de estar de nuevo en la cama de Jungkook lo llenaron de una paz somnolienta y, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse despierto para contemplar a Jungkook, pronto se dejó llevar por el sueño.



Jungkook despertó ante una escena con la que había soñado, algo que nunca pensó que volvería a ver, Jimin dormido a su lado. Casi lo hace llorar ver a Jimin recostado junto a él, su cuerpo encorvado para esconderse entre el suyo, pero logró contener las emociones que se agolpaban en su interior, oprimiendo sus pulmones y tragando duro.

Jimin se movió ligeramente en su sueño, acercándose a Jungkook y apoyando su nariz contra su hombro. Este observó con ternura sus suaves facciones, sus ojos relajados y cómo la luz de la mañana resaltaba mechones más claros en su cabello. Su corazón casi se partía al ver lo hermoso que era Jimin.

Sabía que debería sentirse un poco intrusivo al observar tanto a Jimin mientras dormía, pero no podía apartar la vista. Extrañaba eso, extrañaba a Jimin, tanto que no verlo en ese instante le parecía un desperdicio. Ahora que comprendía lo valioso que era el tiempo y lo que significaba haber perdido a su amor, jamás volvería a dar por sentado un solo momento a su lado, iba a disfrutar cada segundo con él.

Unos momentos después, cuando la luz que entraba en la habitación era un poco más intensa y Jungkook se sentía menos somnoliento, Jimin despertó. Se movió, frotando su frente contra el hombro de Jungkook, y una leve mueca, hasta que sus ojos se abrieron. Al principio parecía confundido, pero pronto esa perplejidad dio paso al alivio. Al levantar la mirada y encontrarse con los ojos de Jungkook, sonreía, se veía delirantemente feliz.

—Buenos días —dijo en voz suave, con un tono ligeramente áspero por el sueño.

Jungkook extendió la mano y apartó las ondas de su frente que se habían soltado del gel durante la noche.

—Buenos días —respondió.

Se miraron en silencio, absorbiendo cada detalle del otro. Los ojos de Jimin, de un suave tono dorado al captar la luz que entraba por la ventana, miraban a Jungkook con tanta adoración y asombro que hacían latir con fuerza el corazón de este, impidiéndole resistir la tentación de tocarlo. Jungkook se agachó y depositó un beso en la nariz de Jimin, provocando que una sonrisa verdaderamente hermosa se dibujara en los ojos del otro.

—Te amo —dijo Jimin, mientras su mano encontraba la de Jungkook debajo de las mantas.

Jungkook lo besó de nuevo, esta vez en la boca suave, lento y profundamente. Apretó con ternura la mano de Jimin.

Cuando se separaron, Jungkook apoyó su frente contra la de Jimin, deseando permanecer cerca, lo suficiente como para sentir el cálido aliento de Jimin en su mejilla.

—Cada día que estuvimos separados supe que había cometido un error al irme —murmuró Jimin. Jungkook apretó su mano con fuerza—. Dolía tanto no poder verte, y saber que jamás podría hacerlo. Tuve las estrellas y la corbata, pero nada pudo aliviar el dolor. Incluso te escribí cartas... espera.

Soltando su mano, Jimin se deshizo del enredo con Jungkook y se deslizó fuera de la cama. Sentándose, Jungkook observó con una mezcla de sorpresa y curiosidad cómo Jimin rebuscaba en los bolsillos de su saco. Regresó a la cama llevando un manojo de papeles doblados cuidadosamente. Una vez que se sentó junto a Jungkook, se los entregó.

—Te escribí una carta cada vez que quería hablar contigo —dijo, observando con aprensión mientras Jungkook desdoblaba los papeles y miraba la primera página con la letra de Jimin—. De alguna manera, eso ayudó a acortar la distancia, me hizo sentir conectado a ti, más que contemplar las estrellas.

Jungkook trazó con sus dedos las letras de su nombre, siguiendo la curva que Jimin había dibujado con su pluma. No podía creer que Jimin hubiera hecho eso. Mientras él le había estado escribiendo correos electrónicos, Jimin, en cambio, le había estado escribiendo cartas. No podía creer que ambos hubieran tenido la misma idea para sobrellevar la separación. La voz de Rosé le resonó en la mente: “*almas gemelas*”.

—Jimin —suplicó, sin palabras.

Jimin bajó la mirada hacia sus manos, reposando sobre las mantas.

—Sé que fue una tontería escribir cartas a alguien que nunca las leería, pero de verdad... —comenzó a decir.

Jungkook cubrió una de las manos de Jimin con la suya.

—Jimin —repitió, interrumpiendo la divagación del otro—. No es para nada una tontería. De hecho, yo hice lo mismo.

La cabeza de Jimin se sacudió, y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Tú escribiste...?

—En realidad, te escribí correos electrónicos —admitió Jungkook—. No son tan románticos como tus cartas, pero pensé que serían más fáciles de mantener ocultos de Rosé. Quería que fueran privados.

Jimin negó con la cabeza.

—Jungkook, eso no importa. Correos o cartas... lo importante es que ambos escribimos —se detuvo, incapaz de expresar lo que sentía.

Jungkook asintió.

—Lo sé.

Se miraron durante un largo momento, sonriendo suavemente, contentos y en paz, sin una sola arruga de preocupación o señal de estrés en sus rostros. Jungkook estaría perfectamente feliz de pasar el resto del día en la cama, simplemente contemplando a Jimin y acariciándolo, recordándose de forma constante y maravillosa que Jimin estaba realmente allí, que volvían a estar juntos.

Jimin dejó escapar un pequeño sonido de felicidad en su garganta y levantó la mano para deslizar sus dedos por el cabello de su amado. Jungkook respondió con un suave murmullo, dejando que sus ojos se cerraran ante esa caricia. Sí, fácilmente podría quedarse allí el resto del día.

—¿Jungkook? —gritó Rosé desde fuera de la habitación.

Ambos dieron un sobresalto, y Jungkook maldijo en silencio, se había olvidado de que no estaban completamente solos.

—¿Estás despierto? —preguntó Rosé a través de la puerta—. ¡Preparé café!

Jungkook contuvo un suspiro frustrado y respondió:

—En un minuto estaré ahí.

Una vez que escuchó sus pasos alejarse, se volvió hacia Jimin.

—La verdad es que prefería no decirle a Rosé que habías vuelto —admitió—. Solo por uno o dos días más—. Besó a Jimin y acarició su clavícula con el pulgar—. Quiero tenerte solo para mí por más tiempo —continuó—. Soy así de egoísta.

Jimin esbozó una sonrisa socarrona.

—No me importa esconderme hasta que se vaya a trabajar. Es por una buena causa.

—Mmm... —murmuró Jungkook, deslizando su mano desde la clavícula de Jimin hasta su cintura, esbozando una sonrisa al notar la pausa en su respiración—. Qué pena que sea tan perceptiva y vaya a notar lo feliz que estoy —acarició suavemente la curva de su cintura.

—Entonces habrá que enseñarle por qué estás tan feliz —dijo Jimin, con la voz temblorosa y entrecortada, mientras Jungkook seguía mirando su costado.

Jungkook soltó un suspiro.

—Creo que sí —volvió a besar a Jimin una vez más, y luego retiró su mano—. Acabemos ya con esos gritos —con cierta resignación, se alejó de Jimin y se levantó de la cama, arrastrándose hacia el baño con un pequeño bostezo.

Al regresar del baño, encontró que Jimin no se había movido en lo más mínimo y seguía recostado, con una sonrisa soñadora en el rostro.

—Jimin —dijo con ternura, mientras tomaba unos pantalones de pijama y una camiseta de su cómoda y se los ponía—. Tienes que levantarte, cariño.

Jimin suspiró dramáticamente y se levantó. Murmuró entre dientes mientras se dirigía al baño, lanzándole a Jungkook una sonrisa al pasar.

Mientras Jimin se cepillaba los dientes, Jungkook se apresuró a ir a su antigua habitación y sacó de la cómoda unos pantalones y una camisa para él, sintiéndose inundado de felicidad al hacerlo. Rosé había sugerido con titubeo que se deshaga de las pertenencias de Jimin en algún momento, y él se alegraba de no haberlo hecho.

Jimin se mostró algo sorprendido cuando Jungkook le entregó la ropa.

—¿Guardaste todas mis cosas? —preguntó, tomando la ropa y alisando con la mano la camisa doblada que reposaba en la parte superior del montón.

—Obvio que sí —respondió Jungkook—. Nunca podría haberla tirado.

Jimin levantó la mirada para encontrarse con la de Jungkook, sosteniéndola durante un largo y conmovedor instante, antes de comenzar a vestirse.

—Gracias —dijo simplemente.

Se tomaron de la mano al salir de la habitación de Jungkook y siguieron el suave tarareo de Rosé hasta la cocina. Al acercarse, Jungkook se preparó para la avalancha de preguntas y gritos de sorpresa e incredulidad.

Rosé estaba absorta en su teléfono y al principio no los vio. No levantó la vista al oír sus pasos, tan concentrada en lo que leía en esa pequeña pantalla.

—El café ya está, Jungkook —le informó, desplazándose por la pantalla con su pulgar.

Decidiendo que lo mejor era aclararlo todo de inmediato, Jungkook condujo a Jimin hacia la mesa donde estaba sentada Rosé y se detuvo.

—Espero que también hayas preparado suficiente para Jimin.

—¿Para...? —exclamó Rosé, levantando la vista de su teléfono con las cejas fruncidas por la confusión. Su mirada se posó en Jimin, sus ojos se abrieron de par en par y sus rasgos se tensaron en sorpresa. Durante un instante se quedó simplemente mirándolo, y luego—. ¡Jimin!

Jungkook hizo una mueca cuando Rosé soltó un chillido penetrante. Empujando su silla hacia atrás, se lanzó alrededor de la mesa y se abalanzó sobre Jimin, chillando de emoción y sorpresa mientras lo arrancaba del agarre de Jungkook y lo hacía girar en un círculo.

Jimin tropezó ligeramente al quedar libre.

—También me alegra verte, Rosé —jadeó.

—¡No puedo creer que estés... cómo es posible... Jimin! —exclamó, envolviéndolo en un fuerte abrazo.

Jungkook observó la escena con tierno divertimento.

—Creo que lo estás asfixiando, Ros —dijo, extrayendo suavemente a Jimin de su abrazo y volviendo a enlazar sus manos.

Retrocediendo para contemplar a ambos, Rosé sonrió radiante.

—¡Sabía que volverías! —exclamó, dando pequeños brincos de emoción—. ¡Lo sabía!

Jungkook miró de reojo a Jimin, quien sonreía a Rosé con unos ojos cálidos y radiantes de felicidad. Al sentir la mirada de Jungkook sobre él, Jimin empezó a girar la cabeza para devolverle la mirada, pero antes de que sus ojos se encontraran, Rosé tomó la mano libre de Jimin y lo tiró suavemente hacia la mesa.

—Vamos —dijo, sacando una silla para que se sentara—. ¿Cómo es que volviste? Quiero saberlo todo.

Se dejó caer en la silla frente a Jimin y lo observó con expectación.

Mientras Jimin relataba a Rosé la historia de su regreso, Jungkook fue a buscarles café. Se sentó junto a Jimin con su taza y, en lugar de concentrarse en escuchar las respuestas a las preguntas de Rosé, lo observó hablar. Se veía tan natural en su cocina, con el cabello despeinado y vestido con pijama, parecía que pertenecía allí, tan parte del hogar de Jungkook como lo era Rosé. Si no fuera por el hecho de que cada vez atraía la mirada de Jungkook y que su presencia lo llenaba de un alivio y asombro llenos de alegría, hubiera parecido como si nunca se hubiera ido.

A medida que la voz de Jimin llenaba la habitación, el espíritu y el corazón de Jungkook se elevaban. No podía creer que Jimin hubiera regresado de verdad, y que lo hubiera hecho, en gran parte, por él. Ahora sabía que Jimin siempre volvería a él. Así como la esperanza lo inundó al ver los fuegos artificiales estallar en colores en el cielo, había llegado a comprender cuánto lo amaba y lo mucho que se significaban mutuamente. Aunque en ese momento nunca se lo habían dicho explícitamente, Jungkook sabía en lo más profundo de su ser que era verdad, simplemente nunca había tenido la confianza para darse cuenta de eso antes. Pero ahora lo sabía.

Cuando Jimin hizo una pausa en su relato para tomar un sorbo de café, Jungkook tomó su mano izquierda, aquella que reposaba sobre su muslo, y entrelazó sus dedos una vez más. Jimin captó su mirada y sonrió, a pesar de tener la boca llena de café, haciendo que se le arrugaran los ojos en las esquinas.

Ahora lo sabían.

Capitulo Final





—Es curioso... casi podríamos habernos estado respondiendo mutuamente —dijo Jungkook, dejando a un lado una de las cartas que Jimin había escrito y comenzando a leer la siguiente—. Nos hemos contestado algunas preguntas varias veces.

Jimin, al levantar la vista de la laptop en la que estaba leyendo los correos electrónicos que Jungkook le había mandado, sonrió.

—Debe ser que, inconscientemente, sabíamos lo que el otro estaba pensando.

Jungkook tarareó en respuesta, volviendo a concentrarse en la carta, cuando Jimin cubrió su mano con la suya. Al levantar la mirada, Jungkook notó a Jimin frunciendo el ceño mientras observaba la carta en sus manos.

Jimin sostuvo la mirada de Jungkook, con el ceño aún fruncido.

—Creo que debo explicarte algo antes de que sigas leyendo.

La seriedad de su tono hizo que Jungkook se girara para enfrentarlo, y la preocupación comenzó a crecer en su interior.

—¿De qué se trata?

Jimin se lamió los labios, luciendo incómodo.

—Cuando... no mucho antes de que volviera aquí, mis padres me regalaron un anillo.

—¿Un anillo? —repitió Jungkook, incrédulo. Entonces comprendió, solo había un tipo de anillo que los padres de Jimin le darían, y solo uno que le hacía sentir un nudo en el estómago—. Oh.

Jimin asintió, con una mirada visiblemente distante.

—Me pidieron que le propusiera matrimonio a Anna —dijo, enfocando de nuevo su mirada en Jungkook—. Sabes quién es Anna, ¿verdad? —cuando Jungkook asintió, continuó—. Para ese entonces ya sabía que quería volver aquí, y estaba decidido a lograrlo, así que lo puse todo lo que pude. Esto frustró a mis padres y empezaron a sospechar, pero seguí aplazándolo lo máximo posible...

En su mente, Jungkook unió las palabras de Jimin, con la expresión angustiada que se le dibujaba el rostro.

—Espera —interrumpió, sintiendo un pánico creciente en su interior—, no te comprometiste con ella, ¿verdad?

Los ojos de Jimin se abrieron y su expresión se aclaró.

—¡Oh, no! ¡No, no, no! —exclamó, palmeando la mano de Jungkook en señal de tranquilidad—. No, logré regresar aquí antes de que me acorralaran para proponerle matrimonio. Escapé a tiempo, aunque...

Un alivio inundó a Jungkook, y exhaló profundamente. No sabía qué haría ni cómo se sentiría si Jimin estuviera comprometido con alguien, y además, con una chica, en su época, aunque ese compromiso fuera ahora técnicamente irrelevante.

—Está bien. Eso es bueno.

—Mis padres habían arreglado que Anna y yo almorzáramos en el club campestre de mi padre el día siguiente a mi llegada —continuó Jimin—. Básicamente, mi padre me amenazó, diciendo que más me valdría proponerle matrimonio durante el almuerzo, o de lo contrario...

Jungkook se quedó boquiabierto.

—¿Eso fue lo que dijo?

Jimin asintió.

—Me alegro tanto de haber vuelto. No hay manera de que hubiera podido... —Jimin negó con la cabeza—. Solo quería que supieras esto... lo mencioné en las cartas, pero quería explicártelo en persona —dijo, mientras echaba un vistazo a las cartas que Jungkook tenía en su regazo. Frotó la mano de Jungkook con el pulgar, con una expresión casi suplicante, como si implorara que le creyera—. Entre Anna y yo no pasó nada. Durante el tiempo que estuvimos juntos, solo pensé en ti.

Frunciendo el ceño ante el tono desesperado y la mirada suplicante de Jimin, Jungkook acunó la cara de Jimin con su mano libre.

—Jimin, lo sé —dijo suavemente—. Todo está bien —acarició la mejilla de Jimin con ternura—. No hiciste nada malo, cariño.

Jimin cerró los ojos y se dejó llevar por el toque de Jungkook. Con una sonrisa suave,

Jungkook continuó acariciando el rostro de Jimin, contento de permanecer en silencio mientras este se calmaba. Sabía que, aunque Jimin estaba feliz y decidido a pasar su vida en ésta época, aún enfrentaba un gran cambio. Había sido una decisión muy dura para él, dejar atrás el mundo y las personas que conocía, y esos primeros días serían los más difíciles mientras se adaptaba a su nueva realidad. Jungkook se juró a sí mismo que haría todo lo posible por ayudar a Jimin a adaptarse. Lo haría todo por el hombre que amaba.

—Incluso si hubiera querido casarme con Anna, jamás podría haberle propuesto matrimonio de esa manera —dijo Jimin en voz baja, sorprendiendo a Jungkook y sacándolo de sus pensamientos. Jungkook bajó la mirada justo a tiempo para ver cómo los ojos de Jimin se abrían—. Nunca querría que me obligaran a comprometerme. Quisiera que ese momento fuera especial, solo entre nosotros dos, no algo planeado por mis padres.

—Sabes, el matrimonio gay es legal en Nueva York —exclamó Jungkook sin pensarlo.

Jimin lo miró fijamente, tensando su mano sobre la de Jungkook. Se mantuvo así hasta que las mejillas de Jungkook se sonrojaron intensamente, y éste bajó la cabeza para mirar las cartas en su regazo, apartando su mano de la cara de Jimin. Internamente, maldijo su imprudente boca. ¿Qué pretendía decir con eso?

Pareció pasar una eternidad antes de que Jimin finalmente respondiera, reaccionando de algún modo a la repentina y descuidada declaración de Jungkook. Tanto tiempo transcurrió que el rubor de Jungkook se extendió hasta su cuello y sintió cómo su interior se encogía de vergüenza.

—Lo recuerdo —dijo Jimin suavemente, con una voz apenas más alta que un susurro—. Tú ya me lo habías dicho.

Al oírlo, la vergüenza de Jungkook se desvaneció y, finalmente, se atrevió a levantar la mirada, mientras el sonrojo se disipaba de su rostro.

El semblante de Jimin era tierno y su mirada se mostraba casi esperanzada.

—Siempre he querido casarme —dijo, con una voz impregnada de quien confiesa un secreto profundo, uno que guarda celosamente en el corazón y jamás creyó poder revelar—. Nunca imaginé que fuera posible. Jamás pensé que podría tener el matrimonio con el que he soñado, un esposo al que volver a casa y un anillo a juego que simbolizara nuestro amor eterno, para lucirlo con orgullo.

Jungkook le sonrió con cariño y apretó su mano.

—Cumplirás tus sueños —le aseguró, sin pensar realmente en la magnitud de lo que prometía—. Todos ellos. No estás pidiendo mucho, amor, aceptación, felicidad.

—Eso es mucho para algunas personas —respondió Jimin—. Para mí, es muchísimo. Nunca pensé que algo así fuera posible.

Jungkook se regañó internamente por sus palabras descuidadas. Nunca había reflexionado sobre cuánto daba por sentado. Él mismo había sido parte de la lucha por ser aceptado, pero siempre supo que mejoraría, y siempre había tenido la aceptación en casa. A veces dudó de poder enamorarse, pero en lo más profundo sabía que lo experimentaría en algún momento. En cuanto a la felicidad, esa ya la tenía. No había pensado en Jimin ni en tantas otras personas que apenas podían soñar con alcanzar algo así, hasta que él habló.

Antes de que pudiera decir algo al respecto o disculparse por su torpeza, Jimin le sonrió.

—Ahora veo que mis sueños son posibles —dijo—. Ya estoy viviendo la mayoría de ellos —su mirada rebosaba tanta adoración que a Jungkook le costaba respirar.

Soltando un tembloroso suspiro, Jungkook bajó finalmente la vista de nuevo hacia las cartas en su regazo.

—¿Fue Taemin quien te ayudó a volver? —preguntó.

Jungkook sintió un nudo, al ver cómo Jimin asintió, presionando sus labios en una fina línea.

—Sí, fue doloroso para los dos, sabiendo que quizás nunca nos veríamos de nuevo, pero él quería que yo volviera aquí casi tanto como yo, sabía que era lo mejor.

Jungkook alzó la vista hacia Jimin cuando este hizo una pausa, encontrándolo concentrado en las cartas, con una expresión que resultaba difícil de descifrar.

—Él iba a decirles a mis padres que me escapé para empezar una nueva vida en otro estado —dijo, casi en voz baja.

Un revoltijo en el estómago aumentó en Jungkook al recordar los artículos de periódico que Rosé le había comentado, aquellos que narraban la desaparición de Jimin. El último de ellos informaba que la policía había concluido que Jimin se había mudado y había comenzado una vida totalmente nueva.

—Es cierto, en cierto modo —murmuró Jungkook.

Jimin asintió. Una pequeña mueca de desagrado apareció en su rostro, pero se disipó tan rápido como llegó. Volvió a encontrarse con la mirada de Jungkook.

—No estoy mal por haberme ido y, en verdad, no me arrepiento —dijo, sintiendo la necesidad de aclararlo—. Fui realmente miserable en esa época. Sé que suena mal, pero no voy a extrañar a mis padres para nada, me alegra que ya no formen parte de mi vida.

—Eso no está mal —aseguró Jungkook—. Con la forma en que te trataban, parecía que en realidad no se preocupaban por ti, Jimin, o al menos, no por tu felicidad.

—Así es... —respondió Jimin con franqueza—. Pero ya no importa. Nunca estuvieron realmente allí para mí —colocó su mano libre sobre el brazo de Jungkook, acariciándolo suavemente a través del hoodie—. Estoy ganando mucho más de lo que pierdo.



Aquella noche, mientras Jimin se duchaba, Jungkook llamó a su padre. No podía esperar para decirle que ya no tenía por qué preocuparse, que su novio, el viajero en el tiempo, había regresado para quedarse, y que ya no se sentía miserable ni maldecía su destino.

—Hey, hijo —saludó su padre—. ¿Cómo va todo?

Por primera vez en semanas, cuando su padre le hacía esa pregunta, Jungkook sonrió. Finalmente tenía una respuesta positiva, una que lo llenaba de una felicidad inmensa.

—Estoy genial, papá —respondió—. Todo cambió para mejor ayer y simplemente... —miró a su alrededor en su dormitorio, iluminado intensamente por las lámparas y el ambiente alegre que él mismo irradiaba, buscando las palabras para describir lo eufórico que se sentía—. No puedo creer lo rápido que mi vida ha vuelto a dar un giro tan positivo.

Hubo una breve pausa, interrumpida solo por el suave zumbido de la conexión telefónica, y entonces su padre habló.

—¿De qué hablas, Jungkook? —preguntó su padre, con cautela en la voz, como si temiera creer en la felicidad de Jungkook demasiado rápido y que, al final, sus propias esperanzas se estrellaran cuando Jungkook volviera a sumirse en la desesperación.

Los ojos de Jungkook se posaron en la chaqueta de Jimin, colgada al respaldo de la silla en su habitación. Su sonrisa se ensanchó.

—Volvió, papá. Jimin volvió.

Hubo otra pausa, tan larga que Jungkook extrañado tuvo que apartar el teléfono de su oído para asegurarse de que la conexión no se hubiera perdido, observó que aún seguía en llamada y lo regresó a su oreja.

—¿Papá?

—¿Jimin... volvió? —repitió lentamente su padre.

—Sí, él... —Jungkook tuvo que sentarse al borde de la cama, sus piernas temblaban demasiado—. Se dio cuenta de que había cometido un error y consiguió que unos amigos le ayudaran a volver... —Jungkook se quedó en silencio, dándose cuenta de algo—. ¿Tú... tú me crees, ¿verdad, papá?

—Jungkook, yo...

Aguantando la respiración, Jungkook se quedó mirando fijamente la chaqueta de Jimin, una prueba tangible, sólida, de que él realmente estaba aquí.

Su padre pensaba que estaba delirando, que finalmente había perdido la razón, que su desesperación y sus deseos frustrados se habían transformado en la creencia de tener a Jimin de vuelta. Su padre no creía que Jimin pudiera regresar, tal como Jungkook tampoco lo había hecho hasta el Año Nuevo, pero él estaba de vuelta. Jimin estaba aquí. Su chaqueta colgada en la silla, su aroma impregnaba las sábanas de Jungkook, y los sonidos de la ducha se filtraban por la rendija debajo de la puerta del baño. Él estaba aquí.

Jungkook apretó el teléfono con más fuerza cuando su padre volvió a hablar.

—¿Cuándo volvió? —preguntó en voz medida, eligiendo cuidadosamente sus palabras, intentando calmar a Jungkook en lugar de creerle de verdad.

A pesar de todo, Jungkook volvió a sonreír.

—Ayer. Volvió ayer por la tarde —dijo, reajustando su agarre en el teléfono—. Deberías venir y conocerlo.

—Me parece una buena idea —acordó su padre—. Reservaré vuelos para algún día de esta semana. Te llamaré cuando tenga los horarios.

Jungkook asintió.

—Está bien —se detuvo, queriendo decir algo más, algo que demostrara que Jimin estaba realmente aquí y no era solo un producto de su imaginación, una proyección de su pérdida. Pensó brevemente en que Jimin hablara con su padre, pero al final decidió que lo mejor sería esperar hasta la visita. Eso aclararía las cosas de una vez por todas.

—Te quiero, papá —dijo en su lugar.

—Yo también te quiero, hijo. Te llamaré pronto.

Cuando terminó la llamada, Jungkook lanzó su teléfono sobre la cama y enterró su rostro entre sus manos. Su padre no le creía, pensaba que Jungkook había empeorado en el corto tiempo que habían pasado sin hablar, a pesar de que él empezaba a sentirse y sonar más feliz.

La cama se hundió a su lado y, al levantar la cabeza, vio a Jimin sentado allí, con el cabello húmedo y ondulado tras la ducha, y con el ceño fruncido en señal de preocupación.

—¿Qué pasa?

Con un suspiro, Jungkook movió su mano hacia su teléfono.

—Mi papá no cree que estés aquí. Piensa que me he vuelto loco y que solo te estoy imaginando.

Los ojos de Jimin se abrieron en incredulidad, y su expresión se tornó indignada.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que no te crea?

Jungkook encogió ligeramente los hombros.

—No pude lidiar bien con tu ausencia —admitió—. Supongo que él pensó que me afectó tanto que, de alguna manera, perdí la razón.

Jimin lo miró, demasiado sorprendido como para decir algo.

Jungkook volvió a encogerse de hombros.

—No importa. Pronto vendrá a visitarnos para conocerte. Entonces verá la verdad.

Asintiendo lentamente, Jimin bajó la mirada hacia la zona de la pierna de Jungkook donde reposaba su mano.

—No creí que tu papá fuera así —dijo en voz baja.

—Solo se preocupa por mí, eso es todo. Desde que le conté lo que estaba pasando, se ha comportado así.

Al notar las líneas de ceño fruncido en el entrecejo de Jimin, Jungkook se inclinó y besó suavemente ese lugar. Jimin levantó la vista, y su fruncido se suavizó.

—Todo estará bien —le aseguró Jungkook—. Pronto te conocerá y ya no tendrá nada de qué preocuparse.

A pesar de la seguridad que le ofrecía Jungkook, Jimin siguió mostrando inquietud durante el resto de la noche. Aunque nunca lo expresaba y para la mayoría parecía despreocupado, Jungkook podía ver en sus largos silencios y en la sombra que oscurecía sus ojos que algo aún lo perturbaba.

Esperó hasta que estuvieron en la cama para preguntarle al respecto. Habían acordado, sin necesidad de palabras, compartir la cama nuevamente. Jungkook no deseaba que Jimin volviera a dormir en su antigua habitación, y Jimin no tenía prisa por hacerlo, así que Jungkook no mencionó nada. Después de tanto tiempo sin Jimin, él quería que permaneciera a su lado tanto como fuera posible.

Una vez que se apagó la luz y se encontraban acurrucados, con las piernas enredadas y sus respiraciones entrelazadas, Jungkook examinó el rostro de Jimin con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras acariciaba las costillas de Jimin con su pulgar a través del suave algodón de su camiseta de dormir.

Jimin lo miró en silencio y, por uno o dos segundos, Jungkook creyó que iba a negar que algo estuviera mal, pero luego su expresión cambió y apareció una pequeña línea de ceño fruncido entre sus cejas.

—¿Seguimos siendo novios? —preguntó nervioso, con voz temblorosa—. Sé que nunca terminamos formalmente, pero...

Jungkook lo interrumpió con un suave beso.

—Claro que lo somos, tonto —sopló contra los labios de Jimin—. Nunca nos dejamos.

Deslizando su mano por la espalda de Jungkook, Jimin eliminó la estrecha distancia entre ellos, presionando de nuevo sus bocas en un beso ardiente, con un gran anhelo y amor que

brotaba desde su interior. El pulgar de Jungkook dejó de acariciar el costado de Jimin y, en su lugar, su mano se enroscó alrededor de su cintura, acercándolo tanto que la piel ardiente de Jimin se fundió contra la suya. Su boca se abrió bajo el toque de los labios de Jimin, y un suave gemido brotó en el fondo de su garganta mientras sus lenguas se entrelazaban.

Había un fuego en el estómago de Jungkook, un fuego que quemaba sus venas y hacía que sus músculos temblaran y se estremecieran de deseo. Había sentido ese fuego en otros besos, pero siempre había logrado contenerlo, mantenerlo en una bola de calor controlada en su interior, pero esta noche, Jimin ardía junto a él.

El calor pesaba en el aire a su alrededor, haciendo que un sudor se formara en la curva de la parte baja de la espalda de Jungkook, mientras Jimin jadeaba contra la piel sensible de su cuello mientras esparcía besos desde su mandíbula hacia abajo, lo estaba haciendo querer más.

Cada recuerdo que Jungkook había guardado en su mente, que le recordaba la inexperiencia de Jimin y su supuesta falta de conocimiento, recuerdos que antes le obligaban a controlar ese fuego, se desvaneció en cenizas. El deseo, la lujuria y el amor ardían en él, haciéndolo anhelar más, estaba necesitando estar aún más cerca, sentir más a Jimin, saborearlo por completo más allá de sus bocas unidas y sus lenguas entrelazadas.

Deslizó una mano por debajo de la camisa de Jimin, acariciando su piel ardiente donde ya se formaba una fina capa de sudor, y palmeó desesperadamente su abdomen en un intento por contener sus ansias. Cuando eso no fue suficiente, alcanzó el dobladillo de la camiseta de Jimin, tirando de ella hacía arriba y dejando escapar un pequeño sonido al sentir que las manos de Jimin apartaban la suya de la prenda, para quitarse él mismo aquella camiseta.

Antes de que Jimin pudiera siquiera intentar quitar la de Jungkook, este se la sacó de un tirón, pasándosela por encima de la cabeza y arrojándola a un lado. Con entusiasmo, Jungkook se acercó de nuevo a Jimin, suspirando de felicidad al sentir las pieles desnudas de sus torsos fundirse.

Los labios de Jungkook se reencontraron con los de Jimin.

—Te amo —exhaló entre besos, esbozando una sonrisa al ver cómo Jimin entrelazaba sus dedos sobre su pecho, dónde corazón latía desbocado.

La respiración de Jimin se volvía entrecortada y errática, sus pupilas se dilataban y oscurecían, casi apagando el brillo miel de sus iris, y su cabello, desordenado en ondas libres de gel, donde Jungkook pasaba sus manos en caricias desordenadas, luciendo más despeinado. Fundió sus labios con los de Jungkook como un hombre sediento que prueba agua por primera vez después de semanas, abriendo sus labios para volver a compartir saliva, queriendo saborear el gusto de su novio e intentando grabarlo en su memoria, el

sonido de los besos y sus caricias se mezclaban con los latidos de sus corazones bombeando en sus oídos.

Jimin disfrutó del suave desliz de sus labios contra los de Jungkook hasta que su necesidad de aire, combinada con la abrumadora sobrecarga sensorial de placer, se volvió insoportable. Reclinó la cabeza hacia atrás, inhalando profundamente y dejando escapar un gemido áspero mientras Jungkook besaba su ahora expuesto cuello, mordisqueando suavemente la tierna piel con sus dientes, hasta que Jimin lo atrajo con fuerza, soltando otro pequeño y extenso gemido, exigiendo más.

Jungkook succionó con avidez el cuello de su novio, impulsado por los sonidos que emitía su Jimin, hasta que estuvo satisfecho con la marca. Besó brevemente la zona, antes de lamer y mordisquear con ternura el chupetón en formación, provocándole a Jimin un gemido que vibró sobre sus labios. Jungkook se movió de nuevo, con la gracia que otorga el ardor del momento, y posó sus labios sobre los de Jimin, hinchados por los besos.

—Te amo, te amo tanto —exhaló Jimin al separarse de sus besos, mientras sus ojos se clavaban en los de Jungkook y su mano libre recorría con ternura la longitud de la columna vertebral de Jungkook. Ráfagas de placer se deslizaron por su esbelto cuerpo, haciendo que los dedos de los pies del chico más alto se retorcieran.

Por un instante, el fuego y su calor se rebajó, a besos tiernos y caricias suaves entre y dentro de ellos, una calidez más suave que una llama ardiente, pero entonces Jimin se movió ligeramente, acercando sus caderas a las de Jungkook, un roce que avivó chispas en su novio, reavivando la pasión una vez más.

El chico más alto dejó escapar un jadeo necesitado mientras se arrastraba hacia adelante, con las manos volando para acariciar la piel caliente del abdomen de Jimin. Con un pequeño ascenso y descenso de las caderas de Jungkook, se frotó fugazmente contra Jimin, y el placer del contacto fue embriagador, aunque insuficiente a la vez.

—Jungkook —gimoteó Jimin suave y agudamente, elevando sus caderas para encontrarse con las de su novio, subió su pierna sobre la cintura, buscando más presión. Jungkook gimió al sentirlo, por primera vez, duro contra su cuerpo, rodeando su mano en el muslo de Jimin para atraerlo más a sí.

La sangre y el deseo palpitaban en la mente de Jungkook, haciendo casi imposible que pensara con claridad. Él quería a Jimin, y era obvio que Jimin lo deseaba con la misma intensidad, pero Jimin actuaba únicamente por instinto, persiguiendo aquello que le producía placer, y Jungkook no estaba seguro de que su novio supiera exactamente lo que deseaba.

La mano de Jimin se deslizó entre ambos mientras este buscaba con torpeza la cintura de los pantalones de su novio. Sus ojos, siempre inundados por un hermoso color miel, estaban llenos de lujuria, amor y confianza. Quizás Jimin no supiera lo que estaba pidiendo mientras hurgaba en los pantalones de Jungkook y entrelazaban sus caderas, pero confiaba en que Jungkook le daría lo que necesitaba.

Jungkook colocó sus manos sobre las de Jimin, acomodándose sobre él, y ayudó a su novio a bajar sus pantalones hasta también quitárselos al contrario, quién cedía a cada paso. Aprovechó para admirar el cuerpo de Jimin, inclinándose hacia atrás para apartar aquel pantalón a un lado. Sus ojos recorrieron el pecho agitado de Jimin, blanco y perlado por la pequeña capa de sudor, y su abdomen medianamente tonificado, donde la línea marcada de sus caderas guiaba la mirada hacia el lugar donde su erección presionaba contra la ropa interior.

Se inclinó para besar a Jimin nuevamente, descansando sus manos a cada lado de su novio, inclinando la cabeza para profundizar el beso y haciéndolo lo más tierno posible mientras su cuerpo clamaba por una pasión ardiente y desesperada.

—Eres tan hermoso, mi amor —dijo Jungkook una vez que se separaron, y sintió cómo la mano de Jimin acariciaba su espalda, bajando hasta su cadera en respuesta, mientras sus ojos se suavizaban. Levantó una mano, pasándola por el cabello de Jimin, entrelazando sus dedos en las ondas de su amado

Se enderezó a un lado de rodillas, posicionándose para alcanzar la mesita de noche.

—Avísame si quieres detenerte. Está bien si aún no estás preparado —continuó mirando fijamente la expresión de clara lujuria y amor de Jimin, abriendo el cajón de la mesita con torpeza hasta que sus dedos encontraron una botella de lubricante. La dejó sobre la cama, junto a ellos, y se posicionó de nuevo sobre Jimin, cuidando por mantener sus caderas separadas por un instante.

Al ver la mirada inquisitiva de Jimin, Jungkook negó con la cabeza.

—No, ya... sin preguntas esta noche. Si te parece bien... si confías en mí.

Jimin tomó la mano que se posaba a un lado suyo y entrelazó sus dedos con los de Jungkook, su pulgar acariciando el dorso.

—Confío en ti —respondió.

Con una suave sonrisa, Jungkook se inclinó para volver a besarlo, exhalando suavemente mientras rozaban sus labios, primero juntandolos suavemente, hasta que Jimin comenzó a retorcerse bajo él, y se volvió casi imposible contener su ardiente necesidad de más.

Inclinándose, Jungkook se arrodilló, bajando sus manos para tirar del cinturón de los boxers de Jimin, mientras seguía depositando besos a boca abierta sobre su mandíbula y cuello, prestando especial atención a la marca que había dejado anteriormente, antes de deslizar la prenda, esbozando una leve sonrisa al ver que Jimin levantaba las caderas para ayudarlo. Se sintió tentado a mirar hacia abajo, pero luchó contra ese impulso, depositando un último beso suave contra la mejilla de Jimin, antes de quitarse también su ropa interior.

Lentamente, volvió a bajar sus caderas sobre las de Jimin, quien se abría para que este se colocara entre sus piernas.

Ambos gimotearon ante el contacto íntimo, Jimin jadeó suavemente contra el cuello de Jungkook.

Jungkook, suave pero firme, deslizó sus caderas hacia abajo, aferrándose fuertemente a la mano entrelazada de Jimin, sintiendo la firmeza de su miembro presionando contra él. Impulsó sus caderas hacia abajo de nuevo, y esta vez Jimin se impulsó alzando su cadera para encontrar más contacto, los dedos de sus pies retorciéndose con la intensidad del momento.

—J-Jungkook —jadeó Jimin, mientras su mano libre encontraba la cadera de su novio, apretando la carne de una forma que Jungkook estaba seguro dejaría marcas, mientras sus caderas se unían de nuevo.

Jungkook extendió su mano en busca de la botella de lubricante, y abrió la boca para decir algo, lo que fuera, pero parecía haber perdido la capacidad de emitir cualquier sonido que no fuera uno de placer.

Abrió la tapa y, con la otra mano, se separó de Jimin, exprimiendo el líquido sedoso sobre sus dedos, lo frotó entre ellos, subió su vista hacía el rostro de su Jimin, quien lo observaba extasiado, su boca semiabierta, dejando escapar una y otra vez una temblorosa y suave respiración.

Tragó grueso, decidiendo ir despacio con su querido amor, y terminó por frotarlo en su mano, y finalmente, bajó la mirada hacia donde el miembro de Jimin, grueso y enrojecido, se encontraba presionado contra el suyo. Su respiración se entrecortó mientras más calor ardiente se acumulaba y giraba en su abdomen, haciendo que sus caderas se movieran de forma involuntaria. Rodeó ambos miembros con su mano aún resbaladiza de lubricante, y los acarició unas cuantas veces, provocando que Jimin gimoteara, de manera baja y áspera, mientras su propio cuerpo se estremecía de placer.

Luego de unas caricias que pretenderían ir despacio con su novio, con respiraciones y jadeos que no avanzaban más allá de eso, se agachó hasta exhalar sobre el oído de Jimin, rozando su mejilla con la contraria, había frenado aquellos movimientos.

Jimin subió sus manos hasta el trapecio de Jungkook, deslizandolas hasta detras de su cuello en una suave caricia.

—Que... ¿Que sucede...? —Jimin emitió palabras entrecortadas, una pregunta con una voz tan suave que llenó aún más el pecho de su novio.

Y Jungkook, levantando su rostro para besar los labios y juntar su frente contra la de Jimin, cerró sus ojos deseando seguir siendo sumamente suave.

—Quiero... deseo hacerte el amor, Jimin —afirmó sobre la boca contraria, Jimin respondió exhalando con profundidad, la voz de Jungkook resonando en sus oídos—. Lo siento, quiero hacerme mío... —rozó su nariz con la de Jimin suavemente.

Jimin no tuvo que meditar tanto aquellas palabras, inclinó su cabeza atrayendo a su novio, besándolo repetidas veces. Una vez separados, lo observó a los ojos, mostrando la sinceridad del momento, para luego observar con cariño y anhelo cada detalle en el rostro contrario.

—Yo quiero... —aceptó suavemente—. Hazme tuyo, mi amor.

Jungkook no evitó soltar un jadeo, para volver a unir sus labios en un beso profundo, beso que resonó junto con un gemido de Jimin, quien gustoso compartía nuevamente saliva con intensidad.

Jungkook se irguió un momento volviendo a extender su mano hacía la botella de lubricante, volviendo a exprimirlo sobre sus dedos, regresando a besar a su novio con cariño entremezclado con placer.

Bajó su mano nuevamente, ésta vez a su entrada, acariciando por primera vez a Jimin en movimiento circulares, sin comprender qué lo llevaba a dudar tanto en dar ese paso.

Jimin se separó de sus labios, para mirarlo nuevamente a los ojos. Dobló sus rodillas, dándole total acceso, entregándose a su novio, invitándolo a dar finalmente aquél paso.

Jungkook con aquellas acciones, no dió más por perdido, y finalmente se introdujo en Jimin suavemente, éste frunció el entrecejo y entre abrió su boca dejando escapar un corto gemido ante la nueva sensación, subió ambas manos enredándose entre los cabellos oscuros del más alto, dió suaves y lentos movimientos entrando y saliendo, Jimin soltaba pequeños gimoteos.

Poco a poco fué preparando a su novio, añadiéndole más longitud, cada acción, volviendo a hacerles recorrer una ola de placer y anhelo, una seguridad de que estaban ambos en el lugar correcto, Jungkook, entre besos, caricias, y más sonidos de placer, había hecho un trabajo paciente y lleno de amor por aquél sentimiento compartido.

En poco menos de un minuto, estaba erguido sobre el cuerpo de Jimin a quién observaba aún respirando entrecortadamente ante las sensaciones nuevas y el gustoso tacto de Jungkook cada que torcia sus dedos en su interior.

Sabiendo de antemano que el trabajo estaba hecho, apartó los dedos del interior, se limpió la mano en las sábanas y se inclinó nuevamente para besar el cuello de Jimin, aquél abrazó a su Jungkook por la espalda, abriéndose nuevamente, listo para entregarse en cuerpo y alma.

Jungkook se alineó, aún respirando sobre el cuello contrario, dejando suaves besos, se adentró con suave cuidado y expectativa de las reacciones de Jimin, conteniendo gemidos extasiados ante el calor de su interior, Jimin parecía contener el aire mientras enterraba sus dedos en la extensa espalda, para finalmente soltar un gran gemido al momento en el que Jungkook juntó su pelvis contra sus gluteos, rozando un punto en su interior que estuvo por desbordarlo a la locura, por parte de su novio, no estaba lejos de lo mismo, sus cuerpos encajaban perfectamente, el placer era grande y mutuo como el amor que ambos sentían hacía el otro.

Jungkook esperó pocos instantes antes de poder mover suavemente sus caderas, y luego con más intensidad contra su novio, quien se aferraba a su espalda y se abría con total placer con gemidos ahogados en el mar de sensaciones, sus respiraciones agitadas y entrecortadas entremezclandose ante la proximidad de sus rostros.

Se mecían juntos, y la lubricidad anterior facilitaba e intensificaba cada caricia y placer por ambas partes. Las sábanas se adherían a los muslos sudorosos de Jungkook, mientras el calor de la habitación hacía que su cabello cayera en mechones desordenados sobre su frente. Sus desesperados gemidos y jadeos llenaban el aire, y la cama se movía ligeramente al ritmo acelerado de sus embestidas, ambos persiguiendo un placer en constante ascenso.

Jimin alcanzó su clímax primero, su cuerpo se tensó bajo el de Jungkook antes de que se derramara, caliente y húmedo, sobre su propio abdomen, y Jungkook lo siguió poco después, exclamando el nombre de Jimin mientras soltaba su respiración agitada apoyando su frente en el hueco de su cuello.

Permanecieron así por un buen rato, respirando agitadamente, con sus cuerpos vibrando y cantando de placer. Los músculos de los muslos de Jungkook temblaban y su corazón latía a una velocidad casi insoportable, mientras la mano de Jimin encontraba la suya de nuevo. Apretó suavemente la mano del otro, aún demasiado aturdido para levantar la cabeza y mirar a su novio.

Cuando se recuperó lo suficiente como para notar la desagradable pegajosidad entre ellos, Jungkook gimoteó suavemente y se deslizó fuera de Jimin, cayendo junto a él. Al instante, Jimin se acercó, dejando que su nariz rozara la de Jungkook.

Jungkook abrió los ojos y se encontró con la mirada saturada de placer y adoración de Jimin. Se sonrieron mutuamente.

—Estoy tan enamorado de ti, Jimin —susurró Jungkook.

Los párpados ya pesados de Jimin se cerraron por un instante, como si esas palabras le inundaran de tanta dicha que tuviera que centrarse para saborearlas.

—Yo también, te amo —dijo cuando volvió a abrir los ojos—. Tú me completas.



A la mañana siguiente, entraron en la cocina con las manos entrelazadas y sonrisas en el rostro.

Jimin no dejaba de mirar a Jungkook, con los recuerdos de la noche anterior vívidos en su mente. Su rostro se iluminaba cada vez que Jungkook lo miraba, y sinceramente, no recordaba haber sido tan feliz. Desde que había regresado a este tiempo, había estado un poco inseguro sobre en qué punto estaban él y Jungkook en su relación, pero ahora que había escuchado a Jungkook afirmar que seguían juntos y que habían demostrado su amor de la manera más íntima, se sentía eufórico. Había vuelto al tiempo al que pertenecía, junto a su amor, y su futuro se veía prometedor. Estaba casi delirando de felicidad.

—¡Buenos días, tortolitos! —canturreó Rosé al entrar en la cocina y verlos preparando café, con sus brazos y caderas rozándose—. Ya salí esta mañana e incluso me compré unos tapones para los oídos —sacó un pequeño paquete de su bolso y se lo mostró—. No puedo dormir con mi iPod encendido todas las noches.

Jimin no tenía idea de qué era un iPod, pero aún así entendía lo que Rosé decía. Se sonrojó, inclinando la cabeza y acercándose aún más a Jungkook.

Rosé le dio una palmada en el hombro mientras se dirigía a agarrar una taza.

—¡Ay, no te avergüences! Jungkook ha tenido que aguantarme a mí y a Jaden, así que ya era hora de—

—¡Muy bien! —la interrumpió Jungkook, tomando su café y su plato de tostadas—. A Jimin no le hace falta oír todos esos detalles.

Jimin lanzó una sonrisa tímida a Rosé, luego recogió su desayuno y se apresuró tras Jungkook para sentarse a la mesa.

Sin alterarse, Rosé se volvió para sonreírles a ambos.

—Me alegra verlos tan felices —dijo, echando un vistazo al reloj de la pared y tomando un gran sorbo de café—. Tengo que ir a trabajar pronto.

Jungkook sonrió con suficiencia entre mordiscos de tostada.

—Me tomé el día libre —comentó, explicando que tenía algo importante que atender en su vida personal—, y en verdad lo necesitaba —su mirada se deslizó hacia Jimin, quien no pudo evitar sonreír.

Rosé inclinó la cabeza.

—Bien, últimamente has trabajado demasiado, necesitas un descanso —añadió, mirando de nuevo el reloj y tomando otro trago apresurado de su taza.

Luego, cayeron en un silencio cómodo, Jungkook y Jimin disfrutaban de su desayuno mientras sus pies y tobillos descalzos se rozaban bajo la mesa, y Rosé seguía bebiendo su café. Tan pronto como terminó su bebida, Rosé dejó la taza en el fregadero y agarró su bolso del mostrador.

—Los veo más tarde —dijo, mientras se ponía el abrigo y se envolvía una bufanda al cuello. Se dirigió a salir, pero se detuvo y se giró para volver a mirarlos, como si acabara de recordar algo—. Pero no en un sitio donde tenga que sentarme o comer —advirtió.

Jungkook levantó una ceja en respuesta, mientras Jimin observaba a Rosé marcharse del apartamento, sintiéndose desconcertado.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó a Jungkook una vez que la puerta principal se cerró tras ella.

Jungkook lo observó por un momento, antes de sacudir la cabeza con una sonrisa pícaro en las comisuras de sus labios.

—Oh, nada. Es solo Rosé siendo Rosé.

Jimin frunció el ceño mientras volvía su atención al desayuno, tratando de descifrar lo que se le escapaba, pero finalmente decidió dejarlo pasar.

Más tarde esa misma mañana, Byunghun llamó para decir que vendría de visita en dos días. Una oleada de nervios invadió el estómago de Jimin al oírlo. No estaba seguro de cómo lo recibiría el padre de Jungkook. Después de todo, él había sido quien dejó a Jungkook y le causó todo el dolor y la angustia de los últimos meses. Además, había sido el responsable de darle a Byunghun, o mejor dicho, al señor Jeon, motivos para preocuparse por la salud mental de su hijo. Eso difícilmente le haría ganar buenos puntos con Byunghun.

Jimin estuvo obsesionado con la preocupación en los días previos a la llegada del señor Jeon.

Jungkook pasó mucho tiempo tratando de tranquilizarlo, pero nada de lo que decía lograba aliviar por completo esos espasmódicos y nauseabundos calambres en su estómago. La situación empeoró aún más el día que Jungkook regresó a trabajar, ya que tuvo horas enteras para darle vueltas a todo lo que podría salir mal durante la visita y a todas las razones por las cuales el padre de Jungkook podría tenerle aversión.



Aquella mañana, en el día de la visita del señor Jeon, Jimin se despertó temprano tras una noche intranquila y se quedó rígido en la cama esperando a que Jungkook se despertara. Se había alterado hasta alcanzar un estado de nerviosismo y pánico tan intenso que, al abrir los ojos, Jungkook lo miró y suspiró.

—Ven aquí —dijo Jungkook con una voz áspera por el sueño, extendiendo su brazo e invitando a Jimin a recostarse cerca de él.

Jimin se derrumbó a su lado, acurrucándose contra él e intentando no parecer tan patético como se sentía. El brazo de Jungkook se enrolló alrededor de sus hombros, manteniéndolo muy cerca. Jimin cerró los ojos, absorbiendo el aroma de Jungkook.

—Él te querrá —le aseguró Jungkook en voz baja—. Y entenderá por qué tuviste que irte en su momento —mientras le frotaba el brazo, añadió—. Verá lo feliz que me haces y te querrá, ama a todos los que logran mi felicidad.

—¿Y si soy la excepción? —murmuró Jimin, abriendo los ojos pero negándose a mirar a Jungkook, sintiéndose tan pequeño y vulnerable.

Un beso se posó sobre su cabello.

—No lo serás —le aseguró Jungkook—. Confía en mí.



Jimin temblaba cuando llegó el padre de Jungkook.

Jungkook bajó a recibirlo en la acera, donde salió de su taxi, y le ayudó a llevar su bolso, mientras Jimin esperaba en el apartamento, donde podría saludarlo de una mejor manera. Mientras esperaba, jugaba con su corbata y se mecía de un lado a otro sobre sus talones, mirando fijamente la puerta principal.

Cuando escuchó la voz de Jungkook al otro lado, acompañada de tonos graves y ásperos, se secó las palmas sudorosas en los laterales de sus pantalones. La puerta se abrió y Jimin respiró hondo.

Byunghun Jeon no se parecía en nada al gran y corpulento hombre que había imaginado, tenía prácticamente la misma complexión que Jungkook. Aunque parecía alguien que no toleraría ninguna tontería y que podía detectar si alguien mentía, en sus ojos se notaba la preocupación y la bondad, así como la suavidad en su expresión al mirar a Jungkook. Su semblante se volvió más astuto cuando su mirada se posó en Jimin.

Jungkook se apresuró a ponerse al lado de Jimin.

—Papá, este es mi novio, Jimin —presentó Jungkook—. Jimin, él es mi papá, Byunghun —añadió.

Jimin extendió su mano y esbozó su mejor sonrisa amistosa.

—Es un placer conocerle, señor Jeon —dijo.

El padre de Jungkook estrechó su mano con un apretón firme.

—Me alegra finalmente conocerte. He oído mucho sobre ti por parte de Jungkook en estos últimos meses —comentó, soltando la mano de Jimin para examinarlo por un momento. Jimin trató de disimular el temblor en su mano mientras la bajaba a su costado.

—Según me han contado, tienes una historia realmente increíble.

Jimin no supo bien qué responder a eso, pero afortunadamente Jungkook intervino antes de que pudiera preocuparse.

—Todo lo que te he dicho es cierto, papá. Jimin es de 1934, y volvió aquí hace unos días, después de darse cuenta de que no pertenecía a esa época.

El señor Jeon no quitó los ojos de Jimin mientras Jungkook hablaba, como si buscara alguna señal de falsedad en sus palabras. Jimin sintió que era el momento de ser valiente y hablar.

—Es cierto, señor —dijo, logrando sonar más tranquilo y sereno de lo que se sentía—. Soy originario de los años treinta, pero llegué aquí por arte de magia, conocí a Jungkook y me enamoré, tanto de su hijo como de esta época.

La expresión del señor Jeon no cambió ni un poco, y su mirada permaneció fija. Jimin se lamió los labios e intentó no comenzar a moverse inquieto sobre sus talones.

—Con el tiempo, empecé a preocuparme de que estaba haciendo lo incorrecto al quedarme aquí. Me parecía injusto e inhumano poder elegir en qué época vivir, así que hice lo que creí correcto y volví a mi propia época. No tardé en darme cuenta de que había cometido un grave error. Allí no podía ser yo mismo, y me vi obligado a seguir los deseos de mis padres, quienes, por cierto, se preocupaban muy poco por mí. Pero lo peor de todo era cuánto extrañaba a Jungkook. Sabía que solo podría ser feliz si volvía a un tiempo en el que pudiera vivir mi propia vida y estar con el hombre que amo, con Jungkook.

Una mano se deslizó junto a la suya y Jimin miró a Jungkook, sintiendo cómo sus nervios se calmaban al ver su cálida y amorosa sonrisa. Luego volvió a girar para enfrentarse al señor Jeon.

—Estoy enamorado de su hijo, señor Jeon, y significaría mucho para mí contar con su bendición en nuestra relación.

La mirada del señor Jeon osciló entre Jungkook y Jimin por un instante, y su expresión resultaba difícil de descifrar.

Discretamente, Jimin entrelazó los dedos de su mano libre detrás de su espalda, sin saber qué haría si el padre de Jungkook no les creyera o si no aprobara su relación.

—Pues claro que tienes mi bendición —dijo el señor Jeon, sonriéndoles. Su sonrisa suavizó la expresión de sus ojos, y Jimin pudo ver en ella la aprobación y la felicidad que transmitían al disfrutar de estar juntos—. Se hacen felices mutuamente y se aman, ¿cómo podría no aprobarlo?

Una ola de alivio invadió a Jimin, como la cálida sensación de sumergirse en un baño caliente. Jungkook apretó suavemente su mano y, al mirar de reojo, vio a su novio sonriéndole, visiblemente complacido.

—Puede que su relación no sea la más convencional —continuó el señor Jeon—, pero eso no importa. No importa cómo se conocieron ni de dónde vienen, lo único que importa es que se aman y desean pasar el resto de sus vidas juntos —asintió con la cabeza de forma breve y firme, un gesto que Jimin interpretó como la conclusión de su opinión al respecto.

Con una sonrisa de gratitud, Jimin dijo:

—¿Le ofrezco un café, señor Jeon?

—Un café estaría genial, gracias —respondió el señor Jeon—. Y no hace falta que me llames "señor Jeon" todo el tiempo, Byunghun me basta.

—Eh... está bien, eh... Byunghun —balbuceó Jimin, sonriendo de nuevo antes de apresurarse a la cocina para preparar el café.

El resto del día transcurrió mucho más fluidamente de lo que Jimin había imaginado. Hablaron sobre el trabajo de Jungkook, de cómo todo estaba volviendo a la normalidad en Coquitlam, y también de la vida de Jimin en los años treinta, mientras compartían el café.

Byunghun y Jimin pasaron buena parte de la tarde conociéndose mejor, mientras Jungkook se dedicaba a trabajar en su laptop. Más tarde, cuando Rosé llegó a casa, salieron a cenar juntos.

Jimin volvió a preocuparse solo cuando regresaron al apartamento y Byunghun los despidió a todos, antes de retirarse a la habitación de invitados.

—¿Debería dormir en el sofá esta noche? —preguntó Jimin a Jungkook mientras se cepillaban los dientes lado a lado en el lavabo del baño de Jungkook.

Jungkook dejó de cepillarse y le lanzó una mirada confundida a través del espejo.

—¿Qué... por qué?

Jimin sacó su cepillo de dientes de su boca.

—Porque, de lo contrario, tu padre sabrá que dormimos juntos —dijo, con la boca aún llena de pasta dental.

—Jimin —escupió Jungkook en el lavabo—. A él no le importa que compartamos la cama. Somos adultos y estamos en una relación, es natural que queramos dormir juntos — Jungkook enjuagó su boca y colocó su cepillo en el porta cepillos.

Jimin escupió la pasta dental, se enjuagó la boca y dejó su cepillo junto al de Jungkook.

—Pero... ¿realmente esta de acuerdo con eso?

Colocando una mano en el hombro de Jimin, Jungkook le sonrió suavemente.

—Por supuesto que sí —le dio un apretón leve en el hombro—. Ya no estás en los años treinta, cariño, es perfectamente aceptable compartir la cama y tener relaciones sexuales antes de casarse —añadió, alzando la vista hacía arriba por un instante—. Aceptable para la mayoría de la gente, al menos.

Jimin se sonrojó al recordar lo de la otra noche, y Jungkook se inclinó para besarle ambas mejillas rosadas.

—Aún estás aprendiendo sobre esta época. Con el tiempo verás que es mucho menos restrictiva, y prejuiciosa, mucho más tolerante en comparación a lo que conocías —dijo,

besando a Jimin de nuevo, esta vez en la punta de la nariz, y luego dándole un suave empujón con la cadera—. Ahora dame permiso para que pueda lavarme la cara.



Al día siguiente, Jungkook tuvo que volver al trabajo, y como Rosé estaba almorzando con amigas antes de salir, significaba que Jimin pasaría el día solo con Byunghun.

Jungkook le había dicho, una vez más, que no se preocupara, antes de darle un beso de despedida y salir por la puerta, pero Jimin seguía nervioso. Quería que el día transcurriera bien, y aún esperaba que Byunghun lo amenazara o expresara su desaprobación por dejar a Jungkook y por su indecisión acerca de dónde quería quedarse.

Tenía razón en preocuparse por ello.

Jimin había sugerido que salieran a caminar, algo para hacer en lugar de quedarse en el apartamento y también una forma de calmar y liberar algunos nervios, y, después de estar fuera unos cinco minutos, Byunghun sacó a relucir su regreso a los años treinta.

—Realmente le rompiste el corazón a mi hijo cuando te fuiste —dijo, y el filo del dolor en su voz hizo revivir la agonía que Jimin había sufrido al estar separado de Jungkook—. Fue diferente a cuando ese idiota de Jaehyung lo abandonó, le dolió aún más.

Jimin frunció el ceño mientras miraba la acera, contorsionando su rostro contra todas aquellas viejas emociones que volvían a brotar en su interior.

—Lamento tanto haberlo dejado. Hacerlo me destrozó. Lo lamentaré el resto de mi vida —murmuró.

Byunghun colocó una mano sobre su hombro, deteniéndolo. Jimin alzó la mirada hacia él, con el rostro aún marcado por el dolor.

—Ahora, no quiero que te arrepientas de lo que hiciste —le dijo Byunghun con firmeza, sorprendiendo a Jimin—. Sé por qué sentiste la necesidad de volver, y lo entiendo. Probablemente yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Lo que quiero es que aprendas de ello, habla con Jungkook cada vez que te sientas abrumado, cuéntale si alguna vez pierdes ese sentido de pertenencia, no te lo guardes, para que no pierdas de vista a dónde quieres llegar.

Byunghun le dio una palmada en el hombro a Jimin cuando éste asintió.

—Integrarte a la vida aquí va a ser difícil —continuó—. Puede que pasen años antes de que te sientas completamente normal, y debes estar preparado para ello.

Jimin volvió a asintir.

—Ahora lo sé. Estar con Jungkook se sentía tan fácil y vivir en esta época me parecía tan perfecto, que olvidé que aún tendría que esforzarme para encajar a veces. Me dejé llevar por lo maravilloso que era estar en el futuro, y me golpeó duro cuando empecé a notar las diferencias.

—Que hayas vuelto, supongo que significa que realmente quieres quedarte. No quiero que arruines tu vida volviendo atrás, ni tampoco ver a Jungkook sufrir si te vas —dijo Byunghun.

—No me iré de nuevo —respondió Jimin con sinceridad—. Nunca podría regresar a esa época.

Byunghun le dio una última palmada en el hombro antes de soltarlo.

—Por lo que he escuchado y visto, pareces un chico realmente agradable, Jimin, y de verdad me alegro por ti y Jungkook.

Jimin sonrió con gratitud, sintiéndose más ligero a medida que se disipaban los nervios.

—Gracias, señor.

Byunghun esbozó una sonrisa.

—Vamos a tomar un café —sugirió, poniéndose de nuevo en marcha por la calle, con Jimin a su lado—. Seguro que hay algún sitio por aquí, ¿esto es Nueva York!

A partir de ese momento, Jimin se sintió mucho más cómodo junto a Byunghun y estaba encantado de pasar tiempo con él.

Empezó a abrirse y a contarle sobre sus esperanzas para el futuro y sus planes universitarios. Era como si, inconscientemente, necesitara que Byunghun le dijera que entendía por qué había regresado a su propio tiempo y que no le guardaba rencor por haber hecho pasar a Jungkook momentos tan duros. La aprobación era algo por lo que Jimin había luchado toda su vida, y se sentía inmensamente agradecido de contar con la de Byunghun.

Esa noche, Jungkook llegó a casa con comida para llevar y una pizca de preocupación en los ojos. La amplia sonrisa que se dibujó en su rostro al ver a Byunghun explicándole a Jimin los detalles del fútbol mientras un partido se transmitía por la televisión demostraba lo encantado y aliviado que estaba de que su padre y su novio se llevaran bien.

—¿Cómo están mis dos hombres favoritos? —preguntó Jungkook con alegría, uniéndose a ellos en la sala una vez que dejó la comida sobre la mesa.

Jimin se volteó a verlo y recibió un beso rápido y una tierna sonrisa.

—¿Tuviste un buen día? —preguntó Jungkook.

—Jimin y yo llegamos a conocernos mucho mejor —dijo Byunghun—. Fue un buen día.

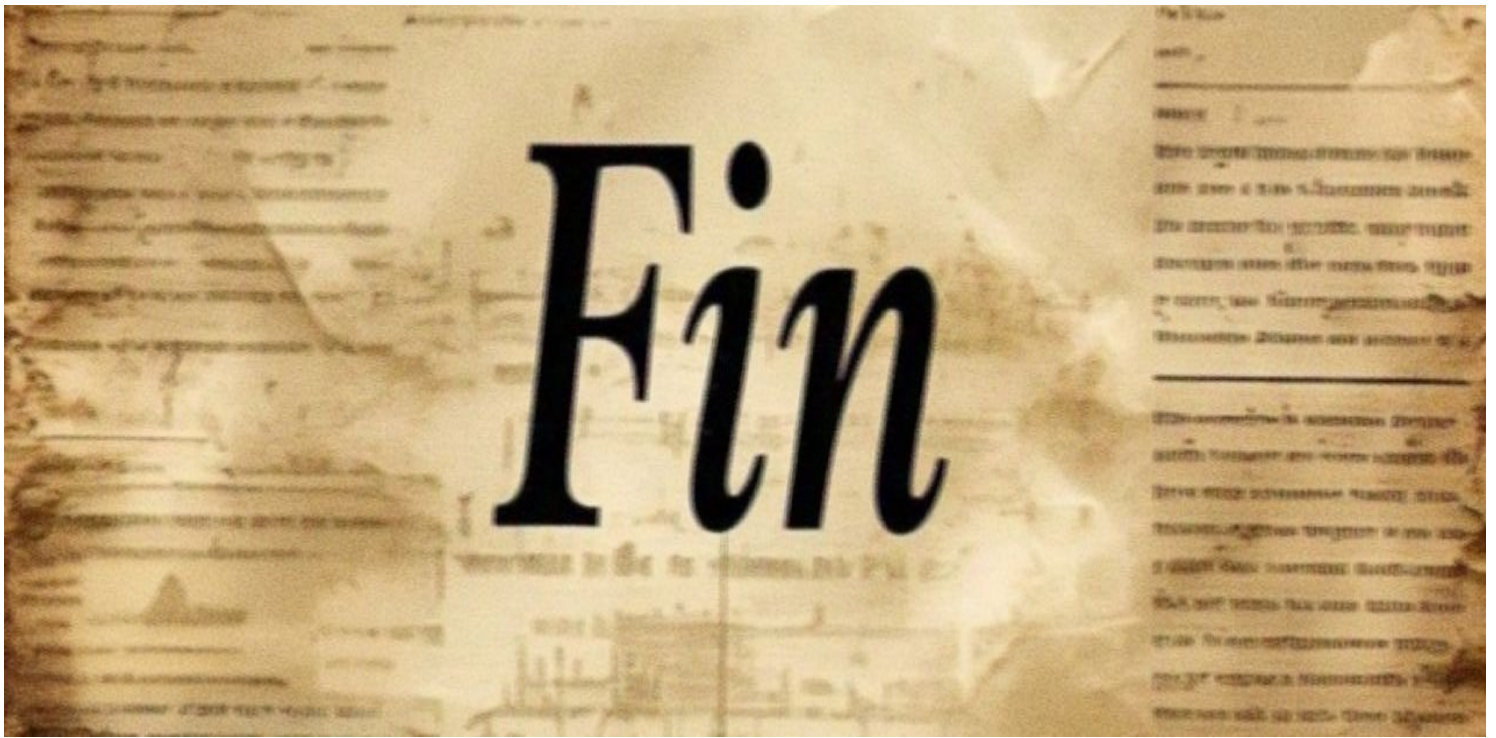
La sonrisa de Jungkook se ensanchó, arrugando su nariz.

—¡Genial! —exclamó, haciendo un gesto hacia la mesa—. He traído la cena a casa, comida china. Vamos a comer antes de que se enfríe.

Mientras se sentaban alrededor de la mesa, charlando alegremente y pasando cajas de comida, Jimin se llenó de una calidez que nunca antes había experimentado. Era esa sensación reconfortante y segura de estar en familia. Había percibido destellos de ella al pasar tiempo con Rosé y Jungkook, pero esos momentos evocaban más la alegría de estar con los mejores amigos que la constante normalidad de estar con la familia. Estar con Jungkook y su padre le hacía sentirse parte de una verdadera familia, algo que nunca había sentido con sus propios padres.

Con el camino de su futuro iluminado por las brillantes luces de sus sueños y de la ciudad, y con rutas de posibilidades que se abrían en cada aspecto de su nueva vida y época, el futuro de Jimin estaba destinado a ser todo lo que siempre había deseado. Con la aprobación y aceptación de Byunghun, la amistad de Rosé, y el amor y la fe inquebrantable de Jungkook, la felicidad de Jimin y su sensación de pertenencia nunca habían sido mayores. Puede que haya tenido que luchar como nunca y esforzarse para llegar a donde estaba, pero el dolor y las lágrimas valieron la pena cada vez que abría los ojos por la mañana y se encontraba con los grandes ojos atrapantes y la radiante sonrisa de Jungkook.

Puede que haya tenido que viajar noventa y un años al futuro para llegar allí, pero finalmente lo había logrado; estaba en casa.



*Finalmente, el "final" de ésta bonita historia, aunque también tendrá su epílogo, esperenlo .
Y yo espero hayan disfrutado de cada capítulo 🍷*

Epilogo



Pasaron los meses.

Jimin recuperó su empleo en la tienda de música, explicándole al dueño que había decidido dejar Connecticut y establecerse definitivamente en Nueva York.

El dueño se mostró encantado de tener a Jimin de vuelta, aunque le preguntó qué lo había hecho cambiar de opinión y decidir vivir allí.

—Fue el amor —le respondió Jimin—. Me enamoré.

Jimin también retomó sus estudios para obtener el diploma que había dejado incompleto, y gracias a su determinación y rápida capacidad de aprendizaje, obtuvo la titulación en poco tiempo.

Con ello en mano, pudo postularse a los cursos de música que había investigado en varias universidades de la ciudad. Para su deleite, recibió ofertas de admisión, lo que hizo que Jungkook derramara lágrimas de orgullo y alegría al abrazar a Jimin con tanta fuerza que la carta se arrugó entre ellos.

Al final del verano, Jimin comenzó su curso en la Manhattan School of Music.

Mientras tanto, Jungkook seguía alcanzando mayores éxitos en el trabajo. Sus ideas y diseños se incorporaban cada vez más a las colecciones de empresas importantes, dándole mejores rangos y prestigio, y Jimin no podía evitar sentirse indescriptiblemente orgulloso de él. Algunos de los diseños de Jungkook que salían a relucir, incluían pequeños detalles que Jimin reconocía del estilo de los años treinta, incluso a veces boceteaba sombreros trilby, relojes de bolsillo, estilos elegantes.

Cuando Rosé le indagó eso a Jungkook, éste se sonrojó y dijo que, supuestamente, Jimin lo había inspirado. Esa observación llenó a Jimin de una cálida ternura, aún más cuando Jungkook empezó a incorporar un toque del estilo de los años treinta en sus propios diseños.

Por su parte, Jimin se atrevía cada vez más a experimentar con la moda del siglo veintiuno. Hasta hace poco, había seguido los consejos de Jungkook y combinado ese estilo con el que él conocía, pero ahora que se sentía mucho más familiarizado con las modas y la forma de ser de la gente de este tiempo, comenzó a elegir su propia ropa, inclinándose por pantalones de sastrería, jeans anchos, otra variedad de sombreros, y cárdigans, aunque no soltaba el uso de una camisa con corbata.

Jimin se había preocupado mucho por empezar la universidad. Aunque llevaba meses deseando ir y soñándolo, también le asustaba. Sería su primera experiencia interactuando con gente de su misma edad en este tiempo, personas que podrían convertirse en sus amigos, y sin Jungkook a su lado. Le inquietaba decir lo correcto, comportarse

adecuadamente y si sabía lo suficiente sobre la música moderna para mantener una conversación con sus compañeros. Una vez más, Jungkook consideraba que esos temores estaban de más.

—Te van a encantar, Min —le había asegurado Jungkook la noche anterior al inicio de clases, cuando Jimin confesó sus miedos—. Encantas a todos los que te conocen.

Jimin jugaba con las cobijas, mordisqueando su labio inferior.

—¿Pero qué pasa si creen que comportarse así es algo anticuado? —preguntó.

Jungkook negó con la cabeza, luchando por contener una sonrisa.

—El encanto nunca pasa de moda, Jimin —dijo, moviéndose en la cama y apartando con delicadeza una pestaña suelto de la mejilla de Jimin—. Las chicas te verán como un chico dulce, y los chicos te considerarán amigable y educado, y todos envidiarán tu talento —besó el lugar donde había estado la pestaña.

Jimin frunció ligeramente el ceño, y aunque sus miedos comenzaban a disiparse, aún no se sentía lo suficientemente tranquilo para soltar ese nudo de preocupación en su estómago.

—No quiero que me envidien, quiero caerles bien.

Con una sonrisa suave, Jungkook frotó su hombro con el pulgar.

—Les caerás bien, amor, lo harás —dijo, ampliando su sonrisa—. Y si no, les haré saber lo que pienso. Con un toque pícaro, su mano se deslizó desde el hombro de Jimin hasta su cintura—. ¿Cómo no van a amar esa carita tan linda tuya? —exclamó con entusiasmo, inclinándose y besando cada centímetro del rostro de Jimin que pudiera alcanzar, mientras su mano se deslizaba por debajo de la camisa de Jimin para hacerle cosquillas en los costados y el vientre.

Retorciéndose, Jimin se echó a reír estridente.

—¡Jungkook! —gritó en protesta, riendo tontamente mientras besaba la boca sonriente de Jungkook y lo acercaba aún más cuando sus cosquillas se transformaron en caricias.

Y así se acabó todo.

Pronto se mudaron juntos a un buen apartamento en el centro de Nueva York, ambos pudiendo llegar a sus trabajos como cuando vivían en el anterior, más una nueva oportunidad de seguir construyendo sus vidas juntos, y para favor de Rosé, que aunque antes parecía reacia a quedarse sola, finalmente les deseó tanta felicidad como le fuera posible, además, podría ahora vivir junto a Jaden.

Una tarde, varios meses después de haber comenzado su primer año en la universidad, Jimin se entretenía tocando el piano que había comprado con gran parte de su sueldo y con una ayuda de Jungkook, interpretando algunos compases aquí y allá mientras trabajaba en una tarea para una de sus clases.

Jungkook, por su parte, descansaba en el sofá de su sala a unos metros del piano, hojeando la última edición de Eye Magazine. Jimin tocaba lo que a él le parecía correcto en ese instante, intentando transmitir su serena felicidad, la cálida intimidad hogareña y el amor que sentía, ese mismo sentimiento que experimentaba cada noche junto a Jungkook, cada uno haciendo lo suyo, pero siempre juntos, compartiendo el momento.

Acababa de terminar una de las secuencias más largas de notas y estaba garabateando la partitura en un papel para su tarea, cuando Jungkook habló por primera vez desde que terminaron de recoger después de la cena.

—Eres increíble para interpretar la banda sonora —comentó Jungkook.

Jimin levantó la vista de sus apuntes y encontró a Jungkook observándolo con una sonrisa cariñosa.

—No sé cómo lo haces, es increíble —dijo Jungkook.

Los pensamientos que habían estado revoloteando en ráfagas erráticas en el fondo de la mente de Jimin desde que consiguió su plaza en la universidad se asentaron en una clara realización y comprensión. Siempre había sabido que quería estudiar música, pero nunca había estado tan seguro de qué hacer realmente con su título. Había transitado por un espectro cambiante de carreras y futuros, cambiando de opinión tantas veces que jamás se había decidido si prefería enseñar o actuar, colaborar o componer. Pero ahora, el carrusel de posibilidades se había detenido, y sabía exactamente lo que quería hacer.

—Quiero componer profesionalmente cuando me gradúe —anunció lentamente, probando el sonido de las palabras, sintiendo cómo caían de sus labios—. Quiero escribir la música que marque el ambiente, contar una historia entera sin necesidad de palabras. Parpadeó y volvió a centrar su mirada en Jungkook—. Antes, inconscientemente, elegía las canciones oscuras y estruendosas para tocar cuando estaba enojado, y las suaves y delicadas para cuando me sentía triste o solo —continuó—. He usado la música para expresar mis emociones durante años. Pero yo podría ser quien escriba las notas de la alegría y los acordes del amor, transformar lo que siento y experimento en mis propias canciones.

La sonrisa de Jungkook hizo que se arrugaran las comisuras de sus ojos.

—Cualquiera que sea el camino que elijas para tu música, sé que llegarás lejos —dijo con confianza—. Eres tan talentoso, Jimin, y tu música es hermosa.

Jimin le devolvió la sonrisa antes de tapar su bolígrafo y ordenar su montón de apuntes y libros.

—Creo que voy a dejar de trabajar por hoy —comentó—, esto no es necesario hasta dentro de unas semanas.

Jungkook levantó su revista, agitándola ligeramente.

—¿Quieres leer Eye Magazine conmigo?

—Como si tuvieras que preguntarlo —respondió Jimin, uniéndose a Jungkook en el sofá y apoyando su cabeza contra su hombro, mientras su novio volvía al comienzo del artículo que estaba leyendo.

Cada semana, Jimin dedicaba un poco de su tiempo libre a estudiar historia. Usaba Internet para informarse sobre todos los eventos significativos ocurridos en los años en que había saltado en el tiempo, deseando saber lo que se había perdido. Jungkook le contó acerca de algunas cosas que habían sucedido más recientemente, como la aprobación de la ley que permite a las parejas homosexuales casarse en varios estados, respondiendo a cada pregunta de Jimin con todo el amor y paciencia.

Casi a finales de año, cuando Jimin se enteró de la Segunda Guerra Mundial, se preocupó de inmediato. La guerra había comenzado pocos años después de que él dejara el pasado, así que, sin duda, había afectado a personas que conocía. Intentó convencerse de que todo estaría bien y que indagar en ello solo lo atormentaría, pero finalmente se angustió tanto que tuvo que investigar más al respecto.

Con el apoyo y la ayuda de Jungkook, revisó los registros de la guerra, buscando un nombre en particular, necesitaba saber si Taemin había combatido y, de ser así, si había logrado regresar a casa sano y salvo.

—Ahí —dijo Jungkook suavemente, señalando un nombre en una lista de soldados de una unidad del ejército que había combatido en la primera línea.

Con el corazón latiendo aceleradamente de miedo, Jimin miró hacia donde señalaba el dedo de Jungkook. Exhaló lentamente al leer el nombre de Taemin. Por supuesto, existía la posibilidad de que se tratara de otro Taemin, pero lo dudaba. Lo sentía en lo más profundo, ese era su amigo.

Pasaron horas investigando, revisando todo lo que podían encontrar sobre esa división del ejército, tratando de confirmar si habían localizado al Taemin correcto y si había regresado sano y salvo tras la guerra.

Se toparon con muchos callejones sin salida, Jungkook comenzó a frustrarse, maldiciendo en voz baja los sitios web que cargaban información errónea, mientras Jimin permanecía tan dominado por el miedo que no podía permitirse irritarse por nada. Finalmente, tras muchas búsquedas infructuosas, fue Jungkook quien, lanzándose a lo desconocido y buscando el nombre de Taemin junto con el de la empresa para la que había trabajado, encontró lo que estaban buscando.

Se trataba de un artículo en un periódico empresarial de Nueva York, archivado en línea, fechado en 1948. El titular anunciaba importantes cambios recientes en la compañía. Jimin escaneó el texto, buscando el nombre de Taemin.

—Uno de estos cambios de personal incluye la promoción del señor Taemin Lee, de 47 años, a vicepresidente. El señor Lee, que ha trabajado en la empresa desde 1932, ya está aportando ideas frescas a una sala de juntas que ha estado llena de los mismos rostros durante casi una década —leyó en voz alta Jimin. Exhaló un suspiro de alivio y se recostó, hundiéndose en su silla.

Jungkook continuó leyendo el resto del artículo, antes de mirarlo.

—Se menciona la guerra —comentó—. Solo es una breve nota sobre cómo se fue a combatir y, poco después de volver al trabajo, fue promovido.

Jimin asintió, aún tembloroso por el alivio.

—Al menos ahora sabemos con certeza que no le ocurrió algo terrible mientras luchaba.

Jimin estaba satisfecho ahora. No sentía más el impulso de indagar en las vidas de las personas que había conocido en el pasado.

Todas habían vivido y luego se habían ido, él lo sabía y lo había aceptado. Conocer cada detalle de sus vidas después de haberlas dejado solo lo atormentaría. Justo antes de viajar de regreso a esta época, Taemin le había dicho que dejara atrás el pasado, y eso era precisamente lo que haría.

Jungkook, sin embargo, no estaba tan seguro. Miró de nuevo, con timidez, la pantalla de la computadora.

—¿Estás seguro de que no quieres comprobar cómo están los demás? Solo para asegurarte de que han tenido una buena vida —preguntó, y luego volvió a mirar a Jimin con duda en los ojos. Vaciló un instante antes de preguntar en voz baja:

—¿Ni siquiera tus padres?

Con determinación, Jimin negó con la cabeza.

—No puedo cambiar el pasado de ninguna manera —dijo—. Lo que ha pasado, ya pasó. No me servirá de nada saber más.

Jungkook seguía luciendo algo inseguro, así que Jimin se esforzó por explicar su postura con claridad.

—Cuando elegí volver a este tiempo, decidí dejar atrás el 1934 y todo lo que conocía y amaba de entonces, incluidos mis amigos y mi familia. Y no sentí culpa por hacerlo, sentí que estaba haciendo lo correcto. No tengo ninguna culpa que aliviar revisando si todos los que dejé atrás son felices. Me despedí de ellos y ahora están en mi pasado, donde deben permanecer.

La incertidumbre se desvaneció del rostro de Jungkook, y una chispa de confusión se reflejó brevemente.

—Pero... ¿por qué?

—¿Consulté por Taemin? —terminó Jimin.

Jungkook asintió, y Jimin levantó las manos en un pequeño gesto resignado.

—Me hablaste de la guerra y entré en pánico. Taemin fue mi amigo más cercano hasta que te conocí —explicó con voz suave, con los ojos fijos en su novio—. Actué sin pensar, y antes de que pudiera recordarme que su vida ya no tenía nada que ver conmigo, la preocupación se plantó en mi mente.

Jungkook asintió lentamente y, cuando Jimin colocó una mano sobre la de él, Jungkook le regaló una sonrisa comprensiva.

—Lo entiendo, perdona por preguntar eso a estas alturas, eres un hombre muy seguro, cariño —dijo.

—Lo soy... lo estoy —respondió Jimin sin titubear, una sonrisa sincera y cariñosa se formó—. Aquí tengo todo lo que quiero, mis sueños, mi futuro, mi amor... —apretó la mano de Jungkook, y los ojos de este brillaron de alegría y adoración—. Aquí nunca se sintió como un nuevo comienzo, se sintió como volver a casa.

—Jimin... —murmuró Jungkook, giró la mano que estaba debajo de la de Jimin para que sus dedos se entrelazaran, cada anillo dorado en sus dedos anulares destellaron con la luz que se filtraba desde la ventana.

Jungkook se inclinó y lo besó, con sus labios cálidos y suaves contra los de Jimin, mientras sus manos seguían unidas en ese pequeño espacio entre sus cuerpos. Dejando que sus ojos

se cerraran, Jimin profundizó el beso, con el corazón hinchado de amor, de pertenencia y de hogar.

El tiempo se había convertido en el camino hacia los eventos y logros tan esperados. Era la medida que marcaba cuándo reunirse para disfrutar de un café al mediodía, el momento exacto en que Jungkook lo abrazó y lo besó con pasión al recibir la oportunidad de componer la música para un cortometraje, y también la cuenta regresiva hasta la visita a la familia de Jungkook en Coquitlam.

Ya no existían las cadenas que retenían a Jimin a alcanzar la felicidad, ni el muro que los separaba. Jimin esperaba con ansias experimentar más momentos y rememorar con cariño los instantes pasados.

El tiempo ya no era enemigo de Jimin y Jungkook, era simplemente otra parte de sus vidas compartidas.



Espero que les haya gustado 🍷

Les mando saludos, nos leemos en otros fics de la pareja más bonita ✨

Con cariño: Sere 🙋